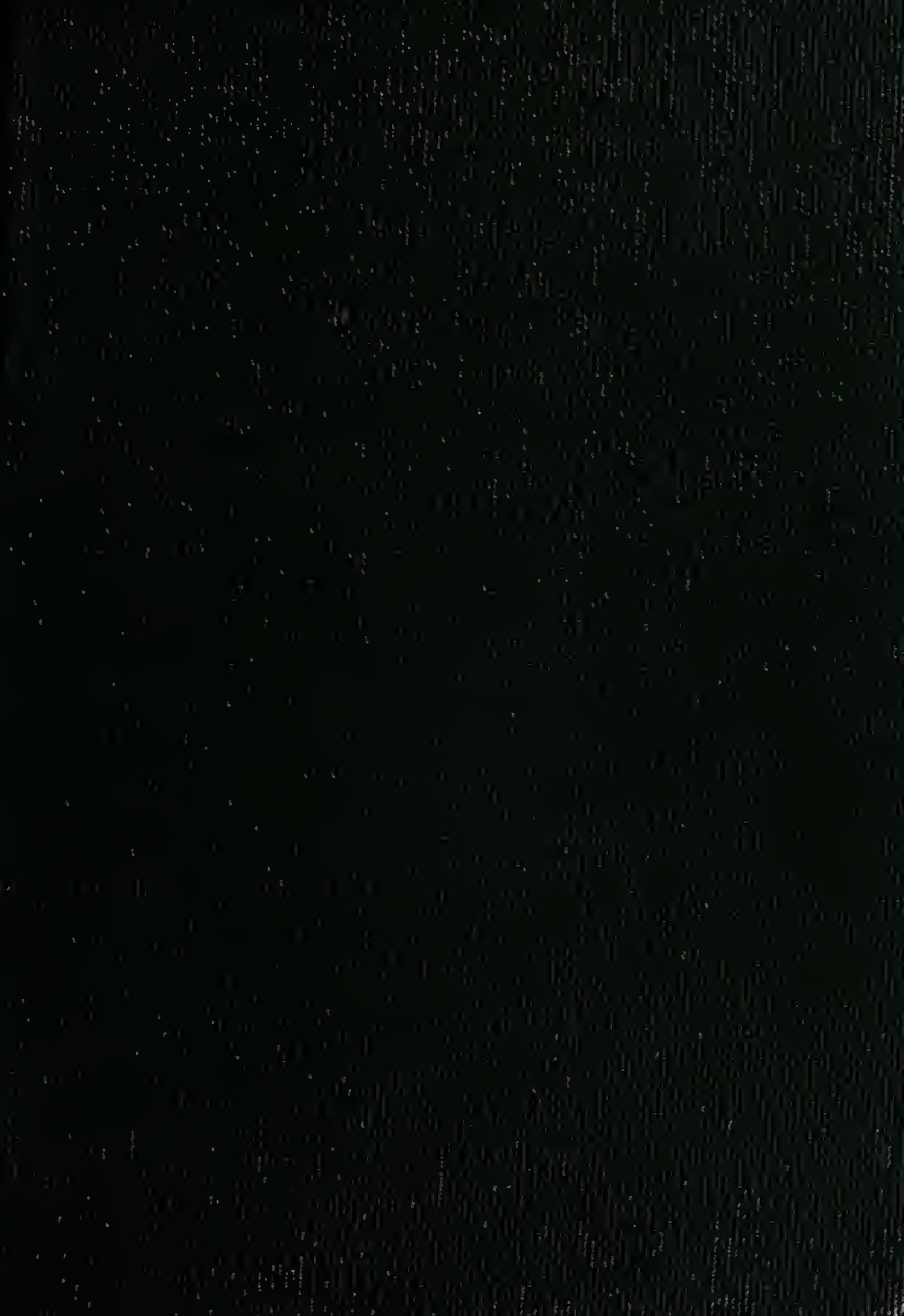


"...EL OBISPO DEL SAGRARIO ABANDONADO"

"Yo no quiero ser Obispo de la sabiduría, ni de la actividad, ni de los pobres, ni de los ricos; yo no quiero ser más que **el Obispo del Sagrario abandonado".**





J. CAMPOS GILES, Pbro.

"...EL OBISPO DEL SAGRARIO ABANDONADO"

BIOGRAFIA DEL EXCMO. Y RVDMO. SR. DOCTOR DON MANUEL GONZALEZ Y GARCIA

OBISPO DE PALENCIA Y ANTES DE MALAGA, FUNDADOR DE LA PIA UNION DE MARIAS DE LOS SAGRARIOS-CALVARIOS Y DISCIPULOS DE SAN JUAN, Y DEL INSTITUTO DE HH. MARIAS NAZARENAS

Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Valladolid

Ediciones "EL GRANITO DE ARENA" - PALENCIA

«NIHIL OBSTAT
Lic. ZACARÍAS GAMA
Canonicus-Censor.

Imprimatur
JOSEPHUS, *Episcopus*»
Palentiae, 25 Martii 1950

Industrias Gráficas DIARIO-DIA, Mayor Pral , 147-151. - PALENCIA

DECLARACION

En conformidad con los Decretos de S. S. el Papa Urbano VIII, declaramos que no hay frase ni concepto en esta historia con los que, al calificar al ilustre biografiado, se pretenda anticiparse al juicio de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, al que rendidamente nos sometemos, como hijos amantísimos.

PROLOGO

Hubiera yo querido leer muy despacio esta biografía del Excelentísimo y Rvdmo. Sr. D. Manuel González García, Arcipreste que fué de Huelva y Obispo de Málaga y últimamente de Palencia. Lo deseaba con todo mi corazón para saborear todos y cada uno de sus capítulos, todas y cada una de sus páginas, todos y cada uno de sus párrafos, todas y cada una de sus líneas. Mis quehaceres aumentados esta última temporada y mis fuerzas disminuídas me lo han impedido; pero la he hojeado y algunas de sus partes las he recorrido con paso lento y ¡qué emociones he gozado allá en lo más hondo de mi espíritu! Tan hondas y tan dulces que más de una vez las lágrimas han subido de mi corazón a los ojos.

¿Que por qué? La respuesta es sencilla: porque lo relatado en esta biografía es muy hermoso y conmovedor y está relatado en forma hermosa, muy hermosa y conmovedora. Esta biografía es una joya preciosísima y su estuche es una obra artística en armonía con el valor preciosísimo de la joya.

Estoy seguro de que todos los que lean estas páginas tan luminosas, tan calientes, de aroma tan exquisito, formularán el mismo juicio que yo he formulado y quizá lo expresen, no sólo con palabras, habladas o escritas, sino también con algunas o muchas lágrimas, dimanadas de las emociones que su espíritu sienta como yo las he sentido al leer cosas y palabras, dichos y hechos de belleza tan divina, tan encantadora.

* * *

Que el Arcipreste de Huelva, el Obispo de Málaga, el Obispo de Palencia, D. Manuel González García, no tuvo una personalidad vulgar, corriente, del montón, nadie puede ponerlo en tela de juicio. Es una verdad indiscutible. Se podrá discutir, impugnar o propugnar, este hecho suyo o aquella frase suya; pero que el conjunto de su personalidad forma un todo extraordinario, muy sobresaliente, excelso... esta es verdad clara que se mete por los ojos.

Como es otra verdad de la misma evidencia, que las grandes líneas de su personalidad gigante, tienen tal grandeza y despiden tales fulgores que las torceduras o las sombras que acaso alguno pudiera señalar, quedan como anuladas por la maestría del trazo de las líneas

principales y por los esplendores de las más relevantes cualidades de este personaje, bajo ciertos aspectos muy singular, en la historia contemporánea de la Iglesia.

Fué hombre, sujeto a dos leyes ineludibles de la persona humana: la defectibilidad intrínseca, de que habla el Doctor Angélico, y que se manifiesta muy frecuentemente en la esfera orgánica y en la esfera intelectual y en la esfera moral; y la ley del progreso y del perfeccionamiento.

Yo conocí a D. Manuel González García personalmente desde su elevación al Episcopado hasta su muerte y ¡cómo fuí admirando las maravillas sucesivas, cada vez más fuertes, que la gracia divina... y la experiencia humana iban obrando en aquel espíritu, en aquella inteligencia, en aquel corazón!

* * *

Fué sin duda D. Manuel González García un hombre endiosado, quiero decir, un hombre imantado hacia Dios. Si comparamos a Dios con el sol y la creación entera a un sistema planetario, D. Manuel fué un planeta cuya órbita era, no una circunferencia o una elipse, sino una espiral cuyo radio era cada vez más corto, más corto, hasta acabar incidiendo en el mismo sol central, pero esto con tal vehemencia que en los millares y millares de vueltas que la vida humana debe dar en torno de Dios, fin último del hombre, se diría que Don Manuel se precipitaba vertiginosamente hacia el abismo divino e infinito de la luz y del amor.

* * *

Mas no sólo él, sino que por su celo pastoral y apostólico, era un planeta que ansiaba arrastrar simultáneamente con él a millares y millones de satélites: niños y ancianos, hombres y mujeres, seglares y sacerdotes y religiosos, ricos y pobres y obreros... todas las almas para las que Jesucristo se quedó en el Sagrario y se inmoló en el Altar; todas las almas para las que instituyó el Sacerdocio; todas las almas para las que Jesucristo es el Pastor bueno y dulce; todas las almas para las que predicó su doctrina; todas las almas ante las que puso como modelo sublime de modestia y de pudor, de fecundidad y de virginidad a su misma Madre, la Purísima, la Inmaculada, la Toda Hermosa, la Sin Pecado, la Bendita entre todas las mujeres, cuyo Fruto es Jesús, Jesús en el Calvario, Jesús en la Hostia Sacrosanta, Jesús en el Tabor, Jesús en el Cielo.

* * *

En lo escrito ya están indicadas las grandes líneas de la personalidad eminente del Arcipreste de Huelva, Obispo de Málaga y Obispo de Palencia.

Ante todo su Fe vivísima en la Eucaristía, en el Jesús del Altar y del Sagrario, en el Jesús de los Sagrarios-Calvarios, de los Sagrarios abandonados. He conocido almas privilegiadas a las que Dios Nuestro Señor condecoró con este privilegio, de la Fe vivísima en la Eucaristía,

Fe tan viva que parecía dejaba de ser Fe y se convertía en visión, y una de estas almas lo fué sin duda el héroe de esta biografía. Floración y fructificación de esta Fe semivisión, fué la Obra de las Marías y de los Discípulos de San Juan y de las Marías Nazarenas.

Los méritos y la gloria que estas Obras han conquistado para su Fundador, ¿quién puede contarlos o pesarlos o valorarlos? Sólo Dios. Son cúmulos inmensos, que exceden a toda humana medida. Mezclad con estos montones de granos de oro todas las imperfecciones que queráis... ¡oh grandeza y riqueza sublime del Enamorado, con divina compasión, de los Sagrarios abandonados!

* * *

Y ¡oh grandeza y riqueza sublime la del Catequista ingenioso y alegre, hecho niño con los niños, para llevarlos a la doble Comunión del Pan que es Jesús, comido sacramentalmente y comido doctrinalmente! Porque de estos dos modos quiere ser comido Nuestro Señor, el Pan del Cielo, y esta verdad con tal fuerza la sintió el Fundador de las Marías que necesariamente tuvo que ser también uno de los más insignes Catequistas que ha tenido España, Catequista de personalidad muy original y por lo mismo en gran parte inimitable. Esta nota de tanta actualidad no podía faltar en un alma tan apostólica cual era la de D. Manuel González, quien en todas las formas principales del apostolado tan a tono estuvo con las necesidades de nuestros días.

¡Cuánto pudiera escribirse de sus enseñanzas y trabajos sobre la Acción Católica y la Acción Social y sobre la orientación cristiana, profundamente cristiana y por tanto eucarística, que debe tener cualquier forma de apostolado!

* * *

Sagrario y Catequesis: ¿sin Sacerdotes? ¡Imposible en toda su plenitud y desarrollo! Desde hace muchos años ¡qué ardores en España para perfeccionar la vida de los Seminarios! Pero principalmente desde el año 1938. Antes en vanguardia San Antonio María Claret y Don Manuel Domingo y Sol, fundador de los Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, y también en vanguardia Don Manuel González García. Bien lo proclama el Seminario de Málaga, en el que horas tan deliciosas pasé yo desde el año 1924 hasta el 1929 en que siendo Penitenciario de Málaga fuí elevado a la Dignidad Episcopal ¡Qué amores y qué dolores puso en aquel Seminario el creador de aquel edificio nuevo y el vivificador de todas aquellas actividades externas e internas que forman la vida íntegra de un Seminario Sacerdotal!

¡Cómo viene a mi memoria en este momento el día gloriosísimo en que el nuevo Seminario de Málaga fué consagrado al Corazón de Jesús y su Imagen entronizada sobre la fachada principal de su iglesia! Allí todos los Obispos de aquella Provincia Eclesiástica y allí todas las Autoridades de Málaga y allí yo en el púlpito y después en la explanada delante de la puerta principal, el Acto de Consagración

escrito para aquel día por el Rvdmo, Prelado... ¡Qué emociones las de éste, qué nudos en la garganta, qué lágrimas en sus ojos brillantes con los destellos del amor y del gozo, qué temblor en las manos que sostenían las cuartillas, temblor resonancia de otro temblor más íntimo, allá en el hondón del corazón que temblaba sacudido por el viento celestial de una devoción hirviente al Corazón Sacratísimo de Jesús, sin el que nada podemos, con el que todo lo podemos...

* * *

Y esta es otra línea principalísima de la personalidad del señor Obispo D. Manuel González: su devoción al Corazón de Jesús. Me atrevo a hacer esta afirmación: uno de los gigantes más eminentes en devoción al Corazón de Jesús, fué D. Manuel González García. Penetró con su talento intuitivo el valor y eficacia de esta devoción y por decirlo así palpó con su corazón, de fibras tan sensibles y delicadas, las dulzuras y amarguras misteriosas de esta devoción, que todavía es para muchos, y gente de ciencia, devoción conocida solamente de un modo muy superficial. El protagonista de esta biografía vió y experimentó la transcendencia incalculable que encierra la devoción al Corazón Rey de todos los corazones, no sólo en el orden práctico de la vida cristiana ordinaria, ascética y mística, sino en el mismo orden teórico, científico-teológico.

¡Lástima que todavía, después de las enseñanzas de los últimos Pontífices, haya tantos que no perciban esta transcendencia de la devoción al Corazón Sacratísimo del Rey Divino, de la que depende la realización plena de su Reinado venturoso, Reinado de justicia y de amor y de paz!

La gran empresa de hoy es: meter en todos los pechos humanos al Corazón Divino, mediante la devoción que ha de ser practicada luminosamente y ardorosamente, en toda su transcendencia de amor purificante y cristianizante que transformará la vida cruel y brutal, en vida humana de verdad y vida divina enaltecedora de toda la vida terrena para empalmarla con la vida del Cielo, que es la verdadera vida en toda su plenitud definitiva y eterna.

* * *

Y al servicio de todos los ideales someramente esbozados, su oración y sacrificio, su buen ejemplo y su palabra ungida con la unción del Espíritu y la sal ingeniosa, festiva, alegre de Andalucía, de Sevilla; y también al servicio de aquellos ideales, su pluma, mojada tan primorosa y abundosamente en el Evangelio. Don Manuel González fué un escritor fecundísimo y de un atractivo tal que podía competir, y ganaba, con los escritores profanos más leídos. Era un don de Dios muy singular el arte naturalísimo y originalísimo de su pluma.

¿Cuántos millones de letras escribió? Si su Angel Custodio llevó la cuenta, él podría contestar, y todos esos millones de letras, todos escritos para enseñar e impulsar al amor de Dios, al amor de Jesús, al amor de la Eucaristía, al amor del Evangelio, al amor de la vida

genuinamente cristiana... ¡Oh qué gloria y qué merecimientos para este escritor, de pluma, cuya tinta siempre era luz divina y amor divino!

* * *

Este prólogo crece y crece y ya llega el momento de terminarlo, porque lo dicho basta para la presentación de este libro: estuche y joya, cuyos primores quedan un tanto ponderados. El lector me dará la razón cuando acabe su lectura, si no me la da antes cuando lleve leídos unos cuantos capítulos y haya echado una ojeada sobre el índice.

Lector: para que no pierdas más tiempo en leer mi prólogo, voy a cerrarlo, diciéndote que leas esta biografía, toda ella, y verás lo que siente tu corazón y verás cuánto ganas poniéndote en contacto con la vida de Don Manuel González García, el insigne Arcipreste de Huelva, el preclarísimo Obispo de Palencia, el Obispo mártir de Málaga... y mártir del Corazón Sacratísimo de Jesús en la Eucaristía.

La gran fuerza santificadora de D. Manuel González fué su devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús presente y vivísimo en la Eucaristía. Quien no penetre esta verdad, no ha penetrado en la esencia de la vida espiritual de D. Manuel. Nuestro Señor le dió lo más divino que podía darle en premio de su devoción interna y externa a su Corazón. Lo más divino fué divinizarle el corazón haciéndolo corazón-mártir con semejanza extraordinaria, sublime, supereminente con el Corazón-Mártir, Rey de todos los corazones.

Todas las torturas humanas y todas las torturas divinas que padeció el corazón de D. Manuel, todas, formaron el gran programa de santificación que realizó el Corazón Divino en su enamoradísimo siervo hasta lograr que fuese su corazón reproducción admirable del Corazón Divino: irradiaciones luminosísimas, llamas ardorosas, cruz entronizada sobre un corazón llagado y coronado de espinas, entre resplandores de gloria y llamas de ardentísima caridad. ¡Corazón martirizado amorosísimamente por el mismo Corazón del Pastor Divino, el Mártir por excelencia!

✠ Antonio García,

ARZOBISPO DE VALLADOLID.

CRONOLOGIA DE SU VIDA

1877	25	Febrero	Sevilla	Nace en la casa núm. 22 de la calle del Vidrio.
»	28	»	»	Es bautizado en la Parroquia de San Bartolomé Apóstol.
1886	5	Diciembre	»	Recibe el Sacramento de la Confirmación en el Palacio Arzobispal, por manos del Emmo. Cardenal González, Arzobispo de Sevilla.
»	11	Mayo	»	Hace su primera Comunión en la Iglesia de las Escuelas de San Luis.
1789		Octubre	»	Ingresa en el Seminario.
1894		Abril	»	Primer viaje a Roma, con la Peregrinación obrera, para el Jubileo episcopal de Su Santidad León XIII.
1900	23	Septiembre	»	Recibe el Subdiaconado.
1901	11	Junio	»	Recibe el Diaconado.
»	5	Julio	»	Obtiene el Doctorado en Sagrada Teología.
»	21	Septiembre	»	Es ordenado Sacerdote, por el Emmo. Cardenal Spínola.
»	29	»	»	Primera Misa solemne.
1902		Febrero	»	En Palomares del Río (Sevilla) dá una Misión y siente la vocación del Sagrario abandonado.
»	8	»	»	Es nombrado Capellán del Asilo de las Hermanitas de los Pobres.
1903	23	Septiembre	»	Obtiene el Grado de Licenciado en Derecho Canónico.
1905	1	Marzo	Huelva	Es nombrado Cura Ecónomo de la Parroquia de San Pedro de Huelva.
»	16	Junio	»	Es nombrado Arcipreste de Huelva.
1906	17	Noviembre	»	Bendición de la Iglesia de San Francisco.
1907	8	»	»	Funda la Revista «El Granito de Arena».

1908	25	Enero	Huelva	Inaugura las nuevas Escuelas del S. Corazón en el barrio de San Francisco.
»	10	Julio	»	Bendición de la Iglesia en el barrio del Polvorín, para las Escuelas provisionales.
»	16	Noviembre	»	Dá su célebre conferencia en la 3.ª Semana Social de Sevilla.
1910	4	Marzo	»	Funda la Obra de las Tres Marías de los Sagrarios-Calvarios.
»		»	»	Escribe su primer libro, «Lo que puede un Cura hoy».
1911	1	Abril	»	Inauguración solemne de la nueva Iglesia y Colonia Escolar del Polvorín.
1912	2	Octubre	»	Funda para los niños los «Juanitos» del Sagrario.
»	3	Diciembre	»	Visita en Roma a S. S. Pío X, que le concede el Privilegio de Altar portátil para los asociados enfermos de su Obra.
1913			»	Es nombrado Camarero Secreto de S. S.
»	27	Junio	»	Interviene en el Primer Congreso Catequístico de Valladolid.
»	6	Diciembre	»	Es preconizado Obispo titular de Olimpo, Auxiliar de Málaga.
1915	9	Abril	»	Inauguración del Sagrario en su Oratorio particular, por concesión de S. S. Benedicto XV.
1916	16	Enero	Málaga	Consagración Episcopal en la Catedral de Sevilla.
»	25	Febrero	»	Entrada en la diócesis.
1917	20	Enero	»	Es nombrado Administrador Apostólico de la diócesis de Málaga.
1918		Febrero	»	Fundación de los Misioneros Eucarísticos Diocesanos.
1918	10	Marzo	»	Es elegido Senador del Reino por la Provincia eclesiástica de Granada.
1920	22	Abril	»	Nombramiento de Obispo propio de Málaga.
»	16	Mayo	«	Primera piedra del nuevo Seminario.

1921	3	Mayo	Málaga	Fundación de las HH. Marías Nazarenas.
1922	27	Octubre	»	Primera Visita ad Límina y audiencia de S. S. Pío XI.
1924	22	Agosto	»	Breve de S. S. Pío XI extendiendo a perpetuidad y a todos los países el Privilegio de Altar portátil en favor de los enfermos de la Pía Unión de los Sagrarios-Calvarios.
»	30	»	»	Concesión de la Medalla de oro Penitenciaria, por su meritoria labor moralizadora.
1926	11	Febrero	»	Visita de los Reyes de España SS. MM. Don Alfonso XIII y Doña Victoria, al nuevo Seminario.
»	21	Abril	»	Inauguración de la Iglesia del Seminario.
1927	20	Noviembre	»	Entronización del S. Corazón de Jesús en la diócesis, sobre el nuevo Seminario.
1931	11	Mayo	»	Incendio del Palacio Episcopal por las turbas.
»	13	»	»	Se refugia en Gibraltar.
»	26	Diciembre	»	Vuelve a la Diócesis, residiendo en Ronda.
1932		Noviembre	Madrid	Por mandato de la Santa Sede fija su residencia en Madrid, temporalmente.
1934	1	Enero	»	Funda la Reparación Infantil Eucarística.
»	29	Marzo	»	Quinto y último viaje a Roma, donde es recibido por Su Santidad Pío XI.
1935	4	»	»	Celebra las Bodas de plata de la Pía Unión de las Marías de los Sagrarios-Calvarios.
»	5	Agosto	Palencia	Es nombrado Obispo de la diócesis de Palencia.
»	12	Octubre	»	Entra solemnemente en su nueva Diócesis.
»	6	Noviembre	»	Conferencia en la Semana Pro Seminario de Toledo.
1937	1	Enero	»	Funda la revista infantil «RE-IN-E».
1940	4	»	Madrid	Muere santamente en el Sanatorio del Rosario, en Madrid.
»	7	»	Palencia	Entierro en la Capilla del Sagrario de la Catedral de Palencia.

ANTES DE QUE A LEER EMPIECES...

Lector, este libro que tienes en tus manos, no es una obra definitiva; ni abundó para ello el tiempo y mucho más el arte escaseó en la pluma.

La mies por estas tierras donde los segadores faltan, es tan espesa, que apenas dejan un momento para soltar la hoz y emplear un rato en tan feliz tarea.

Ni del arte te respondemos; porque encontrarás bien poco; ni de la perfección plena; porque se han quedado muchos hilos sueltos de la trama.

Apenas hay una nota descriptiva de los lugares donde se centra la acción que se narra; apenas se mencionan los hombres que rodearon su figura: unos como un halo cariñoso de cooperación decidida, y otros como manojos de espinos en la cuesta de su calvario...

Aquellos se sentirían heridos al tropezar con su retrato.

Estos podrían sentir leyéndonos el escozor de sus remordimientos y no queremos recrudecer llagas, que no se debieran cerrar con el silencio y el olvido, sino con la reparación.

Aún están calientes las cenizas de nuestro venerado biografiado; a ellos en parte les debe su cruz y su corona.

El, tan generoso para el perdón, como sensible para el sufrimiento, si estampáramos sus nombres, contemplaría nuestra obra con unos ojos doloridos como el último agravio que acabara de recibir de la tierra.

Para que lo vieras y oyeras más cerca de ti, le hacemos hablar a cada momento en nuestras páginas, que tienen por esto un vivo calor autobiográfico, supliendo así la impericia del atrevido escritor.

Notarás también en estas páginas, a pesar del enojoso trabajo de ajuste y engarce, dos estilos; a las claras verás que anduvieron en él varias manos.

Aunque está todo él escrito con apasionado cariño, de la veracidad de cada una de sus líneas podemos sinceramente certificar.

Díganlo por nosotros si nó las abundantes notas de cada capítulo y otras muchas que omitimos, por no fatigarte la lectura.

Y nada más, lector. Toma y lee; que en esta vida hay mucho bueno que copiar.

Que repasando estas páginas de tal modo te enamores del Jesús de tu Sagrario, que a boca llena puedas decir con el biografiado:

"Corazón de mi Jesús Sacramentado,
Cárcel y Carcelero de Amor,
préndeme... ¡y no me sueltes!"

Así para ti y para sí lo desea

EL AUTOR

VOLUMEN PRIMERO



Don Martín González Lara

Sus padres



D.ª Antonia García Pérez

Sevilla



Pila bautismal de la Parroquia de San Bartolomé





Casa donde nació



Patio de la casa

CAPITULO I

UN NIÑO DE CONTRABANDO.—SEISE DE LA CATEDRAL.

1.º—*Alrededor de su hogar y de su cuna.*
Y en aquella Sevilla...
D. Martín y D.ª Antonia.
Aquí yacen los padres del Obispo...
El monumento de la familia cristiana.
Un niño de contrabando.
Lo que su madre le reza.

2.º—*Historia de un pequeño seise.*
Su educación escolar.
Sus ilusiones de niño.
A los pies de la Virgen de la Alegría.
Entre los famosísimos seises.
Evocación...

I

Alrededor de su hogar y de su cuna

En la calle del Vidrio, de Sevilla, junto a la plaza de las *Mercenarias,* quiso Dios que naciera un domingo, 25 de febrero del 1877, a las cinco de la mañana, cuando las campanas repicaban a la Misa del alba...

Tenía que ser así.

El que en toda su vida sería la conjunción plena de la sal andaluza con la gracia del Cielo, no podía nacer más que en la tierra de María Santísima y a la sombra de la Giralda...

El creador de una mística blanca de Eucaristía, alegre hasta la chifladura por el Amo, tenía que nacer allí donde el sol se viste de colores al filtrarse por las altas vidrieras para contemplar mudo de asombro la gracia de aquellos seises, pajecillos del Cielo, que trenzando sus danzas entre el revuelo de cintas de sus castañuelas, cantan la pureza de María ante la blancura divina de la Hostia Consagrada...

Y EN AQUELLA SEVILLA...

Nació en aquella ciudad de la gracia y de la luz.

En aquella Sevilla de fin de siglo tan distinta de la de hoy.

Era la Sevilla de los pregones, de los patios floridos, de las cruces de mayo, de las mujeres recatadas y hogareñas.

Aquella Sevilla con aires de pueblo grande, donde en cada barrio se conocían y trataban unos a otros como miembros de una misma familia.

Aquellos tiempos en los que, porque a todas las cosas se daba su valor justo y su categoría, los jueces vestían de negro, los magistrados usaban a diario chistera y levita y los catedráticos iban a la Universidad con sombrero de copa.

Por idéntica razón los toreros vestían la chaquetilla corta, los gitanos usaban los tufos, los artesanos vestían sin remedar al señorito, sus blusas, y las mujeres del pueblo se adornaban con airosos y alegres percales.

Era entonces la vida menos dinámica que hoy, pero más apacible.

¡Aquellos paseos por la orilla del río...!

¡Aquellas sevillanas recatadas y sencillas, con su velo al rostro y su peina gentil...!

Se desconocía el vértigo de la velocidad; todo era al compás del señorial "milord" o de la alegre "manola", que cruzaba las calles entre el clamoroso tintineo de los cascabeles...

La Sevilla de las fiestas populares de todos sus barrios: ¡veladas de San Juan y de San Pedro, de San Jacinto y de Triana con sus farolillos y sus "cristobitas" y sus aguaduchos en la Alameda!

Todavía ni la demoledora piqueta había roto el secreto encanto de sus callejuelas estrechas, ni el brusco cambio de costumbres había maleado su recatada alegría.

La Sevilla de entonces era una y multiforme, con su Giralda y su Torre del Oro, y su Parque de claveles y rosales, y su largo paseo junto al río y su Catedral tan grande como una hipérbole andaluza.

No se equivocó aquel Capitular sevillano cuando el 8 de julio de 1401, en la reunión del Cabildo donde se acordara el construirla, exclamó: "Fagamos una iglesia tan grande que los que la vieren acabada nos tengan por locos".

Y surgió el milagro gótico de aquellas seis naves como un bosque de piedra encantado.

¡Así fué siempre para todo de extremosa Andalucía!

Conservaba ese sello maravilloso y único de elegancia y espiritualidad que hacían verdadero el célebre dicho:

Quien no ha visto Sevilla
no ha visto maravilla...

En aquella Sevilla nació.

D. Martín y D.ª Antonia

Sus padres, don Martín González Lara y doña Antonia García Pérez, ambos naturales de Antequera (Málaga), se trasladaron a Sevilla por los años de 1875...

En Sevilla se instalaron en la casa número 22 de la calle del Vidrio, muy próxima a la cual, en la plaza de las "Mercenarias", estableció D. Martín dos años después un taller de carpintería y ebanistería.

Fruto de este cristiano matrimonio fueron cinco hijos, de los cuales el primero murió a poco de nacer, sobreviviendo los cuatro siguientes: Francisco, Martín, MANUEL y Antonia.

Era don Martín un cristiano laborioso y honrado, exacto cumplidor de sus deberes religiosos. Su elevada estatura, robusta complexión y arrogante gesto contrastaban con un aire de bondadosa sencillez.

En los contratiempos, pronto recobraba la calma, exclamando: "¡Estaría de Dios!" "¡Sea lo que Dios quiera!" "¡Que venga lo que el Señor permita, pero que nos coja a todos juntos y con la conciencia tranquila!"

Doña Antonia era verdaderamente un ejemplar completo de la mujer fuerte de los Proverbios. De alma grande y generosa, ingenio agudo y fina perspicacia, de una rara discreción y gran talento práctico unido a un carácter vivo y enérgico, simpático y alegre, era el sol de su hogar.

Nunca se vió en ella la más mínima muestra de vanidad mujeril; pero siempre y a cualquier hora que se la encontrara, en su casa o en la calle, era la sencilla y limpia modestia el atavío inseparable de su persona.

La blancura de su rostro enmarcado por su cabello rubio, naturalmente ondulado, siempre recogido sin la menor afectación, sus finos labios, siempre prontos a

sonreir, sus ojos de un penetrante y bondadoso mirar, le daban un encanto singularísimo.

¡Cuántas veces, personas eminentes por su virtud y ciencia, buscaban frecuentar su trato y escuchar sus consejos!

Entre otros se recuerda al insigne Siurot (q. e. p. d.), que no pocas veces llegaba a casa del Arcipreste de Huelva, diciendo: "Hoy no vengo a ver a don Manuel, tengo que hablar con doña Antonia". Y con ella charlaba largo y tendido, de su vida espiritual y de sus preocupaciones personales...

De su piedad habla elocuentemente el hecho harto significativo, de haber comulgado diariamente desde su primera juventud, costumbre rarísima en aquellos tiempos, como lo hizo durante toda su vida.

De esta madre modelo nadie nos puede hablar mejor y con más cariño que el mismo hijo más tarde, cuando a raíz de su muerte escribía como apéndice de su "Manual de las Marías":

"Preparando este Manual, el Corazón de Jesús ha visitado mi casa para llevarse a mi madre. ¡Bendito sea!

Casi todas estas páginas las escribí teniéndola a ella sentada al lado de mi mesa, cuando ya sus achaques no le permitían intervenir con la actividad de siempre en el cuidado y gobierno de la casa.

¡Con qué gusto escribía yo estos y todos mis papeles, con el Corazón de Jesús enfrente y mi madre al lado!

¡Bendito sea el Corazón de Jesús que ha querido para gloria de mi madre y consuelo mío, que los renglones que el hijo escriba sean el eco de los besos, de las palabras, de los sacrificios, de los ejemplos cristianos de su madre y que por consiguiente el poco o mucho bien que aquellos rengloncillos hagan a las almas se le deba después de Dios a ella...".

Aquí yacen los padres del Obispo

Una honda huella dejó en él el recuerdo de sus piadosos padres. Muchos años después, siendo ya Obispo de Málaga, en una de sus primeras visitas pastorales a la ciudad de Antequera, busca en el archivo de la Pa-

rroquia de San Pedro la partida de casamiento de sus padres y en una nota marginal escribe con el orgullo santo de ser su hijo:

"Para gloria y honor de mis padres"

Manuel González García
Obispo de Málaga
(Rubricado)

Pero no es esto solo, sino que terminado su Seminario, a aquella sepultura que ha construído para él al pie del Sagrario, traerá los restos de sus padres para que duerman junto con los suyos el sueño de la muerte.

Y sobre aquella losa sepulcral, lisa y llana, sin emblemas ni blasones, esculpirá esta oración: "*Te pedimos, Corazón Eucarístico de Jesús, por medio de nuestra Madre Inmaculada, por las almas de los piadosos padres del Obispo fundador de este Seminario, que aquí duermen en tu esperanza*".

Aquel epitafio tenía un eco lejano de aquellos de las Catacumbas, tan sencillo y tan íntimo...

Ni el nombre siquiera se grabó sobre la losa, ¿para qué?, si estaba grabado en el corazón del hijo y en el alma de todos los colegiales...

¿Para qué más nombre que aquél, lleno de sencilla nobleza, de "padres del Obispo"?...

Aquel día del solemne funeral, su voz, esponjada de emoción y filial cariño, se arrancaba del alma con los más hondos acentos, hablando de sus padres.

Los restos de don Martín desde el cementerio de San Miguel de Málaga, y los de doña Antonia desde el camposanto de Huelva, han venido a esta capilla del Seminario a recibir el póstumo homenaje de veneración y amor de su hijo... Era el 29 de noviembre de 1929.

Allí estaban en dos cajas sobre el negro catafalco al pie del altar... Allí en aquella capilla, presidida por el Pastorcito eucarístico, donde todo habla de El, desde las espigas que rebosan de las vidrieras hasta la blancura cegadora de los muros.

Allí están en dos cajas, ellos, los abuelos del Seminario, esperando esconderse a nuestra mirada en el surco de aquel abierto sepulcro...

Ha llegado el momento; pero el señor Obispo se adelanta desde su sitial, hace ademán de que esperen a los que se disponen a bajar los venerados restos y, haciendo un esfuerzo para sobreponerse, entrecortada su palabra por la emoción, explica el por qué de aquélla, al parecer extraña, resolución del traslado de los restos de sus padres al Seminario.

"Amadísimos hijos en el Corazón Santísimo de Jesús: Ya comprenderéis la emoción tan honda que embarga mi alma en estos momentos y la violencia tan grande que tengo que hacerme para hablaros; pero no quiero dejar de deciros unas palabras de agradecimiento y de explicación sobre el significado de este acto que se acaba de celebrar y del lugar en que se ha celebrado.

De agradecimiento por haber asistido a él, demostrando el amor filial que tenéis a vuestro Obispo, tomando siempre parte en sus penas y en sus alegrías.

Pero no es este acto solamente una expansión del cariño y de la adhesión filial que me tenéis y que tanto os agradezco; es, además, una liquidación de cuentas, *y perdonad que emplee esa palabra profana en un acto tan solemne y religioso, pero no encuentro otra que exprese mejor lo que para mí significa.*

Digo esto, porque con él, ante todo pago una deuda a mis queridos padres, si se puede decir que a los padres se paga, porque ¿con qué se pagarán las lágrimas de una madre y las gotas de sudor de un padre, sobre todo si éstos han sido pobres y han tenido que ganar el pan de cada día con muchos trabajos y sudores, viendo algunas veces el porvenir cerrado *y teniendo que sufrir y sacrificarse con gran abnegación por sus hijos?*

¿Qué hijo podrá decir: Yo he satisfecho plenamente la deuda que con mis padres tenía?

Sin embargo, ahora puedo decir que estoy pagando a mis padres algo de lo mucho que les debo, trayéndolos aquí a este bendito Seminario; ¡qué bien los voy a colocar ahí, delante del Sagrario en donde recibirán el riego del agua bendita de lágrimas puras y el perfume del incienso de oraciones sentidas y el calor de corazones amantes!

Sí, ¡qué bien pagados se sentirán mis padres de todos los sacrificios que por su hijo sacerdote hicieron, recibiendo ahora la cosecha de la buena semilla, de la que ellos en cierta manera han sido los productores!

Pero no sólo con esto pago, sino que cobro. *Aunque no he sido yo quien ha hecho el Seminario, porque ¿quién se atrevería a decir esto después de haber presenciado tantos prodigios de generosidad y misericordia del Corazón Eucarístico de Jesús como se han obrado aquí?*

Yo no he sido sino un instrumento, un aprendiz, o como queráis llamarme, pues el único AMO, Constructor y Conservador de él es el Corazón Santísimo de Jesús.

Pero si es verdad que yo no he hecho el Seminario, también es verdad que he puesto en él toda mi buena voluntad, mi pensamiento, toda mi actividad y mi constante preocupación; y si estas cosas merecen paga, hoy vengo a cobrarlas, al tomar ese rinconcito para mis padres.

Ellos tuvieron el consuelo de exhalar el último aliento en los brazos de su hijo sacerdote y de estos brazos no han salido ni saldrán.

Ellos saben que están siempre presentes en la primera línea de mis oraciones y en el primer memento *de mis Misas.*

Mas el Corazón Santísimo de Jesús quiso poner también entre mis brazos este bendito Seminario, a quien tanto amo, y como "donde está tu tesoro, allí está tu corazón", yo venía aquí y no estaba tranquilo, porque mi corazón estaba dividido entre el Seminario, Huelva y el cementerio de esta ciudad.

Al traer aquí a mis padres y dejarlos en el huequecito que delante del Sagrario mandé abrir para ellos ya puedo descansar, porque mirando al Corazón Santísimo de Jesús, en donde tengo mi tesoro, puedo mirar al mismo tiempo al tesoro encerrado debajo de esa losa, mis padres y a mi querido Seminario.

No me digáis nunca que me debéis pagar lo que he hecho por vosotros; no me debéis nada porque con esto me considero suficientemente pagado.

Quiero deciros, además, lo que significa el que se haya celebrado en este lugar el acto tan conmovedor, que todavía estamos celebrando.

¡Qué bien sienta al Seminario guardar en su seno los restos de unos padres sólidamente cristianos...! ¡La familia cristiana en el campo del gran Padre de familias!

El monumento de la familia cristiana

Hoy está muy en boga el monumento al soldado, al héroe desconocido, ¿por qué no hemos de tener aquí uno para la familia cristiana, que con su vida de abnegación y de trabajo ha sido productora de buena y fecunda semilla? ¡Qué falta hacen las familias cristianas...! ¡Qué grabadas se quedan en el alma las palabras de una madre...!

De mí sé deciros que este Obispo no sabe rezar más oraciones por la mañana y por la noche y al dar gracias a Dios después de comer que las que me enseñó mi madre.

¡Cuántas veces he oído de esa boca ahora inmóvil, pero que volverá a hablar el día de la resurrección, estas palabras; "Hijo mío, mucho nos gustaría que fueses sacerdote, pero si el Señor no te llama, no lo seas, mejor quiero que seas un buen cristiano, que un mal sacerdote".

Así hablaba mi madre, porque amaba mucho a la Iglesia y a las almas.

¡Cómo condena esta conducta la de tantos padres que únicamente por lucro mandan al Seminario a sus hijos!

A todos mis seminaristas deseo que tengan padres de los que no tengan que avergonzarse nunca, sino de los que su recuerdo lleva a desear ser un poquito más bueno y a sentir pena cuando no se es; así fueron los padres que el Señor me regaló; por eso quiero que escriban en esa losa que los cubre: "¡Aquí yacen los padres de un sacerdote!"

He dicho que con este acto pago *y* cobro, *pero además dejo* cuenta abierta, *porque desde ahora quedo en deuda con todos los que rueguen u ofrezcan algún sufragio por las almas de mis queridos padres.*

¡Corazón Santísimo de Jesús, haz que cada vez que dirijan una oración por mis padres se levante la mano de este pobre Obispo para pagar con una bendición de hijo agradecido al que la ofrezca!"

Un niño de contrabando

Apenas nacido, fué bautizado, el 28 de febrero en la Parroquia de San Bartolomé Apóstol, imponiéndosele los nombres de Manuel Jesús de la Purísima Concepción, Antonio Félix de la Santísima Trinidad (1).

Ya era de Dios aquella alma, que no había de tener otro anhelo en la vida que su gloria... Ya era de Dios aquel corazón gigante donde no hubo ni un sólo latido que no fuera del Amo...

Pero estaba en el mundo como de contrabando...

Doña Antonia no sabía dónde esconder su cuna y aquel angelito rechoncho que parecía arrancado de un retablo barroco, de pelillo rubio y de un azul intenso los ojos, le tenía puesta el alma en un vilo...

¿Qué hará para ocultarlo a ser posible, hasta a los ojos de Dios?... Le aterraba la idea de que se le antojara un ángel más en el Cielo, y le dejara a ella el corazón desolado...

Su confesor (un buenísimo Padre exclaustrado) le encarecía mucho que antes de nacer sus hijos, y apenas nacidos los ofreciera a Dios diciéndole de todo corazón: "Señor, aquí lo tienes para tu servicio, dispón de él a tu antojo; si quieres que glorifique tu nombre sobre la tierra, amén, así sea; si quieres llevarlo contigo ahora mismo, *fiat voluntas tua;* tuyo es, tuyo y retuyo ahora y siempre".

Ella, fervorosa y obediente, apenas se vió con su primer hijo en los brazos, se apresuró a cumplir el encargo del santo varón y a los pocos días vió con sorpresa que su niñito, casi sin enfermedad, cogía el camino del Cielo...

Pero ahora esta madre salerosa y buena no quiere que el Señor le gaste más bromas, y por eso (lo contaba ella con su inimitable gracejo andaluz) al nacerle este

(1) Véase la partida de Bautismo en Apéndice núm. 1.

niño, su ofrecimiento a Dios se redujo a los términos de una tarjeta: "Señor, aquí tienes un nuevo servidor", mientras escondía entre los pañales y arrebujaba en su cuna aquel pedazo de su alma, que no quería tan pronto para el Cielo.

Extrañado un tanto el confesor de que no fuera a presentarle al nuevo infante, temiendo que se lo hubiera Dios llevado también, llegó muy azorado a informarse de su estado de salud y a preguntar si la madre había hecho el ofrecimiento de rúbrica; entonces ella no pudo más y le contestó vivamente: "No señor, ya está bueno lo bueno.

Lo he ofrecido a Dios como por cumplimiento, porque yo no voy a engañar al Padre Eterno, pero ahí lo tengo como escondido para que no se acuerde de él.

Ya yo he visto que su Divina Majestad no tiene quien le ofrezca tan de corazón sus crios y habrá creído que estoy yo aquí fastidiada con los míos, cuando no hay tal cosa.

Suyo es, si se lo quiere llevar que se lo lleve, pero que no pueda decir que yo he ido a metérselo por los ojos y a rogarle con él...

El Padre se enfadó, pero mi niño ha escapado con el pellejo y no me ha pesado. La Santísima Trinidad estará muy contenta teniendo por allá mi otro angelito, pero yo no estoy menos de haber resguardado a este *angelote*.

Si aquél le dá allí mucha gloria, vamos... que este aquí no se descuida, y crean ustedes que cuando hace una de las suyas me alegro en el alma de haberme dedicado al *contrabando*" (2).

... ...

Mi buena y graciosa Doña Antonia, *contrabandista* de Dios, duerme tranquila, porque de seguro, al llegar a los Cielos, en aquellas aduanas, no te cobrarían multas por este bendito contrabando sino que por él merecerías tu mayor gloria y tu mejor corona...

No escondas la cuna, que Dios le quiere en la tierra para hacerle confidente de sus quejas más hondas...

(2) «El Granito de Arena»; «Un Obispo de contrabando», por María de Andalucía. 20 Febrero, 1916.

No le hurtes a las miradas del Cielo, que antes de llevarlo a la gloria Dios lo querrá crucificar en el Calvario de sus Sagrarios abandonados.

LO QUE SU MADRE LE REZA

¡Qué piadoso era aquel humilde hogar!

Con el rezo se santificaba el trabajo. Su madre, levantada antes que rompiera el alba, se entregaba a la dura jornada del día, después de haber comulgado en la vecina Parroquia de San Bartolomé, que está casi frente de su casa.

"Bendita sea la luz del día
y el Señor que nos la envía..."

Así alababan a Dios nuestros padres en aquellos tiempos de acendrada fe...

El "Bendita sea tu pureza..." apenas los labios balbucían las primeras palabras, ya lo estaban aprendiendo sus hijos...

Al vestirlos de limpio, mientras les iba poniendo las prendecitas blancas y almidonadas, la madre va diciendo con ellos: "Bendito y alabado..." Esa bellísima salutación de esta Andalucía, alegre y fervorosa, que no sabe alabar a Dios y dejarse atrás a su Madre, juntando siempre con la blancura Divina de la Hostia la pureza de la Reina Inmaculada...

Se reza en aquel hogar... y ¡qué oraciones tan ingenuas las que enseña aquella bendita madre!

Todavía gustaba el niño de hoy, en el ocaso de su vida de recitar, después de las comidas, aquella oración que, de pie junto a la mesa, rezaba con sus padres y hermanos:

"San Cayetano bendito,
que a tus devotos mantienes
por ser el Santo que tienes
en el Cielo tanta mano:
providencia, Santo mío,
y gracia para que a Dios sirvamos".

La providencia y la Gracia de Dios eran los dones que se pedían y los que El otorgaba con soberana largueza.

Entre la calle del Vidrio y la plaza de las "Mercenarias", donde Don Martín ha puesto su taller de ebanistería, discurre Manolito en sus primeros años...

Ya de pequeño se advierte en él aquella agudeza y penetración en que tanto había de distinguirse más tarde; de rápida comprensión y finísimos sentimientos sabía enseguida el por qué de unas lágrimas furtivas o el misterio de una sonrisa que ocultaba un dolor.

Parece que el Señor le había dado el don de alegrar los corazones.

Pero un día, el niño tardaba más de lo acostumbrado en volver a su casa.

Su madre estaba impaciente.

Su hermano Francisco salió presuroso por los alrededores, y no hallándolo en los sitios acostumbrados, sospechó que podría estar en la procesión de la Virgen de Valvanera, que aquella tarde recorría las calles del Barrio de la Calzada. En efecto, después de breves averiguaciones, encontró al decidido personajillo entre las filas de hombres con su vela en la mano, en actitud y porte de "persona mayor".

Al verlo, se fué apresuradamente hacia él y, al intentar separarlo de la fila, Manolito que apenas tendría ocho años, con un ademán grave y severo, le dice muy serio a su hermano mayor, que tenía ya catorce: "*Retírate, retírate que el Sr. Cura no quiere niños en la procesión*".

Apuntaba ya su gracia andaluza siempre alegre, como rocío de buena sal que hacía sabrosas las difíciles coyunturas en que nos pone la vida.

II

Historia de un pequeño seise

Por este tiempo, sus padres pensaron en atender a la educación literaria del niño y para ello le pusieron en una Escuela de la Calle de Céspedes, cuyo maestro de párvulos se llamaba D. Faustino Alvarez.

Del Colegio de párvulos pasó al de D. Juan Naranjo, en la calle San José, en el que pasó la mayor parte de su infancia; más tarde frecuentó la escuela de D. José Malpica, en la calle de la Soledad y al poco tiempo un pariente de su padre, el Canónigo D. Francisco García Sarmiento, Secretario de Cámara y Gobierno del Arzobispado de Sevilla, se interesó en que fuera al Colegio de San Luis, en la calle del mismo nombre.

Su educación escolar

Su aprovechamiento intelectual era tan aventajado que, cuando tenía unos ocho años, el maestro que tenía a la sazón, llamó a su madre y le dijo que ya no tenía el niño nada que aprender en aquella escuela.

De estos maestros suyos hablaba después recordando anécdotas de su infancia.

Eran los tiempos de "la letra con sangre entra".

¡Cuántas veces le oímos contar cómo le apenaba, y alguna vez también lo experimentó dolorosamente, que si algún niño no contestaba a la letra la lección como el maestro quería, la palmeta se empleaba en él sin com-

pasión! "¡Pon las manos vueltas!" *Nosotros no nos atrevíamos a abrirlas del todo; poníamos tímidamente una y con la otra queríamos resguardarla de los palmetazos; luego, con coraje y sangre fría, iba contando el maestro los golpes que daba en las palmas, uno, dos, tres, y nos las dejaba tan ardientes que apenas terminaba la "faena" salíamos corriendo soplando en ellas, a ponerlas en el fresco zócalo de azulejos de la clase.*

En otra ocasión, escribía:

"*No recuerdo que me hayan pegado, cuando niño, mis buenísimos padres que de Dios gocen. Un movimiento de cabeza o una simple mirada de disgusto, recuerdo que era la más eficaz corrección y el más sentido castigo. ¡Aún me escuecen!*" (3).

Su espíritu, finamente observador, había recogido en su niñez y juventud impresiones y recuerdos que no se le borraron nunca; y aquellas experiencias infantiles ¡qué bien supo utilizarlas más tarde para sus altos fines pedagógicos, en sus escuelas de Huelva, en su Seminario de Málaga, en sus Catequesis y apostolados...!

Esta fina perspicacia y espíritu observador del niño iban unidos a una nobleza de alma, buen corazón y candorosa inocencia que le hacían guardar un sincero respeto a sus maestros rayano en veneración.

Era alegre e ingenioso, pero nunca aficionado a bromas molestas, sino sencillas e inofensivas. De su natural bondadoso da idea saber que constituyó siempre para él un recuerdo triste de su infancia el haber dado un puntapié a un perro.

Sus ilusiones de niño

Aquel niño de sentimientos tan delicados, tenía también su mundillo de ilusiones. El que había de soñar tanto, y tanto habría de sufrir en la vida para ver realizados sus ensueños, nos ha contado estas sus ilusiones de niño.

Una de las mayores —decía— era tener una cartera para los libros cuando iba al colegio, para podérsela echar terciada con su correa al hombro, como la llevaban otros niños.

(3) «La Gracia en la Educación»; 3.ª ed. p. 185.

Cada vez que llegaba el cartero, brillaban sus ojos inocentes y decía a su madre: "*Mamá, dígale Vd. al cartero que le dé su cartera para mí*".

Pero este sueño dorado nunca se realizó; siempre había otra cosa más urgente que comprar que la soñada cartera.

Otra ilusión mucho tiempo acariciada, que demostraba su afición a la música, era la de poseer un acordeón.

Como recompensa por haber obtenido premio o matrícula en los exámenes del primer año en el Seminario, le compraron el deseado instrumento. Y, ya Obispo, se acordaba y se reía del precio del acordeón: Veintidós reales justos.

Y por fin, otra de sus más vehementes aspiraciones infantiles fué la de tener un *borrico*.

¡Verse él cabalgando en un borriquillo *suyo*, qué felicidad!

Un día llegó radiante de alegría a su casa; por fin había encontrado el modo de realizar su sueño. —*¡Mamá,* gritaba alborozado, *mamá, en el "Boquete"* (una feria de ganado de inferior calidad), *se vende un burro por seis reales!*

Ante la ocasión de un negocio tan *favorable* se desvanecerían, sin duda, las dificultades para lograr su ilusión. Pero ¡ay! que también hubo de renunciar a ella.

Las reflexiones de su madre sobre el estado del pobre animalejo que daban tan barato, lo conformaron pronto para esperar mejor ocasión, que no llegó.

¡Cuántas veces le hemos oído decir que daba gracias a Dios y se alegraba sobremanera de haber sabido por experiencia lo que son privaciones de gustos, porque además de darle esto un conocimiento más real de la vida, podía comprender mejor a los que las padecían, al mismo tiempo que sentía lástima de esos niños mimados que no llegan a disfrutar de nada por el hastío que les produce la abundancia de todo!

Por el contrario, decía él, la austeridad de vida hace que se disfrute mucho más de esos menudos e inocentes goces del hogar.

En él no faltan las preocupaciones, pero... a dos pasos estaban el Señor y la Virgen de la Alegría.

¡Estando ellos tan cerca no hay apuros que valgan!...

A los pies de la Virgen de la Alegría

Días hubo en que el Señor cargaba la mano poniéndoles unas caras más pensativas y serias que de costumbre a aquellos fervorosos *cofrades* de la *Santa Alegría.*

El niño, que acaba de entrar de la calle, lo ha notado.

—*Mamá, ¿qué le pasa?...*

—Nada, hijo mío... Esto no lo puede arreglar más que la Virgen. Anda, llévate a tus hermanitos, y cuéntale a la Virgen de la Alegría lo que me pasa.

Los cogió de la mano, penetró en el templo, los puso de rodillas a su lado, frente al altar de la Virgen, cruzó los brazos, clavó en la imagen aquellos ojos azules como su manto, y de esta manera habló:

—"*Madre mía, dice mi mamá que hoy tiene un apuro...*"

Y siguió contándoselo, para que se enterara bien aquella Virgen bonita del camarín, con sus ráfagas de plata y los dos pendientes largos colgando sobre la cara, como ascuas de luz...

Sus hermanitos cansados ya de estar de rodillas, poco a poco iban dejando caer el cuerpo sobre los sufridos tobillos...

Por fin acabó el relato de sus penas...

—*Ea, vamos, pero antes la despedida.*

Y todos comenzaron a rezar la oración que les había enseñado la madre:

Virgen Santísima,
Madre piadosa,
amparadme ahora
y en la hora de mi muerte. Amén.

Hubo de complacerle no poco a la celestial Señora aquella súplica ingenua de sus labios inocentes, pues al volver a la casa ¡ya no había apuros!... La Virgen de la Alegría se llevó con una sonrisa de sus labios todas las penas de la afligida madre.

Entre los famosísimos seises

¡Qué contento está Manolito! En el capítulo de sus ilusiones infantiles aún llevaba una que le hacía soñar despierto: ¡si yo fuera seise!...

No todas sus ilusiones iban a correr la triste suerte del borriquillo de la feria...

Y Manolito fué admitido en el Colegio de San Miguel, frente a la Catedral, en donde el Cabildo atendía a la formación de los niños de Coro.

Tan pronto advirtieron los directores la gran afición a la música que tenía el aspirante, su fino oído y su dulce y vibrante voz, lo incluyeron en el número privilegiado de aquellos famosos seises de la Catedral sevillana.

El origen histórico de los "seises", no está aún exactamente determinado. Algunos historiadores lo hacen remontar a los tiempos de la iniciación del rito hispalense a raíz de la reconquista de la ciudad. Sin embargo, no existe noticia definitiva sobre origen tan remoto, por lo que se tiene como más veraz la opinión que fecha su aparición en 1439. En 1532 se fundó el Colegio de San Isidoro, también llamado del Cardenal, y que posteriormente se denominó de San Miguel, en donde los niños de coro, en número de veinte, cursaban sus estudios. El número varió con los años, hasta que en 1565 se fijó el de diez.

Bailaban entonces los seises con ocasión del Corpus ante la Custodia y los Cabildos Eclesiásticos y Civil, y fuera del Templo, en la procesión del Santísimo, frente a la Audiencia, y en ocasiones ante la Iglesia del Salvador.

Estos niños, en un principio, vistieron de ángeles con alas doradas y guirnaldas de flores, y posteriormente usaron vestiduras de peregrinos y pastorcitos, hasta que en el siglo XVII se les vistió de pajes, ya con carácter definitivo.

A partir del siglo XVI acostumbran a permanecer con la cabeza cubierta durante las danzas, y en 1667 usaron por vez primera las castañuelas, como acompañamiento para sus bailes.

El baile tiene tres partes: la introducción, durante la cual los danzantes permanecen quietos; el estribillo,

en el que cantan, y finalmente, la copla, que es el momento en el cual forman las figuras del baile. El baile es una especie de minué con características especiales.

La danza de hoy es la misma del siglo XVII.

Bailan haciendo múltiples figuras: eses, círculos y cruces, terminando cada figura al mismo tiempo que concluyen el villancico, y tañendo las castañuelas al momento de concluir el estribillo.

En ninguna ciudad del mundo que no fuera Sevilla pudo nacer la peregrina idea de que niños inocentes danzaran delante de la Custodia lanzando al altar sus coplas como una nube de incienso.

Sorprende y emociona ver aquellos pequeños pajes del Santísimo evolucionar rítmicamente entre el repique de castañuelas sobre las mismas gradas del altar.

Así son las cosas de esta Sevilla que no sabe sentir en silencio, y canta y baila delante del Santísimo y de la Madre Inmaculada, con la ingenua desenvoltura del pequeñuelo que en brazos de su madre no sabe estarse quieto y pernea y sonríe y acaricia, y abraza y besa a la madre, para terminar después dormido acunándose en su regazo.

Hasta el 11 de mayo del 1931, en que fué devorado por las llamas el Palacio Episcopal de Málaga, se conservó un retrato suyo con el simpático traje de los seises sevillanos.

De nueve a diez años, alto, delgado, su cabello rubio y sus ojos intensamente azules, vestido de grana y oro en las solemnidades del Corpus Christi, y de azul y plata en las de la Inmaculada, los dos grandes amores de su corazón, Manolito cantaba y bailaba con todo el entusiasmo de su alma sencilla y ardiente las típicas danzas religiosas ante el Santísimo Sacramento al pie de las gradas del presbiterio de la Catedral de Sevilla...

El último día de la Inmaculada que pasó en la tierra aún recordaba aquellos cantos, y quiso entonar por última vez, olvidando por unos momentos los dolores de su enfermedad, en homenaje a la Señora, aquellas célebres coplas de Miguel del Cid que tanto cantó el pueblo sevillano:

Todo el mundo en general
a voces, Reina escogida,

diga que sois concebida
sin pecado original.

Y su voz, a los 62 años, resonaba aquel día como la de un niño; ¡tanto había de ingenuidad y amor a la Madre Inmaculada!

... ...

Evocación

Pajecillo de la Eucaristía, me parece verlo gracioso y blanco vestido de grana y oro, jubón y calzas de seda, blancos chapines bordados en sus pies diminutos, y enlazados entre sus dedos los palillos, repiqueteándolos, cantar con los ojos clavados en la Custodia...

Desde aquella primera mirada quedó enamorado de la Eucaristía... Desde entonces su alma le irá cantando por el mundo esta letrilla:

Sólo en esta miel espero,
por ser deleitoso abismo;
miel que es pan,
pan que es Dios mismo,
miel sabrosa de romero... (4)

Se encontraron la flor y la abeja, ¿quién las separará? Unidos vivirán hasta la muerte.

(4) «El Colmenero Divino», de Tirso de Molina.

CAPITULO II

CUANDO LLAMA EL AMO...

1.º—*Los primeros pasos del seminarista*
Otra vez de contrabando
Su ingreso en el Seminario
Dotes de inteligencia, voluntad y carácter
Su piedad infantil
Le sale al paso la cruz

2.º—*Sus vacaciones "romanas" y sevillanas*
Seminarista y romero
Su plan de vacaciones
Pasando unos días con el P. Pérez

3.º—*Por la defensa de su vocación*
Se redime del servicio militar
El periodista en ciernes
Se va acercando al altar
Sus ensueños pastorales
Los primeros tropiezos con la realidad

I

Los primeros pasos del seminarista

ADIÓS chambergo, con tu aironcillo de plumas, adiós castañuelas de mi pequeño seise; ni tú tocarás más su cabeza dejando al descubierto la frente, para que miren con desahogo a la Custodia sus ojos, ni vosotras os enredaréis más entre sus dedos, para acompañar con alegres repiqueteos las coplas del Sacramento.

Los alegres y polícromos terciopelos pronto se van a cambiar por los negros y austeros paños de una sotana.

Quizás en las Vísperas del Corpus de este año de 1889, cuando sus pies trenzaban en la Catedral sevillana con giros pausados la danza inocente, los dulces ojos de Cristo desde la Hostia blanca, se fijaron en él, y sorprendidos de tanta inocencia, le besaron el alma.

Como en la página evangélica le miró y le amó.

Aquellos ojos le estaban llamando enamorados. ¿Qué hacer?

Robarle la respuesta a Andrés y a Pedro sobre las arenas del lago.

OTRA VEZ DE CONTRABANDO

Ha cerrado la noche y Manolo no vuelve a la casa; ya son diez años los que ha cumplido, probó el Pan de la Eucaristía y recibió la Confirmación (1).

---

(1) El día 11 de mayo de 1886, a la edad de nueve años, algo más pronto de lo que en aquellos tiempos se acostumbraba, recibió la primera Comunión en la iglesia de las Escuelas de San

El carácter del niño es extremadamente dócil, mil veces ante las amistades había hecho exclamar a doña Antonia, rebosando de maternal orgullo: "Manolo nunca me ha dado un disgusto...". Pero ahora...

¡Pobre madre! Con un cabello se ahoga. Vive por esta fecha en la calle de la Alegría; pero esta noche el niño le ha hecho un rápido traspaso a la calle de la Amargura.

Por todas partes le anduvieron buscando. No dejó su hermano Martín iglesias ni callejuelas, ni plazas ni rincones del barrio, que no recorriera impaciente, pero... ¡en vano!

En la vecina Plaza de las Mercenarias sobre los tejados se muere el último rayo de sol, el farolero con la mecha en la punta de la caña va prendiendo su luz en las farolas, y el niño —¡dichoso niño!— sin volver.

De pronto, sobre las piedras de la calle se oyen, atropellándose presurosa, las pisadas de alguien que más que correr vuela...

¡Ahí viene! es él...

—Pero Manolo ¿qué horas son éstas?...

—¡Papá, mamá! no se disgusten, no me riñan, lean lo que dice aquí:

—¿Qué es esto? Su padre pasó rápidamente los ojos y cuál no sería su sorpresa cuando vió que se trataba de la papeleta de examen de ingreso en el Seminario.

—Vengo del Seminario y esta es la papeleta del examen de ingreso y estoy aprobado!

—¡Pero, chiquillo! ¿Cómo es esto?

—Sí, ya está todo arreglado. Mamá, ahora tiene usted que ver al señor cura de San Bartolomé y darle el dinero de los papeles que he tenido que presentar.

Y nerviosillo miraba a sus padres para ver en qué quedaba aquello; pero la riña se trocó en unas dulces

---

Luis, de manos de su tío, el canónigo don Francisco García Sarmiento.

Hasta el incendio del Palacio Episcopal de Málaga conservó en su dormitorio, junto a un cuadrito con el recordatorio de su primera Misa, otro mayor con el de su primera Comunión.

El 5 de diciembre del mismo año recibió el Sacramento de la Confirmación, administrado por el Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal don Ceferino González y Díaz-Tuñón, Arzobispo de Sevilla, en la capilla del Palacio Arzobispal.

y tiernas lagrimillas que se deslizaron furtivamente de los ojos de aquellos buenos padres que, llenos de silenciosa emoción, le abrazaban.

¡Límpiate las lágrimas, madrecita buena, no puedes reñirle, porque al niño se le han pegado tus mañas!

De contrabando le tenías escondido aquellos primeros días de su vida, y casi de contrabando, él, cuando menos lo esperabas, se te ha metido por las puertas del Seminario. Tan bien ha aprendido este gracioso y peregrino ardid, que en su vida toda, casi de contrabando, con su eterna sonrisa, conquistará para el Amo las almas y robará los corazones...

Su ingreso en el Seminario

Al comenzar el curso del 1889 al 90 ya nuestro pequeño seise se ha convertido en un seminarista.

Sobre su rubia cabeza el bonete con sus cuatro picos y su borla de seda, la negra sotana no le deja ver más que los pies y doblándose sobre el pecho, para caer después sobre las espaldas en dos bandas iguales, su roja beca que forma una M tan grande, que enmarca su pequeña figura, como si todo el seminarista estuviera enlazado al nombre de Maria.

De sus años de Seminario pasados en aquel vetusto caserón triste y obscuro, prisión en otro tiempo de las Santas Justa y Rufina, conservó siempre recuerdos indelebles...

Allí sus ojos de niño contemplaron en la cripta del templo las cárceles lóbregas donde las dos santas hermanas recibieron sus tormentos. Aquellos muros fueron testigos de la muerte de Santa Justa, víctima de la crueldad de Diogeniano.

Sus labios inocentes besaron en aquel pedazo de la columna donde fueron azotadas, la cruz que ellas grabaron con sus uñas, en medio de sus tormentos...

Y aquel pozo, donde milagrosamente bebieron las Santas, y a cuyas aguas fué arrojado el cadáver de Justa consumado su martirio, vivamente le heriría su impresionable imaginación llenándola de pavorosos misterios.

Todo en aquel Seminario Menor le hablaba de tormentos y de muerte, aceptados con el gozo inefable del martirio; por eso en la cruz que bien pronto le salió al encuentro él se supo clavar con toda la alegría de su niñez inocente...

Aquellas primeras noches del Seminario lejos de la madre buena, sin el calor del hogar, ¡cuánto le exigían de renuncia callada!

Las primeras noches, según lo confesaba él mismo a su madre cuando fué a verlo, pasó miedo.

Una sombra negra con una linternita daba vueltas por el dormitorio... Y él no sabía explicarse aquel misterio.

A la semana siguiente, cuando volvió a verlo su madre, ya no tenía susto: "Mamá, ese Padre que da vueltas por las noches es un santo, es el P. Espiritual".

Era aquel santo sacerdote el P. Pérez Pastor, del que tan buenos recuerdos conservó siempre:

"*Una de las primeras impresiones* —nos dice él mismo— *que guardo más grabadas en mi memoria de niño es el susto que yo sentía allá en mi Seminario Menor, cuando al despertar a voces a media noche, veía pasar la sombra del* Pae Pérez *con una linternita en la mano para no tropezar entre las camas del dormitorio y con alpargatas para no despertarnos al ruido de los pasos, hacia el coro de la iglesia. ¡Cómo me hacía taparme hasta la coronilla el miedo de la aparición!*" (2).

Su piedad infantil

Uno de sus profesores, D. Anselmo Bracho (q. e. p. d.) escribía: "Le conocí siendo él un niño; fué discípulo mío en el Seminario de Sevilla. Desde sus primeros años de seminarista se distinguió por su acendrada piedad y amor al estudio, singularmente por una ardiente devoción a la Sagrada Eucaristía y a la Inmaculada, amores que durante toda su vida brotaron siempre juntos de sus labios y de su pluma" (3).

---

(2) «Artes para ser apóstol como Dios manda», 3.ª ed., p. 145.
(3) Boletín «Las Marías», núm. 330. Santander.

Todos cuantos le conocieron íntimamente durante sus años de seminarista, afirman su amor a la vocación y su firmeza y decisión a ser sacerdote, sin que jamás la menor sombra de duda o de titubeo asomase a su alma. Diríase que Dios le regaló un alma sacerdotal. ¡Cuántas veces le oyeron repetir: "*Si mil veces volviera a nacer, mil veces volvería a ser sacerdote!*"

Entendió siempre el sacerdocio en toda su divina plenitud... Sacerdote hostia (que dirá después), sin otro anhelo que ofrecerse en cada momento en oblación perpetua —hostia humana— a la Hostia Divina del altar. ¡Hostia por hostia! ¡Qué sublime ideal!

Devoción expansiva y alegre, generosidad para el sacrificio, y sobre todo, un cariño a toda prueba a su ideal sacerdotal, eran las características de su piedad juvenil, junto con su amor a la Eucaristía y a la Madre Inmaculada.

Cuentan de él esta frase que retrata su espíritu y su estilo y que solía decir a su madre cuando en sus visitas le contaba alguna pena: "*Mamá, con tal que tengamos siempre el alma limpia, ¡vengan bombas!*"

Tenía, desde niño, los ojos del alma esponjados en la blancura de la Hostia...

¿Qué importan los sufrimientos cuando se tiene la conciencia tranquila?

Mas a la alegría y expansión de su piedad no le faltó una prueba: la de los escrúpulos.

Permitió el Señor que, aquel que más tarde había de ser tan experto director de almas, probase por sí mismo el peso de este sufrimiento.

No se prolongó la prueba, la Providencia le deparó pronto un confesor que supo llevar la paz a aquella alma destinada para grandes empresas.

Dotes de inteligencia y voluntad

Sus dotes de inteligencia le hicieron descollar entre sus condiscípulos; baste decir que obtuvo siempre las mejores calificaciones y los primeros premios en todos los cursos de su carrera.

Notando tan grandes condiciones de inteligencia y corazón, el rector del Seminario, don Modesto Abin y

Pinedo, decía a su padre: "El *rubillo* como siga derecho, va a ser una gran cosa; pero como se tuerza, es capaz de armar un cisma en la Iglesia de Dios".

En sus años de Humanidades, se daba frecuentemente el caso de que otros compañeros le pedían el *gran favor de sacarles los vocablos* de los autores latinos, a lo que él siempre accedía con gusto; y era gracioso ver cómo le manifestaban su gratitud, cediéndole en el comedor el plato extraordinario de que disfrutaban los pensionistas, llegando a veces a encontrarse con nueve o diez *principios,* que él repartía generosamente entre sus compañeros menos favorecidos.

Baste decir que su capacidad intelectual, no menos que su constancia, lograron superar la enorme dificultad que supone la de no tener en propiedad todos los libros necesarios para sus estudios (4).

"Manolito —decía el rector— hará todo lo que se proponga; si se cae la Giralda y él quiere levantarla, a los pocos días la levanta; todo lo que quiera lo consigue".

Y es que a una gran capacidad intelectual, a una clarísima y rápida comprensión, a una imaginación viva y ardiente, a un corazón noble y delicado unía una voluntad firme como una roca.

Rasgos de su carácter

Sus compañeros de Seminario aseguran que jamás le veían triste, antes al contrario, su carácter alegre y risueño, salpicado de abundante sal de la tierra servia de animación a las reuniones recreativas. El mismo contaba más tarde muchas de las anécdotas de su vida de seminarista.

Durante una temporada ejerció el cargo de enfermero. Un seminarista más aprensivo que realmente en-

(4) En su hoja de estudios no aparece ninguna nota inferior a la de «Meritissimus», siendo siempre esta máxima calificación la que recibió en todas las asignaturas de *todos* los cursos, con premios y matrículas en todos ellos; los diplomas de los doce o catorce años de su carrera se conservaron en otros tantos cuadros hasta el incendio del Palacio Episcopal de Málaga. (Véase su certificado de estudios en Apéndice núm. 2).

fermo venía hacía unos días quejándose de un dolor en la espalda, cuya causa no acertaba a averiguar el médico. Nuestro enfermero, encontró bien pronto un remedio decisivo.

Un día le llama a la enfermería y le dice: "*Mira, ya he encontrado una untura maravillosa que hará desaparecer definitivamente ese dolorcillo; esta noche me pasaré por tu camarilla y te la aplicaré antes de dormirte.*

En efecto, según lo anunciado, Manolo se presentó con un *ungüento mágico*, que aplicó cuidadosamente a la parte dolorida. El "enfermo", sin sospechar remotamente la procedencia de la medicina, advirtióle que aquella untura tenía un olor semejante al betún.

—*Nada de particular tiene* —contestó Manolo— *puesto que el betún contiene trementina, la cual precisamente es el principal componente de esta untura.*

No eran vanos los barruntos del paciente, pues el maravilloso ungüento no era otra cosa que una caja vulgar de betún para el calzado.

A la mañana siguiente, Manolo le preguntó cómo le había sentado la medicina.

El "enfermo" le respondió que el efecto había sido rápido y decisivo.

Claro, que el *complemento del remedio* tenía que ser el agua caliente y el jabón.

A su amabilidad y simpática alegría unía una gran seriedad y firmeza de carácter.

Sus compañeros de Seminario recuerdan a este propósito un hecho que habla muy alto de la entereza de su alma.

Sería de edad como de 18 años. Un profesor suyo se atrevió un día, desde la cátedra, a decir alguna frase poco delicada sobre el celibato eclesiástico.

Al punto el valiente seminarista se puso en pie y, con rostro indignado y actitud resuelta, le habló de esta manera: "*Es indigno que un profesor se atreva a hablar con tan poco respeto de esa delicada materia. No podemos consentir que se hable de esta manera a los que nos preparamos para sacerdotes. Yo protesto con toda mi alma*".

El profesor se irritó al verse reprendido por un discípulo y la clase se terminó en un ambiente de tirantez.

Sus compañeros al salir, le aplaudieron su actitud decidida, diciendo: "¡Bien, te has portado como un valiente!"

Después, el profesor rectificó su opinión en plena clase y lamentando el hecho y reconociendo su falta rogó que le dispensaran.

Le sale al paso la cruz

No podía faltar el sello de la cruz que fuese la auténtica que probase la firmeza de su vocación y le diese una provechosísima experiencia para el mañana.

Era costumbre en el Seminario de entonces distribuir por turno, entre algunos seminaristas, distintos oficios, y uno de éstos era el de la *serenía* nocturna.

Por ello, las noches que le tocaba su turno, tenía que quedarse de *sereno;* le entregaban su farolito y quedaba encargado de la vigilancia de los vetustos y enormes tránsitos, galerías, dormitorios y camarillas.

Fué esto siempre tan duro para él y pasaba tan malas noches, que no logró acostumbrarse y siempre lo recordaba con tristeza.

Comprendía que esto era inadmisible en un centro de jóvenes estudiantes, ya que el pasar la noche en vela, a más de otros graves inconvenientes, impedía después el estudio.

Cuando tenía de 14 a 15 años contrajo unas fiebres tifoideas que pusieron en serio peligro su vida. Ni el médico del Seminario ni los Superiores advirtieron la gravedad del caso, hasta que su padre se decidió a llevárselo a su casa y se presentó un día con un coche para trasladarlo.

Llegó con tanta fiebre que no sabía dónde se hallaba.

El médico de la familia lo encontró gravísimo y abiertamente dijo a sus padres que no se hicieran ilusiones, el estado del enfermo era alarmante.

El P. Espiritual del Seminario aseguraba: "Si Manolo se muere, se va derecho al Cielo, porque es un alma tan limpia que no ha perdido la gracia bautismal".

Fácil es suponer la preocupación angustiosa de sus padres y hermanos.

En torno del enfermo se multiciplicaban las oraciones y los cuidados...

Al arreglarle su madre las ropas, advirtió algo extraño que tenía adherido a su cuerpo. Un cordón a raiz de la cintura.

Era el llamado "cordón de Santo Tomás" que el piadoso seminarista llevaba siempre ceñido.

Tan bien anudado estaba que hubo necesidad de cortarlo para evitar una molestia más al enfermito durante aquellos días.

Quiso Dios, al fin, atendiendo los ruegos que por él se hacían, devolverle la salud; pero quedó muy débil y quebrantado.

Según él mismo observaba muchos años más tarde, las medicinas que entonces le dieron para combatir la fiebre, perjudicáronle tanto que probablemente esa fué la causa de los achaques que tanto le hicieron sufrir durante su vida.

A esto se añadió que a los 17 ó 18 años se le presentó una cefalalgia muy frecuente, que le duró casi hasta la muerte.

Eran tan fuertes y frecuentes estos dolores de cabeza, que le impedían seguir normalmente algunas temporadas el curso de sus estudios; estas forzosas vacaciones, más que los mismos dolores, constituían para él un terrible sufrimiento.

¡Cuántas veces no pudiendo ni leer a causa del dolor, rogaba a algún compañero le leyese la lección que correspondía y seguidamente entraba en clase, dando tan perfectamente la lección que nadie hubiera podido sospechar su padecimiento!

Estas pruebas acrisolaron la virtud y probaron aún más la vocación de nuestro seminarista, que supo llevarlas con rostro alegre y ánimo esforzado.

II

Sus vacaciones «romanas» y sevillanas

En abril de 1894 se realizó una magna peregrinación obrera a Roma para sumarse al Jubileo Episcopal de S. S. León XIII y manifestar al Papa la gratitud de los obreros españoles por su carta magna del trabajo: la encíclica "Rerum Novarum" que había publicado Su Santidad en mayo de 1891.

El Marqués de Comillas, Presidente de la Junta Nacional organizadora, tuvo, entre otros rasgos de su proverbial generosidad con la Iglesia, el de poner sus barcos de la Compañía Transatlántica a disposición de la peregrinación, gratuitamente.

El número de inscripciones fué tan enorme, no ya sólo de obreros sino de otras muchas personas de las diferentes clases sociales, que por razones de las circunstancias políticas de aquel tiempo, hubo de dividirse en dos expediciones, que formaron un total de 18.000 peregrinos.

En la primera expedición salieron los romeros de Castilla, Valencia y Andalucía; y en la segunda los del resto de España.

El Cardenal Sanz y Forés, Arzobispo de Sevilla, presidía a los numerosos peregrinos sevillanos.

SEMINARISTA Y ROMERO

El seminarista Manuel González, que amaba fervorosamente al Papa y que por devoción al Vicario de

Cristo y a la Ciudad Eterna había aprendido la lengua italiana en los tiempos que sus estudios reglamentarios se lo permitían, se dedicó a poner los medios para lograr pasaje, pensando, y con razón, que nunca se le presentaría mejor ocasión de ir a Roma de *balde.*

Obtuvo los permisos necesarios de sus superiores y se apresuró a inscribirse, reuniéndose gozoso con sus compañeros de viaje un día de abril señalado para emprender la marcha.

Llevaba por junto —como graciosamente comentaba él siendo ya Obispo— ¡25 pesetas!, para *gastos imprevistos,* que con bastante decepción suya se quedaron muy reducidas en el cambio de moneda.

Se comprende fácilmente los indecibles esfuerzos de parsimonia que tuvo que hacer para comprar algo de comer, con que completar un poco la exigua ración a que daba derecho el billete, y algunos recuerditos de Roma.

Pero para sus 17 años no había dificultades. El escaso equipaje lo acondicionó en un carterón grande y deslucido que no se sabe por dónde había ido a parar a su casa y... ¡a Roma!

Acomodado en la *tercerola* del barco, como él decía, con una comida bastante deficiente, acompañada de unas galletas negras, que sustituían al pan, no podía resistir la estancia en la bodega del barco y se pasaba sobre cubierta no sólo el día sino también la noche, con tal de respirar aire puro, durmiendo en un sitio tan expuesto a caerse al agua, que no podía menos de asustarse de su atrevimiento cuando lo recordaba más tarde.

Aquel largo viaje estuvo lleno de múltiples y variados accidentes.

En Valencia una turba de desalmados, entre los que no faltaban mujeres, apedreaban a los peregrinos; mientras ellas, con largas agujas, intentaban herirlos.

Muchos resultaron lesionados, entre ellos el Obispo de Madrid, Excmo. Sr. D. José María de Cos.

La masonería quiere estorbar este magnífico acto de fe de los obreros de España que se encaminan a Roma, pero no lo consigue.

Sobre la cubierta del "Montevideo", donde iba el Primado de las Españas, Dr. Sancha, se celebra una

Misa solemne, y por la tarde una procesión con el Santísimo.

La bandera española sirve de palio, los estandartes de todas las asociaciones piadosas se despliegan al viento y entre las salvas del buque, mientras el Prelado da la Bendición, sobre los mares, se van perdiendo las coplas de los peregrinos.

La llegada a Roma fué indescriptible...

Cuando se abrieron las puertas del Vaticano los peregrinos invaden la Plaza de San Pedro con la atrevida desenvoltura del que se encuentra en su casa...

Y transcurren ante la admiración de Roma aquellas jornadas triunfales.

León XIII, que para estar más cerca de los peregrinos de España no usó la alta silla gestatoria cuando se dirigía a celebrar la Misa Pontificia del 18 de abril, sino otra más baja que le acababa de regalar su Guardia Noble, cruzaba por entre aquellas apretadas filas pálido el rostro y sonriente la mirada, recibiendo el homenaje entusiasta de los peregrinos.

Por ellos dispuso en estas fechas la beatificación de dos grandes españoles: Fray Diego José de Cádiz y el Venerable Maestro Juan de Avila.

Por amor a España no celebró la Misa en el altar papal, sino en el del Beato Avila, y allí fué donde le regalaron los oídos con melodías de la tierra, los orfeones de las diversas regiones españolas.

Aquellos peregrinos le besaban las blancas vestiduras y sus labios tenían en la mañana gloriosa de Roma pureza de cielo; que todos, en número de 6.000, repartidos en veinte templos de la ciudad, habían confesado para recibir en San Lorenzo, junto al sepulcro de Pío IX, la Sagrada Eucaristía.

La venerable figura del anciano Pontífice impresionó profundamente al seminarista sevillano, y las emociones de la Roma cristiana dejaron una huella imborrable en su corazón...

Siempre recordaba aquel viaje hecho a sus diecisiete años, sin más arrimo que el tesoro de su alegría y sus escasos cuartos, como una *piadosa calaverada* de su juventud...

SU PLAN DE VACACIONES

De ellas pudiera decirse que no eran más que esto: *vacaciones de un seminarista,* y con esto estaría dicho todo.

La Misa y la Comunión diaria, la meditación y la visita al Santísimo eran sus actos principales.

Siempre madrugador, se levantaba muy temprano para asistir a la primera Misa y vacar mejor a la oración en las horas en que menos personas concurren al templo.

Aún recuerda alguna de aquellas personas al seminarista madrugador:

"En la primera Misa nos congregábamos en la iglesia de San Isidoro un corto número de feligreses... Entre ellos apareció un día un joven de porte sencillo, que llegaba puntualmente unos minutos antes de comenzar aquélla; comulgaba al consumir el sacerdote y quedaba dando gracias con la vista fija en el Sagrario, abstraído por completo de cuanto a su alrededor pudiera ocurrir.

Grata impresión causaba su sencillez y fervor. Este joven es un santo —nos decíamos—; vamos a pedir al Corazón de Jesús que sea un católico de acción que defienda a la Iglesia de esta ola negra de impiedad que nos amenaza. Una agradable sorpresa nos esperaba: un día vimos al joven con ropa talar. ¡Era seminarista! Aquel día la Misa y Comunión fué de acción de gracias, porque habíamos de tener un sacerdote santo" (5).

Nunca se le veía ocioso; rezaba, leía, escribía, enseñaba o se entretenía en alguna ocupación manual. A veces con un cortaplumas hacía figuras de madera; una de éstas fué una preciosa capillita en pequeño.

¡Cuántas había de hacer más tarde en grande, en sus empresas de apostolado, y cómo se gozaba en decir que su gusto era haber hecho muchas casas para Dios y ninguna para sí!

Siempre activo y diligente, se ocupaba también en repasar las lecciones a niños que no habían aprobado sus asignaturas en junio.

"*Entre el calor de la canícula sevillana y de los sofo-*

(5) Apuntes de M. S. Espinosa. Moguer, 1940.

cones que la frescura *de algunos de aquellos estudiantes me propinaban ¡qué veranos de fuego me venían"*, escribirá más tarde en uno de sus libros (6).

Los paseos al campo también formaban parte de su programa veraniego.

Unas veces con sus hermanos y otras con sus compañeros de Seminario se daba buenas caminatas por sitios donde no paseara el público y otras llegaban a algunos pueblecitos cercanos y visitaban al Santísimo.

Gustábale reunirse con los seminaristas mayores, con preferencia a los de su edad, escogiendo siempre los más fervorosos, y especialmente frecuentaba el trato con los mejores sacerdotes de su tiempo.

Al tratar de sus relaciones fuera del Seminario, no es posible dejar de consignar las que tuvo con los Padres Salesianos.

Quiso la Divina Providencia, que, al llegar los primeros Salesianos a Sevilla en el 1892, la proximidad de vivienda fuese ocasión para que la familia González los conociera y tratara, estableciéndose en seguida una mutua corriente de simpatía y afecto que jamás se interrumpió.

No es extraño que aquel seminarista, que en su carácter y en su misión tantos puntos de contacto y de semejanza había de tener con San Juan Bosco, encontrase en el espíritu salesiano singular atractivo.

Especialmente afectuosas fueron sus relaciones con don Pedro Ricaldone, el actual Rector Mayor de la Congregación. En el año de su llegada a Sevilla con los primeros salesianos, cantó en aquella ciudad su primera Misa, a la que asistió revestido de sobrepelliz nuestro seminarista.

Complacíase don Ricaldone y aquellos PP. Salesianos en llamar a doña Antonia "mamá Margarita", como a la madre de Don Bosco. Y, en efecto, siempre acudían a ella para cualquiera de esos apuros caseros, que de mil amores ella se prestaba a resolverles.

Al felicitarle en el año 1943 por sus Bodas de Oro de aquella primera Misa, contesta a la familia complaciéndose en recordar aquellos tiempos: "...Entonces su

(6) «La Gracia en la Educación», 3.ª ed., p. 160.

familia formaba una sola con la familia salesiana, y por mi parte consideré siempre a los suyos como parte integrante de nuestra Congregación".

Refiriéndose a nuestro seminarista, añadía: "Su corazón apostólico estaba rebosando de la caridad de los santos". La tierna devoción a María Auxiliadora que hasta el fin de sus días profesó, fué testimonio y sello indeleble de aquella amistad.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Sevilla, a la sazón el venerable don Marcelo Spínola y Maestre, dispensaba siempre la más paternal acogida al seminarista Manuel González, estrechándose más estas relaciones con ocasión de fundarse en Sevilla al periódico católico "El Correo de Andalucía" bajo los auspicios del mismo Prelado .

En la propaganda y primeros trabajos periodísticos tomó parte muy activa nuestro biografiado en sus últimos tiempos de seminarista y primeros de sacerdote.

El Sr. Arzobispo le amaba; y gustaba de introducirle en sus habitaciones particulares recibiéndolo con toda familiaridad; distinción que agradecía en el alma nuestro seminarista por poder así admirar más de cerca las grandes virtudes de aquel santo Prelado, al que tanto veneraba y quería (7). Diríase que estas dos grandes almas se habían compenetrado.

Pasando unos días con el P. Pérez

¿Cómo olvidar a su *Pae Pérez?* Así cariñosamente llamaban al R. P. Juan Pérez Pastor del que conservará siempre un gratísimo recuerdo.

El verano de 1897 pasó con él unos días de sus vaca-

---

(7) Este santo Prelado, cuyo proceso de beatificación se está siguiendo, nació en San Fernando (Cádiz), el 14 de enero de 1835 y murió rigiendo la Archidiócesis de Sevilla el 19 de enero de 1906. Había sido preconizado Obispo titular de Milo, Auxiliar de Sevilla en diciembre de 1880. En marzo de 1885 tomó posesión del Obispado de Coria y en septiembre del mismo año se hizo cargo de la Diócesis de Málaga. En febrero de 1896 pasó a la Archidiócesis de Sevilla. Fué creado Cardenal de la Santa Romana Iglesia por S. S. Pío X en el Consistorio del 11 de diciembre de 1905. Es fundador de la Congregación religiosa de Esclavas Concepcionistas del Divino Corazón.

ciones y en aquella fecha ocurrió esta anécdota que él graciosamente nos relata:

"*Me invitó el* Pae Pérez *siendo yo seminarista, a pasar una temporada en un pueblecito a donde lo habían mandado de cura durante las vacaciones de verano, porque* —me escribía— *como tengo tan mala oreja, quisiera que enseñaras a este bendito sochantre el canto del "Asperges" cosa que dice que en su vida ha podido cantar, y a los niños de mi catecismo unas coplitas que les están haciendo mucha falta...".*

Allá fuí y, cuando rendido de calor, que lo hacía bueno, y del viaje de todo el día, empezaba a saborear el sueño, unos porrazos formidables, dados en mi ventana, que daba a la calle, me despertaron atolondrado.

—¿Qué pasa? ¿quién es?

—¡Pae Cura, Pae Cura!

Sin duda, dije yo, buscan la Extremaunción para un enfermo.

—¡Ya va, ya va! —respondí yo—. ¿En dónde vive? ¿Está muy grave?

Nadie me respondía; y mientras los aporreadores charlaban, bromeaban, canturreaban, el cerrojo de nuestra puerta, suavemente descorrido, deja pasar sin duda al Pae Pérez; *se oye un cambio de saludos de ¡muchachos! y ¡Pae Pérez!, y, perdiéndose todos los ruidos a lo largo de la calle, dan las dos de la noche...*

—Pae Pérez *—le decía yo bromeando a la mañana siguiente—; ¿en dónde fué la fiesta anoche? ¿cuántas copitas cayeron?*

—¡Pobrecillos, pobrecillos!

No satisfecho con esta respuesta, pude satisfacer mi curiosidad, gracias al mal humor del padre del Pae Pérez.

"En todas partes y en todos los cargos del mundo, me decía el buen viejo, hay horas para cada cosa; pero para este hijo mío todas las horas son buenas para que lo fastidien.

¡Cuidado con la invención de ahora de casar a la media noche! ¿En dónde se ha visto eso?

El uno, porque está amancebado y le da vergüenza; y el otro, porque es viudo y le tiene miedo a las cencerradas; éste, porque no tiene traje nuevo para lucirlo en la iglesia; aquél, porque no quiere perder el jornal

y cada uno por su estilo prefieren rebujarse a casarse como Dios manda.

Al bueno de mi hijo se le ha ocurrido que todo eso se arregla casándolos a media noche o de madrugada y aquí nos tiene en vela como un sereno siempre que se les ocurre a estos novios; y todo lo que se le ocurre responder a los cargos que le hago, como su padre que soy, de que se va a matar, es que ¡pobrecillas las almas!" (8).

(8) «Artes para ser apóstol como Dios manda», 3.ª ed., p. 150.

III

Por la defensa de su vocación

LLEGARON las quintas de 1889 y Manuel decía a sus padres: "*No sufran Vdes. que yo no iré al cuartel si salgo soldado*"...

El había premeditado sus planes y estaba dispuesto a evitar por todos los medios posibles el peligro que pudiera correr su vocación.

Sin duda encomendó el asunto y lo puso en manos del Señor Sacramentado y de su Madre Inmaculada, disponiéndose a hacer de su parte lo que pudiese.

Llegó el día del sorteo y el mozo Manuel González García salió soldado.

No se inquietó por ello; había puesto su confianza en el Corazón de Jesús y estaba seguro de que El bendeciría con el éxito el plan que había escogitado.

Se redime del servicio militar

El único medio de que se podía valer para redimirse del servicio era el que entonces se admitía: pagar mil quinientas pesetas. Así lo habían hecho sus padres con su hermano Martín; pero no queriendo el nuevo soldadito ponerles en ese aprieto, sabiendo que no les era posible hacerlo en aquellas circunstancias, se fué al señor rector del Seminario y le expuso su proyecto: haría una colecta para reunir la cantidad necesaria, si obtenía su permiso para visitar a algunas personas que pudieran ayudarle.

Muy gustoso le concedió su Rector la aprobación y el permiso solicitados, y Manuel puso en ejecución su proyecto.

Escribió e hizo imprimir una circular en la que exponía cuán laudable era la obra de ayudar a los que se preparaban para el sacerdocio.

A las personas que quisieran cooperar a tan hermoso fin, él les ofrecía esta ocasión de hacerlo, ayudando a un seminarista a conservar su vocación al evitarle los peligros que para ésta supone la vida de cuartel, evitándole también el retraso que con el servicio militar pudieran sufrir sus estudios.

Enterado el señor Arzobispo, quedó edificado del buen espíritu que demostraba en defender su vocación; lo llamó y, después de alabar su buen deseo, le aconsejó hiciera la colecta sólo entre algunas personas conocidas, añadiendo que él le completaría lo que faltase.

La circular corrió como el aire entre muy pocas, pero muy selectas personas.

Recuérdase que en las tertulias íntimas de amigos y familiares decían: ¿Vamos a ver quién reúne más dinero para nuestro seminarista?

Y lo más notable es que hasta S. A. R. la Infanta María Luisa Fernanda de Borbón, según afirma uno de sus condiscípulos, enterada del caso mostró deseos de conocer a aquel seminarista tan simpático y de ayudarle a completar su cuota.

Seguramente alguna de las circulares llegó a la redacción de un periódico católico madrileño, sin que se sepa quién la envió; y, sin que nadie lo solicitara abrió el periódico una suscripción cuyo importe enviaron al seminarista soldado, cuando ya tenía la cantidad necesaria.

Esta nueva colecta sirvió para redimir a otro seminarista del servicio y aún parece que tuvo que devolver dinero sobrante.

El Señor había bendecido copiosamente su confianza en El y su solicitud por llevar adelante el lema que solía repetir, según afirma un compañero suyo: "*Que yo no pierda mi vocación*".

El periodista en ciernes

El entonces Magistral de la Catedral de Sevilla, doctor Roca y Ponsa, de tan relevante prestigio, fué uno de los fundadores del periódico "El Correo de Andalucía".

Por ser profesor del Seminario conocía bien a su alumno de Teología dogmática, Manuel González, y vió en él un buen elemento para colaborar en la fundación y primeros pasos del nuevo periódico.

Se halló de la noche a la mañana nuestro seminarista convertido en "Gonzalo de Sevilla", pseudónimo que adoptó.

Se ha hecho periodista.

Unas veces será colaborador redactando artículos, otras propagandista, o corrector de pruebas, y siempre entre aquel grupo de sacerdotes entusiastas y celosos de la causa de Dios, pondrá su nota de sano y alegre optimismo ante las inminentes crisis económicas del "Correo" y frente a las murmuraciones e incomprensiones de los pusilánimes.

Por eso al cumplirse los cuarenta años de la fundación del diario, siendo ya nuestro biografiado Obispo de Palencia, recuerda aquellos primeros tiempos en un artículo que le pidieron para el número extraordinario del cumpleaños:

"*Al querido cuarentón* "*El Correo de Andalucía*".

Has hecho muy bien y yo te lo agradezco con toda mi alma, en pedir unas cuartillas para festejar tus primeros cuarenta años al hoy Obispo de Palencia, ayer de Málaga, antes de ayer Arcipreste de Huelva y tras ante ayer en sus mocedades de seminarista, modesto redactor, sin renta, y propagandista tuyo por los pueblos.

No soy padre, ni tío, ni primo tuyo, pero niñero *sí, porque asistí a tu nacimiento y mecí tu cuna*"...

Se va acercando al altar

Se acercaba el tiempo de ser consagrado sacerdote. Recibido el subdiaconado, el 23 de septiembre de 1900 y en las Témporas de Pentecostés de 1901, día 11 de junio, el Diaconado, el futuro Sacerdote intensificaba su fervorosa preparación para subir al altar de Dios.

Un rasgo que indica el elevado concepto que tenia de la vida sacerdotal, es que, según él mismo contaba, al ser ordenado de diácono juzgó que era más propio de su carácter sagrado abstenerse de un gusto en el que hasta entonces no había visto inconveniente y que le estaba permitido.

Nunca quiso, además, verse amarrado por afición alguna, y el temor de que un cigarrillo pudiera llegar alguna vez a dominarle, influyó mucho en él para renunciar a ese gusto.

Algún sacrificio debió de costarle; pero su voluntad fué siempre firme y decidida; le bastó ver lo más perfecto para hacerlo y cortar un día en seco para siempre.

No quería que tocasen al Señor sus dedos alguna vez tostados... por el humo del tabaco.

Terminaba su vida de seminarista y en el relicario de sus recuerdos de profesores, superiores y condiscípulos diríase que sobresalieron toda su vida tres especialmente, con los que hasta la muerte de ellos conservó siempre cordialísimas relaciones.

Fueron estos el P. Pérez, el P. Vacas y el Sr. Magistral Roca y Ponsa.

Del Rvdo. Padre Juan Pérez Pastor, de quien ya hemos hecho referencias, hace un resumen de su ejemplarísima vida en uno de sus libros, y añade:

"*Penitente suyo en mis primeros años de Seminario, su discípulo en algunas asignaturas de Humanidades, admirador devoto de él toda mi vida de seminarista y de Sacerdote, cumplo con un deber de gratitud a su memoria y creo hacer una obra de caridad esparciendo el buen olor de una vida llena, de Sacerdote cabal, porque eso era el* Pae Pérez..." (9).

El P. Juan Crisóstomo Vacas, director espiritual del Seminario, "quinta esencia del espíritu sacerdotal y del buen trato", ocupó siempre un lugar preferente en el cariño y en el recuerdo de su antiguo dirigido; y cuando se reunía siendo ya Obispo, con sus compañeros de Seminario, ¡cómo gozaba recordando con ellos frases, conceptos, modalidades, hechos del P. Pérez y del P. Vacas!

Era éste último un enamorado de las costumbres

(9) «Antes para ser apóstol como Dios manda», p. 141.

cristianas españolas, incansable en su apostolado de hacerlas conocer y apreciar.

De éste es aquella frase: "el pueblo andaluz era tan intensamente piadoso que en un puesto de verduras, en cinco minutos se hacían más invocaciones y jaculatorias a Dios que en un convento de religiosas extranjeras en un día entero", y lo probaba cogiendo al azar un diálogo entre mujeres del pueblo, lleno de gracia.

"Y contraponía mi maestro a esta escena —dice Don Manuel— en esta o parecida forma repetida en las que el nombre de Dios y el recuerdo a El y a los motivos sobrenaturales brotan a cada paso, escenas de sorpresas, sustos, admiraciones ocurridas en otros países y aún entre personas religiosas y lo más que obtenían de los sorprendidos y asustados y admirados eran un ¡oh! un ¡ah! o un ¡uf! más o menos prolongado y sostenido" (10).

"...El me enseñó a hacer oración y me aficionó al celo y me introdujo en el espíritu eucarístico."

Y en cuanto al tercero de sus más recordados y apreciados profesores, el M. I. Sr. D. José Roca y Ponsa, el célebre y Vrdo. Magistral de Sevilla, lleno de ciencia y de virtud, enérgico, rectilíneo y contundente, batallador incansable en las batallas del Señor, tuvo parte muy importante y dejó huella muy honda en la formación de D. Manuel.

Fué primero su maestro, luego su amigo, y siempre su admirador.

Había entre ambos un mutuo flujo y reflujo de veneración y cariño que daba lugar a encantadoras escenas, cuando, ya Obispo, el antiguo discípulo invitaba a pasar algunos días en su Palacio de Málaga al venerado Maestro y, a cada paso se entablaban santas porfías en las muestras de reverencia recíproca.

El Obispo no quería ser más que el discípulo de antaño y rehuía tratamientos y honores; y el maestro se hacía como un aprendiz y hasta llegaba a decirle con ocasión de pedirle un prólogo para su libro: "Cristo Dios":

"No tilde esto de atrevimiento: el pobre tiene que llamar a la puerta del rico; el ignorante a la puerta del

(10) «Apostolados menudos», 3.ª ed., p. 128.

sabio; el tibio a la puerta del que arde en caridad y celo". A lo que contestó el discípulo Obispo:

"Mi maestro (¡cómo se me llena la boca al decir esta palabra!) mi maestro en sagrada Teología, en vida eclesiástica y armas para pelear por Cristo, mi maestro de muchos años de clase como profesor, de muchas horas de conversación como amigo y de muchos preclaros ejemplos como Sacerdote, el Magistral de Sevilla y hoy Padre D. José Roca y Ponsa, Prepósito del Oratorio, me escribe en estos días para darme un sablazo, *según él, y en verdad para darme una soberana lección de humildad.*

Escribe un libro el viejo maestro y pide al pobre discípulo que lo presente.

¡Válgame Dios! y en qué apuros ponen a veces las almas subidas a las que todavía se andan por el suelo!

¡Si yo dijera que mi apuro de ahora me ha hecho recordar los no escasos ni menudos que diz que pasara un estudiante que yo conozco, cuando este su maestro le preguntaba la lección de Summa Theológica!

¡Un prólogo para mi maestro!

¡Si casi, casi, estaba por contestarle lo que los estudiantes responden cuando sin esperarlo son invitados por el profesor a dar la lección! No he podido estudiar... la cabeza... la vista... no me la sé...!

Sí, querido maestro, tentadísimo he estado a responderle con el no me la sé *tradicional, y si no lo consentí, fué por ser Jesús y su Evangelio lo que son,* por ser vos quien sois, *y por el modito con que me pedía la lección, que diga, el prólogo*" (11).

Sus ensueños pastorales

Y así, madurado al calor de estos santos sacerdotes, modelando su alma a la luz de la lámpara del Sagrario, se iba acercando al altar... El sería sacerdote cortado *a la medida del Corazón de Jesús* sin otra ambición que las almas, pero sobre todo las almas de los humildes aldeanos.

¡Cómo soñaba en ser algún día cura de aldea!

---

(11) «Cristo Dios». Biblioteca Moral y Religiosa. Oratorio de San Felipe Neri. Sevilla. 1929.

"Decir aldeano y al punto surgir en mi imaginación un hombre robusto de cuerpo y de alma, bastote de formas y modales y sano de sentimientos era una misma cosa; para mí ese aldeano no tenía más que tres lugares: el campo donde lo veía entregado a su trabajo, reposado, alegre, comenzado con el canto del "Santo Dios" al despuntar el alba y terminado con el "Bendito"; la casa, pobre pero limpia, cariñosa, en la que alternaban los besos y los gritos de alegría de los hijos con las Avemarías del Rosario rezado alrededor de la lumbre; y la iglesia, ¡ah! la iglesia.

¡Qué encanto tenían para mi imaginación las iglesias de los pueblos! Cuatro paredes muy blanquitas, un altarcito con unos manteles muy planchados, y una Virgen vestida como la más rica aldeana y adornada con las mejores flores de sus campos, y un Sagrario muy limpio, frecuentado por los mozos al terminar las faenas del día y por las mozas antes de empezarlas y por los ancianos e impedidos del pueblo durante el día...

¿Y los domingos? La Misa del alba oída por toda la gente campesina; la Misa mayor con la plática de padre del Sr. Cura, con las amonestaciones de casamientos pendientes, oídas con tímida complacencia por los interesados, con curioso interés por los demás, con su Catecismo bullicioso, con su salida de Misa en que ellas lucían sus mantones de flecos y pañuelos de seda y sus faldas rechinantes de almidón y plancha y ellos sus ternos y botas de domingo y las vistosas vueltas de la capa y los chillones colores de la faja comprada en la última feria.

¡Ah! ¡los pueblos!

¡Qué costumbres tan sanas! ¡Qué caracteres tan enteros!

¡Qué vida tan apacible!

¡Cuánta sencillez! ¡Cuánta poesía!

¡Cuántas veces en mis ratos perdidos de seminarista, me echaba a soñar viéndome cura de esos pueblecitos, querido de mis sencillos feligreses y poniendo yo al servicio de ellos mi alma y mi vida, mirándome y tratándome ellos como Padre y desviviéndome yo por ellos como hijos míos!

Y ¡cómo en esos sueños amenizaba yo mi *Catecismo enseñándoles a los chicuelos nuevos juegos y estimu-*

lándolos con nuevos premios, cómo creaba instituciones económicas en favor de mis labriegos para que nunca los visitara ni la usura, ni el hambre, cómo echaba mis buenos ratos con los abuelitos achacosos que no podían salir a trabajar, cómo formaba con la gente moza grupos de gimnastas y las fiestas que yo compondría con ellos y cómo gozaría cuando los viese a todos reunidos en el templo, que ya me parecía reducido!... ¡y qué comuniones y qué antesala del Paraíso todo aquello!

¡Qué bien caía en mi alma después de estos sueños pastorales, la descripción que de sus pueblos montañeses hace Pereda y de sus vascongados Trueba y de sus andaluces Fernán Caballero!

¿Por qué el pueblo mío no había de ser como esos?

¿Por qué yo no había de ser el D. Sabas de mi pueblo?...

Los primeros tropiezos con la realidad

Soñó en el reloj de la Divina Providencia la hora de levantar mis primeros vuelos en mi vida ministerial. Ordenado de Subdiácono y Diácono fuí invitado repetidas veces a asistir a funciones religiosas en algunos pueblos cercanos a mi tierra.

Y, si he de decir la verdad, me supieron muy mal las primeras salidas. De ordinario tornaba a mi casa con una desilusión tan grande como mi alegría al tomar el tren, el coche o la caballería que me llevaba al pueblo de mis funciones.

Ansioso yo por encontrar aquel pueblo sencillo, apacible y cristiano, no acababa de ver más que a ciudades en pequeño, con todas las podredumbres de fondo de aquéllas sin las buenas formas con que en la ciudad se cubre siquiera aquella repugnancia...

En un pueblo no pudo empezar la función hasta la una del día porque aún no había acabado de peinarse la mayordoma.

En otro pueblo el predicador no podía nombrar a la Virgen de los Dolores y sí sólo a la de las Angustias, porque el partido de los Dolores no era el que pagaba la función.

En otro los tres padres que oficiaban la Misa tenían a continuación que presidir la corrida de toros en la

plaza del pueblo; en otro había que predicar el Viernes Santo un sermón en la plaza a un auditorio que no podía oír por estar en su totalidad borracho de aguardiente.

En otro el predicador tenía que llamar "cara de perro pachón" al pregonero de Pilatos, so pena de írsele el auditorio si no lo decía...

Bueno, me decía yo, estos serán unos pocos ignorantes a los que la buena fe los excusa; pero aparte de esto habrá un núcleo piadoso que comulgará y dará al Señor el culto que El quiere, modesto, fervoroso, recogido, pero...

—Señor Cura ¿cuántas Comuniones habrá habido en la Fiesta del Patrono?

—¿Comuniones?

—Dos, tres. ¡Ninguna!

—¿Y en el cumplimiento de Iglesia?

—¡Las mismas, poco más o menos!...

¡Dios mío, si no comulgan ni tienen vida de fe ¿cómo andará la moral y la familia y la educación?...

¡Qué descalabros tan recios iba llevando el mundo de mis "ilusiones pueblerinas" a medida que aumentaba el contacto con la realidad!

Verdad que no todo era desilusión y desencanto; que también encontré costumbres de muy rancio cristianismo conservadas en toda su fuerza y preciosos ejemplares de fe sencilla, de corazones sanos, de costumbres patriarcales, de tipos parecidos a los soñados por mí... pero ni esos tipos eran todo el pueblo, ni todos los pueblos conservaban esos tipos.

Todavía, sin embargo, me resistía a despojarme de una ilusión tantos años acariciada, y siempre terminaba el resumen de mis impresiones sobre el pueblo que acababa de visitar: Sí, es verdad, eso no es lo que yo he soñado, pero así no van a ser todos los pueblos; y con relativa confianza seguía entregado a la adoración de la Dulcinea de mis ilusiones...

Allá en el fondo de mi alma, seguía en pie la iglesia blanca, más limpia y más blanca que todas las casas del pueblo, y los sencillos habitantes de éste poniendo sus flores en el altar de su Virgen y ofreciendo sus adoraciones y dando parte de sus penas y de sus alegrías al Corazón de Jesús humilde y bueno de su Sagrario.

Todavía, a pesar de las quejas que a los amigos curas de esos pueblos había oído, yo seguía con mi vocación decidida de don Sabas..." (12)

... ...

Pobre don Sabas, no sospechabas que tu vida sacerdotal sería como aquel Pastorcito de tu Seminario, una eterna sonrisa de Dios, ¡sí!, pero clavada en una cruz, negra, muy negra, en cuyos brazos comenzaba a escribir con letras de oro, aquel lema u oración (de entrambas cosas tiene): Pastor bone: Fac nos bonos pastores, Animas pro ovibus, Ponere promptos (13); que en romance paladino no quiere decir más que esto: "Pastorcito bueno, clávame en la cruz de mi eterno sacerdocio".

(12) «Aunque todos... yo no», 5.ª ed., p. 18.

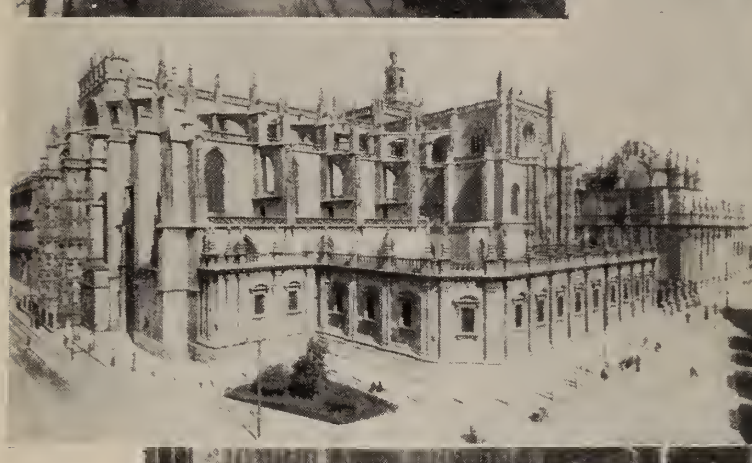
(13) Se alude al retablo del Pastor Eucarístico del Seminario de Málaga, que no es más que una gran cruz, en cuyos brazos se lee esa inscripción latina que traducimos: «Pastor bueno, haznos buenos pastores, dispuestos a dar la vida por las ovejas».



Ntra. Sra. de la Alegrí



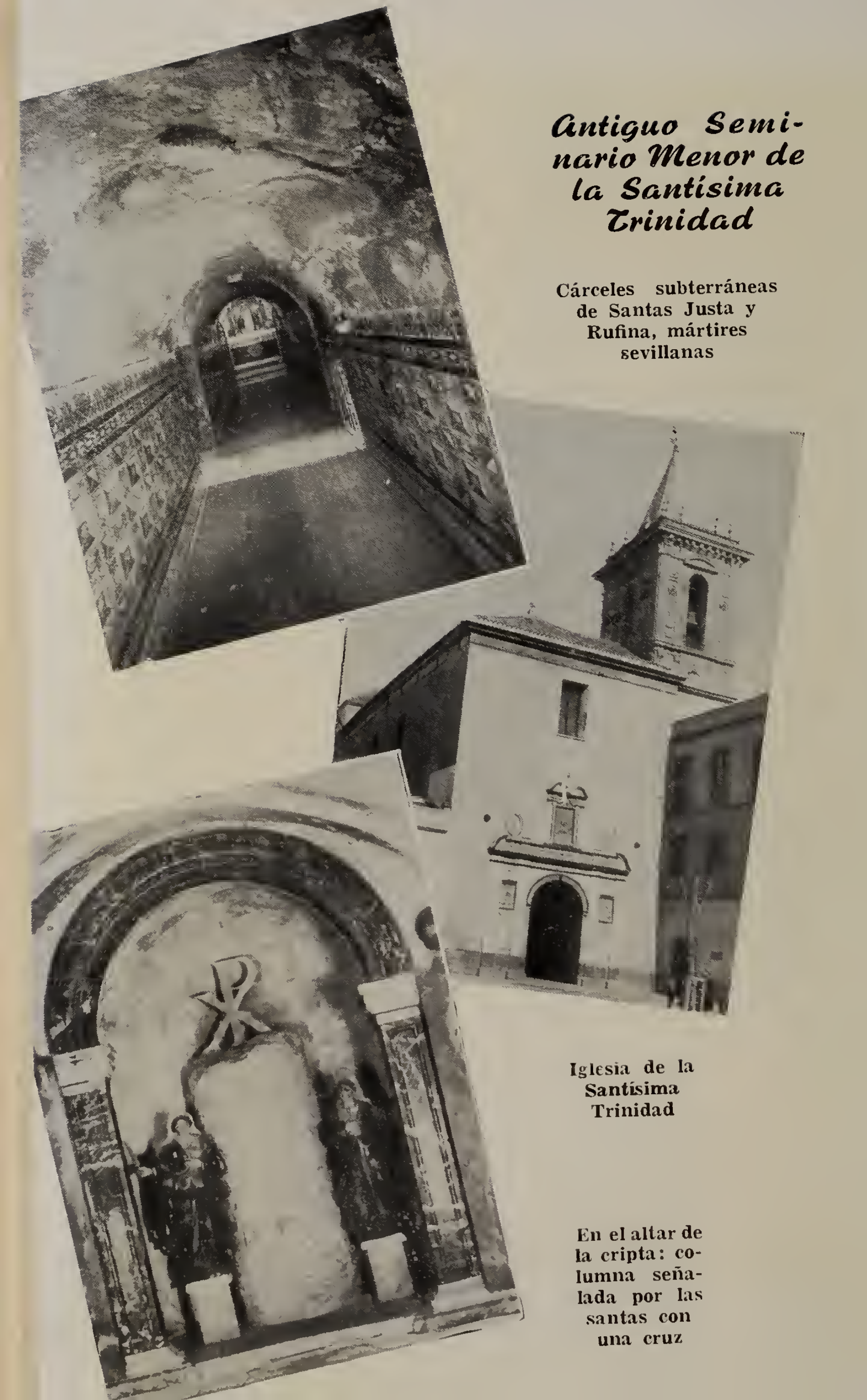
La Giralda



Catedral de Sevilla

LOS SEISES

(Cuadro de Gonzalo Bilbao)



Antiguo Seminario Menor de la Santísima Trinidad

Cárceles subterráneas de Santas Justa y Rufina, mártires sevillanas

Iglesia de la Santísima Trinidad

En el altar de la cripta: columna señalada por las santas con una cruz

CAPITULO III

SABOREANDO LAS PRIMERAS MIELES DE SU SACERDOCIO

1.º—*En los comienzos de su vida sacerdotal.*
Hostia por Hostia. ¡Sacerdote!
Sus primeros ministerios.
¡En Palomares del Río!
«Mi primer Sagrario abandonado».

2.º—*En el Asilo de las Hermanitas.*
El primer *Santóleo.*
Su predicación callejera.
Las píldoras «milagrosas».
Receta contra los malos olores.

3.º—*Los primeros reparadores del Sagrario abandonado.*
La adoración de los ancianitos.
La conquista del *Judío* y *Aniceto.*
Viaje a Barcelona.
Un sermón de campanillas.

I

En los comienzos de su vida sacerdotal

HAN pasado once años y lo que parecía que nunca había de llegar, ya, como fruta madura, se le viene a las manos: ¡el Sacerdocio!

Aquel curso del 1900-1901 ha señalado el final de su brillante carrera eclesiástica (1). En el mes de septiembre de este mismo año entraba en Ejercicios espirituales, para prepararse a recibir el santo Presbiterado.

De aquel cenáculo va a salir lleno del celo de Dios.

En estos días de íntimo trato con el Amo divino, su vida encontrará su derrotero definitivo: el Sagrario.

La brújula de su corazón ya no señalará otro norte.

HOSTIA POR HOSTIA ¡SACERDOTE!

Amaneció por fin el venturoso día 21 de septiembre de 1901, fiesta del Apóstol San Mateo y, en unión de otros ordenandos, se trasladó a la devota y preciosa Capilla del Palacio Arzobispal.

Allí estaban entre los familiares de los ordenandos, los padres y hermanos del nuestro, embargados por la emoción.

El Excmo. Sr. Arzobispo D. Marcelo Spínola y Maes-

---

(1) Obtuvo el grado de doctor en Sagrada Teología «nemine discrepante», el 21 de julio de 1901. En 23 de septiembre de 1903, alcanzó también «nemine discrepante» el grado de licenciado en Derecho Canónico. Obtuvo la «Licenciatura de honor», en ambas facultades por oposición (apéndice núm. 2).

tre, celebró la Santa Misa y confirió las Sagradas órdenes.

¡Con qué afecto paternal ungió las manos e impuso las suyas venerables sobre la cabeza de aquel elegido del Señor a quien tanto amaba ya el santo Prelado y de quien tanto esperaba!

Radiante de felicidad, al terminar la Sagrada ceremonia, el nuevo Sacerdote abraza a sus padres y a sus hermanos.

Había triunfado: ¡Ya era Sacerdote para siempre, hasta la eternidad!

Ahora a pensar en la primera Misa solemne, a preparar la gran fiesta. Se señaló el día del Arcángel San Miguel, 29 de septiembre.

Unos artísticos tarjetones con la imagen de María Auxiliadora en un ángulo, fueron distribuídos entre las amistades invitándoles al acto.

Decía así: "El nuevo Presbítero D. Manuel González y García celebrará por vez primera el augusto Sacrificio de la Misa en la iglesia de la Santísima Trinidad, el 29 de septiembre a las nueve de la mañana (2).

El Celebrante, padres, hermanos y padrino, señor D. Ramón Ibarra y González, invitan a Vd. a tan solemne acto religioso en el que expondrá las excelencias del Sacerdocio católico el M. I. Sr. D. José Roca y Ponsa, Canónigo Magistral de esta Santa Iglesia Metropolitana. Septiembre 1901".

El hermoso templo lucía sus mejores galas; lo llenaban las numerosas amistades del Misacantano, que gozaba de muchas simpatías.

María Auxiliadora, como Reina y Madre, presidía la fiesta. En lugar preferente estaban sus padres y hermanos en el colmo de su dicha.

Fueron padrinos de capa los Rvdos. Padres Salesianos D. Pedro Ricaldone, que había de ser más tarde

---

(2) La iglesia de la Santísima Trinidad, que perteneció al Seminario Menor, donde el nuevo presbítero había comenzado sus estudios, era ya entonces de los RR. PP. Salesianos, que en aquel edificio establecieron sus primeras escuelas en Sevilla.

El Seminario Mayor y el Menor pasaron en el año 1900 al antiguo Palacio de San Telmo, cedido por S. A. R. la Serenísima Señora Doña María Luisa Fernanda de Borbón, viuda de Montpensier.

Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana, y D. Segundo Alvarez Arteta, Pbro. ecuatoriano. Como diácono y subdiácono le asistieron los Rvdos. Sres. D. Francisco Casado Ramos y D. José Alvarez de Luna.

Después de la Misa y del besamanos, los abrazos, las efusiones, el gozo desbordante...

Sus primeros ministerios

Entregado al saboreo de su *espiritual luna de miel*, como él la llama, pasaron unos meses en los que su celo apostólico empezó a desplegarse.

Mientras la Divina Providencia le señalaba por medio de su Prelado el lugar donde quería ejerciera su sagrado ministerio, se ocupaba principalmente en el apostolado de la predicación y de la prensa, colaborando en los trabajos del periódico católico.

Felizmente pudo salvarse del incendio del Palacio Episcopal de Málaga un libro de notas que abrió D. Manue el mismo día 21 de septiembre de 1901, en que recibió la ordenación sacerdotal.

En él, después de señalar esta fecha y la de su primera Misa, va anotando las intenciones de sus Misas siguientes y las Iglesias donde las celebraba, hasta que fué nombrado Capellán de las Hermanitas de los Pobres.

Gracias a él podemos seguir sus primeros pasos de vida sacerdotal.

Predicó por primera vez en las Reparadoras de Sevilla el día de la Virgen del Pilar.

Iba a cumplir sus 25 años y aún no hacía cinco meses que era Sacerdote, cuando en febrero de 1902 dió por primera vez unos Ejercicios espirituales de diez días a las señoras de la Parroquia del Sagrario, en la Iglesia del Convento de la Encarnación.

Durantes los tres años y medio que siguieron a su Ordenación sacerdotal no solo predicaba en muchas iglesias de Sevilla, sino también en los pueblos de la Diócesis: Pedrera, Dos Hermanas, Valverde del Camino, Villalba, Paterna del Campo, Benacazón, Los Palacios... fueron entre otros, los que recibieron los primeros fervores de su ministerio...

Aún se conserva en algunos de esos pueblos el recuerdo de su apostolado, como en Paterna del Campo, donde

después de predicar toda la Cuaresma de 1904, como fruto de ella dejó fundada una escuela nocturna para obreras que aún perdura y que no dejó después de visitar y dirigir, habiéndose formado en ella muchas madres cristianas...

Se adiestraba ya para un futuro lleno de obras apostólicas, a las que su celo ardiente imprimiría tanta vida que aún después de muerto, le sobrevivirían...

Apunta el apóstol con la inquietud divina de las almas, que, como no hay momento que perder, no entiende de lisonjeros ocios, ni de cobardes *prudencias humanas.*

Trabajar, siempre trabajar, hasta que se apague el último rayo de luz y la noche le sorprenda sobre los surcos abiertos.

¡En Palomares del Río!

Le hemos visto ya desde el Seminario soñar con las almas y los pueblos, se ha esbozado la figura del incipiente apóstol de la palabra y de la pluma; pero todo esto se ha de fundir en una vocación especial dentro de su vocación.

Su apostolado será, sí, múltiple, pero ha de tener una dirección única, una unidad de principio y de fin, desde este momento decisivo de su vida hasta el término de ella.

El golpe que había de cincelar de una vez para siempre la figura espiritual de D. Manuel González, la *gracia especial,* que iba a imprimir carácter a toda su vida, le esperaba en un pueblo: ¡Palomares del Río!

El mismo nos ha dejado consignado el hecho y nos abre de par en par su alma y los sentimientos de su corazón. Oigámosle:

"*Me ordené de Sacerdote y pasado el* primer cuarto de aquella espiritualmente sabrosa *luna de miel,* me *mandaron los Superiores a dar una* misión *a un pueblecito.*

Hice mis provisiones de escapularios, medallas, estampas y demás géneros de propaganda de los Misioneros y ¡con qué alegría tomé asiento en el vaporcito que había de dejarme en la ribera próxima al pueblo de mi apostolado, y con qué presteza monté después en

el burro que me tenía preparado el sacristán para recorrer la hora de camino que separaba al pueblo del río! ¡Qué planes tan risueños los que iba formando por el camino! ¡Cómo me lisonjeaba de ver ya en mi apresurada imaginación el templo rebosando fieles oyendo mis sermones, el Rosario de la Aurora, *cantado por las calles, la Comunión general, muy general, de todo el pueblo, y el gozo de mi Prelado cuando, al terminarse la misión, fuese a administrar la santa Confirmación y viese tan abundante cosecha...*

—Vamos a ver, amigo sacristán, ¿están muy entusiasmada la gente con la misión? ¿Es muy grande la Iglesia? ¿Cabrá mucha gente?... Y tras de esas, un chaparrón de preguntas encaminadas a enterarme bien de las condiciones y puntos flacos del pueblo de mis presuntos triunfos apostólicos.

—La Iglesia, —empezó a responder con frialdad y lentitud mi acompañante—, la Iglesia, si le he de decir la verdad, no es Iglesia; o por mejor decir, ya sí es Iglesia; gracias al señó *Antonio el vaquero que se empeñó con* tós *los ricos de Sevilla y con el Señor Arzobispo y hasta con la Reina de Madrid y ha buscado dinero para echarle un techo en lugar del que se cayó hará unos nueve o diez años y el suelo y el altar mayor y la torre y...*

—Pero oiga Vd. ¿a la Iglesia antigua qué le quedaba?—le interrumpí yo extrañado.

—Pues nada, como el otro que dijo. Aquello era una grillera; por todas partes entraba el viento y el agua; yo ya no cerraba la puerta ni de día ni de noche; ¿para qué? si todo eran puertas y agujeros?

Pero, en fin, ya hoy hay Iglesia; ahora que lo que pasa es que la gente se ha acostumbrado a no ir y me parece que poca va a ir a la misión; ¡como no fuera la misión en el casino o en la taberna!

Y a este tenor fué el hombre aquel echando sobre el fuego de mis entusiasmos más agua fría, que yo acababa de cruzar en el vaporcillo...

Sin embargo, hay que dar la misión, Dios lo quiere y El me ayudará... Dimos vista al pueblo y, contra lo que yo esperaba, sin el indispensable grupo de chiquillos que recibieran al Padre Misionero.

Nos apeamos de nuestros jumentos y dejándolos ir por delante de nosotros, seguí el interrogatorio con mi acompañante.

—Diga Vd. ¿en este pueblo no hay chiquillos?

—Sí, pero ahora están en el campo...

Y mire Vd., aunque estén no les dá por ir a la Iglesia, porque el Sr. Cura por sus años, sus achaques y por lo que aquí pasa y como no viene del otro pueblo que tiene a su cargo más que los Domingos, la verdad ¡no quiere ver a un chiquillo ni pintado! ¡alborotan tanto!...

Y ¡como los padres tampoco vienen...!

—Entonces ¿quién viene a Misa en este pueblo?

—Mire Vd., como venir no vienen, digo, vienen los que tienen que casarse o para bautizar a algún niño, y señó *Antonio y yo cuando no tengo que ir al campo...*

—Y ¿comulgan?

—¿Comulgar? también comulgan algunas veces los que vienen a casarse...

—¿Nadie más?

—Que yo me acuerde, nadie más.

—Bueno, pero los enfermos por lo menos recibirán los Santos Sacramentos ¿no es eso?

—No, no, ¿qué van a recibir? Si dicen que esas cosas son de mal agüero y de susto: todo lo más que reciben es el santolio *cuando ya han perdido el sentido.*

—Y el Sr. Cura ¿no tiene amigos aquí? Porque por lo menos los amigos deberían venir al templo.

—¿Amigos? ¡Cualquier día puede visitar el Cura aquí a nadie! ¡Buena está la política del pueblo para que el Cura visite!...

—Y ¿qué tiene que ver la política con que el Cura tenga amigos?

... ...

—¡Vd. no sabe cómo están los pueblos!... terminó enfáticamente mi sacristán al tiempo que llegábamos a las puertas del templo parroquial, sin haber conseguido atraer ni un solo vecino, grande ni chico.

¡Verdad que no sabía cómo estaban los pueblos!...

... ...

MI PRIMER SAGRARIO ABANDONADO

Fuíme derecho al Sagrario de la restaurada iglesia en busca de alas a mis casi caídos entusiasmos... y ¡qué Sagrario!

... ...

¡Qué esfuerzos tuvieron que hacer allí mi fe y mi valor para no volver a tomar el burro que aún estaba amarrado a los aldabones de la puerta de la iglesia y salir corriendo para mi casa!

Pero no huí. Allí me quedé un rato largo y allí encontré mi plan de Misión y alientos para llevarlo a cabo: pero sobre todo encontré...

Allí de rodillas ante aquel montón de harapos y suciedades, mi fe veía a través de aquella puertecilla apolillada, a un Jesús tan callado, tan paciente, tan desairado, tan bueno, que me miraba...

Parecíame que después de recorrer con su vista aquel desierto de almas, posaba su mirada entre triste y suplicante, que me decía mucho y me pedía más... una mirada en la que se reflejaba todo lo triste del Evangelio: lo triste del "no había para ellos posada en Belén", lo triste de aquellas palabras del Maestro: "Y vosotros ¿no queréis también dejarme?"; lo triste del mendigo Lázaro pidiendo las migajas sobrantes de la mesa de Epulón, lo triste de la traición de Judas, de la negación de Pedro, de la bofetada del soldado, de los salivazos del pretorio, del abandono de todos... ¿Verdad que la mirada de Jesucristo en esos Sagrarios, es una mirada que se clava en el alma y que no se olvida nunca?

LO QUE ME ENSEÑÓ AQUEL SAGRARIO

De mí sé deciros que aquella tarde, en aquel rato de Sagrario, yo entreví para mi sacerdocio una ocupación en la que antes no había soñado.

Ser cura de un pueblo que no quisiera a Jesucristo, para quererlo yo por todo el pueblo, emplear mi sacerdocio en cuidar *a Jesucristo en las* necesidades, *que su vida de Sagrario le ha creado, alimentarlo con mi amor, calentarlo con mi presencia, entretenerlo con mi con-*

versación, defenderlo contra el abandono y la ingratitud, proporcionar desahogos a su corazón con mis santos sacrificios.

Servirle de pies para llevarlo a donde lo deseen, de manos para dar limosna en su nombre aún a los que no lo quieren, de boca para hablar de El y consolar por El y gritar a favor de El cuando se empeñen en no oirlo... hasta que lo oigan y lo sigan... ¡qué hermoso sacerdocio!

¿Y si se obstinan en no quererlo? ¿Y si no quieren ni mi amistad porque los lleva a El, ni mi dinero porque en su nombre lo doy y me cierran todas las puertas?

¡No importa!

Siempre a Jesús y a mí nos quedará el consuelo de tener una por lo menos abierta: El la de mi corazón y yo la del suyo...

Embebido en estos pensamientos y dulcemente entristecido el corazón con los sentimientos que éstos excitaban se dió la Misión.

Al caso no hace describir las peripecias de ella, que no fueron pocas, como entre otras, el tener que dormir el misionero en la cuadra del señó *Antonio* para que no le molestasen los chiquillos de la casa *y en un catre en constante protesta y amenaza contra la humanidad de aquél, ni los frutos que no fueron escasos, ni las ganas que a mí me quedaron de quedarme de pastor de aquellas pobrecillas ovejas, ni del sentimiento con que me separé de ellas.*

Para el interés de mi historia baste decir que la impresión de aquel tristísimo Sagrario de tal modo hicieron mella en mi alma que no solamente no se me ha borrado ni se me borrará en la vida, sino que vino a ser para mí como punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal de otra manera, no sé si llamarla menos poética o más seria.

Al poema pastoril de mis ensueños apostólicos del Seminario, había sucedido de pronto la visión de una tragedia. Sobre aquel cuadro todo luz, todo expansión, todo alegría de los pueblos que yo creía cristianos y que por tanto tiempo había embelesado mi alma, acababa de caer una mancha roja, como de sangre, que quitaba toda la alegría del cuadro y apagaba toda la luz.

¡Ay! ¡abandono del Sagrario, cómo te quedaste pegado a mi alma! ¡Ay! ¡qué claro me hiciste ver todo el mal que de ahí salía y todo el bien que por él dejaba de recibirse!

¡Ay! ¡Qué bien me diste a entender la definición de mi sacerdocio haciéndome ver que un sacerdote no es ni más ni menos que un hombre elegido y consagrado por Dios para pelear contra el abandono del Sagrario!..." (3)

... ...

Cuando esto escribía, después de catorce años de aquella misión, aún conservaba viva y como reciente la impresión de aquella mirada, de las luces y de los sentimientos de aquel rato de Sagrario, decisivo en su vida sacerdotal.

La visión de su futuro ministerio había cambiado para él; ante el Sagrario de Palomares había encontrado *su* vocación especial, personalísima (4).

Fué sin duda una gracia singular, que lo convirtió desde entonces en el apóstol de los Sagrarios abandonados. El germen de la Obra reparadora de los Sagrarios-Calvarios empezó a existir en su espíritu desde aquel día. Ya la lleva en el alma, pronto será realidad espléndida.

---

(3) «Aunque todos... yo no», 6.ª ed., p. 25.

(4) En recuerdo de esto, las «Marías» sevillanas colocaron una lápida en la capilla del Sagrario de Palomares del Río, que fué bendecida y descubierta por el Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Segura, Arzobispo de Sevilla, el 4 de marzo de 1941, XXXI aniversario de la fundación de la Obra de las Marías de los Sagrarios-Calvarios.

II

En el Asilo de las Hermanitas

Seguí diciendo Misa en el Sagrario (Parroquia) hasta el día 11 de febrero en que comencé a decirla en las Hermanitas de los Pobres, como capellán; fuí nombrado el día 8 de febrero de 1902 y en ese día recibí las licencias generales".

Así escribe en el libro de sus notas de Misas y sermones.

El día de la Virgen de Lourdes inauguró, pues, su capellanía. Esta contaba con casa para el capellán y allí se trasladó con su familia.

¡Cuánto gozó en aquel primer campo que la Providencia confiara a su celo de novel sacerdote!

Siempre recordaba con gusto aquellas primicias de su apostolado, y dos meses y medio antes de su muerte, el 15 de octubre de 1939, asistiendo en Valladolid a las fiestas jubilares de la fundación del Instituto de las Hermanitas, en donde fué invitado a predicar, les decía:

"*Yo daría con gusto mi anillo pastoral y mi cruz pectoral por ser nuevamente el capellán de las Hermanitas. Los tres mejores años de mi vida han sido los que pasé en vuestra casa de Sevilla*" (5).

El mismo nos va a contar su vida de capellán del Asilo, y entre las graciosas anécdotas que recuerda, po-

(5) Boletín de las Hermanitas de los Pobres, 1939.

dremos observar el ingenioso celo de su caridad, que sabe hacerse todo para todos.

Si más tarde había de hacerse niño con los niños, ahora supo hacerse anciano con los ancianos, niños en cierto modo también.

Los escuchaba sin prisa, les preguntaba con interés su historia, les sufría sus impertinencias, les tiraba algún pellizquillo en la barba, y a cada cual le buscaba su *flaco.*

A los más duros en rendirse a la gracia les hacía su *tratamiento* especial para irlos acercando, y así se los ganaba para Cristo Sacramentado.

Ese apostolado de su caridad tan fina y graciosamente adaptable y paciente, terminaba siempre en el Sagrario, en la Eucaristía conocida, comida y desagraviada.

El primer Santóleo

Se estrenó en su ministerio con el siguiente caso que tan amenamente describe en su "Anecdotario pastoral".

Dice así:

"¡Cuántas veces he aplaudido el párrafo 3.º del canon 1365 del Código Canónico urgiendo que se establezcan en los Seminarios clases prácticas de Teología Pastoral, principalmente de catequesis, confesiones, visitas de enfermos y asistir enfermos!

Sin acabar de saludar y presentarme a la Superiora del Asilo para el que había sido nombrado capellán, llega con paso acelerado una religiosa y con voz entrecortada por la carrera, exclama:

—Madre, que se nos muere una ancianita.

Detrás de ella, con la oportunidad y previsión de la que está acostumbrada a acudir a estos menesteres de urgencia, otra religiosa, la sacristana sin duda, y un anciano, que luego supe era el sacristán, que me presenta un limpio roquete, la estola morada y la cajita con los Santos Oleos.

La Superiora en tono suplicante, me mira como diciéndome: ¿Quiere Vd. estrenarse?

Revístome al punto de aquellos ornamentos, tomo la cajita y, ¡a subir escaleras en busca de la moribunda!

¿Quiere Vd. saber en qué pensaba y qué me preocupaba mientras subía?

Pues en esto sólo: en repetir mentalmente la forma de absolución que no repetía desde que aprobé la Teología Moral, y en preguntarme entre avergonzado e indignado: ¿Y cómo se administra la Extremaunción?

Porque le confieso a Vd. que no había visto administrarla más que una vez en la vida.

Y casi jadeante llegué a la cabecera de la enferma, una viejecita con una cara entre verde y amarillenta, casi perdidos la vista y el oído.

Entre la impresión triste de aquella visión y la prisa del caso y mi indignación creciente por no saber qué hacer, ni qué ni cómo hablar a aquella casi muerta ni por dónde empezar, el Angel de mi Guarda se entendió sin duda con el de la buena Hermanita que velaba a la enferma y entre ellos y ella me sacaron del apuro.

—Señá Fulanita —comenzó a decir en voz fuerte y a la par dulce al oído de la moribunda—; ya tiene usted aquí a nuestro P. Capellán, que viene a abrirle las puertas del Cielo.

Diga Vd. como pueda: Corazón de Jesús, yo me arrepiento de todo lo malo de mi vida, porque no me quiero ir al infierno, porque quiero que me lleves al cielo, porque te quiero más que a nadie, sobre todas las cosas.

Te quiero mucho, mucho, y no quiero pecar nunca más, todo lo que estoy sufriendo y mi vida por mis pecados.

Te quiero mucho, me da mucha pena de haber pecado... ¿verdad que sí?

Con un ligerísimo movimiento o contracción del rostro parecía responder que sí, y levantando la Hermanita la cabeza me mira como diciéndome:

—Ahora le toca a Vd.

Y repitiendo a la enferma el acto de contrición tan cabal que le había hecho la religiosa, dí mi primera absolución y, dichas en alta voz algunas jaculatorias que le sirvieran como penitencia, miro a mi lado al buen anciano con el ritual abierto y con su porrudo índice señalándome la oración que tenía que recitar y, con cruces en el aire sobre la moribunda, las unciones que había de hacerle.

Administré la primera Extremaunción, y digo la verdad, más muerto de vergüenza y confusión que la misma moribunda por sus años y enfermedad.

A mis quince años de estudios eclesiásticos y con mis borlas de doctor, ¡una modesta religiosa y un modestísimo asilado me dieron "la primera clase" de Teología Pastoral "práctica"...! (6)

Al dedicarse con todo entusiasmo a trabajar por aquellas almas comenzó por ganarse su confianza y su cariño y los frutos no se hicieron esperar.

Su predicación callejera

"*Sin tenerlo de reglamento ni de obligación* —nos dice— *y a más de las dos catequesis semanales, daba mi paseo diario por la tarde visitando, de pie para evitar la exagerada familiaridad, a todos los grupos de abuelos y abuelas, platicando amistosamente con ellos sobre los* transcendentales *temas que discutían.*

La llegada del P. Capellán era acogida por los ancianos con un "venga Vd. con Dios" efusivo y alegre y con una disminución del tono en que estuviese la discusión del tema pendiente.

—A propósito —decían casi siempre los cuestionadores—, el P. Capellán va a decir quién lleva razón. Constituído en juez de campo de aquellas peliagudas cuestiones, nunca faltaba una solución que dejara contentos a los de uno y otro bando y una reflexioncita sobre algún punto religioso, y el paso del P. Capellán iba dejando una estela de bienestar y alegría.

A más de ese fruto de dejar alegría en aquellas almas ayunas de instrucción religiosa, las más en su mayor parte amargadas y desilusionadas, verdaderos restos de naufragios de la vida, y sobre el alivio, aún corporal, que los enfermos e impedidos recibían con la palabra alentadora, después de tomarles el pulso, verles la lengua, contarles las pulsaciones, etc., etc., sobre esto, repito, este contacto constante con mis fieles me servía a las mil maravillas para prepararlos a una buena

(6) Anecdotario Pastoral. «El Granito de Arena», 1940; página 157.

confesión, e iniciarlos en una vida piadosa de comunión hasta diaria.

¡Venían los pobres ancianos con tantos prejuicios y prevenciones negras de su *mundo contra los curas y las* beatas!

¡Cómo notaba yo en mis visitas diarias que aquellas caras y aquellas miradas, al principio tan recelosas y a veces hasta agresivas, iban perdiendo acritudes y ganando buena expresión!

¡Cuántas veces ellos mismos acortaban el tiempo que los tenía sin confesar cuado entraban!

Era frecuente que al cabo de varias semanas, se me acercaran aparte de los compañeros para decirme en voz baja: "Cuando Vd. quiera me puede llamar para confesar".

—¿Y Vd. sabe —le decía un día a uno de éstos—, lo que es confesar?

—Confesar, hombre, digo yo, que confesar es una cosa así como desescombrarse uno de toas *las porquerías que tiene por ahí dentro y echárselas al cura* pa *que haga lo que tenga por conveniente...*

¡Excelente definición!

Lo cierto es que en los tres años que estuve con mis queridos ancianos raro era el que no comulgaba diariamente y diariamente *visitara por propio impulso al Santísimo Sacramento"* (7).

Las píldoras "milagrosas"

¡Preciosos frutos de una siembra de semillas tan menudas como de mostaza, pero tan ardientes por el celo de la caridad que las vivifica!

¿Cómo no iba a conquistar el corazón de sus ancianos ese afectuoso interés del P. Capellán, esa visita diaria a los enfermos, llena de consuelos y caricias para los pobres?

Un día llegó en su visita al lado de un ancianito que padecía mucho con la tos, y como se lamentara con él de que por esta causa no podía dormir, don Manuel le dice en el más amistoso tono:

(7) Id., íd., 1944; p. 63.

—Pues ya verá Vd. cómo se le quita esa tos con una medicina que yo le voy a dar".

Hizo unas pildorillas de miga de pan con azúcar y se las llevó. Al día siguiente, el anciano estaba deseando que llegara el P. Capellán:

—¡Vamos a ver, señor Manuel! ¿Cómo está usted? ¿Cómo ha pasado la noche?

—¡Ay! Don *Manué* de mi alma, qué bien me ha *sentao* la *medicina!* He *pasao toa* la noche *mu bien,* sin *tosé* ni *ná.* ¿No tendría Vd. más pildoritas de esas?

A éste y a otros enfermos cuando se quejaban de sus males, les decía algunas veces:

—Bueno, pues ya eso se va a acabar con un remedio que yo le voy a poner"...

Y si llevaba en la mano algún sobre, le recortaba el filo engomado y se lo pegaba en el pecho. Ellos se quedaban tan orondos y satisfechos con la *medicina,* y asegurando que les sentaba tan bien y les calmaba sus dolores y achaques. Y es que el consuelo de verse así mimados les hacía la ilusión de sentir el alivio hasta en su cuerpo.

Receta contra los malos olores

Una molestísima dificultad tuvo que sufrir en los principios de su apostolado entre los ancianos. En sus dos catequesis semanales, en sus visitas de enfermos y sobre todo en el confesonario ¡cuánto le costó acostumbrarse al olorcillo *sui géneris* que, a pesar de la extremada limpieza que reinaba en el Asilo, percibía él por tener un olfato en extremo sensible y delicado! Toda su vida fué esto causa de no pocas molestias para él en sus ministerios. El primer Viático que administró fué a una cancerosa y ¡qué vencimiento hubo de hacerse para sufrir el hedor de la pobre anciana!

Constituyó para D. Manuel una verdadera prueba en aquellos principios, pues, según él decía, ese olor se le pegaba de tal modo que todo el día lo tenía presente.

Tanto es así que este recuerdo lo dejó consignado en su "Anecdotario pastoral", donde lo cuenta de este modo:

"*¡Qué buena lección me ha dado hoy el Sr. Magistral, antiguo profesor mío!*

A su pregunta de cómo me va en mi nuevo cargo de capellán del Asilo, le respondí con toda ingenuidad:

—Contentísimo; pero...

—¿También tiene "peros" su contento?

—Sí... no... porque apenas llega a "perillo" verde... No es más que cuestión de aquí (señalando la nariz) y es que tengo la suerte o la desgracia de poseer un olfato finísimo y no obstante la limpieza perfecta del Asilo, se me pega todo el día a la nariz y a la ropa un olorcillo especial, sobre todo, de los enfermos y enfermas crónicos, que a veces me produce náuseas y hasta vómitos.

El Sr. Magistral, que me había estado escuchando con una sonrisa, se me puso serio y me dijo: —A los padres nunca huelen mal sus hijos.

¡Buena lección, repito, que pido al Corazón de Jesús no se me olvide jamás!

Propósito que entonces saqué: ¡Se acabó el quejarme ni lo más mínimo de si mis feligreses o hijos espirituales son así o son "asao"!

Y para dar al punto forma práctica al propósito, me proveí de unas bolitas de alcanfor, y cuando tenía que confesar enfermos o enfermas de olor no de ámbar ponía con disimulo en cada ventana de la nariz una bolita y ¡se acabó la "maña" que iba tomando de que a cada dos o tres minutos de estar inclinado sobre el enfermo escuchándolo, aconsejándolo o confesándolo, tenía que correr al balcón para vomitar!

Sr. Magistral, Dios pague a Vd. en el Cielo su magnífica receta pastoral del año 1905: "a los padres nunca huelen mal sus hijos" (8).

¡Con cuánta razón llamaba años más tarde don Manuel "*su noviciado*" al tiempo de su Capellanía!

Se complacía de haber aprendido mucho entre aquellos ancianos y aquellas buenas Hermanitas, y entre aquellas enseñanzas destacaba dos que especialmente aprendió: lo que eran las tristezas del corazón y cuánto valía confiar en la Providencia para todo (9).

---

(8) Id., íd., 1941; p. 43.
(9) «El Granito de Arena», 5 agosto 1913; p. 3.

III

Los primeros Reparadores del Sagrario abandonado

Esas tristezas de los abandonados de la vida, al hallar eco en su corazón compasivo, se encontraron con otra tristeza que él llevaba clavada en el alma desde aquel pueblecito de Palomares: la tristeza del gran Abandonado del Sagrario.

Entonces concibió la idea de que aquéllos unieran su soledad con la de éste y reparándole con su compañía se sintieran acompañados y consolados por El.

La semilla que en aquel rato de oración ante el Sagrario de Palomares había arrojado el Corazón de Jesús en su alma iba germinando... El califica este apostolado eucarístico en el Asilo como *un paso más* en la Obra que unos años más tarde fundara en su Parroquia de Huelva.

La adoración de los ancianitos

"Las Casas de las Hermanitas, más que asilos pudieran llamarse palacios del abandono. Ni el dinero, ni las mercedes, ni la gracia del rey más poderoso de la tierra pudieron poner en torno de sus validos tanto cariño fino, tanta abundancia de remedios como las Hermanitas ponen en torno de sus ancianos abandonados.

Con el fin de cooperar a la obra de las Hermanitas y llenar el deber de mi sacerdocio, fijo siempre mi pensamiento en el Sagrario abandonado de aquel pueble-

cito y de tantos como aquél, me propuse formar y formé, mediante la reorganización del Apostolado de la Oración, una especie de Hermandad de Abandonados *para hacer compañía al Gran Abandonado.*

Y ¡con qué asiduidad iban mis ancianitos y ancianitas a hacer su Comunión reparadora y pasar su hora o su media hora de compañía al Sagrario!

¡Con qué gozo los veía yo arrodillados en sendos reclinatorios acompañando a su gran Amigo de abandonos con el rezo de su Rosario, con la lectura de su libro de oraciones en letra gorda y... hasta con sus cabezadillas de sueño furtivo!...

Puedo asegurar en honor de la verdad y de aquellos mis inolvidables abuelitos que en los tres años que estuve entre ellos no vi casi nunca la capilla del todo sola.

Tan amable se les hizo que voy a citar un caso que, en medio de su aparente desedificación, comprueba el gusto que tenían mis arrugados feligreses en pasarse un ratito en la iglesia.

De vuelta de mi visita a los enfermos, me encuentro un día a un ancianito sentado en un banco del coro alto, pierna sobre pierna en una actitud de suprema satisfacción dando los últimos tirones *a una humeante colilla.*

—¡Señó *fulanito! ¿Fumando aquí?*

—No se enfae *Vd.* parecito *mío, que aquí no hay* naide *ahora que se ofenda.*

—Pero, ¿y el Señor?...

—¿El Señó? *¿Vd. cree que se va a* enfaá *porque esté aquí uno tan a gusto echando esta* colita...?

... ...

Ancianitos queridos de las Hermanitas, ya habréis muerto casi todos y habréis visto qué espléndidamente paga en el Cielo aquellas horas de compañía el Jesús del Sagrario de aquella capilla..." (10).

La figura del apóstol de los Sagrarios abandonados iba delineándose más y más a medida que iba desarrollando su celo eucarístico.

(10) «Aunque todos... yo no»; 6.ª ed., p. 37.

La conquista del Judío y Aniceto

Pero no todo eran fáciles triunfos entre aquellos ancianitos. De mano maestra nos ha pintado en sus notas, los retratos de dos ancianos que por algunos días ensombrecieron aquellas horas felices que pasó en el Asilo. Eran éstos el "Judío" y Aniceto. Oigámosle:

"A pesar de las buenas caras y de la buena "madera" y de la frecuencia de Sacramentos de mis ancianos, no todos eran triunfos; tenía que pasar por la pena de ver a algunos, muy pocos, refractarios a todo procedimiento de atracción.

Uno de éstos era de carácter reservado, obscuro de alma como de cara, huraño, molesto y quejumbroso siempre con la Hermanita que le servía, y por cierto, con una mansedumbre y paciencia admirable.

Un día le vi arrojar a la cara de ésta el líquido con que le lavaba una llaga cancerosa de la oreja.

La Hermanita se contentó con sonreir. Conmigo nunca se descompuso; sin llegar a la amabilidad y expansión con que sus compañeros me solían recibir, siempre se mantuvo respetuoso y casi agradecido a mi interés por su salud muy quebrantada por cierto.

Pero de confesión, ¡nada!, a las indirectas sobre el particular que de cuando en cuando le hacía, me respondía con un dejo de severidad y esquivez, como diciendo: "No toque Vd. ahí".

Llegaban fiestas y solemnidades y el mismo cumplimiento pascual, en que todos se confesaban, y él impertérrito las dejaba pasar.

Sólo pude conseguir de todos mis trasteos apostólicos con él que me recibiera el escapulario del Carmen y lo llevara siempre colgado.

No me quedaba otra esperanza que ésta y las oraciones de la buena Hermanita.

En los otros ancianos creo que su conducta ya no causaba escándalo, pues con ellos era también huraño y mal encarado y por su irreligiosidad y mal carácter se había ganado el nombre de el "Judío".

Un buen día recibo aviso urgente de la Superiora para que fuera al Asilo, porque un ancianito se había tirado por las escaleras.

Pensando en el "Judío" y temiendo a la par que fuera él, me puse volando al pie de la escalera, en la que temía encontrar el cuerpo del suicida.

Abajo no encuentro a nadie y miro hacia arriba, al último piso, y allí veo un grupo de Hermanitas y ancianos tirando de un hombre amarrado por la cintura y colgado sobre el hueco de la escalera.

¿Qué había pasado?

Efectivamente era el "Judío" que, en un arranque de desesperación, aprovechando la ausencia de Hermanitas y ancianos, y saltando la baranda, se tiró desde la parte más alta de la escalera; pero, ¡oh prodigio!, al ir a soltar la mano con la que se sostenía cogido a la baranda y ya todo el cuerpo en el aire, se sale el cordón debilísimo del escapulario y, como si fuera una cadena, se enreda entre sus dedos y muñeca, y formando un círculo con el brazo alrededor de uno de los hierros de la baranda, lo deja colgado.

A los gritos que la violencia de la postura y quizás el arrepentimiento le arrancaron, acudieron sobrecogidos de espanto ante la atrocidad del anciano y de admiración y gratitud ante el prodigio patente de su celestial protectora.

No hay que decir que el "Judío" dejó de serlo, y el poco tiempo que después vivió fué un buen cristiano.

Aniceto: *Así se llamaba otra de mis "duras" ovejas.*

Norteño de origen, comerciante de profesión, "indiano" y enriquecido en Indias y arruinado a su regreso a España, vino Aniceto a parar a nuestro Asilo.

Alto y delgado, fino de modales y corto de palabras, gustaba más de pasear solo que de conversar con sus compañeros; en esos paseos me hacía el encontradizo con él.

Os confieso que pocos hombres encontré tan herméticamente cerrados como este hombre.

Le veía disfrazar con sus finos modales la amargura y la desilusión en que estaba sumergida su alma y, a mis preguntas sobre sus cuentas con Dios, siempre me respondía con una sonrisa de tolerancia: "Sí, sí, ya hablaremos de eso otro día".

Pero el día no llegaba y mi Aniceto era uno de los que nunca confesaba ni comulgaba.

Hermanita, decía yo repetidas veces a la de su sala, a Aniceto no se le conquista con discursos, sino con oraciones.

Cayó enfermo sin que el médico conociera la enfermedad y, una larga temporada, guardó cama.

Mis visitas más repetidas y mis invitaciones al ajuste de cuentas no le arrancaban más que la consabida sonrisa.

Un día llama a la Hermanita y en tono serio le dice: "He decidido irme al Hospital, a ver si allí me entienden y curan; tráigame mi ropa y que me lleven al Hospital".

Ruegos, lágrimas, preguntas de la Hermanita no consiguieron hacerle cambiar de propósito.

Le lleva su ropa de calle y manda preparar el coche para que lo trasladen. Cuando estuvo vestido, llama a la Hermanita y parte; pero, al salir muy erguido de la sala a la galería, sin escalón en donde tropezar ni obstáculo alguno, cae al suelo cuan largo era.

Acude la Hermanita y algunos ancianos a levantarlo y a la pregunta de si se había hecho daño alguno, responde: No, nada, nada... ¡Quiero acostarme y que inmediatamente llamen al Capellán!

Me avisan, acudo al punto y, con un gesto a los que rodeaban la cama para que se retirasen, me dice cuando nos quedamos solos: —¿Me quiere Vd. confesar? Quiero ajustar cuentas con Dios que no quiero que me salgan mal como con los hombres.

Terminada la confesión, me dice sonriente y moviendo la mano derecha, como metiendo prisa: —Y ahora todo lo demás, todo.

Le administré el Santo Viático, la Sagrada Extremaunción, le hice la recomendación del alma, y sonriendo pero no ya con sonrisa de amargado, sino de paz, me dice: Adiós, adiós, y con la misma sonrisa quedó el rostro de su cadáver.

La Hermanita lloraba y sonreía; sin duda aquellas lágrimas tenían el secreto de la rápida conversión de duro en blando del corazón de nuestro Aniceto" (11).

---

(11) Anecdotario Pastoral. «El Granito de Arena», 1941; página 59.

¡Las lágrimas de la Hermanita! —dice D. Manuel— ¿nada más que esto?... ¿Qué duda cabe que también las oraciones y el celo del Capellán?

VIAJE A BARCELONA...

Para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción organizóse en Barcelona en 1904 un Cogreso Hispano Americano de las Congregaciones Marianas, al que acudieron representaciones de todas las diócesis. Fué designado por el Sr. Arzobispo de Sevilla, D. Manuel González, para representar a la Archidiócesis Hispalense.

Aceptó el honroso cargo con gratitud y humildad aquel joven sacerdote que tan bien reflejaba en su ardiente devoción a la Inmaculada las tradiciones concepcionistas de Sevilla.

A juzgar por sus notas de misas y sermones, debió ser el 22 de noviembre el primer día que pasó en Barcelona, hasta el 29 que terminó su peregrinación mariana a los pies de la Reina de Monserrat.

Los actos del Congreso fueron solemnísimos, los concurrentes muy numerosos y selectos; el aspecto espléndido de los lugares en que se celebraban los actos, los delegados de las distintas diócesis de España y de América, que iban apareciendo ante la magna asamblea, formaban un ambiente que no podía menos de ser impresionante.

No entraba en el programa ningún saludo o discurso del representante de Sevilla, pero al levantarse este para leer el telegrama de adhesión que enviaba el Sr. Arzobispo, se elevó del público el unánime y clamoroso deseo de que hablara el representante de la tierra de María Santísima.

Cuando él más tarde recordaba este suceso, decía que todavía sentía la impresión de miedo y timidez que experimentó en aquel caso verdaderamente apurado.

Obligado a la improvisación, subió a la tribuna, y, cerrando los ojos, se dirigió interiormente a la Virgen, diciéndole: "*Madre mía, tú tienes la palabra*", y empezó a hablar... (Puede verse en Apéndice núm. 3 el extracto de su discurso recogido por la prensa).

Sorpresa y entusiasmo causó entre los congresistas el sacerdote sevillano durante aquellos días.

En su palabra cálida, ágil y graciosa se descubría ya al apóstol de su tiempo, al adelantado de la Acción Católica.

El secreto de su apostolado era esa admirable unión de las dos gracias, la sobrenatural y la natural.

Se hallaban tan abundantemente derramadas sobre él y tan deliciosamente mezcladas que daban un peculiar atractivo a su apostolado. Su celo ingenioso sabía adaptarse a todas las circunstancias y sacar partido de todo para el bien de las almas.

Es la *adaptabilidad* de carácter la gran condición del conquistador de corazones.

"Adaptabilidad es —según escribiera él más tarde— darse sin entregarse, es poner en la cara y en el gesto y en la palabra y en la obra lo que naturalmente no se tiene ganas de poner.

Es tirar la red al agua y a uno mismo, si es preciso, sin ahogarse; es tratar a cada cual no por los méritos propios, ni por la simpatía que nos inspire, ni por las ventajas que traiga, sino solo por lo que representa.

Es meterse en el fango, si hace falta, y no mancharse; es enfadarse si es necesario, y no pecar; es tragar mucha saliva y mucha hiel y poner la cara del que paladea miel..." (12).

He aquí un caso típico de adaptabilidad apostólica en la que D. Manuel se muestra ya maestro en los albores de su ministerio con las almas.

Un sermón de campanillas

Fué invitado a predicar una novena a la Virgen del Carmen, del 1 al 9 de septiembre de 1902 en Villalba del Alcor (Huelva) y él mismo recordando el caso en sus últimos años, lo cuenta en su "Anecdotario Pastoral":

"Fuí invitado a predicar la novena de Nuestra Señora del Carmen.

Sin ser Patrona del pueblo era tratada y querida como si lo fuera.

(12) «Granitos de sal», 2.ª serie; 4.ª ed., p. 94.

Me recibieron, como es uso y costumbre, los primates de la Hermandad y destacándose de entre ellos un viejecito flaco, de ojos brillantes y vivos, cabellos blancos y atusados, de nariz afilada en competencia con la nuez que podía pasar por otra nariz, y de aire de tribuno.

—Esta novena, —me dice el buen señor, que después supe era el secretario del Juzgado— esta novena, es una novena ¿me entiende Vd? una novena de... ¡vamos! de historia y de fama...

Por nuestro púlpito han desfilado los primeros espadas (*ya calculará el lector que estamos en Andalucía*) *de la oratoria... ¿Me entiende Vd? Calpena, González Francés, Rubio Contreras, Arbolí, etc., etc., etc., ¡lo mejor de su tiempo!, ¿me entiende Vd?*

El asentimiento que con la cabeza, los ojos y las manos prestaban los demás dirigentes de la Hermandad me daba a entender dos cosas: una lo llenos que estaban de la sublimidad de sus oradores, y otra, el chasco que se estaban viendo venir al encontrarse con un "predicadorcete" novel, de dos años de vida sacerdotal y de unos 26 años de vida total (13).

—Porque, —prosigue lentamente el tribuno municipal, después de hacer subir y bajar su nuez unas seis veces—, porque le he de decir a Vd. ¿Vd. me entiende? que aquí lo que más gusta a todos, ¡vamos! a los que estamos ilustrados, lo que nos gusta con delirio, ¿me entiende Vd? es el filosofismo.

Los sermones de filosofía, porque ya Vd. comprenderá que esos sermones de Doctrina Cristiana y de vidas de Santos y de purgatorio y de infierno están bien para cierta clase de gentes ¡vamos! para la plebe, pero la gente elevada ¿me entiende Vd?...

¡Vamos! que ya Vd. se hará cargo de que los tiempos han cambiado, y hoy por hoy, señor mío, la filosofía manda."

Nos despedimos hasta la noche, recelosos ellos de mi juventud y más receloso yo de su ignorante petulancia,

---

(13) Según sus notas del libro de sermones fué a predicar esa novena (que parece ha de ser la misma a que se refiere en el Anecdotario), en septiembre de 1902, por lo que sólo contaba con 25 años de edad y uno de vida sacerdotal.

que podía dar al traste con los planes apostólicos que llevaba para aquella novena.

En busca de solución, pregunto al señor cura que cómo no se anuncia en la convocatoria de la novena, la Comunión general *con que suelen terminar todas.*

—Ni nombrarlo —me respondió—; se han acostumbrado a acudir a estos cultos, gentes que en el resto del año no aparecen por la iglesia, para oír cosas bonitas y rimbombantes que no entienden.

Solo hablar de confesión y comunión sería bastante para que se espantaran tomándolo por cosa vulgar.

—Entonces ¿tengo que resignarme a que no se abra el Sagrario durante la novena?

—Si quiere Vd. que venga a oírlo, así tiene que ser.

—¡Jesús mío!—me decía yo en el más amargo desconsuelo.—¿Nueve días, diez sermones sin hablar de Ti, ni llevarte al Sagrario un alma? ¡Madre mía del Carmen, enséñame a entrar por la de ellos y a salir con la mía que es la tuya y la de Jesús!

Y después de mil vueltas y cavilaciones, terminé con un ¡bueno! de satisfacción de solución encontrada.

¿Diez sermones? Uno ininteligibte, al estilo de estos pobres petulantes de "filosofismo", para ganarme el grupo "intelectual", y los otros nueve al estilo... tuyo, Jesús mío, al de los Apóstoles.

Y llegó la noche, y ante la iglesia rebosante de fieles, principalmente de hombres, prediqué, mejor diría, "tiré" mi primer sermón...

Que si el positivismo, que si el monismo, que si la enciclopedia, que si el analfabetismo, que si el átomo y la molécula, y la nebulosa y el infinitesimal y el caos...

¿Te acuerdas, Madre mía, cómo en mis adentros te pedía perdón mientras hablaba de lo que no entendían mis oyentes y casi tampoco yo?

—¡Exitazo! Fué la palabra con que al llegar a la sacristía me acogió en un abrazo el viejecito de la nuez.

¡Eso es filosofía de la pura! repetía pasando la mirada por entre los señores de la Hermandad.

—¡Es verdad, es verdad!, respondían a coro estirando las frentes y abriendo desmesuradamente los ojos.

Si digo que aquellos plácemes me causaban más remordimiento y vergüenza que satisfacción, no miento. La mía.

¿Que cómo salí con la mía?

Me dediqué a buscar títulos de "filosofismo" a temas de misión popular.

Título general: "Biología sobrenatural". Títulos especiales: el principio de la vida, Dios.

Fin de la vida: La gloria de Dios.

Camino de la vida: Los Mandamientos.

Obstáculos de la vida: El pecado.

Auxiliares de la vida: La Gracia por los Sacramentos, la Oración y las virtudes.

Alimento esencial de la vida: La Comunión...

Es decir, que a la tercera noche estaba yo tan campante hablando a mi masa de hombres (los filósofos y la plebe), del pecado mortal y del infierno para los que lo cometen y no se arrepienten.

En otra de las noches (previo acuerdo con el señor cura) propuse una visita al cementerio para pedir a sus muertos noticias de la otra vida, y con el pueblo entero fuímos al cementerio, cantando el Santo Rosario y con el estribillo:

"Ten cristiano en la memoria
muerte, juicio, infierno y gloria."

Y cuando en pie sobre una de aquellas sepulturas me puse a hacer un examen de conciencia, preguntando a los muertos en dónde y cómo vivían, si estaban contentos de haber vivido bien o mal en la tierra, si tenían que echar en cara algo a sus hijos y familiares allí presentes, las gentes lloraban y me hacían llorar.

Ya no pude decirles más que esto: Si deseáis vivir la vida verdadera, la que no se acaba, la que se gozará eternamente, ¡al confesonario; a quitar los obstáculos de la vida; al Sagrario; a comer el Pan de vida eterna!

Cuando se hubo terminado la novena con una comunión verdaderamente general y tomábamos, cansados de dar absoluciones y comuniones, el señor cura, varios sacerdotes y yo una tacita de café, con que aquél nos convidaba, decía socarronamente aludiendo al buen secretario del Juzgado: ¡Esta sí que es filosofía!" (14).

---

(14) Anecdotario Pastoral. «El Granito de Arena», 1940; página 172.



Altar de María Auxiliadora, donde celebró su primera Misa



Seminario Mayor de Sevilla



Sagrario de Palomares del Río y vista parcial del pueblo



Fachada principal del Seminario Mayor de Sevilla





Iglesia del Asilo de las Hermanitas de los Pobres



Vble. Cardenal Spínola



Fachada principal de la Parroquia de San Pedro de Huelva

Fachada y jardín del Asilo

Casa del Capellán de las Hermanitas





CAPITULO IV

EL ARCIPRESTE DE HUELVA

1.º—*En Huelva le esperan el Sagrario y la Cruz.*
Su nombramiento.
Hablando con aquel santo Arzobispo.
¡Decidido!
La despedida del Asilo.

2.º—*Labrando su parcela en la viña del Señor.*
En Huelva.
Las primeras impresiones.
El culto tempranero.
¡Corazón de Jesús!, ¿por dónde empiezo?

3.º—*El capítulo de sus tentaciones*
La primera tentación.
Tentación sobre tentación.
En León no, en Huelva.

I

En Huelva le esperan el Sagrario y la cruz

Entre las amargas preocupaciones pastorales del venerable Arzobispo de Sevilla había una predominante por aquel entonces: el deplorable estado espiritual y moral de la ciudad de Huelva.

¿Quién sería el nuevo cura de Ars que conquistara para Cristo no un pueblecito rural sino aquella capital de provincia, en su mayoría dominada por el ateísmo, la ignorancia y el odio a la religión socavada y minada por la propaganda protestante y organizaciones políticas de extrema izquierda?

¿Dónde encontrar el apóstol que aquella ciudad necesitaba?

Es verdad que era, por otra parte, un honor, hablando en profano, ser jefe espiritual de una capital de aquella importancia, pero no era un cura que recibiera con gusto aquel honor lo que el Prelado buscaba, sino un cura que recibiera con amor aquella cruz sobre sus hombros...

Su nombramiento

En la mente del Arzobispo se fija persistente la idea: D. Manuel González le salvaría a Huelva.

Conocía su alma ardiente y entregada por completo al amor de Jesucristo, y a la conquista de las almas para El.

Había comprobado ya su celo sacerdotal, sus relevantes dotes intelectuales, sus primeros éxitos como predicador evangélico, escritor y propagandista; no dejaba de reconocer que en la simpatía personal para el trato de gentes, unido a una prudencia exquisita y madurez de juicio, era un superdotado...

El venerable Prelado veía que aquel sacerdote de mente ágil y de ferviente y abnegado corazón era el que Huelva necesitaba.

Quizás le hicieron titubear un tanto sus pocos años...

¡Era aún tan joven para un cargo tan elevado por una parte y tan difícil por todas!

Y además, ¿no suscitaría las quejas de algunos de los que se creyeran con más derecho?

En todo caso le propondría su deseo, dejándole siempre las puertas abiertas para que no se extrañara si fracasaba en su misión.

Era muy pesada la cruz, pero veía en él fortaleza de alma para llevarla.

De todos modos, ¿por qué no probar?

Y el Prelado se decide. Manda llamar a D. Manuel, que por aquellos días iba a cumplir sus 28 años y le propone sus deseos.

Más dejemos a éste la palabra, que en pocas y expresivas líneas, nos describe con todo el colorido de la realidad cómo fué su ida a Huelva, el estado en que ésta se hallaba y los frutos de su actuación.

"Después de los días plácidos de verdadera luna de miel de mi sacerdocio que pasé con mis ancianitos de Sevilla, ¡qué selva espesa y qué nube negra me esperaba en Huelva!

Huelva, pueblecito andaluz, y como todos ellos sencillo, noble y cristiano, quedóse absorbido y desfigurado con las personas y cosas que le trajo la capitalidad otorgada en tiempos aciagos, nada menos que los del morrión miliciano y del degüello de los frailes. .

Nació, como capital de provincia, en pecado.

Desaparecieron tradiciones de religión y de familia y sencillez de costumbres y cayó sobre ella una nube de exploradores de minas extranjeros y nacionales y, a costa del mineral abundante que por su flamante puerto salía, masas de obreros de todas las 'procedencias e ideas no buenas.

Con los ingleses protestantes vinieron las escuelas y capillas protestantes; con los obreros sin fe y sin amor al suelo en que vivían, los "clubs" republicanos, verdaderos antros del comunismo que ya se preparaba, y sus sociedades secretas antisacramentarias, y sus entierros civiles y sus casamientos y bautizos civiles y sus escuelas laicas subvencionadas por el Ayuntamiento, formado en su mayoría por obreros de esta catadura.

La impresión que se recibía al entrar y vivir por aquel entonces en Huelva era muy parecida a la que producían nuestros pueblos y ciudades días y meses antes de la explosión rojo-comunista."

Coincide en todo con esta descripción de Huelva, otra hecha en aquellos tiempos, por D. Manuel Siurot:

"Huelva, la riente ciudad andaluza que viera surcados sus mares por las naves del Nuevo Mundo, cuyas glorias enriquecieron las arcas de la Metrópoli, de España, para la que conquistaron laureles gloriosos, había caído en la más abominable indiferencia religiosa.

Elementos extraños, gentes forasteras que arribaron a sus playas, se establecieron en Huelva arraigando en la hermosa ciudad.

De estas gentes, unas eran buenas, malas las otras, que desgraciadamente estaban en mayoría.

Y fué entonces cuando se manifestó más descaradamente aquella indiferencia, entonces fué cuando el indiferentísmo llegó a convertirse en odio, en odio injustificado al sacerdote.

Quiero repetirlo en buena hora; aquellos elementos sembradores de la mala semilla no eran de Huelva, fueron sí a Huelva; a cada cual lo suyo.

La educación religiosa se perdió. Hubo iglesias parroquiales en las que durante un mes no se administraron más de treinta comuniones.

Los sacerdotes, los párrocos, quisieron atajar el mal. Trabajaron árduamente con su palabra, con sus predicaciones, con su ejemplo, con sus obras. Después llegó a Huelva un sacerdote ejemplar, su actual arcipreste. Con su mirada penetrante se hizo cargo del árduo problema que aquella relajación entrañaba. Si esta generación si-

gue así, se dijo, cuando llegue la venidera será preciso cerrar los templos...” (1).

Así de endurecida y cubierta de malezas estaba la parcela de la viña del Señor que se quería encomendar a su celo. Con mucho tesón habrá que labrarla para sembrar y no perder del todo la cosecha.

Grandes arrestos de paciente labrador ha de tener el que se encargue de ella...

Ante tamaña dificultad ¿no se arredrará el preconizado arcipreste?

Sigue leyendo, que él mismo te contará sus propósitos.

Hablando con aquel santo Arzobispo

”Llamado una mañana por mi santo Arzobispo, Don Marcelo Spínola, Pastor a lo Buen Pastor, y a fuer de tal, de una delicadeza suma en todos sus procederes, me dice sonriente: —¿Quiere Vd. ir a Huelva?

—Yo voy volando a donde me mande mi Prelado.

—No; yo no le mando ir a Huelva; está aquello tan mal, y lo que es peor, tan dividido entre los pocos buenos... Estoy tan harto de probar procedimientos para mejorarlo sin obtenerlo, que me he acordado de Vd. como última tentativa; al fin y al cabo Vd. es joven y, si se estrella en Huelva, como lo temo, el mismo que lo lleva lo puede traer. Pero, repito, esto no es un mandato, sino un deseo.

—Señor, los deseos de mi Prelado son para mí órdenes, ¿cuándo quiere que me vaya?

—No, no; ahora se va Vd. a su casa y, durante tres días y con completa reserva de esta conversación, madure este deseo mío delante de su Sagrario y vuelva después con su decisión.

—Espero con la gracia de Dios, que dentro de tres días vendré aquí a decir a V. E. lo mismo que ahora le digo.

Me despedí, y ¡qué tres días pasé! ¡sin apenas dormir

(1) Don Manuel Siurot en una conferencia en el salón de «El Debate», en Madrid («El Granito de Arena», 20 noviembre y 5 diciembre 1912).

ni comer y con esfuerzos sobrehumanos para conservar la buena cara y el buen humor!

¡Había oído hablar en todos los años de mis estudios tal mal de la situación religiosa de Huelva!..."

¡DECIDIDO!

"Llegado el tercer día, me presenté de nuevo al señor Arzobispo.

—Sr., aquí me tiene para repetirle lo que le dije el otro día; ¿cuándo quiere que me vaya a Huelva?

—Pero, ¿así? ¿tan decidido?

—Sí, señor; completamente decidido. Ahora, que, como a mi Prelado le debo hablar como al Jesús de mi Sagrario, debo decirle que me voy a Huelva tan decidido en mi voluntad como contrariado en mi gusto.

—¿Cómo? ¿Es que no va a gusto?

—Voy obedeciendo los deseos de V. E., con toda mi voluntad; pero contra todo mi gusto.

—Me lo explico y no me extraña; espero que ese desprecio de su gusto, para abrazarse a la voluntad del Prelado le ayudará mucho en su misión de Huelva.

El Prelado lo despidió cariñosamente.

"Sé que es Vd. muy joven para un Arciprestazgo tan importante y para lo malo que está aquello; yo he vivido allí y lo conozco, pero ¡no importa!

Vaya, pruebe y si no le va bien, se viene.

Las puertas de este Palacio siempre estarán abiertas para Vd.; y en mí siempre tiene un Padre a quien le puede contar todo, que lo recibirá con los brazos abiertos."

"Y allá me fuí —concluye— y allí estuve por espacio de once años largos, y si en algo y en "algos" por mi pobre gestión se reformó aquello y se acabaron las divisiones y, por medio de escuelas netamente cristianas y cristianizadoras, se comenzó a formar una ciudad nueva, debo lealmente confesar que hay que atribuirlo a estas cuatro cosas o causas:

1.ª Que estuve donde Dios me puso y no mi gusto;

2.ª Que a pesar de mis muchas flaquezas, puse toda mi confianza en el Corazón de Jesús;

3.ª Que abrí todos los días las puertas de mi parroquia a las cinco y media lo más tarde, y que a esa hora estábamos mi coadjutor y yo sentados en el confesonario, con penitentes y sin ellos.

y 4.ª Que practiqué la predicación callejera "ad laudes et per horas", sin miedo ni respetos humanos.

La despedida del Asilo

La despedida de los ancianitos, cuyo *decano* contaba ciento tres años, fué en extremo emocionante. El día de la salida del señor Capellán parecía un día de luto en el Asilo. ¡Cómo lloraban aquellos ancianos!

"¡Era mucho Don *Manué pa* nosotros!"

"¡Esto tan bueno no podía *durá!*"

"¡Don *Manué* —exclamaban otros temblándoles la barbilla de pena y de indignación— se va porque nosotros no *semos naide;* que si no... cualquiera nos lo quitaba! ¡Nos empeñaríamos con quien fuera menester *pa* que no se lo llevaran!"

Y lloraban como chiquillos aquellos conquistados para el Corazón de Jesús en su Sagrario del Asilo, por el cariño y el celo paciente de don Manuel. Desahogándose en estas y otras frases pintorescas que les salían del corazón, no dejaban de hacer buena mella sus lamentos en el corazón del que tan de veras se había consagrado a ellos, durante aquellos tres años...

II

Labrando su parcela en la viña del Señor

SUCEDÍA esto a fines de febrero y primeros de marzo de 1905.

"*El 1 de marzo de 1905* —anota él mismo—, *fuí nombrado Cura Ecónomo de San Pedro de Huelva; tomé posesión el día 9 del mismo. El 16 de junio del mismo año fuí nombrado Arcipreste*".

Fué su nombramiento como ecónomo o regente, porque aún vivía el Cura propio de la Parroquia, don Manuel García Viejo, ya muy anciano y achacoso, el cual se trasladó de Huelva al poco tiempo de haberse encargado don Manuel de la Parroquia.

EN HUELVA

Salió para Huelva el día de San Juan de Dios, 8 de marzo, y al día siguiente, como él anota, tomó posesión de la Parroquia.

Allí permaneció durante una temporada, hospedado en el Convento que los PP. Agustinos tenían en la ciudad, dedicado a conocer un poco su nuevo campo de acción, y a buscar casa para trasladarse con su familia definitivamente.

Negocio difícil resultó el encontrarla, pues aunque la Parroquia tenía vivienda para el Cura, estaba en tan pésimas condiciones que no era posible habitarla.

"*¡La vivienda! Dos o tres meses de buscar* —escribe

él— *me costó encontrar un modesto piso en que vivir con mis ancianos padres. ¡Cuántas dificultades y, sobre todo, cuántos recelos para alquilar a un cura!"*

Al fin pudo instalarse en la calle Ginés Martín, de la que se trasladó casi al año a un piso del tranquilo paseo de Santa Fe, número 12, en donde vivió mientras estuvo en Huelva.

Triste, en verdad, era el panorama que se le había presentado al ponerse en contacto con su nueva feligresía. Algo podemos entrever por las siguientes páginas de su "Anecdotario pastoral".

Las primeras impresiones

"¡Cómo conservo grabadas, y creo que en lo que me queda de vida no se borrarán, las primeras impresiones de mi estancia en Huelva!

¡Qué contraste entre las caras humedecidas por las lágrimas de la pena de la separación de mis ancianitos y ancianas y las agrias y duras de mis nuevos feligreses!

En lugar de las palabras tan de abuelo y abuela que allá en el Asilo me dejaba, aquí me topo con el Salú o Zalú *respondiendo a mis más cariñosos saludos a todo el que me encontraba.*

Lo que más me dolía, era la verdadera agresión de los niños, que, al ver pasar al sacerdote, gritaban: ¡Mala pata! ¡Cuervo!, y no contentos con las palabras, durante siete y ocho días consecutivos, me apedreaban.

—Y ¿qué hace Vd.? —me preguntaba mi Sr. Arzobispo cuando le visité para darle cuenta de mis primeras impresiones de Huelva—, ¿qué hace Vd. cuando le tiran piedras?

—Pues, sencillamente, torearlas.

Me vuelvo hacia mis apedreadores y ando hacia atrás y así puedo ir hurtando el cuerpo y sobre todo la cabeza a las almendras *con que me regalan mis nuevos y menudos feligreses.*

El culto tempranero

Me presento en mi nueva Parroquia a la hora en que acostumbraba a ir a la iglesia de mi Asilo: a las cinco y media de la mañana, para celebrar la Santa Misa a

las seis, y en la media hora anterior oír confesiones a los que querían reconciliarse.

¡Cómo me sorprendió encontrarme mi iglesia cerrada a las cinco y media, a las seis, y a las siete y, allá a las ocho, ver llegar lentamente al buen sacristán que, al enterarse del tiempo que llevaba de espera, me contesta sonriéndose de lástima:

—¡Cómo se conoce que es Vd. novicio! Aquí la gente no madruga, y los de la iglesia, ¿para qué vamos a madrugar?

Mi respuesta fué pedirle la llave y decirle que yo me encargaría de abrirla.

Se toca a Misa, y no sé si pasarían de tres mujeres las que oían las dos que salieron a la par. ¿Comuniones? Cero...

—Acá —me decía muy tranquilo el sacristán—, se acostumbra poco eso.

¡Dios mío! ¡Una Parroquia de 20.000 almas sin una comunión diaria!

CORAZÓN DE JESÚS, ¿POR DÓNDE EMPIEZO?

En aquel hermoso templo mudéjar, ¡qué pobre papel representaba el Sagrario!

¡Qué tristeza me producía, cuando desde mi desvencijado confesonario, que puse mirando al Sagrario, lo contemplaba en las horas primeras de la mañana sin otra compañía que algún que otro ratoncillo que salía de las bolsas de papel del zócalo o de los agujeros del viejo retablo!

¡Qué días aquellos de mis primeros tiempos de Huelva!

Yo no puedo pasar al papel la inmensa desolación en que mi alma estaba sumergida.

*—¿Por dónde empiezo, Corazón de mi Jesús? —*me *decía muchas veces delante de la preciosa imagen que sobre el retablo del Sagrario se veneraba—, ¿por dónde? Y me echaba a la calle a hablar con el que me encontrara y el* "zalú" *y el* "mala pata" *me salían al encuentro; recibía en el archivo a los que venían a* contratar *los precios de sus casamientos:*

—Quiero casarme y venía a ver lo que me iba Vd. a llevar..., porque si no, me caso por lo civil o me ajunto...

Asistía a las juntas oficiales por razón del cargo de Arcipreste, y ¡qué ausencia de sentido cristiano y de respeto al sacerdote!

¡Qué empeño por parte de autoridades y componentes en facilitar la creación y la conservación de escuelas laicas en Huelva, y en todo el distrito minero, y en hacerlo todo para halagar a las masas republicanas, y más que republicanas, anarquistas, comunistas, del diablo.

Visitaba a los enfermos, los pocos que llegaban a mis noticias, y ¡qué batallas había que librar!, con los maridos, los padres, los hijos, los vecinos, obstinados en no dejarme llegar al enfermo.

Y, si a fuerza de paciencia y habilidad lo conseguía, ¡qué escenas más violentas! cuando se presentaba el padre, el marido, el hombre o mejor la fiera de la casa a decirme con cara de tal y con todas sus letras:

—A Vd., ¿quién lo ha llamado aquí?

—Pues, ¡a la calle!

Y ¡cómo se quedaba uno sin color en la cara ni saliva en la boca para contestar, y sin acertar a retirarse en silencio dejando morir como un perro a aquel moribundo, o a cortar por la calle de en medio respondiendo en fiera *a la fiera, con un rotundo: no me da la gana de irme, porque estoy cumpliendo con mi deber...*

¡Corazón de Jesús!, ¿por dónde empiezo? ¡por dónde!"

Embargado por aquellas primeras impresiones tan desoladoras llegó a Sevilla, para pasar los últimos días que ya iba a vivir en ella y volverse con su familia a Huelva.

En seguida se dirigió al Palacio Arzobispal para saludar al venerable Prelado y darle cuenta de sus primeros pasos e impresiones recogidas en el campo que le había señalado. A pesar de que los primeros encuentros con la realidad le habían confirmado en el juicio que de aquella difícil situación se había formado, y aun superaba la realidad a sus temores, él seguía dispuesto a todo, puesta su confianza en el Corazón de Jesús.

Quizás ya le propuso sus planes, para las primeras conquistas... y el santo Prelado, conmovido, resumió

sus impresiones en esta frase: “Sí; ya sabía yo que no me equivocaba al mandar a Vd. allí”.

Y al dar cuenta el Arzobispo a unos católicos onubenses del nombramiento que acababa de hacer, les dijo: “Envío a Vdes. una alhajita” (2).

Pero antes de ver al nuevo Cura entregado a sus ministerios, escuchemos de sus labios una confidencia en que se nos abre su alma de par en par.

(2) Citado por don Enrique Díaz en su artículo «Deuda de gratitud», en la prensa de Huelva. 1916.

III

El capítulo de sus tentaciones

Así titula don Manuel una de las páginas más intesantes de su "Anecdotario pastoral". Escuchemos su confidencia.

La primera tentación

"Pocas veces, por no decir ninguna vez, me encontré en la situación de ánimo que en mis comienzos de vida pastoral en Huelva.

Mi repetida pregunta at Corazón de Jesús de mi Sagrario y a mí mismo: —¿Por dónde empiezo? en medio de aquella selva de odios, indiferencias, aistamientos, y peligros de la vida del cuerpo y del alma, no acababa de obtener respuesta decisiva y clara. La angustia de mi espíritu, forcejeando al parecer, en vano, aumentaba de día en día, trataba de deprimirme y tirar por tierra los alientos de mis 28 años, y los proyectos de celo conquistador con que fuí a Huetva.

¡Con qué insistencia venían a mi memoria y martilleaban mi cabeza las palabras de mi Prelado al enviarme: —No le extrañe que se estrelle en Huelva; cuente con ello como yo cuento...!

¡Cómo aprovechaba mi amor propio aquel insistente recuerdo para justificar mis recientes desalientos!

En mi oído resonaban alternando un "vete" de ven-

cido, y un "quédate" de confiado en el Corazón de Jesús y en la obediencia a mi Prelado.

Me decidí a empezar por lo más fácil, esto es, por acercar más al Sagrario a los que estaban menos lejos y, aprovechando la celebración de los "Siete Domingos de San José", que traía a la parroquia un grupito de mujeres de toda edad a comulgar, les anuncié unos Ejercicios Espirituales, a los que acudieron unas quince.

Aspiraba a sacar algunas comuniones diarias y algunas catequistas para cuando los niños quisieran *venir a la Catequesis, a la que los llamaba entonces en vano.*

Buscaba formar el primer núcleo vital o la primera célula, que dirían los comunistas.

Tentación sobre tentación

En los comienzos de los Ejercicios me andaba, cuando recibo carta de un antiguo profesor mío del Seminario, recién preconizado Obispo, (3) *proponiéndome con una bondad que nunca agradeceré bastante, la Secretaría de Cámara y Gobierno y una canongía en su diócesis.*

Unos diez días tardé en contestar esta carta y otra del que iba a ser Vicario General, extrañado de mi silencio.

¡Qué diez días de perplejidades, cavilaciones y "vete" y "quédate"!

Yo no se si sería la causa el halago de lo que se me proponía o las ganas de huír del horror de lo que padecía; pero es lo cierto que lo que me ataba a Huelva y me impedía contestar con mi aceptación decidida al bondadoso Sr. Obispo, era el gesto de mi Sr. Arzobispo diciéndome cariñosamente: —Yo no mando a Vd. a Huelva, porque aquello ya no es de lo que se puede mandar sino que deseo hacer esta última prueba...

—¿Cómo —me decía yo— correspondo a la delicadeza exquisita y a las miras tan deferentes de ese deseo, yéndome de Huelva a las primeras contrariedades?

---

(3) Se refiere al Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Manuel Sanz y Sarabia, que fué consagrado Obispo en julio de 1905 en la Catedral de Sevilla.

Me decidí, por fin, después de muchos ratos de Sagrario, a contestar a mi presunto Sr. Obispo futuro diciéndole, después de mis agradecimientos más efusivos, que aunque naturalmente *me halagaba mucho más lo que él me proponía,* sobrenaturalmente *prefería Huelva, y que sólo aceptaría el gusto y el honor de seguirlo, si conseguía que la misma boca que me dijo: —Vete a Huelva, me dijera: —Vete a León.*

Copia de la carta del Sr. Obispo y de mi contestación, mandé al mismo tiempo a mi Sr. Arzobispo, pidiéndole que él se dignara contestar por mí al Sr. Obispo, y que, gustosísimamente, yo no quería más que cumplir, no solo sus órdenes sino sus más insignificantes deseos.

EN LEÓN NO, EN HUELVA

La contestación no se hizo esperar.

Contra lo que el Sr. Obispo esperaba y no obstante el gran cariño y la alta estima con que era tratado por mi Sr. Arzobispo, aquella fué negativa.

A mí me decía en carta que conservé como reliquia con otras suyas, hasta los incendios del 31: —Me ha visitado el Sr. Obispo de León para decirme deje a usted irse con él de secretario...

Le he dicho que no; él espera vencer mi resistencia pero será en balde.

Yo sé muy bien que Vd. no se ha ordenado de sacerdote para hacer carrera, *ni para ganar ciudades y fortalezas sino almas y aunque sea doloroso para mí cortar a un joven lo que el mundo llamaría una carrera brillante, sé que el bien de las almas de esa pobre Huelva sobre las que Vd. conoce y va ejecutando mis planes, alivia a Vd. y a mí de ese dolor.*

Su sitio, pues, ahora es Huelva; en él lo quiere a usted el Sagrado Corazón y su Prelado."

¡Bendita eficacia la de la obediencia sacerdotal!

La confirmación de mi amadísimo Prelado en mi cargo de Huelva, borró todas mis perplejidades y el horror a las contrariedades de cada día, y puso en mi

alma y en mis alientos, en lugar del "vete" de mis huídas pastorales, un tranquilísimo y confortador "quédate".

¡Cuántas veces tuve ocasión de comprobar que gran parte del secreto de mis buenos éxitos allá, estuvo en haberme quedado en "el sitio en que me querían el Sagrado Corazón y mi Prelado"! (4).

(4) Los datos autobiográficos de este capítulo son de su «Anecdotario Pastoral» («El Granito de Arena», año 1942. Páginas 50 y 142).

CAPITULO V

LO QUE PUEDE UN CURA HOY Y MAÑANA Y SIEMPRE

I

Sueños, no, realidades

Soñaba con ser un humilde cura de aldea y cuando menos lo esperaba (¡adiós sueños del Seminario!) se encuentra con una parroquia de 20.000 almas, de obreros de minas en su mayoría, pobres y desamparados.

Al derrumbarse el castillo de sus sueños

¿Qué hacer? ¿Por dónde empezar?

"*En tu nombre echaré la red*" (Lc. 5,5) dijo en su primer sermón el párroco de San Pedro, y en el nombre del Amo bendito, —aquel Corazón de Jesús de sus amores— tiró las redes al mar, y no se hizo esperar la pesca milagrosa.

Con El todo, sin El nada... Con El omnipotentes, sin El sarmientos sin jugo y sin vida arrancados de la Cepa...

Desde el primer momento de su vida parroquial él hará en las manos del Amo una entrega generosa de todo lo suyo; vivirá de fe viviendo en su amor, y esta confianza única y total en el Jesús de su Sagrario hará el milagro de la resurrección de aquellos Lázaros y la multiplicación de los panes entre sus niños hambrientos, y vendrá, vendrá el triunfo de Cristo; ¿por qué? porque él vivirá entre los suyos al estilo de Dios...

Un día él pondrá en los labios de Cristo en uno de sus más bellos libros estas palabras que eran la médula de su intensa vida interior... "*El día en que mis sacer-*

dotes fueran Evangelios vivos, andando por las calles, te aseguro que apenas quedaría ni un incrédulo, ni un hereje" (1).

Eso será él, un *Evangelio vivo* andando por aquellas callejuelas estrechas y enmarañadas de sus barrios de Huelva, siempre expansivo y alegre, sabiendo ocultar sus horas de Getsemaní y de Calvario con el villancico de su eterna sonrisa y su cara de Nochebuena...

Siempre derramando el bien sin esperar nada. ¡Con tener contento al Amo! ¿qué le importa lo demás? ¿El no repetirá mil veces que el gozo más íntimo del alma es servir a la Madre Iglesia de balde y con todo lo nuestro?

Un Evangelio vivo donde para que no faltara el *crucificado* él lo será de buena gana, clavándose cada momento en su cruz, para ser redentor de aquellas almas...

No podrá fracasar sacerdote en su cruz... Desde ella, en él y por él triunfará Cristo...

Empezó por restaurar la Capilla del Sagrario, que propiamente no era capilla, sino un altar al fondo de la nave del Evangelio, con una barandilla muy pobre que servía de comulgatorio. Separando aquel trozo del resto de la nave, hizo poner una artística verja de hierro y la formó.

Abrió en ella un hermoso ventanal, colocó un elevado zócalo de madera; la pintura sustituyó al papel encarnado de las paredes; el suelo se entarimó, colocóse delante del altar una preciosa alfombra y en lugar de la barandilla de hierro un comulgatorio tallado.

El altar y el sagrario quedaron muy bien decorados y en la hornacina de la capilla una magnífica y atrayente imagen del Amo mostraba a todos sobre el pecho desnudo el remanso divino de su Corazón.

Enfrente, fuera de la capilla, para cruzar muchas veces su mirada con El y madurar allí al sol del Sagrario sus planes de conquista, puso su confesonario.

¿Quién podrá contar las resurrecciones y las transformaciones de almas que se obraron en aquél?

Allí en el rinconcito de aquel confesonario, esperan-

(1) «El Corazón de Jesús al corazón del Sacerdote»; p. 15.

do a las almas, forzando con su heroica constancia el Corazón de Dios, todos los días le sorprendía el alba...

Mientras sus hijos dormían, y brillaban en el cielo las estrellas, a la luz de la lamparilla del Sagrario de su Parroquia, él oraba y se entregaba a un santo abandono en las manos de Dios...

"*Un cura* —nos dirá él— *sentado en su confesonario desde antes que salga el sol, dispuesto a no cansarse... no tardará mucho en ver llegar samaritanas y samaritanos que vengan a pedirle el agua que salta hasta la vida eterna*" (2).

Abiertas de par en par las puertas de la Casa de Dios antes que ninguna otra casa del pueblo, para que todo el que por allí pasara, se diera cuenta de que los brazos abiertos del Corazón de Dios allí le estaban esperando.

Y de que este fué remedio eficaz para ahuyentar la soledad de su Sagrario él mismo certificará más tarde cuando escribe, hablando de sí en tercera persona:

"*La Parroquia para la que fué nombrado, se abría de siete y media a ocho de la mañana, y* como consecuencia, *a pesar de ser muy numerosa la feligresía, no había ninguna Comunión diaria, llegando a dos o tres las personas que la recibían con alguna frecuencia. Pues este cura, con sólo la constancia de sentarse en el confesonario diariamente a las cinco y media en el invierno y a las cinco en verano y no salir de él más que para celebrar la Santa Misa o cuando se había ido el último fiel, sólo con esa constancia imitada por sus coadjutores, ha tenido el consuelo de ver que en unos dos años pasaban de* setenta *las comuniones diarias y de doscientas las de los domingos y primeros viernes de mes*" (íd).

Aunque en la Parroquia abierta estaba él desde muy temprano, decía la primera Misa a las seis y media en invierno, a las seis en verano y a las cinco y media los domingos.

Y llegó a ser tan gustoso para los fieles este culto tempranero, que era muy frecuente celebrar Misas solemnes cantadas por el pueblo y Comuniones generales de asociaciones a las seis y media de la mañana, a pesar de que, por estar la Parroquia enclavada en un "cabezo" y por

(2) «Lo que puede un Cura hoy»; 8.ª ed. p. 64.

una de sus puertas a una altura considerable sobre el suelo, con cuarenta y tres escalones de subida, resultaba siempre incómodo el acceso...

Predicando a todas horas

Había llegado a Huelva en plena Cuaresma, y aprovechando la oportunidad del tiempo litúrgico, comenzó por predicar tres días en semana, comentando la carta pastoral escrita por el Prelado.

Predicó el quinario de la Soledad y los sermones de Pasión y Semana Santa.

En seguida llegó el Mes de María y el del Sagrado Corazón y en esos cultos sencillos y fervorosos tenía diariamente junto con el ejercicio propio del mes, una breve y jugosa plática que iba formando en una sólida piedad aquel primer grupo de personas buenas que, con hambre espiritual atrasada, bendecían al Señor por el nuevo Pastor que les había enviado y acudían solícitas a recibir el alimento del alma.

Estableció la costumbre de celebrar un acto eucarístico por la tarde todos los domingos y días festivos, sin que faltara en él la predicación, además de la que ya en la Misa había tenido.

Los Primeros Viernes los dedicó al culto del Sagrado Corazón de Jesús, desde por la mañana hasta por la noche; y quiso también señalar este día para dar todos los meses retiro espiritual al grupo selecto que iba formando y, especialmente, para las socias del Apostolado de la Oración, obra a cuyo fomento y restauración en la Parroquia dedicó especial cuidado, por estar tan convencido de la eficacia de la devoción al Corazón de Jesús y de los frutos de esta Asociación bien entendida y practicada, según sus propios fines y espíritu.

Desde el primer año que estuvo en Huelva no faltó ninguno la práctica de los Ejercicios Espirituales para el grupo selecto, además de las Misiones que quiso dar para todos los feligreses.

Convencido de su afirmación de que "*es más* político *y más estratégico preocuparse primero de ganar del todo a esas almas* casi *de Cristo y que están más cerca, y ya después, de los que están más lejos*" *se dedicó a la*

tarea que él llamaba "pulimento de almas", o sea, hacer de las almas entreveradas *almas buenas, almas santas", o* —como dice en otro lugar— "*buscaba formar el primer núcleo vital*".

Así, con una intensa vida de oración, con aquel culto tempranero que ejercía una dulce violencia sobre los corazones y con una paciencia inagotable en el trato de las almas, iba el buen cura de San Pedro, bien de prisa por cierto, avanzando en su obra de reconquista.

Una muestra de este trato exquisito con aquellos feligreses del barrio, rudos y envenenados, nos ha dejado en este gracioso relato de sus primeros años, en que tan sencillamente confiesa el apuro en que le puso su falta de práctica parroquial:

El primer casamiento

Al primero o segundo día de hacerme cargo de la Parroquia, se me presenta en la sacristía un individuo mal encarado, seco de facciones, y más seco y agrio de expresión y de palabras, que me espeta el siguiente saludo:

—¿Usté *es el cura de aquí?*

—Para servir a Dios y a Vd. —responde rebosando amabilidad el preguntado—. ¿En qué puedo servirle?

—Pos *venía a que me casara* usté, *digo, a que me dijera* usté *qué papeles me hacen falta y qué me va* usté *a llevar, y si en dos o tres días podía estar todo eso* arreglao, *porque... si no me casa* usté *pronto y barato... nos vamos a lo* siví.

Un doble movimiento de pena y de indignación sugería respuestas variadas al novel cura.

¡Qué grosería! ¡cuánta ignorancia! ¡qué agresividad! ¡qué atropello a la dignidad del Sacramento y del Sacerdote!

En estas y parecidas frases se revolvía mi mente agitada en un largo minuto de respuesto en silencio, cuando de pronto sobre aquel oleaje, salta una ola más pujante que aplaca las demás. ¡Toma!, me digo a mí mismo, ¡si yo soy más ignorante que este pobre hombre...! ¡Si yo tampoco sé qué documentos necesita para casarse ni qué derechos marca el arancel parroquial, ni qué

procedimientos hay que seguir para la rápida obtención de dispensa de proclamas, ni para borrar de esa cabeza la atracción y la amenaza del matrimonio civil!...

—Bueno, bueno —respondo con el buen humor que pude recoger de las grandes reservas de que el Corazón de Jesús me regaló al nacer—, conque Vd. quiere casarse pronto y bien, ¿no es eso?

Meneo afirmativo de cabeza del prójimo dialogante.

—Pues lleva Vd. muchísima razón, sí señor, muchísima razón, y yo pondré de mi parte todo lo que pueda...; ahora, que le voy a dar un consejo para que le salga bien.

Como el Sacramento del Matrimonio es la unión de un hombre con una mujer para toda la vida, sin poderse ya separar, hay que pensarlo mucho, como que es uno de los pasos más importantes de la vida... ¡nunca se arrepentirá Vd. ni la que va a ser su mujer de haberlo pensado y de haber pedido a Dios luces!... Así es que usted va a dedicar dos días a pensar y después se viene usted por aquí, y ¡todo se arreglará!

Y con una palmadita en la espalda, empujándolo cariñosamente hacia la puerta, y un "hasta dentro de dos días, si Dios quiere", muy afectuoso, corté el camino a un "no me da la gana" que se veía venir por la mirada avinagrada del visitante.

Ni que decir tiene que me dediqué urgentemente a pedir a un capellancito corto de estudios y largo de prácticas, una clase de Teología pastoral sobre lo que hay que hacer para casarse como la Santa Madre Iglesia manda.

Y cuenta (y así termina la narración del diario), que acababa de graduarme en Derecho Canónico..." (3)

"*Uno de los síntomas de fe débil* —escribía él mismo en su "Anecdotario pastoral"— *es la aspiración de no pocos creyentes y aun practicantes, de cumplir con el precepto dominical oyendo una* Misita corta, *la más corta de toda la feligresía.*

Y ¡qué apuros pasa el pobre cura que se empeña en que no pasen por las Misas, la mayor y las rezadas, de su Parroquia los fieles sin oír la palabra de Dios!...

---

(3) «El Granito de Arena»; 1942, p. 109.

PROCEDIMIENTO

En la Misa primera que a las cinco y media de la mañana tenía en mi Parroquia de Huelva, los días festivos, puse la brevísima homilía en distintas partes de la misma; después del primer Evangelio, antes del último, después de las Avemarías. Todo tenía su pero *y dificultad, hasta que me decidí por un sistema mixto y caritativamente* agresivo, *a saber:*

1.º Nada de parte fija; unas veces al principio, otras al final de la Misa.

2.º Solía aprovechar preferentemente la última vuelta de cara al pueblo, o sea, la última bendición, que es el momento en que los y las impacientes se levantan para irse y (aquí viene lo de agresivo) *cuando veía que alguno o alguna, a pesar de mi predicación, seguía en dirección a la pila del agua bendita, les decía en el mismo tono de la plática: esperen un momento esos que están junta a la pila, que les voy a contar en qué paró tal escena, o tal milagro de Nuestro Señor Jesucristo; y, ante aquella* indirecta, *se detenían, algunos por cierto con la mano metida ya en el agua, y en esta actitud recibían la* píldora *o la lección comprimida de Evangelio que les daba.*

El resultado fué que pronto se acostumbraron a quedarse hasta el final sin impaciencia ni prisa.

Otro procedimiento *era el del día de difuntos.*

Como este es el día en que acuden a Misa más cristianos, aun los que no la oyen nunca, nos daba lástima verlos tan cerca y dejarlos pasar sin decirles una palabra buena, algo del Evangelio, de sus almas, de la otra vida, siquiera una vez al año.

A las cuatro de la mañana en que ya estaba la espaciosa iglesia llena de fieles (*más o menos* infieles), *y en que empezaba la primera Misa, ya estábamos uno de mis coadjutores o yo, rezando partes del Rosario por las ánimas benditas y metiendo en el comentario de cada misterio lo más importante del Dogma y la Moral en la forma más apropiada para aquella masa tan heterogénea atraída, más que por el culto a Dios, por el de sus muertos* (4).

---

(4) «El Granito de Arena»; 1943, p. 64.

II

¡Por el alma de los niños!

PERO en aquellos lentos atardeceres al pie de su Sagrario, en la soledad de la Parroquia, llegan a sus oídos turbándole la paz del alma, los gritos y las blasfemias de aquellos niños desharrapados, sin escuela y sin Dios...

Ayer le apedrearon cuando pasaba por el Polvorín; hoy, camino de San Pedro, lo han insultado, y uno más atrevido le ha arañado las manos con una penca espinosa que arrancó de las chumberas del valladar cercano.

Otro día —¡cómo sangraba su corazón!— un rapazuelo de aquéllos, salvaje y montaraz, sin poder sospechar siquiera toda la inmensa malicia de su sacrilegio, arrojó una piedra hacia el altar en la capilla de las Agustinas, que rebotó sobre el viril de la custodia!

¡Pobres niños envenenados!... Sus gritos y sus blasfemias le apuñalan el alma...

En aquellas horas de oración angustiosa y confiada ante su Sagrario, siempre les tenía, a aquellos rapazuelos descreídos y procaces, a flor de labios...

Hay que conquistar para Dios esos corazones que han perdido la inocencia. Hay que cultivar aquellas parcelas, las más hermosas de la viña del Señor...

A fuerza de pisotearlas con sus malos ejemplos unos y otros... ¡se han endurecido tanto!...

Labrador, ¡qué difícil será tu siembra!...

"¡Ay de las tierras contagiadas de malas semillas y plagadas de malas hierbas! ¿Quién las limpiará? ¿Quién las volverá a su estado original, a su inocencia?" (5)

Tarea difícil, pero el Amo está contigo. Manos a la obra. "*Salvemos las almas de los niños*".

El secreto de unas miradas cariñosas

El no podrá decir como el Divino Maestro: "Dejad que los niños se acerquen a mí" (Lc. 18, 16), porque los niños no se le acercan, sino que le huyen; sin saber lo que hacen, le aborrecen...

¿Dónde aprenderá el secreto de atraerlos?... ¡Donde lo aprendía él todo, al pie de su Sagrario! ¡en las páginas del Evangelio!

"*¡Cómo atraía el Maestro Jesús a las muchedumbres de los niños, que en tal cantidad y alboroto debían cercarlo y oprimirlo que llegaban a provocar las protestas y hasta la ira de sus apóstoles!*

Para mí más que la sabiduría de sus sermones y el brillo de sus milagros, lo que atraía y arrastraba a los niños en torno de Jesús eran sus miradas... Presentarse Jesús en un pueblo y verse seguido y aclamado de todos lo niños era una misma cosa. ¡Cómo miraría Jesús a los niños!..." (6)

Y en seguida aprendió el secreto de aquellas dulces miradas de Cristo.

Salió a la calle, volvieron a apedrearle y él se paró en la primera esquina, se volvió hacia la turba de golfillos astrosos que seguían con los puños cerrados apretando las últimas piedras y comenzó a mirarlos, uno a uno, sonriéndoles "*como si le cayera en gracia la faena...*"

Aquella mirada y aquella sonrisa los ha vencido... Se va acercando hacia ellos, los acaricia, ¡ya son suyos!

"*La mirada* —nos dirá él— *ha vencido a mis apedreadores que, o se han ido retirando avergonzados o se han entregado a discreción...*" (7)

---

(5) «Sembrando granitos de mostaza»; 3.ª ed. p. 14.
(6) «Cartilla del catequista cabal»; 2.ª ed. p. 31.
(7) «Cartilla del catequista cabal»; 2.ª ed. p. 32.

Para atraer a los niños, no hay más que un secreto, —escribirá más tarde—, *¡amarlos!;* y él los amaba con cariño de madre...

SE HIZO NIÑO CON LOS NIÑOS

Ya todas las tardes se saldrá a la puerta de su iglesia para jugar con sus niños, y entre un breve descanso del juego, sembrar en sus almas la semilla de Dios...

¡Qué catecismos aquellos! Los niños rezaban, se movían, dramatizaban las páginas del Evangelio, haciendo cada cual el papel que les caía en suerte, y don Manuel, con un lenguaje claro y sencillo, como un chorro de agua, iba vaciando sobre sus almas raudales de doctrina cristiana hecha vida y calor y atracción divina hacia el Amo bendito, que iba convirtiendo poco a poco aquellos lobeznos en ingenuos corderillos!

Todos terminaban a los pies del Sagrario con una jaculatoria fervorosa y una salva sonora de besos, que resbalaban sobre la puertecilla dorada de la Prisión eucarística, como una delicada canción de aquellas almas, que comenzaban a darse cuenta del tesoro de amor que se encerraba dentro.

Y a la salida, otra vez a reir y a jugar con los niños, haciéndose niño con los niños para llevarlos a Cristo...

Uno de sus antiguos alumnos escribe (8):

"Con los niños y confundido con ellos le oí muchos días cantar aquella ingenua tonadilla:

Vamos niños al Sagrario...

"Con los niños le hemos visto reir y llorar, rezar y jugar; jugar muchas veces en los porches mismos de su Parroquia a los pilares, a las prendas..."

—Pero, señor Arcipreste, ¿qué es eso? ¿No ve Vd. que los niños le van a perder el respeto?

—Don Manuel, ¡por Dios! ¿Vd. a sus años jugando con los niños?

—¿Se le ha olvidado a Vd. corriendo por estas calles, que es el señor Vicario?

Así y de mil modos con caras de extrañeza cariñosa-

(8) Notas de D. Gómez.—Huelva, 1940.

mente le amonestaban unos y otros y él siempre sabía responder con la mejor de sus sonrisas:

—*Pero, señores, ¿en qué canon se les manda a los curas el tener cara de juez?*

Ellos no le comprendían, como no comprendieron nunca los sesudos varones de Becchi o de Turín las infantiles travesuras de Don Bosco, haciendo títeres delante de los niños...

Pero estas incomprensiones no le arredraban; él seguirá año tras año en la puerta de su Parroquia o en la plaza más próxima jugando a la rueda con las primeras niñas que se le acercan, y formando batallones con los primeros niños que llegan, poniéndolos en marcha hacia el Catecismo.

"La gritería que se armaba y el espectáculo del cura marchando al paso con el batallón o dando vueltas a la rueda era de mucho más efecto que un repique general de campanas" (9).

Sí, él tenía mucha prisa por meter en el alma de los niños a Dios, antes que el diablo robándoles la inocencia se aproximara a ellos, y por eso, ¡a recoger también a los pequeñuelos y enseñarles a amar al Corazón de Jesús!

En medio de aquella turba diminuta de chiquillos de cinco a siete años y aún de menos edad, nuestro Arcipreste, alegre y juguetón más que docto catequista, parecía un complacido niñero.

Por cierto, que cuando pudo recogerlos en aquellas barracas donde luego edificó sus escuelas, cuenta uno de sus compañeros de Seminario, esta bellísima escena que presenciaron sus ojos (10):

—Pero, Manuel, es inútil querer enseñar a estos niños tan pequeños.

Esto le decía el buen sacerdote, al ver aquellos muñequillos acabando de lamer el plato de comida que les daba su "Pae Vicario" y preparándose para recibir su otra buena ración de Catecismo.

—Nada, no te hagas ilusiones. Sus madres te los mandan para quitárselos de encima... ¿qué pueden aprender con esta edad?

---

(9) «Cartilla del catequista cabal»; 2.ª ed. p. 33.

(10) D. Manuel González Macías, Canónigo. Santiago de Compostela. 1940.

—Te equivocas... espera un momento y verás cómo me entienden.

Se dirige a ellos y les pregunta:

—Niños, ¿dónde está el Corazón de Jesús?

Señalando con sus manecillas pringosas el cuadro del Corazón de Jesús que presidía la barraca, contestaron sin dejar de mordisquear el pan: ¡Ahí!

—Pues, ahora, tiradle un beso.

Los niños, apretando sus labios para que sonaran más, y arrancándose de la boca con los deditos fuertemente apretados de su mano derecha una explosión de besos, los arrojaron como un manojillo de flores, tendiendo la mano hacia el cuadro, sobre el Corazón del Amo bendito, que de seguro desde el cielo sonreía...

—*¿Ves?* —decía don Manuel, volviéndose triunfador hacia su escéptico amigo—; *ya estoy bien pagado. Por sólo este acto de amor iría con ellos hasta el fin del mundo...*"

Así eran sus Catecismos; un acercar desde el primer día el corazón del niño al Sagrario para enamorarlo de Jesús.

De El hablaba con ellos en todos los tonos y a todas las horas.

Y ¡cómo los niños entendían ese lenguaje del Sagrario, y sentían hambre de Dios! Asediaban el comulgatorio y al salir de sus escuelas comenzaba aquel desfile de pequeños visitantes que ya sentían la soledad y el desamparo de Jesús.

Podía exclamar, rebosando de gozo este "catequista cabal": "*En mi Parroquia tengo niñas de once y doce años con meditación* (*con un método especial para ellas*), *examen, lectura espiritual, comuniones espirituales frecuentes y sacramental diaria y hasta su poquito de mortificación; y todo esto perfectamente armonizado con la alegría para sus juegos infantiles y su tiempo para la escuela*" (11).

(11) «Lo que puede un Cura hoy»; 8.ª ed. p. 91.

CASOS Y COSAS DE NIÑOS

De que el Corazón de Jesús iba adueñándose de aquellas almas dan fe estas escenas de intenso fervor eucarístico:

Una tarde, un grupo de niños entraba y salía con frecuencia en la iglesia. Más que jugar parecía que estaban ganando el jubileo.

—¿Qué hacéis, chiquillos, entrando y saliendo tanto en la iglesia?

—Estamos haciéndole al Corazón de Jesús unas cuantas de visitas para que le duren toda la noche (12).

¿Habéis oído de labios de los niños frases de más delicado amor que ésas?

Oíd otro caso.

Don Manuel se pasea por el atrio de la Parroquia; dos niños de sus escuelas del Sagrado Corazón se le acercan. Ni el uno ni el otro se atreven a hablar; ¿qué traerán entre manos? Don Manuel se dirige al mayor de los dos:

—¿Qué traéis con ese aire de parlamentarios?

—Que queríamos que nos diera Vd. permiso para pasar toda la noche en el Sagrario...

—Chiquillos, ¡toda la noche!

—Sí, señor; ya tenemos permiso de nuestras madres y traemos aquí en el bolsillo pan y queso para comérnoslo antes de las doce...

Y vendrán con nosotros Fulano y Zutano... hasta nueve...

No hubo más remedio que ceder. Allí se quedaron en vela de amor junto al Sagrario de su escuela ¡toda la noche!, *y con ellos algunos de sus maestros.*

Los golfillos se iban convirtiendo en ángeles adoradores de la Eucaristía.

A mí no me lo ha dicho nadie —escribía don Manuel—; *pero se me figura que el Corazón de Jesús debió pasar una noche deliciosa entre aquellos adoradores de alpargatas, blusitas de codos rotos y corazón de oro... ¿verdad que sí?* (13)

---

(12) «Partiendo el pan a los pequeñuelos»; 6.ª ed. p. 231.
(13) «Partiendo el pan a los pequeñuelos»; 6.ª ed. p. 231.

En aquellos ratos alegres y fervorosos de catecismo aprendían a tratar al Amo bendito escondido en el Sagrario, no como a Juez severo que encoge el corazón y corta las alas del espíritu, sino como Padre cariñoso en el cual se desahoga tranquilamente el corazón del hijo.

Para hacerles sentir la divina intimidad con el Jesús callado de la Hostia, en las vísperas del día grande para su Parroquia, ¡el día del Sagrado Corazón de Jesús! ¡el Amo!, les hacía escribir a sus niños cartas de felicitación...

¡Cómo rezuman gracia de la tierra y del cielo estas cartas ingenuas de los niños de Huelva!... Déjame, lector, que te copie algunas.

"*Sagrado Corazón de Jesús*:

...*Deseo que esos niños que andan por las calles* recógelo y arlo *cristiano y esos hombres que andan blasfemando* darle *entendimiento para que comprendan también lo que le puede* pasá.—*Luis Sánchez Rojas*.

Y allá va otra graciosísima contándole al Corazón de Jesús los pequeños problemas. Porque no pierda frescura y espontaneidad hemos conservado su caprichosa ortografía.

"*Al Corazó de Jesú*

Corasonsito mío, sa ma caío un diente y dise mi momá que lo guarde mu bien porque par día der juisio mase farta y tengo que buscalo. ¿Me lo quiés guardá tú? y verás, cuando llegue er día de juisio, si er diabliyo me quié cogé, le digo yo: espérate que voi a por mi diente, y voy y cojo y mecho a correr y ¡pun!, te cojo por un pico de la capa y cualquier me desepara por ziglo de los ziglos. ¿Quiés tú? Pos tuyo que los es Juaniyo".

Flores de aquellos Catecismos

Aquellas tierras de las almas infantiles tan pisoteadas antes y tan llenas de malezas, a fuerza de aquel constante y *gracioso* laboreo llegó a cubrirse de flores.

¿Quién diría que de entre aquellos pilluelos montaraces que apedreaban al cura, saldrían en fecha no lejana maestros y sacerdotes?... Y así fué.

Y como estaba cerca la Rábida y el mar enfrente, hasta hubo entre aquellas rapazuelas, quien oyera voces lejanas y ya mujer, ¡por el Amo bendito!, misionera, y a ¡las Américas!...

"*¡De aquellos barrios misérrimos, surgieron a los pocos años ocho vocaciones religiosas y cuatro muchachos en la adolescencia morían como podrían morir los ángeles si estuvieran sujetos a la muerte!...*" (14)

¡Benditos Catecismos del Cura de San Pedro!

(14) «Partiendo el pan a los pequeñuelos»; 6.ª ed. p. 280.

III

Buscando las ovejas que están fuera del aprisco

El mandato apostólico "Id..." (Mr. 16, 15), aguijoneaba constantemente su alma sacerdotal. Había que ir a buscar las ovejas que no venían, después de tener bien atendidas a las poquitas que estaban en el aprisco... había que "salir de la sacristía y del templo".

Pero... ¿por dónde empezar?, se pregunta; y responde: "*Por lo más fácil*". Y ¿hay algo más fácil que el "*apostolado del saludo*" *o esos que un buen cura llamaba sermones de* coyuntura, *por supuesto breves, oportunos, y condimentados con algunos granitos de sal?*" (15)

Sermones de coyuntura

Apostolado fácil lo hemos llamado, pero que no dejó de costarle en muchas ocasiones vencimientos y humillaciones en "*aquella ciudad por aquel entonces agria como sus ríos mineralizados*".

Otro medio que supo utilizar para sus fines de penetración apostólica fué el de las visitas, que pueden clasificarse en tres: las eventuales que por razón de su cargo debía hacer tanto a las autoridades como a los particulares; las que como Párroco tenía obligación de practicar a las escuelas de su feligresía y las que tenían por objeto hacer el padrón parroquial.

---

(15) «Lo que puede un Cura hoy»; 8.ª ed. p. 129.

Todas ellas con celo incansable procuraba aprovecharlas para establecer contactos y aproximaciones tan necesarias, como, en no pocos casos, difíciles.

"Pueblo conozco —escribe aludiendo al que le había tocado pastorear— *en el que para hacer el padrón tiene que ir el cura a horas en que el hombre o mejor dicho,* el demonio de la casa, *esté ausente, por temor de que, o le dé con las puertas en la cara o le ponga en inminente peligro de rodar las escaleras. No es raro el caso en que las preguntas del padrón del párroco reciban por respuesta: "aquí no somos de los curas", o un seco y despreciativo, "yo no sé como me llamo".*

Dió mucha importancia desde el principio de su ministerio parroquial a la visita de enfermos y ya se sabía que al Padre Vicario (como llamaban al arcipreste en Huelva) no se le encontraría ni en la parroquia ni en su casa en las primeras horas de la tarde.

Era las que dedicaba diariamente a la visita de los enfermos, no solo a los graves de muerte sino a todos los que llevaban algún tiempo de enfermedad, sin distinguir entre ricos y pobres. ¡Cuántas ocasiones encontrará de atraer almas al Sagrado Corazón de Jesús!

"Es muy buena cátedra la cabecera de un enfermo y son muy buena recomendación la amabilidad y dulzura con que se le trate."

Pero ¡cuántas amarguras tuvo que gustar en este ministerio, tan consolador cuando se ejerce en pueblos y familias cristianas!

"Cuando consigue uno —escribe— *después de mil tretas e industrias llegar hasta ellos y hablarles de confesión, no pocas veces se hiela la sangre al oír salir de aquellos labios cárdenos ya por la agonía estas palabras: ¡No se canse Vd. yo no tengo que confesar porque no he hecho mal ninguno! o estas otras que no pocas veces he tenido la pena de oír: ¡Arrepentirme! ¿de qué? ¡De haber sido bueno! ¡Si se viviera dos veces yo le juro a Vd. que no iba a serlo tanto!...*

Y no rara vez esta palabra horrible: ¿Viene Vd. a matarme? ¡Fuera de aquí! y otras más que suponen una ausencia total de fe, de remordimiento y una insensibilidad moral que asusta" (16).

---

(16) «Lo que puede un Cura hoy»; 8.ª ed. p. 129.

Todos estos ministerios que, aunque se practican fuera de la parroquia son inherentes al cargo pastoral de un párroco, no son siempre suficientes para las necesidades de las almas y de los pueblos.

El celo de un sacerdote, en aquellas circunstancias y condiciones, no podía contentarse con esto.

LOS ÁNGELES DE LA PARROQUIA

El buen pastor no es el que se queda en el aprisco solazándose en el cariño de las ovejas fieles; sino aquel que dejando las noventa y nueve sale de noche sin temor al frío y a la ventisca al encuentro de aquella que se le perdió.

Habrá que traerla a fuerza de cariño no a golpes de cayada.

El apóstol no es el que empuja a su ganado detrás de él con perros y con gritos, sino el zagal que va delante llamando a las ovejas con silbidos y caricias...

En el mundo de las almas, como en el mundo de los astros, hay que hacer el bien no *forzando* sino *atrayendo.*

Y ¡qué hermosa atracción la de estos nuevos apóstoles que acaba de lanzar el arcipreste por las calles de Huelva!...

Son los ángeles de la parroquia, pero no invisibles sino humanos.

El nos contará cómo y para qué nacieron:

"Decía yo, siendo arcipreste de Huelva, en la plática del retiro espiritual del primer Viernes de agosto de 1911 a las Marías:

¡Qué contento estaría yo si llegara a contar en cada calle de mi parroquia con dos ángeles custodios *de carne, hueso y alma grande que* en compañía *de los ángeles invisibles de los vecinos de aquella calle tomaran a pechos el cooperar cerca de esos vecinos a la obra de los ángeles y de su cura!*

Estos ángeles de la calle, *proseguía yo, tendrían a su cuidado el velar por los enfermos de la misma calle, de cuya alma nadie se acuerda, por los pequeñuelos no bautizados por abandono de sus padres, por los niños sin escuela o en escuelas malas, por los viejecitos y donce-*

llas sin amparo, por los descuidados en el cumplimiento pascual y de los días festivos, por los aficionados a lecturas peligrosas o malas y por todo los que de alguna manera están alejados de la parroquia y de los Sacramentos.

La obra de estos ángeles de la calle *ha de ser obra de* atracción a la parroquia. *Obra de procurar el contacto entre las necesidades, tanto espirituales, como morales y materiales de la feligresía, con su Madre la parroquia y su Padre el párroco.*

Hace urgente esta obra el aislamiento cada vez mayor en que van quedando las parroquias, sobre todo las de numerosa feligresía.

Nosotros los que estamos al frente de las parroquias populosas, sabemos por triste experiencia toda la espantosa verdad de ese abismo que hay entre innumerables feligreses y su parroquia.

Yo llevo al frente de mi parroquia cerca de diez años, cruzo a pie mi feligresía en todas direcciones con bastante frecuencia, entro en donde me dejan, saludo a todo el que me mira, hablo con todo el que me encuentro, tengo en las escuelas del Sagrado Corazón cerca de mil chiquillos que se renuevan incesantemente y, predico dentro y fuera de mi parroquia y a pesar de todos estos medios de promulgación, *todavía de entre mis cerca de veinte mil feligreses tengo algunos que no saben cómo me llamo y que me preguntan por el cura de la parroquia y, sin que se tome a andaluzada, no son pocos los que se llegan a las puertas de mi casa preguntando a mi padre si él es el arcipreste de Huelva... y cuenta que entre otras* insignias *arciprestales, ostenta mi padre unos hermosísimos bigotes.*

Y es lo que me digo: si estas gentes no conocen a su cura, ¿qué interés van a tener en llamarlo a sus casas cuando estén enfermos y en asistir a las funciones y sermones de su parroquia y qué medios le quedan al párroco de enterarse de sus enfermedades y apuros?

Y así van corriendo los tiempos y los acontecimientos, dejando cada vez más solo al cura en su parroquia y cada vez más apartados de él a sus feligreses. Y esta incomunicación ¡es tan funesta!

¿Cómo salvar ese abismo entre las parroquias y sus

parroquianos? ¿Quién o qué tenderá el puente por el que el cura vaya a sus feligreses y los feligreses a su cura?

A eso va la obra de los ángeles de la calle (17).

Y organizó su coro angélico; amador él hasta la *chifladura* del Corazón de Jesús, de cuya devoción ha sido uno de los más fervorosos apóstoles en estos últimos tiempos, el programa de acción de sus ángeles no sería otro que abrasar en el fuego de aquel Divino Corazón todos los hogares de su parroquia, hasta los más fríos.

Estas fueron las instrucciones...

1.ª Que, formando pareja, fueran cada una de estas en las calles de su custodia de casa en casa y de piso en piso, invitando a sus vecinos a que entronizaran en sus hogares el Sagrado Corazón de Jesús.

2.ª Con el fin de que esta entronización fuera real y no aparente o meramente oficial, que trabajaran porque a la entronización precediera la confesión y Comunión de toda o la mayor parte de la familia.

3.ª Que para salir al encuentro de dificultades, los ángeles *se ofrecerían a tener y cuidar los niños pequeños de las madres pobres mientras iban al templo, a preparar, a los que alegaran ignorancia, el exámen de conciencia y demás disposiciones para la buena recepción de los Santos Sacramentos.*

4.ª Que el Banco del Amo *regalaría los cuadros de la entronización con marco, cristal y todo a los que no pudiesen comprarlos.*

5.ª Que se contentaran con proponer, invitar y suplicar y que evitasen a todo trance las discusiones con los vecinos visitados.

6.ª Que de camino *preguntasen con discreción sobre el bautismo de los pequeñuelos y el casamiento de los padres.*

y 7.ª Que no perdieran de vista que, sacaran o no fruto visible, siempre ganarían, *por lo menos haber dado gusto al Corazón de Jesús y cooperado con El a la salvación de las almas"* (18).

(17) «Apostolados Menudos», 1.ª serie; 3.ª ed. p. 95.
(18) «Apostolados Menudos», 1.ª serie; 3.ª ed. p. 99.

Tenía nuestro arcipreste un espíritu aventurero confiadamente decidido y animoso en sus empresas.

Lanzar por las calles de Huelva en aquellos tiempos de irreligión, de sorda lucha social, cuando la piedad no tenía este espíritu impulsivo de hoy hacia la acción, sino muy cómoda postura de rosarios y novenas no parece más que empresa de locos.

La tradicional piedad de su madre hogareña y recatada fué la primera en quedar sorprendida.

Su hija era uno de los ángeles callejeros.

—Manolo, esa niña... por esas calles...

—Mamá, no le pasa nada; ella debe ser la primera en dar ejemplo. Si ella no se lanza ¿cómo lo van a hacer las demás?...

—Pero, hijo mío, las mujeres donde han estado siempre es en sus casas y en la iglesia.

—Bien está, pero de camino que van a su casa y a la iglesia que hagan algo por las almas.

—Bueno, bueno, cuando tú lo dices tus razones tendrás, comentaba la madre cerrando los labios, pero sin acabar de convencerse de la oportunidad de aquel apostolado extraño que lanzaba a las jóvenes por esas calles de Dios.

¡Buenos están los tiempos para predicarles a aquellos descreídos!... ¿Qué irán a sacar en limpio?...

¿No llevaría razón la madre del señor arcipreste?...

Seguid leyendo:

"¡Vaya si van siendo duraderos los frutos de este nuevo apostolado angélico parroquial!

En la tierra, a pesar de todas sus malezas y espinas, de sus durezas y sus hielos, no hay semilla más fecunda que el sacrificio.

Y más fecunda cuanto esos sacrificios están más llenos de amor santo y puro del Corazón de Jesús.

Y como sacrificio, y de este bueno, bueno, es el que van sembrando estos ángeles, no hay que extrañar que el fruto se venga a las manos copioso y duradero.

Aparte del fruto interior de cada cual, que de cierto solo ve Dios y por conjeturas ya vamos viendo los demás, y aparte de las trescientas Entronizaciones *con su correlativo número de confesiones y comuniones que van ob-*

tenidas hasta la fecha, puedo anotar como fruto cierto *de la siembra de los ángeles de mi parroquia:*

1.º El número de niños bastante creciditos rezagados *que van siendo bautizados.*

2.º El aumento muy considerable, me atrevería a decir, de un ciento por ciento, de asistencia a la Misa de precepto y a los cultos de la parroquia.

Las novenas celebradas desde que está funcionando la obra de los ángeles *y entre ellas la de la Patrona, se han visto concurridas como nunca.*

3.º La frecuencia de Sacramentos de gentes que hacía veinte y más años que no los recibían.

4.º Y este es un fruto muy estimable; el apostolado que empiezan a ejercer los mismos atraídos por los ángeles *entre sus vecinos y conocidos.*

Gracias a este apostolado popular, ya se van presentando feligreses de los desconocidos, *pidiendo que se vaya a sus casas a* poner el cuadro *del Corazón de Jesús, como el que han puesto en casa de tal o cual vecino.*

y 5.º Sin pretenderlo directamente, la colocación de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en lo principal y más visible de la casa, está dando una buena batida al respeto humano y está metiendo a valientes a no pocos acobardados.

Las burlas y los ataques que de los vecinos de la cáscara amarga *reciben por haberse metido en* eso del cuadro, *quizás en algunos casos intimiden a algunos, pero se observa que en otros muchos casos, lejos de meter a lo atacados para adentro, los echan más afuera y confirman más en el buen camino empezado.*

Tengo noticias de algunas batallas caseras libradas en torno de la imagen del dulcísimo Corazón de Jesús y de no pocas victorias alcanzadas por la firmeza de fe y denodado valor de quienes hace poco no se hubieran atrevido ni a hacer la señal de la cruz en presencia de un niño.

¡Qué claro estoy viendo estos días por qué el Maestro mandaba con tanta insistencia a sus apóstoles ir "Euntes ergo docete", (Mt. 28, 19) *enseñad, pero no esperando que* vengan, *sino* yendo *a que* oigan...

Aquellos apóstoles callejeros cumplían el más hermoso programa de acción católica en aquellos turbulen-

tos años de lamentables desorientaciones y divisiones partidistas.

Eran ellos los hilos sutiles e invisibles de la red del Pescador, y Dios premiaba su afanosa tarea como en el lago de Tiberíades ¡con más de una pesca milagrosa!...

Mas no por eso el apóstol descansará en sus laureles. No puede decansar una madre mientras quede del hogar algún hijo extraviado. El irá en su búsqueda y si el hijo se determina como un pródigo a volver a la Casa de Dios él sabrá recibirlo con los brazos abiertos...

Leed esta bella anécdota...

"QUE MADRE NUESTRA ES...

"Fué una noche del mes de mayo.

Entraba yo en la sacristía de mi parroquia después de predicar una platiquita en los cultos del Mes de María, y casi a la par entra conmigo un feligrés al que conocía solo de encontrármelo por la calle, y por su familia formada por buenos cristianos.

Más que con la palabra, con sus inquietos ademanes y con la cara descompuesta me pide hablar a solas conmigo.

Nos entramos en un despachito próximo a la sacristía y apenas hubo entrado, se dirige a la puerta, echa el cerrojo y la llave y, guardándosela en el bolsillo de la chaqueta, se tira más que se sienta, sobre una silla que junto a la mesa había.

Con el codo apoyado sobre la mesa y la mano aquella tapándose la cara y con la otra revolviendo nerviosamente no sé qué objeto en el bolsillo de su chaqueta mi raro visitante, por todo saludo o exposición del objeto de su visita, me regala con un repetido rechinar de dientes, verdaderamente escalofriante.

Un tanto repuesto de mí, no sé si llamar susto o extrañeza de aquel exordio tan exabrupto,

—Serénese, —le digo— reanímese, mi buen amigo y hábleme con toda confianza, que hay Providencia en nuestro Padre Dios y corazón debajo de esta negra sotana.

—¡Imposible! ¡Imposible! —me responde después de

otro rato de música de dientes—; esto no tiene remedio, ¡esto se acabó!

—No lo crea, cuando los hombres han agotado los remedios humanos, empieza Dios... Confíe, hábleme, cuénteme sus apuros y verá como nos entendemos. Y así seguí insistiendo con toda clase de argumentos e insinuaciones cariñosas y con ratos de silencio sin obtener de respuesta más que meneos violentos de cabeza, chasquidos de los dientes, bramidos con la boca cerrada y fuertes taconazos que me daban motivos, a veces, para pensar y temer que me las había con un endemoniado, hasta que, por último, mesándose la negra barba y con voz enronquecida por la rabia, me dice:

—Sí, señor; hay una solución, una sola, ¡esta! —y, acompañando el ademán a la palabra, se resuelve a sacar la mano (que si digo la verdad, ya me tenía bastante intrigado), del bolsillo, empuñando una cajita que rápidamente abre sobre la mesa, dejando ver una pistola y una porción de cápsulas.

—En eso he empleado las últimas pesetas que me quedaban...

—¡Qué lástima de empleo! —le repliqué yo, afectando una sonrisa de serenidad ante aquella escena de tragedia—, ¿no cree Vd., amigo mío, que hubieran estado mejor empleadas en un papelón de pescado frito, unas rosquitas y unas aceitunas con que cenaran usted, su señora y sus hijos?

—¡Mi mujer, mis hijos! A eso precisamente venía a ver a usted, a que, como esta noche estoy decidido a dejar esta vida que las cesantías y las deudas me hacen imposible e insoportable, mañana fuera usted a mi casa y los preparara para recibir la noticia de mi muerte y hacer por ellos lo que pudiera. ¿Me lo promete? ¿Me lo jura usted, Sr. Vicario? Sí, sí, usted es bueno... usted lo hará... adiós... Y extiende la mano temblorosa para volver a tomar la pistola de sobre la mesa en actitud de levantarse.

—Espere, espere un poco, y déjeme responderle, y guarde esa arma en ese cajón (mientras le abría el de la mesa), que a mí me gusta hablar en paz y no bajo amenazas... Usted, usted mismo guarde eso ahí.

Aseguro que se me iba secando la lengua y me iban

faltando las palabras; se siguió un momento de silencio en el que mi atormentado interlocutor temblaba, se agitaba, tendía la mano para guardar el arma y obedecerme y la retiraba.

Yo aprovechaba el silencio para encomendar la solución con toda mi alma a la Madre Inmaculada. ¡Qué contraste entre el eco de los cantos con que las Hijas de María la honraban desde la iglesia y el respirar reseco de mi pobre visitante!

De pronto, como si en la misma puerta de mi despacho lo cantaran, se deja oír el final del tradicional estribillo del Mes de Mayo:

...Con flores a María
que Madre nuestra es.

—¿Lo oye usted? ¿Lo recuerda de cuando lo cantaba de niño? ¡Madre nuestra es! ¡Madre! ¡Madre!

Aquel hombre, por primera vez, abre los ojos, apretados hasta entonces, me mira, rompe en sollozos, se postra abrazado a mis rodillas y, cuando puede dominarse, exclama:

—Sí, lo que Ella quiera, lo que usted mande... Guarde usted eso, tírelo...

Después, un rato de rodillas el fiel y el sacerdote ante el altar de la Virgen, vacío ya el templo, un abrazo de despedida y satisfacción, y una promesa seria de volver al orden, mediante una buena confesión y comunión, y... ya, solo yo, una llamada al coadjutor para que recogiera con cuidado en el cajón de la mesa la flor *de aquel día...*" (19).

También su celo sabrá poner flores de caridad impetuosa sobre los ataúdes de sus hijos que quieren arrebatárselos aquellas asociaciones *antisacramentales* de mineros...

UNA ASOCIACIÓN DE DOLIENTES

"Cuando tomé posesión del curato de Huelva, uno de los hechos que más contristaron mi corazón fué el odio de la masa obrera contra el entierro cristiano y la sepultura eclesiástica.

---

(19) «El Granito de Arena». 1943; p. 85.

El ataque estaba perfectamente organizado (20).

Al morir un obrero, pariente, vecino o amigo del obrero asociado, una comisión *de la asociación se presentaba en la casa del muerto, proponiendo que si el entierro no llevaba curas, y se hacía en el Cementerio civil, la* sociedad *se comprometía a pagar el ataúd, regalar para los lutos cien pesetas y proporcionar un numeroso acompañamiento.*

La tentación no podía ser más halagadora y, sobre todo, para gentes de poca fe y en momentos en que se piensa tan poco; y aunque es verdad que las cien pesetas prometidas no parecían casi nunca, el ataúd y el acompañamiento de cuatrocientos o quinientos obreros, eso sí parecía.

¿El remedio? Yo no disponía de masas para duelos, ni tampoco de fondos para contrarrestar las ofertas contrarias.

La autoridad tampoco se atrevía arrostrar el conflicto.

El remedio que me sugirió la divina Providencia fué oponer a la cantidad *la* calidad.

Me explicaré.

Asistía a un moribundo o se moría algún feligrés cuya familia veía yo en peligro de caer en la tentación, y me anticipaba a los de la comisión *proponiéndoles hacer un entierro* como de pago *y llevarle un acompañamiento de* señoritos.

Desde luego contaba con la buena voluntad de quince o veinte amigos abogados, comerciantes y propietarios, que asistían al entierro hasta de chistera *y no sé si porque les moviese el buen ejemplo o porque les picara la vanidad que, aunque parezca mentira, en uno de los actos de la vida en que más asoma la cabeza es en la muerte, to cierto es que el espectácuo de aquellos entierros de desconocidos obreros o de ignoradas viejecitas y acompañados de tantos caballeros y presididos por el cura, y aquellas vueltas del Cementerio a la casa mortuoria* a dar la cabezada *y a dejar lo que se podía, produjo tan buen efecto que, al poco tiempo no era raro*

(20) Formaban una sociedad de juramentados para no recibir los últimos Sacramentos ni sepultura eclesiástica.

ver llegar a las puertas de mi casa alguna vecina entre sollozos: ¡Ay! Padre cura, venga Vd. corriendo con los señoritos *a mi casa que hay un muerto que se lo quieren llevar los* tiznaos!...” (21).

”*Uno de los más estimados empeños de aquellos mis queridos fieles, o mejor infieles, de Huelva, era la* secularización de la muerte.

Se conoce que debía ser esta la consigna preferida de la masonería por entonces, porque las asociaciones obreras y los políticos gubernamentales, desde el Gobierno civil como desde el Ayuntamiento ¡bien obedecían la consigna!

Cada muerto de la clase obrera ¡cuántas luchas y malos ratos nos proporcionaba a mis buenos coadjutores y a mí! ¡Con qué caras se presentaban en el archivo de la parroquia los dos o tres comisionados por el club, *que sustituían a los familiares del difunto, a pedir la necesaria papeleta para el Juzgado y con qué insolencia tan agresiva decían: ¡Este muerto no lleva curas y va al Cementerio civil!...*

¡Qué difícil se hacía hacer reflexiones y hasta poner buena cara a aquellos pobres diablos!... ¡Y se nos hacía tan duro dejar ir al Cementerio civil y conducidos en manifestación librepensadora de cientos de obreros, con el ataúd envuelto en la bandera roja, cadáveres de niños recién bautizados, de ancianitos y jóvenes buenos cristianos!...

En cada caso nos veíamos precisados mi coadjutor y yo a librar verdaderas batallas para defender a nuestros muertos de la profanación laica.

¿Procedimientos? Desde luego, en la casi totalidad de los casos no había que contar con el apoyo de la autoridad civil...

Unas veces rehusábamos dar a los del club *la papeleta que la ley exigía, para entregarla a la familia el de los nuestros que fuera con la Cruz parroquial a levantar el cadáver; otras veces procurábamos con habilidad averiguar la hora en que ellos citaban a sus correligionarios para el entierro y se presentaba la parroquia media hora antes con un duelo* postizo *de cuatro o cinco*

(21) «Lo que puede un Cura hoy»; 8.ª ed. p. 133.

amigos señoritos *de levita y chistera para suplir el número con la calidad y el* postín; *otras buscando relaciones e influencias de familia, patronos, amigos, etcétera; siempre, desde luego, se les hacía el entierro completamente gratuito, sin que lo pareciera y, por tanto, con su cantor, cruz alzada y su acompañamiento hasta el mismo cementerio...*

¡Qué ratos más amargos y qué apuros más difíciles nos hacían pasar los entierros laicos... los robos de muertos!

ANECDOTARIO MACABRO

Hasta esto llegaban a veces: a robarme los muertos en plena calle.

Llevaba una tarde, citaré este caso entre otros muchos, el cadáver de una buena mujer, esposa por lo visto, de uno de la sociedad.

Por el procedimiento de tomar la delantera al acompañamiento de tiznados, *(así iban todos, como recién salidos de los talleres en donde trabajaban), saqué el cadáver tranquilamente y tranquilamente cantábamos los preciosos salmos con que la Madre Iglesia acompaña a sus hijos a la tumba.*

Como la mitad del camino llevaríamos, cuando me sorprendo viendo en una de las bocacalles que daba a la recta que nos llevaba al Cementerio, el consabido y temido acompañamiento de tiznados *que con una maestría, sin duda ensayada y estudiada, se apoderan violentamente del ataúd al grito de ¡que no nos pillen! y echan a correr calle arriba hacia el Cementerio.*

¡Espectáculo macabro! Unos forajidos corriendo con un cadáver y detrás corriendo a la par de ellos, el crucero de la parroquia, los monaguillos con sus ciriales, el sochantre y el cura con sus ornamentos negros, y detrás de estos, gritando, o mejor diría, aullando, la masa de tiznados.

Cuando yo llegué al Cementerio, ví a los ladrones del cadáver abriendo a toda prisa la fosa para enterrarlo, sin duda, antes que yo llegara.

El Corazón de Jesús, a quien acudía en todos estos casos apurados, me regaló con una gran calma y una magnífica serenidad de espíritu y, despreocupado, apa-

rentemente al menos, de la gritería de ¡afuera! ¡entiérrala! ¡mala pata! y demás manifestaciones de la furia popular, con el Ritual en la mano izquierda y en la derecha el hisopo de bronce (buena arma defensiva y ofensiva por cierto), recé tranquilamente el Oficio de sepultura y eché buenos rociones de agua bendita a la muerta y a los vivos (buena falta les hacía como agua y como bendita) y cuando terminé el último "Requiescat in pace", dije serenamente a los dos sepultureros, únicos descubiertos de entre todos aquellos cientos de hombres: ¡Ahora! ¡entiérrenla!

¡Qué regreso! Como hasta las mismas puertas del Cementerio de entonces llegaba la calle, al regresar por ella, las vecinas de las casas y el chiquillerío todo, esperaban en sus puertas y en las aceras ver en qué terminaba aquella verdadera danza de la muerte y al contemplar rebujadas las sobrepellices y sotanas con las blusas y las caras mohinas de los vencidos, gritaban en son de trágala *triunfal:*

¿No queríais curas?
¡Pos *hasta la sepultura!*

De este tiempo es también esta anécdota que él titulará después en su diario: La conquista de una muerta.

"En una casa de vecinos de la misma calle en que a duras penas pude encontrar vivienda, cae gravemente enferma una ancianita. Me dí trazas para visitarla y para seguir visitándola y auxiliarla espiritual y corporalmente.

¡Qué buenas cristianas eran ella y la hija que con ella vivía y la sostenía con su modesto jornal de costurera!

Tenía un hijo obrero del puerto y de ideas avanzadísimas que apenas la visitaba. En toda la enfermedad de la madre ni una vez la visitó.

Muere la enferma santamente, haciéndome este último encargo: ¡Padre, que si se empeñan los del partido de mi pobre hijo en enterrarme como a los perros, no los deje Vd... ¡que me entierren como cristiana!... Dios se lo pagará...

Con lágrimas le contesté que muriera tranquila, que yo cumpliría su encargo.

Todavía caliente el cuerpo y mientras rezábamos por su alma, como traído por el mismo diablo, se presenta en la reducida habitación el hijo... ¡Qué facciones! ¡qué ademanes! ¡qué miradas de odio reconcentrado!

Con la gorra encasquetada hasta los ojos y sin mirarme, se acerca al cadáver de su madre y tirándole violentamente de la mano, como si tratara de llevársela, dice con voz cavernosa: Esta muerta es mía y me la llevo a donde me dé la gana, y Vd. (sin atreverse a mirarme) ya se está poniendo de patas en la calle... pero ¡ya mismo! ¡ya!...

La hija y dos o tres vecinas compasivas, que lloraban, nos miran aterradas, sin osar decir una palabra.

Las palabras de la moribunda constituyéndome defensor de su debilidad y de su fe y la procacidad del hijo inhumano me enardecieron, y con enérgica serenidad le dije: ¿Y Vd. quién es? ¿se puede saber?

—¿Yo, yo? Quién a Vd. no le importa... Yo mando aquí, porque soy el hijo de esta mujer y Vd. no es nadie y se va ahora mismo, y si no...

—¡Qué va Vd. a ser el hijo de esta santa mujer!—respondí yo afectando desprecio de su aire de matón.

Si Vd. fuera hijo, no se hubiera visto obligado el cura a dar alimentos y medicinas a la pobre enferma e impedir que pasara hambre... ¿Vd. hijo? ¿y no tiene una lágrima para ese cadáver? ¡Una fiera sin entrañas, eso es Vd!

El desgraciado me respondía rechinando los dientes, como un condenado, y repitiéndome: —¡Que se vaya usted de aquí ¡y esta muerta me la llevo yo al Cementerio civí *con* toa *mi gente.*

—Esta muerta irá a donde ella ha pedido ir y yo le he prometido: al Cementerio de los católicos, como ella lo era.

Como la cosa se presentaba un poco trágica, acudo al Gobernador, le cuento el caso y, como buen Poncio liberal, me responde: —Usted lleva toda la razón y le asiste la ley ¡pero... yo tengo el deber de velar por el orden público y, si defiendo el derecho de Vd. me enfrento con la masa *y ¡un conflicto!*

No sé cuantas cosas dije para demostrar a aquel señor que el dar razón a los que gritan y amenazan y piso-

tean el derecho no es gobernar, sino cobardía y desgobierno; ¡en balde! a todo me decía que sí, pero que el orden público y que la masa...

Terminé diciéndole con toda la gallardía de mis veintiocho años:

—Le hago saber, Sr. Gobernador que, si oye decir que han enterrado esta tarde un cadáver en el Cementerio civil, esté cierto de que han pasado por encima de otro cadáver, el del cura que le está ahora hablando. ¡Adiós!

Aviso a los funerarios para que llevaran el ataúd, y a mis amigos los buenísimos señoritos *que formaban la* sociedad de enterradores, *tres abogados y un ingeniero, para que con chistera y levita acudieran aquella tarde al* servicio *que teníamos media hora antes de la salida de los obreros, y vuelvo a la casa mortuoria a empezar la función de la tarde.*

Habían vestido a la muerta con su mejor saya, y sobre una manta tendida en el suelo la habían colocado, porque el diablo del hijo, que seguía allí sentado con la cabeza entre las manos crispadas, como un buitre acechando la carne muerta, no había permitido que se metiera en el ataúd que yo mandé, al que había arrancado la cruz y echado y guardado la llave para que no se pudieran llevar el cadáver hasta que él quisiera.

Persuadido de que por las buenas ya no se adelantaba nada con aquel monstruo y que lo que pretendía era dar tiempo a que viniera su gente, le pregunto por la llave del ataúd. —¡No me da la gana!

No describiré la escena por lo macabra y sí solo que tuve que acudir a la violencia sujetando con mi mano derecha y la rodilla las dos suyas y sus piernas y registrándole con la izquierda todos los bolsillos hasta que dí con la llave en un repliegue del cinturón.

A toda prisa aviso a la parroquia y a mis señoritos *que esperaban en mi casa; colocamos con toda veneración el cadáver en la caja y sobre la cubierta coloqué mi rosario para que llevara signo de cristiano, y... —¿Fulano de tal?—pregunta desde la puerta un policía.*

—¿Qué pasa? yo soy—dice el desdichado que aún se retorcía de rabia en un rincón de la sala.

—Véngase conmigo que lo llama el Sr. Gobernador...

Un grito blasfemo y un crujir de dientes y desapareció.

En santa paz hicimos el entierro, con todas las de la ley, de la buena ancianita y, cuando regresábamos a la casa mortuoria a dar la cabezada *según la costumbre, mis cuatro* señoritos, *algún que otro vecino y yo, nos encontramos con toda la masa de los* tiznados *esperando el entierro.*

Tranquilamente nos colocamos en el zaguán, rezamos el Padrenuestro de costumbre por la difunta y, quedándome yo de cabecera de duelo, comienzan a desfilar los pocos que conmigo venían y ¡oh asombro! también la muchedumbre de los pobres obreros en perfecto orden y respeto.

La presente historia no termina aquí; tiene una conclusión muy bonita.

A los dos o tres meses de lo narrado, me avisan los monaguillos y algunos amigos, que el tío *aquel que quería enterrar a su madre como a un perro andaba dando vueltas alrededor de la parroquia y de mi casa.*

Un poco, en verdad, me puso en cuidado la noticia; ¿de qué no sería capaz el que tan mal se portó con su propia madre?

Una tarde entre dos luces, cerca ya de mi casa, se me presenta de improviso el amigo... *Su cara de odio feroz se había cambiado en cara extenuada de hambre.*

—¿Me deja Vd. hablarle una palabra?

—Sí, hombre, y veinte y las que Vd. quiera decirme.

—Es que yo, yo, vamos, que yo he sido un sinvergüenza y un mal hijo, y Vd. tiene razón para escupirme a la cara.

—No, no, yo no escupo a nadie, que eso es cosa de judíos y, si Vd. está arrepentido, Dios lo perdona y yo también.

—Es que los compañeros lo vuelven a uno loco... y yo, vamos que... como un loco me porté... Después me echaron del trabajo y no encuentro un pedazo de pan para mi mujer y mis hijos y... aunque no lo merezco, le pido por la memoria de aquella santa mujer que me perdone y me busque en dónde ganar un pedazo de pan...

Y lloraba.

¡Bendita venganza *de la buena madre desde el cielo!, me decía a mí mismo emocionado; y respondí a aquel pródigo como tenía que responder un padre de almas ¡vengándome! también a lo padre cristiano!*" (22).

Sublime venganza aquella que aconseja San Pablo: "No quieras ser vencido por el mal, sino vence al mal con el bien." (Rom. 12, 21).

Con un diluvio de amor iba el Arcipreste venciendo al mal...

---

(22) «El Granito de Arena»; 1943; pgs. 128 y 148.
La cuestión de los entierros hubo de ser objeto de resolusión ministerial a favor de los derechos de la Iglesia en Huelva. («El Granito de Arena»; 5 agosto, 1909; p. 5.)

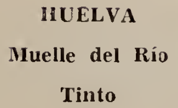




Don Manuel a los 24 añ



Fachada posterior de la Parroquia de San Pedro



HUELVA

Muelle del Río Tinto



Don Manuel Siurot



magen del «Amo» que presidía
la fachada de las Escuelas





Fachada de
las Escuelas
del Sagrado
Corazón

CAPITULO VI

PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS

1.º.—*¿Cura o maestro?—¡Las dos cosas!*
Historia de una pedrada.
El Banco de la Providencia.
Unas escuelas, «que chorrean almíbar».
La fiesta de la inauguración.

2.º.—*Ya tienen escuelas sus niños.*
El primer día de clase.
Una dificultad.
La obra de las vocaciones.
El Patronato de Aprendices.
La Granja Agrícola.
Las bandas de música.

3.º.—*Descubriendo a D. Manuel Siurot.*
Su encuentro con Siurot.
Un viaje a Granada y un sobre cerrado.
Bendición de las escuelas y apertura del sobre.
La cosecha de aquella siembra.

I

¿Cura o maestro? — ¡Las dos cosas!

Don Manuel no está solo. Dios ha puesto a su lado a un gran corazón sacerdotal donde encuentran eco todos sus afanes apostólicos y colaboración decidida y entusiasta todas sus empresas pastorales. No podemos seguir adelante sin mencionarle: D. Manuel González Serna (1).

Iguales en sus nombres y en sus anhelos, toda la vida aquellos dos corazones latieron al unísono tras de un mismo divino ideal.

Los dos sevillanos, los dos llenos de juventud y de celo, los dos puestos por la Providencia en una misma obra de recristianización de aquellas almas de Huelva.

Al mismo tiempo que a nuestro biografiado se le nombra arcipreste de Huelva a él se le confiere el cargo de segundo cura de la iglesia de San Pedro...

¡Qué buenos regalos hace el Señor a los suyos!

Identificado con su rector, ardiendo en sus mismas ansias, inflamado en su mismo espíritu va siguiendo sus

---

(1) Nació este preclaro sacerdote en Sevilla, en mayo de 1880. Cursó el bachillerato en el Instituto, obteniendo el título a los 15 años. Pasó a la Universidad, donde estudió la casi totalidad de la carrera de Filosofía y Letras. Sintiéndose con vocación eclesiástica, pasó al Seminario Pontificio y fué ordenado de Sacerdote, celebrando su primera Misa a los 22 años el 12 de octubre de 1902.

Ofreció heroicamente su vida al Señor, siendo Cura Arcipreste de Constantina (Sevilla), donde fué asesinado por los rojos dentro de su misma iglesia en 1936, después de horribles sufrimientos, el 23 de julio.

huellas sin cansancio, infatigable jornalero de la Viña del Padre Celestial.

La visita a los enfermos, la catequesis por los barrios, la prensa, la adoración nocturna, le ocuparán las horas de aquel sacerdocio fecundo, al lado de su arcipreste, contagiado desde el primer momento por aquel mismo cariño hasta la locura por el Amo bendito del Sagrario...

Para El fué su juventud apostólica y para El la sangre de sus venas, muriendo un día asesinado en su propia iglesia...

Historia de una pedrada...

Conducía D. Manuel González Serna una tarde del mes de marzo de 1906 al Santísimo Sacramento por la calle de Enmedio del barrio de San Francisco.

Acaban de salir de una escuela los niños y es tal el alboroto de la chiquillería que el buen sacerdote, parando la comitiva, se vuelve hacia ellos, insistiéndoles que se pongan de rodillas, porque pasa el Señor.

Con un descaro impropio de la edad, ríen a carcajadas, le increpan con burlas y denuestos: ¡Cuervo! ¡Cuervo! ¡Mala pata! ¡Mala pata!

Y comienza la desbandada: una turba de chiquillos corriendo de acá para allá, sin el menor respeto al Santísimo, y sin impresionarles nada aquella fila de devotos acompañantes con sus velas encendidas...

Pero no paró aquí todo, en aquel momento uno de ellos desde el interior de la escuela, instigado por su maestro, arroja con violencia una piedra que le da en la cabeza a D. Manuel hiriéndolo...

A la entrada de aquella escuela se leía esta inscripción: Escuela laica.

Aquella noche se encontraron junto al Sagrario los dos curas de San Pedro (2).

Aquello fué un aguijón más para su celo. Era una necesidad urgente, inaplazable la educación cristiana de los niños en escuelas netamente católicas; era, en frase del arcipreste, "una necesidad muy grande y muy triste".

---

(2) Así lo cuenta Monge y Bernal en «Siurot», pág. 66.—Cerón, Cádiz, 1942.

"Había, —escribe este—, en el mismo barrio donde se han hecho nuestras escuelas, unas protestantes de niños y niñas (más de doscientos) y otras laicas de niños, con buen número. Unos quinientos niños en escuelas enemigas de Jesucristo y de la Virgen.

Para contrarrestar esa enseñanza se contaba con la *enorme* cantidad de CUATRO escuelas municipales; para una población de ¡treinta mil almas!

El espectáculo de centenares de niños arrojados al arroyo, porque no había escuelas de balde para ellos, o enseñados en escuelas enemigas de Dios y de la Virgen *nos echó a la calle* a hacer unas escuelas muy grandes, muy buenas, muy cristianas y absolutamente *de balde* para los niños pobres" (3).

El modo para comenzar la obra, lo trazó la divina Providencia, como iremos viendo.

Era el 20 de enero de 1906, fiesta del Patrono de Huelva, San Sebastián.

Llegado a la ciudad en marzo del año anterior, era la primera vez que asistía el Arcipreste a la procesión del Santo, que se celebraba de noche, saliendo desde la ermita donde se veneraba la imagen hasta la parroquia de San Pedro.

Eran los habitantes del barrio de la ermita, por aquel entonces, gente inculta y grosera, que aclamaba el paso del Santo con expresiones irreverentes y ofensivas, demostrando el estado de irreligión en que se hallaban.

Apenadísimo D. Manuel ante aquel espectáculo iba en la procesión lamentando interiormente la miseria moral de aquellas pobres almas, cuando de pronto brilló en su mente la idea clara, luminosa, concreta; al mismo tiempo que sentía una fuerza impulsora y decisiva: ¡hay que hacer enseguida unas escuelas católicas para los niños pobres!

Era una fuerte persuasión de que Dios lo quería y de que El daría los medios necesarios, algo así, según él mismo refería, como un *empujón* del AMO que le decía: ¡Anda ya! Fué tan vivo ese impulso que nunca se le olvidó, y todos los años, al llegar el día de San Sebastián, no podía menos de recordarlo.

---

(3) «Lo que puede un Cura hoy».

Desde aquel momento la idea le absorbió por completo.

El Catecismo Parroquial y sus visitas a las escuelas del Estado no bastaban; había que abordar el problema en su totalidad y atacar al mal en su raíz.

Después de tratar el asunto con el Amo en muchos ratos de Sagrario durante dos meses largos y consultar con su Sr. Arzobispo (3), tenía ya madurado el proyecto.

Convocó para el día 2 de abril la "primera reunión de *accionistas*", como él les llama jocosamente, comenzando la junta de aquellos respetables señores en el archivo de su parroquia y terminando en la capilla del Sagrario para dar gracias al Sagrado Corazón por las 5.500 ptas. reunidas en aquella misma junta.

Muy cerca del lugar donde se hallaba la escuela laica a que se alude antes había una iglesia, que solo se utilizaba para la Misa dominical.

Dicha iglesia, llamada de San Francisco, tenía varias capillas, en estado ruinoso. El proyecto de Don Manuel consistió, al principio, de acuerdo con el Prelado, en restaurar aquella iglesia, poner el Reservado y abrirla al culto, prescindiendo de aquellas capillas, en cuyos solares una vez derribadas, podrían edificarse las escuelas, o por lo menos, empezar por ahí...

En efecto, el 2 de mayo de 1906 comenzaron, de acuerdo con este plan, las obras de restauración de la iglesia y el 17 de noviembre del mismo año se bendijo y se trasladó a ella solemnemente el Santísimo desde la parroquia de San Pedro. Precedieron a esta bendición unos días misionales, por dos Padres de la Compañía de Jesús, en la iglesia restaurada, que terminaron con cuatro mil comuniones, número verdaderamente sorprendente en aquel tiempo y en aquel ambiente.

Es de notar un caso curioso. El primer presupuesto de las obras para edificar las escuelas en el sitio que

(3) Era entonces Arzobispo de Sevilla el Excmo. y Reverendísimo Sr. D. Enrique Almaraz y Santos, que de la diócesis de Palencia fué trasladado a la hispalense, haciendo su entrada el 15 de octubre de 1907. Como su antecesor, el Vble. Cardenal Spínola, distinguió siempre a D. Manuel con su más paternal afecto y confianza.

ocupaban las capillas ruinosas, ascendía a doce mil pesetas.

Pero... ¿cómo no hacer un buen patio?

¡Ah, si se pudiera comprar aquella casita que está junto a la iglesia!...

Pues hay que intentarlo con el favor de Dios: El dará.

Y la casita se compró. Pero es que no bastaba. Hacía falta más sitio para las clases y estorbaba la otra casita de más allá...

¡Adelante! y el Corazón de Jesús dará lo necesario. Y se compró también la segunda casa.

El Amo iba moviendo los corazones y las limosnas iban llegando. El señor arcipreste, convencido de que "es mejor esperar andando" y seguro de que la divina Providencia no faltaría, mandó se empezase a mediados de julio de 1907, el derribo de las casas y de las capillas que tenía la iglesia, antes de ser restaurada, sobre cuyo solar se comenzó la construcción de las escuelas el 2 de agosto, primer viernes de mes.

He aquí cómo D. Manuel hace en resumen la historia de la obra de las escuelas.

El Banco de la Providencia

Capital inicial para la obra: *cero en metálico;* en fe, confianza en el Sagrado Corazón y amor a los niños abandonados, *millones.*

No faltaba más que una *conversión de valores*: cambiar la fe, la confianza y el amor en pesetas, y la obra estaba hecha.

Y se hizo la *conversión* y hubo pesetas.

¿Los medios? —Han sido varios: 1.º La limosna pedida de palabra y por escrito, en español, francés, portugués, inglés y en todos los idiomas conocidos.

2.º La *suscripción* por medio de *coros,* formado cada uno por doce personas que se comprometían a dar diez céntimos semanales por un año.

3.º La venta de dulces, prendas, retratos, perfumería, aceitunas, estampas, encajes, etc., elaborados por señoras y señoritas que quieren mucho al Sagrado Corazón.

4.º *Rifas* particulares de cuadros, mantones, placas, etc.

5.º Las suscripciones a "El Granito de Arena" que, a pesar de ser tan chico, ya ha dado bastantes pesetas a las escuelas y espera darle más.

6.º Y sobre todo, muchas oraciones, comuniones y sacrificios.

Nota importante: No ha habido *fiestas de caridad.*"

El mismo arcipreste, aun arrostrando humillaciones y repulsas, pidió de casa en casa por toda Huelva limosnas para las escuelas, ayudado por aquel grupo de incondicionales a los que había logrado *chiflar,* como él decía, por el Corazón de Jesús.

Su esforzado celo supo emplear todos los medios a su alcance, sin arredrarse por dificultades, para interesar al mayor número de personas y crear ambiente en favor de las escuelas, bendiciendo el Señor sus trabajos y propagandas.

Unas escuelas que chorrean almíbar

Si la petición de limosnas daba lugar en ocasiones a no pocos sacrificios y sonrojos, la "*Confitería* del Corazón de Jesús" en que también se trabajaba con verdadera abnegación de tiempo y de fuerzas físicas, daba lugar a escenas muy simpáticas.

En la acogedora casa de alguna *veterana* del grupo piadoso de la parroquia, se reunían alegres y unidas por el afán de trabajar por las escuelas del Amo las *confiteras* improvisadas que, pertrechadas de los utensilios necesarios, preparaban exquisitos alfajores, "suspiros", tortas, bizcochos, yemas, "lágrimas de San Pedro" y todas las golosinas y refrescos que cada cual sabía hacer, mientras otras los empapelaban en blancos cartuchos y envolturas.

Grandes canastas aguardaban con limpísimos paños, donde todo quedaba primorosamente colocado, cuando aparecía la *señá* Pepa muy repeinada, con sus brazos en jarra dispuesta a cargar con las cestas y vender cuanto antes la mercancía, mientras por otro lado hacía otro tanto Miguel, el viejo sacristán de la parroquia de San

Pedro, sin que se le olvidara calarse su inseparable "bombín"...

¡Cuántas veces solía decir D. Manuel: "Si se estrujaran las paredes de la escuela *chorrearían almíbar*"! (4).

La propaganda en favor de estas se hizo fuera de Huelva no sólo por la revista "El Granito de Arena", que al inaugurarse aquellas primeras escuelas hacía solo dos meses que había nacido, sino también por los viajes del arcipreste.

Recordando esta temporada contaba humorísticamente D. Manuel su viaje a Jerez de la Frontera. "Los Sres. de Domecq pusieron a mi disposición un landó de dos caballos, dando al cochero el encargo de que se parase a la puerta de varios señores ricos que podían ayudar bien a la Obra... Y... ¡qué husmo tienen los perros para darse cuenta de quiénes son los que van a pedir a las casas! ¡todos los perros me ladraban! ¡Como que dentro de aquel coche tan elegante iba un pobre *sablista*!"

Sin embargo, la táctica de pedir directamente para sus obras la sustituyó muy pronto por la de contentarse con exponer en general las necesidades, sin dirigirse personalmente a nadie.

Hablando de esta propaganda, contaba cómo sintiéndose inclinado a no pedir ya más directamente, quiso hacer una prueba, y pensó en uno de sus viajes dirigirse a los dos señores más ricos de la población; si después de exponerles sus proyectos y solicitar su ayuda le daban una exigua cantidad, ya no pedía más; pero si le daban una buena limosna seguiría pidiendo.

"Fuí (dice bromeando) y después de echarles un discurso que *valía cada uno dos mil pesetas*, me dieron cincuenta; ya desde entonces pensé no pedir a nadie más, directamente, sino al Corazón de Jesús, contentándome solo con exponer las necesidades."

---

(4) Una simpática feligresía, con dos sobrinas suyas, pusieron un taller de caridad para hacer ropas que vendían luego a los comercios, quedando las ganancias para las obras de las escuelas. Asimismo preparaban aceitunas y las vendían. Llegaron hasta a elaborar un Ron-quina muy bien presentado y precintado con su correspondiente etiqueta.

Siguió esta norma en adelante para todas sus obras.

En sus viajes de propaganda, daba conferencias, y después de agradecer los aplausos, solía decir: "Yo no pido nada para mí, ni quiero nada, no tengo casa propia sino alquilada, pero si me queréis dar algo para las obras del Amo, para mis niños pobres, para las escuelas gratuitas del Sagrado Corazón que se sostienen solo de caridad, El os lo pagará y yo y mis niños pobres os lo agradeceremos mucho y pagaremos con nuestras oraciones."

Y tomando su sombrero, iba por las filas recogiendo en él las limosnas que le echaban.

Dos años habían transcurrido desde aquel día de San Sebastián de 1906 hasta el día de la conversión de San Pablo, 25 de enero de 1908 en que D. Manuel y sus colaboradores tuvieron el grandísimo gozo de ver las escuelas terminadas y bendecidas por el Excmo. y Reverendísimo Sr. Arzobispo de Sevilla, D. Enrique Almaraz y Santos.

He aquí cómo D. Manuel anunciaba en "El Granito de Arena" el acontecimiento.

La fiesta de la inauguración

"Gracias al Sagrado Corazón, nuestro Amo y Señor, pronto van a ser una hermosa realidad los sueños durante mucho tiempo acariciados.

¡Una escuela católica muy grande y completamente gratuita!

¡Una escuela para enseñar a quinientos niños pobres a ser hombres y a ser cristianos!

¡Pero hacía falta tanto dinero y éramos tan pobres!...

El cuadro, sin embargo, de tantos niños abandonados al arroyo, o en escuelas sin Dios, y la firme persuasión de que el Corazón de Jesús tenia concedida *audiencia de misericordia* a Huelva, nos hizo comprender que había sonado la hora de hacer una locura por amor de Dios.

Y la *locura* de reunir sesenta, setenta, ochenta, no sabemos ya, miles de pesetas, se ha realizado y se está realizando.

Y ha habido sacerdotes que han ido pidiendo de pueblo en pueblo limosna para las escuelas católicas de

Huelva y caballeros que se han quitado muchas veces el sombrero y alargado la mano diciendo de puerta en puerta: Una limosna por amor de Dios...; y ha habido señoritas que se han impuesto privaciones y han hecho dulces, prendas y hasta aliñado aceitunas para las escuelas, y ha habido costureras, sirvientas, y señoras, benditas sean, que han dedicado sus ratos libres a hacer suscripciones de a *perra gorda* entre conocidos y desconocidos para los niños pobres, y ha habido la mar de oraciones, sacrificios, y heroísmos dentro y fuera de Huelva, que han dado por resultado unas escuelas muy grandes, muy alegres, con seis clases para distribuir en seis grados la enseñanza, muy espaciosas y ventiladas; un patio de unos cuatrocientos metros cuadrados; en el suelo y en las paredes trazadas las figuras y mapas para *sensibilizar* todas las asignaturas según el sistema de Don Andrés Manjón...; en el suelo del patio dos acabadísimos mapas, en cemento, de alto relieve, de España y Huelva; agua abundante, para lavabos; una azotea de unos doscientos metros cuadrados y toda la escuela adosada y como a la sombra de la espaciosa iglesia de San Francisco, con unas puertas muy anchas, y coronando la iglesia y escuela una imagen muy hermosa del Corazón de Jesús, con sus brazos muy abiertos, muy abiertos para que dentro de ellos quepan los niños todos, los hombres, los viejos, Huelva entera... y con sus ojos señalando al pecho en ademán de decir: *Aquí hay sitio para todos...*" (5).

"¡Bendito, bendito mil veces el amor que ha inspirado tantas *locuras* en provecho de los niños pobres!

¡Y benditos de Dios sean también esos chiflados por Cristo que no paran hasta que lo vean reinar en todos los corazones de Huelva!"

Llegó la ansiada hora de la inauguración. Ya estaba en Huelva el Arzobispo de Sevilla que había de celebrar la solemne Misa pontifical y bendecir las escuelas. El primer acto del día fué la Misa de Comunión que celebró Don Manuel en la iglesia de San Francisco.

---

(5) Esa hermosa imagen fué destruída por los rojos en 1936. Era cosa notable que la sombra de aquella venía a caer sobre el patio de las escuelas laicas de enfrente, que a poco desaparecieron.

Como eran muchos los que iban a comulgar "y era el día que era, —según dice la crónica de la revista— el Arcipreste dió rienda suelta a su entusiasmo y nos preparó a comulgar haciéndonos llorar de gratitud al Sagrado Corazón de Jesús que nos dejaba ver este día, y comprometiéndonos delante del Copón a hacer una *locura o muchas*, si fueren precisas, para recibir la primera comunión en la iglesia *que hay que construir* en el apartado barrio del Polvorín.

Las lágrimas que todos derramaban eran indicio seguro de que por todos se decía que *sí*, y si no nos *enteramos mal*, por *dentro del Sagrario* respondieron con otro *sí* muy sonoro y solemne..."

Es decir, que antes de acabar de inaugurar aquellas escuelas, ya estaba el Arcipreste soñando en otras.

Y sin salir de la iglesia, una vez terminada la Misa, la mayor parte de los comulgantes, por no *perder sitio*, y con la multitud de personas que entró para asistir a la solemne Misa pontifical, quedó lleno literalmente el templo.

El Prelado, recibido por el clero, autoridades y comisiones subió al altar mayor, asistido por el señor arcipreste, rector de los Agustinos, párrocos de la ciudad y de los pueblos circunvecinos...

El Sr. Arzobispo, que tan gustosamente había ido a bendecir esta obra y gozarse en todas las que tenía emprendidas en Huelva D. Manuel para la recristianización de aquella porción de su grey, quedó gratamente sorprendido al oír cómo todo el pueblo cantaba la Misa gregoriana de Angelis.

Después del Evangelio, el Prelado hizo una hermosísima homilía comentando el texto de San Pablo: "Apparuit enim gratia Dei salvatoris nostri... erudiens nos..." (Tit. 2, 11.) Sí, también había aparecido la gracia de nuestro Divino Salvador en aquellas escuelas para enseñar a las almas, a los niños pobres de Huelva...

Dió al final la bendición papal y procedió a la bendición de las escuelas.

Empresa difícil era atravesar el patio y penetrar en las clases por lo compacto de la muchedumbre que lo invadía todo; como se pudo, fué entrando el Sr. Arzobispo para bendecir el edificio.

En el más amplio de los salones se habían improvisado unas mesas en torno de las cuales estaban sentados unos quinientos niños y niñas que de este modo iban a celebrar la fiesta. El Prelado bendijo la comida, recibiendo una salva de aplausos y vivas de los pequeños comensales, que fueron servidos por un grupo de señoritas y caballeros de la ciudad.

De todos los labios salían bendiciones para el Sagrado Corazón y las almas buenas que en tan poco tiempo habían hecho aquellas escuelas tan hermosas; y fácil es suponer las frases de gratitud hacia el Arcipreste, cuando él mismo escribió después de aquellos días que, "para responder a ciertos elogios poniendo las cosas en su punto, declaraba que el verdadero *autor* de la idea y de la obra había sido el Corazón de Jesús; y la *abnegación* de los *chiflados y chifladas de Huelva,* el *ejecutor* de esta obra tan deseada y trabajada."

Sin embargo, aunque él tratara de ocultarse no se podía negar, como afirma uno de sus coadjutores, que, después de Dios, aquello se debía al ardiente celo, entusiasmo, confianza, fortaleza y constancia del arcipreste, que había despertado el interés por las escuelas en tan varios sectores.

II

Ya tienen escuelas sus niños

Lo cuenta el mismo D. Manuel: *A medida que se acercaba el día, sentíamos los que tanto habíamos soñado ver centenares de niños en escuelas nuestras, una emoción mezcla de alegría y temor...*

Dieron las nueve de la mañana del día 1.º de febrero y se abrieron de par en par las puertas y más de trescientos niños invadieron el patio, y como quien entra en casa propia y de antiguo conocida, se pusieron a jugar, sin extrañar a nadie ni nada; ¡hermoso privilegio de las obras de la caridad!

Y llegó el instante deseado y tantas veces imaginado ¡la primera clase! ¿Cómo había de empezar? Como había empezado la obra: en el Sagrario y ante la imagen del Sagrado Corazón.

Así se hizo; formados los niños con el orden que podía esperarse de aquellos elementos tan heterogéneos, fueron llevados a la iglesia por los maestros, y de rodillas ante el Tabernáculo, rezaron y repitieron las preces que iba recitando el Arcipreste, oraciones que al ser balbuceadas por aquellos niños descalcitos, muchos de los cuales no habían pronunciado el santo nombre de Dios, tenían un acento tan grato y de efecto tal que casi, casi sin sentir hacían saltar las lágrimas.

Y después de recibir la bendición que desde el mismo altar les dió el Sr. Arcipreste, ¡a dar clase in nomine Domini!

"Y ¿con qué van Vds. a sostener esas escuelas? Porque necesitarán costear seis u ocho maestros y el abundante material que una escuela tan numerosa exige; y ¿cómo siendo escuelas completamente gratuítas van ustedes a cubrir un presupuesto de 10.000 pesetas anuales?

A esa dificultad que parece grande, responderemos lo que a una pregunta parecida sobre el porvenir de sus escuelas nos respondía el Vrdo. D. Andrés Manjón: "Mientras en nuestras escuelas se enseñe bien y de balde y se recen Ave Marías, no faltará el dinero."

Nosotros procuraremos salvar aquella dificultad, aplicándonos *el* cuento. "Es infinitamente rica, *escribe el mismo D. Andrés,* la institución *que sirve a Dios y a los hombres de balde.*"

Así respondía la confianza del Arcipreste en el Corazón de Jesús; estaba seguro de que El que había dado tan providencialmente las setenta y seis mil pesetas del coste de la obra, que con el valor de lo cedido por el Arzobispado ascendía a cien mil pesetas, daría para pagar el déficit de siete mil que aun quedaba y lo necesario para su sostenimiento (6).

"*Lo cierto es* —escribía D. Manuel a los dos años de la inauguración— *que la escuela se acabó, que lleva más de dos años de vida pagando ocho maestros, material, reparaciones; que se le han unido después algunas otras cosas de valor... y que, sin tomar un céntimo de los niños, todo lo va pagando y no deja de derramar a manos llenas los beneficios de una educación cristiana, sólida, acabada y perfeccionada con todos los adelantos que en la escuela de más fuste se enseña.*

¿Hay o no motivos para alabar al Sagrado Corazón de Jesús?" (7).

Esas "otras cosas de valor" que se unieron a la obra educadora de las escuelas o que fueron su complemento y fruto eran entre otras, la Escuela de Aprendices, la

(6) Los datos sobre la fundación de las escuelas están tomados de «El Granito de Arena», donde el mismo Don Manuel escribía sobre ellas en los números del 8 de enero y del 5 de febrero de 1908. Véase también «Lo que puede un Cura hoy», 8.ª edición, p. 155.

(7) «Lo que puede un Cura hoy», 8.ª ed., p. 161.

Obra de las Vocaciones, La Granja escolar, las bandas de música de la escuela...

El celo que ardía en aquel corazón apostólico nunca se hallaba satisfecho.

La obra de las vocaciones

¡Obtener Sacerdotes de entre los niños de sus escuelas, era su mayor ilusión! Al describir esta obra, decía D. Manuel: "*En una Escuela a la que asisten cuatrocientos niños por término medio, tiene que haber niños muy listos y muy buenos, regulares o del montón, y malos, muy malos.*

Y se pregunta uno en presencia de esos chiquillos de mirada inteligente, de corazón bien inclinado, con una prodigiosa virtud asimilativa de todas las enseñanzas de la escuela, cariñosos, agradecidos, y por otra parte pobremente vestidos, como pueden vestir los hijos de un obrero que gana escaso jornal; se pregunta uno, repito, en presencia de esos niños: ¿no serían estos niños alguna cosa?... *Si pudieran ser sacerdotes o maestros, o las dos cosas a la vez, ¡qué bien para ellos, y para sus paisanos, y qué alegría para la escuela!*

...Y se observa, y se indaga y se prueba, y efectivamente, allí hay sujetos *de los que se puede sacar algo y aún algos.*

Esto quiere decir que ha sonado la hora de empezar otra nueva obra; la de las vocaciones.

Se hace la selección, y por primera providencia se separan cinco y se confían de un modo especial a uno de los profesores de la escuela que los prepare para el examen de ingreso, y ya tienen ustedes el Seminario en puertas, y libros, y matrículas, y pensiones, y en una palabra, un cargo *más para nuestra cuenta del* "Banco de la Divina Providencia".

Ah, pero es que para eso bautizó D. Manuel esta Obra, con el nombre de Obra de Vocaciones del SAGRADO CORAZON DE JESUS; y... los cheques que llevan auténticamente esta firma, siempre son abonados en aquel *Banco*.

Desde entonces, Huelva, que en aquella época sólo tenía *dos seminaristas*, es decir, el uno por quince mil

de sus habitantes, ¡terrible síntoma!, tuvo un grupo de seminaristas, de los cuales han salido ya fervorosos y apostólicos sacerdotes, que recuerdan a D. Manuel con la máxima veneración y gratitud.

¿Y el local...? No hay que apurarse, ya se le buscará un sitio, donde estén más recogidos; y lejos del bullicio de las clases puedan recibir la preparación necesaria para ingresar en el Seminario.

Y como no se disponía de otro mejor que el cuarto de las campanas de la parroquia de San Pedro, el cuarto de las campanas, por arte de aquel celo ingenioso, ha quedado convertido en *Seminario Menor.*

Para las cosas grandes, la nimiedad de las cosas más pequeñas, ¡el estilo de Dios! El pesebre para salvarnos, los dos palos de una cruz para redimirnos y la blancura mínima y redonda de una hostia para alimentarnos.

Y ese era el estilo de nuestro Arcipreste, al que le atraía el *misterio* de lo chico.

Dulces y perras gordas para construir unas escuelas junto a una Iglesia en ruinas y para un seminario de vocaciones el cuarto de las campanas de una torre de su Parroquia... Y para futuros ministros del Altísimo, aquellos golfillos desarrapados que hace unos meses apedreaban al cura...

Mil veces le pidió al Señor en el silencio de su Sagrario que le hiciera aprender aquella divina lección de su Evangelio, y... ¡la aprendió!

"*Ser poca cosa, dirá en uno de sus libros* (8), *tenerse en poco, valer poco, que son títulos para que el mundo desprecie, son los más fuertes atractivos de tu mirada y los más robustos cimientos para tu acción en nosotros.*

"*¿Cuándo entrará en mi persuasión esta verdad: que para grande Tú y para chico yo, y que por un milagro y misterio de tu misericordia,* sólo a cambio de nuestras pequeñeces y ruindades nos das tus grandezas?"

Vengan pequeñeces, señor arcipreste, que sobre esas pequeñeces el Amo irá levantando sus grandezas...

¿Que tus niños no tenían escuelas? Ya las tienen.

---

(8) «Mi Comunión de María», 8.ª ed., p. 228.

¿Que al salir de ellas, necesitan quien les tienda la mano y los capacite para la lucha de la vida?...

Tendrás lo que necesites. El Amo te ayudará.

¡Y le ayudó! ¿Cómo? Sigue leyendo:

El Patronato de Aprendices

En el curso del año 1909, o sea, al siguiente de estar funcionando las escuelas del Sagrado Corazón, estableció en ellas esta obra, en la que sin pretensiones de algo grande, sencillamente, trataba D. Manuel de tender una mano a los alumnos, que al salir de la escuela y pasar al taller o profesión, encontraban tantas ocasiones de que, malográndose la semilla que la educación cristiana había depositado en sus almas, no diera ésta los resultados apetecidos.

A esta obra llamaba D. Manuel *mi ojito derecho.*

Allí, junto con las clases que ampliaban sus conocimientos y podían serles más útiles para su profesión, se conservaban *cogidos* por el ambiente cristiano de la escuela y el cariño de Sacerdotes y maestros y se formaban para hacer frente a la lucha que les aguardaba para poder conservarse en su vida cristiana, y aun más, ser apóstoles entre sus compañeros.

De esta escuela de aprendices, escribía en "El Granito" del 20 de diciembre de 1914:

"Es una clase esa, la de aprendices, que me hace gozar y sufrir al mismo tiempo. Gozar, porque siguen viniendo, *y sufrir, porque ¡qué huellas, qué transformaciones va poniendo en sus caras y en sus ojos, de ángeles hasta hace muy poco tiempo, no sé si el trabajo rudo, si la miseria del mal comer y dormir, si el estrago del vicio prematuro o si todo eso junto...!*

... ...

Pero en fin, gozo viéndolos, porque vienen, *y, viniendo, tengo esperanzas de que la escuela irá echándoles fuera lo malo del mundo o neutralizándolo al menos.*

"Lo que hace sufrir y sufrir sin consuelo, es verlos ir y no volver..."

La Granja Agrícola

Fué otra de las obras de D. Manuel en favor de los niños pobres.

"*Soñaba con dar a nuestros niños* —escribe— *un campo* para ellos *en donde sin temor a municipales que los* apunten, *ni a malos ejemplos que los perviertan, saltaran, corrieran, hicieran la* instrucción, *dieran clase, aprendieran a labrar la tierra...*

Pero me objetaba yo mismo: ¡si yo no sé una palabra de agricultura; si no tengo una peseta libre; *si es muy difícil encontrar un huerto cerca de la ciudad!... si... y seguía echándome una letanía de dificultades con el sano propósito de despertarme de mi ambicioso sueño. Y no pudiéndolo conseguir, me limitaba a esperar y a recomendar a nuestros niños que pidieran por* su huerto...

El primer viernes (de octubre de 1908), (¡primer viernes tenía que ser!) se me presenta un amigo, proponiéndome el arrendamiento de un huerto de unas siete fanegas, lo más próximo a Huelva que podía esperar.

Oír al amigo, ver el huerto en compañía de los chiflados, *y hacer en firme el contrato de arrendamiento, fué cosa de poquísimo tiempo...*

Y como gracias a Dios ninguna de nuestras obras es mora, *antes que en ninguna otra cosa se pensó en el* bautismo *de la criatura.*

¿El nombre? Ni que decir tiene, dadas nuestras cordiales relaciones con el AMO: GRANJA AGRICOLA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS...

La noticia de la adquisición del huerto, más que correr, había volado por todos los ámbitos de nuestra población escolar y no se visitaba una clase o grupo de escolares en los que no se oyera ésta o parecida pregunta: ¿Verdá usté *que ya tenemos el huerto? Y a las afirmativas del interrogado sucedían saltos, gritos de alegría, frotación de manos y un sin número de planes de lo que cada cual iba a hacer, expuestos y desarrollados en medio minuto, y más que con palabras, con las demostraciones de los ojos, de las manos, de los pies y de todo el cuerpo.*

No era posible retrasar el ansiado instante de que los nuevos labradores vieran su huerto y tomaran posesión de él; y el sábado, 24 de octubre, se fijó la siguiente orden del día en cada una de nuestras cinco escuelas:

"Mañana, bendición de la Granja del Sagrado Corazón. A las dos de la tarde, todos estarán en el patio de la escuela central."

¡Y cualquiera faltaba! A las dos y media tenían que ver las calles de Colón, Fuente, San Pedro, San Sebastián; dos interminables filas de niños y niñas de nuestras escuelas diurnas y del Catecismo y de mocitos y mocitas de nuestras escuelas de adultos y adultas, llevando por cabeza las bandas de cornetas y tambores, por pies la música de nuestra escuela, en medio un carrillo cargado con ocho arrobas de peros de la sierra, dos fanegas de castañas y dos arrobas de higos, y a los lados, grupos de maestros, maestras, familias y amigos y por balcones y puertas, un sinnúmero de caras asomadas entre extrañadas y alegres, al contemplar aquella inesperada y simpática procesión.

¿Han visto ustedes las ganas con que el ladino gato se echa sobre el ratón que hace tiempo acechaba? Pues con unas ganas parecidas (y con perdón sea dicho), entró en su campo nuestra tropa ligera.

En verdad que aquello no fué toma de posesión quieta y pacífica, sino bien movida y bulliciosa.

Y, era natural, ¡como que de aquellas mil personillas, 999 era la primera vez que entraban en un huerto a hacer lo que les diera la gana sin temor a la vara o a la piedra del guarda!

Dado el toque por el cornetín de órdenes, reuniéronse ante la fachada de la casita del huerto.

¡Iba a descubrirse la imagen del Amo! Y en medio de una muchedumbre entusiasmada, de vivas y gritos ensordecedores y de los acordes de la Marcha Real, ejecutada por las tres bandas, y de los resplandores del sol de medio día y de las esplendideces de un hermoso día otoñal, apareció una gran placa de esmalte con la imagen dulcísima y querida del Amo nuestro.

Recitadas las oraciones del ritual, fué el sacerdote

rociando con agua bendita y con los innumerables ¡vivas! de los niños, aquellos prados...

Después del bautismo, el remojón; *¿pero quién le ponía los cascabeles al gato? o ¿quién era el valiente que se atrevía a hacer un reparto equitativo entre aquella muchedumbre inquieta, desperdigada y bulliciosa?*

Gracias a Dios hubo para todos y aún hubo que guardar las sobras como en el milagro del Evangelio.

Mientras tanto, la banda infantil se despachaba a su gusto, tocando y retocando las piezas de su aun escaso repertorio.

¡Qué cuadro tan pintoresco y animado!

Aquí un grupo de mocitos *jugando* a piola, *como en sus mejores tiempos de chiquillos, allí, otro grupo de ellos tocando la corneta recordando sus tiempos de cuartel, más allá un grupo de muchachas bailando y cantando las clásicas seguidillas o jugando a la rueda y allá por la parte más alta de la Granja un buen organizado batallón de chiquillos haciendo la instrucción, en tanto que la gente grave descansaba al pie de los árboles y comentaba gozosa y esperanzada, el cuadro tan risueño y consolador que en parte allí se presenciaba y en parte, se* presentía.

Y terminó nuestra fiesta como terminan y empiezan nuestras obras; en el Sagrario. A él fuímos y ante Su Divina Majestad manifiesto rezamos agradecidos y de El recibimos la bendición que alienta y conforta.

Las bandas de música

El elemento pedagógico de la música no podía faltar en aquellas escuelas ni el corazón alegre y optimista de D. Manuel podía dejar de soñar con dar este medio educativo a sus niños.

He aquí cómo lo cuenta él mismo: "*...Nuestra escuela del Sagrado Corazón acabada de construir hará unos meses, con un* superávit *negativo (vulgo trampas) de siete mil y pico pesetas... cuenta en el* momento histórico *presente con tres bandas de música para solaz e instrucción de nuestros quinientos niños pobres y alegría de sus bienhechores y amigos.*

Cuando los chiflados *de la escuela* (y aunque aquí hable D. Manuel en plural, habla más bien de sí mismo) *nos recreábamos* in mente *en verla funcionar, siempre la imaginábamos rebosando de chiquillos, todo lo pobre que queráis, pero muy limpios, muy alegres y armando mucho ruído, y por medio de metamórfosis mentales, presentíamos ese ruído, al principio selvático, armonizado después y convertido en cánticos y acordes musicales; es decir, que siempre soñábamos con el Orfeón y la Banda de Música.*

El Orfeón no costaba dinero y se organizó deseguida.

La Banda, ¡Dios mío! ¿quién pensaba en Banda, teniendo que sostener una escuela con ocho maestros, y pagar el pico *y no contando más que con las buenas voluntades de bienhechores, muchas veces desconocidos e inesperados?*

Y sin embargo, la Banda vino, o mejor, las bandas vinieron."

El modo tan original como fueron llegando los instrumentos lo cuenta con todo color el arcipreste en su libro "Lo que puede un Cura hoy".

"*De mí digo* —concluye D. Manuel—, *que cuando voy con los niños a la Misa parroquial* (aún lo recordamos muchos de los que le vimos marchar aquellos domingos al paso de sus chiquillos por las calles de Huelva, desde la escuela a la parroquia), *o a paseos escolares o a alguna fiesta, casi no quepo en la sotana de satisfacción, y lo que a mí me pasa sé que le pasa a más de cuatro y a más de cinco. Es mucho lo que entusiasma aquella turba de musiquillos con su pito debajo del brazo y su "Corazón de Jesús" sobre la visera de sus gorras y en el marco del ¡bombo! ¡Hasta a los mismos indiferentes llegan los chispazos de entusiasmo!*

Muchas veces he podido comprobar el efecto buenísimo que aún entre la gente recalcitrante obra nuestra musiquilla."

Otro de los fines apostólicos que tenía la banda era la de promulgar la Catequesis y la Misa parroquial.

"A las nueve en punto de la mañana salen los centenares de niños de las escuelas en correcta formaciòn, con las caras limpias y los trapitos de cristianar, *prece-*

didos de su brillante banda de música en dirección de la parroquia de San Pedro, echando al aire los alegres sones de un pasodoble y presentando a los ojos de los vecinos, que, extrañados, salen a las puertas y ventanas, un estandarte en que, con letras de a palmo se lee: CRISTIANOS, A MISA; LO MANDA DIOS.

Y ¡claro, se oye la música con alegría, se ve a los niños con gusto, se lee con curiosidad el letrero, y muy duro se ha de tener el corazón para no tocarse el pañuelo ellas, o calarse el sombrero ellos y echarse a la calle a acompañar a los niños y recoger aquella invitación hecha tan simpáticamente en nombre de Dios..." (9).

(9) «Lo que puede un Cura hoy», 8.ª ed., págs. 185-215.

III

Descubriendo a D. Manuel Siurot

Está tan unido el nombre de Siurot a las escuelas del Sagrado Corazón de Huelva, que, aunque brevemente, es necesario hacer un poco de historia al llegar a esta parte de la vida de D. Manuel González.

Es demasiado conocido no sólo en España sino en el extranjero el nombre de Siurot para que nos detengamos en dar a conocer a este hombre insigne, cuya interesante biografía ya ha sido publicada (10).

Nos limitaremos, por esto, solamente a recordar sus relaciones con el arcipreste de Huelva y con las escuelas del Sagrado Corazón.

La Providencia unió a estas dos almas. Al conocer a D. Manuel, quedó Siurot conquistado por el influjo personal de aquél. Y a su vez el Arcipreste, que veía las excepcionales dotes de Siurot y la gloria que podía dar al Corazón de Jesús poniéndolas a su servicio, lo hizo colaborador suyo en las obras de acción social católica que emprendiera en Huelva, al mismo tiempo que iba conduciendo su alma hacia las alturas de la vida sobrenatural.

Y si el Arcipreste halló en Siurot un elemento pre-

(10) «Siurot», por J. Monge y Bernal, Establecimientos Cerón, Cádiz, 1942. Nació Don Manuel Siurot Rodríguez el 1 de diciembre de 1872, en La Palma del Condado (Huelva). Murió en Sevilla el 27 de febrero de 1940, en la paz del Señor.

cioso para la obra de las escuelas, el brazo ejecutor de su pensamiento, Siurot encontró en el Arcipreste la formación de su espíritu de piedad, la orientación segura, el consejo oportuno, la palabra que impulsa o contiene, y sobre todo, un corazón siempre abierto y comprensivo que hizo de aquel simpático abogado un entregado, un *chiflado* por el AMO y por los niños pobres.

Su encuentro con Siurot

Las simpatías personales de ambos, sus corazones ardientes, sus imaginaciones tan vivas, sus inteligencias tan vastas y hasta su gracejo andaluz establecían tantos puntos de semejanzas que parecían destinados a refundir sus dotes excepcionales para una empresa tan providencial como la que el Señor les tenía reservada.

Empresa a la que se entregó D. Manuel Siurot tan por completo, que llegó a renunciar al ejercicio de su brillante carrera para hacerse maestro de niños pobres por amor al Corazón de Jesús.

He aquí cómo el Arcipreste, en el prólogo que puso al libro de Siurot "Cada Maestrito", habla de la entrega del joven abogado a las escuelas: "*El ha dado a las escuelas de niños pobres su diaria asistencia personal a la clase, como si fuera un maestro de* plantilla, *y con esa asistencia ha dado y da a sus niños toda su inteligencia de genio (y ahora que se* fastidie *su modestia y se ejercite en acciones de gracias a Dios) todo su corazón, y me consta que lo tiene grande de verdad, toda su imaginación de poeta delicado y creador, toda la paciencia de su alma, naturalmente impaciente, junto con todas las fuerzas de sus pulmones, que no poca se necesita; y hasta todo el gracejo de su carácter andaluz.*

Y da todo eso no una semana por sport, ni un mes por vía de experiencia: da todo eso hoy, mañana y pasado mañana y todos los días, a pesar *de sus atenciones de abogado y padre de familia, a pesar de los reparos que, amigos, más buenos que prudentes, le hacen contra esa* manía *de hacerse maestro de escuela pudiendo subir y hacer tanto por otros caminos, a pesar de la ingrata prosa del constante machacar, que consigo lleva la profesión, y a pesar de todos los pesares D. Manuel*

Siurot es, sin duda, el hombre *de las escuelas del Sagrado Corazón.*

Esa era una de las cosas que yo quería que se supiera por muchos que se consumen en una lamentable ociosidad espiritual, sin saber qué hacer con el talento, con el corazón, con el dinero, con las fuerzas, con los recursos que Dios les ha dado.

Yo tenía mucho interés en presentar a tanto señorito *aburrido como anda desperezándose por esos casinos, y dedicados a la triste tarea de matar el* tiempo, *el ejemplo de otro* señorito *que supo en buena hora cambiar las ociosidades enervantes del casino por la actividad provechosa de la escuela de los niños abandonados y la triste tarea de matar el don precioso de Dios, el tiempo, en la gloriosa de aprovecharlo para preparar a su religión y a su patria hombres buenos y cabales...*

Siurot dió a la escuela del Corazón de Jesús su alma con todas sus facultades y entusiasmos, y su cuerpo con toda su energía; y el Corazón de Jesús ha hecho del alma y del cuerpo de Siurot un pedagogo cristiano de una vez. Así, de una vez.

...Una pedagogía que prepara y educa al niño para hombre completo y cabal en la tierra, y para santo en el cielo; esa es la pedagogía que a mí me gusta, que me llena, y esa es la que sin darse cuenta, practica y lleva a su perfección nuestro Siurot.

Y digo sin darse cuenta, porque él no se preparó para enseñar a sus niños con la lectura de ningún pedagogo, ni aún de los que más suenan.

Las fuentes de su inspiración han sido la observación continua, el cariño en su grado máximo a los niños pobres y la comunión diaria; la primera acarreándole materiales para su rica inteligencia, y el segundo estimulando su poderosa voluntad, y la tercera, la comunión diaria, iluminando cuestiones que, no por ser de gente menuda, dejan de ser grandes, suavizando asperezas e impaciencias, evitando desmayos muy naturales y haciendo de la monótona faena del magisterio un apostolado amable, y, como él dice, una prolongación de la acción de gracias de la comunión de la mañana...

En resumidas cuentas, que cuatro años de magisterio diario que son los que llevan de existencia las escuelas

del Sagrado Corazón de Jesús han hecho del Sr. Siurot como dije antes, un pedagogo cristiano de una vez."

Veamos ahora cómo cuenta Siurot su vocación en el libro citado.

Un viaje a Granada y un sobre cerrado

Estaba terminando el arcipreste de Huelva la construcción de las primeras escuelas del Sagrado Corazón en el barrio de San Francisco de la ciudad onubense, y nos dijo un día a todos los que le ayudábamos en su obra: en Granada se celebra una gran asamblea de Acción Social Católica... ¿Quién viene?... La Alhambra, el Generalife, la Vega, Sierra Nevada, la sugestión moruna, Manjón, la asamblea... ¡A Granada!

Allá fuímos un puñado de católicos (11).

Desde Sevilla acompañamos al Sr. Arzobispo, Don Enrique Almaraz, y, como suele decirse, en amor y compaña, hicimos, sevillanos y onubenses, un delicioso y fraternal viaje.

Una tarde, en la asamblea, dijo el Arzobispo de Granada: mañana visita a las escuelas del Ave María.

Al día siguiente estábamos en las escuelas del Sacro Monte todos los asambleístas. Oficiaba la Misa el Padre Manjón. Oíanla mil niños y niñas que entonaban cada cual con su papel en la mano preciosas canciones religiosas. Pero, ¡qué afinación, qué buen gusto! Aquello era la civilización, la cultura de todos los niños pobres de Granada.

No se qué secretas amonestaciones tocáronme en el alma.

Cuando el venerable celebrante llegó al Evangelio, volvióse al concurso y reuniendo en una sola expresión humana al sacerdote del altar con el Maestro de la Vida, al escogido para realizar el incruento Sacrificio, con el llamado para iluminar almas, preguntó a los niños: de la ciencia y de la religión, de la lección evangélica del

(11) Esa Asamblea de Corporaciones Católicas se celebró en diciembre de 1907, con asistencia de varios Prelados y de las más destacadas personalidades especializadas en estas cuestiones sociales.

día y de la unidad aritmética para explicar la unidad de Dios...

El lenguaje era... el de los pequeñuelos..., no podía dejar de pensarse que aquel hombre, aquel viejecito lo había hecho todo. De canónigo se hizo maestro, de rico se hizo pobre, si, pobre, hasta no tener qué comer muchos días, y todo por los niños, todo por la ardiente caridad del Crucificado que en Manjón había tomado aquella forma.

Dinero, carrera, prestigio, voluntad, todo lo había dado, todo lo tenía gastado menos el corazón, que era inconmensurable y lo tenía entero...

¡Ah, maestro, estabas imponente! Era Dios que había puesto aquella mañana su trono en ti.

Miro hacia la derecha del presbiterio y veo lágrimas episcopales.

No se me olvidará nunca la cara bravía del magistral de Sevilla haciendo esfuerzos para que no se le viera *llorar por fuera,* y *llorando por fuera* a pesar de sus esfuerzos.

Se acabó la lección y continuó la Misa. Los niños saludaron a la Virgen con el *Salve, Señora... Salve Señora*: ¿Por qué te quedaste en mi oído? ¿Por qué te metiste en mi alma? Hoy, al través de los años transcurridos, te oigo cantar en mis escuelas por mis niños y no puedo resistirme a mi mismo, lloro como un tonto...

Luego nos enseñaron aquellas escuelas, aquellos gráficos, aquellos jardines, aquel sol, aquella luz, aquel amor... Y la Alhambra allí enfrente, testificando todo...

Se abrazaron en aquel día, en presencia nuestra, la idea vieja de la patria grande con la idea de un hijo del Sagrado Corazón de Jesús que con una historia humilde, una palabra sincera y una acción eficaz y continuada, daba un soberano mentís a casi todo lo que en el mundo se había hecho en materia de enseñanza.

El Arcipreste me pregunta: ¿Qué tiene Vd?... Y yo le dije: Estoy muy preocupado, D. Manuel.

Y tan preocupado como estaba. Aquella noche la excitación me robaba el sueño. Daba vueltas, inquieto, y los nervios no me dejaban dormir. Desde mi cama veo un misterioso farolillo, legendario, que alumbra a no se qué imagen de un torreón del Alcázar de los ára-

bes. La campana de la Vela me dice, de cuando en cuando, que el tiempo pasa...

Después, al través de mis cristales, veo como un girón de niebla que se pone delante de aquella luz... Es la respiración del Muley Hassen, pienso. Luego, ya tarde, muy tarde pierdo poco a poco la conciencia y me duermo... Sueño que el P. Manjón, sonriente y con tono dulcemente imperativo, me dice, poniéndome en las manos un sobre cerrado: "No puede Vd. leer lo que va dentro hasta que no se acaben las escuelas que hace ahora en Huelva su arcipreste".

A poco el P. Manjón se va... luego, nada.

Bendición de las Escuelas y apertura del sobre

La obra admirable de cuya génesis ha sido cronista original y lleno de gracia "*El Granito de Arena*", estaba concluída: si hablara con entera propiedad, diría mejor que aún no estaba empezada; pero, en fin, he dicho concluída, refiriéndome a la construcción material del edificio-escuela del Sagrado Corazón, en el barrio de San Francisco (continúa Siurot).

La *construcción de maestros* y el *dinero* para sostener las escuelas estaba entonces en el período de lo futuro *contingente.* En ese futuro que el Arcipreste había de convertir en presente, estaba entonces escondida la *fama mundial* del Vicario de Huelva...

No hay nada en las calles contiguas a las escuelas que no padezca escándalo en aquella tarde de la bendición de las mismas. Las vecinas parloteaban de lo lindo: que si le han *mandao* el dinero de La Habana; que si los Jesuítas; que si *tó* es trampa (esta versión se *quemaba* por estar muy cerca de la verdad); que si una vieja *loca* riquísima se lo había *dejao tó,* y qué sé yo...

Los niños ineducados gritan como salvajes ante cualquier invitado que llega, ante cualquier coche que se para, ante cualquiera manifestación de cultura. Señalando aquella plebe de chiquillos, me dice un buen señor que amaba mucho la obra: "Mire Vd. qué demostración más viva y palpable de la absoluta necesidad de esta es-

cuela". La observación de mi amigo era una sentencia firme.

Cuando llega el Arzobispo suena la muchedumbre como un trueno: ¡Ahí va, ahí va..., el Obispo, el Obispo! ¡Qué escándalo! ¡qué griterío, qué empujarse para ver... qué ver para chillar!... Estos pobres ignoran por completo que el silencio es una bella arte, que el silencio es el fondo donde se escriben las ideas. ¡Qué van ellos a saber...! Ya lo sabrán cuando la obra prospere...

El Arcipreste va y viene con su eterna sonrisa en los labios, pero yo se que lo fríen por dentro aquel lío y aquella algarabía... Sobre todo las mujeres... Yo he visto en Italia un cuadro que no se si llaman *Las Brujas* o *Las Arpías*... "D. Manué, que me apunte Vd. ar niño". "D. Vicario, oiga Vd., oiga Vd., que mi Celipito no está apuntao..."

De pronto un ruido extraordinario... "No es nada —dice un mozalbete— son dos chiquillos que pelean."

Se rayan paredes, se rompen cristales, se ensucian muebles, se abusa de todo sin que sea posible el orden, a no ser por un milagro... Dios no ha querido hacerlo...

Las señoras católicas y los caballeros de la Acción Social rodeamos al Sr. Arzobispo que benévolamente sonríe a los *vivas* estridentes que a su venerable persona lanza aquella multitud, que no es hostil. Lo que pasa es que no sabía entonces celebrar actos públicos de otra manera...

El beso del anillo pastoral produjo aquella tarde más de cien diálogos de pelea, más de cien mil empujones y más de cien millones de ahullidos.

El Arzobispo a fuerza de gritar y enronquecer pudo hacer un mediano silencio. La palabra paternal, cariñosa, llena de luz, nos prometía el triunfo, y nos habló el lenguaje de los gladiadores de las luchas del Señor...

Después, el Arcipreste. Desde la altura de su pensamiento se derrumbaba él mismo sobre aquella multitud. El Sagrado Corazón era la musa, el verbo, la inspiración... Ah, ¡qué dispuesto estaba él a la pelea y qué dura había de ser ésta ante tanto pobre niño salvaje, ante aquella incultura que nos ahogaba!...

Yo, por lo menos, me encontraba débil. ¿Qué fuerza

había de tener desde mis vanidades de mundo, desde mis regalonas comodidades de la vida?...

Defender una causa, hacer un escrito en un pleito, dar un consejo más o menos sabio a un cliente... ¿tiene todo eso algo que hacer?...

Cuando aquella famosa bendición hubo terminado, encontréme al Arcipreste solo en la iglesia de la escuela y me dijo: "Hermano, esto es horrible. Esa barbarie hay que matarla con maestros que se entreguen con alma, vida y corazón.

¿Dónde están los maestros, Dios mío? ¿Qué sabe usted de maestro?"

Conmovióme aquello; miré a la Virgen que está en el altar mayor, hice una breve plegaria y tuve la visión cierta de que se había abierto el famoso sobre, y que decía allí dentro: ¡Los niños pobres te esperan!

En el fondo de mi corazón dije a la Virgen: "Por ti, Madre mía", y abrazándome al cuello del Vicario, le dije: ¿Me quiere Vd. aceptar por maestro?...

He aquí cómo pasé a ser maestro de escuela siendo abogado, y cómo empecé a conocer la vida conociendo íntimamente sus desgracias y sus pobrezas. ¿Hice mal? ¿Hice bien? Yo solo se decir, que los niños pobres me han enseñado el tesoro de la vida, porque Cristo, único tesoro, vive con ellos" (12).

La cosecha de aquella siembra

"Son ya varias las generaciones que han desfilado por aquellas escuelas. En Huelva suman millares los padres de familia, dice un antiguo alumno, que dejaron de ser analfabetos en ellas; muchos les deben su carrera de maestro estudiada en el "Seminario Gratuíto de Maestros de la Milagrosa", que fundó Siurot en el mismo."

"De las escuelas de San Francisco salieron seminaristas que son hoy santos sacerdotes; otros aprendieron a ser buenos telegrafistas adiestrándose en los aparatos Morse, instalados en las clases superiores; no faltan quienes son excelentes profesores de la Banda Municipal de Música, por proceder de la Banda de las escuelas,

(12) «Cada maestrito...», por M. Siurot, p. 17.

de aquella Banda que arrastraba todos los domingos tras de sí al vecindario de San Francisco a la Misa mayor de la parroquia de San Pedro. Finalmente, constituyen legión los que figuran como competentes empleados de Compañías Ferroviarias, Bancos, etc., y descuellan en el artesanado y en oficios fabriles. Ingente labor la realizada en las repetidas escuelas, a la que hay que asociar el nombre tan querido como inolvidable para todos cuantos allí nos educamos, del ejemplar sacerdote D. Carlos Sánchez, que esperó y se unió en la gloria eterna a nuestro Vicario, para gozar juntos, como juntos trabajaron, del premio de sus afanes y virtudes" (13).

Se acabaron por consunción en Huelva las escuelas laicas y protestantes, ya que sus alumnos pasaron espontáneamente a las escuelas del Sagrado Corazón.

Y se dió el caso notable de que en una de aquellas escuelas laicas, poco antes de cerrarse, al ver que se iban quedando sin alumnos ensayaron una imitación de las católicas ¡dando catecismo a los niños! a ver si asi podían retenerlos...

Entre otros consuelos tuvo D. Manuel el de bautizar a tres hermanas de 21, 16 y 13 años que habían sido educadas cuando pequeñas en la escuela protestante.

El Arcipreste iba tomando todos los puntos estratégicos para catequizar la población infantil.

Uno de ellos fué el barrio de las Colonias, donde estableció otro catecismo que confió a señoritas de la Conferencia de San Vicente. El le llamaba catecismo ambulante, porque no tenían sitio fijo para reunirse; lo hacían en cualquier patio grande de alguna casa de vecinos, desafiando los fríos en invierno y los calores en verano, y a donde acudían en gran cantidad los chiquillos, enseñándoles a conocer y amar al Corazón de Jesús.

Pero el celo es como el fuego, todo inquietud e impaciencia. No está contento. Queda mucho que hacer por aquellos otros barrios del Polvorín ¡hay tantas almas por las que Dios derramó su sangre y a las que no ha llegado ni una salpicadura siquiera de su Corazón!..

El viento de su amor sopla y agiganta las llamas... ¡por los barrios del Polvorín tocan a fuego!

---

(13) Apuntes de D. Gómez. Huelva, 1940.

CAPITULO VII

A LA CONQUISTA DE SUS POLVORINEROS

1.º—*Por el Barrio del Polvorín.*
Una huelga de novios.
Una cruz sobre el polvo.
La primera noche de Sagrario.

2.º—*La Colonia del Polvorín.*
¿Y el terreno?
Pagando con Avemarías a un ingeniero protestante.
Un penco que salió trotón.
Ya se acabaron las obras... ¡y los sábados!

3.º—*Pensando en el porvenir de sus escuelas.*
Religiosas en el Polvorín.
Un apuro y una alegría.
El taller de costura.
¿Han llegado las pesetas?

I

Por el Barrio del Polvorín

Y como todo, lector amable, se contagia, no es extraño, que allí, junto al Monasterio de la Rábida, teniendo a la vista el mar de los conquistadores, y el Puerto de Palos de donde zarparon las famosas Carabelas, se llene la fantasía de empresas animosas.

Y nuestro buen Arcipreste soñó con ser también conquistador de aquellas Indias del Polvorín, que hace años descubriera.

¡El Polvorín! ¡El Polvorín! ese nombre le apuñalaba el alma, y era como una herida abierta en su corazón de apóstol... Pero no se podía hacer todo de una vez, había que atender también a las niñas y a las jóvenes obreras que vivían en igual desamparo.

Ya, antes de inaugurarse las Escuelas de San Francisco, logró establecer una modesta escuelita en el Santuario de Ntra. Sra. de la Cinta, Patrona de Huelva, a dos kilómetros de la ciudad.

En ella se recogían los niños y las niñas más pobres de aquellos lugares, bajo las miradas y protección del Corazón divino de Jesús y de la Madre Inmaculada, a los que estaban consagradas las escuelas...

Pero... ¿y sus obreras?... Aquellas jóvenes, expuestas a todos los peligros, sin el peso interior de la conciencia ni el freno de la educación cristiana, del que carecían, juntando a la inexperiencia de los años y al fuego de la sangre aquel ambiente de corrupción, ¿no le estaban

pidiendo a voces que les prestara su ayuda?... ¿Y podía él cerrar sus oídos a estas insistentes llamadas? No.

Un día se dirigió D. Manuel a sus feligresas de Comunión diaria y les dijo: "*El Corazón de Jesús os pide un favor; quiere que toda la que sepa leer su devocionario y escribir una carta y, sobre todo, la que sepa amar a Dios y a la Virgen Inmaculada, se dedique a enseñar a leer, escribir y amar, a muchas jovencitas que no saben nada de eso*".

Y resultaron unas cuarenta maestras.

... ...

Preparado el local en un amplio salón de las nuevas escuelas, presentes las maestras con un poquillo de cortedad, pero con mucha confianza en el auxilio del *Maestro principal*, el Sagrado Corazón, y con la asistencia de un centenar de jóvenes, modistas, criadas, obreras, etcétera..., de más de catorce años, se dió comienzo a la obra, no sin que antes el Sr. Arcipreste hubiera dicho dos palabritas al Sagrado Corazón, Amo y Director de las obras en que él anda, otras dos a las maestras y otras tantas a las alumnas. (1)

La parte de Dios se había hecho; faltaba la parte del demonio, que no podía faltar en una obra tan *beneficiosa* para él.

Una huelga de novios

"*Y ocurrió*, escribe D. Manuel, *que la mayor parte de las alumnas, tenía su correspondiente* alumno, *y que al llegar cada uno al domicilio de sus presuntas consortes para dedicarse a la tarea de* pelar *la consabida* pava, *era saludado con la poco agradable sorpresa de que la* pava *había volado, ¿a dónde? ¡horror de los horrores!, a la escuela de los curas. ¡No era nada!*

Ellos tan guapos, tan libres, tan republicanos, ¡aguantar que una escuela puesta por curas les quitara sus novias! ¡Vamos! ¡Eso era el colmo de los colmos!, y lo bonitos que eran ellos para no pasar por ahí. ¡A la es-

(1) Se inauguró la escuela nocturna de adultas el 7 de enero de 1907 en un salón de las Escuelas del Sagrado Corazón, entonces aún en construcción, en el barrio de San Francisco (v. «Lo que puede un Cura hoy», 8.ª ed., p. 167).

cuela!, y como almas que lleva el diablo y como movidos por una consigna, aparecen rodeando a la escuela varios grupos de mocitos desairados, *capaces de hacer cualquier cosa.*

Los unos en actitud reservada *se mantenían en la acera de enfrente, otros más atrevidos penetraban en el patio de la escuela, y aplicando el oído al agujero de la llave, trataban de indagar lo que dirían los* curas *y las* beatas, *no faltando algunos más agresivos que propusieron el entrar a saco en la clase y* armar bronca.

Se terminó la clase, se abrieron de par en par las puertas y salieron ellas. *Gritos de unos, quejas de otros, cara avinagrada de éstos, o desdeñosa de aquéllos, ese fué el recibimiento.*

La escena tenoril *se repitió cuatro o cinco noches más, hasta que por el testimonio de* ellas *y por sus propios ojos, se convencieron de que aquellas beatas (el cura no aparecía más que una vez a la semana para dar una conferencia general de Religión) habían tomado en serio el hacer felices a sus futuras consortes y que ellos resultaban tan favorecidos como ellas.*

Y desaparecieron los huelguistas, *y ya se ha dado el caso, de algunos que van a suplicar a las señoras que admitan a una* muchacha *que ellos conocen*".

El fruto de esta Escuela a la que asistían un centenar de jóvenes por término medio, fueron no pocos: para las alumnas, además del conocimiento de las nociones de instrucción primaria, el conocimiento más valioso de todos, el de Dios y su santa Doctrina. Muchas de esas obreras no habían hecho su primera Comunión, no pocas desconocían hasta la señal de la Cruz; a los dos meses de escuela comulgaron *todas*; efecto de esta Comunión, *bien preparada y bien digerida,* fué la transformación del carácter de aquellas jóvenes; la alegría de sus caras indicaba que ya eran de Cristo.

Muchas perseveraron y no pocas llegaron a ser de Comunión diaria.

Para las maestras no fué tampoco escaso el fruto, pues este entrenamiento en una obra de apostolado que hasta entonces no habían practicado, dió solidez a su piedad, haciéndola *activa y difusiva.*

Ahora ya llegó el momento de soltar las amarras de

la carabela de su impaciencia... Desde el puerto del Sagrario ¡a conquistar para Cristo las tierras *lejanas* del Polvorín!

UNA CRUZ SOBRE EL POLVO

"*Hay en Huelva* —escribía— *dos barrios apartados del centro de la población, barrios que, por el estado de prosperidad de aquélla, cada vez se hacen más populosos; pues bien, en esos barrios, Las Colonias uno, y El Polvorín otro, no hay iglesia ni escuela; se conoce que aquéllo pertenece al mundo civilizado, porque están establecidos allí* dos puestos *de la Guardia Civil*".

¡Qué honda pena debió producirle aquel abandono material y espiritual de aquellos sus humildes feligreses!

Una tarde, cuando contemplaba las miserables casuchas agazapadas en la tierra o arrebujadas sobre las cuevas terrosas de "los cabezos", sus ojos llenos de una indecible congoja, sorprendieron que de entre aquel montón de miseria no se elevaba a los Cielos ni una torre ni una cruz.

Se le nubló la mirada y, poniéndose casi de rodillas, trazó con su mano una cruz en el suelo y volviendo hacia ella los ojos exclamó: *Corazón de mi Jesús, que no cese yo de trabajar un momento hasta que esta cruz se vea...*

El viento, las pisadas del primer viandante, borraron aquella cruz, quizás en la misma tarde en que fué trazada. Pero pronto se alzaron cruces y torres sobre aquellas miserias del Polvorín. Cruces con los brazos abiertos como los del Amo bendito y su Arcipreste, para abrazar a aquellos humildes que también eran sus hijos...

Y comenzó lo que él llamaba "*la penetración apostólica del barrio*", enviando por allí en febrero de 1908 a un grupo de jóvenes piadosas de su parroquia. "*Cargados sus bolsos de medallas, escapularios, placas del Sagrado Corazón y* cartillas *para enseñar a leer, y llenos sus corazones de ganas de hacer amar al Sdo. Corazón a todos los vecinos del populoso barrio, tomaron posiciones en la habitación que una amable vecina les prestara, colocando en lo alto del portón una placa del Corazón de Jesús y recorrieron las calles y las casas preguntando a todo el que encontraban, grande o chico: ¿quiere Vd. aprender a leer?*".

¿Qué tenía este hombre de Dios, que sabía poner en movimiento las almas, devorándolas en las llamas de su celo inquieto y ardiente? Ya tiene catequistas, ya tiene *iglesia-escuela* improvisada: unas habitaciones que una buena vecina prestara a aquellas heroicas maestras. Allí se deletrea la cartilla, se reza y se canta. Hombres, mujeres y niños rebosan por las salas, el zaguán y hasta el corral de la casa... Y siempre a la despedida, aquel grito de sus almas hambrientas, ¡que vuelvan pronto!... Ya no caben, no hay donde colocar más gente... Entonces D. Mauel escribe:

"Decidme, ¿no es verdad que debe sufrir mucho un pescador que tiene que tirar la pesca abundante de su red porque no tiene donde guardarla?

¿No es verdad que debe sufrir mucho un labrador, que por no tener graneros tuviera que abandonar el fruto de una abundante cosecha?

Deben sufrir mucho, ¿verdad? Pues mucho más sufre un alma que quiere de veras al Corazón de Jesús cuando no tiene un granero *o un rincón en donde poder ir recogiendo las almas que Aquél le va preparando en su* era *o echando en su* red.

Sí, se sufre mucho viendo aplicadas aquellas palabras de la escritura: "Los pequeñuelos pidieron pan y no había quien se lo partiera". (Thren, 4,4). *Y suena entonces la hora de hacer* locuras.

Y se presenta uno a un señor que tiene una casa bastante grande y desalquilada en el Polvorín y le dice: ¿Me arrienda usted por ahora *sus almacenes del Polvorín?*

El dueño presenta buena cara, entra en negociaciones, se plantea un arreglo de la casa para el fin a que se destina, se ultima el trato y se mandan albañiles para que hagan de aquélla dos salones de escuela de unos setenta metros cuadrados cada uno, una capilla de una extensión aproximadamente igual y que puede ampliarse cuando convenga con los salones anteriores, unas cuantas habitaciones para el capellán y los maestros y un patio regular, y tenemos en planta ya las tan deseadas escuelas e iglesia del Polvorín".

—Padre, decían a unos sacerdotes que visitaban las obras de reparación de la nueva casa, unas muchachas

del barrio, —Padre, dígales usted a los albañiles que acaben pronto, que *tenemos prisa.*

No solamente esas muchachas, sino la mayoría del barrio (y este deseo de escuela e iglesia puede decirse que fué el primer don de Dios), tenían prisa por ver concluída la casa.

Con estas disposiciones por parte del barrio y con las que siempre tenían aquellos "chiflados" para toda empresa en que entrara el *Amo*, fácil es suponer cómo fueron las fiestas de la inauguración... ¡Imposible resultaba para el Arcipreste y sus coadjutores encauzar aquel desbordamiento de entusiasmo y de amor...! (2).

Ya, desde el 10 de julio de 1908, tienen los polvorineros su iglesia bendecida y en ella las imágenes del *Amo*, de la Inmaculada y de S. José; pero la nota más simpática fué la primera noche de Sagrario.

La primera noche de Sagrario

Así la describió D. Manuel:

"Quedaba otro número a nuestro programa de inauguración.

Pasar en compañía de Jesús Sacramentado la primera noche que El estaba en aquel nuevo Sagrario.

El sábado, 11, celebró la Misa rezada el Sr. Capellán, para reservar a S. D. Majestad.

Invitada la Adoración Nocturna para dar guardia de honor a Jesús Sacramentado, acudió con representación lucida.

Y ¿quién podrá contar las bellezas de aquella noche memorable? ¿Quién olvidará el eco de aquellas sesenta y ocho voces de hombres cantando al unísono el Invitatorio de Maitines, el Te Deum, *a la una de la noche y los distintos cánticos que preceptúa su Reglamento, resonando en aquellos techos poco elevados como ecos*

(2) Todos los datos de la historia de las obras realizadas por Don Manuel en el barrio del Polvorín están tomados de sus escritos en «El Granito de Arena», números del 20-2 y 20-3-1908; 5-6-1910; 5-11 y 5-12-1911; 5-3-1912; 20-12-1914; 5 y 20-3, 5-10 y 5-11 de 1915; «Lo que puede un Cura hoy», 8.ª ed., págs. 172-185 y «Un granito más», págs. 1-30 y 55-60. Asimismo las palabras citadas de él en este capítulo.

de catacumba?; ¿quién olvidará, sobre todo, la procesión con el Santísimo Sacramento a la salida del sol?

El nuevo y excelso Vecino del Polvorín que salía de su nuevo Sagrario acompañado de sus antiguos amigos, los de su confianza, los que habían pasado la noche a su lado, hablándole, agradeciéndole y pidiéndole mucho, que salía repito, para visitar a sus convecinos, *a los pobres, los abandonados, con los que tanto tiempo había deseado vivir, y visitarlos como visita el sol, que en aquel momento salía, sin ruido, enviando* luz y calor, *aún a los dormidos, a los malos, a todos...*

¡Qué bello, qué dulce aquel pasar Jesucristo por las calles y el campo sin otro ruido que el grave y majestuoso del Pange lingua!; *¡qué bello y qué dulce aquel detenerse en un altarcito modesto colocado en una de las fachadas de la iglesia, dando vista por una parte a la ciudad, a Huelva, por otra al Polvorín, con sus casas modestas, a medio construir muchas, de lata o de madera no pocas, y enfrente la ría, con sus marismas improductivas al lado de acá y con su Monasterio de la Rábida, al lado de allá!*

¡Qué dulce y qué sublime en medio de su sencillez, aquél levantarse de los dos Soles; *el de la naturaleza que apuntaba por encima de* los cabezos *y el de la Justicia eterna y del Amor inefable, que se levantaba en las manos del Sacerdote para bendecir a Huelva, que aún dormía, al Polvorín, a los que allí estaban de rodillas o en espíritu!*

"*¡Si conociera hoy siquiera el* don *de Dios!*"... (Jn. 4,10).

Eran las cinco y media de la mañana; pero por la concurrencia, no podía adivinarse que la mayor parte había tenido que levantarse a las cuatro o antes para andar cerca de una hora de camino. La iglesia estaba totalmente llena.

Una Misa cantada la ha oído cualquiera; pero una Misa como aquélla, con las circunstancias de lugar, de tiempo y significación, no se oye todos los días.

Cantóse por el pueblo la Misa Gregoriana de Angelis; *nuestro Arcipreste, que celebraba la Sta. Misa, nos preparó a comulgar con una de esas exhortaciones más*

sentidas *que dichas, que le ponen a uno los pelos de punta y le hacen llorar aunque no quiera.*

Las comuniones andarían muy cerca de trescientas y terminóse con un Laudate Dominum omnes gentes..., *cantado y sentido por todos, que, además de ser el himno de la gratitud, parecía algo así como la invitación hecha por los creyentes de hoy a los creyentes de mañana, a los regenerados por el Amor vivificador del* Vecino nuevo, *para que también cantaran el himno de su reconocimiento y de su fe...*".

En esas escuelas estableció además D. Manuel una clase dominical para las muchachas del barrio y una nocturna para obreros, a la que asistían unos ochenta muchachos, actuando de maestros y maestras un grupito de *chiflados,* como él llamaba a sus más adictos feligreses, conquistados por él para la acción católica, o sea, para ayudarle a penetrar en aquella masa de pueblo que él quería ganar para el Corazón de Jesucristo y por medio del mismo.

En aquel edificio, estilo misión, y por un *procedimiento que sólo el Corazón de Jesús conoce* —escribía don Manuel tres años más tarde, en 1911, cuando ya aquella Obra había tomado mayores proporciones aún—, *durante dos años y pico se reunieron todos los meses unos setenta duros, que hacían falta para pagar maestros, material y alquiler, y esos duros se fueron convirtiendo en semilla de educación cristiana para unos cien niños y niñas, y de enseñanza y recuerdos cristianos para aquellos pobres vecinos tan incomunicados hasta entonces con Dios y su Iglesia.*

¿Que cómo y con qué se hizo aquella obra?...

Es el mismo D. Manuel quien responde:

"*¿Los con qués nuestros? Son muy conocidos y muy acreditados también; por parte de las obras: la* oportunidad *o necesidad de las mismas; por parte de nosotros: una confianza, sin limites, en el Amo, el Sagrado Corazón de Jesús y por parte de El: una misericordia especial que está ahora manifestando en favor de Huelva.*

Júntense esos ingredientes *y dará por resultado el descubrimiento de la deseada piedra* filosofal; *oro, plata, billetes de Banco, cobre, bancos y carteles para las*

escuelas, cálices, casullas, misales, imágenes, campanas, sagrario y todo lo necesario para la Iglesia.

Nuestros amigos lo han ido viendo: nos propusimos hacer esta obra sin pedir; *íbamos a contentarnos con* exponer; expusimos *a los que las tuvieran de más una lista de cosas que teníamos de menos, para la iglesia y para las escuelas; y hoy un cáliz, mañana una casulla, al otro unos carteles, unas veces de Madrid, otras de Sevilla, de Huelva y hasta de puntos ignorados y enviados las más de las veces por personas desconocidas, por espacio de tres meses hemos ido recibiendo el* don *o los dones de Dios, y al abrir sus puertas la nueva Casa de Dios y de los niños pobres se presenta a los ojos de todos amueblada y ataviada con pobreza sí, pero con decoro y casi sin carecer de nada, quedando sin duda ese casi* para que no falte ejercicio a nuestra fe.

Esa es nuestra Obra, o mejor, la nueva obra del Sagrado Corazón de Jesús en el barrio del Polvorín y esa es su historia hasta el día, y esos los medios con que se ha fundado y se sostendrá."

II

La Colonia del Polvorín

Podía ya descansar tranquilo D. Manuel?...

Dos años han pasado de la inauguración de aquella iglesia y aquellas escuelas, pero su celo no está satisfecho. Por eso, dice:

"El celo es un poquito o un pocazo ambicioso *y aun en este caso creo que no era una gran ambición desear para nuestro Señor una casa mayor y no arrendada y para los niños pobres que estaban y los que por falta de sitio no podían estar unas escuelas amplias, ventiladas, con mucho campo, mucho aire y mucha alegría.*

Pero... esas ambicioncillas costarían unas cien mil pesetas *por lo menos, y sumar esto a los setenta y tantos duros del mes de la otra casa y a los ciento cincuenta de las escuelas del Sagrado Corazón del barrio de San Francisco y a los que cuestan la escuela de la Virgen de la Cinta y la obra de las Vocaciones y la Granja Agrícola Escolar, y las escuelas nocturnas y la propaganda de todos los* etcéteras *que bajo el patronato y por obra y gracia del Corazón de Jesús vienen funcionando aquí, vamos, aquello no era ya un caso de indigestión sino un cólico* miserere... *¡Cien mil pesetas, Corazón Santo! ¿De dónde, por dónde, en dónde, a dónde...?*

Y mientras tanto los maestros que no dejaban de decir al cura de marras: Mire Vd. que allí no caben tantos niños; que no sabemos qué hacer con tanto niño que pide entrar... Por otra parte el Padre Capellán:

Mire Vd. que en aquella iglesia no se puede estar con recogimiento, ni se puede predicar, ni se pueden oír confesiones; como está separada de las clases solo por paredes de lienzo y está tan a flor de la calle, el ruido de los niños de dentro y de la gente que pasa producen una algarabía insoportable.

¡Cien mil pesetas! ¡Corazón Santo!, ¡de dónde!...

Y aquí empieza lo que pudiéramos llamar sección pintoresca *de esta historia y que pudiera titularse: De cómo sin una peseta se levanta una colonia escolar que cuesta más de cien mil ídem.*

Y la llamo Colonia *porque aquello no es ni iglesia solo, ni escuela solo, ni casa para maestros solo, ni campo para trabajos agrícolas de los escolares solo, sino que es todo eso junto.*

Y ¿cómo?, parece que estoy oyendo ya exclamar a alguno entre curioso e incrédulo, ¿cómo ha sido eso?

Voy a decirlo parte por parte, para gloria del Corazón de Jesús, Amo y Padre de la Colonia, y estímulo de aquellos mis hermanos que se ven en apuros semejantes.

¿Y el terreno?

Era lo primero con que había que contar; una buena extensión de terreno en donde cupieran todas esas cosas que he dicho con la amplitud deseada.

Hay que tener en cuenta que este barrio del Polvorín comprende tres barriadas bastante pobladas y separadas entre sí; y son: el barrio de la Peste *(llamado así por las fábricas de Guano allí establecidas y las aguas que por ser todo aquel terreno de marismas quedan estancadas), el barrio de Valbueno, situado a lo largo de la carretera de Huelva a Sevilla y el propiamente Polvorín en donde la Compañía de Río Tinto tiene sus depósitos de minerales.*

Cada uno de estos barrios está situado en los vértices de un triángulo casi equilátero que viene a formar toda la barriada.

Pues bien, el centro del triángulo era el lugar estratégico para la Obra por ser el de más fácil acceso para todos, el más alto y el más sano.

Y ¿sabéis a cuánto se paga el metro cuadrado de solares por aquel barrio? A cinco y siete pesetas. (Téngase en cuenta que era el año 1911 cuando esto escribía). *De modo que para una extensión de ocho a diez mil metros cuadrados que se deseaban había que contar con la floja cantidad de* ocho o diez *mil duros.*

Pues mirad por qué coincidencia *unas buenísimas señoras, amigas de la Obra, indican al cura de mis apuros los medios de obtener de la Compañía inglesa de Minas de Río Tinto una buena extensión de terreno que dicha Compañía poseía en el lugar deseado...*

Y se escribe y se habla y se utilizan intercesiones de amigos buenos, como D. Pedro Merry del Val (3) *y se viene y se va y se planea y se mide y, en total, en noviembre del año 1910 se firma una escritura pública por la que el director de la Compañía de Río Tinto, en representación de la misma, cede para una colonia escolar al Arcipreste de Huelva, en representación del Excelentísimo Sr. Arzobispo de Sevilla, diez mil metros de terreno.*

Pagando con Ave Marías a un ingeniero protestante

Lo ha contado el mismo Sr. Merry del Val.

"Un día, me dijo D. Manuel: *Mire, D. Pedro, yo quisiera que fuera Vd. mi intérprete con el ingeniero jefe (inglés y protestante) a ver si quiere cedernos unos terrenos para hacer unas escuelas que están haciendo aquí falta.*

—Bien —le contesté— ¿y cuántas pesetas le ofrezco por el metro cuadrado?

—Mire; Vd. le hace ver la necesidad de las escuelas, la obra social que supone... y puede llegar a ofrecerle... unas quinientas u ochocientas Ave Marías... ¡Vaya! ¡hasta mil puede Vd. llegar...!

No pude disimular la admiración y la risa ante tal salida, presintiendo la derrota y temiendo el momento de verme con semejante proposición ante un inglés pro-

(3) Hermano del Emmo. Cardenal Merry del Val, de santa memoria.

testante y nada menos que queriéndole canjear pesetas por Ave Marías...

Llegó el día. Le hice la proposición del *negocio*, lo más parecido al deseo de D. Manuel, y cuando le salí con la moneda de pago, soltó una gran carcajada y me dijo: —Hecho. ¿Cuántos metros necesita? Y regaló cuantos le pidieron.

Terminada la conversación, marchó de mi casa. Yo no salía de mi asombro y me temía que al pensarlo se arrepintiera, por lo que dije a mi familia: Yo no veo a ese señor hasta que no se haga la escritura; si pregunta por mí, digan que no estoy.

Al momento suena el timbre. Era el ingeniero. Nos echamos a temblar... Pero él, muy sereno, dice a la criada: "Perdone, se me olvidaba el bastón."

... ...

Ya tiene los terrenos. Y ¡qué terrenos!

"Si yo fuera poeta o poetizante *al menos, yo os describiría el sitio como él merece ser descrito, y os hablaría de lo alegre y vistoso de las huertas y viñedos que de un lado lo rodean y de lo pintoresco de la cinta de plata de los ríos Tinto y Odiel, que por otro de los lados se entrelazan y juntan para desembocar en el mar, y de lo interesante de la vista del pueblo de Palos con su histórico puerto y su no menos célebre Monasterio de la Rábida que destaca al frente y de lo bello del mar de Colón, el mar de los misterios, el mar Atlántico, que limita la vista, y del triste contraste que con todo esto forman los grupos de casucas pobres, algunas de ellas de madera y lata, los enormes depósitos de mineral en torno de los cuales pululan piñas de hombres y chiquillos tiznados desde la punta del pie hasta los mismísimos dientes y ¡pluguiera a Dios que no estuvieran más tiznadas sus almas! Y coronando cada cuarto de hora este cuadro, trenes con interminables rastros de vagones de mineral, como maquinistas, fogoneros y peones, que más parecen conglomerados de pirita, que seres humanos.*

Este es el campo de operaciones que nos regaló el Amo bendito, mezcla de cosas muy alegres y bellas como las flores, el mar y las glorias de la Patria y de cosas muy feas y tristes como la miseria de los cuerpos y de las almas de los pobres que no cuentan con Dios."

Y ahora —se preguntaban todos— ¿de dónde saldrá el dinero para edificar esas escuelas? ¡Este hombre está loco! Sí, loco, no se equivocaban, pero estos sublimes locos de amor, son los que han acometido y llevado a cabo las más grandes empresas... ¿El dinero? ¡El Banco del Amo lo facilitará con creces!

Cuando se vive de fe se hacen milagros, que el Evangelio nunca falta: "Si tuviéreis fe, como un granito de mostaza podréis decir a ese monte: trasládate de aquí a allá y se trasladará y nada os será imposible" (Mt. 17, 19).

Y como su fe era más grande que un granito de mostaza le dijo a aquellos llanos estériles y desnudos: Cubríos de cruces y torres, y patios alegres, y pabellones amplios, blancos de cal y de sol para que mis niños pobres jueguen y canten y recen... Y las marismas le obedecieron... y por un milagro de fe y amor florecieron de blancas escuelas...

Tenemos tierra ¡a trabajar! que ya vendrá el dinero, ¿de dónde? ¡nos sobra cielo!... y comenzaron las obras...

Tenía razón D. Manuel cuando decía:

"Si solo con haber empezado a meterse en la obra y escrito unas pocas de cartas y hecho unas pocas de visitas, el Corazón de Jesús manda *la mitad del importe de la obra, haciendo que unos protestantes den el terreno ¿será temeridad mandar trabajar a los albañiles, contando con lo que El vaya mandando cada semana? ¿No sería una tontería y una cobardía insigne no meterse en una obra que se empieza con un empujón de cincuenta mil pesetas?*

Y se pusieron a trabajar unos cincuenta operarios y empezó otro período de esta crónica que podía titular: "Historia de unos sábados".

Porque ¡valientes sábados, o mejor dicho, valientes mañanas las que precedían a esos sábados!

Para los primeros hubo cuerda larga; *un abnegado señor de Madrid, entonces desconocido para nosotros, fué elegido por el Sagrado Corazón para ofrecer las primicias de esta Obra, y mandó espontáneamente cuatro mil setecientas cincuenta pesetas primero, y varios* picos *de importancia después...*

Con estas pesetas se respiró un poco fuerte los primeros sábados; pero se acabaron ¡ay! bien presto y después, después... sólo el Sagrado Corazón de Jesús sabe lo que se le ha pedido y los resortes que El mismo ha tocado para que esas semanas de pasión *tuvieran por remate unos verdaderos sábados de* gloria.

Poco más o menos así ha sido cada sábado.

Por la mañana: *una visita a la caja, un recuento al céntimo de sus existencias y un suspiro hondo que significaba: ¡faltan trescientas pesetas, cuatrocientas, casi todo!*

A continuación: *un paseíto por la calle a ver si la presencia de uno levantaba en el corazón de algún olvidadizo un buen deseo; esperar el correo, darse una vuelta por la escuela y decir a los niños que recen para que* venga lo que hace falta...

Después: *Un encuentro. —¿Vd. es el Sr. tal? —El mismo. —Esa carta es para Vd. —¿De quién? —No lo sé. Se abre la carta, y se lee escrito en letra de máquina: El Sagrado Corazón de Jesús no le olvida en sus apuros de sábados, y le envía parte de lo que le falta para terminar la obra del Polvorín... (textual) y adjunto un billete de quinientas pesetas.*

Otras veces en vez de la carta anónima ha venido el regalo de un amigo, el precio de libros vendidos de "Lo que puede un Cura hoy" o de productos de pequeñas industrias o de rifas. Pero ni un solo sábado se ha dejado ir al maestro *de obras con el bolsillo vacío.*"

"El Granito de Arena" se encargaba de exponer las cosas que hacían falta para las nuevas escuelas e iglesia y el Corazón de Jesús se encargaba de mover las voluntades para que mandaran los lectores los objetos o las pesetas necesarias...

UN PENCO QUE SALIÓ TROTÓN

Por cierto que en una de estas listas de "*cosas que hacen falta*" apareció esta *nota*: "*Como el barrio en donde se proyectan esas iglesias y escuelas está bastante retirado, nos convendría mucho para trasladar maestros, propagandistas y demás personal afecto a las mismas, una tartana o cochecito con su modesto penco;*

¿tendrían algunos de nuestros amigos algunas de esas cosas de sobra?

¡Qué bien nos vendría!"

Al año próximamente llegó el *modesto penco* y ya antes había llegado también el cochecito, "*pero no vayan Vds. a creer que se ha concedido como se pedía;* —escribía D. Manuel— *que excede en mucho a nuestras modestísimas pretensiones; como que aquello ni es* modesto, *ni es* penco, *que es un soberbio caballo fuerte, noble y la mar de* apañado *para lo que hacía falta.*"

Lo que no sabía entonces el Sr. Arcipreste y ya después solía contar con mucha gracia, es que el deseado animal, resultó que había trabajado en un circo, y estaba tan resabiado que, camino del Polvorín le daba por lucir sus habilidades y hacer piruetas y saltos, con lo que se hizo imposible destinarlo al fin propuesto y algún tiempo después hubo que venderlo... y volver a utilizar para llegar al alejado barrio "*el coche de S. Fernando*", a pesar de molestias y escasez de tiempo y sobra de ocupaciones...

He aquí otro gracioso reclamo de "El Granito de Arena" cuando se hallaba empeñado en estas obras Don Manuel:

"*...Faltan todavía... así como unas* veinte mil pesetas, *es decir, unas cuantas* libras *y* arrobas *de metal...*

Y ¡pensar que hay tanto metal mohoso *por ahí de no servir!...*

Nota: *Nos ofrecemos completamente de* balde *a quitar el* moho *a toda clase de metales acuñados, y disponemos de* cajas de caudales *en donde ni la* polilla *ni el* moho ni los ladrones *pueden tocar.*

Para informes, *el Santo Evangelio.*"

Del Santo Evangelio sacaba D. Manuel las *recetas* que tan buenos resultados le dieron para hallar los medios con que hacer sus obras.

Las respuestas del Corazón de Jesús a esta ilimitada confianza de D. Manuel daban ocasión a verdaderas sorpresas, que más bien diríase milagros de su providencia, que si bien se gozaba en poner a prueba su fe en mil ocasiones, luego, como tantas veces pudieron comprobar los que le rodeaban, se lucía dando en el momento oportuno el remedio necesario.

He aquí uno de los innumerables casos en que esto ocurrió.

Era el 31 de octubre de 1911. Se hallaba el Arcipreste escribiendo un precioso artículo para "El Granito" sobre su teoría de la confianza en el Corazón de Jesús y como prueba de lo que decía sobre ella, añade:"...*Son las diez y media de la mañana y para las cinco de la tarde* habré *debido pagar a los maestros de los tres grupos escolares que el Sagrado Corazón de Jesús sostiene aquí en Huelva; he mirado la* caja; *¡qué desastre, Dios mío! ¡qué soledad tan espantosa la de su interior!*

He contado unas cuantas veces los cuartos que por allí andan y todavía me faltan unas quinientas pesetas. ¿Qué hacer para pagar los diecisiete sueldos de esta tarde?

¡Dejarse ir, que ya el *Amo* de las escuelas vendrá a *pagar a sus maestros! ¿Quién puede creer que El tan formal y tan bueno, va a quedar por* tramposo?

¡Qué sacrilegio!

¿Por dónde va a venir el dinero?...

¿A mí qué me importa con tal de que venga? A mí lo que me toca hoy es contar *con que viene y con que pagaré. Ni más ni menos; lo demás le toca a El.*

Acabo de escribir estos renglones y llama a la puerta el cartero.

A pesar de mis propósitos de abandono al dejarme ir, *no he podido reprimir esta pregunta a mi mismo*: *¿Vendrá ahí? Sí, señores y amigos míos, ahí está el dinero que faltaba, ahí está el* Amo *con el jornal de* sus *trabajadores ¡ahí está El!*

¡Viva el Corazón de Jesús! Un amigo de Sevilla, Don Juan Espina, para que otro no pierda, *me escribe,* poniendo a disposición de las escuelas las quinientas pesetas.

Y a pesar de que este hecho se ha repetido en esta obra más de mil veces, ¿qué queréis que os diga?, cuando se repite una vez más se aflojan los dedos y apenas puedo escribir y me dan unas ganas de llorar de gratitud y de salir gritando por esas calles diciendo cosas de El y no parar mientras me quede lengua...

Y hago punto aquí, porque con lo dicho y la prueba tan a punto *con que lo ha confirmado el Corazón de Je-*

sús creo que basta para demostrar que la confianza en en el Corazón de Jesús es el gran tesoro *de la acción católica.*

¡Y el que dude que haga la prueba!

YA SE ACABARON LAS OBRAS...
¡Y LOS SÁBADOS!

Con unas fiestas inolvidables, fervorosas, de esas que sabía preparar D. Manuel, tan a su estilo, se celebró la inauguración y bendición de la Colonia por el señor Arzobispo de Sevilla, en los días 1 y 2 de abril de 1911.

"*El Polvorín contaba ya* —como escribe el Arcipreste— *con su iglesia de* 18 *metros de larga por* 10 *de ancha... con sus cinco amplias clases ventiladas... con sus patios espaciosos para niños y niñas, con sus mapas de alto relieve, con su pozo de agua dulce de diecisiete metros y medio de profundidad y cuarenta y cinco gaterías, con su molino de viento para extraer y distribuir et agua, con su azotea de cuarenta metros, con sus viviendas para Capellán y Maestros, con su gran campo para sembrar árboles, verduras y flores los mismos niños y un conjunto y un ambiente de alegría, de satisfacción, de esperanzas risueñas que meten al más indiferente unas ganas atroces de hincarse de rodillas en cuatquier rincón de aquéllos y decir con el corazón y tos ojos rebosando lágrimas: ¡Bendito, bendito mil veces sea el* Amo *de esta casa!*"

"*Los que no han acabado son los sábados célebres con todos sus gajes*".

Enumera a continuación D. Manuel algunas de las cosas que aún no se habían pagado y que se habían tomado "*sobre el crédito que goza el* Banco *de que se surte el Cura de mi historia* —y añade—: *el que quiera pagar algunas de estas cosas recibirá el premio del Corazón de Jesús y dará un* alegrón *al Arcipreste de Huelva*".

"*Un reparo le han hecho no pocos amigos al Cura en cuestión, en esta o parecida forma:*

Y ¿no apretaría Vd. más a ta gente, para que diera el dinero que falta dejando paradas las obras? Porque

al verla concluída a nadie se le ocurrirá que aquello no está pagado.

Y el interrogado ha respondido invariablemente: "A la gente se le apretaría *más dejando esto a medio hacer; pero ¿no les parece a Vdes. que al* Amo *de la obra se le* aprieta *más terminándola del todo y* contando *con El y poniéndola desde luego en* explotación?

¿No les parece que debe mover más una obra con centenares de niños alabándole y pidiéndole, que con los palos de andamio a medio quitar...?"

"Mi caja de caudales —decía en otra ocasión— *por* obra *de las buenas almas y* gracia *del Sagrado Corazón, se convierte los sábados por la tarde, después de pagar, en una* adivinanza *a cuyo pie pudiera ponerse este letrero: La caja; ¿y el* caudal? *La solución, el sábado que viene".*

Este espíritu sobrenatural de D. Manuel, esa confianza sin límites en el Corazón de Jesús, no podían quedar defraudados.

La obra se terminó y aquellas partidas que aún estaban sin pagar se fueron pagando; y en dinero, en objetos para la Colonia escolar y hasta en animales productivos fueron llegando auxilios para aquella empresa en favor de las cuatro mil almas abandonadas de aquellos polvorineros.

Don Manuel por su parte no perdonó sacrificio ni esfuerzo, por medio de su palabra, de su pluma, de la venta de sus libros y hasta del ofrecimiento del estipendio de sus Misas, para allegar cuanto podía, sin mirar en sacrificios.

En aquel mismo año de 1911 escribía él que le lisonjeaba la esperanza de permitirse, para gloria del Amo y satisfacción de los amigos, el gustazo de poner con letras muy gordas y muy llamativas este versito:

¡¡¡Se acabaron felizmente
Los sábados del Arcipreste!!!

Y por fin, en diciembre de aquel mismo año publicó un artículo chispeante de ingenio anunciando *¡Una gran noticia! El Polvorín y la muerte de unos pícaros.* Estos

pícaros eran "*los famosísimos sábados del Polvorín que por lo que habían dado que hacer merecían ese título, y al mismo tiempo tan interesantes por el curioso espectáculo que se daba en cada uno de ellos de nacer las pesetas como por generación espontánea del fondo árido de una caja, que pudiera servir de* máquina neumática *por el vacío tan absoluto de su interior*".

¿Cómo se acabó con ellos? "*Esta obra* —continúa Don Manuel— *se ha hecho sin pedir, ni molestar a nadie, más que al Sagrado Corazón de Jesús, y así quiero acabarla, contando con El. ¿Cómo? Ofreciendo lo que me quedaba que dar a cambio o en compensación de lo que me hace falta recibir.*

Para pagar esa obra he dado (y permítaseme ahora esta inmodestia que creo necesaria) los librillos y los papeles que he escrito, los sermones que he predicado, los ahorrillos de mi menguada caja y todos los resortes de mi desmedrado ingenio... Y yo no sé si el Amo *o mis apuros, o los dos juntos me han sugerido un recurso de que no había usado hasta ahora*".

Ese recurso para poder pagar un pico de doce mil pesetas que aún le quedaban de deuda, consistió en ofrecer (por medio de una circular publicada en "El Granito") a veinticinco personas o amigos que quisieran, decir las Misas Gregorianas por un difunto de su familia y aplicar el estipendio de quinientas pesetas a saldar esa deuda, teniéndole además como suscriptor gratuito a perpetuidad de "El Granito de Arena".

¡Hasta ahí llegó en su interés por la Obra y en su desinterés por sí mismo!

A las personas que respondieron a esta proposición, se unieron otros donativos y el simpático rasgo de don Manuel Siurot ofreciéndole el original de su libro "Cada maestrito...", más el que estaba escribiendo de "Cosas de niños" para que dedicara el importe de su venta a pagar el *pico* del Polvorín.

Ante todos estos auxilios providenciales D. Manuel se deshace en alabanzas y agradecimientos al Amo, en "El Granito", y después de *hacerse pedazos* (como él dice), hablando de El y a El de la confianza en su Corazón Divino, termina diciendo: "*Y ahora permitid al cronista que corone sus desahogos cantando el versillo*

que prometió cantar para cuando perecieran los célebres sábados, y que añada:

Se acabaron felizmente
Los Sábados del Arcipreste,
Confiando noche y día
En el Amo solamente.

III

Pensando en el porvenir de sus escuelas

LAS fiestas de inauguración de la Colonia fueron celebradas el 1 y el 2 de abril de 1911 con asistencia del Prelado de la Archidiócesis.

Un mes después, escribía así el señor Arcipreste: "*Gracias al Amo y Padre de la Colonia puedo dar a los amigos unas cuantas noticias.*

El lleno: los chiquillos que han acudido a las nuevas escuelas han sido una bendición de Dios.

Al día siguiente de la apertura de la matrícula un lleno *rebosante ocupaba las listas y las clases.*

Y ¡qué familia, Dios mío, la que nos ha entrado por las puertas!

A excepción de los niños de la escuelita que tuvimos antes arrendada en el Polvorín, la mayor parte es completamente analfabeta, *de todo ¿eh? de lo divino y de lo humano; tenemos niños sin bautizar y otros bautizados por los protestantes, los tenemos de la* orden *de los* calzados *y de los* descalzos, *estos en buen número; la habilidad en que muchos de ellos sobresalen es manejar la honda y descalabrar cabezas de transeuntes; también se hace sentir la necesidad de una buena alberca de agua donde se despojen de las costras del* hombre viejo *y de donde salgan con la limpieza del* hombre nuevo. *El otro día declaraba uno ingenuamente al Director que no se lavaba más que cuando tenía que ir a Huelva y cuenta que va de tarde en tarde.*

Gracias a Dios hay buen fondo, y la disciplina escolar se ha impuesto sin violencias; los niños de la Colonia han tomado ya la marcha *de nuestras escuelas. Saludan al entrar y al salir con un "Ave María", besan la mano del sacerdote, se descubren al paso del maestro por la calle, y los tejados de las casas y de los vecinos no se han visto amenazados con la visita de las piedras.*

Prueba de lo que llevo dicho, es el mes de María celebrado en la Colonia. Es un cuadro por demás consolador y simpático ver tanta fila de niños y niñas en torno del altar de la Inmaculada, que más parece monte de flores por la abundancia de ellas que ellos mismos le traen, y cómo rezan, los que saben, y cómo le cantan el "Venid y vamos todos" y cómo le dicen sus versitos y diálogos las niñas vestidas de angelitos (no muy auténticos que digamos) y cómo los padres y las madres van cambiando su extrañeza de los primeros días en lágrimas de gozo al oír a sus niños y niñas cosas tan bonitas y cómo la imagen del Divino Maestro que preside este cuadro parece que sonríe y bendice...

Sí, señores, la obra de la Colonia escolar del Polvorín da muchas esperanzas."

Religiosas en el Polvorín

A los tres años de funcionamiento de la Colonia del Polvorín, queriendo D. Manuel asegurar mejor el porvenir de aquella hermosa obra de educación cristiana que allí venía realizando, pensó encomendarla a una comunidad religiosa, y providencialmente conoció a las Religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús (4).

"En aquellas monjitas, mitad maestras, mitad misioneras, y locas por entero de amor al Corazón de Jesús y a los niños pobres", como él decía, encontró las cooperadoras que tanta falta le estaban haciendo para aquel Polvorín tan necesitado. Aceptada por ellas la propues-

(4) Las Religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, fundada por el siervo de Dios don Enrique de Osó y Cervelló, fueron conocidas por D. Manuel en uno de sus viajes de propaganda, y habiendo ido algunas de ellas a Huelva, a observar los procedimientos del señor Siurot, conocieron el Polvorín y aquellas Escuelas.

ta de D. Manuel, les preparó éste su fundación en la Colonia polvorinera.

A principios del año 1914, "*un ejército de albañiles, carpinteros, pintores, cristaleros y herreros gastando municiones de la sufrida caja del* Amo —escribía el Arcipreste— *ha pasado por allí y junto a las escuelas e iglesia de antes, han construído el* pequeño *aunque* cabal *monasterio para las Hijas de Santa Teresa*", que allí llegaron el 15 de septiembre del mismo año, comenzando su apostólica labor con el nuevo curso que abrieron el día de San Miguel Arcángel.

Decía D. Manuel que el celo es un poco o un pocazo ambicioso. ¿Quedaría ya esta obra marchando sin dar nuevas preocupaciones y sin los apuros de aquellos famosos sábados... de *gloria*?

De ningún modo. Aquella obra tenía mucha vida y esto bien lo demostraba su crecimiento. El celo de aquellas buenas religiosas, bendecido por el Corazón de Jesús, iba trayendo y conquistando más y más almas y... había que pensar en otra nueva ampliación.

Y como agradará al lector saborear una vez más el gracejo con que D. Manuel lo cuenta y el espíritu apostólico y sobrenatural que refleja, preferimos sea él quien nos lo diga, y descubra una vez más su alma sacerdotal.

Un apuro y una alegría

"*El* apuro: *¡Que ya no vamos cabiendo! Fué casi la última palabra que me dijo la Madre Superiora del Polvorín cuando me despedía de ella para mi reciente largo viaje por tierras de Marías.*

¡Que no cabemos ya! Ha sido la primera palabra con que me ha recibido a mi regreso. ¡Que son tantos los vecinos del barrio que están viniendo a nuestra Misa y a nuestros pobres cultos y tantos los que van recibiendo los Santos Sacramentos por vez primera o después de largos años que no caben *en la iglesia!*

¡Que son tantos los niños y niñas que acuden a nuestras clases que no caben *en la escuela! ¡Que son tantas las niñas mayores que nos piden un tallercito en donde hagan el aprendizaje de costura y bordado y eviten así la perversión de sus almas y el malogro y explotación*

de su juventud, que hace falta, que es urgente poner un taller! ¡Que hacen falta más retigiosas que atiendan a ét y a las nuevas clases! ¡Que hacen falta utensilios para el taller y que hay que agrandar la iglesia y las clases!

Qué... ¿os parece menudo el apuro en que nos ponen nuestras revolucionarias Teresianas del Polvorín? Más local, más personal, más herramientas... es decir, más dinero.

¡Y la guerra por ahí y por aquí el hambre de los que no tienen, y los desmayos a consecuencia de todo esto de mi caja...!

¿Verdad que el apurito de este pobre cura es de los que cortan el hìpo?

La alegría: No vayan Vds. a creerse que esta alegría proviene de que me haya tocado el premio gordo o la herencia de algún tío en Indias; no, que mi alegría es del todo espiritual.

Es que me he puesto a filosofar un poquito sobre mi presunto apuro y he descubierto ¡oh virtud de la filosofía de los necesitados! que esto en vez de apurarme debe alegrarme y con júbilo extraordinario.

¿Sabes, me decía al oído mi musa filosófica, lo que significa, supone, vale y hace esperar ese no caber la gente ni en la iglesia ni en la escuela? Acuérdate de las veces que te has lamentado ante las "Marías" de esos mundos de Dios, de lo llenas que están en los pueblos las tabernas y lo vacios que están los templos y los sagrarios.

Acuérdate de los empujones que tienes que dar a tus feligreses mismos de San Pedro para que te llenen la Parroquia y de lo que te hacen sufrir, porque todavía no te la han llenado.

Acuérdate de las lágrimas que te ha costado ver aquel populoso barrio del Polvorín sin una iglesia, sin una escuela y a sus vecinos tan... satisfechos de no tenerla y tan sin echar cuenta de Dios, ni de su alma, ni de su elevación moral... Acuérdate de aquellos chiquillos que te apedreaban, de aquellas vecinas que se reían de ti, de aquellos vecinos que te miraban con malos ojos y míralos ahora después de seis años de siembra callada en nombre y por amor del Corazón de Jesús, míralos, ahora aquellos hombres y aquellas mujeres y aquellos

niños meterse en aquella iglesita y en aquellas escuelas tantos que... ¡ya no caben! ¿Apurarte? ¿Apurarte? ¿De qué? ¿De que han venido?... ¡No! ¿De las pesetas que tienen que venir para ensanchar la casa? ¿Pero crees tú que es más difícil traer pesetas *que* almas *y que el que te ha traído* lo más, *que son las almas, no te va a traer lo* menos *que son los miserables ochavos?*

Tal me dijo mi musa, o mejor, mi sentido cristiano y tanto me holgué de sus razonamientos que, abriendo de par en par las puertas de mi alma a la alegría más optimista me he puesto a tratar con arquitectos y albañiles y embarcado en la nueva obra de ampliación del Polvorín.

El taller de costura

Por lo pronto yo, firme en mi propósito de pedir sólo a El y de exponer más que pedir a los hombres, empiezo por exponer la lista de cosas que hacen falta para el nuevo taller de costura del Polvorín". (Pone a continuación una lista de objetos necesarios para esto y termina así): "*¿Sobrarán algunas de estas cosas por ahí? Pues ya saben en dónde hacen falta.*

Para lo demás, o sea para ladrillos, mezclas, maderas, hierros, jornales, etc., tampoco pido ni molesto a nadie en particular. A nuestros amigos que quieran y puedan les basta saber lo que necesitamos. El Amo y su caridad les harán responder.

Fray ejemplo que dicen que es el mejor predicador quiere también meter su cuarto a espadas en esta obra.

Me han regalado un riquísimo reloj de bolsillo, de oro, de doble tapa, cincelado, de máquina alemana inmejorable.

Como me han dejado en libertad para dedicarlo a lo que quiera y a mí no me pega *llevar reloj de oro, y, más que* horas, *lo que necesito que me den son* cuartos, *me he resuelto a rifar el reloj y convertir su producto en los referidos ladrillos, maderas, hierros de mi en* breve *ampliado Polvorín.*

Añadiré como segundo, tercero y cuarto premio un colgante de cadena formado por una moneda *de oro de 25 pesetas, una pitillera de plata de ley y una pulsera de ídem que me acaban de regalar.*

He pensado poner la papeleta a peseta con opción a cuatro números y estoy seguro que con las pesetillas de papeletas que saquen los amigos y amigas de "El Granito" entre los suyos y las que vengan de fuera de serie *vamos a poner nuestro Polvorín en condiciones de que por bastantes años no vuelvan a decirme el "no caben" de mis apuros y de mis alegrías. ¡A que sí!*

El Arcipreste de Huelva".

¿Han llegado las pesetas?

A los quince días escribió lo que sigue:

"*Han llegado... ¿las pesetas esperadas? No, no, los albañiles con sus palanquetas y sus carros de ladrillos y de arena, cal, yeso, etc., etc., y allí andan echando abajo la pared del templo, para hacerlo más grande, y los herreros levantando una armadura para cubrir un patio de veintisiete metros de largo por diez de ancho, y los rapazuelos y rapazuelas de* estricta descalcez *rodeando a* Do Manué *Vicario y cada cual en su tono preguntándole entre limpión de nariz con el revés de la manga y bocado al mendrugo de turno*: —Dí usté ¿verdá usté *que van a* poné *aquí ahora una* Catreá de Seviya *con* Girarda y tó?... ¡Josú, *y no* lo *van a* poné *bonito ni* ná er Porvorín!...

Dise *esta niña que* usté *está* podriíto *de rico,* ¿verdá usté? Pos *yo digo que* Do Manué *no está rico, sino que el Amo le larga la* lú.

Por eso dise *la Madre que* comúrguemo *mucho* pa *que venga* guita... —¿Pa qué? —¡Pos pa *este lío...*!

¡En plena Obra! O lo que es lo mismo: en plena semana de pasión *y esperando de nuevo la repetición de los famosos* sábados de gloria.

El primer viernes cuando ajusté ya la obra con el contratista... y llegamos a la cuestión *del pago, me dice aquél con una sonrisa muy significativa: bueno, como la otra vez, los sábados... me daré una vueltecita por su casa... Así es que ya ven Vds. si espero ser favorecido semanalmente.*

...Y nada más. Que hay tela cortada para rato con este Polvorín de mis soñados y en breve realizadas ampliaciones."

La Compañía de minas de Río Tinto, lució de nuevo su generosidad con aquellas escuelas, concediéndoles unos quinientos metros cuadrados de terreno que hacían falta para la ampliación realizada y el dinero necesario para cercar con una tapia los terrenos cedidos.

Y ya en octubre de 1915, en la ampliada iglesia y escuelas, completadas por un gran salón taller para la hermosa obra post escolar de preservación de tantas almas expuestas a mil peligros al salir de la escuela, se celebró la fiesta de Santa Teresa con la inauguración, entre otros actos, de un Patronato de Obreras del Sagrado Corazón de Jesús, para proporcionar gratuitamente enseñanza doméstica y de oficios varios a las alumnas procedentes de las escuelas católicas de Huelva que hubiesen cumplido catorce años.

El Amo se había encargado de mover algunos corazones y las cuarenta oficialas primeras ya contaban con sus siete máquinas de coser y de punto, utensilios y materiales de labores y oficios para no solo aprender sino poder trabajar y ganar el sustento...

Aquel mismo día quedó fundada también una Caja Dotal para las obreras y una Mutualidad escolar, con sus estatutos respectivos. ¡Admirable floración de aquella obra comenzada hacía siete años en un portal prestado del barrio del Polvorín!

Con la inteligente y abnegada dirección de las religiosas, aquel plantel de jóvenes dió preciosos frutos.

Hoy, ya son innumerables las familias cristianas formadas por aquellas jóvenes de las que no sólo salieron madres cristianas sino hasta fervorosísimas religiosas.

Las beneméritas Hijas de Santa Teresa aún siguen trabajando en aquel barrio, después de haber ellas establecido un internado para niñas y ampliado aún más el edificio, reconstruyendo después de la guerra lo que destrozaron de su iglesia los rojos y sembrando la semilla del bien entre aquella regenerada porción del rebaño de Cristo, en colaboración con la nueva parroquia, que bajo la advocación del Sagrado Corazón, estableció la autoridad eclesiástica en aquella barriada, cuando ya Don Manuel no estaba en Huelva porque la Providencia, elevándole al Episcopado, había señalado otro campo a sus actividades.

Y todo se hizo abriendo un crédito de confianza y abandono inmenso en el Banco de las añadiduras, ¡el Banco del Amo, que nunca quiebra!

¿Verdad que llevaba razón el Arcipreste?

Escuelas del Polvorín



Fachada principal

Juegos al aire libre



Altar mayor



Fachada de la Iglesia



Una clase







La «Casa-Sagrario»

D. Manuel González Serna

D. Fernando Díaz de Gelo

Vble. D. Andrés Manjón





Monasterio de «La Rábida»



CAPITULO VIII

ESTOS SON MI MADRE Y MIS HERMANOS

1.º—*El apóstol de los pobres.*
En las cuevas del Carnicero.
Pidiendo limosna por amor de Dios.
Después de la huelga.
Amortajando a un virulento.
Acogedor de perseguidos.

2.º—*Los compañeros del camino...*
Historia de una pasionaria.
D. Fernando Díaz de Gelo.
«El Maestro» D. Andrés Manjón..
Su puesto en la vida oficial de la ciudad.
La conquista de un brindis.
A pesar del Gobernador.

3.º—*En el piso del «Paseo del chocolate».*
¿Qué es de nuestra D.ª Antonia?
La casa de todos ¡hasta de la señá Pepa!
Muerte de su madre.
¡El Corazón de Jesús se la llevó!

I

El apóstol de los pobres

Pobrecillos *los pobres, ¡despiertan tan poco interés a su paso por el mundo!...*" (1). Con esta frase sencilla y hermosa condensaba todo el tesoro de compasión que encerraba su alma para los pobres.

Mineros de Ríotinto, enfermos abandonados en míseros lechos, en brazos de la desesperación y la miseria, niños paliduchos y hambrientos del Polvorín ¡cuánto os amaba D. Manuel! Por vosotros se desvivía, para vosotros de puerta en puerta salió más de una vez implorando caridad, y pensando en vuestro abandono ¡cuántas veces perdía el sosiego de su espíritu y huía el sueño de sus ojos!... De tal manera os habíais adueñado de su corazón, que muy bien pudo decir él de vosotros, como el divino Maestro señalando a sus pobres pescadores: "estos son mi madre y mis hermanos" (Mr. 3, 34).

Donde quiera que se anidara la pobreza, allá le estaba su compasión empujando. Unas veces será el lecho de un enfermo, otras un niño ojeroso y hambriento que se tropieza en la calle, o un pobre obrero lanzado por manos criminales a una huelga que se lleva la paz del hogar y el pan de los hijos...

Y como al amor no hay quien le ponga barreras, hasta a las cuevas de los gitanos caminará compasivo... ¡También ellos caben dentro de su corazón!

(1) «Apostolados Menudos», 1.ª serie; 3.ª ed. p. 88.

En las cuevas del Carnicero

Pensativo y triste andaba cierto día. Algo que le preocupaba en extremo, le había arrancado de los labios la sonrisa. Aquella tarde al salir de su parroquia de San Pedro, su corazón late con más violencia y sus pasos más ligeros que de ordinario se pierden por las calles como si tuviera más prisa que nunca por llegar...

¿A dónde? En la falda de los "cabezos", aquellos montículos que dominan a Huelva, está la Cuesta del Carnicero, un grupo de cuevas excavadas en la tierra donde moran los gitanos.

Aquellos pobres gitanos que nombran a Dios sólo para blasfemarlo, allí moran hacinados en una promiscuidad vergonzosa.

Ha llegado a las puertas. Va solo. Los gitanos, sorprendidos por aquella visita extraña, se esconden en el fondo de sus hórridas viviendas. Y por más que D. Manuel se esfuerza por atraerlos con frases de cariño y campechanía, la prevención y extrañeza de los gitanos no desaparece. Ni él entendía aquel lenguaje, ni ellos las palabras del ingenioso apóstol. Aquella tarde fracasó; había que repetir la visita y ganar palmo a palmo su confianza. El Arcipreste se dedicó a buscar en el *léxico faraónico* las palabras que mejor pudieran entender aquellos pobres gitanos y bien pronto, aprendidas y asimiladas, volvió a las cuevas con golosinas para los "churumbelillos", y limosnas para los necesitados.

Atraídos por las chucherías y por la sonrisa del Padre Cura, iban saliendo de sus guaridas; y como la visita se repitió diariamente durante una temporada, acabaron por salir todos de los escondrijos, donde se agazapaban los primeros días, tan pronto como veían asomar la sotana.

Establecida ya la corriente de simpatía, no tardó en conquistarse la confianza y el cariño de sus catequizandos.

El resultado de estas visitas pastorales fué que los gitanos en su gran parte adultos, recibieran las aguas del bautismo, que se casaran como Dios manda, que aprendieran a rezar y a querer al Corazón de Jesús, que

fueran a Misa todos los domingos y que no pocos llegaran a frecuentar el camino del Sagrario.

El Sr. Arcipreste tenía prisa por bautizar y casar a aquellos infelices para que vivieran en gracia de Dios, y cuando los juzgó convenientemente dispuestos les ofreció no cobrarles los derechos del arancel, si lo hacían dentro de un tiempo prudencial que él les señaló, ya que por otra parte casi todos eran pobres de solemnidad.

Muchos, se acogieron a la generosidad de D. Manuel; pero había un herrero de oficio, que no bautizaba a su hijo, no obstante ser ya este tan crecido que podría ir por sus pies a la iglesia. El herrero se excusaba siempre con que tenía mucha faena y no podía dejar el trabajo.

Don Manuel le reconvenía paternalmente su conducta hasta que un día se valió de una traza ingeniosa para que el bautizo se celebrara, en ocasión de llamar él al herrero gitano, para confiarle un chapuz de su oficio.

Buscados los padrinos, gitanos también, se le hizo un bautizo de *rango* y aquellos se permitieron el lujo de "echarle capa y órgano".

Terminado el acto, pasaron a la sacristía donde abonaron los derechos: treinta reales, que fueron contados en ochavos. D. Manuel los recogió, los guardó cuidadosamente en un sobre, y a los pocos días entregó el sobre con los treinta reales al padre del nuevo cristiano, cuando le terminó el trabajo encargado, no sin abonarle además el importe del chapucillo (2).

Ni que decir tiene que el herrero ya no olvidaría a aquel Padre Cura todo caridad, que supo mansamente, llevar un rayo de luz divina a su alma y el calor de su cariño al corazón.

Ahora es otra angustia la que le oprime su alma, que haciendo propias las miserias ajenas, siempre está en cruz sufriendo con todos los que sufren.

Pero esta pena es más honda. Son sus niños pobres expuestos al horror del hambre...

(2) Apuntes de D. Gómez.—1940. Huelva.

PIDIENDO LIMOSNA POR AMOR DE DIOS

Están en huelga los mineros de Ríotinto. Con las copiosas lluvias de aquel invierno espantoso de 1913 se han inundado los campos, y el Odiel y el Tinto, (aquellos dos ríos que en Huelva se abrazan antes de morir en el mar), rompiendo los cauces, con sus aguas rojas de mineral han cubierto las marismas en un diluvio, que parece de sangre... Todo se ha juntado: la ira del cielo y la mutua incomprensión de los hombres para recargar de tintas negras aquel cuadro trágico...

Paralizadas las minas, entregado a un forzado ocio, tenso de ocultos rencores el innumerable ejército del trabajo, en luchas encontradas los intereses, soliviantada la opinión, alarmadas las autoridades, era de temer un choque rudo y bárbaro de lamentables consecuencias.

Pronto, cegadas las fuentes de la riqueza, la miseria hizo presa en la ciudad y vióse el horrible espectáculo de miles de niños expuestos a morirse de hambre.

Aquello era terrible como una pesadilla dantesca. Cuadrillas de obreros por las calles, torva la mirada y arrugado el ceño, en un silencio meditativo y rencoroso; pléyades de mujeres pidiendo, y un hormiguero de niños por todas partes, tristes, con la huella del hambre en sus caritas de cera...

¡Diecinueve mil obreros sin llevar un jornal a su casa durante cuatro meses! ¡Qué cuatro meses de huelga!

Nuestro Arcipreste hondamente conmovido al ver pálidos los rostros de los niños, sin alegría y sin pan, tomó la pluma y en unas líneas que parecen escritas con lágrimas hizo un llamamiento al corazón caritativo de la ciudad.

"*El hambre en Huelva*": Así titulaba aquel grito de alarma: "*Con síntomas horribles amenaza a nuestra ciudad una gran hambre.*

Ciudad eminentemente obrera, ve cegadas sus fuentes de vida con la ya larga huelga de Ríotinto, las inundaciones de sus campos y el enojoso pleito con los portugueses sobre la pesca.

Ante situación tan precaria, que está llevando la desolación a tantos hogares, y sin prejuzgar cuestiones

sumamente delicadas y que exigen serenidad y prudencia exquisitas, creo de mi deber excitar, aunque creo que no lo necesitan, la caridad y el celo de los reverendos sacerdotes y buenos católicos de Huelva en favor de tanto hogar triste y desvalido.

Por lo pronto y atendiendo a lo que me ha parecido más urgente, he autorizado a los directores de nuestras Escuelas del Sagrado Corazón, pobladas por niños obreros, para que den vales *de comida a todos los niños de quienes sepan que pasan hambre en sus casas* (3).

La divina Providencia, acudirá como siempre, en auxilio de mi pobreza.

Que el Corazón de Jesús, Padre de ricos y pobres y Autor de todo acierto, lo ponga en las soluciones de los llamados a resolver estos problemas, y destierre todo apasionamiento que retrase el reino de la paz y de la justicia."

Y se abrieron de par en par para los niños hambrientos los comedores de sus Escuelas. Para todos sin excepción, que de todos se sentía él padre y los padres no guardan preferencia en la hora de acercarlos a la mesa, con ninguno de sus hijos...

Pero la gran caridad no es solo el dar, es más difícil el *darse*, el entregarse en alma y cuerpo al servicio de los pobres y D. Manuel se entregó de lleno. Venciendo la repugnancia interior que supone el ir pordioseando de puerta en puerta, se lanzó a la calle y acompañado de unos caballeros recorrió la ciudad como un mendigo pidiendo limosna para aquellas víctimas inocentes. Era emocionante ver aquella mano tendida del Arcipreste y oír aquella lengua que con acentos lastimeros hablaba de sus niños hambrientos, despertando las conciencias dormidas.

Hasta en aquellos obreros envenenados, víctimas también de los ocultos manejos de inicuos explotadores, encontró un eco aquella voz dolorida...

Un día llegó a sus manos ¡el gran donativo! Dejemos que él mismo nos cuente este bello rasgo de heroico des-

(3) En la Cocina Económica a cargo de las Hijas de la Caridad se servían las comidas y se llenaban los pucheros que llevaban para los que preferían comer en sus casas.

prendimiento: "*Los obreros de la Compañía de Ferrocarriles de Zafra a Huelva me han entregado para los niños hambrientos ciento setenta y cinco pesetas y ofrecido setenta y cinco más reunidas espontáneamente a* real y a dos reales *entre todos.*

Os aseguro que al tocar mis manos aquel dinero que ofrecía el sacrificio de la pobreza abnegada al hambre de la inocencia por manos del sacerdote, sentí estremecerse mi alma con una de las emociones más intensas de mi vida.

¡Qué cristiano, qué bello, qué intensamente social es ese quitarse el pan de cada dia para darlo a los niños que no tienen pan ninguno y ese buscar la paternidad espiritual del sacerdote para que sea él quien distribuya el pan para el cuerpo como distribuye el pan del cariño y de la educación del alma!" (4).

Hasta que pudo respirar un poco de aquel penoso agobio... Al final del trágico mes de noviembre la Compañía de Ríotinto, comprensiva con las justas reclamaciones de sus mineros, llegó a un acuerdo con ellos y terminó la huelga. Pero el problema, aunque no en tan grandes proporciones, seguía en pie.

A causa de aquellos meses inactivos, de las inundaciones, de los enormes desperfectos causados en los hornos de la fundición y en los vapores de transporte, los obreros no pudieron en su totalidad ser admitidos de nuevo al trabajo.

¿Qué suerte correrán ahora los hijos de estos mineros en huelga forzosa de brazos caídos?

Don Manuel, con una valentía heroica y una confianza ciega en aquel Dios que viste de hermosura a los lirios del campo, y da de comer a las avecillas del cielo, aborda el problema y de nuevo plantea su rápida solución...

Después de la huelga

Toma de nuevo la pluma y escribe: "*¿Qué queda? Una calamidad no tan extensa en el número de víctimas pero sí más intensa en los estragos.*

(4) «El Granito de Arena».—1913; números del 5 y 20 de noviembre y 5 de diciembre.

He dicho que no han entrado a trabajar todos los obreros. Y añado que más de la mitad quedan todavía sin entrar.

Y ahora la situación es peor, después de dos meses sin ganar jornal, ya no hay tienda de comestibles que les fíe, ya no hay prendas que empeñar, ya no hay vecinos que suplan.

¡Pobre mes de diciembre el que espera a estas pobres familias!

¡Qué caras de madres veo todas las noches y todas las mañanas desfilar por la sacristía de mi parroquia!

Mujeres de color terroso, de ojos hundidos, de voz apagada, ¡cómo se ve asomar la tisis por aquellas pobres caras!

Y traen muchas en brazos sus niños pequeñitos que lloran cansados ya de buscar en vano el jugo para sus vidas en aquellos pechos secos... no traen mantón ¡lo han empeñado! y todas ¡qué cosas cuentan, Dios mío!

¿Qué hacer? Pues darles comida para sus hijos y para ellas... ¿Hasta cuándo?

A los que me han hecho esa pregunta les he respondido, después de hacerles ver este cuadro: ¿Vd. cree que el Corazón de Jesús puede querer eso? ¡Con lo que El quiere a los niños y a los pobres!

¿Puede un sacerdote o cristiano, sentarse tranquilo a comer sabiendo que hay niños colgados de pechos enjutos por el hambre?

¿Verdad que no?

Pues entonces que sigan viniendo.

¡Que el Corazón de Jesús que tengo vivo en mi Sagrario ya me irá dando!"

Y le dió, ya le seguirá dando, que en generosidad no hay quien le iguale. Cuando un alma se abandona en los brazos de su Providencia El queda obligado a todo ¡hasta a hacer milagros!

Y con milagros de caridad se salvaron aquellos niños de Huelva.

Pero no solo esto, sino que sus padres, aquellos obreros que unos años antes volvían la cara a otro lado cuando encontraban en la calle al cura, ahora lo buscan agradecidos.

Regresaba D. Manuel del Polvorín por el camino que cruza por la estación. Un tren está llegando. Es el primer tren de Ríotinto, que circula después de la huelga, y viene abarrotado de obreros.

Ver ellos al Arcipreste y correr a su encuentro, apenas se para el tren, fué todo uno.

Le rodean, quisieran decirle tanto...

—"Don Manuel, ¡es Vd. el hombre más grande!..."

Y aquellas voces roncas de los mineros se anudan en sus gargantas.

Estrechan las manos del Arcipreste... se las besan... ellos, los que no podían ver al cura, los padres de aquellos niños salvados del hambre por la caridad del sacerdote de Cristo...

Después de los niños, eran los enfermos los mimados de su caridad. Todos los días dedicaba las primeras horas de la tarde a visitarlos; los socorría, les llevaba el consuelo de la resignación cristiana y entre sonrisas y palabras de aliento, procuraba conquistar para Dios aquellas almas que estaban tocando los dinteles de la eternidad...

Como una madre, no rehusaba prestarles los más heroicos y repugnantes servicios.

Amortajando a un virulento

Acaba de entrar de la calle D. Manuel; viene tan impresionado, que apenas él tan bromista, ha despegado aquella mañana los labios.

—*Tome Vd.* —le ha dicho a su madre—, *y cuelgue esta sotana en la azotea al aire y al sol.*

Su madre querida la tomó entre sus manos, no sin antes preguntarle:

—Pero ¿qué te ha pasado, hijo?

—*Nada, no es nada...* Y no hubo quien le arrancara el secreto de aquella muda repentina de ropa, hasta que muchos días después se enteraron de este hermoso acto de caridad.

De madrugada le habían llamado para asistir a un moribundo. Era éste un militar atacado de viruelas. Tan grave y contagioso era su estado, que sus familiares, abandonándolo, le habían dejado solo con su asistente.

El buen párroco, a pesar del mayor peligro de contagio por haberse vacunado él aquel mismo día, al ver este cuadro horrible no se limitó a solo administrarle los Santos Sacramentos, sino que se quedó allí acompañando en su lastimosa soledad al pobre abandonado...

Después de una larga y penosa agonía expiró y ayudado de su asistente amortajó el cadáver, le acompañó al cementerio y no regresó a la casa hasta que le hubo dado cristiana sepultura.

Acogedor de perseguidos

Era en una de aquellas tristes y famosas revueltas de Portugal, tan frecuentes en el segundo decenio de este siglo, antes de que la Madre de Dios apareciese en medio de aquella nación para salvarla.

Leyes sectarias y persecutorias de la Iglesia arrojan del suelo portugués a obispos y sacerdotes...

Por Villa Real de San Antonio, fronteriza con la provincia onubense, han llegado a Huelva varios sacerdotes portugueses que piden hospitalidad mientras se despeja la situación en su patria... El Arcipreste los recibe con las puertas de su corazón de par en par. El será su padre, su hermano...

Pero el gobernador manda llamar a D. Manuel por medio de un oficio, en que le manifiesta su disconformidad con la estancia en Huelva de aquellos sacerdotes.

—Señor Arcipreste, Vd. comprenderá que no es oportuno recibir aquí a esos fugitivos; no está la situación para buscarse complicaciones y yo no puedo consentir que se dé ocasión a cualquier conflicto... Por tanto, es preciso que inmediatamente salgan de Huelva esos sacerdotes portugueses.

—Señor Gobernador, sobre todas las leyes está la de la caridad, y esta es precisamente la hora de ejercerla con esos pobres perseguidos. Yo no puedo consentir que se les arroje de aquí y se les cierren las puertas.

—¡Si Vd. responde de ellos y de cualquier consecuencia que esto pueda traernos!...

—Sí, señor; yo estoy aquí para lo que ocurra; ¡pero los sacerdotes portugueses no se irán!

Y no se fueron. Al calor de aquel corazón que supo rodearlos de delicadezas para endulzarles su destierro, estuvieron todo el tiempo que quisieron.

Unos veinte años después, ante la gruta de Lourdes, uno de aquellos buenos sacerdotes se encontró con unos familiares de D. Manuel.

En su memoria estaba viva la presencia de aquel Arcipreste y de sus padres que lo habían recibido con cariño de familia... Y, como prueba del recuerdo constante de aquella temporada inolvidable, les mostró su reloj que aún conservaba con el diminuto Corazón de Jesús en medio de su esfera, tal como se lo pintaron en Huelva por entonces. Así solían tenerlo todos los que formaban aquel grupo de "chiflados" por el *Amo.*

Era el "*sello* de la familia"... ¿Y qué mejor símbolo de aquella caridad que halló en el Arcipreste?...

¿Verdad, lector, que de los niños, de los pobres, de los desamparados y de los enfermos pudo él decir como Cristo: éstos son mi madre y mis hermanos? Una madre ¿los podía con más delicadeza amar?...

II

Los compañeros del camino

Hagamos ahora aquí (ya que de sus amores hablamos), un largo paréntesis para honor de aquellos que en sus empresas apostólicas estuvieron siempre a su lado, que si en ellas no le faltaron espinas, tampoco Dios le privó del consuelo de almas que supieran comprender la suya y mitigar las heridas que le causaban tantas incomprensiones y malévolos desvíos, aun entre aquellos que, por militar bajo la misma bandera, debieron prestarle siempre su colaboración más entusiasta.

Pero Dios le tenía predestinado para El y por eso le quería como El, ¡en la cruz!

Por cierto, que no vendrá mal referir de paso la historia de una rosa de pasión, que él conservó con respetuoso cariño siempre tras el cristal de un cuadrito del Corazón de Jesús, muy cerca de sus miradas...

Historia de una pasionaria

Apenas tiene importancia; pero yo veo en ella un símbolo de su vida...

Cruzaba por las calles de Huelva la solemne procesión del Corpus. El llevaba la Custodia... al paso del Santísimo, entre nubes de incienso, desde los balcones caía sobre el palio una lluvia temblorosa de flores y he aquí que una rosa de pasión con su cerquillo morado y sus tres largos pistilos oscuros como los clavos del ma-

dero, quedó sobre los hombros del Arcipreste, prendida entre las arrugas de la capa.

Allí permaneció durante toda la procesión, en la dulce vecindad de la Hostia consagrada, como queriendo recoger en la parvedad de su corola toda la muda adoración de la naturaleza...

Cuando al llegar al templo se despojó de la capa cayó la humilde pasionaria sobre la mesa de la sacristía; Don Manuel, sonriendo, la recoge y la guardó en su casa bajo un cristal a los pies del cuadro del Corazón de Jesús...

Su alma rendida siempre a los pies del Amo, era como esa humilde florecilla, sufrida sin parecerlo, ocultando siempre las flaquezas de su salud y las congojas del espíritu con un rostro alegre y una boca siempre abierta a la risa y al donaire...

Vivió crucificado y tuvo el secreto de los santos: saber revestir su íntimo calvario con resplandores alegres de Tabor (5).

¡Cómo se asoma su alma en esta oración a la Virgen!

"*¡Madre nuestra! ¡Una petición!... ¡Que no nos cansemos! Sí, aunque el desaliento por el poco fruto o por la ingratitud nos asalte, aunque la flaqueza nos ablande, aunque el furor enemigo nos persiga y nos calumnie, aunque nos falten el dinero y los auxilios humanos, aunque vinieran al suelo nuestras obras y tuviéramos que empezar de nuevo... ¡Que no nos cansemos!*" (6).

Los sinsabores anejos al ministerio pastoral, los problemas de las obras emprendidas, la preocupación constante de sus escuelas donde con frecuencia algunos maestros, poco acostumbrados al sacrificio de la briega con aquella "barbarie infantil" que había que educar a fuerza de paciencia, le abandonaban el campo, apenas ponían la mano en el arado...

Y, como tema de no pocas críticas, aquella palabra henchida de amorosa confianza, que el señor Arcipreste enarbolaba como única bandera en todas sus obras, en todos sus escritos y en todos sus sermones: ¡El Amo!

Y ¿por qué no pronunciarla con todo el cariño de su alma, si el Corazón de Jesús era el único Amo y Señor

---

(5) Se conservó esa pasionaria hasta el año 1931 en que se incendió el Palacio Episcopal de Málaga.

(6) «El Granito de Arena», 5 Spbre. 1909.

de todas sus empresas? (7). Y que a El le agradaba ese nombre, bien a las claras lo demuestra el éxito con que sabía pagar todas las obras que en honor y para gloria del Amo se emprendieron.

Aunque muchos no le comprendan, tendrá a su lado un "pusillus grex" de almas selectas, incondicionales, abrasadas por el mismo fuego, y encendidas en la misma llama (8). ¿Quien no recuerda a su querido don Carlitos, el director espiritual de sus escuelas, siempre acogedor y afable, todo sencillez, como si debajo de la sotana no hubiera más que un niño grande? Lo conoció en un veraneo en Sanlúcar de Barrameda, cuando hacía próximamente un año que era don Carlos sacerdote; lo invitó a irse con él a Huelva; allá le siguió y entregado a los niños pobres pasó su vida (9).

---

(7) «...Llamamos al Corazón de Jesús, vivo en el Sagrario, el Amo, nuestro Amo. ¿Por qué? Porque lo es en todo el rigor de la palabra. El lo da todo, de El viene todo y con El y para El se hace todo...» («El Granito de Arena», 20-I-1909 y año 1932, página 683).

(8) Entre los seglares que formaban aquel grupo de «chiflados» por el Corazón de Jesús, siempre en activo, estaban, por citar sólo algunos de los que más se distinguieron por su ejemplaridad, «flor de la gente buena de aquella tierra», en frase de Don Manuel, y que ya descansan en el Señor, además de D. Manuel Siurot, el joven abogado D. Andrés Mora Batanero, D. Juan Cádiz Serrano y D. Antonio Oliveira Hierro.

Su fervor eucarístico y sus virtudes, no sólo en el orden de su vida privada, sino social y profesional, revestían en algunos rasgos heroicos y nada comunes. A cada uno de ellos podrían aplicarse aquellas palabras de la S. Escritura: «Amado de Dios y de los hombres, su memoria se conserva en bendición». (Eccl. 45.)

(9) Don Carlos Sánchez Fernández nació en 1885 en Fuenteheridos (Huelva). En el Colegio de los PP. Salesianos de Sevilla cursó los estudios eclesiásticos, siendo ordenado Sacerdote el 1909. Empezó su labor en las Escuelas de Huelva en marzo de 1910 y desde entonces se entregó a ellas por completo. En 1918 se hace cargo con D. Manuel Siurot del Seminario de Maestros, fundado por este en las mismas Escuelas, en las que vivió hasta que fueron asaltadas por los rojos en 1936.

El 14 de noviembre de 1936, a consecuencia de un accidente automovilista ocurrido en la carretera de La Palma del Condado, murió en Huelva, en la paz de Dios.

Don Fernando Díaz de Gelo

Y ¿cómo olvidar a D. Fernando, el inseparable amigo que le seguirá como su sombra a todas partes, desde Huelva a Palencia, para vivir con él y morir de pena detrás de él sin poder soportar el dolor de su ausencia?

Don Fernando Díaz de Gelo (10) tenía un alma tan enamorada de su sacerdocio que se cita de él como caso curiosísimo que las primeras palabras que dijo cuando comenzó a balbucear fueron éstas: "¡Quiero ser sacerdote!"

Y eso fué, el *sacerdote cabal* entregado plenamente a las almas... Por eso los dos enamorados del sacerdocio se compenetraron tan bien, que el uno parecía para el otro parte integrante de su ser.

Desde que se conocieron se unieron en una intimidad tan estrecha de anhelos apostólicos que aquel lazo tan fuertemente anudado no lo rompió más que la muerte.

¿Cómo fué su encuentro con el Arcipreste de Huelva? Aunque por haber coincidido en los mismos años de Seminario se conocían, puede decirse que el encuentro definitivo que fué el punto de partida de la unión para siempre de estas dos almas se realizó en Sevilla. Andaba Don Manuel en los afanes apostólicos de sus primeros años de Arcipreste de Huelva, e iba con frecuencia a dar cuenta al Prelado de los asuntos de su ministerio. Una de estas veces se encontró en el Palacio Arzobispal con don Fernando; le contó lo que se hacía por Huelva y lo invitó a irse con él a su Parroquia. No pudo, por entonces, de momento, seguir la invitación; pero, poco después, libre ya de los compromisos que le retenían en Salúcar la Mayor, se puso a sus órdenes. Nuestro Arci-

(10) Nació el 9 de noviembre de 1878 en Albaida del Aljarafe (Sevilla). Fué ordenado Sacerdote en Sevilla el 19 de diciembre de 1903. Desempeñó los cargos de Capellán de las Carmelitas Descalzas de Sanlúcar la Mayor, atendiendo al mismo tiempo la cortijada de Benasusa; Encargado de la Parroquia de las minas de Sotiel Coronada hubo de regresar a Sanlúcar para hacerse cargo, como cura regente, de la Parroquia de San Pedro y San Eustaquio. De aquí pasó a Huelva y ya siguió a D. Manuel sin separarse de él. Murió en Palencia, de cuya Catedral fué Canónigo, el 17 de junio de 1941. (V. «El Granito de Arena»; 1941, p. 125.)

preste pidió al Prelado de Sevilla le enviase a Huelva a D. Fernando y accedió gustoso, nombrándole su coadjutor en la Parroquia de San Pedro, de aquella ciudad. Allí llegó en octubre de 1910, entregándose a la intensísima labor parroquial y compartiendo con D. Manuel la ardua tarea de sus ministerios, tan difíciles en aquellos años en que la impiedad había hecho de Huelva su sede favorita.

Don Fernando será el confidente de todos sus secretos. Todas las semanas se postrará Don Manuel de rodillas a sus pies durante toda su vida y en su corazón depositará todas las confidencias el suyo. El será desde entonces hasta su muerte su único confesor (11).

"El Maestro" Don Andrés Manjón

Lejos de Huelva, junto a los cármenes del Darro granadino, asediado de los chiquillos que viven por las cuevas del Albaicín, tiene él un gran amigo y un gran

(11) Entre los compañeros del camino no queremos dejar atrás al anciano Párroco de la Concepción, el incansable batallador D. Pedro Román Clavero, a quien Huelva debe también su gratitud por las muchas obras buenas con que la favoreció.

Nació en Benamargosa (Málaga) el 8 de marzo de 1846. Celebró su primera Misa el 13 de junio de 1871 y fué coadjutor de la iglesia de San Pedro en Málaga, durante un año. Pasó a la Diócesis de Sevilla en la que fué cura de Salteras dos años; después diez años en la Parroquia de San Pedro de Huelva; cuatro años en Cazalla de la Sierra, dos en Osuna y dos en Lora del Río, volviendo a Huelva después, a la Parroquia de la Concepción. Murió siendo Arcipreste de Huelva el 17 de junio de 1932.

De mucha más edad que D. Manuel, se hallaba al frente de la otra Parroquia (sólo había dos entonces en Huelva) cuando llegó a la ciudad el nuevo cura de San Pedro.

¡Con qué gusto y edificación veían los feligreses de ambas Parroquias en las grandes solemnidades de la de San Pedro, y en especial en la fiesta del santo Apóstol, al cura de la Concepción invitado por D. Manuel, celebrar los actos principales del culto rodeado de los afectuosos homenajes del párroco más joven! Y ¡cómo comentaban luego la feliz desaparición de aquellas desavenencias de antaño entre la Parroquia de arriba y la de abajo!...

¡Qué unidos estaban sus curas y qué milagros hace la caridad de buena ley! Esa caridad paciente, benigna, que todo lo sufre y todo lo soporta de que tan lleno estaba D. Manuel!...

maestro: es *D. Andrés Manjón*, el fundador de las Escuelas del Ave María.

Castellano él y andaluz nuestro Arcipreste, admira su mutua compenetración de ideales y hasta de léxico. No en vano don Andrés se pasa las horas entre los gitanillos que han dado al traste con su seriedad norteña. Se inicia entre los dos, desde el año 1907 en que se conocieron, una ininterrumpida correspondencia...

¡Qué ánimos sabía dar don Andrés a nuestro joven apóstol! Leed esos retazos de sus cartas...

"¿Que le escriba muchas cosas que vea le convienen? Pues le conviene no emprender muchas obras si no tiene muchos operarios; le conviene no desistir de lo comenzado y, por tanto, no caer en desmayos; le conviene que no todo le salga bien, para que no se engría; le conviene que los diablos *le acuernéen* y los malos le persigan, y los buenos se cansen para que siendo probado y humillado se vea ensalzado.

Pero no le conviene separarse del Señor ni desconfiar de El por fuertes que sean los vendavales" (Lanjarón, 13-IX-1907).

También se ha contagiado el "Maestro" del buen humor de su aventajado discípulo:

"¿Y se extraña el Maestro? ¿Y se acobarda el valiente? ¿Y se entristece un solitario? No, por Dios.

Sólo "El Granito" pide un medio Arcipreste; con el otro medio ¿habrá para repartir un vigésimo de cura entre cada obra de las emprendidas? Pues a *hacerse pedazos* (como Vd. dice) que Dios procurará... aunque no sea *más que un ataúd.*" (Granada, 6-VII-1909).

"Lo de las Marías", le dice en otra, "me parece muy bien, y si hace *marianos* a los curas, mucho mejor; porque la culpa del frío que hace está en que los que habían de arder no se acercan al fuego... (Granada, 3-XI-1913).

Esta tan graciosa como íntima correspondencia seguirá hasta que D. Andrés muera.

No sólo fueron cartas; se multiplicaron mutuamente las visitas.

Una de estas visitas inolvidables al Arcipreste y a sus escuelas fué en los días 15, 16 y 17 de diciembre de 1913, acompañado de varios sacerdotes y otros señores. El recibimiento que le preparó el Arcipreste fué lucidísimo;

clero, autoridades, directores de organismos oficiales, catedráticos, diputados, hombres de carrera, propietarios, comerciante, etc., sin olvidar la banda de música de la Escuela del Sagrado Corazón, gozosos todos de poder manifestar su admiración y cariño al gran bienhechor de los niños...

Este, benévolo, sonriente, casi resignado con aquella explosión de cariño, *riñó* amablemente al Arcipreste por creerle cómplice de aquel *bochorno* en que lo había puesto.

La estancia, aunque breve, fué bastante llena; se ocupó con visitas a las Escuelas del Sagrado Corazón y demás obras de Acción Social Católica.

Las dos conferencias de don Manuel Siurot dejaron entusiasmadísimo al gran Maestro. Función matinal en la iglesia de la Colonia del Sagrado Corazón, con Misa celebrada por don Andrés y cantada por los niños, inauguración de la Obra de los Juanitos y de las Marías en aquellas Escuelas y expedición marítima al monumento de la Rábida.

¡Qué cosillas tan graciosas decían los chiquillos al que trataban con cariño de toda la vida, y qué cosas tan interesantes las que D. Andrés unas veces en serio y llorando, y otras riendo, decía a chicos y grandes!

Don Andrés dejó grabado en una máquina copiadora "Fix", que le presentaron, el recuerdo de la impresión que le produjo la visita a las Escuelas, diciendo:

"Los días 16 y 17 de diciembre de 1913, visité las Escuelas del Sagrado Corazón establecidas en Huelva por el señor Arcipreste D. Manuel González, mi antiguo y muy querido compañero y amigo.

En ellas vi mucho orden, gran piedad, buena educación y una no común ilustración, mostrando D. Manuel Siurot sus aptitudes especiales para la enseñanza singularmente de los niños pobres, para lo cual tiene una vocación manifiesta.

Este señor, mostró los procedimientos que él usa en Geografía, Historia, Matemáticas y en Filosofía e Higiene, en las cuales se vale del gráfico y la representación, haciendo maravillas con la tiza y con los niños con quienes representa lo que pinta y refiere. Es claro, sencillo e ingenioso y es cristiano, domina y atrae a los niños

y hace con ellos cuanto quiere. Es un verdadero Maestro y yo espero que, Dios mediante, estos procedimientos formarán escuela, para lo cual sería conveniente que encarnaran en una institución docente a la cual yo llamaría Seminario de Maestros Católicos, que tanta falta están haciendo. Dios haga que así suceda.—*Andrés Manjón*" (12).

Mucho habría que decir de las mutuas relaciones entre los dos grandes hombres, pero vaya como botón de muestra y punto final el juicio que la actuación del Arcipreste de Huelva merecía en la consideración ponderada del Maestro, como cariñosamente le llamaba D. Manuel González a D. Andrés Manjón:

"Acabo de leer "El Granito" de abril y por él y los otros y los de más allá, me parece que es, sin pensarlo, el Párroco de los Párrocos. Eso y la hojita parroquial están llamados a tener eco, porque es conveniente, y por ahí (por el torrente de la tinta) van hoy las cosas, y no serán pocos los curas que se sentirán periodiqueros.

Con *El Granito, Las tres Marías,* la dirección espiritual de *Hojitas Parroquiales* (13) y una docena de coadjutores "ad hoc", declaro a V.... Archipámpano de Sevilla.

Y de dinero no hay que hablar, porque lo sacará usted del centro de la tierra con la vara mágica de su pluma y oratoria" (16-IV-1912).

Su puesto en la vida oficial de la ciudad

Así era él dentro del círculo de sus amistades y de sus obras, en lo que pudiéramos llamar su vida privada y su actuación parroquial. Pero nos queda una faceta interesante de su actuación en aquellos tiempos difíciles en Huelva: su vida oficial. Huelva tenía su gobernador

---

(12) «El Granito de Arena», 5 de enero, 1914; pág. 6.

(13) Don Manuel fué el autor de «La Hojita Celeste» en sus dos primeros años y de las que se publicaron con el título de «Hojitas Mensajeras del Sagrado Corazón» («El Correo de Andalucía», 17 noviembre 1908). No parece se refiera a ninguna de estas publicaciones la que cita D. Andrés Manjón ni hay datos sobre esas hojitas parroquiales a que alude.

civil, su Ayuntamiento más o menos indiferente u hostil a sus obras según el turno del partido reinante, había un grupo de intelectuales, abogados, hombres de carrera y, sobre todo, ingenieros extranjeros en su mayoría y protestantes, con los que habrá de alternar nuestro Arcipreste en actos oficiales.

Había que llenar el sitio de la iglesia en aquella artificiosa vida oficial, vacío hacía ya tiempo, por los achaques de su anciano antecesor.

Este sitio quedó lleno desde el primer momento por completo.

Discursos, informes, ponencias, presidencias efectivas, el primer lugar de hecho en todas las organizaciones provinciales, y por tanto el espíritu cristiano, el ambiente católico y la influencia unificadora de la Religión.

Es verdad que eso traíale muchos disgustos y gastos de fuerzas morales y físicas en abundancia que, sumados a los de otro orden en su ministerio, era sobrado para una persona. Sin embargo, su labor siguió *in crescendo* (14).

Introducir al Corazón de Jesús y a la Iglesia en aquel ambiente oficial laicizante fué una obra titánica a la que dedicó sus mejores esfuerzos.

Por eso, si se trataba, por ejemplo, de celebrar las fiestas colombinas, ponía en seguida en ellas la nota cristiana.

Con motivo de la celebración centenaria del 2 de Mayo se vale de la Junta de A. S. C. para dar carácter cristiano a los actos. Hace que se organicen solemnes honras fúnebres por las almas de los héroes, con oración fúnebre por un orador celebrado, y con cántico colectivo de la Misa de Requiem gregoriana. En las escuelas organiza un festival y en el Centro obrero una solemne velada patriótica con elocuentes oradores de dentro y fuera de Huelva. Al final de todos habla él, y pone la nota cristiana, práctica, llena de gracia y de interés.

En 1909 organiza un gran mitin católico en el Teatro; en él intervienen, entre otros oradores, el que más tarde había de ser sucesor suyo en la sede de Málaga, don

(14) «¿Qué hizo en Huelva?», por D. Manuel González Serna, («El Correo de Andalucía», 16 de enero 1916).

Angel Herrera Oria, alma de aquel famoso grupo de Propagandistas Católicos.

En 1910 organiza, con el grupo de católicos un *Aplech* en el santuario de la Patrona para protestar de la conducta anticatólica del Gobierno, cuando se promulgó la llamada *ley del candado.*

Como demostración práctica de apostólica ingeniosidad en sacar partido de su presencia en actos y reuniones oficiales, copiamos de su anecdotario pastoral la que él llama

La conquista de un brindis
y un brindis de conquista

"*Encontrábame de Arcipreste* —dice— *en una ciudad por aquel entonces, más laica que cristiana, más agria que dulce... Allá por los años del 5 al 10 de este sigto se ensayaba en aqueltas tierras la vida laica, y más que laica, antirretigiosa y semicomunista que en los años 31 al 39 hemos* disfrutado *en no pocas zonas de España.*

Fué el caso que se acordó por los intelectuales *ofrecer un* lunch *en honor de un telefonista o tetegrafista hijo de la provincia, por no me acuerdo ya qué invento o mejora que había introducido en la telefonía, que comenzaba a hacer* pinitos.

Se escogió el Casino más pomposo de la ciudad, se invitó a todas las autoridades provinciales y locales y a las fuerzas vivas y, para evitar conflictos y piques se señalaron de antemano los próceres que habían de brindar: gobernador, director det Instituto y un par de intelectuales de los indispensables.

El Arcipreste, a quien le hervían en la sangre los fuegos de 28 abriles y en su alma sacerdotal el propósito de no dejar escapar ocasión de predicar a Cristo, y singularmente a su Corazón, a sus despegados feligreses, ve allí una ocasión preciosa de cumplir su designio y, con la más tranquila de sus caras (trabajillo le costaba ponerla) se levanta, cuando hubo terminado et úttimo orador, y esparciendo su mirada de derecha a izquierda por aquel amplio y abarrotado patio-salón, dice el consabido: Pido la palabra. Y sin dar tiempo a que tomaran cuerpo unos siseos de protesta y unas miradas de estupefacción

de unos cuantos, prosigue: Y pido y espero con razón el permiso para hablar porque aquí donde han hablado la Autoridad, la Ciencia, la Elocuencia y el paisanaje para homenajear al inventor paisano, es de justicia que se levante y se deje oír la voz de la familia profesional del señor Balsera (así se llamaba el homenajeado) y yo, señores, vestido de esta negra sotana y por paño de púlpito estos blancos manteles, os digo que soy, tiempo ha, compañero de profesión del Sr. Balsera.

Sí, telefonista él y telefonista yo; él, transmitiendo y recibiendo palabras al través de alambres, de ondas y de mecanismos maravillosos y yo, desde una gran Central que hace 20 siglos se instaló en el monte más alto de la Historia y que se llama el Corazón de Jesús ofreciéndose en el Calvario en sacrificio por la salvación del mundo.

Yo, y como yo todos los sacerdotes católicos, desde aquella gran cumbre o desde sus sucursales, que son los Sagrarios de la tierra, transmitimos, no al través de los alambres de metal ni de ondas de éter, sino de hilos misteriosos de Gracia de Dios, lumbres inextinguibles de Fe, fuegos abrasadores de caridad y aromas exquisitos de civilización y fraternidad cristianas, y recibimos ecos de angustias de náufragos, gemidos de arrepentidos, himnos de salvados, sonrisas de inocentes, gritos de luchadores y todos los acentos del alma indigente y peregrina que busca en la verdad y en el bien su felicidad y su descanso.

Tras un brevísimo comentario a esa idea, tomo la copa y levantándola en alto, exclamo: Brindo por usted compañero *Balsera...*

Como pudo caer mal aquel sermón sin paño o con manteles, quiso el Corazón de Jesús que cayera bien, a juzgar por los aplausos tan calurosos que lo coronaron y por esta feliz consecuencia.

Me retiraba de la mesa y se me acerca un grupo de ingenieros de minas de los que partieron los siseos iniciales, y tomando uno la palabra por todos, dice en el más confiado y humilde de los tonos: Sr. Arcipreste, tenemos que pedirle perdón.

—¿Perdón, a mí? ¿de qué?

—Sí señor, de nuestras groserías; nos molestó enormemente la vista de un cura aquí y por añadidura ser-

moneador y ¡la verdad! le hemos siseado para que se callara... Estamos arrepentidos, ¿nos perdona?

Un abrazo efusivo a cada uno de los del grupo por la nobleza de su confesión, fué mi respuesta.

—Muchas gracias, muchas gracias, repetían emocionados.

—Pero ahora falta la penitencia—y metiendo la mano en el bolsillo del chaleco y sacando cuantas monedas contenía:

—¿Me permite Vd. aplicar esas pesetas a las escuelas para niños pobres que está levantando?

¡Y estas mias! y ¡estas!... replicaron todos los del grupo imitando al compañero.

Y aquí terminó la conquista del brindis y por el brindis" (15).

A pesar del Gobernador

Las autoridades locales, sobre todo a los principios, lejos de prestarle apoyo en su ímproba tarea de recristianización y civilización de Huelva, se cruzaban de brazos y le retiraban no pocas veces la ayuda que estaban obligados a ofrecerle. Caso típico de esto se ofreció con motivo del traslado del Santísimo desde su Parroquia a la iglesia de San Francisco que restauró y abrió al culto, como queda dicho en el capítulo sexto.

Un grupo de revoltosos se había propuesto impedir la procesión y corrían rumores cada vez más amenazadores para impedirla. El Sr. Arcipreste se presenta al Gobernador, le expone la situación, las razones por qué aquella procesión no debía impedirse y su derecho al apoyo de la autoridad; a lo que el Gobernador le responde que le asistía toda la razón y la ley, pero que él no podía contener la oposición que hacía aquel grupo amenazador y que lo más prudente sería que la procesión se suspendiera.

Entonces D. Manuel se yergue y le dice: *Sr. Gobernador; si Vd. no pone a mi disposición la fuerza pública que contenga con su presencia a los alborotadores, us-*

(15) «El Granito de Arena»; 1943, pág. 206.

ted responderá de lo que ocurra, pero la procesión saldrá y el Copón que yo he consagrado esta mañana quedará esta tarde en el Sagrario de San Francisco; si no cuento con la autoridad yo me la tomaré.

Y la procesión se celebró. Delante iban las señoras para imponer respeto, y después D. Manuel que llevaba el Santísimo; todo se hizo con el mayor orden, mientras los revoltosos, acobardados, no daban la cara.

III

En el piso del Paseo del "Chocolate"

Así con sus altas y bajas de alegrías y dolores iban transcurriendo en Huelva sus días en aquel modesto pisito del *Paseo del Chocolate* en la paz de Dios, a la sombra de aquella madre bendita... (16).

¿QUÉ ES DE NUESTRA D.ª ANTONIA?

Antes que apunte el alba, al romper el día, ya la veréis despacito subiendo los penosos escalones de San Pedro, para comulgar.

Como ya está achacosa (que no en vano pasan los años), de vez en cuando descansa por aquellas penosas escaleras que nunca acaban. Oye su Misa y a la casa, que allí siempre tiene que hacer. D. Martín, más tranquilo, toma la vida con más calma, va a Misa y comulga también a diario, se da sus paseítos, charla con sus amigos bajo la sombra de las palmeras del paseo, o en el porche de la Parroquia, visita a diario al mejor Amigo y vive despreocupado, marinero en paz en aquella nave donde no hay peligro de naufragar porque lleva la esposa buena el timón...

---

(16) Se llamaba vulgarmente Paseo del Chocolate, al Paseo de Santa Fe por la forma del pavimento formando cuadritos como las llamadas «onzas de chocolate».

Se acuesta bien temprano, pues dicen malas lenguas, que aquellas siestas que con frecuencia echa en el sillón, no le suplen, y sus hijos bromeaban con él como si fuera el abuelo. ¡Cuántas veces sus hermosísimos bigotes han sido tema de risa en la mesa al meterse con ellos Don Manuel!

En aquella casa a todas horas se ríe; que la alegría es el tesoro de las almas buenas.

A veces un pobre obrero que entra se dirige a D. Martín, preguntándole: ¡es Vd. *er* Vicario? y le besa respetuoso la mano. Ni que decir tiene que estos graciosos incidentes son los granitos de sal que condimentan las horas de aquel tranquilo hogar.

Se vive en gracia de Dios y por eso en aquella casita humilde rebosa por todas partes la paz...

Y sentada junto al balcón, muy cerca de la mesa del despacho, D.ª Antonia, moviendo su cabeza y comiéndose con los ojos a su hijo, oye la lectura de aquellas cuartillas que acaba de escribir D. Manuel.

Su madre es la única que le hace la crítica; sin su "nihil obstat" el hijo no escribe ni una letra.

Y ¡cómo se embebe la ancianita oyéndole!... me parece verla mediana de cuerpo, blanca y rubia, de un verde claro los ojos, arrugada la frente, la mirada tranquila y limpia como su conciencia, la aguja quieta en el aire sobre unos calcetines, suspender la labor para decirle al hijo emocionada, sorbiéndose las lágrimas ¡qué bonito está eso, hijo mío!

LA CASA DE TODOS ¡HASTA DE LA SEÑÁ PEPA!

Aquella casa era la casa de todos, para nadie tenía las puertas cerradas; lo mismo entraban aquellos *señoritos* de la famosa *asociación de enterradores*, que Miguel, el sacristán, calado hasta las narices su clásico bombín, y la *señá* Pepa, aquella salada viejecita "*muy limpia* y *repeinada*" que vendía los dulces para las escuelas.

En tanta estima la tenía el Arcipreste, que en una escapadilla que hizo en julio de 1912 a Santander, en una conferencia trazó de la misma este acabado retrato: *"Señá Pepa, es una mujer del pueblo, de pocas letras,*

con más arrugas que un papel de estraza, pero con un corazón todo amor, que recorre las casas pidiendo limosnas para los niños pobres y para sus escuelas, y ha llegado a contar céntimo a céntimo cuarenta duros mensuales... ¡Qué admirable mujer! y... ¡no sabe economía política!..." (17).

Y como Miguel y *señá* Pepa, el obrero que se ha quedado cesante, la madre que quiere que le *armitan* a su niño en las escuelas, el desvalido que implora la caridad, la pobre viuda que padece estrecheces económicas, todos los que tienen algo que pedir o alguna pena que contar, suben aquellas escaleras decididos, con la confianza del que sabe que aquella es su casa...

Pero se acercaban horas de dolor para aquel hogar tan alegre...

Muerte de su madre

En la tarde del 16 de enero de 1914, D. Manuel, como de costumbre había salido un poco después de comer, a su visita de enfermos.

A poco de salir tuvo el presentimiento de que algo grave ocurría en su casa. Al momento dejó la visita y como impulsado por una fuerza interior irresistible vuelve inmediatamente a la casa. Poco antes de llegar, se encuentra con los que iban a buscarle y se lo imagina todo.

En efecto, sube precipitadamente y encuentra a su madre exhalando su último aliento.

Un rato antes, se había sentido indispuesta, se despide de D. Manuel Siurot con quien estaba conversando agradablemente, y, ayudada de su hija se echa en la cama. A los pocos momentos un fallo del corazón marca la huella de la muerte en su rostro y queda como dormida, mientras apresuradamente salen a buscar a su hijo y a procurar todos los auxilios espirituales y corporales.

El alma de aquella santa mujer ya estaba en las manos de Dios.

... ...

(17) «El Granito de Arena», 20 julio, 1912.

Respetando el inmenso dolor de aquel hijo y de aquella familia, oigamos a D. Manuel Siurot que escribía:

"¡Qué madre aquella!"

"Cuando este número de "El Granito" estaba ya hecho fallece, casi repentinamente, la señora madre del Arcipreste de Huelva. Nuestros lectores podrán conocer quién era la que murió, si en vez de bajar, suben por la escalera de un antiguo refrán castellano: *De tal palo tal astilla,* diciendo: *tal astilla, tal palo...*

Era como el Arcipreste, afable; como él, modesta, piadosa con solidez, de un criterio y un sentido cristiano admirables, andaluza, enamorada en firme del Corazón de Jesús y de comunión diaria hace ya muchos años.

Dos lecciones interesantes ha tenido para mí este suceso; el momento mismo de la muerte, pues la presencié y el carácter especial de la manifestación de duelo de la ciudad.

En cuanto a la primera, recibí una lección práctica de fe y de entereza cristiana que no se me olvidará jamás.

Creíamos que la indisposición de la madre del Arcipreste era cosa pasajera.

Bromeábamos cariñosamente con ella... pero la muerte vino y vino en unos segundos. Otro cualquiera, ante lo inesperado se hubiera aturdido; mi Arcipreste, no. Con la rodilla en tierra y, abrazado al cuerpo de su madre, le daba la última absolución y encomendábale el alma con una serenidad tan de Dios que, a pesar de todos los requerimientos de la naturaleza, el sacerdote, con las alas de la gracia, pudo oficiar su ministerio sin que durante la administración de los Santos Oleos ni durante todo el tiempo de las continuas oraciones que se aplicaron por su muerta, se perturbara en él, ni lo más mínimo, la augusta y cristiana dignidad de las funciones sacerdotales. Todos lloraban; el sacerdote rezaba. Todos rendían tributo a la tierra; el sacerdote andaba por el cielo ofreciendo a Dios oraciones para su madrecita que estaba en aquellos momentos en las manos de Dios.

Yo pensé: ¡qué lástima que no hubieran visto todas las Marías del mundo cómo su Fundador sabe poner el

pecho a la tribulación! ¡Dios le pague la enseñanza que recibí!...

En el entierro también aprendimos mucho. Era el clamor entero de un pueblo el que se oía. ¡Cuántas bendiciones por ella, por su hijo!... ¡cuánto obrero!

Aquellos obreros que odiaban al cura ¿dónde estaban?; los obreros de la compañía Zafra-Huelva han pedido espontáneamente permiso para asistir al entierro de la madre del Vicario... ¡Cuántos respetos humanos tiene que vencer cada uno de aquellos innumerables trabajadores para asistir a un acto que era única y exclusivamente pública manifestación de afecto a un sacerdote de Cristo!

Es que la semilla abundantísima de la siembra hecha empieza a tomar la forma del cariño. Hemos pasado en diez años por el odio, luego la indiferencia aparente, después el silencio convenido, más tarde amaneció el respeto, principia ahora el cariño...

¡Dios mío, que no se malogre esto!

¡Sagrado Corazón de Jesús, salva a Huelva! ¡Hermanos! ¡una oración por aquella madre!" M. Siurot (18).

¡El Corazón de Jesús se la llevó!

"El Corazón de Jesús se ha llevado a mi madre. El viernes 16, a las tres de la tarde, se durmió en el amor del Sagrado Corazón en el que siempre vivió... ¡Bendito sea El que me la dió tan buena! ¡Bendito sea El que me la ha trasladado a vida mejor!..."

Con estas sencillas y cristianísimas palabras comunicaba D. Manuel la muerte de su madre. Pero la serenidad y la paz de su alma no impedían que su corazón y su espíritu estuviesen anegados en un mar sin fondo, de dolor, y aquella herida de vivir sin madre, de no ver ya a su madre cuando volvía de su Parroquia y de sus ministerios para contarle sus afanes de cada día, el no sentirla sentada al lado de su mesa de trabajo mientras escribía... aquel vacío terrible, aquella pena sin nombre a la que él procuraba sobreponerse fué una llaga viva que nunca se le acabó de cerrar... A los veinticinco

(18) «El Granito de Arena», 20 enero, 1914.

años, el 16 de enero de 1938, confesaba D. Manuel que era tan vivo el recuerdo de su madre, a pesar de los años transcurridos, que le parecía imposible que se pudiera vivir sin ella.

Pero el generosísimo Corazón de Jesús, a quien tantos consuelos había prodigado su elegido, le preparaba en aquella pena, entre otros consuelos, uno que colmaba todas sus aspiraciones.

"El Corazón de Jesús, Padre mío y Amo de todas mis cosas, ha sido tan bueno, tan singular y delicadamente bueno conmigo en esta ocasión que, a pesar de lo fuerte que me ha herido, de tal modo se ha dejado ver y sentir misericordioso y bueno *en la muerte de mi madre, que tanto yo como los míos hemos tenido que decir a cada golpe que recibíamos y a cada gota de sangre que derramaba el corazón herido: ¡gracias, bendito seas!"* (19).

... ...

Metida en el ataúd, con tu rostro sereno y apacible, si despertaras de pronto, noble anciana, verías cuánto te quieren en Huelva...

Sacerdotes, obreros, compasivas mujeres, a todos se les ve rodear el cadáver y rezar conmovidos...

Los niños y las niñas de las escuelas en grupos de seis u ocho, limpiándose las lágrimas, sin que nadie los mandara, de rodillas delante de la muerta van rezando sus rosarios...

... ...

A la tarde siguiente después del entierro ¡qué sola y qué triste estaba la casa! ¡Qué vacío tan grande había dejado la madrecita buena!...

(19) «El Granito de Arena», 5 febrero, 1914.

CAPITULO IX

LAS MARIAS DE LOS SAGRARIOS

1.º—*Nacimiento y bautizo de la Obra.*
¡Aquel primer viernes de marzo de 1910...!
Calvarios sin Marías.
¿Qué son las Marías...?
El abandono del Sagrario.

2.º—*«Desfaciendo entuertos...»*
El testamento de las Marías del Evangelio.
Reparación de compasión.
Las revelaciones de los Santos.
La Doctrina de la Iglesia.

3.º—*El dedo de Dios está aquí*
Rápida propagación de la Obra.
Fundador y Moderador General.
El puesto de San Juan.
A los pies de Pío X.
El Gran Privilegio.

I

Nacimiento y bautizo de la Obra

PALOMARES DEL Río, tu nombre, con sangre de sus venas y lágrimas de sus ojos se quedó grabado para siempre en su corazón.

El abandono de aquel Sagrario imprimió carácter en su espíritu y, desde aquel día lejano, su vida entera va girando alrededor del Tabernáculo.

Allí el Amo depositó en su corazón la semilla de su gran Obra; en el silencioso remanso de paz del Asilo sevillano rompió la tierra y comenzó a nacer; y en la febril inquietud apostólica de Huelva, al sol y al viento se iba agrandando sin que él mismo lo advirtiera.

¡Qué inquietud! ¡Qué desasosiego el de su alma, con la espina clavada de la soledad y abandono de aquel Sagrario!...

Oíd estos gemidos de su corazón, que parecen un eco de los soliloquios agustinianos:

"¡Dios mío, cómo te agradezco que entre todas las impresiones de mi vida de Sacerdote y de Párroco, la dominante, la casi exclusiva hayas querido que sea la producida por el abandono del Sagrario!... Gracia tuya ha sido, Señor, y muy larga, la de haberme como clavado mis ojos y mi boca y mi mano y mi pluma y mi alma en ese abandono, para llorar el cual no hay lágrimas bastantes en el mundo... ¡Cómo tengo que agrade-

certe, Corazón de mi Jesús, el que me hayas llamado a ver, a sentir y a predicar el Sagrario abandonado!..." (1).

"Quiso la divina Providencia que el nombre que más fuerte y dolorosamente hiriera mis oídos en los comienzos de mi vida sacerdotal, fuera el nombre de Abandonado, y que la visión de mis ministerios y la orientación y la convicción de mi eficacia en ellos la obtuviera al través de un pueblo, Palomares, que, por tener su Sagrario, no en abandono sino en desuso, *agonizaba en su vida cristiana y diría racional y humana, y que palpara y probara los fracasos y las pérdidas de tiempo, dinero y fuerzas de hombres y obras obstinados en conservar* sarmientos *vivos sin* vid, *porque miraban con recelo y hasta con miedo el poner al Sagrario como punto de partida y de llegada para toda acción católica y social y que, como consecuencia de todo eso, se me formara la persuasión íntima, indestructible de que mientras se pudiera poner el adjetivo* abandono *al sustantivo* Sagrario, *había que ponérselo, o mejor dicho, había que leerlo, quisiéramos o no, puesto a continuación de muchas cosas buenas, como pureza, humildad, generosidad, laboriosidad, fecundidad apostólica, etcétera, etc. ¡Todo eso está abandonado, cuando Jesús lo está en sus Sagrarios!*

Quiso, repito, la Divina Providencia, que entre todas las miradas de Jesús en su Evangelio, las que más grabadas se me quedaran fueran las tres que, a mi juicio, revelan los desaires que le esperaban en la tierra, a saber: la mirada triste con que ve que es recibido su primer anuncio de la Eucaristía: Unos en pos de otros se iban, diciendo "Duro es este lenguaje, ¿quién puede oírlo? (Jn. 6, 61); *y la mirada de desconsolada interrogación a sus íntimos apóstoles, dormidos mientras El agonizaba de dolor* (Lc. 22, 43-46); *y la mirada de infinita angustia cuando, dejándose besar del traidor Judas y amarrar de las turbas, se vió abandonado de los suyos que huían...* (Mc. 14, 50).

Desaires y abandonos de Jesús mortal, de ¡cuántos desaires y abandonos de Jesús Sacramentado érais presagio y principio!

(1) «Aunque todos... yo no», 6.ª ed., p. 49.

Y pegada mi mirada a esas miradas de Jesús desairado, me he dicho y me digo muchas veces: ¿Hay injusticia que exija más urgente reparación o reivindicación preferente, lástima más digna de compasión que levantar esa condena de abandono *a que la ingratitud de los hombres ha sentenciado a la Eucaristía de Jesús?"* (2).

¡AQUEL PRIMER VIERNES DE MARZO DE 1910!

Iban a comenzar a caer las cadenas del Prisionero divino del Sagrario. Un corazón de apóstol, con palabra de fuego y "el pecho del amor muy lastimado" va a lanzar el grito de guerra... ¡Guerra al abandono del Sagrario! y legiones de almas se encaminarán al Calvario de aquellos Tabernáculos. ¡Son las Marías!

... ...

Como la gruta de Covadonga, era en aquella tarde del 4 de marzo de 1910 la capilla del Sagrario de la parroquia de San Pedro... Pronto se oirán en ella voces de reconquista.

El Arcipreste está dirigiendo el retiro mensual del grupo piadoso. Hay en la capilla un silencio tan íntimo que parece que se perciben los latidos del Corazón divino prisionero...

Don Manuel se ha vuelto de espaldas al altar y está tan cerca del Sagrario que el corazón se le ha abrasado en sus llamas y comienza a hablar:

"...Una situación muy triste. Muy triste, sí; pero con todo el color negro y el sabor amargo que queráis poner a esa tristeza; es la situación en que se encuentra en muchísimos Sagrarios Jesucristo Sacramentado.

Vais a permitirme, señoras, que yo que invoco muchas veces la solicitud de vuestra caridad en favor de los niños pobres y de todos los pobres abandonados, invoque hoy vuestra atención primero y vuestra cooperación después en favor del más abandonado de todos los pobres: *El Santísimo Sacramento.*

Abandonado *y* pobre *le he llamado; que no se alarme vuestra piedad; voy a explicarme.*

---

(2) «El Granito de Arena», 5 y 20 de marzo, 1935, p. 133.

Abandonado, *digo, y vais a ver hasta qué punto y en qué medida.*

Hay pueblos, y no creáis que allá entre los salvajes, hay pueblos en España en los que se pasan semanas, meses, sin que se abra el Sagrario y otros en los que no comulga nadie ni nadie visita al Santísimo Sacramento; *y en muchísimos si se abre es para que comulgue alguna viejecita del* tiempo antiguo.

En esos pueblos, muchos de sus habitantes ni saben ya que hay Sagrario, ni qué es comulgar, y llegan al fin de su vida sin haber hecho su primera comunión.

Si a esos desgraciados les preguntáseis por la casa de Jesucristo en aquel pueblo, no sabrían qué responderos.

¡Abandonado! y ¿qué mayor abandono que estar solo desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana?

Así; completamente solo está Jesucristo en muchísimos Sagrarios, y por consiguiente ¡pobre! *no ya con pobreza material, que esa, hay Sagrarios que en nada se diferenciarían del primer Sagrario de Belén sino con pobreza de calor, de oración, de virtudes, de* compañía...”

Su voz empapada en la tristeza punzaba el corazón como la corona de espinas... Se presentía en el ambiente el frío de Belén, el desamparo de Getsemaní, y el abandono total del Calvario...

Aquellas palabras ponían en la boca el amargo paladeo de la hiel y el vinagre de la Cruz... Y seguía hablando...

”El, ¡pidiendo desde su Tabernáculo a cada uno de sus moradores de aquel pueblo un poquito de cada una de esas cosas, no recibe nada!

En torno de esos Sagrarios no hay ni calor de corazones amantes, ni lágrimas de ruego, ni suspiros de arrepentimiento, ni ayes de necesitados, ni gratitud de reconocidos, ni rodillas dobladas, ni cabezas inclinadas, ni ojos que miran, ni bocas que piden, ni corazones que se ofrecen... ¡Nada!

Una lámpara mugrienta, muchas veces apagada, dos velas empolvadas de no servir, una reja de goznes enmohecidos de no girar y alguna que otra telaraña, he

aquí todo el acompañamiento de Jesucristo Sacramentado.

¿Conocéis a algún pobre, algún abandonado en situación más triste?...

Yo no lo conozco. Busco con quien compararlo y la única situación que encuentro que pueda compararse con esta es la en que se vió el mismo Jesucristo en el Calvario.

¡Qué! ¿Jesucristo en el Calvario, abandonado de Dios y de los hombres por quienes se inmolaba, no se parece mucho al Jesucristo del Sagrario abandonado, no de Dios, que lo impide su estado glorioso, pero sí de los hombres por quienes se inmola constantemente?

Si hay alguna diferencia es desfavorable para su vida de Sagrario.

En el Calvario, siquiera, había unas Marías que lloraban y consolaban, en esos Sagrarios de que os he hablado, ¡ni eso hay!

CALVARIOS SIN MARÍAS

Eso son muchos de nuestros Sagrarios.

Y he aquí, hermanas mías, para lo que os pedía la cooperación de vuestra caridad.

Yo no os pido ahora dinero para los niños pobres, ni auxilio para los enfermos, ni trabajo para los cesantes, ni consuelo para los afligidos; yo os pido una limosna de cariño para Jesucristo Sacramentado, un poco de calor para esos Sagrarios tan abandonados; yo os pido por el amor de María Inmaculada, Madre de ese Hijo tan despreciado, y por el amor de ese Corazón tan mal correspondido, que os hagáis las Marías de esos Sagrarios abandonados.

¿Cómo?

Para eso es la "Obra de las Tres Marías".

Su fin, *ya lo habéis oído;* proveer de Marías adoradoras los Sagrarios desiertos, *convertidos hoy en Calvarios por la ingratitud y el abandono de los cristianos.*

La Obra se dedicará, pues, como a su objeto esencial y necesario, a procurar que no haya Tabernáculo sin sus tres Marías que trabajen por que se abra el Sagrario y se visite al Santísimo diariamente.

Y ahora, almas amantes del Corazón Eucarístico de Jesús, corazones a quienes punzan las espinas suyas y que palpitan al unísono con El, ¡al Calvario con Jesucristo abandonado! ¡Marías adoradoras, ante los ojos de los fariseos modernos y las ingratitudes del pueblo que fué cristiano, *y la cobardía y pereza de los discípulos, ocupad vuestro puesto: "Juxta crucem cum María Matre Ejus..."* (3).

... ...

En el silencio de la Capilla del Sagrario quedaron sonando los últimos ecos de las palabras del Arcipreste, del que era ya el *Fundador de las Marías,* mientras aquel grupo de almas, conmovidas hasta lo más profundo de su ser se ofrecían al Divino abandonado para ser las Marías de sus Sagrarios Calvarios...

En la sacristía de la Parroquia, terminado el acto, fueron presentándose las decididas a ocupar el puesto *juxta crucem,* las generosas para dar las limosnas de cariño para Jesucristo que su Párroco les había pedido... Iban sencillamente para recibir órdenes y decirle cada una al Fundador: "Cuente conmigo".

Después... ¡Dios mío!, ¿quién podrá contestar a ese después?...

La herida abierta en su alma en Palomares del Río, se había ido agrandando al contacto con las experiencias recogidas durante nueve años en sus diversos ministerios y obras de acción católica, social y benéfica, y había llegado el momento, la hora de salir en incontenible afán gritando por el mundo:

"¡Hermanos, hermanos, el Corazón de Jesús está solo en el Sagrario, y no quiere ni debe estar solo!"

Ya la llama del celo reparador de esta injusticia y de esta ingratitud no ardía sólo en su pecho; el fuego se había abierto camino y habia prendido en otros corazones, el incendio había empezado a propagarse y aquella "dorada y excelsa pesadilla" iba a serlo también de otras almas, de innumerables almas...

Nacieron las Marías. Ya alrededor de cada Sagrario, habrá almas reparadoras...

(3) «Aunque todos... yo no», 6.ª ed., págs. 76-81.

El grito angustioso de Cristo: "Busqué quien me consolara y no lo hallé", encontrará un eco amoroso en millares de corazones, que lloran su soledad y reparan su abandono.

Pero antes de narrar la expansión casi milagrosa de esta nueva Obra, tratemos de estudiar su espíritu, según la mente de su Fundador.

¿QUÉ SON LAS MARÍAS DE LOS SAGRARIOS-CALVARIOS?

"*Una Obra de* reparación *eucarística, para en unión de María Inmaculada y a ejemplo de las Marías del Evangelio, dar y buscar compañía a los* Sagrarios abandonados, *solitarios o poco frecuentados.*"

"De los Sagrarios-Calvarios, *porque el estado de abandono, desconsuelo y crueles desprecios en que la ingratitud de los cristianos pone al Corazón de Jesús en los Sagrarios y en los altares de su sacrificio recuerda y aun reproduce con creces su estado de Calvario.*

Fin esencial: *El mismo de las primeras Marías; acompañar* en unión de María Inmaculada y *buscar* compañía *al Corazón Eucarístico de Jesús en las Misas y en los Sagrarios en que nadie o muy pocos lo acompañan; o sea, proveer de Marías reparadoras a los Sagrarios desiertos*" (4).

Reparación eucarística: ese es su fin, su única razón de ser. En esta idea central de su Obra el Fundador insistirá mil veces en sus escritos.

"*Ha nacido* sólo y esencialmente *para reparar* abandonos de Sagrarios; *quitarle este carácter y precisamente del abandono, es negarla y destruirla*" (5).

Por eso para él una María es la reparación viviente, *porque no vivirá más que para reparar el abandono del Sagrario; es la* reparación con alas, *para volar donde quiera que haya un Sagrario y* juntar *al* agravio *el* desagravio, *y junto al* abandono *la* compañía; *es una* Verónica perpetua, *porque sigue y seguirá en muchos Sagrarios de la tierra desfigurado el rostro de Jesús como*

(4) «Aunque todos... yo no», págs. 81, 82.
(5) «Florecillas de Sagrario», 2.ª serie, págs. 80 y 81.

en la calle de la amargura y necesita (¡oh qué belleza de conceptos!) delante de sus Sagrarios *quien a fuerza de pegar sus ojos con los de El, su oído a su boca, y su pensar y su querer con el suyo, acabe por recibir del consolado y agradecido Nazareno el mismo recuerdo de la Verónica: la* cara serenamente triste, del Divino Abandonado, impresa no en un lienzo, sino en su alma!"

Y a fuerza de ser reparadora de abandonos en el más alto grado de la *compasión,* que no es más que configurarse en todo con Jesús Hostia, haciéndose *víctima* por El y con El, una María será... *¡un retrato de la Hostia por dentro!*

En estas palabras: Abandono y Compañía, se cifra y compendia toda esta Obra que tiene toda la femenina delicadeza de las manos que ungen los pies de Cristo y perfumaron de flores el camino de su sepulcro.

Su bandera, blanca como la Hostia y morada como el abandono que la rodea en tantos Sagrarios, tiene este lema: "*A mayor abandono de los demás más compañía propia*". Y su escudo (un Corazón eucarístico, sangrando y de fondo, un Calvario, donde no faltan las tres cruces) este mote: "*Aunque todos te abandonen... ¡yo no!*"

Su reparación será aquella llena de ternezas con que las Marías del Evangelio hacían olvidar a Jesús el desamparo en que tantas veces le dejaron los suyos.

"Las Marías acompañaron al Señor:

1.º Sirviéndole (Ministrabant ei) (Lc. 8, 3).

2.º Ungiéndole (Emerunt aromata, ut venientes ungerent Jesum) (Mc. 16, 1).

3.º Llorando y lamentándose (Plangebant et lamentabantur) (Lc. 23, 27).

4.º Estando de pie junto a la Cruz cuando todos lo abandonaron... (Stabant juxta crucem...) (Jn. 19, 25).

Estos mismos son los oficios de las Marías de los Sagrarios-Calvarios...

1.º Servir *al Corazón Eucarístico abandonado o solitario con la* Comunión *y* visita *propias cada día y con* propaganda *para buscar otras comuniones y visitas para el mismo Sagrario.*

2.º Perfumar *estas comuniones, visitas y propagandas eucarísticas con el* buen olor *de una vida de* hostia, *o sea de mucha humildad, caridad y modestia en trajes y costumbres.*

3.º Llorar y lamentarse *con el Corazón Eucarístico de Jesús, pidiendo, amando, consolando, mortificándose y reparando por los desventurados vecinos de aquel Sagrario que debían ir y no van.*

4.º Permanecer fieles *junto al Sagrario sin intimidarse ni ante los malos que se oponen, ni ante los discípulos que huyen, murmuran o se cansan.*

Tener por divisa: "a más abandono de los demás, más compañía mía".

Una María es, pues, la servidora, *la* embalsamadora, *la* consoladora, *y la* incansable adoradora *de un Sagrario en el que el Corazón de Jesús no tiene ni quien lo sirva, ni lo unja, ni lo consuele, ni lo adore*" (6).

El abandono del Sagrario...

¿Qué entiende él por abandono del Sagrario?

Preciso será tener bien claro este concepto, pues la Obra no tiene más que este único y exclusivo objeto: reparar este abandono...

Dos clases de abandono distingue él: uno que pudiera llamarse *externo,* otro *interior* o espiritual...

"*Llamo abandono exterior a la ausencia habitual y voluntaria del Sagrario* (y por Sagrarios entiende siempre todo lo que alrededor del Sagrario gira, la Santa Misa, la Comunión Eucarística, la visita al Santísimo) *por parte de los católicos que lo conocen y pueden ir a visitarlo*".

No es sólo contra ese abandono la Obra, sino más singularmente contra el abandono interior.

"Abandono interior *es ir al Sagrario con el cuerpo y no con el alma; ir a él y* no estar *en él. Es* ir con el cuerpo *para que la boca se abra y trague la Sagrada Forma, los labios se muevan y balbuceen algunas palabras, la cabeza se incline, las rodillas se doblen por un espacio*

(6) «Aunque todos... yo no», 6.ª ed., p. 83.

de tiempo más o menos largo, pero no con el alma, que no medita *lo que hay y lo que se da y lo que se pide en el Sagrario, que no se prepara para comer con un gran aseo y un excitado apetito, ni saborea, ni agradece la comida, que no habla ni escucha al Huésped que la visita, que no se presta a recoger y guardar las gracias que le trae, los avisos que le da, los ejemplos que le enseña, los deseos que le insinúa, la correspondencia de amor que le impone...*".

Y como ejemplo de ese abandono interior recuerda aquella primera Comunión de los Apóstoles... ¡Qué solo se encontraba Cristo en el Cenáculo! Como preparación a aquel convite de amor, que se les anuncia, las disputas sobre el reino temporal con que soñaban, y como acción de gracias, ¡el sueño en la agonía del Huerto, la huída, la negación!

"*¡Jesús solo, abandonado en el alma de sus amigos! Es decir, ¡Jesús visitando almas y viviendo en las casas de sus amigos sin ser entendido, ni secundado, ni escuchado, ni preguntado, ni tomado en cuenta!...*

Ese es el abandono interior que se repite en una proporción que asusta en nuestros Sagrarios" (7).

Y se adentra en el mar de estos tres ocultos y terribles abandonos: el abandono en su dogma, su liturgia y su ascética, de la Eucaristía Misa, Eucaristía Comunión y Eucaristía Presencia real.

A tantos abandonos, opone la reparación organizada por la compañía que él llamará:

a) Compañía de presencia *corporal y espiritual, "toda la que debo y puedo dar a Jesús real y perennemente presente en mi Sagrario...*

b) Compañía de compasión: *por ella nuestro corazón y nuestra vida se convierten en* eco *del Corazón y de la vida que palpitan en nuestros Sagrarios...*

c) Compañía de imitación, *que tiende a hacernos como la Hostia callada del Sagrario, corderos sacrificados en silencio e* invisiblemente.

d) Compañía de confianza, *que nos hará vivir tan unidos con el Corazón de Jesús Sacramentado que ya*

(7) «El abandono de los Sagrarios acompañados», 3.ª ed., páginas 24, 28 y sgtes.

no lleguemos a preocuparnos de nuestros propios cuidados y gustos sino de esto sólo: de que El esté contento.

Es la compañía llevada hasta el olvido de sí propio y el abandono total en su Corazón... (8).

Lector, he aquí brevemente reseñada, esta Obra hermosísima... Sorprende y admira siguiendo esta trayectoria de reparación eucarística, que, sin sospecharlo, nos encontramos con una ascética y una mística toda ella de nuevo cuño, aunque de honda raigambre evangélica, pero desgraciadamente casi por completo olvidada. Una ascética y una mística de *reparación compasiva,* toda ella empapada de Eucaristía...

He aquí que toda la piedad vuelve a *centrarse* y a valorizarse. La Eucaristía, que es la médula de todo el Evangelio, vuelve a ser lo que nunca debió dejar de ser: el centro de toda nuestra vida.

---

(8) Ver más extensamente explicadas estas ideas en «El abandono de los Sagrarios acompañados».

II

"Desfaciendo entuertos..."

El testamento de las Marías del Evangelio

Este fino y delicado espíritu de reparación, dirá el Fundador, es el testamento que las Marías de hoy han recibido de sus hermanas mayores del Evangelio.

Allí no se ven las Marías en las horas de triunfo, sino en las de derrotas, de olvidos, de pretericiones, de cobardías... Cuando todos aplauden y vitorean al Maestro, ellas caen en la cuenta de prepararle casa y comida; cuando se regatean al Maestro las abluciones y honores de hospitalidad, ellas lavan sus pies con lágrimas y ungen con bálsamos preciosos; cuando en su pasión y muerte los amigos huyen, ellas se quedan; cuando Jesús muere por los que lo crucifican y lo habrán de seguir crucificando en el transcurso de los siglos, ¿no es María, la Reina y Maestra de todas las Marías, la que adora, agradece y repara por todas las generaciones?; cuando, después de muerto, nadie lo busca, ellas lo buscan con insistencia y consiguen dar con El resucitado... Para las Marías que siguen a Jesús en su vida mortal, no hay más ocupación que ésta: *Suplir* ellas con su trabajo, su oración, su presencia, sus lágrimas de compasión al menos, lo que El pudiera echar de menos. Esa es la *reparación viviente*. Eso es y eso quiere hacer cerca de Jesús en su vida de Sagrario la verdadera María.

Por eso podrá él también decir, que no las fundó, sino que fué el que las echó ahora de menos en la Iglesia de Dios: "*Las Marías en la Iglesia no son nuevas; son antiguas como el Evangelio. Lo* nuevo *ha sido, y a nosotros nos ha tocado el triste privilegio de verlo y sentirlo, el que* no las haya... *La Obra de las Marías* nació *en la* fidelidad *de Galilea, se* bautizó *en las* lágrimas *de la calle de la Amargura, se* confirmó *en la* Sangre *del Calvario y se* perpetuó *en el* amor *de la Eucaristía... Ya ven si es antigua nuestra Obra; por esa razón no admito que me digan que yo he sido quien la* ha fundado, *sino quien por la misericordia de Dios la* ha echado de menos..." (9).

Cómo sentía también que el Sagrario se arrinconara olvidado en la penumbra solitaria de los templos como un objeto accesorio, siendo el centro de todo el Cristianismo: "*Yo no sé que se haya hecho jamás más daño a la vida cristiana que con este* retirar de su circulación *el* Sagrario.

El cristianismo es el Sagrario, y, aunque no sea esta la ocasión de demostrarlo, vosotros afirmaréis conmigo que el Sagrario en nuestra religión no es un remate *más o menos airoso de sus cimas, ni un* broche de oro *que lo cierra, ni una de las instituciones que la embellecen, sino que la Eucaristía, el Sagrario, es todo el cristianismo, es el principio, fin y razón de ser de sus dogmas y su moral, de sus sacrificios y de sus virtudes, de sus bellezas y de sus milagros... Yo no puedo pensar qué sería un cristianismo sin Eucaristía, porque su Fundador no quiso que lo hubiera; pero sí digo que el actual cristianismo todo es con y por y para la Eucaristía, y sin Ella, no titubeo en decirlo, el cristianismo es nada, de tal modo que puede formularse esta regla cierta: a más frecuencia de Sagrario más cristianismo; a menos Sagrario menos cristianismo*" (10).

A un espíritu irreflexivo, que sin ahondar, someramente pasara los ojos por la superficie externa de la Obra, le pudiera parecer falta de nervio teológico, pudiera tacharla de sentimentalismo, más o menos her-

(9) «Florecillas de Sagrario», 2.ª serie, p. 86.
(10) «Aunque todos... yo no», 6.ª ed., p. 67.

moso, pero que no deja de ser en el fondo absurdo, pues habla de compadecerse de Cristo, y consolarle en el Sagrario como si el Cristo glorioso de la Eucaristía sufriera y necesitara por tanto el calor de nuestra compasión y nuestro consuelo.

Nada más lejos de esta Obra, que tiene una profunda entraña teológica, que está de acuerdo con las revelaciones de los últimos tiempos, y marcha acorde con la mente de la Iglesia, puesta de manifiesto en las encíclicas de los últimos Pontífices...

Intentemos, aunque sea de paso, desbaratar prejuicios, y aclarar confusiones.

Los oficios de las Marías, nos dice el Fundador, *son, además de servir al Corazón Eucarístico abandonado y estar con El cuando otros le dejan, perfumando todos sus actos con el buen olor de una* vida de hostia, llorar y lamentarse *con el Corazón Eucarístico de Jesús... haciendo todas sus obras buenas en* espíritu reparador del abandono del Sagrario...

Reparación de compasión...

Compasión reparadora; he aquí el ideal divino de esta Obra Eucarística... Compasión, nos dirá bellamente San Francisco de Sales, es traspasar del corazón del amado al corazón del amante su propia pasión, o lo que es igual: hacernos partícipes de su dolor, pasando a nuestro corazón la propia miseria que él padece (11).

Compasión reparadora de María, será hacer pasar a su corazón los sufrimientos de Jesús causados por el abandono de que es víctima por parte de los suyos. Sufrimientos que le son más dolorosos y acerbos que los causados por sus enemigos.

Todavía a través de los siglos llega a nuestros oídos conmoviéndonos aquella queja amarga con que su Corazón se desahogaba del desvío de los suyos por labios del profeta:"No, no es un enemigo el que me afrenta, eso lo soportaría... eres tú, un otro yo, mi amigo, mi íntimo..." (Ps. 54, 13).

Aquella pasión, que tuvo su prólogo sangriento en

(11) «Tratado del Amor de Dios», libro 5.º, cap. IV.

Getsemaní, y su epílogo supremo en el Calvario, no pasó, se perpetúa. Todos los días se renueva por los hombres: por parte de los pecadores porque abunda el pecado, por parte de los justos porque le dejan solo.

¿Sufre, entonces, ahora Jesús? Materialmente no, ni sus ojos lloran, ni su alma padece las angustias del desamparo divino y humano de aquel Viernes. Pero si no sufre, no es porque no haya motivos de sufrir; y lo que no sufre ahora porque el estado beatífico de su alma humana es incompatible con el dolor, lo sufrió durante toda su vida. En aquella agonía del Huerto y en aquel terrible desamparo de la Cruz, sintió Jesús y pagó el desamparo de toda la humanidad, la de entonces y la de hoy; el desamparo del pecador que le ofende y la soledad de sus Sagrarios abandonados.

Si Jesús ha sufrido por estas ofensas y estos terribles abandonos en su vida eucarística, deber nuestro, impuesto por el amor, es reparar estas ofensas...

Y nos cabe pensar, sin salirnos del radio de la teología, que esta reparación *nuestra de ahora,* le consoló y le alivió *entonces* en aquellas horas de agonía en el Huerto... lo mismo que este abandono actual le dolió. A su mirada divina no hay fronteras que se resistan; el tiempo para El no tiene ayer ni mañana; todo es un *eterno presente.*

Allí en Getsemaní nuestros abandonos de ahora le hirieron hasta hacerle besar la tierra regada con su sangre; y nuestra compañía de hoy, nuestro dolor al pie de su Sagrario, llevó alientos confortadores a su mortal agonía, haciendo un poco el oficio entre aquellos olivos, de Angel consolador...

Si ahora, porque no sufre, retiramos nuestros consuelos y nuestra reparación a *este abandono actual* que fué causa real y verdadera de su pasión dolorosa, nosotros seríamos verdadera causa también de que en aquella hora del Huerto no *hubieran disminuído sus dolores...*

Nuestro puesto estaría entre aquellos apóstoles que huyeron cobardes apenas sintieron por el torrente Cedrón los pasos de sus enemigos...

Si sabemos compadecernos de nuestros amigos por penas sufridas en tiempos pretéritos y el solo oírselas de

sus labios nos conmueve hasta arrancarnos lágrimas ¿por qué no conmovernos por el dolor *pretérito* de Cristo ante abandonos e ingratitudes *presentes* que fueron en gran parte *causa* de sus dolores pasados?...

Y cuando El ha querido quedarse entre los hombres en estado de víctima en la Hostia Sacrosanta, memorial de su pasión ¿no es para que los hombres no olviden sus dolores, y reparen con los suyos, la ingratitud de los que los causan?

Compasión por los abandonos de Jesús en la Eucaristía ¡Qué exquisita delicadeza de amor!

Por esta compasión el alma ha hecho suya las ofensas y los ultrajes que Cristo recibe a diario en el Sacramento del Amor, y por este dolor compasivo el alma se va transformando en El. —"*Jesús de mi Hostia de cada mañana, que yo sea tu hostia de cada día*" (12). Por esta comunión de su cuerpo y de su pasión el alma cada día es más hostia, cada día es más cordero. "*¡Cordero de mis mañanas, que yo sea tu cordero de todo el día!*" (13).

Se juntaron el amor, que, compadeciéndose hizo suyos todos los dolores de Cristo, y se juntó el dolor, aquel dolor redentor de la Cruz, porque el alma al compadecerse, voluntariamente se puso en estado de víctima (¡postura de hostia!) y entonces ¡qué misteriosa transformación se opera en el alma! ¡Cómo se complace Dios!... Si Santa María Magdalena de Pazzis ha podido decir: "Que se complace este Divino Corazón más en aquella alma que se transforma por el dolor, que en aquella que se transforma por el amor", ¿hasta dónde llegarán sus complacencias sobre el alma *compasivamente reparadora*, que se forja en la fragua de los dos? Allí sólo el dolor, aquí dolor y amor; dos herreros que a la par encienden el fuego y a un tiempo martillean el hierro...

Las revelaciones de los santos

Y tanto le complace a Cristo esta compasión, que sus revelaciones de estos últimos tiempos, en que abrién-

(12) «Mi jaculatoria de hoy», p. 9.
(13) Id., p. 10.

dose el pecho, nos ha descubierto los tesoros de su Corazón divino, están llenas de insistentes llamadas a esta reparación que tenían en olvido tantas almas...

Oíd con qué amor impaciente de eterno enamorado habla con Sor Benigna Consolata: "¡Oh Benigna mía, hazte apóstol de mi amor! Grita alto que te oiga todo el mundo: que tengo hambre, que tengo sed, *que me muero de deseos de que me reciban mis criaturas.*"

Marías, oíd cómo se queja del abandono que padece en los Sagrarios: "Estoy en el Sacramento de mi amor por las criaturas y ellas... *¡hacen tan poco caso!*"

Seguid oyendo cómo la empuja a que le busque compañía: "Si una esposa tuviese a su esposo muriendo de hambre iría a pedir limosna... Benigna, hija mía, *busca almas que reciban la Sagrada Comunión...*" (14).

Marías ¿verdad, que en este mandato de Cristo, mezcla de queja y reproche, está toda vuestra Obra?...

Pero sigamos transcribiendo algunos párrafos más de este sentido mensaje del amor impaciente: "Benigna mía, si la Iglesia lo permitiese, yo me daría a las almas *aún más de una vez al día...* Hasta el pobre pecador que sin ningún mérito de su parte (sino solo la Gracia) me recibe, me *proporciona un gozo inmenso...*" Y termina con esta hermosísima confidencia, que parece un eco divino del Cantar de los Cantares: "Cuando por las noches vas a dormir *yo cuento las horas y los minutos* que faltan para que mi Benigna venga a recibirme" (15).

Pero dejemos hablar a Santa Margarita María de Alacoque. Tiene los ojos perdidos en un más allá lejano. Se diría que no vive en la tierra. Está delante del Santísimo; cuando piensa qué podrá dar a su Dios en retorno de tanto amor, el mismo Corazón Divino, desde aquella Custodia en que ella le adora, le responde: "He aquí este Corazón, que tanto ha amado a los hombres y no recibe de la mayor parte de ellos sino ingratitudes con sus irreverencias y sacrilegios, y con las *frialdades y desprecios que tienen para conmigo en este Sacramento de amor.*"

---

(14) Vida de Sor Benigna Consolata, cap. 5, p. 89, ed. 1926. Madrid.

(15) Revelaciones del Señor a Sor Benigna Consolata, páginas 19 y 20. Ed. 1928. Montevideo.

Se queja a Santa Margarita del abandono de sus Sagrarios. Y la que como Juan en el Cenáculo, percibió los latidos de su pecho, va a recoger de sus labios su pena más íntima. Ahora sí que no podrán tachar a esta Obra de vano sentimentalismo.

"Pero lo que es para mí más sensible *es que sean corazones que me están consagrados* los que esto hacen". (¡El abandono de los suyos!) "Por eso, yo te pido que el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento sea dedicado a una fiesta particular, para honrar mi Corazón, *comulgando este día* y haciéndole reparación de honor, mediante una pública y contrita confesión de la culpa *para reparar las indignidades que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares*" (16).

Las Marías de los Sagrarios dedicarán a ese dulce y amargo deber de reparar, no un día al año, sino toda su vida, ellas serán el *eco vivo* de este anhelo de la Santa: "Yo quisiera *poder vengar* en mí *misma todas las injurias,* que se han inferido a mi Salvador Jesucristo en el Santísimo Sacramento" (17).

Ellas sabrán vengarse, por la compasión se harán víctimas, como Cristo en el Sagrario ¡se harán hostias!

Así las quiso su Fundador. Ellas comprendieron toda la terrible y angustiosa realidad de esta visión del Angel a los niños de Fátima, y que cuenta así la vidente Lucía:

"La tercera aparición me parece que debió de ser en octubre, porque ya no íbamos a pasar las horas de la siesta en casa.

Fuimos por la Pregueira (pequeño olivar perteneciente a mis padres) hacia la Lapa, dando la vuelta a la cuesta del monte por el lado de Aljustrel y Casa Vieja. Rezamos el rosario y la oración que en la primera aparición nos había enseñado el ángel y, estando allí se nos apareció por tercera vez, trayendo en la mano un cáliz, y sobre éste una hostia, de la cual caían dentro del cáliz algunas gotas de sangre. Dejando el cáliz y la hostia suspendidos en el aire, se postró en tierra y repitió tres veces la oración:

---

(16) Vida y obras de Santa Margarita, ed. 3, t. 2, p. 1. Autob. n. 92, p. 102, ed. fr.
(17) Id. c. 5, p. 233.

—"Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo: os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo presente en todos los Sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencia con que se le ofende. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores."

"Después, levantándose, tomó de nuevo en la mano el cáliz y la hostia y me dió la hostia a mí, y lo que contenía el cáliz se lo dió a beber a Jacinta y a Francisco, diciendo al mismo tiempo:

—"Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios."

De nuevo se postró en tierra y repitió con nosotros tres veces más la misma oración: "Santísima Trinidad..." y desapareció" (18).

Este cáliz sangriento es el que mueve a compasión las almas de las Marías.

Las apariciones de Fátima son una confirmación más de la Obra.

La doctrina de la Iglesia

Que la Obra no nació fuera, sino muy dentro de la mente y del corazón de la Iglesia, nos lo probarán con creces estas citas de las Encíclicas de los últimos Pontífices...

Pío XI, en la Encíclica "Miserentissimus Redemptor", de 8 de mayo de 1928, insiste en la reparación debida al Sagrado Corazón, y nos da la razón de la misma: "Que si por nuestros pecados futuros, pero previstos, el alma de Cristo Jesús estuvo triste hasta la muerte, sin duda algún consuelo recibiría de nuestra reparación, también futura, pero prevista, cuando el Angel del Cielo se le apareció (Lc. 22, 43) para consolar su Corazón oprimido de tedios y angustias". "Así, aún *podemos y debemos consolar* aquel Corazón Sacratísimo, incesantemente ofendido por los pecados y la ingratitud de los hombres..."

(18) Revista «El Reinado Social del Sagrado Corazón», n. 252.

Y enumera como obras eminentemente expiatorias la Hora Santa y la Comunión reparadora, "ejercicios de piedad que no solamente la Iglesia *aprobó* sino que enriqueció con copiosos favores espirituales."

Pío XII en su Encíclica "Mediator Dei", de 20 de noviembre de 1947, pide que se abran las puertas de los templos "a fin de que reunidos a los pies de su Salvador, escuchen su dulcísima invitación: "Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré." (Mc. 11, 28).

Quiere que los fieles participen en el santo Sacrificio "no sólo espiritualmente, sino también recibiendo sacramentalmente la Eucaristía".

Y escribe a continuación esta frase bellísima: "*Estimulad en las almas el hambre apasionada e insaciable* de Jesucristo; que vuestra enseñanza llene los altares de niños y de jóvenes que ofrezcan al Redentor divino su inocencia y su entusiasmo; que los cónyuges se acerquen al altar a menudo; para que, alimentados en la Santa Misa y gracias a ella, puedan educar a la prole que les ha sido confiada, en el sentido y en la caridad de Jesucristo; sean invitados los obreros para que puedan tomar el alimento eficaz e indefectible que restaura sus fuerzas y les prepara para sus fatigas la eterna misericordia en el cielo; en fin, los hombres de todas las clases, reuníos y "apresuráos a entrar" (Lc. 14, 23), porque este es el Pan de la vida, del que todos tienen necesidad."

Hambre apasionada e insaciable de Cristo en la Eucaristía.

¡Qué hermosura de concepto! y ¡qué delicada belleza de expresión!

¿No parece que detrás de esas palabras se está viendo a las Marías?

Y diríase que están especialmente dirigidas a ellas, estas otras también de S. S. Pío XII en el Radiomensaje al Congreso Eucarístico del Brasil el 31 de octubre de 1948:

"Cuando el Rey divino, próximo a salir de este mundo para dirigirse al Padre, decidió en el exceso de su infinito amor quedar con nosotros hasta la consumación de los siglos, *¡no fué para condenarse a ser un*

eterno prisionero encerrado en las sombras de los Sagrarios abandonados! ¡No fué sólo o principalmente para salir de ellos de cuando en cuando a recibir en tronos esplendentes de luces y coronados de flores los homenajes de adoración y gloria que a su infinita Majestad, cuanto más escondida, tanto más le son debidos! Si lo hizo fué para ser el Corazón eternamente vivo y palpitante de su Cuerpo místico; para ser el centro propulsor, la fuente y manantial de la vida, y de una vida abundante, para su Iglesia y para todos y cada uno de sus miembros."

"Ahí le tenéis, a todas las horas del día y de la noche, víctima santa en millares de altares como en otros tantos calvarios, inmolándose en holocausto de adoración y expiación a la santidad y a la justicia eternas."

Ya en el Radiomensaje al IX Congreso Eucarístico nacional de los Estados Unidos, el 26 de junio de 1941, recordaba también S. S. Pío XII al mundo la ansiedad de Jesucristo en sus Sagrarios... "Bien sabéis que el pan y el vino de nuestro Sacrificio de la nueva Ley no han sido transubstanciados en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo para encontrar su reposo en el Tabernáculo o en un Viril. Ninguna hostia es consagrada sino para que al final encuentre su camino en el pecho del hombre."

Y hace al final una hermosa invitación a vivir en estado de víctima, como la Hostia de nuestra Comunión.

"Pero, venerables hermanos y amados hijos, lo que hemos recibido es una Víctima; en una víctima, pues, nos convertimos.

El sacrificio de sí mismo es un elemento esencial en la vida de una víctima."

He ahí los sublimes ideales de esta Obra. ¡El programa de las Marías de los Sagrarios-Calvarios en los labios del Pontífice!

III

El dedo de Dios está aquí

Rápida propagación de la Obra

Pero volvamos al año 1910. Asombra y admira la rapidez con que se propaga la Obra. Acaba de nacer; "El Granito de Arena", aquel periodiquillo incendiario, ha llevado por toda la península su partida de bautismo, y apenas nacida ya se siente con brios, suelta los pañales y comienza su vida de gloriosa andariega...

¿Qué es esto? —Que el Arcipreste, acaba de romper sobre los pies del Divino Abandonado, como el vaso de la Magdalena, su Obra de reparación eucarística y el perfume de nardos de aquel ungüento precioso ha invadido la casa...

Y avanza solo en alas del viento como el aroma de Cristo, que no necesita quien le dé la mano, para extenderse y derramarse por el mundo...

Las principales revistas católicas de España y algunas de Portugal y Francia dan a conocer la Obra recién aparecida, con delicados elogios...

Por todas las Diócesis se van estableciendo centros; y van surgiendo Marías; ya en el año 1913 comienza a extenderse por América, siendo Cuba la primera nación americana donde se fundan; y en innumerables pueblos, como escribía al recordar estos principios el venerado Fundador al celebrarse los 25 años de la Obra, *"...el polvo y los desgarrones que afeaban la casa del Amado se han trocado en olor a flores y a limpio, y al frío, como de hogar apagado, que resquebrajaba alta-*

res y muros y helaba y paralizaba las almas ha sucedido un ambiente tibio y atrayente, como de hogar frecuentado, y al silencio de soledad como de tumba, ha sustituído el sagrado ruido de cantos de niños, pasos de visitantes, sollozos de arrepentidos, suspiros de amantes, preces y rezos, y de no contar con el Sagrario para nada, ya se habla del Sagrario en las casas del pueblo, y preguntando por El y para estarse con El llegan viajeros, y las calles se han perfumado con cánticos eucarísticos de los niños y de las mozas, y los enfermos desahuciados tienen visitantes cariñosos que les llevan aromas de cielo, y los abandonados del pueblo van encontrando alivio y protección" (19).

Realmente podía gozarse el Fundador en ver conseguido su deseo: haber logrado por la gracia de Dios crear un ambiente, inocular en innumerables almas una idea madre y un espíritu nuevo, del cual han salido después otras obras sugeridas quizás por este espíritu, inconscientemente asimilado por aquellos que las realizaron...

FUNDADOR Y MODERADOR GENERAL

Volvamos de nuevo a Huelva.

Fácil es suponer el consuelo que recibiría D. Manuel viendo aquella bendición de Dios sobre sus siembras a voleo. Así escribía: "*En medio de las amarguras que no tiene más remedio que traer consigo mi vida parroquial y las diversas clases de asuntos y obras y apuros con que el Corazón de Jesús ha querido* adornármela, *me sirven de dulcísimo consuelo las noticias que de la Obra de las* Tres Marías, *de los Sagrarios solitarios estoy recibiendo.*

Todo lo que escuecen y duelen la ingratitud, la inconstancia y la indiferencia de las almas sobre quienes se trabaja incesantemente, endulzan y animan la delicada fidelidad y el amoroso ingenio y el celo ardiente de las almas amantes del Corazón de Jesús.

¡Bendito sea El que ha querido valerse de esta Obra

(19) «El Granito de Arena», 5 y 20 de marzo, 1935, p. 136.

para quitarse de encima algo del mucho abandono con que le oprimen los hombres!" (20).

Sobre todo, según él mismo declaraba, cuando vió toda la magnitud de la Obra que el Señor le había confiado y toda su importancia en la Iglesia de Dios, fué al recibir las palabras de aprobación de su Prelado, el señor Arzobispo de Sevilla (21).

Al leerlas, descubrió todo el horizonte como si descorriese un velo ante sus ojos y vió de un modo nuevo y con un convencimiento mucho más seguro que, como decía el Vrdo. Sr. Arzobispo, este pensamiento de su Obra "con ser tan sencillo y de tan fácil ejecución, es un medio eficacísimo para estimular la piedad y hacer que los pueblos vivan del espíritu de fe acompañando al Divino Prisionero que se ha quedado en los Sagrarios por amor de los hombres".

Vió que esa Obra la necesitaba no sólo su arciprestazgo, sino otros muchísimos arciprestazgos y diócesis. Así se lo estaban confirmando además los hechos.

Diríase que el eco de su voz que clamaba contra el abandono de Jesús Sacramentado, al resonar en las bóvedas de innumerables templos solicitarios, se multiplícaba indefinidamente, y este eco grandioso e imponente venía a herir de nuevo los oídos del Fundador y estimulaba su celo con nuevos ardimientos.

Era la amarga realidad de innumerables pueblos que contestaban a sus presentimientos. El mal era grave no sólo por su importancia, sino por su extensión.

"Es peculiar de los grandes corazones descubrir la principal necesidad del tiempo en que viven y consagrarse a ella", ha dicho el insigne Padre Lacordaire, y Don Manuel González fué uno de estos grandes corazones...

Pero si grande era su gozo al ver cómo había sido

(20) «El Granito de Arena», 20 septbre. 1911.

(21) «Desea el Rvdmo. Prelado que los Sres. Curas Párrocos acojan el pensamiento de la «Obra de las Tres Marías», del señor Arcipreste de Huelva; pues con ser tan sencillo y de tan fácil ejecución, es un medio eficacísimo para estimular la piedad y hacer que los pueblos vivan del espíritu de fe, acompañando al Divino Prisionero que se ha quedado en los Sagrarios por amor de los hombres» (Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Sevilla, abril 1910).

acogida la Obra y los frutos que estaba comenzando a producir, si su celo se agigantaba al ponerse en contacto con otras almas que le daban la razón de la necesidad de esa campaña y se aprestaban a secundarla, no dejaba el Fundador en su humildad de temer no ser instrumento apto; sentía el peso de su responsabilidad y procuraba no poner el menor obstáculo a la acción de Dios que tan palpable se manifestaba (22).

Por un instinto sobrenaturalmente natural se esforzaba en trabajar cuanto pudiera, pero de forma que su acción personal no pudiera ahogar, empequeñecer o estropear aquella Obra en que se sentía latir el poder y la complacencia del Corazón de Jesús. Su delicadeza en este punto era extremada.

En su deseo "*de servir con desinterés y sin personalismos, de la mejor manera, a la Obra*" —son sus palabras— no se quiso reservar la dirección general de ella, "*limitándose* —como dice—, *a ser su propagador, voceador y pregonero*".

Fué Su Santidad Pío XI en su Breve de 22 de agosto de 1924 quien establece la necesidad de un Moderador General.

Y a propósito de esto escribe D. Manuel, a la sazón Obispo de Málaga:

"El Breve de Pío XI ahora, y la experiencia también de catorce años de difusión intensa y extensa ha demostrado no sólo la conveniencia, sino la necesidad

(22) En sólo nueve meses de existencia se había establecido la Obra (en 1910) con la aprobación de los Prelados y con sus directores diocesanos por ellos nombrados, en 21 diócesis, a más de otras donde ya se estaba trabajando para su implantación. Se habían repartido 33.000 hojas de propaganda, sin contar con los permisos de reimpresión dados, y se habían expedido 4.000 patentes de inscripción. Ya en aquel año se logró hubiera diócesis donde no quedase ni un Sagrario sin Marías. Antes de los cuatro años de la fundación, a primeros de 1914, se contaban ya 47 Centros diocesanos en España, 4 organizados en América y más de 20 en formación. Empezaba a propagarse por otras naciones europeas. El número de Marías en España era ya de 50.000 y de varios miles en el extranjero. Ya entonces había dicho de la Obra el Emmo. Cardenal Aguirre, Primado de España: «A las Marías ha reservado el Corazón de Jesús la reconquista de España para El».

Actualmente se halla establecida la Pía Unión en 15 naciones, con más de 2.000.000 de asociados.

de cierta unidad de dirección para la conservación de la unidad del espíritu de la Obra"...

"Una organización que sin perder el carácter de diocesana, o de sumisión completa y absoluta en cada Diócesis al Pastor propio, goce de las ventajas y seguridades de una dirección común.

Trabajo me cuesta decirlo, como trabajo me ha costado llegar a convencerme. Hoy por hoy no veo otra forma de dirección común para nuestra amadísima Obra que aceptar el cargo de Moderador General *de la misma a que el Breve de S. S. alude, con todas sus consecuencias y con todos los deberes y derechos que el Código de Derecho Canónico señala a los Moderadores o Directores Generales de las Pías Uniones.*

Bien es verdad que a pesar de mi empeño en dar carácter privado a mi gestión en pro de la Obra que por mi pobre mediación quiso el Corazón de Jesús plantar y tan espléndidamente difundir en su Iglesia y en torno de sus Sagrarios abandonados y poco frecuentados, la benevolencia de los Directores Diocesanos en sus frecuentes consultas y peticiones de auxilio y las deferencias de mis Venerables Hermanos en el Episcopado honrándome con confidencias, preguntas y observaciones sobre la marcha, frutos y triunfos, horizontes y deficiencias de la Obra o de sus asociados, han venido tratándome como si fuese tal Moderador General. Sea pues así para gloria y compañía de Jesús Sacramentado..." (23).

El puesto de San Juan

Al mismo tiempo que iba el Arcipreste de Huelva propagando el ideal y el espíritu de la Obra, encendiendo la llama de la compasión al Divino Abandonado en los corazones, iba también delineando cada vez con más precisión los contornos de su organización según la práctica y las necesidades se lo iban aconsejando.

---

(23) «Aunque todos... yo no», 4.ª ed., págs. 149, 153.—A la muerte de D. Manuel le sucedió en la Dirección General de la Pía Unión el M. I. Sr. D. Fernando Díaz de Gelo. Actualmente es Moderador General de ella, el M. I. Sr. D. Zacarías Gama Martínez, Canónigo de Palencia, nombrado por la S. Congregación del Concilio.

Pero aquella Obra de sus amores, ¿solamente había de ser empresa de mujeres? ¿no tendrán en ella un puesto reservado los hombres?... De momento el Fundador no pensó más que en las Marías, pero al mes de haber anunciado su Obra, he aquí que nuestro Arcipreste recibe una carta. Le escribe un novicio benedictino de Santo Domingo de Silos.

En ella reclama un puesto para los hombres en los Sagrarios Calvarios:

"Hay que buscar, escribe, las tres Marías para los Sagrarios Calvarios. ¿Más acaso estaban allí las tres Marías solamente? ¿No estaba allí también el Discípulo Amado? ¿Y no es este el modelo de los novicios por su pureza? Pues ¿por qué no hemos de ser nosotros los "*San Juan*" de esos Calvarios...?

En resumen, que puede contar con veintidós entre novicios escolásticos, que llenos de entusiasmo, nos comprometemos a ser el "*San Juan*" del Sagrario que se nos designe, comulgando y haciendo una visita diariamente al Santísimo Sacramento con la intención de comulgar y visitarlo en dicho Sagrario.

Mande, pues, una lista con veintidós nombres de pueblos cuyos Sagrarios estén abandonados, que, nosotros nos los distribuiremos, para ocupar en él nuestro puesto al lado de María nuestra Madre" (24).

El Arcipreste hizo suya la propuesta y con suma complacencia la promulgó en su revista y hojitas de propaganda.

Se ha completado la Obra. Aquel día nacieron los Juanes de los Sagrarios-Calvarios; ellos, además de los oficios reparadores de sus hermanas las Marías, tendrán el noble oficio de adoraciones nocturnas ambulantes en los Sagrarios de los pueblos, y propagar en mítines y conferencias la atracción de los hombres al Sagrario.

Y en aquellos tiempos de cobardías vergonzosas, una pléyade de hombres, se levantan en pueblos y en ciudades para defender los derechos de Jesucristo y de su Iglesia, profesar a los cuatro vientos la vitalidad de su fe en la Eucaristía y cantar en las noches silenciosas

(24) «El Granito de Arena», 20 abril, 1910.

bajo las bóvedas de los templos aldeanos al Amor de los amores.

La llama de aquel celo reparador prendió pronto en las almas sacerdotales y la Obra tuvo la hermosísima prolongación de Juanes Sacerdotes y Juanes Seminaristas, además de los seglares.

Que era de Dios aquella Obra de las Marías y los Discípulos de San Juan no podía dudarse. Se cumplía el oráculo de Gamaliel: si hubiera sido de los hombres, condenada estaría al olvido; como no era de los hombres, ved con qué vitalidad avanza y se extiende por toda la Península, y surcando los mares, lleva el calor amoroso de la fiel compañía, hasta a los lejanos Sagrarios de América.

Sorprendido el Fundador ante aquel insospechado avance, le preocupaba más que el cuerpo vigoroso de aquella primitiva organización, el alma de la Obra.

El quería crear más que una *Obra nueva, un espíritu nuevo.*

"*Yo soñaba* —dice—, *y sigo soñando con una Obra, que en vez de formar redil aparte de los demás rediles o agrupaciones piadosas, fuese no sólo compatible con ellas, sino portadora, restauradora y robustecedora de un espíritu intensamente eucarístico en todas ellas*" (25).

Prudente y discreto en no dar normas de organización prematuras que pudieran obstaculizar después el desarrollo del ideal, como hemos dicho, fué poco a poco dando y ampliando las normas necesarias (26).

A LOS PIES DE PÍO X

El Obispo de la Eucaristía, como se le ha llamado por muchos, es con respecto al Papa de la Eucaristía, algo así como el eco con respecto a la palabra.

---

(25) «Aunque todos... yo no», 6.ª ed., p. 178.

(26) En «El Granito de Arena» de 20 de abril de aquel mismo año 1910 aparece ya la doble clasificación de Marías, *activas* y *contemplativas*, según acompañen su Sagrario yendo personalmente a él y trabajando por buscarle compañía, o sólo en espíritu con su comunión y visita diarias, lo cual es propio de activas y contemplativas.

Al mes siguiente, en la revista del 20 de mayo, anuncia D. Ma-

Aquel movimiento eucarístico iniciado por el Santo Papa Pío X en el primer decenio de este siglo, y que tan necesario y urgente era, halló en el entonces Arcipreste de Huelva uno de los más eficaces instrumentos, con sus escritos, sus obras y, en especial, con la fundación de las Marías de los Sagrarios.

Hace poco tiempo, a fines de 1943, un Obispo americano de una diócesis de Colombia, se arrodillaba en la capilla del Sagrario de la Catedral de Palencia para orar junto a la sepultura del Obispo del Sagrario Abandonado. Después de haber satisfecho su devoción, el Prelado Colombiano, manifestó a un Canónigo que se le acercó en aquel momento, cuánta veneración y cuánto afecto sentía por el que había sido Obispo de Palencia. —¿Le conoció V. E. Rvdma? —Personalmente no, pero por sus escritos y por sus obras, mucho. Allá se le conoce y se le quiere desde que era Arcipreste de Huelva. Por eso he tenido grandes deseos de visitar su sepultura. "Pidan Vdes., añadió, que sea canonizado al mismo tiempo que el Papa Pío X."

Quiso el Corazón de Jesús que aquellas dos almas enamoradas de la Sagrada Eucaristía se conocieran y se hablaran, y que la dulce impresión de aquella mirada con que le envolvió el Papa párroco, mientras le decía:

---

nuel la edición de patentes para las adscritas a la Obra y la de impresos para llenar cada María mensualmente, dando cuenta de lo conseguido en favor de su Sagrario y de las dificultades o casos dignos de mención.

En septiembre del año siguiente publica la primera edición de su opúsculo «Obra de las Tres Marías», que alcanzó seis ediciones, donde ya en la parte dedicada a la organización de ella concreta las normas sobre la misma, que va corrigiendo y aumentando en las ediciones sucesivas, perfeccionando cada vez más la organización con las enseñanzas de la experiencia, hasta que en marzo de 1934, al cumplirse el XXIV aniversario de la fundación da a la luz el Reglamento definitivo con el título de «Pía Unión de las Tres Marías y de los Discípulos de San Juan para los Sagrarios-Calvarios.—Organización y espíritu». En él aparece con toda precisión completamente acabada la explanación del régimen de la Obra en todos sus pormenores y ampliadas aquellas primeras y sucesivas normas fundamentales, «delineando más los contornos de la misma, para que sea lo más apta posible para guardar su espíritu, evitando así deformaciones que le perjudiquen al correr por esos mundos de Dios». (Prólogo del Reglamento).

"Adiós, Párroco mío", quedara para siempre grabada en el alma de D. Manuel...

Mas veamos cómo él mismo nos lo describe:

"*En mayo del año que acaba de pasar, 1912,* de camino *que iba a Montilla a dar una conferencia a los sacerdotes cordobeses en peregrinación ante el sepulcro del glorioso Apóstol de Andalucía Beato Juan de Avila, me llegué de Madrid con el exclusivo objeto de dar un* vistazo *a aquellas Marías, de las que tantas buenas hazañas me contaban y escribían constantemente...*

Celebramos una fiesta de familia en la iglesia de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús y en presencia de Jesús Sacramentado hablé a muchos cientos de Marías.

Y como aquella era hora de coutar intimidades, les anuncié mi aspiración de que la Obra fuera a Roma, a que el Papa de la Eucaristía la conociera y le pusiera el sello y sobre todo, a que la completara...

Decía yo a las Marías que me preguntaban qué le faltaba a la Obra: Hasta ahora son las Marías las que van a visitar al Corazón de Jesús abandonado y pobre; son ellas las que no se contentan cou adorarlo en las catedrales suntuosas, en las que es tratado como Rey, ni en las devotas capillas de las religiosas, en las que se le trata como a Dios y Esposo, sino que llevan su adoración y desagravio a esas mismas iglesias eu las que no es tratado ni como hombre...

La Obra estará completa cuando ese Jesús tan agradecido y tan bueno sea el que vaya a visitar a sus Marías cuaudo a éstas les toque estar enclavadas en la cruz de la enfermedad sobre el calvario del dolor... y que las visite del modo más bonito y fino que tiene El de visitar, es decir, en forma de Misa.

¡Qué consuelo para las Marías en su calvario ver alzarse en su misma habitación el calvario místico de Jesús! ¡Qué gozo ver calvario frente a calvario y olvidar el uno la cruz propia para sentir el peso de la cruz del otro y cambiar clavo por clavo, espinas por espinas, cruz por cruz, sangre por sangre, dolor por dolor y hasta muerte por muerte...! ¡Si el Papa quisiera! ¡Si el Corazón de Jesús dijera que sí!... ¡Qué Obra más completa la de las Marías si pudiera nombrarse alguna vez de

estos dos modos: Obra de las Marías acompañantes del Corazón Eucarístico de Jesús en el Calvario y del Corazón Eucarístico de Jesús acompañante de las Marías en el Calvario...

¿Se podrá decir esto alguna vez sin atrevimiento, con toda propiedad...?

Un grupo de Marías vino a verme después de aquella reunión y me dijo: Tiene Vd. que ir a Roma enseguida; esa gracia es menester alcanzarla: el Santo Padre tiene que conocer a las Marías...

No entraba por cierto en mis planes la realización tan inmediata de mis aspiraciones; traté de demostrar la conveniencia de esperar por ciertas razones de prudencia; ¡vaya Vd. con razones de prudencia al amor tan fino como impetuoso de una María! ni dificultades de tiempo, ni de recursos, ni de preparación, etc., valieron; ellas salían al encuentro de todas las dificultades.

Las demandantes no se aquietaron hasta que les prometí someter su propuesta que era al mismo tiempo mi deseo, al fallo de mi amadísimo Prelado en quien la Obra encontró siempre todo el calor y todos los cariños de un verdadero padre.

A Roma por todo. *Ese fué el fallo de mi Prelado y por añadidura iría con él, cuando fuera a recibir de manos de S. S. el capelo cardenalicio al que había sido elevado meses antes.*

Y cobijado con tan buena sombra, fuí a Roma a fines de noviembre del año 1912 con mucha confianza en las oraciones de las Marías de toda España, tan interesadas como yo en el buen éxito del viaje y, ¿por qué no decirlo? con mi poquito de miedo a un no. *¡Era tan grande y tan amplia la gracia que se pedía!*

Dejando aparte las impresiones que la visita de Roma produce en todo corazón cristiano, y, circunscribiéndome al objeto de mi visita, diré que apenas llegado visité a los Emmos. Sres. Cardenales Vives, Tutó y Merry del Val en quienes por su condición de españoles, por conocer ya la Obra de las Marías y por su fama de patrocinadores decididos de las causas buenas de España, esperaba yo encontrar buenos intercesores cerca del Santo Padre.

Y la verdad es que no se engañó mi esperanza.

Una acogida benévola, más aun entusiasta por la Obra cuyos últimos triunfos en Madrid, Santander, Burgos, Badajoz, Salamanca y otras ciudades les conté, y un gesto mezcla de temor y de deseo ante la gracia, como diciendo: yo quisiera, pero parece demasiado gracia; esta fué la acogida.

Nuevas conferencias con el Eminentísimo Sr. Cardenal Vives; ¡qué corazón tan lleno del Corazón de Jesús, qué palabra tan firme, tan penetrante, tan sacerdotal! ¡Qué modo de matizar todas sus conversaciones con el brote espontáneo de los tres grandes amores de su alma: El Corazón de Jesús, la Inmaculada y el Papa!

Bien se conocía la influencia de las oraciones y adoraciones ante el Sagrario de las Marías, en el curso tan bien dirigido de todos aquellos pasos.

El día 27 de noviembre me anunciaba mi Sr. Cardenal una gran noticia ¡me iba a presentar al Santo Padre en la audiencia que tenía concedida para el día siguiente!

¡Ver al Papa! ¡hablar con él! Figúrense los lectores cómo pasaría yo la noche aquella y con qué ganas desearía oír en el reloj las diez y media de la mañana, hora señalada para la audiencia.

Santísimo Padre, dijo mi Cardenal terminada la conversación que a solas tuvo con Su Santidad y después de haber presentado a su Provisor y Secretario, Santísimo Padre ¡el Arcipreste de Huelva! y como refiriéndose a la conversación antes tenida, ¡el apóstol de la Eucaristía...!

Entre tanto yo hacía delante de Su Santidad las tres genuflexiones de rúbrica y besaba su mano, ya que humildemente rehusaba dar a besar el pie.

El Santo Padre con su mano derecha que yo besaba y estrechaba hizo ademán de que me levantara y bañándome con una mirada penetrante y muy de Padre y con rostro sonriente empezó a preguntarme por mis niños pobres, ¡niños míos, cuánto gocé al veros en la boca y en el corazón del Papa! Siguió hablándome de... ¿queréis que os diga la verdad?, yo perdí en aquellos momentos la noción de la palabra humana, a pesar de los ensayos hechos por mí en la lengua italiana con el exclusivo objeto de entender y hablar al Papa, yo os ase-

guro que en aquel momento de emociones supremas, olvidé lo poco de italiano que sabía y creo que hasta el castellano; el Santo Padre con una dulzura y un interés cuyo solo recuerdo me conmueve, seguía preguntándome y hablándome y yo, pobre de mí, no sabía sino que mi cara y mis orejas echaban fuego y que el corazón parecía iba a saltar en pedazos de tan ligero y tan fuerte como latía, y que las piernas no respondían del todo de seguir cumpliendo su oficio de sostenedoras de mi humanidad. ¡Vaya un mensajero que habían mandado las Marías al Papa! ¡Vaya si estuvo elocuente!

Gracias a la oportuna intervención del buenísimo Rector del Colegio Español D. Luis Albert que nos acompañaba, el Santo Padre pudo saber algo de lo que me preguntaba y que le dió motivo para decirme sonriendo: Ah, Párroco pícaro...

Nos bendijo a todos así como a nuestras familias y personas confiadas a nuestro cuidado, y, besándole de nuevo el anillo me despidió con un cariñosísimo adiós, Párroco mío, *que aún parece que estoy oyendo...*

El Gran Privilegio

El día 3 de diciembre, fiesta del gran Apóstol español, San Francisco Javier, me dice muy temprano el señor Cardenal Vives: esta tarde tengo que despachar con el Santo Padre; tráigame las preces y pídales a los señores Cardenales Almaraz y de Cos que pongan al pie su recomendación.

¡Qué día aquel y, sobre todo, qué tarde aquella!, ¡cómo seguía mi espíritu al Sr. Cardenal Vives! Más que entretenerme en admirar las solemnes ruinas del Anfiteatro, que aquella tarde visitamos, mi imaginación volaba al Vaticano y, aunque firme en la confianza de que al mismo tiempo que el Cardenal hablara de las Marías al Papa, el Corazón de Jesús le iba a estar inspirando que dijera que sí, *no podía ahogar del todo el grito de la desconfianza, y del miedo, que de vez en cuando me decía: ¿Y si dice que* no*?...*

A las siete, un aviso de mi Sr. Cardenal; más que corriendo, volando acudí a su despacho y veo en sus manos el mismo documento que yo había mandado ho-

ras antes al Papa, pero a continuación de la firma de los Cardenales ¡Dios mío! ¡letra del Papa! ¡su firma!

Como antes, cuando ví al Santo Padre, no supe hablar, ahora no sabía leer... sin embargo mi espíritu leía, allí decía un sí muy grande y muy solemne, muy del Corazón de Jesús.

De rodillas recibí en mis manos aquel papel sobre el que acababa de poner su mano ¿quién? Jesucristo mismo.

Corazón de mi Jesús, paga, paga Tú, que ni tus Marías, ni yo sabemos pagar aquel sí de tu Vicario. Paga aquellas intercesiones de tus tres Cardenales y paga aquella lágrima de emoción y triunfo que asomaba a los ojos de mi Prelado cuando ponía en manos del último de sus Sacerdotes la voluntad del Papa (27).

Bien quisiera detenerme en dar parte a los amigos de las gratas impresiones que seguí recibiendo aquellos días en Roma, motivadas por las grandes solemnidades que rodean la imposición del Capelo, así como me gustaría hablar para edificación de todos, de los buenos ejemplos que me dieron y de los buenos ratos que me proporcionaron y de la parte que tomaron en mi asunto los superiores y alumnos del Pontificio Colegio Español en donde nos hospedábamos y cuyo elogio queda hecho diciendo que es el Colegio de las complacencias del Papa y de la predilección de los Emmos. Cardenales Merry del Val y Vives.

Nota: Sobre estos días de su estancia en Roma conservan aún gratísimos recuerdos, entre otros respetables señores, el actual Prelado de Pamplona, Dr. D. Enrique Delgado y el Magistral de Logroño, D. Miguel Berger.

Dice el primero: «Creo que era por los últimos días de noviembre de 1912 cuando por vez primera ví al inolvidable Fundador de las *Marías* de los Sagrarios, entonces Arcipreste de Huelva, acompañando al Emmo. Cardenal de Sevilla que llegaba a Roma para recibir solemnemente la púrpura cardenalicia. Por cierto que al aparecer ante los colegiales del Colegio Español (yo, era uno de ellos) dijo: «Mucho habréis oído hablar del Arcipreste de Huelva y creeríais que era un hombre todo espíritu, demacrado por los ayunos y penitencias, consumido por los trabajos; y al verlo tan gordo y colorado, ¡qué desengaño tan grande! ¿verdad? Así son las cosas de este mundo».

Ya familiarizados los colegiales con él, le pidieron una plá-

(27) Puede verse el texto del autógrafo en apéndices n. 4.

tica que no quiso dar en la capilla, sino en la biblioteca, para hablar en su estilo.

Efectivamente, habló con su gracia natural de que somos aficionados los letrados a hablar de letras, y como empezamos los estudios por la gramática seguimos toda la vida aficionados a ella, y siempre se está declinando el pronombre de primera persona: «yo soy tan... y tan...; *de mí* depende tal cosa y la otra, a *mí* se debe tal obra... etc.». Así continuó con admirable tino y gracia, haciendo convenientes advertencias sobre el egoísmo y la soberbia, y terminó haciéndonos el ruego de que si alguna vez nos enterábamos de que él estaba declinando el pronombre de primera persona, el primero que le viera le diera un puntapié...

La frase con que terminó la plática no fué de todos oída por los aplausos y risas.

Como su trato era ya tan familiar con los colegiales, al regresar de su audiencia con el Santo Padre, y recoger el privilegio del altar portátil concedido a las Marías, quisieron darle una broma y le escondieron el documento de concesión, haciéndole ver que tal vez por inadvertencia lo habría roto y tirado. Fué la única vez que se le vió tan triste y disgustado que fué necesario decirle pronto que había sido para probarle la estima en que lo tenía.»

El Magistral de Logroño y Director Diocesano de las Marías, escribe:

«Le conocí en Roma, donde a la sazón un servidor estudiaba la carrera sacerdotal, con ocasión de la visita que acompañando al Cardenal Almaraz, hizo cuando éste fué a recibir el capelo.

En el refresco que, con motivo de haber tomado posesión de la iglesia de su título, se dió, *me tocó* la suerte de sentarme junto a él... Allí pude admirar la piedad honda y el gracejo de nuestro Vrdo. Fundador, así como su amable atractivo.

Pasé un feliz rato, inolvidable.

Luego nos habló a los mayores en la biblioteca del Pontificio Colegio Español, y allí nos *chifló* a todos por la Eucaristía y excuso decir, que a mí que ya lo estaba por él, también.»

Parece fué también en estos días de su estancia en Roma cuando habló a los alumnos del Colegio Pío Latino Americano, conferencia que dejó entre ellos imborrables recuerdos. Ya sacerdotes y aún Obispos algunos de ellos en sus respectivas diócesis de América lo conservan y desde entonces muchos siguieron con cariño sus obras y escritos difundiéndolos por aquellas tierras.

... ...

"Diré solo que el día 9 fuimos de nuevo recibidos en audiencia privada por Su Santidad en la que estuve más sereno que en la primera.

Mi Sr. Cardenal después de presentar a cada uno de los de su séquito dió al Papa las gracias por el favor tan extraordinario que había concedido a la Obra de las Marías al que éstas corresponderían acrecentando su

celo eucarístico y redoblando sus esfuerzos para acabar con el abandono de los Sagrarios.

Su Santidad como en expresión de recordar cuanto en aquellos días había oído y leído de las Marías, se tornó hacia mí y me dijo reposadamente: Diles que las bendigo de corazón a todas.

Nos bendijo de nuevo a todos así como a las personas que nos fueran más queridas y los objetos piadosos que le presentamos, (yo le presenté mi pluma) y, abrazando y besando a nuestro Cardenal y dándonos a besar a los demás el anillo, salimos de aquella estancia con el alma henchida de dulces emociones y el corazón fortalecido con ganas de prorrumpir: etiam si oportuerit me mori tecum, non te negabo...

Y después de Roma a Lourdes, a presentar a la Virgencita Blanca de la Gruta la Obra de los abandonados Sagrarios de su Hijo, a pedirle, como allí se pide, luces y ampliación de horizontes y firmeza y rectitud en el obrar, y premios muy grandes para el generoso Pontífice y bendiciones muy largas para los Cardenales intercesores, y amor, mucho amor activo, abnegado, fino, incansable, ingenioso para las Marías, los Juanes, los Juanitos, sus Directores y fidelidad, mucha fidelidad para mí...

¡Qué días más sabrosos aquellos de Lourdes! ¡Qué bien me hizo Ella sentir lo que esperaba de la Obra, lo que pedía para ésta...!

Y después a Madrid, en donde las Marías me esperaban locas de contentas para celebrar el triunfo de su amada Obra, para dar juntos gracias al Corazón Eucarístico de Jesús, porque había querido completarla con la mitad *que le faltaba y cuidarla con la bendición cariñosa del Papa.*

Y omitiendo mil pormenores de felicitaciones y preguntas y proyectos recibidos y oídos de Madrid y en el camino, llegué a mi Huelva, en donde me esperaba ¡Dios mío! ¡lo que me esperaba! Comisión de sacerdotes y caballeros católicos en la estación de San Juan del Puerto que es la anterior a la de Huelva, y en la estación de ésta un nublado de chiquillos, una masa enorme de hombres de toda condición, un poco más allá las madres, hermanas y vecinas de los niños, una buena ración de

pimporreo *de la Banda del Sagrado Corazón, y, ahogando los acordes de los pitos, gritos y más gritos de todos de ¡Viva el Corazón de Jesús! ¡Viva el Amo! ¡Vivan las Marías! y hasta su poquito de ¡viva Do Manué Vicario! y todo eso a las nueve y media de la noche en pleno invierno; pero ¡vaya Vd. a hablar de fríos en medio de aquella hoguera de entusiasmo!*

Y así tuve que entrar en las calles de Huelva, a punto de caer arrollado por aquel sinnúmero de zarcillos *(léase chiquillos) que colgaban de mis brazos, de mis hombros, de mi sotana, de donde quiera que podían cogerse, y que me* asaeteaban *a preguntas de "D. Manué y ¿el Papa de qué es? y ¿está más gordo que usted? y ¿le preguntó a Vd. por mí? ¿verdad que va a venir a la escuela? y ¿verdad usted que el Papa dijo* deseguía *que sí a* to*? ¡Como que hemos* mandao *más de* sietecientas *comuniones* pa *eso! y... eche Vd. preguntas y observaciones filosóficas de a perra chica que a otro cualquiera hubiera vuelto tonto y a mí me ponían loco de alegría y de gratitud al* Amo, *porque en todo aquello que se hacía en honor del* criado *lo veía a El reconocido, agasajado, honrado, agradecido por Huelva, por la Huelva de sus predilecciones.*

Un dato precioso: *Es un gran dato para la historia íntima de mi viaje.*

A los pocos días de mi llegada, un grupo de Juanitos de nuestras escuelas, me presenta una lista con los nombres de los que habían ofrecido comuniones por el feliz éxito de mi viaje a Roma y el número de ellas que cada uno había ofrecido.

El número total era de setecientas noventa y seis comuniones; me fijo en una nota marginal que traía la lista y leo: "José Fernández Peña 28 comuniones, la última por Viático". ¿Sabéis lo que significa eso? Ese niño era uno de nuestros antiguos alumnos, de unos diez y seis años, colocado ya de telegrafista en la estación de Zafra a Huelva: alumno ejemplar no dejó de frecuentar su escuela ni un solo día, ni la Sagrada Comunión a la que se había obligado por su profesión de Juanito de los Sagrarios Calvarios.

Una enfermedad tan rápida como cruel se lo llevó en tres días, durante mi ausencia; pero no sin que le

diera tiempo de recibir de manos del P. Director de las escuelas todos los Sacramentos con una devoción y un recogimiento de ángel.

¡Dios mío, qué cosas tan hermosas hace la educación cristiana! En aquel momento precioso, el más solemne de toda su vida, mi querido Peñita, como yo le llamaba, se acordó de mí, del pobre sacerdote que lo recibió en la Escuela del Sagrado Corazón, que le enseñó a comulgar... y me mandó a Roma su Viático y, cantando el "Corazón Santo", expiró...

¿Verdad que el Papa no podía haber dicho que no a una petición recomendada al Corazón de Jesús por miles de penitencias y oraciones de las Marías, por los cientos de comuniones de los Juanitos y perfumadas por el Viático de un niño?

Un encargo. *El mismo que me hizo el bondadosísimo Cardenal Vives cuando fuí a darle las gracias por su eficaz participación en nuestro asunto: Yo no quiero gracias, me dijo, Dios es el que las merece; lo único que quiero es que el Arcipreste de Huelva, las Marías y los Juanes españoles se encarguen con sus campañas de demostrar al Santo Padre que yo no lo he engañado.*

Yo deseo, prosiguió el Cardenal, y así se lo he prometido al Papa, que esta Obra sea la red que envuelva a los pueblos, hoy en sufragio de fe y caridad, y los arrastre a las playas del Sagrario.

E insistiendo en la misma idea me dijo al despedirme de él a mi regreso: Que me señale un Sagrario, que yo quiero ser Juan *de un Sagrario-Calvario y que no se olvide de la* red...

Marías y Juanes amadísimos, ya lo sabéis; se nos piden obras, obras de reparación encarística, de atracción al Sagrario, de, y permitidme la palabra, eucaristización *del mundo.*

Conceda el Corazón bendito de Jesús a su santo Vicario y al venerable "Juan" de nuestros Sagrarios Calvarios, el gran consuelo de que pronto se haga preciso añadir al diccionario de nuestra lengua esta palabra: Eucaristizar: *La acción de volver a un pueblo loco de amor por el Corazón Eucarístico de Jesús.*

¡Dios mío, Dios mío, que las Marías y los Juanes

hagan conjugar pronto ese verbo a toda España y a todo el mundo!" (28).

... ...

Y aquella voz del Fundador, lanzada como una bandera de guerra santa contra el abandono del Sagrario, llevada en alas de los cuatro vientos, surcaba los ámbitos de la patria y hasta se perdía, haciéndole eco las olas, por los mares lejanos.

Y eran estas sus palabras, valientes como un reto y amargas... ¡como la hiel de la Cruz!: "*Que cuando el dardo del abandono venga a clavarse en el Sagrario, se vea impelido a una de estas dos cosas: o a retroceder, porque vosotros no le dejáis pasar, o si esto no podéis... ¡a llegar al Sagrario goteando sangre de vuestros corazones, lágrimas de vuestros ojos y esencia de vuestras vidas!*

¡Que un mismo dardo atraviese dos corazones!" (29).

---

(28) Ver «Aunque todos... yo no», 6.ª ed., págs. 137-157.
(29) «El abandono de los Sagrarios acompañados», 3.ª edición, p. 131.

El Arcipreste de Huelva



Autógrafo de S. S. Pio X otorgando a la Obra el Privilegio de Altar portátil



Emmos. Cardenales Almaraz, de Cos y Vives



Sus principales recuerdos de Huelva que conservaba Don Manuel en un cuadro.
1.—Sagrario de la Parroquia de San Pedro.
2.—Sagrario de las Escuelas del Sagrado Corazón.
3.—Sepultura de su madre.
4.—Sagrario del Polvorín.

CAPITULO X

LA REPARACION CON ALAS

1.º—«¡*Buscando mis amores...*!»
El primer viaje de Marías.
Apostolado silencioso y austero.
La primera expedición de los Discípulos de San Juan.
Los niños de las Escuelas.
La Obra de los «Juanitos».

2.º—¡*Eucaristizar la Parroquia*!
La adoración diurna perpetua.
El termómetro espiritual.
Extracto de balance.

3.º—¡*Qué rumboso es el Amo*!
A llenar un vacío.
La casa-Sagrario.

I

"¡Buscando mis amores!..."

Yo quiero ver las Marías por entre breñas y montañas, sorteando barrancos y vadeando ríos, jadeantes y polvorientas postrarse ante el montón de ruinas morales y materiales del pueblecito que no reza, ni ama a su Dueño, y llegar de puerta en puerta pidiendo una limosna de cariño para El" (1).

"Ante el abandono que pone frío de muerte y polvo de ruina y tristeza de desolación en el Sagrario de Jesús, reparación, no con pies, *sino con* alas *que vuelen a través de montes y collados de dificultades y molestias a llevar a Jesús triste, consuelo, al Sagrario frío, calor, y a los oídos y corazones de sus vecinos, gritos de alarma de que ¡Jesús está solo y no debe estar solo!"* (2).

Se había declarado la guerra al abandono y esta era la consigna, al primer toque de clarín: ¡Reparación con alas!

El viento se estremeció de coplas:

"Mensajeras del Sagrario
hemos de ser las Marías,
nido de nuestros amores
ha de ser la Eucaristía..."

Y levantaron en bandadas, como palomas heridas de amor, su dolorido vuelo hacia el Sagrario... y, como

(1) «Florecillas de Sagrario», 2.ª serie, p. 93.
(2) «Florecillas de Sagrario», 2.ª serie, p. 44.

para el amor no hay distancias, el camino se hizo vuelo...

"Por los pueblos y ciudades
volaremos a buscar
corazones que se rindan
a Jesús en el altar..."

Con sencillez de Evangelio y grandeza de gesta escondida, comienza la historia de las Marías. El primer Sagrario al que tienden su vuelo será Palos de Moguer...

El primer viaje de Marías

Mercedes López (3) es la primera en lanzarse, al día siguiente de haber oído la llamada de Dios, hecha por el Arcipreste en aquel Primer Viernes de marzo.

En Palos de Moguer, junto al mar sobre cuyas olas se mecieron las tres carabelas de los conquistadores, comienza la obra reparadora.

También como aquellos marinos iban las Marías a la conquista de lejanas tierras, pero ¡qué diferencia entre unos y otras!

Aquellos caminaban hacia un mundo ignorado, que

---

(3) De ella escribió el Vrdo. Fundador: «Adherida a poco de mi llegada a Huelva a aquel famoso coro de *chiflados* y *chifladas* por el Corazón de Jesús, que tantas empresas de gloria para El y de provecho para Huelva llevaron a cabo, no dejó un momento de exhibirse y trabajar y sacrificarse como tal *chiflada*.

En los libros de caja de aquel también famoso *Banco de la Providencia,* que como preciado tesoro conservo, ¡cuántas veces y en cuántas hojas aparece el nombre de Mercedes López precediendo cifras, unas veces chicas, otras veces grandes, producto de limosnas por ella pedidas de puerta en puerta o de venta de libros míos, u objetos por ella elaborados a beneficio de aquellas Escuelas del Amo! Y ¡cómo olvidar entre otras muchas hazañas de su gran corazón, el día que, viéndome sin maestras para la naciente escuela del Polvorín, se me ofreció a serlo por sólo amor del Amo todo el tiempo que fuera menester! y ¡cómo a pesar de lo largo del camino de cada día y de lo delicado de su salud lo ejecutó por espacio de muchos meses!»

Mercedes López Prieto falleció piadosamente en junio de 1918.

(Ver «El Granito de Arena», 1918, p. 308).

había que conquistar por vez primera, ellas hacia la reconquista del Sagrario abandonado...

¿Qué hizo allí?... Visitó su Sagrario, le adornó con flores, llevó a Jesús el consuelo de su presencia, habló a mujeres y a niños de aquel abandono en que se encontraba Jesús, y pregonera incansable del Amor olvidado, recorrió el pueblo buscándole compañía...

Fácil es imaginarse la extrañeza de todos al ver a aquella mujer, que venciendo su natural timidez femenina, les hablaba con una palabra sencilla pero plena de entusiasmo, un extraño lenguaje que nunca oyeron...

¿Cuál fué la cosecha? Dos comuniones semanales y un Viático. ¡Qué reducida en número resulta la frase; pero qué rica por lo que encierra!

Pobre Sagrario de Palos, ¡con qué alegría debió contemplar Jesús aquellas dos almas que se le acercaban compasivas! ¡Con qué gozo al abrirse las puertas de su prisión, marcharía a la casa de aquel hijo enfermo para llevarle el consuelo de su presencia y el tesoro de sus gracias! ¡Y con qué cariño miraría Jesús a aquella primera María, que venía a traerle el calor de su compasión, y a levantar en aquel pueblo la bandera de la rebeldía contra el abandono!

Cuando volvió a Huelva, regresó como las Marías del Sepulcro, clamando: ¡He visto al Señor! Ellas le vieron, pero el sepulcro estaba vacío. En aquella iglesia el Sagrario tenía soledad y frío de sepulcro, pero un sepulcro rebosando vida, y abandonado como si fuera la morada de un muerto.

Las Marías han aprendido su camino; desde aquella hora nadie detendrá sus pasos.

Apostolado silencioso y austero

Uno de los primeros lugares donde prende la semilla, es Alájar, pueblecito de la misma provincia y por aquel tiempo sumamente piadoso.

Las Marías han recibido el Sagrario de La Nava unas, el de Jabugo otras, para acompañarlo y buscarle compañía.

Quieren cumplir con su misión y allá van en busca del Divino Abandonado al Sagrario de La Nava, cuatro

jóvenes que han de recorrer diez kilómetros de distancia, llevando para alivio y defensa de su camino un jumentillo y una perrita.

El viaje se realiza sin dificultad y con alegría; pero al llegar al puente de madera sobre la ribera Múrtiga, ocurre un serio contratiempo.

El borrico no quiere pasar el puente y dos jóvenes tienen que montar sobre él y entrar en el agua.

El animal comienza a dar vueltas, las jinetas no son capaces de llevarle a la orilla y cuando parece que el asno se va a hundir en un profundo charco, la perrita, que no deja de entrar y salir en el agua, con la fuerza de sus ladridos y de su ejemplo enseña a su rudo compañero a pasar incólume al otro lado.

¿Después?...

El pueblo está próximo; visitan al Santísimo; rezan y cantan cuanto saben (aún no existían el Manual y el Himno); entregan al Sr. Cura algunos objetos que con grande cariño habían preparado; visitan una familia conocida sin conseguir atraer a nadie hacia el amor de Jesucristo y... vuelta a casa.

Otra vez toca visitar el Sagrario abandonado (hoy no tanto como entonces) de El Jabugo y a la misma distancia que el anterior. Son tres las viajeras.

En esta ocasión una tormenta las sorprende en el camino. Pasan el aguacero en una casita abandonada y cuando cansadas del viaje a pie, tarde por la demora sufrida, llegan al Sagrario, no pueden comulgar.

Al regreso y en pleno campo se sientan a comer. Sacan sus fardeles y la más *contemplativa* de las Marías pregunta: ¿Dónde está mi almuerzo?

El almuerzo había desaparecido. En efecto, el talego con su contenido lo llevaba en la boca un galgo corredor y hambriento que a una gran distancia pudieron columbrar.

... ...

La María del Sagrario, como la insigne monja castellana, hízose también *andariega* para proporcionar consuelo y llevar almas al Señor...

Ellas conocen los caminos y las carreteras, las trochas y los senderos, y saben de las inclemencias del tiempo y de las fatigas del largo caminar.

Y ¡qué sencillamente y qué sin ruido hacen su apostolado! Con la sencillez de aquellas mujeres del Evangelio que seguían a Jesús, y sin que nadie se enterara, con finas delicadezas de amor le aderezaban los manjares y le preparaban lugar para el descanso...

Mas no siempre es el silencio compañero inseparable de los viajes de aquellas Marías primeras. Los hay también santamente ruidosos; como uno, entre otros, de las de Valverde del Camino en la provincia de Huelva, hecho a las Minas de Sotiel Coronada.

En aquellas minas había, sí, una capilla; pero nunca habían tenido Sagrario, y estaban aquellas almas como plantas sin sol. Por eso, las Marías, que no sólo se afanarán por llevar los pueblos al Santísimo Sacramento, sino también el Santísimo Sacramento, a los pueblos se dijeron: ¡Hay que poner un Sagrario en las minas!

"¡Un nuevo Sagrario! ¡Mucho chispearán los ojos del Arcipreste de Huelva al leer este epígrafe, —escribió María de Andalucía al contar la fiesta— pero más chispeantes están los corazones de las Marías que tuvimos la dicha de asistir a la apertura de ese nuevo Faro que iluminará suavemente las oscuridades espirituales de una insondable mina!

La del alba sería cuando estos nuevos *Quijotes* con faldas que se llaman Marías de los Sagrarios abandonados, salieron a romper lanzas por su dueño y señor el Corazón de Jesús Sacramentado; diez eran ellas, Marías activas de otros tantos Sagrarios, y metían tanta bulla que parecían un ejército. Siete caballeros de la Adoración Nocturna, tres de ellos Discípulos de San Juan le formaban escolta y dos sacerdotes...

El camino es de lo menos favorable, pero aunque hubiera sido un alambre tendido sobre el Niágara lo cruza lleno de fe aquella caravana. Esta era de lo más pintoresco. Un carro pesado y rechinante para las personas de respeto y... kilos..., varios burros de la clase de respingones, burras tan autoinmóviles que no las movía ni la electricidad acumulada en el corazón de las jinetas, potros, etc., etc.

El excesivo cuidado que llevábamos con las cabalgaduras no nos impedía dar salida al júbilo que llenaba los corazones y que se traslucía en continuos y fervo-

rosos cánticos que ensordecían el aire y eran repetidos por mil ecos...

Cerca de las nueve llegamos a la cadena de montañas que oculta el lugar donde iba a alojarse por primera vez el Divino Huésped ¡a los veinte siglos! de su permanencia sobre la tierra. No sabemos cómo latiría el corazón de San Francisco Javier a la vista de las murallas de la China, pero el nuestro rompió en un "allegro vivace" al ver que por fin nuestra fe iba a salvar todos los obstáculos.

Todo en aquella linda mañana conmovía nuestro ánimo. La aridez del terreno, la elevación y el rojo vivo de las montañas que parecían arder sin consumirse, los zig-zag del río tan manso y silencioso, todo hablaba al alma de amor y sacrificio. Sí, en aquel lugar tan oculto, que parece el fin del mundo, va a quedar encerrado el Corazón Eucarístico de Jesús. Allí quedará con su cuerpo y sangre, y mientras el mundo exista oirá el murmullo de aquel río color de sangre cantando el gran sacrificio con una sonata sin palabras...

Nos parecía que de cualquier repliegue del camino iba a surgir la figura del Amado que tan de mañana buscábamos, y como a la Magdalena iba a llamarnos por nuestros nombres, diciéndonos: No me elegísteis vosotras a Mí, os elegí Yo...

Con estos pensamientos llegamos a la mina, siendo recibidas por el fervoroso capellán y numeroso público... Una vez llegados el clero y fieles de Calañas, se celebró la Misa y comunión general muy numerosa, viéndose en ella, dado el vecindario cosmopolita que constituyen las minas, fieles de muy diversos países alimentándose en una misma Mesa, participando de un mismo espíritu y un solo corazón...

Más tarde la Misa solemne, el sermón, que conmueve al auditorio haciéndole ver y sentir la gratitud y la correspondencia que exigía el Don de Dios que iban a disfrutar con tener ya Sagrario..., y luego, la procesión.

Salió el Señor bajo palio, y no cabiendo la enorme multitud en la estrecha garganta por donde serpentea el camino que lleva a una ermita próxima, van muchos trepando por riscos y veredas de cabras, para no perder de vista la Custodia, y por trochas y vericuetos cantos y

más cantos y lágrimas que corrían arrollando el polvo del camino...

Cuántas veces, después de sorbernos las lágrimas, dijimos: ¡Si estuviera aquí D. Manuel! No, no estaba allí D. Manuel, pero su espíritu animaba y daba vida a la obra. No estaba allí D. Manuel, pero al calor de su devoción había germinado aquella plantación augusta. No estaba allí, pero su presencia se sentía hasta en el aire que respirábamos.

Por la tarde siguieron las fiestas eucarísticas y los cánticos y los sermones y el entusiasmo...

Aquello estaba muy bueno, pero había que pensar en desandar los kilómetros de marras y no había forma de sacar a las Marías del Sagrario; allí se estaban canta que te canta como si no tuvieran otra cosa que hacer. Las canciones se enredaban como las cerezas, y la última era la más bonita...

Antes de salir recibimos el homenaje de una anciana, ancianísima, que, llorando protestaba que en treinta años que vivía en aquella mina, era el primer día de gozo que había tenido... Era casi otro cántico del "Nunc dimittis"...

Y... volvimos sanas y salvas. Ya entre sueño y vigilia, aún nos parece oír el continuo gritar del conductor del carro que hostiga las caballerías a las voces de ¡Pajarito! ¡Pajarito! Sí, pajaritos quisiéramos ser para volar hasta el nuevo Sagrario donde pernocta por primera vez el Corazón de Jesús..." (4).

Pero no es sólo por la provincia de Huelva; por todas las de España habían comenzado a salir Marías en busca de Sagrarios solitarios... Andaluzas y castellanas viejas y nuevas, catalanas y montañesas se lanzan de las primeras a la campaña eucarística allá por los años del diez al doce.

Después... son ya Marías de todas las regiones y provincias las que cruzan todos los caminos de nuestra patria en una misión eucarística hasta entonces desconocida... Y los pueblos se conmueven al oír aquella buena nueva, que, sin embargo era tan antigua: "En medio de vosotros está Aquel a quien no conocéis. Venid

(4) «El Granito de Arena», 20 octubre 1912.

y adorémosle." El convite está preparado; venid a comer el Pan de vida. ¿Por qué dejáis a Jesucristo abandonado en la soledad de su Sagrario?..."

Y ellas consuelan su Corazón Eucarístico supliendo con sus visitas y con sus comuniones en esos Sagrarios la frialdad de sus vecinos, y organizan solemnes fiestas de culto eucarístico, apoteósicas procesiones del Santísimo Sacramento en aquellos pueblecitos escondidos que nunca vieron tan grandes manifestaciones de fe en la Eucaristía...

Ellas no reparan en cansancios ni en dificultades. Así aquellas Marías extremeñas que salen de Guadalupe a Navezuelas, por caminos de sierra tan estrechos y escarpados que apenas pueden utilizar las caballerías. Llegan, por fin, a su Sagrario. No conocen a nadie, pero el párroco las recibe complacido y comienzan su propaganda; reparten hojas, dan una conferencia a las mujeres, les hablan de Dios escondido en el altar, de los primeros cristianos que comulgaban cada día, de... todo lo que el amor de sus corazones enardecidos les dicta en aquellos momentos... Las mujeres lloran de gozo; ¡qué cosas les han dicho! ¡Si parecen ángeles!, exclaman; todas se las quieren llevar a sus casas, y les prometen querer al que tanto quieren ellas...

Al día siguiente ya empieza a germinar la semilla; ocho de aquellas almas se acercan a comulgar con las Marías; al domingo siguiente se habrá duplicado el número. La siembra no ha sido estéril; desde aquella visita hay dos mujeres de comunión diaria en el pueblo, cosa allí nunca vista.

De Navezuelas salen muy de mañana las dos Marías para Roturas; una legua, andando por caminos empapados de agua en aquel noviembre del año doce.

Allí se repite la *misión* eucaristizadora; la gente queda entusiasmada y les prometen visitar diariamente al Señor.

Al medio día, otra vez en camino a otro pueblo. Unas tres horas de andar y llegan a aquel Sagrario. Tampoco allí conocen a nadie, pero ¿qué importa si conocen a El que las espera?

Hacen varias visitas a las personas principales del pueblo; van buscando combustible donde prender la

llama que llevan en el corazón, pero no encuentran más que indiferencia y frialdad. Al fin logran reunir un grupo de mujeres y la semilla queda echada en el surco... mientras las sembradoras, después de cuatro días de tan apostólico viaje, emprenden el regreso a sus hogares.

¿Y aquellas Marías de Lérida que al llegar al pueblo de su Sagrario merecen el honor de ser apedreadas por unos mozalbetes, de los que quiere servirse el enemigo para impedir su misión? Pero ellas no se asustan y ostentando en sus sombreros algún que otro trofeo de la refriega, se dirigen a la iglesia, llevando, como los Magos, delicados presentes que ofrecer al Señor, que ellas confeccionaron para El.

Después de la visita eucarística, en un salón atestado de público hablan nuestras Marías y el fuego prende en las almas; también en aquel pueblo habrá Marías, y por tanto, comuniones, visitas y vida de Sagrario...

¿Y aquellas modestas obreritas de Manresa que se hacen también apóstoles del Amor no amado y sacrifican el descanso del domingo para ir andando no pocos kilómetros hasta sus Sagrarios y conquistarles corazones?

"Desde que las Marías de Manresa han venido, han logrado lo que yo con el coadjutor no habíamos podido: muchas obreras que lo más frecuentemente que comulgaban era cada mes, ahora lo hacen todos los días festivos". Así decía el párroco de uno de esos pueblos.

¿Y aquella aragonesa que en el año trece *ella sola* llevaba ya recorridos nada menos que ochenta y tantos pueblos y establecida la Obra en veinticinco de ellos?

¿Y aquellos viajes de las Marías de Santander, de Salamanca, de Madrid, de Levante, de Galicia...? Pero ¿cómo seguirlas si tendríamos que recorrer toda España y saltar a América, donde ya en aquel mismo año trece, hay Marías en acción junto a los Sagrarios cubanos?...

... ...

Pasma el contemplar (lo que parecía sueño o locura) estas legiones de mujeres heroicas, que, contra la extrañeza de unos y las incomprensiones de muchos, se lanzan decididas por todos los caminos de España en busca de Sagrarios abandonados, en aquellos tiem-

pos de recatada vida hogareña, cuando la mujer no había perdido el instintivo encanto de su timidez femenina.

¿Cómo pudo caber tamaña locura en la mente de aquel soñador? Locuras se han llamado siempre a las empresas de Dios, y locos a los que han pisado la tierra mirando al Cielo.

Ellas evangelizan, ellas adornan los altares, ellas enseñan el canto litúrgico; confundidas con los misioneros, hasta en las más apartadas aldeas ponen sus manos sin cansancio en la red, fundan roperos eucarísticos, organizan catequesis, y vinculan su vida al servicio del Sagrario: ¡que no haya Sagrario sin pueblo ni pueblo sin Sagrario!

Y como nota singular y característica de su apostolado, una admirable adaptabilidad... Ellas son el puente tendido entre la ciudad y los pueblos, por el que pasan a éstos elementos y obras de regeneración espiritual, y su acción es verdaderamente católica, universalista.

Por medio de las Marías se fundan o se restauran en las parroquias pueblerinas obras, hermandades y asociaciones las más diversas, con una imparcialidad admirable y siempre a las órdenes del representante de Cristo, del Sacerdote...

Se adelanta este hombre de Dios a su siglo y crea y organiza una verdadera Acción Católica, toda espíritu y vida, toda sacrificio y entrega...

Las Marías son la primera avanzadilla de futuras legiones que vendrán después.

En su corazón no cabe el cansancio ni cabe el desaliento.

Cuando en tantos Sagrarios oscilan temblorosas las lamparillas al azote del viento frío del abandono, que las apaga, ellas serán lámparas siempre encendidas para no dejar nunca a obscuras el Sagrario de su Jesús.

"Marías... delante de vuestros Sagrarios, ¡qué bien haréis vuestro oficio de lámparas vivas!", les dice en una de sus "Florecillas" D. Manuel. ¿Y los Juanes? También participaron de aquel celo impetuoso.

En aquellos años de lamentable desorganización, cuando tan enojoso era para el respeto humano dar la

cara por Cristo, ellos emprenden una campaña (y es lo original del caso) no católico-social, sino eminentemente eucarística. La primera podía tener más o menos matiz político y está sólo un matiz eucarístico profundo.

¿Tendría alicientes esta obra callada para llenar de entusiasmo a aquellos apóstoles sociales, tan amigos de la acción ruidosa de la tribuna y de la prensa?

Sí, la tuvo. Se dieron cuenta muchos de aquellos espíritus selectos de que, insensiblemente, no pocas de las obras católicas, a fuerza de humanas, iban dejando de ser divinas. En este reducido cenáculo la obra encontró una fervorosa acogida.

También ellos se lanzarán por pueblos y ciudades, nuevos cruzados de Dios, a una propaganda extraña. Aquellos hombres no hablarán de Sindicatos, de Cajas de Ahorros, de Granjas Agrícolas. No. Hablarán un lenguaje de cielo, hablarán del Sagrario, del abandono de Jesús, de la reparación eucarística y del alejamiento de los hombres de la Eucaristía...

¿Qué efectos producía la presencia de estos aventurados apóstoles entre aquellos cristianos tibios, en su mayoría indiferentes, cuando no abiertamente hostiles?

De mano maestra nos lo describe uno de aquellos aventureros, Siurot, en este bello relato:

La primera expedición de los Discípulos de San Juan

Salimos de Huelva siete Juanes, uno de ellos Sacerdote, en pos de las huellas de una pareja de Marías, que estaba realizando dulces trabajos de amor cerca del Sagrario de un pueblecito, que visto desde el Odiel, asentado en una loma recortando el cielo azul con sus casas modestas y alegres, parece una copla llena de luz y alegría.

¿Han visto ustedes cuántas cosas poéticas? Lomas, cielo azul, coplas, alegría, luz... ¡Bueno! pues con tantas cosas carece el pueblo de la grande y santa poesía del alma que es la fe.

El Sr. Cura, recién llegado allí, comienza lleno de celo evangélico su misión. Cuando nos íbamos acercan-

do al pueblo, grupos numerosos de niños nos recibieron con simpatía... —¿A dónde váis?

—*¡A esperarvos!*

Yo pienso: He aquí que no vienen los padres ni las madres, pero vienen los niños. Un niño es una flor del árbol de la vida. Le digo a uno de los Juanes: Buen comienzo; nos obsequian con estas florecillas humanas. Bendito sea el pueblo.

Allí hubo fe, pero entre tirios y troyanos, entre los de casa *holgazanes,* y los de fuera paganizando siempre, con los periódicos, con las modas, con las costumbres, con la sensualidad, con el lujo, y muchas veces con la infamia sectaria, aquella fe se fué escondiendo. Hay, pues, fe en el pueblecito que ha recibido la primera visita de los Juanes que se ha hecho en España; sí, es cierto, hay fe, pero tiene esta encima el polvo de cuarenta años de incuria y no uso. Dios le dé fuerzas al señor Cura para aventar el polvo de cuarenta años de abandono.

—¿A qué vienen por aquí? Nos dice uno.

—¡A comulgar!

—¿A comulgar?...

—Sí, hombre... A estar con Jesucristo toda la noche en el Sagrario...

—¡Cosa más rara...! ¡Aquí no se *gasta* eso...! (5).

—Pues, para que se *gaste.*

—¿Pero, Vd. no sabe que aquí no van a la iglesia más que dos o tres mujeres?

—¡Ah, si fueran los hombres y las mujeres y los niños, entonces Jesús no se estaría *muriendo* de tristeza en el Sagrario de vuestros abuelos; sino que estaría muy alegre y no vendríamos nosotros a consolarlo!

—¿De modo que Vds. creen que nos van a hacer a nosotros comulgar?

—No señor. Yo no creo tal cosa. No hemos venido para hacerles a Vds. comulgar, sino para que nos *vean* ustedes comulgar; para que sepan Vds. que *eso* lo hacen todos los hombres de Cristo que andan por esos mundos de Dios; que *eso* es cosa de hombres y no de sacristanes,

(5) Modismo andaluz, que equivale a «aquí no se usa o acostumbra eso».

en el sentido que dais a esa palabra, para romperle un hilo a la cuerda del respeto humano que os tiene amarrados al imperio del espíritu del mal, y sobre todo para darle un poco de consuelo al Jesús, por vosotros desairado.

—Oiga Vd.: ¿Es verdad que viene con ustedes Don Fulano de Tal (6), que echa discursos en todas partes...?

—Sí, señor.

—Pues si D. Fulano de Tal hablara, le llenábamos la iglesia de hombres esta noche.

—Pues diga Vd. que D. Fulano hablará.

Y en efecto, D. Fulano, después de la presentación del Sr. Cura y de unas sencillas palabras del Juan Sacerdote que iba con nosotros, subió al presbiterio y desde allí habló largo y tendido.

"Vuestros padres venían a la iglesia, y vosotros no venís, eso no tiene más explicación que esta: Vuestros padres eran mucho mejores que vosotros.

¿Por qué no venís? Pues porque os da vergüenza. ¿Os da vergüenza y no sentís rubor de ir al teatro, a los toros, a la taberna, al casinillo, a los lugares de perdición?

En el teatro, con raras excepciones, encontraréis la indignidad; en los toros la barbarie; en la taberna la puñalada; en el casinillo los vicios y en los lugares de perdición la infamia.

¿Y en la iglesia? ¡Ah! en la iglesia está la paz, la tranquilidad.

Mirad, en aquellos viejos bancos de encina se sentaban vuestros abuelos; en aquel altar se casaron vuestros padres; en aquella pila os bautizaron; allí en aquel rinconcito hicísteis la primera confesión, allí comulgásteis en la lejana edad de vuestros tiernos años, y allí, dentro de aquel altar de oro viejo está el Jesús de todos los tiempos, el Jesús eterno, el Jesús a quien habéis cambiado por un artículo de periódico, por una bailarina, por un vaso de vino...

¡Hermanos míos, despertad de vuestra locura, que viene la muerte!

---

(6) Don Manuel Siurot, el célebre pedagogo que nos narra esta escena.

En la cabecera de vuestro lecho está la ciencia y la ciencia no os sirve de nada porque va a llegar la muerte y los médicos ¿qué saben de ésto?...

¿No os sirve la ciencia? Pues salváos con vuestras riquezas... ¡Tampoco!...

¿No os sirven las riquezas? Apoyáos en vuestros honores...

¿No os sirven?... Pues entonces que os salven esos cariños tan legítimos que os rodean... que os salve la esposa, el hijo, el padre, el amigo... ¡ah! no pueden, estáis solos... solos... en el desamparo formidable de la partida final...

Bien, pues en nombre de Dios os digo que allí, en aquella soledad inmensa, no hay más que Jesús, que os pide vuestra alma, si vuestra alma ha sido cristiana; y está también ¿por qué no decirlo? Luzbel, el eterno odio y el eterno dolor; que tiene un perfecto derecho sobre vosotros, si habéis sido suyos, es decir, anticristianos..."

El orador se fué calentando y mostró a los oyentes lo que es la vida, lo que es el placer, lo que es el sensualismo y lo que es el Sagrario.

Concluyó así: No os pido que seáis adoradores nocturnos que eso fuera empezar la carrera de las armas por el generalato; no os pido siquiera que comulguéis. Es tal vuestro abandono y apartamiento, que os voy a pedir solo que vengáis a Misa, que no dejéis crecer la hierba en la puerta de vuestro templo, y si hay alguno de vosotros a quien el espectáculo del Amor de los Amores, que es Jesús en el Sacramento, ha hecho reverdecer viejas ideas y dulces sentimientos, si hay alguno que no haya perdido del todo la fe y sienta solo un rayo de la bendita caridad de Jesús, que se ponga de rodillas ante el Sacerdote y lave sus culpas, y luego alargue la lengua en el Sagrario para que el Sol de la Eucaristía vuelva a alumbrar los misterios de su vida y de su alma...

Después se fueron todos; solo nos quedamos los siete Juanes dándole guardia de amor a Jesús Sacramentado, que nos expuso el Párroco.

A la mañana siguiente, hubo cincuenta comuniones de mujeres y niños. ¿Hombres? Ninguno. Entonces ¿se ha perdido el viaje? No señor, ha sido muy fecundo.

Casi todos los hombres del pueblo se han enterado y han visto con sus ojos cómo Jesucristo sigue siendo el Rey del Amor, de los hombres puros y buenos y han apuntado que *eso* de comulgar se *usa todavía.* Es una ola que hemos levantado en el mar muerto de sus almas.

Aparte de que el mundo no sabe lo mejor, y es: la perfección que adquieren para sí mismos así los Juanes como las Marías, ni el consuelo soberano que se da al Corazón de Jesús con una noche de rodillas ante un Sagrario, ante el que nadie dobla la rodilla.

Había que ver a nuestras hermanas eucarísticas luchar como heroínas hasta llevar a Jesús las ovejas descarriadas del camino y las almas frías, heladas por la temperatura glacial del mundo" (7).

... ...

Los niños de las Escuelas

Los niños también han sentido el abandono de Cristo en sus Sagrarios; ellos reclaman con los hombres el puesto de San Juan, y el Arcipreste, no atreviéndose a llamarles Juanes, les achica el nombre y los bautiza con el diminutivo gracioso de Juanitos.

Ni que decir tiene que aquellos primeros Juanitos serán los niños de las Escuelas del Sagrado Corazón.

En ellas se respira el amor al Amo bendito que vive en el Sagrario; a El se acude siempre en todas las penas y las alegrías de la casa. ¿No va a hacer mella en ellos ese abandono de aquel al que quieren con locura?

Como una prueba de este trato íntimo y familiar que los niños tienen con Jesús en su Sagrario, déjame que te refiera esta delicada y graciosa anécdota de los musiquillos de la banda...

Necesito una banda de música. Así escribía el Arcipreste, "*porque la que tengo está pidiendo a gritos un Asilo de las Hermanitas de los Pobres; lo digo por lo viejos que están los instrumentos.*

Como que no exagero si digo que algunos de ellos

(7) «Obra de los Discípulos de San Juan», 2.ª ed. p. 18.

remontan su fecha al tiempo de ¡Tubal! primer instrumentista de metal conocido.

Como que visitar nuestra clase de música equivale a visitar un museo de historia del arte musical o una enfermería de plaza de toros después de una mala corrida.

¡Tan vendados están los pitos!

Y es lo que me dice el paciente maestro de música: ¡Que los niños más tienen que aprender a curar *instrumentos que a tocarlos!*

Y ¡claro es! a instrumentos de tan delicada salud *no se les puede pedir afinación, ni los que los manejan pueden llegar a ejecutar bien sus composiciones.*

¡Y si vieran ustedes cuánto alegra el alma, y cuánto hace alabar al Corazón de Jesús, y cuánto estimula a los mismos músicos la Banda de los chiquillos!...

... ...

¿No es verdad que sería una buenísima obra sustituir los arqueológicos pitos de la Banda actual por unos nuevos?" (8).

Y llegó la banda; tiene mucha mano nuestro Arcipreste con el Amo bendito, y en el Banco de su Providencia todavía no le han retirado el crédito ni le han devuelto una letra.

Llegó la banda ¿cómo no había de venir? Ya está el cajón de los instrumentos en las Escuelas y ya está aquel enjambre de niños alrededor esperando que se abra.

"*¡Ah! ¡No fué nada,* continúa D. Manuel, *ver aquellos trescientos y tantos ciudadanos en agraz, dispuestos en correcta formación, recibiendo la aparición de cada uno de los pitos que el Amo les mandaba con sorpresa, vítores y gorras por lo alto! y ¡qué exclamaciones! y ¡qué alegrías! y ¡qué sentirse allí, sí, allí enmedio y andando entre unos y otros y acariciando a todos el bendito y amado Corazón de Jesús!*

¡A la iglesia!

Sí, a presentar los instrumentos nuevos a El que los había dado, a darle las gracias, a pedirle bendiciones y alegría para los niños ricos que los habían dado en su

(8) «El Granito de Arena», 5 abril, 1910, p. 4.

Nombre, a decirle una vez más que por eso y por lo otro y por todo se le quería y se le amaba con toda el alma y con todas las ganas.

Y se expuso a S. D. M. y se rezó y se cantó, y cuando el Sacerdote dió con el Santísimo la bendición, los instrumentos nuevos, con los viejos aún servibles, rompieron en una hermosísima y oportuna marcha real al Rey, al Padre, al Amo, al Todo de aquella Escuela y de aquellos niños...

Y mientras los niños tocaban su marcha real, con los pitos nuevos yo sé que con lágrimas y corazones conmovidos le tocaron muchas marchas por lo bajito los amigos y maestros que presenciaron la escena"...

... ...

Por eso ¿qué de extrañar tiene que la Obra, como fuego en rastrojo seco, prendiera en el alma de aquellos inocentes, que estaban educados ya en aquella encantadora familiaridad con el Sagrario?

La Obra de los Juanitos

Este espíritu eucarístico inyectado por D. Manuel en aquellos niños de sus Escuelas tomó forma plástica y organizada en la "Obra de los Juanitos" o sea, en la rama infantil de la de los Sagrarios-Calvarios.

"Si la Obra de las Marías y de los Discípulos de San Juan es un "rosal de pasión" que la compasión ha hecho brotar al pie de esos Sagrarios Calvarios —decía el señor Arcipreste— *la Obra de los "Juanitos" son los capullos de ese rosal.*

Son ellos mismos, son los niños pobres de nuestras Escuelas del Sagrado Corazón los que la han hecho brotar como por generación espontánea.

Oían ellos hablar un día y otro día a sus maestros, a su Director, y a mí de las Marías, de los Juanes de los Sagrarios abandonados, del Jesús pobre y despreciado, y con la fina penetración de los niños que ya saben amar al Corazón de Jesús, reforzada con esa íntima compasión que se establece entre los que padecen las mismas penas, ellos, los pobrecitos como Jesús, los despreciados del mundo como Jesús, sintieron algo así

como necesidad de compadecerse del Corazón de Jesús y, olvidando sus pobrezas, hambres y abandonos, se dedicaron a acompañarlo y consolarlo.

Yo no sé que haya muchas escenas en la vida cristiana que puedan compararse en delicadeza, en significación, en ternura, en generosidad, a la de esos tres niñitos que, olvidándose de que van descalzos a lo mejor, remendados los pantalones o al aire sus carnes, y de que aquella mañana no han almorzado y no saben si comerán a la tarde, se ponen de rodillas delante de aquel Sagrario para compadecerse del pobre Jesucristo *de los Sagrarios abandonados...*

¡Oh amor, amor, del Corazón de Jesús a los niños y de los niños al Corazón de Jesús, qué cosas hacéis!"

La constitución formal de la Obra se hizo el 2 de octubre del 1912, y en el acta de ella se hace constar cómo después de algún tiempo de prueba de los aspirantes "*había llegado la hora de fundar en serio la adoración de los niños, al Corazón de Jesús Sacramentado con el nombre de Juanitos cuyo fin no había de ser otro que acompañar al Corazón Eucarístico de Jesús en su soledad durante el día y siempre que se pudiera, con el fin de desagraviarle del abandono de sus Sagrarios y pedirle por la conversión de los niños de las escuelas laicas, o sea, reparar los dos abandonos más grandes del mundo, el del Sagrario y el de las almas de los niños*"...

En esta simpática reunión cuya acta escriben los mismos niños, se hizo la elección de cargos, por medio de votos de los pequeños adoradores y de sus profesores, y se convino en la forma de hacer la visita al Santísimo por turno acordándose que además todos los jueves tendrían una hora de Manifiesto Mayor, sólo para los Juanitos, relevándose dos de estos cada diez minutos para hacer la adoración más cerca del Señor; terminada esta hora todo el Colegio asistía a la visita y a recibir la bendición.

Estos simpáticos reparadores del Sagrario no sólo ofrecían sus desagravios en el Sagrario de su escuela, sino que realizaban viajes eucarísticos; unas veces andando y otras como se podía se iban, acompañados de un Sacerdote, a algunos pueblos cercanos con el *exclusivo objeto,* así se hacia saber a sus vecinos, de pasar

un rato en el Sagrario, donde tenían un sencillo acto eucarístico, cantaban, rezaban y recibían la bendición del Amo Sacramentado.

Los Juanitos de las Escuelas del Polvorín se inauguraron un año después que los de las de San Francisco, y asistió a la inauguración el eximio y venerado D. Andrés Manjón, que presenció la imposición de insignias y la constitución de la Junta Directiva. Invitado por el Arcipreste se hallaba aquellos días en Huelva y a ruegos de este y "*dominando algún tanto su visible emoción habló de los designios de Dios sobre la gente menuda y de cómo a El le gusta hacer cosas grandes con gente chica, de cómo de pobres escuelas levantadas a la sombra de los Sagrarios habría que esperar la salvación de España y de otras muchas cosas que difícilmente se nos olvidarán*".

También había sido invitado al acto el Gobernador de Huelva, que habló a los niños.

Los frutos de esta vida eucarística eran preciosos, y, como decía D. Manuel, hubiera tenido para publicar un libro con los rasgos edificantes recogidos.

"*El primer fruto que puedo señalar* —habla el mismo D. Manuel— *es el celo* eucarístico *que se despierta en los niños al poco tiempo de ingresar en la obra de los Juanitos.*

Una de las cosas que más me llama la atención, y eso que la presencio casi todos los días, es el esfuerzo que ponen en atender a la limpieza y ornato del Sagrario los Juanitos elegidos para Capilleros y celadores de la iglesia de nuestras escuelas.

Hay que ver cómo andan de puntillas para no distraer a los otros Juanitos de turno, cómo buscan y rebuscan flores por todas las casas del barrio para que no falten en el altar, con qué reverencia hacen la genuflexión cada vez que pasan delante del altar y ¡ya pasan veces!, cómo tienen cuidado de avisar y hasta empujar *a los compañeros para que comulguen... Y hay que ver cómo cuando se toca al Santo Viático en la parroquia, acuden Juanitos a llevar un farol o un triste cabo de vela; cómo en sus casas y entre sus amigos practican verdadero y en algunos casos heroico apostolado en pro de la Comunión, con preciosos frutos algunas veces de*

conversaciones de padres, madres y vecinos, y cómo se van encontrando ya niños arrodillados en los rincones de los Sagrarios, no sólo de la Escuela sino de las otras iglesias, pidiendo al Corazón Eucarístico de Jesús, a veces, con lágrimas, trabajo para sus padres cesantes, pan para sus hermanitos hambrientos, salud para sus madres enfermas...

En una palabra, que esta obra de los Juanitos está contribuyendo eficacísimamente a que los niños se den cuenta de lo bueno del Sagrario.

¿Que diríais de un niño a quien castigan ¡sus padres! porque va a comulgar, en no probar bocado hasta la una del día y sin embargo, no deja ni un solo día la Comunión?

¿Y del niño que no se atreve a acercarse a comulgar sin darle un abrazo muy apretado al compañero con quien la tarde antes tuvo unas palabrillas?

¿Y del niño que por respeto a la Sagrada Comunión, no se pone las únicas alpargatas que tiene, más que para comulgar, quedando el resto del día descalzo para que tiren más (9) *sin romperse?*

¿Y del niño que sin miedo al contagio ni asqueado por el espectáculo enseña la doctrina y prepara a bien morir a dos tísicos vecinos de su casa?

¿Qué diríais de esos y de tantos niños que con la misma naturalidad con que juegan al trompo realizan esos preciosos heroísmos...?

...¡Cuánto bien hace a los niños el Sagrario! ¡Qué bien debe encontrarse el Jesús del Sagrario alabado, recibido, visitado, adorado, predicado, desagraviado, defendido y llevado de calle en calle y de casa en casa por los niños!

Reflejado en esas almas puras ¡cómo irradian bondad, pureza, paz, humildad, orden, caridad sobre todos los que rodean a esos niños y sobre los hogares en que viven! Y ¡cómo harán dulce violencia a su corazón de Padre la oración y la Comunión de un niño que se siente feliz por estar con El y que llora de pena porque hay muchos niños que están muy lejos de El!..." (10).

(9) Modismo andaluz: para que duren más.
(10) «Obra de los Juanitos», 1913.

II

¡Eucaristizar la Parroquia!

La eucaristización de su Parroquia y de sus escuelas había de ser la característica de su apostolado, el gran medio de renovar las almas que el Señor le había encomendado y el mejor resorte pedagógico para la formación de los niños.

¡Bendita fecundidad la de las almas unidas a Jesucristo Sacramentado!

Su acción eucaristizadora, iba ensanchando cada vez más el radio de sus benéficos influjos, no sólo en la Parroquia de San Pedro, sino en todo el ambiente espiritual de Huelva.

Baste citar este solo dato que el mismo D. Manuel apunta: "*...Hoy puedo decir* —escribía en 1913— *con satisfacción inmensa y con sentimientos de dulce gratitud al Amo y a las almas buenas, que de diez Sagrarios que tiene Huelva, siete están acompañados* todo el día; *los de San Pedro y la Concepción* (*Parroquias*) *por* las Marías, *los de San Francisco y el Sagrado Corazón* (*Escuelas*) *por los* Juanitos, *y los del Santo Angel y la Milagrosa y Hermanas de la Cruz, por niñas aspirantes a Marías.*

Las Marías renuevan su turno cada hora, y los niños y niñas cada media hora.

Y los otros Sagrarios que aún no tienen establecida la Adoración diurna perpetua, como radican en iglesias

de fervorosas religiosas, puede decirse que están también todo el día acompañados.

¿Verdad que consuela ver todo el día el Sagrario acompañado y saber que siempre tiene el Corazón Eucarístico de Jesús ojos que le miren, bocas que le hablen y corazones que se le rindan?

¡Y cómo alegra y esperanza al alma saber que los niños y niñas inocentes son los fieles acompañantes del Corazón bendito que mora en el Sagrario!

Almas que conocéis y amáis lo bueno del Sagrario, ¿verdad que todo esto os sabe muy bien?" (11).

¡Qué interesante, sencillo y conmovedor resultaba ver aquellos niños pobres del Barrio del Polvorín o del de San Francisco de rodillas ante el Sagrario de su Escuela, ante el Maestro que tan dulcemente los atraía y se les iba metiendo en el alma!... Cada media hora bajaban a la iglesia tres Juanitos y con sus medallas al cuello, de rodillas, rezaban la estación, la oración para ofrecer la visita por los Sagrarios abandonados y la comunión espiritual, volviendo una vez terminada su visita a reanudar su clase. ¡Benditas Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús! (12).

Pero volvamos a las Marías, sigamos sus actividades en Huelva, cuna de la Obra...

---

(11) «Obra de los Juanitos», 1913.

(12) Esta Obra «eucaristizadora» de los Juanitos, que se extendió por otras diócesis de España, fué más tarde modificada, ampliada y organizada en forma más universal, por el mismo Fundador, que al comienzo del año 1934 la promulgó con el nombre de «Niños Reparadores de los Sagrarios sin niños y de los niños sin Sagrario», incluyendo en ella también a las niñas. Estos niños y niñas Reparadores, con su insignia, su bandera y su revista propios, se cuentan por miles y se hallan organizados en casi todas las diócesis españolas y algunas del extranjero, dando en las parroquias y colegios donde se establece la Reparación Infantil Eucarística excelentes resultados, al par que es un plantel apreciadísimo para la Pía Unión de los Sagrarios Calvarios.

Pocos días antes de su santa muerte el mismo Vrdo. Fundador aprobó la sección de Aspirantes Menores de la Obra para los menores de 18 años y mayores de 14, que también tienen su organización y su insignia.

La adoración diurna perpetua

La adoración diurna ante el Sagrario de San Pedro donde había nacido la Obra de las Marías la estableció D. Manuel, como obsequio especial al Corazón de Jesús durante el mes de junio de 1912, para pedir por la conversión de los pecadores de Huelva y por la santificación de los convertidos. Si el ensayo daba resultados, es decir, si las almas buenas respondían y cumplían, la establecería definitivamente.

"*Tan bueno fué el resultado de este obsequio eucarístico, tan halagüeño el fruto de conversiones y renovación espiritual obtenidos,* escribía D. Manuel, *que se continuó indefinidamente, pero siempre con fines reparadores de acompañar en espíritu el Sagrario abandonado de cada una, y de adorar y acompañar al Señor por los pecadores, especialmente de Huelva, que ni lo adoran ni lo visitan*" (13).

Para mejor organizarlo hizo imprimir unas hojas o cédulas de invitación que sirvieran de recuerdo del día y hora señalados a cada María. Quiso también ayudarles a ocupar provechosamente esta hora, escribiendo aquella meditación tan conocida de las Marías, por haberse insertado después en su "Manual", titulada "Una hora ante el Sagrario", y que comienza con aquellas deliciosas palabras: "¿Quieres, María adoradora de los Sagrarios-Calvarios, convertir una *hora de tierra* en una *hora de cielo?...*"

Tan propia de las Marías era en la mente del Fundador la adoración, que, frecuentísimamente escribía: "*Marías adoradoras de los Sagrarios Calvarios*". Y en sus libros, al explicar el *fin* de la Obra, lo explica así: "*Proveer de Marías adoradoras los Sagrarios desiertos...*" Pero siendo una Obra eminentemente contemplativa, no la concibió sólo bajo este aspecto sino que, *como consecuencia* de esa adoración y contemplación, había de ser eminentemente activa también.

Por eso, a continuación de aquellas palabras, añadía en sus primeros escritos sobre la Obra: "*Se dedicará*

(13) «El Granito de Arena», 5 julio, 1912, p. 6.

como a su objeto esencial *y* necesario *a procurar que no haya Sagrario sin sus Tres Marías que trabajen por que se abra el Sagrario y se visite al Santísimo diariamente*".

De ahí que la Obra sea tan contemplativa como activa y que el desideratum que el mismo Fundador propone a las Marías en su "Plan de campaña", del "Manual", sea llegar a que en cada Sagrario se establezca la Adoración diurna perpetua, es decir, a que siempre esté acompañado el Corazón Eucarístico de Jesús, no sólo con Comuniones y visitas, sino con presencia permanente espiritual y corporal.

¡Qué consuelo fué para su corazón de Sacerdote enamorado de la Eucaristía ver al Corazón de Jesús de su Sagrario acompañado constantemente allí donde tantos abandonos había padecido!

El termómetro espiritual

Y si ver así adorado y amado a su Amo y Señor en los Sagrarios onubenses tanto complacía el corazón del Arcipreste, por demás está decir con qué gusto veía crecer el número de Comuniones en la ciudad. Esto era el *termómetro* de la recristianización de aquel pueblo que él se había empeñado en ganar para Cristo.

Y la *gráfica* de la *temperatura* espiritual aparecía en "El Granito de Arena" en estas o parecidas formas: "El secreto de la Acción Católica. *A más Comuniones más confesiones; a más confesiones menos vicios; a menos vicios más paz y prosperidad en las familias y en el pueblo; luego a más comuniones, más paz y prosperidad. Las comuniones recibidas en Huelva en el mes han sido...*"

Y a continuación publicaba el número de comuniones recibidas en cada una de las iglesias de la ciudad.

Gustaba de hacer un balance del *movimiento apostólico* a fin de año, y en él no podía faltar el número de Comuniones. Véase por ejemplo el del año 1914 que tiene especial interés por recopilar el número de las comuniones de años anteriores y poderse apreciar el aumento anual de ellas.

EXTRACTO DE BALANCE

"Acostumbro por este tiempo, acomodándome a los usos comerciales, a hacer el balance de nuestras obras de Acción Católica en Huelva.

Revolviendo datos y comparando cifras, me encuentro con un número tan elocuente, tan avasalladoramente elocuente, que he hecho alto en mi búsqueda de datos y me limito a recrearme y a invitar a los amigos a que se recreen conmigo en la contemplación de ese número. El sólo es todo un balance, o si queréis un extracto de balance.

El gran número:

El de las Comuniones recibidas en Huelva durante el año 1914. Cada mes ponemos al frente de la lista de las comuniones en él recibidas estas palabras: EL SECRETO DE LA ACCION.

Estamos convencidos y persuadidos por repetidas experiencias de que si la Acción Católica ha de ser acción *y por consiguiente obras, sacrificios, celo que ni se canse ni se engría, y* católica, *y, como tal, sobrenatural en sus principios, medios y fines, tiene que ser en todo y sobre todo* eucarística, *y por consiguiente, que a más comuniones y vida de Sagrario de los que trabajan, corresponde más acción y más católica.*

Verdad es ésta tan cierta, tan fecunda, tan comprobada siempre que se quiera, que es lástima, mucha lástima que no se haga más uso de ella. En Huelva adelantamos, no se puede negar ni aún por los mismos adversarios.

Recientemente se ha dicho por éstos en público mítin, que Huelva es la ciudad más Jesuítica *de España. Y aunque no es verdad tanta belleza, lo es que las obras católicas ganan aquí en número, en extensión, en fecundidad, en respeto y en cariño; que las prevenciones de los que nos odiaban porque no nos conocían se van disipando, que la vida cristiana va entrando en la familia, que muchos que ayer eran nuestros enemigos, son hoy casi nuestros amigos, y que no pocos que eran casi amigos son hoy amigos del todo y que la Iglesia católica en Huelva es hoy el árbol frondoso, de ancha copa, formada por sus múltiples obras sociales y de caridad, a cuya sombra son muchos los que vienen a vivir.*

¿Pruebas?

Entre muchas que gracias a Dios podría aducir, citaré sólo tres muy elocuentes: Primera: El número de niños que pueblan las escuelas católicas, más de las dos terceras partes de la población escolar.

Segunda: El remedio, si no total, al menos muy eficaz e importante, prestado a las clases menesterosas en las grandes escaseces que ha sufrido con motivo de huelgas y guerras, dándose de comer por hombres o instituciones católicas a todos *los niños hambrientos que se han presentado.*

Tercera: Las seiscientas cincuenta entronizaciones *del Corazón de Jesús en otros tantos hogares, en su mayoría de obreros, que se han hecho sólo en los últimos meses del año anterior.*

¿El secreto?

A eso iba y para eso he escrito esta perspectiva, hoy halagüeña, a pesar de las nubecillas y nubarrones que todavía la obscurecen, para que se vea en todo su relieve el secreto que viene produciéndola.

El secreto de esos adelantos está en que en Huelva se va comulgando mucho y cada vez más.

¿Sabéis a que número han subido las comuniones del año 1914?

191.747

Comparad esa cifra con la de aquel tiempo en que, según nos decía el Vrdo. Cardenal Spínola, no comulgaba diariamente *más que una señora y él que, todavía seglar, pasaba a la sazón aquí una temporada. Comparadla con la cifra de años más próximos, con la de 1908, por ejemplo, y veréis un aumento de comuniones de* 82.312.

Mirad qué escala ascendente tan alentadora de los últimos años:

El	*año*	1908	*hubo*	109.425	*comuniones*
”	”	1909	”	121.204	”
”	”	1910	”	128.481	”
”	”	1911	”	143.743	”
”	”	1912	”	167.138	”
”	”	1913	”	167.771	”
”	”	1914	”	191.747	”

Después de estos números ¿qué más se puede decir, sino alabar al Corazón de Jesús que ha querido que acertemos con su secreto, su gran secreto?

¡Bendito El, y que ni nosotros ni nuestros hermanos lo olvidemos!" (14)

(14) «El Granito de Arena», 5 febrero, 1915, p. 1.

III

¡Qué rumboso es el Amo!

En premio de esa magna obra eucaristizadora ¿qué le regalará el Amo?

Verdad es que no trabaja a sueldo, que los enamorados de balde se entregan y de balde se inmolan, y él era ¡un enamorado hasta la locura, del Sagrario!

Pero el Corazón de Jesús tan delicado, tan agradecido, que no olvida ni el vaso de agua que se dé en su nombre ¿no le mostrará de algún modo su complacida gratitud? Sí, del modo más delicado y divino... "Zaqueo —dijo un día—, prepárame tu casa que quiero hospedarme contigo..." (Lc. 19, 5).

Aquella recatada alcoba en que murió su madre se ha convertido en oratorio, ese vacío que dejó ella lo ha venido a llenar El. Leed cómo lo cuenta él mismo en estos renglones henchidos de emoción.

"Yo no sé que en la tierra haya una pena más grande, después de la de perder a Dios, que perder la madre.

El día 16 de enero del año pasado, visitó el Corazón de Jesús mi casa y se llevó a mi madre...

Los que han pasado por esa pena conocen esa impresión de vacío, que crece, se mete en el alma, y yo diría que imprime carácter.

... ...

A LLENAR UN VACÍO

Para llenar ese vacío, usando del Privilegio que me concedió el Santo Pío X, cuando lo visité, convertí en oratorio la habitación en donde ella dormía y desde donde voló al Cielo.

¡Qué dulces me sabían las Misas celebradas en el mismo sitio donde yo le administré los últimos Sacramentos y le dí el último beso...!

Mientras duraban aquellas Misas yo no sentía el vacío *atormentador de siempre.*

¡Dios mío, cuántas veces me decía a mí mismo después de esas Misas, si tú quisieras venirte aquí con nosotros para siempre..., si tú quisieras vivir en donde vivía mi madre...! ¡Era mucho pedir, sí, quizás una locura..., pero como se lo decía y se lo pedía a El solo, que es tan Padre y entiende tan bien estas locuras de cariños de los hijos...!

Mi oración constante era la contraria del Centurión; éste le pedía que no entrara *en su casa porque no era digno..., yo menos humilde o más atrevido que el Centurión, le decía: Aunque no soy digno, entra y quédate en mi casa...*

Y hermanos y amigos míos, alegráos, agradeced por mí, que todo es poco para favor tan grande.

Una mañanita de la semana de Resurrección, el 9 de abril, el Amo bendito, el que se llevó a mi Madre, bajó al altar que yo había puesto en el cuarto de ella, y... ya no se fué, se ha quedado a vivir con nosotros en un Sagrario chiquito que le hemos puesto sobre el altar...

¡Se acabó, o mejor, se llenó el vacío *de mi casa!*

Por la misericordia de Dios, yo siempre he creído en la presencia real de Ntro. Señor Jesucristo en la Sagrada Eucaristía; pero os puedo asegurar que desde que vive en mi casa, digo mal, en nuestra casa, casi he perdido la fe... *nosotros* casi *no creemos en El, porque lo* sentimos *tan cerca, tan nuestro, tan* Madre, *que más que creerlo es casi, casi verlo y oirlo...*

Os confieso que nunca había experimentado tan sensiblemente la verdad de su presencia real como ahora.

Seguramente os interesará saber el cómo de este favor, de esta locura de favor.

Yo os lo contaré y sirva esta noticia de consuelo, y motivo de gratitud a las Marías: Un grupo de éstas, inspiradas sin duda por el Amo, se han dado tan buenas trazas de conspirar a espaldas mías, que tomando la voz de las 50.000 Marías españolas, y contando con la bondadosísima complicidad *de mi querido Sr. Cardenal que puso encarecida recomendación, dirigió preces a S. S. Benedicto XV, pidiéndole para el Fundador de la Obra de las Tres Marías y de los Discípulos de San Juan,* facultad de tener reservado el Santísimo Sacramento en su oratorio privado, como delicada correspondencia del Corazón de Jesús al celo y trabajos eucarísticos y apostólicos del dicho Fundador...

Y el Papa, con una generosidad y delicadeza de Padre que nunca sabré pagar, puso al pie de las preces con su propia mano:

BENIGNE ANNUIMUS SECUNDUM PRECES

Benedictus P. P. XV.

Y ahora ya no sé proseguir...

Que los que hayan leído, cuando estén delante de esas grandes penas *de la vida, se acuerden de* mi Sagrario *y busquen y pidan* la gran alegría *en donde yo la hallé...*

¡Hace cosas tan buenas el Corazón de Jesús en el Sagrario!"... (15)

La Casa-Sagrario

La casa estaba llena de Dios. ¡Qué alegría para todos saber que entre ellos, como en Betania, como en Nazaret, participando de sus penas y de sus alegrías está el Amo bendito!...

Aquella saladísima narradora María de Andalucía, escribe por aquella fecha las impresiones de su primera visita a la Casa-oratorio...

"...Apenas toqué a la puerta, me sobrecogió el silencio de la casa.

(15) «El Granito de Arena», 5 junio, 1915.

Parecía que con la gracia de poseer la Reserva Eucarística habían conferido a todos sus habitantes el don de *sutileza*, al timbre el don de *claridad*, pues, en vez de sonar estrepitosamente, enciende una luz que avisa en silencio la llamada; y a Antonia, hermana y coadjutora del Arcipreste, el don de *agilidad* que dan unas zapatillas de lona y cáñamo; ésta abrió quedamente y con los ojos nos señaló el lugar del Sagrario.

Sobre el altar existe un montuoso Calvario y enclavado entre sus riscos un lindo tabernáculo conteniendo al Amor no amado.

Arriba, Jesús Crucificado con el Corazón descubierto, María Mater Ejus, y demás Marías; abajo el Fundador de las Marías que oraba sin respirar. Todo era allí amor y misterio; no llegaban al altar los ruidos del exterior y hasta la luz ardía sin chisporretear... Oramos brevemente y mímicamente nos invitaron a salir del Sagrario; lo hicimos de puntillas, y ya fuera, todos hablaban suavemente.

El Arcipreste, estimulado por nuestras preguntas, hablaba del gozo que le habían proporcionado las Marías, obteniéndole del Pontífice la concesión de un Sagrario para su oratorio y nos mostraba el bello pergamino que usaron para la petición; hablaba de su vida, de sus correrías por tierras de Marías, de sus alegrías al ver el bien que hacen, hablaba de sus escuelas en las que funda para el porvenir las esperanzas de una raza fuerte y cristiana, de sus obras de propaganda y sus obras de albañilería. De su ilusión y de su preferido sueño de ver, merced a la obra de las Marías, el culto eucarístico restituído a su antiguo esplendor; de sus deseos de conocer una agrupación de Sacerdotes dedicados en cuerpo y alma al servicio de los Sagrarios abandonados haciendo que el Corazón de Jesús sea amado y conocido...

Hablaba, hablaba, comiéndose como buen andaluz, la mitad de las palabras, apenas enunciando los proyectos, dejando a flor de oídos las ideas; los míos le oían sin chistar, tocados por las alas del ángel del silencio, pensando que Dios estaba allí, y que aquella casa parecida por su tamaño a una caja de cigarros, estaba llena de Dios, y que Sagrario era allí el escritorio, Sa-

grario el comedor, Sagrario el vestíbulo, Sagrario el dormitorio, cristal y tabique por medio con el oratorio, y, que allí hasta durmiendo, latirán los corazones al unísono del Corazón de Jesús. Y pensaba que en aquella casa era de Dios el trabajo y el descanso, de Dios la literatura, la pedagogía y todo lo que se fraguaba y que Dios se había complacido en ella diciendo a su dueño: Quiero descansar en tu casa, quiero buscar una morada tranquila, por tantos Sagrarios alborotados por la guerra, quiero pagar tus trabajos eucarísticos *eucaristizándote* hasta la respiración...". (16)

... ...

La casita del Arcipreste tenía el calor de regazo materno, y en ella ¡cuántos apostólicos proyectos iban madurando!

(16) «El Granito de Arena», 5 junio, 1915, p. 14.

CAPITULO XI

ESCRITOR Y PEREGRINO DEL SAGRARIO

1.º—*El secreto de su pluma.*
La transparencia de su estilo.
Su sorprendente originalidad.
La gracia andaluza.

2.º—*Ha nacido el «Granito de Arena».*
¿Qué era el «Granito» antes de nacer?
Lo que han edificado esos granitos.
Granitos de Oro.

3.º—*La Sociología del Evangelio.*
Su actuación en la Tercera Semana Social de Sevilla.
La Acción Social según un Cura.
La solución del Evangelio.
Una anécdota de aquella Semana.
«Lo que puede un Cura hoy».
Su perenne actualidad.

I

El secreto de su pluma

¡Pobre Arcipreste! cuando le veo sobre la mesa de su sacristía, la pluma en la mano, sobre las cuartillas que se pierden entre facturas de carpinteros y albañiles, minutarios-sacramentales y cartas, se me viene a las mientes el recuerdo de la Santa de Avila. ¿Es posible escribir de esa manera? ¡Cuantas veces tendría que interrumpir, la monja escritora, aquellos deliciosos coloquios de las Moradas para anotar sobre el mismo papel la cuenta del recadero, ajustar el precio de una campana, o contestar de prisa una carta, porque el mozo de mulas esperaba a la puerta, y con más impaciencia le esperaban sus hijas de Beas o de Toledo!...

A través de los siglos ¡cómo se parecen los dos!...

Dulce tarea es escribir, cuando el tiempo no apremía y la tranquilidad del espíritu remansa y aclara el pensamiento; pero escribir, cuando a cada momento el trajín de una vida vertiginosa de celo, rompe el hilo de las ideas, y lanza con brusquedad la imaginación por otros senderos que nada se parecen a aquellos, por los que con deleite discurría, si no es un imposible, es por lo menos una inquietante tortura.

Por eso, por aquellas interrupciones violentas en que le ponía su vida de monja fundadora, cortándole el vuelo a su pluma la primera nimiedad a que hubiera de atender, el estilo de Teresa a veces se extravía vagabundo, y unas ideas atropellan a otras y cuando logra coger

otra vez el sendero se disculpa graciosamente con aquello de "*perdonen mis hijas que muy mucho me he divertido*".

A nuestro Arcipreste le ocurre igual, ha de escribir de prisa y corriendo.

Su letra se adelgaza como un hililllo que no quisiera romperse, se precipitan los conceptos y sin embargo, a pesar de esta inquietud con que escribe, ¡qué serenidad de espíritu reflejan sus páginas! ¡qué claridad de conceptos! y casi siempre no hace más que esbozar las ideas.

Apenas le da tiempo de leer; por eso en sus escritos no abundan las citas pretenciosas y tiene la originalidad de una cosa tan propia, que difícilmente se le encuentra otra filiación literaria, que no sea la suya.

Su estilo es sencillo, y más que sencillo transparente, las ideas en él se ven, se palpan, toman relieve y forma; y aunque lleno de un saleroso gracejo andaluz sabe siempre torcer a lo divino lo que de suyo pararía en cómico o jocoso.

No descansa en la risa: hace de ella peldaño para sus ascensiones.

Su puro humorismo no se desparrama por la tierra, es un surtidor que se lanza a los cielos.

En él campean estas cuatro notas que le hacen inimitable y único: trasparencia de ideas, originalidad suma, abundante y fina sal andaluza y una graciosa unción que deleita y cautiva desde el primer momento.

La transparencia de su estilo

Ved cómo los grandes misterios, en él se hacen tan claros, que llegan a penetrar fácilmente en las inteligencias menos cultivadas... ¡Con qué belleza de expresión nos habla de cómo palpita en la Eucaristía la devoción de Jesús a su Padre Celestial!

"Su devoción no está satisfecha con ofrecerse y sacrificarse una sola vez a su Padre e instituye al pie del Calvario y en la víspera de su subida a El un Sacerdocio eterno, cuya principal misión y ocupación había de ser ofrecer al Padre Celestial el augusto Sacrificio de su Hijo en cada hora de cada uno de los siglos que le que-

den al mundo de vida y en todos los confines de la tierra. ¡No cabía más perfección ni belleza en la obediencia y devoción al Padre!

¡Grandioso plan, digno de un Dios! El Hijo, por naturaleza, de Dios, se hace hombre para hacer por la Gracia que nos gana con su pasión y muerte a los hombres hijos de Dios, que vean y conozcan a su Padre Dios con luz de su Hijo y amen a su Padre con el Corazón de su Hijo y le hablen con la boca y la palabra de su Hijo.

El Hijo de Dios hecho Sacerdote, y Hostia de Dios para alabarlo, agradecerle, repararlo e impetrarlo en nombre de los hombres como El se merece y para que por medio de un Sacerdocio permanente de hombres se multipliquen indefinidamente sobre la tierra, no sólo la oblación real de su sacrificio, sino los Sacerdotes-hostias y los comulgantes-hostias de Dios.

¡El estado de hostia! Esa es la adoración perfecta, el acto supremo de la religión, ¡devoción completa y perfecta al Padre que está en los Cielos!

¡No puede llegar a más la piedad de un hijo ni desear más el amor de un padre!

¡Qué verdad tan bella y qué belleza tan verdadera es la obra que realizan en las almas el Bautismo y la Misa!

En el Bautismo muere con Cristo y queda sepultado el hijo de ira, el hijo del pecado y resucita hijo de Dios, hermano de Jesús, heredero con El del reino del Padre; en la Misa el Hijo adoptivo del Padre Dios ofrece, como Sacerdote, y se ofrece, como hostia, con Jesús Sacerdote-Hostia. Del Bautisterio salimos hijos de Dios, del altar salimos hijos sacrificados, hostias ofrecidas al Padre Dios". (1)

Hermosísima es esta página en que nos habla del gozo del Sacerdote de Jesús en darse...

"¡Cuánto debe gozar el corazón del Sacerdote en vivir sólo para dar a Jesús y darse con El a las almas! Por la consagración sacerdotal el Sacerdote ha dejado místicamente de ser un hombre para empezar a ser un Jesús. Una especie de transubstanciación se ha operado

(1) «Así ama El», p. 97.

en él: *las apariencias son del hombre, la sustancia es de Jesús: tiene lengua, ojos, manos, pies, corazón como los demás hombres; pero, desde que ha sido consagrado, todos esos órganos e instrumentos no son del hombre, sino de Jesús.*

Su lengua es para hacer Carne y Sangre de Jesús de la substancia del pan y del vino, para hacer vivir a Jesús en làs almas por medio de los sacramentos y de la predicación sagrada.

Sus ojos son para mirar y compadecer y atraer en lugar y al modo de Jesús, que ha querido quedar oculto y como ciego en el Sagrario.

Sus manos son para dar bendiciones a hijos, direcciones a caminantes, apoyos a débiles, pan a los hambrientos, abrigo a los desnudos, medicina a los enfermos en nombre y virtud de Jesús.

Sus pies son para ir siempre en seguimiento de ovejas fieles o en busca de las descarriadas.

Su corazón es para amar, y perdonar, y agradecer y volverse loco a lo Jesús.

Su cabeza para pensar en Jesús y con criterio de Jesús conocerlo y darlo a conocer cada vez más y mejor y, como El, no aspirar en la tierra más que a una corona de espinas...

Madre Inmaculada, que este Sacerdote tuyo, por donde quiera que pase, dé siempre y sólo a Jesús, *envuelto en su palabra, en su mirada, en su gesto, hasta en su aliento".* (2)

Y cuando su pluma corre al vuelo sobre algún hondo misterio de la Eucaristía, sorprende aquél su lenguaje tan claro que parece un rayo de sol perdido, en aquel abismo de amor.

Ante el silencio de la hostia se admira extático y escribe:

"...Ese Maestro eterno y esa Palabra viva de Dios que se hace boca de carne para que los hombres oigan hablar a Dios y directamente por El sean enseñados a conocerlo, a amarlo y a poseerlo, ese Maestro-Dios y esa Palabra-Dios decretan enseñar a los hombres treinta y tres *años* hablando, y siglos y siglos callando.

(2) «El Rosario Sacerdotal», pgs. 37-39.

¡Jesús-Maestro callado!
¡Jesús-Palabra eterna de Dios callada!
Y ¡con qué silencio!
En torno de esa Hostia se oyen alabanzas y blasfemias, se consuman adoraciones y sacrificios, se sienten amores, odios y abandonos...
¡Si la Hostia hablara! ¡Una sola palabra de aprobación, de queja, de reprobación!...
¡Un ¡ay! siquiera!
¡El Maestro calla!
¡La Hostia callada!
¡Qué bien se adivina por ese tesón de callar que la lección de que más necesita el hombre es la del silencio de su amor propio! ¡La de aprender a callar!" (3)

"Se ha pasado la vida", nos dirá el prologuista de uno de sus más bellos libros "como el discípulo predilecto, reclinado sobre el pecho del Amado, e iba contando una a una en la hora silenciosa del amor las palpitaciones del Corazón de Cristo. Se las sabía de memoria". (4)

SU SORPRENDENTE ORIGINALIDAD

La originalidad de los místicos, que sólo hacen trasladar al papel las íntimas experiencias de su alma. Enamorado de la Eucaristía ha calado en los repliegues más escondidos del Corazón de Cristo, por rutas inexploradas ha llegado a penetrar el misterio de su abandono y de su silencio. Nadie antes de él ha hablado de las renuncias de Cristo, al penetrar en el alma del comulgante, con este saboreo amargo de *confidencia* angustiosa: ¡Renuncia hasta la vida! Oidselo a él, que yo no quiero empequeñecer con mi pluma la grandeza y hermosura de estos bellos pensamientos:

"*Madre Inmaculada... tu Hijo va a entrar en mi boca, y al tocar mi lengua El hará de su libertad y de su virtud, ¡qué misterio!,* lo que yo quiera *o lo que* le deje hacer, *¡aunque llegara a exigirle la renuncia de ellas!...*
Y cuando pase de mi lengua, y las especies sacramen-

(3) «Oremos en el Sagrario...», pgs. 111-113, 3.ª ed.
(4) J. M. González Ruiz en el Prólogo de «Así ama El».

tales, bajo las que se oculta y entra disfrazado se disuelvan, dejará de existir sacramentalmente, *se morirá místicamente en mi... ¿Quieres, Madre querida, enseñarme a pensar, a asistir, a apreciar, a agradecer esa muerte o renuncia de su vida de tu Jesús Sacramentado?...*

Jesús de mi comunión: ¿Por qué, siendo Tú el Señor de la vida, has querido someterte a la ley que has impuesto a los seres que viven de la vida que tú les das?

¡La vida por la muerte!

Tú, que has dispuesto que sólo del grano muerto y podrido surja el tallo de la nueva vida y que has mandado que sólo del hombre muerto a sí mismo surja el hombre de la vida nueva tuya, ¿no has demostrado bastante tu poder y abatido nuestro orgullo, con ese surgir la vida de la muerte, con ese trueque de la corrupción de un ser con la generación de otro?

¿Tenías necesidad de hacerte grano caído y muerto en el surco de nuestra alma para que de tu muerte surgiera nuestra vida?

No fué necesidad, fué amor. Y este lo llevó a someterse a la misteriosa ley de la vida por la muerte; a la muerte real *de la cruz para dar vida a los que se la labraron y a ella lo llevaron; a la* muerte mística *del altar para ser la Vida de los que le sacrifican; y el amor también lo trae a mi boca y a mi corazón para que su* muerte sacramental *sea la vida mía...*

Señor, ¿por qué ha llegado a tanto tu amor?... ¿Tanto vale mi vida que des por ella la tuya? ¿Y que inventes modos de vivir, sólo para tenerlos de morir por mí? ¿Qué traza es esta de morir viviendo y no querer vivir más que para morir por los que amas?

¡La muerte sin vida!

Y al llegar aquí, y cuando toda la admiración y todo el asombro de mi alma se recogen para acompañarte por esos caminos tan obscuros, una nueva luz me los ensancha ante mis ojos y me los hace más incomprensibles e inefables.

Esa luz me hace conocer esta idea:

Morir para dar vida al que se ama *es muy grande, muy hermoso, muy heroico; pero también muy dulce morir.*

Si a la semilla muerta en su surco le fuera dado asomarse a la superficie de la tierra que la cubre y ver el tronco que de ella salió, y el ramaje que lo adorna, y los frutos que le cuelgan, ¡con qué gusto volvería a caer dentro de su tumba...!

Pero ¿y si la semilla cae en el surco, se muere y se queda sola porque la dureza o sequedad de la tierra no la dejan brotar?

No sentirá nada porque no tiene corazón; pero Tú, Jesús mío Sacramentado, grano sepultado en mi pecho, que tienes corazón y lo tienes tan blando y tan grande, ¿qué sientes en él cuando te dejo morir *solo, es decir, sin que te* deje brotar, *ni darme vida?*

¿Con qué palabras se pueden contar el dolor, la violencia, la opresión, la tristeza infinita de esta escena: Jesús, ansioso de morir por hacer vivir, consumiendo su vida Sacramental dentro de un alma dura y seca, obstinada en no vivir?...

Este morir sí que es duro morir y exclusivamente propio de un amante loco o divino, o las dos cosas a la par.

¡Semilla divina, sembrada en las almas-vergeles, *mi corazón te adora y te canta!*

¡Semilla divina, sepultada en las almas-desiertos, *mi corazón te adora en el silencio de su asombro y te compadece!".* (5)

¿No recuerdan esa claridad de ideas, esa galanura de estilo, ese dulce coloquio con el Amado, la serena belleza de nuestros místicos del siglo de oro?

Ese andar siempre sobre el pecho de su Jesús Hostia, auscultando los latidos de su corazón, le dan a sus escritos la originalidad de cosa propia saboreada y paladeada en el silencio de la oración.

La gracia andaluza

Pero hay otra fuente de donde dimana su originalidad: además de la Gracia del Cielo, la gracia bendita de la tierra de Andalucía. El había escrito:

"Cuando se encuentran en una misma persona la

(5) «Mi Comunión de María», pgs. 123-126. 8.ª ed.

Gracia del Cielo y la gracia de la tierra, surgen esas grandes figuras de la historia, centros universales de irresistibles atracciones, prodigios de fecundidad espiritual y de influencias tan dulces como avasalladoras". (6) Hizo sin pretenderlo su autorretrato... Sus páginas estarán por eso sembradas de granitos de sal, y aliñadas con un saborcillo acre de mostaza y de pimienta...

Y nos dirá que hay "*almas borregos*", porque no acaban de separar el ¡me! ¡me! de todos los verbos con que se expresan, *almas en huelga perpetua de brazos caídos*, porque no oran, o porque se entregaron al desaliento que es la *filoxera* del celo, y así toda una riquísima gama de graciosas comparaciones caseras que ponen de bulto sus ideas.

Leed si nó aquel ingenioso capítulo de sus "Granitos de Sal", titulado: *De Zoología espiritual;* ante vuestros ojos agradablemente sorprendidos irán pasando las *almas camaleones*, las *almas liebres*, las *almas murciélagos* y las *almas águilas*, y viéndolas desfilar no sabréis qué hacer, si llorar o reir, porque cada sonrisa de aquellas trae una triste realidad de la vida...

Cuando narra o describe escenas de chiquillos, su estilo es de un realismo tan sorprendente, que sus cuadros parecen fotografías del natural.

Oid este diálogo con un monaguillo:

"Ocupábame al salir de visitar a nuestro Señor en el Jubileo de las XL horas, en examinar las obras de restauración recién hechas en el viejo atrio de la Iglesia, siguiéndome a respetuosa distancia, como en escolta de honor el monacillo, al parecer, de la misma.

Y digo al parecer, por la sotanilla roja y el respingón y almidonado roquete que lo envolvían, aunque en realidad más cara y postura tenía de uno de esos innumerables Niños Jesús de las Iglesias de Monjas, revestido con las indumentarias más al gusto y al estilo de la que lo cuida y guarda.

Esto era en realidad mi silencioso y respetuoso acompañante: un niño gordito y rechoncho, de carrillos tan

(6) «La Gracia en la Educación», p. 16. 3.ª ed.

colorados como su sotana y de cara tan tranquila como si acabaran de sacarlo de una urna.

Al acabar mi inspección, reparo en él y trato de entablar diálago.

—Oye, ¿tú eres el monacillo de aquí?

Silencio de mi interrogado y mirada un si es no es desdeñosa que equivale, o a mi me lo parece, a esta respuesta: —¡Qué disparate!

—Y tú ¿por qué estás tan gordo?

Nueva mirada en la que, sin perder la serenidad, se apunta una ligera sonrisa de dignación.

—Oye, ¿y a ti te gustaría ser Obispo?

Sin dignarse *aun contestar ni aun mirarme, mi hombrecillo se cruza las manos a la espalda y avanza lentamente delante de mí. Intrigado yo con la actitud tan impropia de los cuatro o cinco años de mi* pretendido *interlocutor, le insto: —Pero qué ¿tú no querrías ser Obispo y llevar una capa como ésta y una cruz...?*

—¡Obispo! responde al fin mi olímpico personajillo en tono ídem. ¡Obispo! y... yo ya he salío cardená!

—¿Cardenal?

—Sí zeñó, pa *que se entere* usté, Cardená *y hasta Papa he* sío *yo.*

—¡Chiquillo! ¿Papa tú?

—¿Que nó? Pregúnteselo usted a lo *Salesiano si no* man sacao *a mí de Papa en la procesión de María Auxiliadora.*

—¡Ya, ya, ya! Bueno, pues ¡adiós, Padre Santo! Mientras que en son de cariñosa despedida le hago reverencia.

Y con la solemnidad y soltura de un Papa de verdad y de toda su vida, responde a mi reverencia en broma con una bendición con dos dedos de su mano derecha y un muy serio y reposado:

—¡Adió, *hijo!...*". (7)

Todo lo suyo está lleno de una graciosa unción, hasta para hablar con Dios, tiene la travesura de un niño y la gracia ingénua de esta Andalucía, que no concibe a los ángeles quietos y serios adorando al Señor, y los pinta como Murillo, en racimos juguetones a los

(7) «Sembrando granitos de mostaza», p. 91. 3.ª ed.

pies de la Inmaculada, o sonriéndole desde las nubes. Y como no le cabe en la cabeza (y menos en el corazón) que delante de la gran alegría del Misterio Eucarístico, pueda haber tristeza, Andalucía pone a bailar sus seises ante la custodia, y al paso del Santísimo lanza por las calles sembradas de juncias y de romero los gigantes y los cabezudos y aquella deforme Tarasca, que es (la ironía hecha plástica) remedo burlón del pecado vencido por la Gracia...

Por eso la mística de este escritor andaluz tiene siempre a flor de labios una delicada sonrisa.

"¡Señor, que cuando te pregunten por mí, te sonrías...!".

Jaculatoria que parece como esta otra un villancico: *"Corazón de mi Jesús, acostado en la cuna de mi corazón, que cuanto quiera, diga y haga hoy te* abrigue, *te* mezca *y te* recree...".

Con la misma delicada ternura y traviesa confianza habla con la celestial Señora...

"Madre Inmaculada, guarda a Jesús en el Sagrario de mi corazón y que ni el demonio ni yo sepamos dónde tienes la llave..."

Y a veces su palabra tiene delicadezas de amor como San Francisco de Sales y apasionados arranques como el Obispo de Hipona.

"Madre generosa, si con un beso fué entregado a la muerte tu Hijo, que es la Vida, que por el beso de mi Comunión yo que soy muerte, me acabe de entregar a la vida". (8)

Razón tenía Ricardo León cuando le decía: "¡Cuánto envidio su estilo! ¡Qué no daría yo por tener esa sencillez inimitable con que escribe!".

Si apenas leía, si no tenía quietud ni reposo para entregarse al trabajo de la escritura ¿quién movía su pluma? ¿Cual era la fuente de su inspiración?... ¿Cual?... ¡El Amor!

Tres eran los libros en los que él leía de memoria: el Sagrario, el Evangelio y las almas; y cuando de ellos escribía le volaba la pluma sobre las cuartillas y se apretujaban aquellos renglones de letras menuditas que a

(8) «Mi Comunión de María», p. 179. 8.ª ed.

fuerza de correr, perdían la curvatura de los signos y casi no eran más que trazos rápidos, como flechas que se escaparan todas a la vez del mismo arco. (9)

Y escribía con la estilográfica que le bendijo el Papa, y como fácilmente la descargaba, solía tener otra dispuesta sobre la mesa para no perder tiempo en volver a llenar la pluma.

En el año 1908 comienza sus tareas de escritor y ya no las abandonará hasta momentos antes de expirar, cuando la muerte le arranque la pluma de la mano el 1940. ¡Treinta y dos años escribiendo, sin agotarse, sin repetirse, sin perder el sello inconfundible de su estilo personalísimo, y ameno siempre y nuevo siempre, a pesar de que su tema invariablemente será la Eucaristía!...

(9) Dos meses antes de morir les decía en una conferencia a las Marías de Zaragoza que, cuando se ponía a escribir del Sagrario y del Evangelio, corría la pluma sin parar, pero si tenía que hacerlo de asuntos oficiales ya estaba mucho más premioso.

II

Ha nacido "El Granito de Arena"

Dejemos que él nos cuente la historia de esta revistilla famosa, sobre la cual él volcó su corazón, y tan identificada con él, que siguiendo paso a paso sus páginas podemos ir hoy rehaciendo en parte... la historia de su vida...

¿Qué era "El Granito" antes de nacer?

"1.º Un deseo *vehementísimamente sentido por un pobre Cura de predicar de todas las formas y maneras posibles y de hacer caer en la cuenta, hasta a los más distraídos, sobre el inmenso poder de lo* chico, *cuando confía en el poder y en la misericordia del Corazón de Jesús; o en otra forma, los grandes designios del Corazón de Jesús sobre las personas y las cosas chicas que se ponen junto a El.*

2.º Una protesta *muy viva* contra el desaliento *de los buenos y el* naturalismo o laicismo *con que no pocos de ellos proyectaban y hacían sus obras buenas. Una protesta, repito, contra estas dos fórmulas de aquellos dos males: ¿A qué trabajar tanto, si se consigue tan poco? y esta otra: El Evangelio y el Sagrario es una cosa y la acción social es otra; para sacar de ahí que, para hacer obras sociales católicas, había que contar más con el dinero, con la técnica y con las habilidades*

humanas que con la fuerza, la luz y los ejemplos que de allí venían.

De ese deseo de sacar al mercado de la acción católica el valor *de lo* chico *y de esa protesta contra el olvido, la postergación, el abandono y la prescindencia del que únicamente puede ser el primer motor de toda acción católica y buena, el Corazón de Jesús, nació en noviembre de 1907, en Huelva, EL GRANITO DE ARENA".* (10)

Sin otras pretensiones nacía, por eso sencillamente lo presenta él en su primer número con estas líneas que siguen:

"Este papelito, que ha tenido la fortuna de caer por vez primera en tus manos, no anda en pretensiones de pasar por revista ilustrada, ni científica, ni sociológica, ni por nada de esas cosas que suelen ser las revistas que corren por esos mundos de Dios y del diablo.

Sus pretensiones son más modestas; se contenta con ser lo que expresa su título: GRANITO DE ARENA y nada más que eso.

GRANITO, porque es muy poco lo que significa y lo que puede; y de ARENA, porque quiere servir para lo que sirve la arena, para contener *el empuje de las olas y como elemento de edificación.*

Tú y nosotros, por mucho que hagamos, somos muy poca cosa para acometer una obra tan grande, como es la restauración de la sociedad en Cristo.

... ...

Es verdad, somos muy poca cosa, pero muy poca cosa, y si lo quieres más expresivo, somos con respecto a ese gran edificio que hay que construir un granito de arena.

Pero ¿tú crees que un granito de arena no vale ni puede nada?

Voy a seguir la comparación. Figúrate que un día le diera por discurrir a lo católico aburrido *a cada uno de los granitos que forman las playas de los mares o los materiales de los edificios, y dijeran: ¡Para lo que yo sirvo, lo mismo me da estar aquí que pasearme por los aires a impulsos del viento!*

---

(10) «El Granito de Arena», 20 Noviembre, 1932. (A este mismo número de la revista se refieren las citas 10,a-, 10,b-, etc.).

¿Y que pasaría? Que desaparecerían las playas y los mares invadirían las ciudades, y no podrían construirse edificios y los construídos se destruirían.

¿Qué te parece lo que puede un granito de arena sumado a otros muchos?

Pues ahí precisamente ha de estar nuestro poder; en ser granitos de arena que detengan el avance de las malas doctrinas y de las malas obras, y que aporten elementos con que construir o reparar el solar cristiano.

GRANITO DE ARENA debemos ser y así llamarnos dentro del campo de la acción católica; y ¿quién sabe?, ese granito rodando por ahí se encontrará otros muchos y, con la fuerza de cohesión *que el Corazón de Jesús le preste, tal vez no tarde en constituir* sillar, *muro más tarde y quizás* casa *en donde el* pueblo nuevo *se reuna para amar y servir a Cristo,* despedido hoy por el mundo viejo, *como un criado que no sirve para nada...*". (10[a])

Lo que han edificado esos granitos

¡Cuánto han edificado esos granitos en las almas!... ¡Qué inmensa cosecha espiritual la suya!... "*Sólo los Angeles de la Guarda, podrán decir los brazos caídos por el pesimismo que se han levantado para trabajar en las obras de Dios, los ojos cerrados y cargados por la pasión que se han abierto, los corazones paralizados o enfriados por la tibieza o endurecidos por el egoísmo que se han puesto a arder en amor a Dios y a los prójimos, las lágrimas de compasión que han caído sobre los Sagrarios antes polvorientos, los pasos que se han dado, las palabras que se han dicho, las obras que se han realizado, las generosidades que se han hecho en torno de Jesús abandonado en sus Sagrarios, despreciado en sus pobres, lastimado y ofendido en los niños y en todos los indefensos*" (10[b]).

Apenas salió a la calle, llegaba al mundo tan pujante de vida que se metió por todas partes. Aquel estilo "sui-géneris", aquel modo tan gracioso de exponer las necesidades de sus obras, aquel lenguaje tan lleno de confianza en la Providencia de Dios, arrastraba y abría de par en par las puertas del alma.

Se propagó enseguida por todas las provincias es-

pañolas, llegó pronto a Portugal y sin darle miedo del mar también se embarcó rumbo a la América española. ¡Qué exhuberancia de vida palpitaba en sus páginas! ¡Qué orientaciones tan hermosas y tan prácticas para la naciente Acción Católica! ¡Y qué modos de contagiar de un celo devorador e inquietante a todo el que se acercaba a él!

Ahí están las páginas de su colección que dan testimonio de todo lo dicho. Su lectura constituye un curso completo de formación para la piedad y para el apostolado.

Ahí está esa gran familia de lectores formados en su escuela que tienen hasta el mismo lenguaje de "El Granito", el léxico de la familia.

Emociona el recibir cartas de lejanos pueblecillos, perdidos en la montaña o de las tierras de América, escritas en el mismo espíritu y en su mismo estilo.

Es que los escritos de D. Manuel, como están *vivos*. han obrado esa mutua compenetración con sus lectores, produciendo en ellos corrientes de vida.

Don Andrés Manjón escribía de "El Granito" en carta a D. Manuel: "Lo recibo y lo leo, que no todo lo que recibo puedo leerlo.

Está escrito en cristiano y en andaluz, con mucha gracia y mucha claridad y sustancia.

Así es como se van descubriendo periodistas de nuevo cuño, propagandistas nada resobados, aun siendo (por el asunto que tratan) algo resobones.

Bien, D. Manuel; que me gusta la frescura, la soltura, la tersitura y hasta la texitura de ese Señor Cura que es mucho Cura y de mucha cura o cuidado. Dios y el Cura harán la cura de *la Huelva sin curar.*" (7 de agosto de 1908).

Aquella revistilla será el portavoz del apóstol, el índice de sus obras, vocero de sus afanes y heraldo de su celo apostólico.

"¿Quieren conocer la historia íntima de nuestra revistilla?...

Bien pronto se cuenta.

Como hijo dócil y sin pretensiones, ha seguido la suerte y vicisitudes del Padre que Dios le dió... Ha ido diciendo a la buena de Dios lo que él le ha dictado...

y con él ha llorado el abandono de los niños pobres y de los pobres niños y ha hecho llover el dinero para hacerles escuelas; ha llorado y llora sobre el Sacerdote y el Sagrario abandonados, y se levanta sobre los montes de Málaga su gallardo Seminario, y se pueblan de Marías y Discípulos de San Juan los Sagrarios abandonados y se seca la hierba de los caminos de los templos y el ejército de la compañía reparadora del Sagrario Calvario invade el mundo... y cientos de miles de bocas y de corazones, hablan, tratan y quieren al Corazón de Jesús al estilo que les va enseñando y sugiriendo el pobrecillo "Granito de Arena" (10[c]).

"En Huelva donde nació, sus cuartillas se codeaban con los expedientes matrimoniales y las partidas sacramentales, con las tarjetas y cartas de recomendación a todo el que disponía de un cargo para un cesante, con las facturas de carpinteros, albañiles y cerrajeros de las escuelas en construcción y con todos los papeles y papelillos *que tiene que escribir y que* hacer *un Cura hoy, ayer y siempre, si no quiere que le salgan telarañas... Esas cuartillas unidas a las de algún amigo colaborador compasivo e impresas en hojas ligeras pasaban por las benditas manos del Padre y de la Madre (q. s. g. g.) del Cura director que se prestaban gustosos al oficio de* fajilleros *y, porteadas por sus monacillos al correo, salían por esos mundos de Dios a formar y envalentonar ejércitos de* granitos vivientes *tan largos de buena voluntad y recta intención como casi siempre cortos de bolsa y medios humanos"*... (10[d]).

Granitos de Oro

Con cuanta razón escribía de "El Granito" al cumplirse los XXV años de su fundación, el entonces Obispo de Tuy, actual Arzobispo de Valladolid, Dr. D. Antonio García:

"No se si, al nacer, sería un granito de arena. Ese nombre le pusieron; pero como tantas veces el nombre está mal puesto...

Pero quiero conceder que fuera al nacer un granito de arena y nada más. Pues ahí está el mérito principal: ha sido un granito fecundísimo.

Tan fecundo que, en veinte y cinco años tantos granitos han ido naciendo y acumulándose en torno del granito inicial, que hoy puede afirmarse que "EL GRANITO DE ARENA" es una montaña excelsa de oro.

Porque este es otro mérito. Acaso, yo creo que no, quizá el granito inicial fuera de arena; pero la mano omnipotente del Señor lo transformó y lo mismo a todos sus *hijos* de arena en oro.

Y por eso habría que variarle el nombre y en adelante llamarle, no "EL GRANITO DE ARENA", sino "la Montaña de Oro".

Mas no; no le mudemos el nombre; siga con su nombre humilde, que la humildad es muy hermosa y muy simpática y muy atrayente.

En la humildad se recrea el Señor, y goza el Señor en la compañía de los humildes y sobre los humildes descienden a diluvio las bendiciones del Señor.

Y estas bendiciones hacen de los granitos montañas y de la arena oro." (10e).

Una misericordia singular del Amo, consideraba Don Manuel que era el haberle concedido poder escribir en todos los números de "El Granito"; sin que ocupaciones, ni enfermedades, ni viajes, ni vicisitudes pasadas hubieran impedido la salida de la revista ni una sola vez.

Y por ello alababa al Corazón de Jesús, engrandecedor de las cosas pequeñas:

"*¡Amo querido, que tu* Granito de Arena *se muera antes de olvidar las leyes de su vida: la de ser* chico *y la de* pegarse *a Ti!*"

III

La Sociología del Evangelio

Con la misma velocidad que se mueve su pluma se mueven sus pies.

El apóstol de "El Granito" es el apóstol de la acción y requerido de todas partes de España, para que su palabra y su experiencia de apóstol alienten y animen a los débiles, y abran horizontes nuevos a todos, cruza de un lado a otro la Península, peregrino infatigable de su celo.

Su nombre se deja oír por primera vez en Sevilla en la III Semana Social.

Produce en ella su conferencia una impresión tan profunda que desde aquel día su nombre se hace popular en toda España.

Su actuación en la III Semana Social de Sevilla

La "Rerum Novarum" de León XIII había despertado un interés creciente en los medios católicos por el pavoroso problema social.

En España el avance se manifestó con caracteres salientes; un nuevo dinamismo activo y generoso removió la opinión católica. Para muchos españoles, dejó de ser la vida lo que según Maura, había sido para la generalidad: "Un espectáculo que se presenciaba con tan-

ta mayor comodidad y más exquisita fruición, cuanto menos se intervenía en él".

La preocupación social se hizo imprescindible en todas las empresas católicas y una fiebre de estudios sociales se apoderó de muchos espíritus selectos y de una gran parte del clero.

Los Obispos comentan en sus pastorales las doctrinas de la "Rerum Novarum" y antes de ella España era tierra abonada.

Estaba en pleno vigor el movimiento de los Congresos Católicos, iniciado con el de Madrid en 1889 y seguido del de Zaragoza en el 1890; un ardiente apóstol, el Padre Antonio Vicent, S. J., el "Pedro el Ermitaño español de la Cruzada Social" como se le ha llamado, recorría incansable desde hacía seis años la Península y la disponía para la sementera que la palabra del Pontífice habrá de hacer aún más abundante. Aquel Marqués de Comillas, cuyo proceso de beatificación está incoado, era el padre de todos sus obreros y había cristianizado todas sus empresas.

Por toda España había ya un ansia latente de renovación social...

La "Rerum Novarum" señala una ruta segura a estos apóstoles y una nueva era social se inicia con aquel primer comentario de la Encíclica: "El socialismo y anarquismo", escrito en 1893 por el mismo P. Vicent (11), el apóstol de los obreros, y "La Cuestión Social" del Primado de Toledo, Cardenal Sancha. Bajo su Pontificado se inician las célebres Semanas Sociales, la primera en Madrid el 1906, a la que siguen Zaragoza en el 1907 y Sevilla en 1908.

A esta acudió D. Manuel invitado cariñosamente por su Prelado el Cardenal Almaraz.

Gran espectación había despertado esta Semana: El Sr. Arzobispo de Granada, los Obispos de Guadix

---

(11) Se difundió esta obra con extraordinaria rapidez. Se hicieron en poco tiempo dos ediciones y se repartieron más de 50.000 ejemplares. «Fué durante mucho tiempo —ha escrito Aznar— el único texto por cuyas páginas se asomaron los católicos a ese terrorífico nuevo paisaje abierto por la cuestión social de los pueblos modernos».

y Ciudad Rodrigo, Vich y Coria, realzaban con su asistencia aquellas solemnes y fructuosas jornadas.

Tomaban parte en ellas el veterano apóstol Padre Vicent, S. J., y el celoso Párroco de Olite (Navarra) don Victoriano Flamarique, nuestro Arcipreste y del campo seglar el culto publicista sevillano D. José Monje y Bernal y el infatigable organizador de las Cajas Rurales de Extremadura D. León Leal Ramos.

Atraídos por el señuelo de estos nombres, y por el ansia de renovación social cristiana, que ya había prendido en tantos hombres de bien, se congrega en Sevilla un número considerable de seglares y sacerdotes ávidos de doctrina y de normas concretas de acción... Los actos se celebraban en el salón llamado de Santo Tomás, en la planta baja del hermoso Palacio Arzobispal.

La conferencia de nuestro Arcipreste fué en la tarde del lunes día 16 de noviembre. Presidía el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Granada.

Acababa de disertar magistralmente el Padre Vicent sobre el municipio cristiano en la edad media; su erudita y brillante conferencia ha sido premiada con una atronadora salva de aplausos.

Sencillo y sonriente aparece después en la tribuna Don Manuel, y subyugada la numerosa concurrencia le saluda con nuevos aplausos.

—"*Ni esos aplausos tan cariñosos me quitan el miedo*", dice el Arcipreste; se inicia en el auditorio una leve sonrisa y comienza a hablar... Después de aquella disertación del Padre Vicent, llena de sabiduría, recargada de citas y alusiones históricas, este lenguaje sencillo y chispeante de D. Manuel cautiva y sorprende. —"*Mi tema es la Acción Social del Párroco*", dice. *Más por las exigencias de las circunstancias y por dirigirme a seglares yo lo reformo así:*

La Acción Social según un Cura..."

Su palabra clara, llena de gracia andaluza y de unción evangélica iba prendiendo en sus redes a aquel culto y sorprendido auditorio... Aquel era un lenguaje extraño, hablaba del Banco de la Providencia, del Amo, del Sagrario, del laicismo en las obras de celo, y salpi-

caba de anécdotas su charla rebosante de amenidad y colorido...

¡Qué peregrina definición de la Acción Social la suya, y qué olvidada a fuerza de preocuparse en demasía de la parte humana!

"La Acción Social Católica es un viaje de ida y vuelta, que empieza el de ida en Cristo y termina en el pueblo, y empieza en el pueblo el de vuelta y termina en Cristo."

Su voz se llena de entusiasmo y de unción cuando habla de ese pueblo "*que paga y pega cuando se cansa de pagar*" y que por desgracia está a una distancia infinita de Cristo...

"He estado muchas veces entre obreros y he conseguido estrechar sus manos con las mías, meter mi mirada en sus ojos, mi pan en su estómago y hasta mi cariño en su corazón; pero ¡qué pena he sentido al ver que no podía meter a Cristo en su inteligencia ni en su corazón!..." "Pobrecillos, no tienen ellos toda la culpa ni la mayor parte siquiera... ¿Cómo se educan los niños pobres?

El niño pobre no encuentra en su camino más que puntas de pie amenazadoras; la punta del pie del casero porque deteriora las paredes; la punta del pie de ¡su padre! que paga en la inocente criatura rencores ajenos; la punta del pie del guarda del paseo, del municipal de la calle, del maestro a palo seco, *del capataz de su fábrica, y cuando sea mayor no serán puntas de pies las que vea sino puntas de plumas que chorrean veneno... Cada golpe que recibe es un callo en su corazón; cuando llegue a ser hombre, ese corazón no es de carne, sino de piedra, si no es que los vicios no lo han convertido antes en una gusanera."*

¿Soluciones?... Enumera las soluciones que dan a este grave problema de llevar al pueblo a Cristo los sociólogos: Unos el dinero, otros la influencia y ascendiente personal, otros la ciencia sociológica. De todo eso harto se había hablado ya en aquella Semana.

¿Qué solución presenta él?... Una solución bastante olvidada, oidle: "*Sin negar el valor de cada uno de esos elementos y reconociendo que algo de todo eso hace falta, creo que pararse ahí no es enfocar la cuestión*".

"Cuando estudiábamos lógica en el Seminario nos enseñaron que entre la potencia y el acto, los medios y el fin, debía haber proporción, y digo yo: Si la Acción Social Católica es una acción puramente natural, bien, muy bien está que se procuren esos medios naturales y de tejas abajo; pero si la Acción Social Católica es además, una obra o serie de obras sobrenaturales por razón de su principio o de su fin, si no es solo una acción inspirada en la simpatía, en la compasión, en el negocio, en una repugnancia puramente natural a la injusticia, entonces hay que levantar los ojos más arriba, hay que mirar más alto, hay que buscar también medios de tejas arriba, en una palabra, hay que contar con Dios más de lo que se cuenta."

LA SOLUCIÓN DEL EVANGELIO

"*Y allá va* mi teoría. *Que no es mía, sino del Evangelio, en donde la he aprendido."*

Expone a grandes rasgos la vida de un pobre Sacerdote en medio de un pueblo apartado de Cristo, donde los niños le apedrean y hasta los muertos se los arrebatan (sus primeros años en Huelva) y cuando ha terminado este trágico relato, mirando al auditorio que con una emoción incontenida le ha ido siguiendo, lleno de entusiasmo lanza esta pregunta: "*¿Qué hará?*"... Todos aguardan impacientes la respuesta, hay en el salón un silencio mezcla de curiosidad y espectación...

¡Magnífica respuesta de un sociólogo lleno de Dios! *"Yo creo que si ese Cura tiene sangre cristiana en sus venas, no tiene otro recurso que irse al Sagrario y hartarse de llorar, contando sus desolaciones a su Compañero de abandono; a Jesucristo solo y despreciado, y repetir esa faena una y muchas veces, y yo os aseguro, señores, que es una amenaza terrible para un pueblo impío un Cura llorando ante un Sagrario desierto."*

Brillante triunfo de lo sobrenatural por encima de todas las soluciones humanas. El Evangelio tantas veces olvidado. Los pescadores de Galilea, pobres, pero multimillonarios de la Gracia de Dios, ignorantes pero caldeados de la llama de Pentecostés, que arrastran el mundo hacia la Cruz.

"Ahí, ahí es donde yo creo, que ha de empezar ese Cura para su Acción Social Católica: Mirando mucho a Cristo y llenándose de aquella mirada dulcemente triste que busca en quien descansar y no halla; llorando con Cristo que llora, acompañando a Cristo abandonado, poniendo su corazón muy cerca del Corazón de Cristo, muy cerca, hasta que se punce con las espinas que coronan a Este, hasta que pasen al suyo algo de las hieles amargas que en Este rebosan, estableciéndose así un flujo y reflujo de penas y amores, él el adorador, el amante, la víctima, por toda su pobre Parroquia...

Y lleno de Cristo que se lance al pueblo, que vendrá el milagro de su regeneración..." "Que se echen a temblar todos los demonios de aquel pueblo, angélicos y humanos, que ya les queda que pasar; que tiemblen las escuelas laicas y los falsos apóstoles y los explotadores y los periódicos malos y todo lo malo, porque aquello ya no es Cura, que es un ciclón *que les viene encima.*

Ahí está su programa social, contar primero con Dios y después vengan escuelas, patronatos, cajas rurales, granjas, que todo llegará rebosante de vida."

Habla de Huelva, de sus escuelas, de sus niños pobres, de su barrio obrero... de sus cajas de ahorro...; todo eso nació de un amor ilimitado al Amo y de una fe ciega en el Banco de su Providencia que nunca quiebra.

Hay que darle lugar de preferencia a Cristo en las obras sociales... "*Señores, que el pueblo no solo tiene hambre de pan, que la tiene de muchas cosas que valen más que el pan! Tiene hambre de verdad, de cariño, de bienestar, de justicia, de cielo y, quizás, sin que se dé cuenta, de Dios; y si las lágrimas de sus ojos nos impulsan a movernos a su favor, ¿las lágrimas de su corazón, las desgarradoras de su alma, nos han de dejar en una* neutralidad *impasible?*"

"No, no; hay que procurarle, junto o después del pan del cuerpo, el pan del alma; hay que imitar al Maestro, que, después de hartar de pan al pueblo, con un milagro, lo prepara para anunciarle el otro pan *que da la vida eterna.*

Hay que colocar el amor de Dios en todas nuestras obras, y porque se olvida eso del amor y se da lo principal a la ciencia y al dinero y a otros factores humanos,

creo yo que se quedan mancas y cojas e inútiles muchas obras de Acción Social Católica... Dadme obras sociales sin amor y sin amor llevado hasta la chifladura, *y me habréis entregado un montón de huesos, con los que podremos formar un buen esqueleto, pero sin nervios, sin músculos, y sobre todo sin alma, que podrá moverse por la electricidad o artificialmente.*

Dadme obras sociales con un verdadero chiflado *al frente, y a aquel esqueleto se pegarán los nervios y los músculos y vendrá el aliento de Dios que da vida y vida fecunda, espléndida, inacabable, con frutos de bendición para la tierra y para el Cielo."*

En el patio de sus escuelas dice que quiere poner en una lápida con caracteres que se lean bien este letrero: "*Mientras aquí se ame al Corazón de Jesús y a los niños pobres... ¡habrá escuelas!*"

"*Con eso, señores, creo que se deja un buen* testamento..."

Aboga porque se nombren patronos de la Acción Social Católica al Corazón de Jesús y a la Madre Inmaculada, y ante los aplausos interminables de aprobación de aquel auditorio en su mayoría sacerdotal, puesto al rojo con su palabra de fuego, termina de esta graciosa manera: "*¡Señores, es la hora de partir, el tren está formado! ¡Revisores, factores, a vuestro puesto! ¡Maquinistas al Sagrario! ¡Corazón de Jesús encended el fuego...! Pueblo perseguido y explotado ¡al tren! ¡que toquen la campana! y... ¡a marchar!*" (12).

En aquella charla amena, caldeada de amor a Dios y a los pobres, no se habían expuesto complicados programas de reformas sociales, no había ni una cita de Ketteler, o Toniolo, ni siquiera se había aportado una solución nueva, pero ¡con qué providencial oportunidad se había recordado el Evangelio y se centraba y colocaba la acción dentro de lo sobrenatural!

"Escuchando su palabra de fuego (comentaba al día siguiente en "El Correo de Andalucía" un testigo de aquella Asamblea) viendo aquel rostro transfigurado por el ideal, escuchando aquella palabra de fuego, viendo aquel pecho otra vez sofocado por la emoción pal-

(12) Apéndice de «Lo que puede un Cura hoy».

pitante de Cristo, se nos ha representado un momento la vieja figura de aquellos apóstoles de los tiempos buenos, que alzando su venerable figura construída con carne de penitencia, sobre las asombradas muchedumbres, han hecho surgir de las profundidades del espíritu la ecuación perfecta entre la Gracia de Dios y la palabra humana divinizada por su contacto con el Evangelio.

Y pensé yo: así sería Fray Diego, así sería el Beato Avila, así serían los Discípulos del único Maestro del tiempo y de la eternidad, así encenderían ellos los pueblos, arrancando de la dureza de los corazones, los tiernos y melancólicos gemidos de la confesión.

Yo he oído muchas veces al Acipreste, pero nunca soñé que pudiera hacer ante una asamblea de hombres encanecidos por el estudio, el más soberano de todos los prodígios, el prodigio de saltar por encima de la ciencia con el solo empuje del amor.

Después de todo, ¿hay ciencia más grande que saber amar bien?

Y pensaba sobre aquello, a medida que caían sobre nuestras frentes los carbones encendidos de su inflamado verbo, y pude explicarme sin que me lo estorbaran las lágrimas, que esta oración admirable del siervo del Señor era tan admirable, no por el siervo, sino por obra y gracia del Señor, del Amo.

El Amo ha realizado en Huelva una obra admirable de tiernos y santísimos amores, y el Amo necesitaba la promulgación de su obra. La obra del Sagrado Corazón va entrando ya en Huelva en período de madurez y el Sagrado Corazón necesitaba la altura de la Asamblea sevillana para promulgar desde ella su obra.

Su obra es sacrificio, es privación, es penitencia, es lucha, es muchísima amargura, es mucho caer y mucho levantarse, es tragar mucha injuria, mucha calumnia, es obra de dolor y el Sagrado Corazón escogió en la noche de ayer al ungido de la persecución y el dolor, para decir a todos: éste es mi hijo, éste es mi apóstol, éste es mi amor, recoged vosotros sus palabras porque las dicto yo, y por eso he sentido yo y conmigo más de cien, aquella ráfaga de lo misterioso y sobrenatural" (13).

---

(13) M. Siurot. «Mis impresiones» («El Correo de Andalucía», Sevilla, 17 Noviembre, 1908).

Una anécdota de aquella Semana

Llevaba razón el periodista: él sabía la ciencia más difícil: la del amor, pero llevada hasta el olvido y el perdón. En aquella asamblea estaban contradictores de su obra, Sacerdotes venerables, que por incomprensión más que por malicia, desde sus periódicos habían censurado sus obras; para ellos no tuvo más que frases de cariño y de admiración... Allí se encontraba también un Prelado de gran prestigio y virtud, que mal informado sobre la actuación del ya célebre Arcipreste, estaba fuertemente prevenido contra él.

Don Manuel podía explicar al Rvdmo. Prelado lo infundado de su actitud, pero no; había que hacerlo culpando a sus enmascarados enemigos y antes que empañar, aunque fuera con el leve vaho, la fama del prójimo, prefería callar y saborear en un dulce silencio aquellas humillaciones.

Cuando al entrar o al salir del Palacio se encontraba con él lo saludaba siempre con el mismo obsequioso interés que a los demás. Pero quiso Dios que aquello terminase.

Salen del salón de Santo Tomás. Ha terminado aquella conferencia de D. Manuel, que ha conmovido a todos; nuestro Sr. Obispo se hace el encontradizo con él...

—Bien, Sr. Arcipreste, que el Señor le premie tanto celo... y rápido en el más cariñoso de los tonos, continúa: —"¿Quiere Vd. acompañarme a mi habitación?

—*Con mucho gusto, Sr. Obispo.*

Han subido aprisa las escaleras. Se ha cerrado la puerta, los dos están frente a frente.

El Prelado humildísimo se ha postrado a los pies del Arcipreste, su pectoral de oro le está besando el ruedo de la sotana.

—Señor Arcipreste, perdóneme. Estaba engañado, he sido injusto con usted.

—*Por Dios, Sr. Obispo, levántese,* le decía el Arcipreste, extrañado al verle a sus pies.

—No, no me levanto, hasta que me perdone.

Se abrazaron los dos conmovidos y desde entonces los unió una amistad estrechísima.

"Lo que puede un Cura hoy"

Así terminó en Sevilla aquella jornada gloriosa. Habrá que volver a su Huelva, donde le aguardaba el misterio gozoso de su Sagrario de San Pedro, y los misterios dolorosos de aquel Polvorín de sus amores que le traía tantas veces por la calle de la amargura.

Razón tenía su buen amigo D. Andrés Manjón cuando le escribía desde Granada: "Mil enhorabuenas y mil bendiciones, y que no revienten ustedes como triquitraques; que peligros corren" (14).

Pero no, no tema usted, venerable Maestro, que con la ayuda del Amo él puede con todo. Usted mismo se lo ha dicho: "Vd. tiene *aptitudes* y *actitudes* para dirigir y digerir quinientos chiquillos y cinco mil beatas y cincuenta empresas."

Y todo lo que el *Amo* vaya pidiendo a este grupo de *chiflados*, ¡que para eso estamos aquí!

Su conferencia de Sevilla allí estaba llena de ruido y de vida, en aquellas escuelas, en aquellos talleres, en aquellas iglesias rebosantes de niños y de mujeres y ¡hasta de obreros!

Allí su palabra lanzó la semilla de su programa de Acción Social; se necesitaba un libro donde aquellas ideas en embrión se desarrollaran y apareciera en toda su bella amplitud esa gloriosa resurrección del Evangelio, por la que él abogaba.

Y el libro se hizo, traía al mundo un título risueño y optimista, era el vivo retrato de su padre. *Lo que puede un Cura hoy,* se llamaba...

¿Cómo se escribió este libro? (15).

Como todo lo suyo: de prisa, de un tirón. Unas cuar-

(14) Carta del 26-12-1907. «El Granito de Arena», 1923, p. 258.

(15) A los 25 años de publicado, en una conversación familiar, se le hicieron al autor algunas preguntas sobre su primer libro: Tenía entonces 33 años; concibió el plan rápidamente; en unos diez días lo escribió y decía que *fué cosa del Amo.*

A éste siguieron otros libros y folletos: «La acción social del párroco», 1909; «Granitos de Sal», 1.ª y 2.ª series.

«Obra de las Tres Marías» y «Obra de los Discípulos de San Juan», 1913; «Obra de los Juanitos», 1913; «Un granito más», 1911; «Manual de las Marías», 1914. Publicados en Huelva.

tillas sobre la mesa de la sacristía, otras, las más, en el rinconcito de su despacho entre apretones de trabajo que agobian y en plena Cuaresma, cuando el celo incansable, no deja en quietud ni los pies ni la lengua.

"Era en la Cuaresma de 1910; ¡la misma Cuaresma en que vió la luz en el rinconcito del Sagrario de mi Parroquia la Obra de las Tres Marías de los Sagrarios-Calvarios!

El médico, por achaques de salud, me había prohibido ayunar, y para curarme el desasosiego del incumplimiento de la ley del ayuno, se me ocurrió entretener los ratos que la Parroquia me dejara libre con la composición de este librillo.

Hijo de padre enfermo, debería salir por ley natural desmedrado y enteco. Pero qui infirma mundi elegit *se dignó fijar sus ojos en este pobre fruto de mis desasosiegos de conciencia y de mis afanes y angustias de Cura y ¡se* lució*!*" (16).

Vaya si se lució, Sr. Arcipreste, como que El te llevaba de la mano y emborronaba las cuartillas y hasta parece que te empujaba para que acabaras pronto porque se comía de impaciencias por terminar "*aquellas paginillas*" que tanto bien habían de hacer.

El libro fué su primer gran éxito editorial; se agotó rápidamente la primera edición. Se sucedieron sin interrupción muchas más, unas detrás de otras, rebasó pronto las fronteras, se tradujo al portugués, alemán, al italiano, al francés, al rumano y al inglés, y a pesar de los años transcurridos, ni ha perdido su interés ni su *actualidad.*

Acogido con un afecto extraordinario por el Episcopado y el Clero español, fué presentado por el Eminentísimo Cardenal Merry del Val a S. S. Pío X que por medio del mismo Emmo. Cardenal hizo llegar al autor la expresión del vivo interés con que se había enterado de la Obra, y sus deseos de que resultara muy útil para la mayor honra y gloria de Dios Nuestro Señor y bien de las almas.

Muestra de ese interés con que fué acogido el libro por los Prelados, es los pedidos que hacían al Arcipreste

---

(16) «Lo que puede un Cura hoy». Prólogo a la 4.ª edición.

de Huelva para repartir ejemplares entre sus Sacerdotes, el ordenar se leyese en los Seminarios y durante los Ejercicios Espirituales del Clero, y las calurosas recomendaciones de los Boletines Eclesiásticos. Valga por todas la carta del Emmo. Sr. Cardenal Aguirre, en aquel entonces Primado de España: "Reverendo Sr. Arcipreste de Huelva. Muy Sr. mío: Le felicito de todo corazón por el hermoso libro con que nos ha regalado. Claridad, exactitud de ideas, amenidad, una fe invencible, celo ardiente para que los Sacerdotes conozcan la inmensidad de su poder, todo esto se ve en cualquiera de las páginas de su libro. ¿Por qué no lo leerán todos los Sacerdotes? Quizás muchos se admirarían de ver cuánto pueden hacer en favor de sus feligreses y acaso se decidiesen a hacerlo. Deseando contribuir algo a la difusión de tan útil libro, le ruego me remita cien ejemplares. Además, lo haré recomendar en el próximo número del Boletín Eclesiástico.

Deseándole fuerzas e inspiración para escribir otros libros que como el presente fomenten la verdadera acción católica, me repito de su afcmo. en Cristo y seguro servidor † El Cardenal Aguirre."

No es extraño que habiendo tenido tan extraordinaria acogida y siendo los Prelados los primeros propagandistas, unido esto a las alabanzas de toda la Prensa católica, llegara casi a agotarse en poco más de un mes la primera edición de cinco mil ejemplares (17).

Entre los muchos y buenos propagadores de "Lo que puede un Cura hoy", tenemos al venerado Padre Tarín, S. J., el apostólico misionero cuya causa de beatificación está ya introducida. Muy características suyas son las siguientes líneas escritas por cierto a vuela pluma en un pedazo de papel de una convocatoria: "Reverendo Sr. Arcipreste: Amadísimo en el Corazón Divi-

(17) Hubo necesidad de hacer la 2.ª edición de 16.000 ejemplares y ya hoy son unos 42.000 los editados en España, y va el libro por su 8.ª edición, aumentado con la Conferencia sobre la Acción Social del Párroco, que antes se había propagado en nueve ediciones en un opúsculo aparte, del que se hicieron muchos millares. En la 10.ª edición de esta Conferencia, añade el venerado autor unas palabras en las que asegura, entre otras cosas, que lo que vió, sintió y aconsejó como Cura lo seguía viendo, sintiendo y aconsejando como Obispo.

no de Jesús: Ayer, de una asentada le leí "Lo que puede un Cura hoy"; como por mi oficio conozco a tantos, me ocurrió proponer a Vd. un cambio. Tengo una edición de cien mil Catecismos, puede Vd. colocar algunos millares, pues cada millar lo puede pagar con veinte y cinco o con treinta de su hermosa respuesta. Y vamos todos a una. Firmísimo s. in C. J. F. Tarín, S. J."

Tarea interminable sería, no ya decir los frutos que ha producido el libro, que esos, a pesar de haberse visto muy a las claras, en su totalidad solo Dios puede saberlos, sino solo enumerar las cartas de Sacerdotes expresando lo que deben a su lectura. "Se siente uno con nuevos bríos al considerar los argumentos que presenta, escribía al autor un Sacerdote, porque como son hechos no hay más solución que inclinar la cabeza."

Un Cura muy joven de la Diócesis de Tarazona, después de pintar el cuadro desolador de su Parroquia y el estado en que él mismo se encontraba, consumido ya por la tristeza y el desaliento, escribía: ..."su lectura me dejó como nuevo y a ella recurro en mis desalientos. ¡Dios le premie con su gloria tanto bien como habrá hecho de seguro y hará en Sacerdotes solitarios y despreciados!

Lo que ha escrito es pedazos de cielo o cielos enteros..."

Bien había echado de ver D. Andrés Manjón estos efectos que el libro había de producir, ya que en diversas cartas al autor le decía entre otras muchas cosas buenas referentes al libro, como su claridad, sorprendente fondo de ideas madres, etc., haciendo esos juegos de palabras a que tan aficionado era D. Andrés: "Aplaudo el libro sobre el *pesimismo clerical,* que es quizás el más oportuno de los libros, porque es el *mal pésimo,* contra el cual va ese remedio, y algo curará." "El libro de este Cura será la cura de muchos curas." (5-VIII-1910).

Vademecum de innumerables Sacerdotes, llegó a ser bien pronto "Lo que puede un Cura hoy" y más de uno y de muchos curas podrían decir lo que un simpático Cura navarro escribía al autor a los seis meses de publicado el libro: "No recuerdo haber leído en toda mi vida ningún otro libro con tanto gusto. Baste decirle que desde que lo compré lo leí, lo releí, lo he vuelto a leer,

y esto no una docena de veces sino docenas de veces; y tengo el propósito de leerlo hasta que esté hecho pedazos de tanto usarlo, y entonces compro otro para... continuar la tarea; porque cada vez que lo leo encuentro algún párrafo, página u hoja en que dice algo que *no decía* las otras veces, esto es, que me parece que entre vez y vez que lo leo *meten* en el libro alguna hoja nueva. Yo creo que uno de los mayores premios o quizás el mayor que le ha concedido a Vd. el Amo por la simpática y archimagnífica chifladura que tiene Vd. por El ha sido el inspirarle un libro que, en cuanto al fondo y en cuanto a la forma está cortado a la medida para los tiempos actuales. A los abatidos les da nuevos bríos para seguir adelante; y a los perezosos o devotos de santa comodidad les aplica el remedio de un amigo mío que decía: "Contra pereza... lezna"...

Su perenne actualidad

No se ha quedado antiguo: "Lo que puede un Cura hoy" es lo que puede hoy a los treinta y ocho años de haberse escrito. Es un *hoy* que permanece a pesar de lo que en estos más de siete lustros han cambiado las cosas y los procedimientos y se han transformado los valores morales y sociales. La última edición española sigue anunciándose como las anteriores: "Edición no corregida". Y el Cura de hoy como el de hace treinta y ocho años sigue encontrando en este libro una luz, un aliento, un horizonte, una mano amiga que no sólo le dice "por aquí", sino que le abre las válvulas de su corazón quizás cerrado por el desaliento ante la ineficacia de los trabajos y le hace recobrar fuerzas y optimismos, porque, como afirma un escritor hablando de este libro, se le podría aplicar, guardada la debida proporción, lo que la Iglesia dice de las obras de San Buenaventura: "Lectorem docendo moven". "Es capaz, escribía el "Mensajero del Corazón de Jesús" de levantar al corazón más desalentado, porque a la elocuencia de las palabras, junta la de los hechos. El espíritu del Beato Juan de Avila, tan fervoroso y tan popular, parece haber resucitado en los escritos del Arcipreste de Huelva, pero vestido con traje de nuestros tiempos..."

Aquel libro era una valiente declaración de guerra al pesimismo. Era una respuesta llena de verdad y de vida a aquella pregunta angustiosa de los derrotados por el desaliento: ¿A qué trabajar tanto si se consigue tan poco?

En unos capítulos breves y jugosos hace desfilar delante de sus sorprendidos lectores todo el inmenso y divino poder del Sacerdocio Católico.

En aquel sencillamente maravilloso capítulo tercero, lanza este grito de aliento suave como caricia de auras que bajaran del cielo: "*¡Sacerdote de Cristo, no te acobardes, no estás solo! Está contigo toda la Iglesia con su inmenso poder; no eres huérfano; está contigo tu Madre Inmaculada, con toda su infinita ternura, y está contigo el Corazón de Jesús vivo y real en tu Sagrario. ¡La omnipotencia de Dios entre tus manos!*

Jesucristo con su grandeza de Dios y sus ojos y su boca y sus manos y su corazón de Hombre..., con sus virtudes de Santo, con sus méritos de Redentor, con sus promesas de Padre, con su Sangre de Víctima ¡tuyo es! Así, sin hipérboles ni exageraciones del lenguaje: ¡tuyo es!

Y eso quiere decir que cuando te sientas débil ante el empuje de tus enemigos, tienes derecho *a contar con su omnipotencia; que, cuando las ingratitudes de los hombres o los pecados tuyos te hagan llorar,* tienes derecho *a postrarte ante El y abrazarte a sus rodillas y pedirle que, posando su mano bendita sobre tu cabeza, te perdone y los perdone a ellos; quiere decir que, cuando encuentres un corazón frío y duro como el mármol, que no quiera convertirse,* tienes derecho *a tomar un poco de aquel fuego de su Corazón y derretir aquella piedra; quiere decir, que cuando siembres y no recojas, cuando prediques y no te oigan, cuando bendigas y te maldigan,* tienes derecho *a pedirle milagros de paciencia, de humildad, de caridad, de celo... quiere decir, en suma que, cuando las amarguras te ahoguen, y tu mano no pueda levantarse para bendecir a tanto ingrato, y en tus ojos se sequen las lágrimas y las fuerzas te falten, y no quede parte sana en tu cuerpo de tantos golpes, ni fibra viva en tu corazón de tanto sufrir,*

tienes derecho *a pedirle que te lleve... que te transplante al Cielo para vivir con El siempre, siempre...*

Dime, hermano mío, quien quieras que seas y sufras lo que sufras, ¿te atreverás a decir que estás solo?"

Le habla de su catecismo, de sus obras de celo; lo enamora de Dios y de las almas, y cierra sus páginas alentadoras con estas exclamaciones victoriosas: "*¡Guerra al pesimismo! ¡Guerra a los brazos cruzados!*"

"*Mientras haya un Jesucristo que mande* ir *con todo su poder y toda su misión y mientras tenga el Sacerdote una boca para* hablar *con Dios y con los hombres, y unas manos con que* trabajar *y unos pies con que* moverse *y un cuerpo que hacer pedazos por la penitencia, y un alma que se derrita de pena y de amor ante un Sagrario, y mientras haya almas muertas que pidan resurrección, o enfermos que busquen salud, o tristes que quieran consuelo, o débiles que necesiten ayuda, o ignorantes que busquen luz, o necesitados de cualquiera cosa que demanden socorro, mientras haya todo eso, repito, el Sacerdote no tendrá razón para decir: ¡No se puede hacer nada! ¿A qué trabajar tanto?*

Ese lamento daña a las almas, *a las que priva del fruto de la Redención;* daña al Sacerdote, *porque inutiliza su ministerio y* daña a Jesucristo, *porque le quita gloria y almas.*

¿Sabéis cuándo *sería lícito ese lamento?*

Cuando se acabaran los Sagrarios de la tierra y el Corazón de Jesús dejara de querer a las almas.

¡Nunca! ¿Es verdad? ¡Nunca sucederá eso!

Pues, Dios mío, Corazón bendito de Jesús, Maestro y alentador divino de los Sacerdotes, quita esas palabras tan frías y tan tristes de sus labios, sustituyéndolas después de haber hecho circular por sus corazones y por sus venas fuego tuyo, por estas otras:

"Impendam et superimpendam pro animabus vestris".

Huésped querido del Sagrario de mi Iglesia, contigo quiero, Corazón bendito de Jesús, ¡trabajar, y sacrificarme por las almas hasta morir por ellas! Amén. Amén."

Aquel libro escrito a la luz de la lámpara del Sagrario, era como una llamarada que se escapó de su

corazón; por donde quiera que pase irá incendiando almas sacerdotales...

"Es un trozo de tu alma, tal y como la ha moldeado el Sagrado Corazón de Jesús", le escribía su antiguo profesor y gran amigo el Magistral de Sevilla, Dr. Roca y Ponsa. "El Divino Corazón, que es *Amo* de tus obras... es para ti un Amigo, Fuente de amor, Foco de ardiente celo y Tesorero y Fiador, y cuanto hay que ser para que seas instrumento de sus misericordias.

Dios que te ha inspirado el trabajo, que lo bendiga y amolde a sus enseñanzas y a sus sentimientos a todos los que lo lean.

Faltan Curas: que los forme el Sagrado Corazón de Jesús.

La Escuela abierta está.

Has sido elegido para escribir el libro de texto.

Que lo aprendamos todos más con el corazón que con la inteligencia."

Habían nacido también ese año las "Marías", y su vida ha tomado ya el rumbo inquieto de los primeros apóstoles que no saben dejar en reposo ni el corazón, ni la lengua, ¡ni los pies!

¡Oh divina inquietud la de su corazón, la de su lengua, la de su pluma y la de su vida tan agitada como las llamas de Pentecostés!... Por donde quiera que pase, con su lengua o con su pluma irá dejando un suave aroma de Sagrario.

Con una asombrosa facilidad irá llenando sus días de libros y de obras y todo lo hará con un aire de infantilidad tan sencillo que le reste importancia a su quehacer.

Todas sus obras no serán para él más que pobres granitos de arena que apenas merecen que se les preste atención, pero hacía siglos que había dicho la voz de un genio: "Recoge las cosas pequeñas y harás con ellas un inmenso montón, que pequeños son los granos de trigo, y con ellos se amasa el pan y se llenan los trojes" (18).

---

(18) Congere minuta et faciut ingentem acervum: nam et grana minuta sunt et tamen massam faciunt et horres implent. (San Agustín).

"¡Cuántas almas llenaron los graneros de su vida espiritual y se sintieron iluminadas y fortalecidas con estos granitos de luz y de fuerza que brotaron de su pluma!" (19).

(19) «El estilo de nuestro Obispo».—V. Matía, C. Magistral de Palencia. («El Granito de Arena», Enero, 1941).



Sus escritos



Dilecto Filio Sacerdoti Emmanueli González
in loco Huelvae Archidioecesis Hispalensis
functioni Archipresbiteri optime merito
in [illegible] fidelium, quos sancte gubernat,
benevolentia fausta prospera et felicia
a Domino adprecantes, Apostolicam Bene-
dictionem peramanter impertimus.
Ex Aedibus Vaticanis die 11 Xbris 1912.

Pius PP. X.

CAPITULO XII

ITINERARIOS DE SU APOSTOLADO

1.º—*Al calor de sus pisadas.*
A Lourdes.
¡A Valladolid!
Notas de su viaje.
La lección práctica de Catecismo.

2.º—*Rutas eucarísticas.*
Asambleas de Marías.
Otra vez en busca de Santa Teresa.
Por esos mundos de Marías...

3.º—*Del Sur al Norte por todos los caminos de España.*
El Peregrino del Amor no amado.
A San Sebastián.
A Barcelona.
La Campaña del Canto Gregoriano.

I

Al calor de sus pisadas

NADIE como el cristiano ha sabido supervalorizar el tiempo. Lo que para el pagano no es más que un río que se escapa de prisa, y hay que gozar también de prisa, antes que se hunda para siempre en los mares, para el cristiano, (sin dejar de ser río) cobra en su fugitivo fluir un paradójico sentido de perennidad.

Con lo transitorio labramos y logramos lo que permanece: "Que el tiempo es *semilla de eternidad*" (San Agustín).

De ahí aquel consejo magnífico de San Pablo que a la par que lo dignifica aguijonea nuestra alma con el afán desmedido de su aprovechamiento: Lo que el hombre *sembrare* eso recogerá..., por eso mientras que el tiempo sea nuestro ¡obremos el bien! (Galat. VI, 7-10).

El tiempo ya tiene un alto sentido espiritual: es... la sementera para la eternidad.

Perderlo es exponerse a mermar o a perder la *cosecha definitiva,* por eso siempre hay que estar la mano sobre la mancera sin volver hacia atrás los ojos, ni dejar un palmo de erial en la besana.

No puede el cristiano malgastarlo, porque el tiempo que pasó vacío no vuelve y bien pudiera hacerle falta, como cantó el poeta, en la hora definitiva...

Nunca a vivir se vuelven
las horas malgastadas,
y cuando a *morir tocan*
sentimos que nos faltan.

(Eduardo Marquina)

Bien pudiera ser que aquel tiempo perdido fuera la moneda destinada para comprar el cielo.

Mas cuando a este valor de eternidad, se le añade aquel otro valor de redención que cobra empleándolo en el bien de los demás, no es extraño que surjan esos avaros del tiempo que se llaman los santos, los apóstoles...

Será Pablo, Teresa, Javier... la llama del celo los devora, la tierra para ellos no tendrá fin, ni habrá aquí abajo descanso para su apasionada tarea.

Entonces la vida que en el fondo íntimo de sus almas sigue teniendo divina quietud de remanso, se exterioriza en un vertiginoso correr de torrentera.

Así le ocurrió a nuestro Arcipreste.

Es sorprendente verlo cruzar de un extremo a otro toda la Península reclamada su presencia en innumerables ambientes, pendientes todos los oídos de sus lecciones magistrales sobre su ingente obra de reparación eucarística, tácticas de apostolado, orientación catequística, formación de Sacerdotes... Sería imposible narrar detalladamente todas sus excursiones y viajes; solamente extractaremos de su diario los relatos más interesantes que él mismo nos ha dejado escritos con la magia de su brillante pluma.

Recorre, peregrino incansable del Sagrario, las provincias de Cádiz y Sevilla, asiste en junio de 1911 al Congreso Internacional de Madrid donde se da a conocer más su Obra; de Madrid emprende su marcha a Santander, Burgos y Avila haciendo aquellas campañas *eucarístico-incendiarias* con reuniones de Marías, conferencias al Clero y "*diluvios de sermones*", caldeando en el fuego de la Eucaristía a todos los que escuchan sus palabras...

A LOURDES

Fué dos veces siendo Arcipreste de Huelva. La primera en una peregrinación salida de Sevilla en agosto de 1907. Se recuerda que allí confesó a mucha gente y él mismo hablaba con fruición de una confesión especial, quizás una conversación, y de ella decía que por sólo esa alma hubiera estado muy bien empleado el viaje.

Luego más tarde volvió a Lourdes con motivo de su viaje a Roma en compañía del Cardenal Almaraz, en diciembre de 1912.

En uno de esos viajes a Lourdes conoció al reverendo P. Mateo Crawley-Boevey de los Sagrados Corazones. Años más tarde se complace D. Manuel en recordar este feliz encuentro: "*Le escribo* (dice en una carta al P. Mateo, utilizada como prólogo de su libro "Jesús Rey de Amor"), *desde una gruta de Lourdes, no la original, sino una muy parecida... Pues ante esa gruta y ante su Virgencita blanca, en donde muy de mañana celebro mi Misa y hasta muy tarde me llevo con lecturas de libros y escritura de papeles, un tantico atrasados, estoy emborronando estas cuartillas con la memoria fija en aquella otra gruta grande, atrayente y misteriosa, como puerto y arsenal que es de la misericordia de Jesús, ante la cual, hace ya hartos años, quiso El que Vd. y yo nos conociéramos y quedáramos para siempre amigos.*"

Aquellas dos almas enamoradas del Corazón de Jesús, apóstoles de su amor y de su misericordia, allí se unieron, y, cuando a principios de 1914, el P. Mateo quiere organizar en España la obra de la Entronización encuentra en el Arcipreste de Huelva un entusiasta colaborador. Le escribe a D. Manuel recomendándole la obra y su propaganda y él la recibe con los brazos abiertos, la recomienda para que la propaguen, y pone la Obra de las Marías a su servicio. Así se cumplió lo que el P. Mateo le decía en dicha carta: "...Démonos la mano y marchemos unidos en España y América al grito de Oportet illum regnare".

En efecto, las Marías propagaron tanto y aún siguen propagando la Entronización, que las familias, ayuntamientos y pueblos en que lograron entronizar al Corazón de Jesús se cuentan por millares.

Sus conferencias en el Colegio Español y en el Pío Latino Americano en aquel viaje a Roma en 1912, hicieron que fuese más conocido del Clero, pues muchos desde entonces siguieron sus obras y sus escritos muy unidos a su espíritu.

Y al regresar ellos a sus respectivas Diócesis propa-

garon las obras del Arcipreste de Huelva, aumentándose así más el radio de su influencia.

¡A Valladolid!

Pero el viaje principal del Arcipreste en el año 1913 fué al Congreso Catequístico Nacional de Valladolid en el mes de junio. De allí siguió a otros Centros de Castilla.

Volvemos de nuevo a dejarle la palabra.

"...*Y* ocurrió, *que durante mi estancia en Roma con mi amadísimo Sr. Cardenal para recibir el capelo él y en busca yo del gran Privilegio de las Marías que todos conocen, honrábame con el trato del Sr. Cardenal de Valladolid que había ido a Roma con idéntico motivo que el mío. En una de aquellas agradables sobremesas del Colegio Español donde nos hospedábamos, hubo de decirme, imitando el* dejo *de nuestra tierra*: "Do Manué, *que cuento con Vd. para la* corrida *catequística de Valladolid.*"

Ante un empresario *tan alto y tan amable y una* contrata *tan honrosa y gustosa para mí, no hubo más que bajar la cabeza y* cerrar el trato.

A Valladolid, sí, señores, a Valladolid a aprender a enseñar doctrina a los chicos y a los grandes, que todo hace falta, a estrechar la mano y a ver la cara de tantos anónimos capitanes de guerrillas catequísticas, a darse el gustazo de ver a muchos Obispos y a muchos hombres de saber, de poder y de valer juntos con el exclusivo y simpatiquísimo fin de formar el cuadro de defensa y ataque en torno de los niños, de esos tiernos corderillos amenazados hoy por tanto diente de lobo disfrazado.

Pero como ya he dicho desde este mismo lugar que hace tiempo padezco diluvio universal de Marías *que amenaza ahogarme, al intentar mi viaje a Valladolid, en donde por razón natural habrían de reunirse tantas Marías de todas partes y tantos directores, pensé aprovechar esa común estancia para vernos, conocernos, hablarnos y entusiasmarnos más de lo que estábamos.*

Comuniqué mis deseos a todos los Directores de Centros Diocesanos de España y el resultado fué el anuncio de reunirnos cerca de treinta en Valladolid, en cuer-

po y alma; y todos los cuarenta y cuatro que hoy ya sumamos, en espíritu."

... ...

NOTAS DE SU VIAJE

Y póngome de un salto en la estación del Norte de Madrid, dejándome atrás las horas de fuego y sudor transcurridas entre Huelva y Madrid.

—¿Va Vd. a Valladolid? —Sí señor.

—¿Y Vd. señora? —También.

—Y ¿Vd.? y ¿Vd.? y...

Total que sin previo acuerdo, nos encontramos en la estación un buen grupo de Sacerdotes y otro mucho más numeroso de Marías. Y ¡qué Sacerdotes y qué Marías! Allí me encuentro con D. Enrique Reig, asistente general de la Unión Apostólica de Sacerdotes y chiflado *mayor del reino, (fué luego el Cardenal Primado) con D. Ramón Pérez, Rector de la Universidad Pontificia de Granada, promotor entusiasta allí de la Obra de las Marías y de los Juanes Seminaristas* (fué después Obispo de Badajoz, de Cádiz luego y últimamente Patriarca de las Indias), *con el Sr. Bermejo, excelente párroco de Granada; con el Sr. Martín, activísimo director de las Marías de Málaga; con el Sr. Cura Párroco de San Jerónimo de Madrid, al frente de un valeroso grupo de señoritas catequistas de su Parroquia; con el Sr. Santander, el organizador incansable de los Sindicatos femeninos, y para corona de todos con el Sr. Arzobispo de Valencia, gran catequista y alentador de Marías.*

Y ¿las Marías? con decir que eran de la flor y nata de las de Madrid, está dicho todo. Todas veteranas en las santas lides de enseñar el catecismo y de consolar y acompañar Sagrarios abandonados, todas ya con brillantes hojas de servicios apostólicos.

Porque era una coincidencia verdaderamente agradable el que todas las catequistas allí dispuestas para ir a Valladolid a aprender nuevos modos de enseñar Catecismo, fueran Marías y de las más activas.

Entre todos ocupamos uno de los largos coches del rápido y a los minutos de partir el tren, aquello no era un coche de viajeros, sino un hogar cristiano ambulante

en el que todos rezaban, cantaban, reían y se solazaban por los mismos motivos y con idénticos sentimientos.

Y anda que anda entre contar aventuras de viajes eucarísticos las unas, ensayando el himno del Congreso Catequístico los otros, entre echarle un remiendo a las fuerzas del cuerpo con la comida y ultimar el plan de campaña que cada cual proyectaba realizar en el Congreso, las cinco horas y pico de tren se nos pasaron como un sueño y casi sin percatarnos nos dimos de manos a boca con la ciudad que sirvió de cuna a Felipe II y que en estos días iba a servir también de cuna a tantos buenos pensamientos y a tantas fecundas empresas en pro de la enseñanza cristiana de los niños.

¡Valladolid, cinco minutos de parada! gritaron desde la estación.

Cambiados los saludos de rúbrica con los buenísimos amigos que me esperaban, fuime derechito a mi deseado hospedaje, que no era otro que el Asilo de las Hermanitas de los Pobres.

Y no vayas, lector amigo, a cantar un himno o echar una antífona a mi espíritu de pobreza por desear y elegir tal hospedaje, porque entre otras razones, plebeyas, tenía yo la no muy heroica que digamos, de hospedarme allí porque a fuer de Capellán de Hermanitas que he sido los tres primeros años de mi Sacerdocio, me consta por experiencia lo agradable que hacen la estancia de cualquier huésped la limpieza, el orden, la decente pobreza y la simpática simplicidad de las Hermanitas y sus buenísimos ancianos.

Como que a esos mis tres años de Capellán, les llamo yo a boca llena mi luna de miel sacerdotal.

¡Qué ganas se me vienen de echar un parrafito sobre aquellos días! Pero... el tiempo se va.

... ...

Justo es que, ya que he venido a Valladolid para su Congreso Catequístico, os hable de él.

Y aquí me encuentro atollado en un reparo verdaderamente serio, y es que, a pesar de haber venido expresamente al Congreso, casi no he asistido a él.

Y hacedme la caridad de no escandalizaros hasta que oigáis mis descargos.

Desde que por suerte o por desgracia dí en estos achaques de escribir Granitos y papeles, y de meterme en estas andanzas de acción católica, ha caído sobre mi pobre humanidad, a guisa de premio gordo de la lotería una celebridad que, lo confieso con toda sinceridad, pesa y cuesta. *"Hable usted", "escriba usted", "conteste usted", "venga usted", "vaya usted", y... ¡echad imperativos!*

Gracias que son hermanos muy queridos y muy buenos los que piden y a mí gracias a Dios se me hace la boca agua de gusto en servirlos.

¡Ojalá tuviera yo provisiones de tiempo y fuerzas, como las tengo de gusto y buena voluntad en servir a todo el que me busca!

Lo cierto es, volviendo a Valladolid, que apenas me han dejado asistir al Congreso Catequístico, entre saludos de amigos, consultas de compañeros de fatigas, visitas de Marías y lo que es peor, conferencias a granel.

Y ¡cuidado que tenía ganas!

No obstante he visto y oído lo suficiente para poder asegurarme que aquello ha estado bueno de verdad.

No voy ahora a ponerme a hablar de lo que cada uno dijo en su discurso, y los hubo muy buenos, y de lo que se discutió y se acordó.

(Sigue hablando en resumen de sus impresiones del Congreso).

"...Las lecciones prácticas. —*Fué este uno de los atractivos mayores del Congreso. Ver sobre la arena del combate a unos cuantos catequistas de fama, entendérselas con niños desconocidos, poner en juego todos sus resortes y recursos pedagógicos, y hacerles pasar una hora de Catecismo atendido y ameno.*

¡Vaya si atraía eso!

¡Dar amenidad al Catecismo y cautivar la atención de los niños la hora que manda el Papa! ¡Vaya si hace sudar tinta eso a más de uno y de dos catequistas!

De mí confieso que, cuando se dió a conocer el proyecto de la Junta organizadora del Congreso, de incluir en el programa esos números de lecciones prácticas de Catecismo, me dije: es menester ir a Valladolid.

Mi gozo, sin embargo, cayó en el consabido pozo.

cuando llegó a mis noticias que unos de esos maestros famosos iba a ser el maestro Ciruelas *que suscribe.*

¡Cuando yo digo que llamarse Arcipreste de Huelva es algo así como caer el gordo de la lotería!...

Resultado: que dí mis lecciones como el Amo me dió a entender y los lectores colegirán de algunos retazos que quiero publicar, ya que la Junta sigue siendo tan amable *conmigo que me las pide por escrito para la crónica y que me quedé sin ver explicar Catecismo al Maestro de los maestros y queridísimo amigo mío D. Andrés Manjón y a los veteranos maestros de catequística Padre Urrutia, S. J., y P. P. Estévez, Garrigós y Alcantarilla, Escolapios y los Hermanos de la Doctrina Cristiana Arsenio Angel e Hilario Felipe.*

Lo cual no deja de ser una gracia *como otra cualquiera."*

La lección práctica de Catecismo

"¿Sabéis lo que acaba de pasarme?... Venía yo para esta Iglesia, y, como es natural, venía pensando en vosotros, cuando de pronto me topo con un diablejo más tiznado que el cisco picón y con más cuernos que un venao, y sin más ni más me dice:

—Yo también voy al Catecismo de San Miguel.

—La falta que tú harás allí, que me la claven en la frente—le contesté yo.

—Yo también voy a todos los Catecismos y por cierto que no voy solo, que llevo conmigo unos cuantos sobrinillos de mi real tiznada familia, que me sirven de cuadrilla.

—Y ¿cómo se llaman los sobrinitos de la cuadrilla?—le pregunté yo, con más ganas de echar a correr que de aguantar aquella indigesta compañía.

—Mira —me replica el tío de los cuernos—. Este se llama el demonio de la distracción, *este el de la* bulla *(y ¡qué ruido venía armando!), ese de los malos* pensamientos, *y aquel el de la* desobediencia; *con esta gente me meto en cualquier Catecismo y ¡no es nada la que armo! Ningún niño atiende a las explicaciones, todos hablan y refriegan los pies por el suelo para armar ruído, se ponen a pensar maneras de hacer daño a los com-*

pañeros, y si el Cura manda que callen, ni le escuchan ni le hacen caso. ¡Vamos, sobrinitos míos, vamos de prisa a dar la corrida!

Eché a correr *yo también para tomarle la delantera al* tiznado *y poneros en guardia contra él, cuando de manos a boca me encuentro con un grupito de ángeles, vestiditos de blanco, con las alitas y las manos muy limpias y una sonrisita más dulce y unos modos más agradables... Mirad, se parecían a esa chiquita que está junto a mí, con sus bracitos cruzados, oyéndome con mucha atención... esta niña... (mostrándola) así eran los ángeles que me encontré (todas miran con un palmo de ojos). Pues ¿sabéis a dónde iban aquellos angelitos tan bonitos? Aquí, al Catecismo de San Miguel, venían, según me decían, a darles una paliza a los diablejos aquellos y a defenderos a vosotros.*

—¿Sabéis cómo se llamaban?

—Uno se llamaba el ángel de la atención, *otro el ángel del* silencio, *otro el ángel de los* buenos pensamientos *y otro el ángel de la* docilidad.

—¡Vaya si eran bonitos!

Y como los demonios como los ángeles son espíritus y no se ven con los ojos de la cara aunque estén a dos dedos de uno, vais a representarlos a lo vivo para que os enteréis bien de los amigos y de los enemigos invisibles que os están acompañando aquí.

Con que vamos a ver si hay entre los niños quien se atreva a hacer de diablillo, aunque no sea más que por cinco minutos.

¡Cuidado, que son diablillos de mentirijillas!

Serlo de verdad ¡ni un segundo, hijos míos!

¡Y hay tantos niños que son diablos! No un segundo, sino muchos segundos y muchos minutos, muchas horas y muchos días...!

¡Maldito el pecado mortal que hace a los niños diablos!

Con que vengan cuatro diablillos de mentirijillas.

(Se me acercan los cuatro que señalo en medio de la espectación regocijada de todos los demás niños, y les distribuyo oficios).

Tú vas a ser el diablo de la distracción. *Pones las*

manos atrás y meneas mucho la cabeza mirando a todas partes sin fijarte en ninguna.

Tú serás el diablo de la bulla. *Tu oficio será refregar, arrastrar mucho los pies por el suelo, y hacer con la boca hueca*: juum, juum, juum...

Tú el de los malos pensamientos; *pones los dedos tiesos sobre la cabeza de los niños como si fueras a arañar.*

Y tú el de la desobediencia; *vas con la cabeza muy levantada y de cuando en cuando subes la mano derecha con el dedo gordo tieso hasta el hombro diciendo: ¡Me importa un comino!*

Y ahora: ¡cuatro ángeles! *Digo a las niñas.*

Y escojo a cuatro de las más chiquitas, vestidas de blanco y les doy su papel.

Tú el ángel del silencio; *te pones el dedo sobre los labios.*

Tú el ángel de los buenos pensamientos; *pasas por entre los niños levantando las manos hacia el Cielo y bajándolas sobre las cabezas sin tocarlas.*

Tú el ángel de la docilidad; *vas con los bracitos cruzados y la cabecita baja como diciendo: Aquí hay que hacer lo que se mande.*

Y tú, el ángel de la atención; *llevas los ojos muy abiertos y con las puntitas de los dedos te estiras las orejas.*

Y ahora ¡en marcha!

Angeles del Señor, salid a acompañar a estos niños en esta hora de Catecismo, corred, corred mucho, que los demonios, vienen de camino a meter la pata y el cuerno en esta obra tan buena.

—¿Qué regalos traes a estos niños?

—Yo el silencio.

—Perfectamente; así no tendré que ponerme ronco de tanto gritar, como algunas veces.

—Yo los buenos pensamientos.

—Ajajajá: Mientras yo hablo por fuera, el Señor irá hablando por dentro.

—Yo la docilidad.

—Eso es, para obedecer fielmente todo lo que aquí se manda.

—Y yo la atención.

Muy bien, para que se enteren de todo lo que se les enseñe.

Mirad, mirad, niños, cuántas cosas buenas os traen los ángeles del Señor.

Ea; corred al Catecismo, que ya me está dando en la nariz el tufillo a azufre de los diablillos.

Bajan de la plataforma los ángeles improvisados e internándose por entre las filas de los niños van haciendo su papel, por cierto con naturalidad y gracia.

Los alumnos exteriorizan su alegría y su atención con sus sonrisas que me dicen que se van enterando...

¡Los diablillos! ¡que ya van! Mis diablillos, tan simpáticos como inquietos, tienen unas ganas atroces de entrar en faenas, y al grito mío intentan correr hacia sus víctimas dispuestos a hacer una... diablura.

Hijos míos, los diablos están al llegar y yo antes quiero enseñaros a matarlos.

¿Sabéis cómo se mata un mosquito?

A ver ¿cómo se mata un mosquito que anda silbando piiiiiií alrededor de la cara?

Los niños que ya han entrado en el sistema de hacerlo todo a lo vivo se dan sonoras palmadas en la cara que les hace reír a todo lo largo.

¿Y un toro? ¿Cómo se mata un toro? ¿Hay por aquí algún torero? y contra lo que yo esperaba de aquellos serios castellanitos, surgieron a montones los discípulos de Cúchares brindándose a lucir sus conocimientos en el arte.

Dí la alternativa al que me pareció que respiraba más aire taurómaco y... ¡vamos a ver cómo se mata un toro!

Y con un desparpajo singular comenzó a dar pases altos, bajos y en todas las direcciones al aire, hasta que a mi indicación se lió el capote hipotético y se arrancó a matar tan en serio que por poco no mete el puño que le servía de espada en la misma boca abierta de uno de los pequeños espectadores.

Después de una buena ración de "bravos" al precoz espada, vuelvo a mi cuento.

Bueno, ya veo que sabéis matar desde un mosquito hasta un toro; a ver si sabéis matar al diablo que es

un bicho con más cuernos y más mala intención que un toro de Miura.

¿Cómo se mata al demonio y se le deja patitieso?

Y con una unanimidad que honra a la instrucción de aquellos chicuelos me responden: ¡Haciendo la señal de la Cruz!

Muy bien, muy requetebien; con la señal de la Cruz se matan a todos los demonios habidos y por haber; pero que no se os olvide que tiene que ser con la Cruz bien hecha.

¿A que no sabéis de cuantas maneras hacen los cristianos la señal de la Cruz? Yo os lo voy a enseñar.

Hay cristianos que se persignan picando *su cara: son esos que se persignan con el puño cerrado y el pulgar tieso y como pinchándose la cara y el pecho.*

Hay otros que se persignan pasándose *de muleta: Son los que con toda la mano abierta se hacen unos cuantos garabatos delante de la cara.*

Y los hay que se persignan matando *de verdad al bicho negro, que son los que se persignan como enseña la Doctrina.*

Conque ¡preparen las armas! Que los diablos van para allá y hay que meterles el resuello para adentro.

(Empujo a los diablejos, y haciendo cada cual su papel, van a meterse entre las filas de los niños).

¡El enemigo está encima! ¡De pie todos! ¡Apunten! ¡Fuego!

Y todos los niños con voz enérgica, la mano colocada en la frente, la mirada radiante de triunfo, dicen a una:

Por la señal de la Santa Cruz...

En tanto que los diablillos caen redondos al suelo haciendo deliciosamente el papel de demonio vencido y muerto por la Santa Cruz...

Acto tan sencillamente ejecutado, emocionó tanto a los congresistas que no pudieron sustraerse a dar un aplauso cerrado a la victoria de la Santa Cruz sobre el demonio.

Cantóse una coplita al Corazón de Jesús para celebrar el triunfo, dar descanso y cambiar de ocupación" (1).

(1) «El Granito de Arena», números 138, 139, 140, 141. 142; 1913.

Este Congreso fué uno de los hechos que más contribuyó a dar a conocer al Arcipreste de Huelva, sobre todo como Catequista. Aún hoy lo recuerdan muchos, entre ellos Obispos y Sacerdotes que desde entonces le fueron siguiendo y en los que despertó el interés por él y por sus obras y escritos.

II

Rutas eucarísticas

Con ocasión de este viaje, como ya acaba de indicar D. Manuel, fueron muchas las peticiones que se le hicieron para que hablase en Centros de Marías y otros de Acción Social Católica.

La Asamblea de Marías y Directores que había convocado en Valladolid le absorbió una buena parte de su tiempo allí.

Nuevamente cedemos la palabra al Arcipreste:

"*Eran las dos y media de la tarde* (el día de la llegada) *y había que preparar la reunión que para las cinco tenía citada de Directores Diocesanos y Marías de toda España.*

Asamblea de Marías

Yo no sé si será inmodestia llamar así a aquella reunión, que yo esperaba celebrar con unos cuantos y que resultó con unos cuantos cientos.

Yo no puedo decir lo que sentía en aquella tarde y lo que después sentí en aquella reunión del lunes 30, mucho más numerosa que ésta.

Cuando yo veía allá en los rincones de mi memoria aquellas tres primeras Marías de mi Sagrario y aquellas primeras timideces de mi alma al echar a volar en nombre del Amo la Obra de sus abandonos y la contemplaba ahora a muchas leguas de mi pueblo, aquellas tres Marías multiplicadas por miles de toda España represen-

tadas allí en aquellos cientos de Marías venidas de todas partes y oía contar aquellos viajes tan atrevidos, aquellas empresas tan valientes, aquel desbordamiento de delicadezas eucarísticas que corría por toda España, repito a ustedes que yo no acierto a expresar lo que sentía, y lo que mi corazón derretido de agradecimiento decía al Corazón Eucarístico de Jesús que nos presidía desde su pobre y limpio Sagrario de las Hermanitas."

El espectáculo no podía dejar de impresionarle y aunque llegó muy cansado de su largo viaje, no pudiendo contener el ímpetu de su celo, había citado por cartas. para las cinco de la tarde, en el Asilo de las Hermanitas de los Pobres, a los Directores de la Obra de las Marías y a cuantos asociados quisieron reunirse.

Se llenó la capilla y ante aquellas fervorosas Marías que habían acudido con sus directores, habló el Arcipreste de aquella Obra que llevaba tan dentro del alma.

Al día siguiente, 30 de junio de 1913, otra segunda reunión en la iglesia de la Enseñanza, más espaciosa aún.

Bernardo de Hoyos ahora que le tenía tan cerca ¡cómo le avivaría el fuego de su corazón!

Y así termina la crónica de este interesante viaje:

"¡Qué reunión, Dios mío... Yo no olvidaré nunca el cuadro que se presentó ante mi vista cuando en la Santa Misa que celebré y antes de distribuir la Sagrada Comunión, me volví al pueblo para decir unas palabritas de preparación.

En la extensa nave de la iglesia, llena hasta no caber más, las Marías de todas partes, y en el Presbiterio ciñendo como una corona de honor al altar donde se celebraba, unos treinta sacerdotes, regulares los unos, seculares los otros, directores o representantes de otros tantos centros diocesanos, y presidiendo todo aquel ejército *de la* gratitud *y de la* fidelidad, *el Copón bendito y descubierto... y flotando en el ambiente algo así como el aleteo de ángeles alborozados, los de los Sagrarios antes desiertos...*

Que sí, que el Rey despreciado del Sagrario debería estar contento de verse allí..."

Antes de repartir ese Pan celestial, cuenta uno de los asistentes, pronunció el Sr. Arcipreste un hermosi-

simo fervorín, que sería presunción temeraria pretender reseñar en cuatro líneas, máxime cuando la voz del apóstol eucarístico estaba impregnada de una unción especialísima propia de quien, como él mismo decía, acababa de recostarse sobre el pecho del Cordero.

Hízose eco de la voz del Dios de amor y dijo a las Marías que el Corazón de Jesús abandonado y solo les estaba agradecido.

Definió a las Marías, que eran para el Corazón abandonado de Jesús la *memoria* que nunca lo olvida, la *boca* que siempre le habla, los *ojos* que siempre le miran y el *corazón* en envidia perpetua de la lámpara del Sagrario.

Terminó suplicando a aquella primera María, la Madre del mismo Cristo, que fuese Ella misma la que con sus purísimas manos pusiera el Cuerpo Sacratísimo de su Hijo sobre la lengua de estas otras Marías, que tanto consuelo dan a su Corazón materno."

Desde Valladolid va a Salamanca, Alba de Tormes y Avila para recoger entre sus murallas los latidos del corazón de la Santa Madre que latió como el suyo al impulso de un mismo amor.

Allí en el corazón de Castilla, en aquellas moradas de Teresa, como ella hablara de sus fundaciones, él, en su lenguaje andaluz lleno de donaires, les habla a las Marías de aquella aldeana de Teruel que lleva ya recorridos más de ochenta pueblos y de aquellas lugareñas de la montaña, que antes de romper el alba visitan sus Sagrarios y reciben a su Dios.

Y, sin poder olvidarse de su Andalucía, narra aquellas bellas escenas de sus niños del Polvorín que se ponen por la mañana para comulgar sus alpargatas limpias y las guardan después, condenándose a andar descalzos para poder al día siguiente comulgar con sus alpargatas nuevas...

¡Sí, queremos, exclamaba en Avila, en un arrebato de entusiasmo, *incendiar la tierra por los cuatro costados, pero queremos incendiarla con el fuego del amor que brota del Corazón de Cristo!"*

Se le estaban contagiando las fiebres de la monja transverberada.

De vuelta a Andalucía reanuda de nuevo sus campañas eucarísticas.

Ahora es Sevilla, Cádiz y Jerez los que sienten a su paso su palabra de apóstol y de acá para allá, no modera su lengua ni su pluma más que este divino ideal: ¡Buscar compañía al Abandonado de los Sagrarios!

Otra vez en busca de Santa Teresa

El Emmo. Cardenal Almaraz, Arzobispo de Sevilla, organizó una peregrinación a Avila y Alba de Tormes para venerar la cuna y el sepulcro de Santa Teresa.

Salió de Sevilla el 26 de junio y regresó el 4 de julio de 1914.

El Centro de Salamanca, teniendo en cuenta que iba organizada por un purpurado salmantino, y que de ella formaba parte el Fundador de la Obra, convocó a todas las Marías salmantinas para que se uniesen en Salamanca a la peregrinación andaluza, celebrasen la fiesta de la primera imposición de insignias y unidas a la peregrinación fuesen a Alba de Tormes a festejar a la que se podía considerar como modelo de Marías por el afán constante de su vida en levantar y acompañar Sagrarios, Teresa de Jesús.

En ese año se celebraban solemnes fiestas centenarias de la Santa.

Así cuenta el mismo D. Manuel su peregrinación:

"Como anillo *al dedo vienen a la peregrinación que acabo de hacer en compañía de mis paisanos los andaluces, las tres conocidas B de buena, bonita y barata.*

Y vamos por partes:

Buena: *por razón primera del convocante, mi amadísimo Prelado el Cardenal teresiano por antonomasia.*

Segundo, del fin, nada menos que visitar la Cuna y el Sepulcro de Santa Teresa y visitar no como turistas y curiosos, sino como peregrinos católicos y españoles, deseosos de ver de cerca e imitar en serio a esa Santa quizá la más santa de todas las españolas y la más española de todas las santas.

... ...

Bonita. *¿Bonita nuestra peregrinación?*

Pregúntenle a los 300 que la hicieron y aún dirán que les ha sabido a poco. Bonita la variedad de paisajes desde los risueños de Andalucía hasta los graves y serios de Castilla, bonita y amena la fraternidad que a la media hora de viaje reinaba entre todos, bonitos y más que bonitos y bellos y hermosísimos los monumentos visitados y admirados y ultrabonitos y archiinolvidables aquel Convento de la Encarnación (la Santa pague a nuestro Cardenal tan buen regalo), con su celdita baja y oscura y perfumada de la Transverberación, con su escalera emocionante del "Teresa de Jesús y del Jesús de Teresa", con su Virgen Priora y con aquel esperar a cada momento ver pasar por aquellos claustros o salir de aquel coro a la Madre Teresa... Y ¿Alba? y ¿aquél corazón tan grande todavía y aquella celda en donde murió y parece que ha vuelto a vivir?

¿La tercera?

¡Barata! *Tanto que se puede decir de ella lo que de los libros de lance: Que el papel vale más.*

Si no lo tomaran a exageración andaluza mis lectores no ídem, yo les diría que peregrino ha habido que ha gastado más en jabón contra la tizne del tren y las lágrimas del entusiasmo que el billete ¡seis duros en 3.ª!; y como decía uno de los beneficiados en el paroxismo del contento por la baratura: ¡Camará, que jartá e leguas por tres cuartos y medio!

Con que ¿no les parece demostrada hasta la saciedad mi tesis?

¡Bien por la Peregrinación Teresiana andaluza, buena, bonita y barata!

Y ¡bien por sus iniciadores, organizadores y componedores!

Y que la Santa del corazón grande, agrande el que a cada cual ha dado el Señor...

¡Se padece hoy tanto de insuficiencia *cardíaca!*

... ...

"POR ESOS MUNDOS DE MARÍAS"

Salir de viaje y encontrarse por todas partes Marías es una misma cosa.

Y ¡qué consuelo y cómo llena el alma de agradeci-

miento y de esperanzas oír por todas las estaciones de ferrocarril esa simpática palabra reveladora de tantas cosas buenas! ¡Las Marías!

Ahora, con motivo de la peregrinación que he hecho a Avila y Alba de Tormes y que describo antes, he podido comprobar la verdad de esto que digo.

Nuestras Marías y nuestros Discípulos de San Juan lo llenan todo y no solamente con el número ya respetable, sino con su actividad en secundar iniciativas, con su abnegación en cooperar a toda buena obra, con la santa y alegre y expansiva caridad con que acogen a sus hermanas de otros países y con esa irradiación de bondad y suavidad propias de las almas del Sagrario.

¡Cómo le daba gracias durante mi viaje al Corazón Eucarístico de Jesús por haber querido poner sobre la tierra en estos tiempos esta familia, ya grande y dilatada, de almas emparentadas con El y entre sí con los lazos del amor compasivo y tan fuerte como fino!

Sin poder detenerme a contar las manifestaciones de afectuosa acogida que nos han prodigado las Marías en las estaciones en donde nos deteníamos diré dos palabras de nuestras hermanas de Avila y Salamanca en donde por haberse detenido más la peregrinación tuvieron tiempo de celebrar fiestas.

... ...

En Avila *tuve el gusto de ver reunidas a las Marías en su Centro que es la casa de las Reparadoras, que tanta ayuda están prestando a la Obra allí como en otras partes.*

Ellas nos contaron lo que habían hecho, que no ha sido poco, y lo que proyectaban hacer, que es mucho más y yo les dije unas palabras de elogio por lo hecho, de pesar por lo no hecho y que quizás podría haberse hecho, pues, como les repetí varias veces, yo me sentía con derecho a pedir más que a las otras a las Marías paisanas de Santa Teresa. ¡Vaya si este es un título que debe traer sin sueño a aquellas Marías!

En Salamanca: *Las Marías salmantinas y los Discípulos de San Juan, que también los hay como saben los lectores de "Juanes y Marías", son de los que tienen historia. Y ¡qué historia!*

... ...

¡Y qué fiestecita prepararon! Sin contar la conferencia que sobre la Obra dí por indicación del Sr. Obispo a unos doscientos sacerdotes, una solemne imposición de insignias, con asistencia y bendición con el Santísimo, del Sr. Obispo (que dicho sea entre paréntesis quiere a la Obra como a tas niñas de sus ojos), sermón de este pobre cura con acompañamiento de lágrimas, con una asistencia tan numerosa que llenó el amplio templo de la Clerecía y con un coro de Marías cantando el salmo 83 y el Himno, que etevaba.

En Alba de Tormes: *Esto pasaba el día 2 de julio: el día 3 muy tempranito, cerca de doscientas Marías satmantinas, con su medalla y su cinta btanca y morada sobre el pecho emprendía con nosotros los peregrinos andaluces el camino de Alba de Tormes.*

... ...

Y aquí bien quisiera detenerme en contar tas cosas tan interesantes que me contaron aquellos párrocos curtidos en el ministerio y aquellas Marías tan sencillas y típicas en sus trajes como heroicas en sus hazañas eucarísticas, de pueblos de Sagrarios acompañados todo el día, de niños de tres años acompañando al Señor, de parroquias transformadas por la labor de las Marías, de viajes realizados, de misiones dadas, de obstáculos superados, de sacrificios ofrecidos... ¡Dios mío, de cuántas cosas buenas me hablaron! ¡Qué hermoso Congreso tan popular y tan eucarístico improvisamos en la plaza de Alba de Tormes aquel día!

Eslas fiestas y estos encuentros de Marías y Juanes sería el cuento de nunca acabar si la campana de la estación y el "señores viajeros al tren" no cortaran el hilo.

En el tren me metí, un poco cansado el cuerpo, pero descansada el alma sobre tas dulces impresiones recibidas y, mientras iba perdiendo de vista las torres de Alba de Tormes me parecia oír a lo lejos el canto de las Marías acompañado por el monótono rodar del tren:

Mensajeras del Sagrario
Hemos de ser tas Marías;
Nido de nuestros amores

Ha de ser la Eucaristía.
Por los pueblos y ciudades
Volaremos a buscar
Corazones que se rindan
A Jesús en el Altar (2).

(2) «El Granito de Arena», 20-7-1914.

III

Del Sur al Norte por todos los caminos de España

En el año 1915 recorre el Norte de España. A vuela pluma él escribió unas breves notas de este viaje, que para solaz de tu espíritu amable lector, yo te transcribo:

El Peregrino del Amor no amado

He corrido tantas tierras en tan pocos días, he visto, oído y sentido tantas cosas buenas y ándame tan corto ahora el tiempo y el lugar para contarlo como se merece, que aquí voy a vueltas con mi pluma sin acertar lo que debiera dejar de contar.

¡Dan tanto y tan bueno que hablar esas Marías!

¡Me han edificado tanto estas visitas y edificarán tanto también a los demás!

Pero la ley del "hay que comprimirse" *me obliga a no poner aquí sino sólo mi itinerario un poco explicado.*

Y sin más ni más allá van esas notas de mi cartera de peregrino del Amor no amado.

El día 22 de enero de 1915: Salida de Huelva por la mañana y de Sevilla por la tarde para Madrid.

23: En Madrid me piden las Marías asista a una junta *magna en la que quieren dar cuenta a gloria del Amo y edificación de las Marías de lo que lleva hecho aquel Centro desde su fundación. Andan preocupadas con la*

busca del local que ha de tener cabida para más de 2.000 Marías.

¡Gracias a Dios que ya hay que preocuparse de eso!

24: Carta de Vitoria en la que amablemente me anuncian que no me perdonarán jamás que, yendo a Bilbao, deje de visitar aquel Centro.

25: Aterrorizado por la amable amenaza, salgo para Vitoria, a donde llegué el 26 por la mañana.

¡Uf! ¡Qué frío! Nieve en los tejados, en las calles, nieve por dentro y por fuera de Vitoria, en todas partes nieve menos en el corazón de las Marías y de su Director D. Casiano Alvarez. ¡Vaya si se le sentía arder de amor por el Sagrario!

A las once, reunión de unas trescientas en el salón-escuela del Convento de las RR. Reparadoras, domicilio social de la Obra.

A las cinco, gran función eucarística en San Miguel, con asistencia de unas tres mil personas, Exposición Mayor, sermón a cargo del firmante y bendición con el Amo por el Sr. Obispo.

Y ¡qué Sr. Obispo! Delicadeza de caridad, exquisitez de trato, y llaneza de padre, prodigalidad de atenciones... todo con letra mayúscula y después una lista muy larga de puntos suspensivos que quieren decir: ¡la mar! eso viene a ser aquel Sr. Obispo.

27: Misa en las Reparadoras, visita a las Hermanitas de los Pobres, Salesas, Centro Católico de obreros, ¡qué Centro! y a las once, conferencia a los señores sacerdotes de la ciudad y teólogos del Seminario. ¡Bien me obsequian éstos y los de Aguirre con los cantos de su admirable Orfeón!

A las dos, en compañía del Sr. Obispo, de su mayordomo, el beatífico D. Juan y el buenísimo amigo de Bilbao, D. Luciano Zubiría, salgo en automóvil para Bilbao.

Las nieves nos acompañan hasta los límites de Vizcaya.

¡Cuánto daría que contar y que cantar a los poetas estos campos y estas montañas al mismo tiempo tan serias y tan risueñas!

Yo, dejando a un lado la poesía de las montañas nevadas, de los valles escarchados, de los árboles desnu-

dos y de toda aquella naturaleza muerta o dormida, me entretengo en saborear la poesía de la naturaleza viva de aquellas caras de los aldeanos, que veía al paso, tan rebosantes de salud como de paz y que recordaban las de los pastores de Belén y la de los niñitos que me parecían angelitos mofletudos recién despegados de un retablo. ¡Qué impresión tan agradable me producen las caras de estos vascongados que no se parecen en nada a las chupadas y estragadas de otras tierras...!

Y sobre todo ¡cómo me solazaba atravesar una tierra tan sembrada de Sagrarios!

¡Qué bonitos aquellos grupitos de diez y doce casas cobijadas por la sombra de la Parroquia!

Pero, detente pluma; que te olvidas de que escribes notas *y no* artículos de viajes.

¡Bilbao!. *Llegamos a las cinco: en la residencia del señor Obispo nos esperaban los RR. PP. Villalonga, vicedirector del Centro Diocesano y Vilariño y la Junta directiva de las Marías: convinimos en el plan de actos y fiestas y ¡a Deusto! ¡Qué días tan gratos me aguardaban en la santa compañía de aquellos buenísimos Padres de la Universidad!*

28: Lleno la mañana con la Misa en casa de la presidenta doña Manuela Zubiría Olábarri, en la que tuve el consuelo de dar la Sagrada Comunión a su numerosa familia, y con visitas de varias Obras y Comunidades.

Por la tarde reunión de unas quinientas Marías en un suntuoso y amplio salón de actos de la Universidad de Deusto, con discurso de salutación muy cariñoso por cierto, del P. Villalonga, rato de conversación mía, y otro muy bueno, en que familiarmente contaban las Marías sus trabajos por sus respectivos Sagrarios. ¡Buenas cosas oí!

29: A las ocho y media Misa de Comunión general en la Iglesia del Sagrado Corazón por el Excmo. señor Obispo y fervorines míos: vela todo el día ante el Santísimo por turnos de Marías y por la tarde la fiesta grande, *en la iglesia de los Angeles Custodios, de Bendición e imposición de insignias por el señor Obispo revestido de Pontifical, sermón mío y Bendición con el Santísimo por el referido señor. Se impondrían la medalla unas seiscientas Marías. ¡Buena tarde fué aquella!*

A las seis y media, visita a los Sagrarios de Peña de Bolueta, en los que sus Marías han hecho verdaderos prodigios de renovación cristiana de aquellos pueblos mineros. ¡Qué cuadros tan bellos contemplé! El pueblo entero llenando la iglesia, luces de bengala y cohetes en la puerta, cánticos y aclamaciones dentro y fuera del templo, religiosidad suma en oír las palabras que más con el corazón que con la boca les dije y en recibir la Bendición con el Santísimo...

¡Dos Sagrarios-Calvarios *convertidos casi en* Sagrarios-Tabor *por las Marías! ¡Benditas sean!*

30: Visita det querido Santuario de Begoña, de las bien montadas escuelas del Ave María y conferencia al venerable clero de la ciudad y pueblos vecinos que en buen número acudieron a la invitación que a ella les había hecho el Sr. Obispo.

Por la tarde visita al hermosísimo puerto y abra de Bilbao, Altos Hornos y puebtecitos costeros y por la noche fiesta *simpática en el salón de congregantes de San Estanislao.*

¡Bien gocé hablando a aquellos quinientos Congregantes de Comunión diaria casi todos y bien me festejaron con sus risas, aplausos y apretones de mano, sobre todo al despedirme!

31: Por ta mañana visita al Sagrario del Tívoli. ¡Bien merecía esta sola visita todo mi largo viaje!

El Tívoli es la barriada en que se dió y preparó por las Marías aquella famosa misión que contó JUANES Y MARIAS, *en la que se confesaron cerca de mil obreros, casi todos muy alejados de la Iglesia y pasaron todas aquellas buenas cosas que allí se cuentan.*

A la puerta de la Iglesia me esperaba una comisión de Juanitos *que después de saludarme con la franqueza de antiguos amigos, me ofrecieron en elegante estuche una preciosa medalla de oro con su cadenita, como regalo que por mi conducto hacían al Sagrario de mis Juanitos de Huelva.*

Después, ¡cuánto gocé en aquella Misa oída por centenares de niños y niñas y gran número de vecinos y mayores! ¡Con qué gusto ayudé con mis palabrillas a hacer aquella Comunión tan targa, tan piadosa, tan acompañada de lágrimas!; y ¿el dialoguito aquet del

Juanito con el Corazón de Jesús en el Sagrario, tan fino, tan sabroso, y ...aquella explosión de cariño agradecido, que me cortó el habla, de una niña que en nombre de sus convecinos se me acercó para entregarme en una estampa, a cuyo pié se leía que "los niños y las mujeres del Tívoli ofrecían por el alma de mi madre quinientas *Comuniones"?*

¡Dios mío, qué cosas tan ricas hacen los que andan a tu alrededor! Dios mío, ¿cuándo podré pagar las lágrimas tan sabrosas que me arrancó aquel regalo tuyo y de los tuyos?

De San Sebastián a Barcelona

31 de enero: Con mi miajita *de pena de dejar una tierra en donde tantas cosas buenas había visto, oído y sentido, lío mis bártulos y vuelvo a tomar el automóvil que había de conducirme desde Bilbao a San Sebastián.*

Alivia la pena de la partida la grata compañía del famoso misionero P. Miguelet, S. J., y del fidelísimo Juan *D. Luciano Zubiría y la no menos fiel* María, *su señora, que vienen conmigo hasta Loyola el primero y a San Sebastián los segundos.*

A mediodía en Loyola; donde recibo las caricias de la hospitalidad más delicada junto con la emoción intensa de sentirme casi en la presencia de aquel coloso de la santidad, de la patria y de la historia que se llama San Ignacio.

¡Con qué ganas me pondría a escribir uno o más artículos con este epígrafe: Una visita a Loyola! *Pero...*

Por la tarde en San Sebastián y en la Residencia de los Padres.

Saludo al Rvdo. P. Martínez, Superior, que por cierto tiene una cara y un aquel *como decimos por acá que le dice a uno sin hablar: Pase Vd. sin miedo...*

Esta visita a San Sebastián no figuraba en mi itinerario. Fué el bondadosísimo Sr. Obispo de Vitoria, quien me la incluyó y hasta la hubiera hecho él también si una indisposición que le sobrevino en Bilbao y que por fortuna ha sido pasajera no se lo hubiera impedido; ¡tiene

tanto empeño en eucaristizar *que no sabe cómo meter más prisa a las Marías para que lo consigan...!*

¡Bien se aprovechó la tarde!

Apenas llego me piden unas palabritas *a los socios de la Adoración Nocturna que* casualmente *estaban reunidos en sesión para elegir presidente; a las seis, fiesta eucarística en la bella y espaciosa iglesia de los Padres, con sermón mío explicativo de la Obra a muy cerca de* dos mil *personas; recibida la Bendición con el Santísimo, reunión con la Junta Directiva de Marías nombrada hace tiempo pero que todavía no se había promulgado, y agotada la saliva del día ¡a dormir! que buena falta me estaba haciendo.*

Primero de febrero: A las once, nueva reunión a la que acudieron varios centenares de Marías y aspirantes, explicándoles al por menor nuestra Obra y su funcionamiento.

Parece que quedan muy entusiasmadas y muy dispuestas a trabajar con todas sus ganas. Así lo espero.

A petición del P. Martínez, Director nombrado por el Sr. Obispo, les ofrezco volver a imponerles los distintivos, siempre que conviertan en realidad las promesas y entusiasmos que oía y veía en ellas.

A Barcelona.—*Día 2: Salgo a las seis de la mañana para llegar a Barcelona a las 11,40 de la noche. En las estaciones de tránsito recibo visitas, noticias y quejas porque no me detengo, de las Marías de Pamplona y de Zaragoza.*

¡Casi me enfado con el tiempo, que no me da permiso para darles gusto!

A otro viaje de estos, de misionero eucarístico, va a ser menester echarle un mes de holgura para estos imprevistos. Pero ¡el tiempo! ¡el tiempo!"

Y por no cansarte, lector, yo te diré que aquel vertiginoso viaje, siguió de Barcelona a Vich y a Manresa y que torció su ruta hacia Madrid, donde hubo una magna Asamblea el día 9 de febrero, en el salón de actos del Instituto Católico de Artes y Oficios, que los PP. Jesuitas tenían en Alberto Aguilera y que presentaba un aspecto magnífico y deslumbrador. Un número incalculable de Marías, de gran distinción la mayoría, llenando estrados, bancos, tribunas y que formaban un solo

corazón lleno de ansias de reparar el abandono del Sagrario.

Presidieron el Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis, acompañado del Sr. Arcipreste de Huelva, y del Director del Centro, Rvdo. P. Rubio, S. J., con otros sacerdotes. El Rvdo. P. Rubio hizo la presentación de las Marías al Prelado, felicitándole porque en ellas tiene almas que ayudan a su Pastor y ruegan por él ante la Custodia...

Felicitó al Sr. Arcipreste de Huelva, como Fundador de esta hermosa Obra, que comparó con el grano de mostaza y calificó de hija querida del Sr. Arcipreste, que éste tiene muy dentro de su corazón. Por último felicitó a las Marías por su sublime misión y pasó a dar cuenta de sus hechos leyendo una interesantísima Memoria de las obras realizadas desde 1912 en que comenzaron a actuar. Misiones, Ejercicios, pueblos enteros consagrados al Corazón de Jesús, catequesis, escuelas protestantes quitadas, Sagrarios e iglesias restaurados, etcétera, etc., siendo ya entonces los Sagrarios a cargo de las Marías 184.

Terminado este discurso, el Fundador de las Marías se adelantó al centro del estrado y en dos palabras tradujo la honda impresión que las palabras del P. Rubio habían dejado en todos los corazones, calificando su discurso de canto bellísimo y expresando su profundísima emoción con esta frase repetida una y otra vez: *¡Bendito sea el Corazón de Jesús, bendito sea!* El discurso que con elocuencia verdaderamente evangélica pronunció hacía llorar a todos...

Y acabó ...este viaje en Huelva el día 11 de febrero del mismo año a donde llega como él dice, "más flaco de cuerpo *de tanto correr,* más gordo de alma *de tanto gozar y* más largo de campanilla (*sin metáfora*) *de tanto menearla a gloria del Amo bendito de mi cuerpo, alma, campanilla y todo lo mío*" (3).

... ...

"¡Quam speciosi pedes evangelizantium!" Ya todos los caminos de España han sentido un estremecimiento de vida nueva, al sentir caer sobre los surcos abiertos

(3) «El Granito de Arena», 20-2 y 5-3 de 1915.

la semilla del gran apóstol de la Eucaristía. Su palabra cálida y edificante ha encendido millares de corazones. Nadie puede escaparse al calor de ese fuego. Desde entonces el nombre del *Arcipreste de Huelva* entra en el patrimonio universal de la fama.

La Campaña del Canto Gregoriano

En agosto de este tan zarandeado año de 1915, marchó a las Navas del Marqués, aquel pueblecito de Avila donde algunos veranos solía retirarse a descansar.

Bien merecido lo tenía este año; allí recibió la inesperada noticia de su elevación al Episcopado.

De allí fué a San Sebastián, y con este motivo se entrevista con el Sr. Nuncio, que lo era entonces Monseñor Ragonessi.

"Con el cariño de un padre y con el interés de un apóstol hablome de las Marías, preguntándome por su número, sus trabajos, sus conquistas, sus dificultades y poniendo a cada respuesta mía, con el gesto o la palabra un comentario de admiración, complacencia, esperanza.

—¡Bravo por las 70.000 *Marías españolas!—prorrumpió, por último, el augusto representante de S. S. Benedicto XV.*

Y tomando un tono en el que iban mezclados el interés, la súplica y el mandato, me dice: —Yo tengo un encargo, un gran encargo para las Marías españolas. Ellas hoy pueden prestar un gran servicio a la Iglesia, proporcionar un gran placer al Santo Padre y realizar una gran obra de aproximación y educación cristiana del pueblo.

Lleno de emoción y agradecimiento, respondo a Su Excelencia, en nombre de todas las Marías y expongo el gusto y la prisa con que llevarían a cabo encargo tan preciado por su fruto y por la autoridad de que procede.

—He recorrido, prosigue el Sr. Nuncio, gran parte de España, he asistido a fiestas religiosas de grandes ciudades y de reducidas aldeas y, salvo felices excepciones, he visto con pena al pueblo fiel callado en estas solemnidades sin tomar parte en el canto litúrgico de la Misa, como lo quiso siempre la Iglesia, como lo urge

el Papa y como por todos los medios lo procuran los respectivos Prelados.

¡Ah! ¡de cuántos bienes privan al pueblo ese silencio y esa incomunicación con el espíritu de la Iglesia!

Y ese es mi encargo a las Marías.

Ellas están recorriendo todos los pueblos de España, encendiendo o reavivando en ellos el fuego de amor al Sagrario o extinguido o casi ahogado entre las cenizas de la indiferencia y la ingratitud: ellas, yo lo se, no tienen, como el Maestro, otro afán que ver llenas, rebosantes las Casas del Señor en cada pueblo y para conseguirlo no reparan en sacrificios, ni obstáculos; ellas han comprendido muy bien que el secreto de la acción católica y de la restauración cristiana del pueblo, está en que el Sagrario sea frecuentado y querido... y ¿no será un poderoso medio de atracción y conservación del pueblo junto al Sagrario la participación del mismo en el canto litúrgico?

Vean si no la diferencia de sentimientos y de afectos que levanta aún en el espíritu más prevenido una Misa cantada por voces mercenarias sin unción ni espíritu y otra cantada por todo el pueblo asistente que expresa por las dulces y reposadas notas del canto gregoriano la unidad y universalidad de su fe, la alegría de su esperanza y los afectos y ternuras de su caridad.

Yo me atrevo a asegurarlo: el día que se consiga que el pueblo cristiano vuelva a cantar sus Misas dominicales, se habrá ganado la victoria decisiva sobre la ignorancia religiosa, el desprecio del día del Señor y el abandono de los templos, enemigos hoy que tanto están dañando a las almas...

Marías *¿verdad que todas sin excepción, ponéis al pie de esas augustas palabras el* fiat *de vuestra decisión inquebrantable y el* Amén *de vuestra conformidad agradecida? ¡Manos a la obra!*" (4).

... ...

Son los años de la guerra europea, mientras por los campos desolados de Europa retumban los cañones y se estremecen los vientos con gritos de odios, este ejér-

(4) «El Granito de Arena», 20-9-1945.

cito de 70.000 Marías se desborda cantando por las ciudades y aldeas más remotas de la tierra bendita de España. Peregrinas del Amor abandonado llevan ahora una consigna: ¡Reparar cantando! Y los montes y los valles y las plazas y la paz silenciosa de los Sagrarios se van esponjando de coplas...

Aquella legión de trovadoras han hecho lema de sus romerías eucarísticas las dulces palabras de San Agustín: Como suelen cantar los caminantes en la oscuridad de la noche, canta; pero no te detengas. Endulza tu trabajo cantando pero no te entregues a la pereza. ¡Canta y sigue tu camino!

Las golondrinas del Sagrario Calvario... ¡se han convertido en ruiseñores!

CAPITULO XIII

OBISPO DE OLIMPO Y AUXILIAR DE MALAGA

1.º—*Los ocultos caminos del Señor.*
Un sobresalto en Las Navas...
Entrevista con el Cardenal Almaraz.
La preconización.
El regreso a Huelva.
Adelantando noticias.

2.º—*La hora amarga de las despedidas.*
¿Qué va a ser de las Escuelas?
¿Y las Marías?
«Yo no quiero ser más que el Obispo del Sagrario abandonado».

3.º—*La plenitud del Espíritu Santo.*
Nuestra Señora de Loreto.
La Consagración con crisma y con lágrimas.
El Obispo de Olimpo en Huelva.
Su entrada en Málaga.

I

Los ocultos caminos del Señor

POR aquellas tierras de Avila se andaba aquel verano del 1915, disfrutando de un breve y merecido descanso, y allí, con una carta, el Amo va a gastarle una broma que quitándole el sueño le meterá en la cama.

UN SOBRESALTO EN LAS NAVAS...

A las Navas del Marqués caminan una mitra y un báculo, que vienen desde Huelva buscando al Arcipreste.

Escucha, lector, esta peregrina historia:

Acaba de entrar en la casa de los señores de Escribano, donde se hospeda (1).

---

(1) Don Gabriel Escribano y su esposa doña Rosa del Pino, oriundos de la provincia de Córdoba (La Rambla) vivían en Madrid, y en su casa de la calle Hermosilla, y Goya 9 después, se hospedaba D. Manuel siempre que pasaba por la capital de España.

Una de las hijas, la Srta. Matilde Escribano, al tener noticia de la Conferencia del Arcipreste en la 3.ª Semana Social de Sevilla y de que la había publicado, le escribió, aunque sin conocerlo, manifestándole sus impresiones sobre ella y sus deseos de propagarla. (Puede verse esta carta en «Lo que puede un Cura hoy», pág. 111, 8.ª edición).

Desde esa fecha (marzo de 1909) continuó la correspondencia entre ambos y ello dió ocasión para que tan piadosa y ejemplar familia conociese a D. Manuel y tuviese por singular honor que aceptase su invitación para hospedarse en su casa

—Don Manuel, tome esta carta que viene de San Sebastián reexpedida desde Huelva. (Bien cansada vendrá de tan largo viaje). D. Manuel la abre, y comienza a leer, su rostro se torna amarillento, le tiemblan las manos.

—Don Manuel, ¿qué noticias le traen que se le ha trocado el color?

—Nada de particular, amigo.

Pero D. Manuel aunque intenta reponerse de aquella terrible impresión, no lo consigue.

Unas fiebres altísimas dan con él aquella misma noche en la cama.

¡Oh, qué tremendo asalto al castillo de su humildad!

¿Qué nuevas le traía que así le ha rendido en el lecho?

La carta de Monseñor Ragonessi, Nuncio de S. S. en España, le anunciaba que había sido propuesto para Obispo Auxiliar de la Diócesis de Málaga.

Pobre Arcipreste, siga leyendo aunque le tiemblen las manos y el corazón y las almenas de su castillo caigan por tierra como en un terremoto: "Le ruego encarecidamente que por el bien de aquellas almas, acepte tan honroso cargo".

No, él no podía aceptar ¿y Huelva? ¿y los niños? y ¿quién era él para tan alta y penosa dignidad? Su humildad y su celo se rebelaron. ¿Qué hará...?

El Sr. Nuncio se encontraba veraneando en San Sebastián y D. Manuel decidió ir a entrevistarse con él

---

cuando en sus viajes de propaganda había de llegar a Madrid, invitándole asimismo a pasar algunos días de descanso en su residencia veraniega de Las Navas del Marqués (Avila).

El Arcipreste halló en la Srta. Matilde Escribano una fiel y constante colaboradora de sus propagandas y en especial de la Obra de las Marías. En su casa estableció D. Manuel provisionalmente el Secretariado General que desde 1916 a 1925 le ayudó en los trabajos de organización y difusión de la Obra, hasta que fundadas las Hermanas Marías Nazarenas se hicieron cargo del mismo, como tarea propia de sus fines.

Con ese motivo obtuvo para la piadosa familia Escribano, cuyo hogar vino a ser un centro de irradiación eucarística, el privilegio de tener reservado al Santísimo Sacramento en su oratorio.

La señorita Matilde Escribano pasó a mejor vida el 19 de febrero de 1939. (V. «El Granito de Arena», pág. 44. Año 1939).

y exponerle sus repugnancias, sus temores, sus razones para no aceptar el Episcopado. Allá se dirigió y llegó a entablarse una lucha entre su humildad y su espíritu de filial obediencia.

Con toda sumisión, pero con toda firmeza el Arcipreste exponía sus puntos de vista... y no logró el señor Nuncio convencerle hasta que le expuso ser aquella la voluntad de Dios y la voluntad del Papa.

Ante esta intimación tan enérgica aceptó venciendo todas sus repugnancias. El temor a la carga que veía venir sobre sus hombros, el dejar aquel campo de Huelva regado con tantos trabajos y sacrificios, el porvenir incierto de aquellas obras por él fundadas y sostenidas, su repugnancia a los honores eran negras nubes de tormenta que descargaban sobre su alma la angustia y desolación del huerto de Getsemaní.

Ya cuando en noviembre de 1908 intervino tan destacadamente D. Manuel en la III Semana Social celebrada en Sevilla, el entonces Nuncio de S. S. en España Monseñor Vico, que asistió a ella, al conocerlo y comprobar su prestigio y el efecto causado por aquella su famosa conferencia "La Acción Social del Párroco" pensó en él para Obispo, y parece debió indicar algo al Prelado de Sevilla; preguntó su edad y al saber que sólo tenía treinta y un años, exclamó: ¡Qué lástima sea tan joven; habrá que esperar un poco! (2).

(2) El entonces Ministro de Gracia y Justicia, Sr. D. Manuel Burgos Mazo, demostraba especial interés en *brindar protección* al Arcipreste, por ser aquél natural de la provincia de Huelva; pero D. Manuel nunca buscó tal protección, antes más bien se mostraba despegado, con esa santa libertad que dá el no querer nada. En enero de 1914 asistió al entierro de la piadosa madre del Arcipreste y le dió a entender que se pensaba en él para Obispo; ya en otras ocasiones también le había insinuado no pararía hasta conseguirlo; pero si pensaba halagarle no lo conseguía, pues desviaba siempre la conversación sin darse por aludido.

—Señor Arcipreste —le decía—, pase por mi Ministerio cuando venga a Madrid. El contestaba con su gracia peculiar: *—¿Qué se me ha perdido a mí en el Ministerio, Sr. Ministro? Cuando lo necesite para mis niños pobres o para mis Escuelas, entonces iré.*

Pasaba el Ministro largas temporadas de verano en Huelva, recibiendo visitas innumerables de amigos y correligionarios que le abrumaban con sus peticiones. Pero jamás D. Manuel,

Entrevista con el Cardenal Almaraz

De vuelta de su visita al Sr. Nuncio en San Sebastián y terminado su descanso veraniego, regresó a Huelva, pasando antes a visitar al Sr. Cardenal, Arzobispo de Sevilla.

En su entrevista con el Sr. Cardenal ocurrió un caso, que evidenció de nuevo su repugnancia a aceptar el Episcopado.

Cierta persona a quien debió sentarle muy mal la propuesta del Arcipreste de Huelva para el Episcopado, hizo mal ambiente en contra suya cerca del Cardenal Arzobispo. Al llegar el Arcipreste a tratar con él de todo, con la confianza y cariño con que siempre llegaba, lo encontró muy variado. Antes había demostrado muchos deseos de que fuera Obispo, y así se lo decía. Ahora ¡qué cambio tan repentino!

—Señor Arcipreste, que el Obispado es una cruz muy pesada, no se haga ilusiones (como si alguna vez las hubiese tenido).

Don Manuel no se explicaba aquellas advertencias. ¡El, que estaba pasando por las angustias de Getsemaní!... ¡El, que más bien necesitaba alientos y consuelos por lo que le costaba aceptar la carga pastoral, sintió mucho aquel lenguaje de su Prelado a quien tanto quería y respetaba!

Hubo un momento de silencio. Los dos se miraban sin comprenderse. Sorprendido ante aquella dolorosa incomprensión, respondió con santa energía:

—Eminencia, créame, siento y he sentido siempre un horror inmenso a todos los honores y más a esa tan alta dignidad.

---

que le conocía desde antes de ser Ministro, le visitó cuando subió al poder. Más de una vez debió quejarse el Sr. Ministro a sus íntimos de lo que él llamaba un exceso de delicadeza del Señor Vicario.

Y cuando fué nombrado Obispo sin ninguna intervención política y con la exclusiva de la Nunciatura, y se vió obligado a visitar al Sr. Burgos Mazo en su despacho oficial, oyó de él las siguientes palabras: Más de una vez he deseado que ocupase Vd. el cargo que tiene, pero Vd. no ha querido nada de la política y ha huído siempre de mí.

Si acepté fué porque el Sr. Nuncio me lo pedía en el nombre del Papa y en el nombre de Dios. Pero aún estamos a tiempo".

Cogió un pliego de papel, sacó su pluma y lo firmó en blanco.

—Pero... ¿qué hace Vd. D. Manuel? ¿qué es eso?

—*Mi renuncia* —contestó con sencilla entereza—. *Ahí la tiene S. E.; redáctela como mejor le parezca.*

—Pero hombre, si no es eso. Por Dios, no lo tome usted así.

—*No tengo ningún interés en ser Obispo, al contrario. Por obediencia he aceptado el serlo. Para mí Su Eminencia es el representante de Dios, si cree que debo renunciar, obedezco y me quito de encima una carga enorme.*

El cambio fué repentino; bruscamente como el sol tras de una tormenta de verano, aquella incomprensiva frialdad se cambió en una cariñosa admiración...

Hasta entonces no vió toda la grandeza de alma de aquel sencillo Sacerdote...

Aquel que tenía ante sus ojos no era un vano buscador de glorias, que siempre, aunque al paso le salieran, las supo despreciar.

El báculo y la mitra no le cambiarán el corazón. Será un Obispo tan sencillo y humilde que se parará en las calles a conversar con un niño o a bromear con una anciana y sabrá sonreir entre los damascos de la capa magna, bajando las escalinatas de su Catedral, a los colilleros de la plazuela que le besan el anillo y a los mendigos que invaden el portalón de su Palacio. ¡Igual que a los chicuelos desarrapados del Polvorín!...

Por eso los que le conocían se alegraron de aquella exaltación y le animaban a subir confiado a las cumbres episcopales.

Así le escribe el 29 de septiembre de 1915 el venerable Maestro D. Andrés Manjón: "...Me parece bien lo de la mitra, y debe Vd. aceptarla ...¿Que sería más de su gusto el ser propagandista de *esto* y de lo *otro*? ...Lo creo, pero, amigo, otros mandan y Vd. se somete y no es de los tozudos... No me extrañan sus miedos y horrores y tedios, pero "cúmplase la voluntad de Dios" y El dará fuerzas y allanará montañas, para que sea un

Obispo de los que pide el tiempo y de *cuerpo entero*. Así se lo pedirá al Señor este s. s. s. y C. en J. C., Andrés Manjón."

La preconización

El día 7 de diciembre de 1915 llegaba a la casa de Don Manuel un telegrama de Roma en el que se le comunicaba que el día 6 había sido preconizado por Su Santidad Benedicto XV, Obispo titular de Olimpo y Auxiliar de Málaga.

El interesado se hallaba a la sazón en Sevilla, a donde gustábale ir todos los años en esa fecha de vísperas de la Inmaculada.

"*Me siento en un banco de la Catedral y allí* —decía él— *me esponjo en un baño de Inmaculada*". "*Soy sevillano* —escribía en una ocasión— *y a fuer de tal, siempre he creído, pensado y dicho, que Sevilla, el día de la Inmaculada, es la* antesala del Cielo".

Aún siendo Obispo, cuando ya no podía permitirse el gusto de dar una escapada a Sevilla la víspera de la Inmaculada añoraba todos los años su Sevilla con su iluminación y sus colgaduras azul celeste en todos los balcones, saturada de amor y entusiasmo por la Inmaculada. ¡Con qué gusto cantaba en la intimidad aquellas palabras de la Kalenda: "Inmaculata Conceptio tua gaudium annuntiavit universo mundo" y repetía el "gaudium annuntiavit" con aquella música que le traía los dulces recuerdos, en sus notas exultantes, de lo que se ha cantado con entusiasmo y se ha oído desde la niñez. Recordaba los bailes de los seises, sus coplas... y al cantar todo esto su voz y hasta su rostro tomaban un aire infantil y parecía estarse escuchando al Manolito de antaño.

Antes de tomar el tren para Huelva, fué el electo Obispo a saludar a la Rvdma. Superiora General de las Esclavas Concepcionistas, la Madre San Marcelo, hermana del venerable Cardenal Spínola, que tanto le había distinguido siempre con su afecto, y a la que solía visitar cuando iba a Sevilla.

Como al llegar D. Manuel ya la Madre General sabía la noticia de su nombramiento, le tenía preparado un

obsequio valiosísimo, no sólo por su valor material, sino por el recuerdo que encerraba. Era un pectoral de oro con una cruz de rubíes que había usado su santo hermano, el cual sería para D. Manuel preciosa reliquia.

Después de esta afectuosa entrevista, se dirigió a la Catedral, con su estuche bajo el brazo, para asistir a la fiesta de la tarde en las Vísperas, y con mucha gracia contaba después las incidencias de esta memorable tarde.

Se colocó en un rinconcito bajo las amplias naves a disfrutar de la vista del Santísimo y de toda aquella solemnidad que terminaba con los bailes de los seises. Necesidad tenía de expansionarse con el Amo y su Madre Inmaculada y volcar en sus corazones toda la emoción que llenaba el suyo en aquellos momentos...

La Catedral se había puesto sus vestiduras de gala; de las altas columnas colgaban terciopelos azules; y sobre el altar bellísima la Madre Inmaculada sonreía como el arca viva de la esperanza flotando sobre un diluvio de flores y de luces.

El sol de la tarde que se filtraba por las ojivas vidriadas sobre el mármol del pavimento con reflejos morados y rojos bordaba una enmarañada alfombra de caprichosos arabescos.

El canto, el torrente armonioso del órgano desbordado por las amplias naves, el incienso que ascendía a las nerviadas cúpulas con ansias de romperlas, para subir al Cielo, el oro de los riquísimos bordados de las capas y las dalmáticas, el relampagueo de plata de los incensarios, y la ingenuidad de aquellos pajecillos graciosos, como arrancados de un cuadro de Velázquez, que bailaban cantando entre el repique de sus castañuelas delante del Santísimo, la fe emocionada de aquel pueblo, el de las santas impaciencias marianas, todo se juntaba en aquella hora para producir en él una emoción estética tan espiritual y tan íntima que no tiene igual en la tierra.

Razón tenía D. Manuel: sí, aquello era un pedazo de cielo. Absorto ante tanta belleza, *esponjándose* de Inmaculada, estaba él de rodillas en un banco lejano, pero pronto le sacaron de su arrobo.

El Maestro de ceremonias que pasa, se detiene y le

pregunta: ¿D. Manuel, es cierto lo de su nombramiento? Don Manuel en silencio sonreía, pero antes que abriera los labios, dos Canónigos (antiguos compañeros suyos) (3) haciéndole una profunda reverencia lo invitan a levantarse.

—Tenga la bondad el Sr. Obispo de pasar al Coro.

—*Vamos, déjense de bromas que está expuesto el Señor.*

—No podemos consentir que esté aquí S. E.

—*Déjenme tranquilo disfrutar pacíficamente de esta fiesta.*

Y como no se dan por vencidos y ya las devotas le miran curiosas, no hay más remedio que ceder y... ¡al Coro!

Cuando llegó la hora del baile de los seises, el señor Cardenal que presidía en el Coro se levantó para ir, según costumbre, al Presbiterio. Los señores Canónigos le indican al preconizado Sr. Obispo que él vaya a la derecha de S. E. Su primer impulso de resistencia fué inmediatamente vencido por la indicación del Prelado; y ya en el altar le ponen un cojín junto al Sr. Cardenal, porque es costumbre estar de rodillas durante la graciosa ceremonia. *Por cierto* —comentaba él— *que pasé mis apuros para sostenerme sobre el cojín. Tan abultado y tieso era que sin tener en qué apoyarme me resbalaba que era un primor y aquí me tienen Vds. haciendo continuos equilibrios para no caerme, llevando debajo del brazo el estuche del pectoral.*

Realmente aquel rato de íntima expansión que él había echado cuentas de pasar en un rinconcito de la Catedral, desapercibido de todos, se le había convertido con las primicias de los honores episcopales en un rato mortificante para su humildad y hasta para su equilibrio...

Al recibirse en Huelva la noticia de su Preconización hubo un repique general de campanas y bien pronto la Parroquia y la casa del Sr. Arcipreste se vieron concurridísimas; personas de todas clases sociales pug-

(3) Don Modesto Abín y Pinedo, que había sido profesor suyo y don Blas de la Oliva.

naban por exteriorizar su júbilo al anciano padre, no sin hacer ostensible el sentimiento que les causaba quedarse sin su D. Manuel.

El regreso a Huelva

Toda la ciudad se hallaba en la estación esperándole. La banda de música de las Escuelas y el pueblo le acompañó hasta las del Sagrado Corazón de la Calle de San Francisco, donde en el patio, adornado con farolillos a la veneciana, se tuvo la recepción popular...

Todos aquellos días los dedicó a preparar su próxima consagración y ordenar sus asuntos parroquiales, Escuelas y demás obras, a contestar las numerosas cartas de felicitaciones que recibía de toda España, atender a los que le visitaban y... consolar a los que se lamentaba de su marcha...

A propósito de esto escribía un antiguo alumno de las Escuelas: "...¡Cuántas lágrimas se derramaron por aquel entonces en muchos hogares pobres de Huelva, tan conocidos por el Obispo preconizado, y en las Escuelas, donde más de una vez sorprendimos al virtuoso capellán D. Carlos Sánchez, consolando y aconsejando resignación a los maestros, a los niños mayores del grado quinto y a cuantos por allí se acercaban para "protestar" porque el Vicario se les iba! Y cuando don Carlos se esforzaba en esto, volvía disimuladamente la cara, para limpiarse las lágrimas, (goterones como puños) desprendidas de sus ojos. Fuimos más de una vez testigos presenciales de este emocionante hecho. Pocos se avenían, nadie se conformaba de buen grado con que *D. Manuel, Vicario,* se marchara definitivamente de Huelva, llegándose a pensar nada menos, y hasta proyectar públicamente en los periódicos locales, la erección por suscripción popular, de una Catedral en Huelva, con su correspondiente Palacio Episcopal para residencia de su primer Obispo Sr. Don Manuel González. Así son las cosas del amor, cuando este lo inspira la fe y lo sostiene la gratitud" (4).

Uno de los más afectados por el traslado del Arci-

(4) Notas de D. Gómez.—Huelva, 1940.

preste era D. Manuel Siurot. Se estremeció, dice un Coadjutor de la Parroquia, al saber que había sido designado para formar parte del glorioso episcopado español y que tenía que ausentarse de Huelva. La gran ilusión de Siurot era que el Arcipreste fuese nombrado Obispo Auxiliar de Sevilla con residencia en Huelva, a fin de que continuara al frente de su obra verdaderamente gigantesca y original.

Pero decía, Siurot, en aquella ocasión a un sacerdote de Huelva: —¡Mire Vd. que irse D. Manuel y quedarse estas Escuelas sin él! ¿Quién puede hacer lo que él hace? ¡Habrá que cerrarlas y mandar la llave de honor a todos los señores que han contribuído a que D. Manuel se nos vaya! ¡Qué bien estaría de Obispo Auxiliar de Sevilla, pero con residencia en Huelva! Aquí le haríamos un Palacio Episcopal, y desde aquí podía ejercer su ministerio de Obispo, sin abandonar sus Escuelas. Y seguía haciendo consideraciones cada vez más vivas y más ingeniosas sugeridas por su cariño inmenso a las Escuelas, por su brillante imaginación y especialmente porque veía que sobre él había de recaer la dirección de aquellas obras (5).

Adelantando noticias

Llegó el día en que tuvo que salir de Huelva y quedó Siurot totalmente encargado de los destinos de las Escuelas. Antes de su entrada en Málaga fué el nuevo Obispo a cumplimentar a S. M. el Rey, como era de protocolo, y estando en la antecámara regia esperando la audiencia se le acercó a saludarle el Sr. López Monís, de Huelva, que se encontraba allí hablando con el entonces Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, don Julio Burell. Cuando volvió el Sr. López con el señor Ministro, le pregunta éste: —¿Quién es ese Obispo? —El Auxiliar de Málaga, le contestó, el Arcipreste de

(5) El nuevo Obispo de Olimpo pudo tranquilizar en algo los temores de Siurot respecto a la parte económica, obteniendo para las Escuelas, antes de marchar a Málaga, una subvención de la Diputación Provincial y otra del Ayuntamiento de Huelva. Además dejó a favor de las mismas todo el producto de las suscripciones de su revista «El Granito de Arena».

Huelva. —Al oír este nombre quiso que se lo presentara y apenas lo saludó, le pregunta por sus Escuelas y le dice con aquella ruda franqueza tan propia suya: —Bueno, Sr. Obispo, y ¿cuándo podremos vernos? *—Cuando el Sr. Ministro quiera.* —Quiero darle unas pesetas para sus Escuelas y para las del Padre Manjón, porque estoy hasta la coronilla de esos... (aquí una palabra fuerte) de la Institución libre de Enseñanza, que se llevan todo el dinero y no hacen nada, pero absolutamente nada de provecho. Y Vd. y el P. Manjón hacen obra positiva, educando a los niños y haciendo Patria".

Lo citó para el día siguiente, y el Sr. Obispo se trasladó a la hora convenida al Ministerio de Instrucción Pública. Una vez en el despacho del Ministro, le contó Don Manuel cosas de sus niños pobres y de las escuelas, informándole de la labor que allí se realizaba y de cómo el insigne pedagogo D. Manuel Siurot quedaba al frente de toda aquella obra social católica.

El Ministro conmovido oyéndolo, sin querer dar paso a las lágrimas, le interrumpe: —Bien, aquí tengo unas pesetas y esas son para Vd. y el P. Manjón. Vd. va a hacer la distribución de ellas. *—Dios se lo pague, señor Ministro,* contestó conmovido el antiguo Arcipreste.

Llamó el Ministro a unos jefes de negociado y empezaron a rebuscar en las consignaciones para reunir alguna cantidad. Entre tanto le preguntó: —¿Y en Málaga, tiene también Escuelas?

El le contestó: *—No se nada de Málaga, pero como Obispo me creo obligado a procurarlas también para aquéllos.* Y recibió del Ministro tres mil pesetas que repartió entre los Salesianos y las Escuelas del Ave María.

En tanto, de aquí y de allá reunieron varios miles de pesetas. Tomó la pluma el Ministro: —Sr. Obispo —dijo— tengo aquí setenta y cinco mil pesetas. ¿Cuántas le ponemos al P. Manjón? Al momento, sin vacilar, responde: *—Póngale cincuenta mil.* Asombrado ante tanta generosidad, le manifestó su sorpresa: —Sr. Obispo, Sr. Obispo, Vd. pida primero para lo suyo ¿qué va a dejar para Huelva? *—Sr. Ministro ¿no ve Vd. que es el mismo* negocio*? Los dos trabajamos para la Santa Madre Iglesia y para los niños pobres. Sí, ponga cin-*

cuenta mil pesetas para D. Andrés Manjón, que su obra es mayor que la mía.

—¿Y para Vd?

—*Para mí lo que quede.*

Esta generosa delicadeza ganó de tal manera al Ministro, que se convirtió desde aquel día en admirador y amigo del nuevo Obispo y en bienhechor constante de las Escuelas del Sagrado Corazón de Huelva y de las del Ave María de Granada.

—Las pesetas estas —continuó el Ministro— irán consignadas a su nombre y Vd. las entregará a D. Andrés Manjón y a D. Manuel Siurot.

Este rasgo de generosidad de D. Manuel en favor de su entrañable amigo y admirador el venerable Fundador de las Escuelas del Ave María hácenos recordar estas graciosas frases de una carta de D. Andrés. Este, haciendo alusión a otra de D. Manuel a propósito del envío de unos libros, que no quiere le pague, le responde: "...*Cuando Vd. sea rico, yo dejaré de ser pobre.* Está bien. Y ¿cuando los dos seamos pobres? Repartiremos la pobreza. Esto es más factible que lo otro."

Así se lo escribía D. Andrés en 18 de noviembre de 1908 y ocho años después, en el despacho de un Ministro de la Corona, D. Manuel hacía este simpático *reparto* con su venerado amigo.

No podía nunca olvidar aquellas Escuelas en las que repartió entre sus niños pobres los años mejores de su vida. ¡Qué amarga es para un padre la hora de las despedidas!

II

La hora amarga de las despedidas

Nadie mejor que el mismo recién preconizado Obispo, nos puede dar a conocer sus ideas y sentimientos en aquellos días en que iba a cambiar su vida parroquial por la episcopal. Así, con su espontaneidad característica, escribía:

"No es cosa ya de seguir callando; hay que hablar. Sí, hay que hablar de eso que los periódicos, esos grandes indiscretos, vienen anunciando hace tiempo, y que multitud de amigos me preguntan con tanta curiosidad como cariño.

Ya lo sabéis, de mi Obispado y de sus consecuencias en estas obras de Huelva.

Yo quisiera que "El Granito", que ha sido eco de las alzas y bajas, de los triunfos y derrotas de estas obras del Amo en Huelva y junto con eso de mis alegrías y de mis penas y que, por serlo, ha levantado en miles de corazones compasiones, generosidades y entusiasmos que sólo en el Cielo se podrán pagar cumplidamente, yo quiero, repito, que este mismo "Granito" sea eco de lo que pienso y siento en estos momentos para mí solemnes y emocionantes en que por voluntad de Dios he de dejar lo que tanto amé y empezar lo que tanto temo.

¡Huelva y Málaga! Estas son las dos playas entre las que andan ahora en incesante movimiento de flujo y reflujo de temores y esperanzas los afectos todos de mi alma.

Quiera el Amo que acierte a deciros cuanto deseo y debo para justa satisfacción de vuestro interés.

Con responder después de todo, a las preguntas que con rara unanimidad me dirigen en casi todas las cartas que en estos días he recibido, creo que dejo bien cumplido mi oficio de auto-informador.

¿QUÉ VA A SER DE LAS ESCUELAS?

Es una respuesta que a punto fijo no puedo daros, entre otras razones, por la de que no soy profeta.

Pero sí puedo deciros que algunos ratillos de sueño y algunos más de Sagrario juntos con otros de mesa y de pluma llevo ya gastados en buscar la ansiada respuesta.

Y tan en apuros me ha metido el no encontrarla todo lo cierta y halagüeña que yo desearía, que esta fué una de las razones que opuse con respetuosa tenacidad a los Superiores jerárquicos para que apartaran de mí o aplazaran al menos, la cruz episcopal incompatible a mi parecer entonces con la amadísima cruz de los niños pobres.

Los vallados y chumberas de los caminos del Polvorín, son testigos de las caras de congoja y de los nudos de garganta con que desde ellos he mirado la torrecita de la humilde iglesia y las blanqueadas paredes de la Escuela cobijando a tanto niño desarrapado de cuerpo y de alma...

¿Y si se acaba esto?... ¡Dios mío! Tú sabes cuántas veces te lo he dicho más con lágrimas que con palabras y con cuánta firmeza concluía siempre: ¡ellos, mis niños pobres, antes que nada y que nadie!

Sabía yo y sé que en las obras de Dios no hay hombres necesarios, no se me oculta que las tres mil pesetas aproximadas que se venían gastando cada mes en estas obras, lo mismo las podrá mandar el Amo por el Arcipreste como por el monacillo; ¡estaba y estoy convencido y persuadido de que para que mande él esas pesetas no es menester otra ciencia ni otra virtud en el hombre que las dirige que *dejarse llevar y alargar la* mano *para recibir con la* misma prontitud *que para dar, y en la obra sino que responda fielmente a su fin y*

razón de ser, conocía yo todo esto, pero también conocía que los trasplantes *lo mismo en el orden natural que en el sobrenatural tienen sus riesgos... y no menudos, y el temor de estos ¡cuánto me hacía sufrir!*

Los milagros de la obediencia: ¡Vaya si los hace! ¡Firme en mi teoría de dejarme llevar, *desde que ví clara la voluntad del Amo sobre mi destino futuro, he esperado a que El* respondiera *a la pregunta que de tantos lados se me ha dirigido: ¿Qué será de las Escuelas?*

Y ¡ya está respondiendo!: "Madrid: El Ministro de Instrucción Pública ha concedido a las Escuelas del Sagrado Corazón de Huelva, en concepto de subvención, la suma de cuatro mil quinientas pesetas por este año, ofreciendo aumentarla hasta diez mil pesetas para el próximo ejercicio."

Enumera después otros auxilios con que personas caritativas le prometen seguir ayudando a las escuelas y transcribe la siguiente carta que hizo circular entre los católicos de Huelva por aquellos días:

"Sr. de todo mi afecto: Próximo a dejar a mi querida Huelva, en donde por espacio de diez años largos he ejercido mi ministerio con toda la buena voluntad que me ha sido dado, siéntome obligado a decirle dos palabras de despedida.

La primera palabra me la inspira la gratitud *a usted por el apoyo y la cooperación que siempre me ha prestado para mis obras en favor de los niños pobres; del fondo de mi corazón agradecido sale un "Dios se lo pague" para el querido bienhechor y amigo.*

La segunda palabra la pone en mi boca y antes en mi alma la compasión *a mis queridos niños pobres de las Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús.*

Mientras he vivido en Huelva trabajando incesantemente por ellos, pidiendo limosna y hasta quitándolo de mi comida y confiando en el Corazón de Jesús, esas Escuelas han levantado sus edificios, han sostenido sus maestros, han costeado carrera a no pocos de sus alumnos y a muchos han dado de comer y de vestir, gastando en todo ello seiscientas mil pesetas.

Pero como me voy a Málaga tan pobre como he vivido en Huelva, no puedo dejar a las Escuelas de mis

desvelos el dinero que necesitan para subsistir por muy grande y firme que sea mi propósito de seguir trabajando en favor de ellas. ¡Tendré allí también tantas cosas a que atender!

Puesto en este gran apuro y seguro de que a Vd. como a mí mueve a gran lástima la suerte de esos cerca de mil niños pobres, amenazados de verse privados de tantos beneficios, me permito llamar por última vez a las puertas de su caridad y en el tono más suplicante del más necesitado mendigo decirle:

¡Un poquito más de auxilio por amor de Dios para la educación de los niños pobres de Huelva!

¿Quiere Vd. señalarse cuota mensual o aumentar la señalada?

Que el Corazón de Jesús se lo pague con bendiciones largas y llenas para Vd. y su buena familia, como lo pedirán diariamente en sus oraciones los niños favorecidos y con ellos

Su agradecido S. A. y C.

EL ARCIPRESTE DE HUELVA

Diciembre de 1915.

Con todo eso y con la parte que quiero siga tocando a las Escuelas en las suscripciones de "El Granito" y en la venta de mis librillos y hojas y con lo que la caridad de cada día siga dando, creo que el Amo está respondiendo a satisfacción de todos, aún de los más desconfiados, la pregunta de ¿qué será ahora de las Escuelas?

Añádase a ese capital de promesas no ilusorias ciertamente, el capital ya adquirido de locales y material escolar propios, ausencia de deudas, abundancia de buena fama, la acertada dirección de D. Carlos Sánchez y valiosas prendas en lo que se refiere a las del Barrio de San Francisco de D. Manuel Siurot y el gran cariño de sus maestros, hijos todos de la misma Escuela; en cuanto a la del Polvorín el mérito y la seguridad de aquellas buenísimas Teresianas que lo dirigen, en cuanto a la de la Cinta su leal directora doña Carmen García, avalorando y afirmando todo esto la predilección con que mi queridísimo Sr. Cardenal mira y ama a sus Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús de Huelva.

Que con confianza en el Corazón de Jesús se hacen más obras que con dinero contante y sonante y que el *BANCO DE LA DIVINA PROVIDENCIA* es el más fuerte, seguro y rico de todos los bancos conocidos hasta el día.

¿Y las Marías?

¡Qué temerosas y desconfiadas han venido a mi mesa no pocas cartas de amigos de la amadísima Obra de las Marías!

—¿Y ahora cómo va Vd. a tener tiempo? ¿No será usted más Obispo que Padre de las Marías? ¿Pasará a lugar secundario en la nueva aplicación de su actividad la Obra de sus amores? ¿Cómo vamos a continuar comunicando con Vd. con tanta confianza? Casi puedo asegurar que las cartas de felicitación de las Marías han venido más llenas de temores que de felicitaciones.

Mi respuesta podría ser un no *rotundo, dicho primero con toda la fuerza de mis pulmones y escrito después con los trazos más fuertes de mi pluma, tan rotundo, digo, y firme que pudiera disipar de una vez todos los temores y desconfianzas.*

No, no dejo la Obra de todo mi cariño, de mi actividad, de mis vigilias, de mis sueños, la Obra por cuya mayor propaganda y prosperidad más de una vez pedí a mi Prelado que me descargara de curato y Arciprestazgo, la Obra tan evidentemente acogida y mimada por el Papa y los Obispos, tan oportunamente llegada, tan prodigiosamente fecundada por Dios.

No, Marías y Discípulos de San Juan, no temáis que os deje, que delante de Jesucristo Sacramentado, en cuya presencia escribo, os aseguro que mientras haya pulso en mi mano derecha para escribir y saliva en mi lengua para hablar y palpitaciones en mi corazón, mi pluma, mi lengua, mi corazón, mi Sacerdocio, mi Episcopado, mi vida toda para el Abandonado del Sagrario serán.

¡Para El, para El solo!

"Yo no quiero ser más que el Obispo del Sagrario abandonado

Yo no quiero *que en mi vida de Obispo, como antes en mi vida de Sacerdote, se acongoje mi alma más que por una sola pena que es la mayor de todas, el abandono del Sagrario, y se regocije más que con una sola alegría, el Sagrario acompañado.*

Yo no quiero *predicar a las gentes, ni catequizar a los niños, ni consolar a los tristes, ni socorrer a los pobres, ni visitar a los pueblos, ni atraer corazones, ni perdonar pecados contra Dios o injurias contra mí, más que para quitar al Corazón de Jesús Sacramentado la gran pesadumbre de su abandono y para llevarle el dulce regalo de la compañía de las almas.*

Yo no quiero *ser el Obispo de la sabiduría, ni de la actividad, ni de los pobres, ni de los ricos, yo no quiero ser más que el Obispo del Sagrario abandonado.*

Para mis pasos yo no quiero más que un camino, el que lleva al Sagrario y yo sé que andando por ese camino encontraré hambrientos de muchas clases y los hartaré de todo pan, *descubriré niños pobres y pobres niños y me sobrará el dinero y los auxilios para levantarles escuelas y refugios para remediarles sus pobrezas, tropezaré con tristes sin consuelo, con ciegos, con sordos, con tullidos y hasta con muertos del alma o del cuerpo y haré descender sobre ellos la alegría de la vida y de la salud.*

Yo no quiero, yo no ansío otra ocupación para mi vida de Obispo que la de abrirle muchas trochas *a ese camino del Sagrario.*

Trochas *entre ese camino y los talleres y las fábricas de los obreros y las escuelas de los niños, y la oficinas de los hombres de negocio, y los museos y centros de los doctos, y los palacios de los ricos y los tugurios de los pobres.*

¡Qué dichoso voy a ser cuando logre ver circular por esas trochas y senderos a mis conquistados para el Sàgrario! ¡Qué soberanamente dichoso voy a ser cuando vea llegar las irradiaciones de la lámpara del Sagrario sobre la frente sudorosa de los obreros, sobre la cara

sonriente de los niños, sobre las mejillas de rosa de las doncellas, sobre los surcos y arrugas de los ancianos y afligidos!... A eso voy a Málaga y a donde quiera que me manden, a ser el Obispo de los consuelos para dos grandes desconsolados: el Sagrario y el pueblo. El Sagrario, porque se ha quedado sin pueblo; y el pueblo, porque se ha quedado sin Sagrario conocido, amado y frecuentado..." (6).

(6) «El Granito de Arena», 20 Diciembre 1915.

III

La plenitud del Espíritu Santo

La fecha escogida por D. Manuel para su Consagración Episcopal fué el 16 de enero del 1916, por cumplirse en ella el segundo aniversario de la muerte de su santa madre y día onomástico del venerable Cardenal Spínola, de quien había recibido las Sagradas Ordenes y al que guardaba tanta veneración y afecto.

Nuestra Señora de Loreto

Después de dejar convenientemente ordenados en Huelva todos sus asuntos del Arciprestazgo, parroquia y escuelas y demás obras por él fundadas o atendidas, el 2 de enero se trasladó, con el ejemplar Sacerdote que hasta entonces había sido coadjutor suyo en la Parroquia de San Pedro y que en adelante sería su Capellán y Secretario particular, el Rvdo. D. Fernando Díaz de Gelo, al convento de Religiosos Franciscanos de Nuestra Señora de Loreto, a unos veinte kilómetros de Sevilla, lugar solitario y encantador, morada de paz en donde han vivido muchos varones eminentes en santidad. Allí, ante el Sagrario silencioso y bajo la dulce mirada de la peregrina imagen de la Santísima Virgen de Loreto, Madre y Reina de toda aquella feracísima comarca del Aljarafe, cuajada de viñas y olivares, se preparó el electo Obispo para recibir la plenitud del Sacerdocio, prac-

ticando los Santos Ejercicios espirituales con edificantísimo recogimiento y exquisita puntualidad en las múltiples distribuciones. ¡Con qué devoción celebraba diariamente la Misa en el camarín de la Celestial Madre! Ella fué testigo de sus confidencias con el Corazón de Jesús en aquel Sagrario, de sus temores, que aquellos días se agudizaron de nuevo, de sus desolaciones y angustias, que le hacían recordar nuevamente las de Getsemaní, asaltándole terriblemente el miedo a la carga y responsabilidad y dificultades que veía venir sobre sus hombros con el honor de su elevación al episcopado.

Terminados estos Ejercicios emprendió su regreso a Huelva para ultimar los preparativos de la Consagración que había de tener lugar en la incomparable Catedral sevillana.

El día 15 de enero, víspera de la solemne ceremonia, se trasladó de Huelva a Sevilla. La salida fué para él dolorosísima. Allí quedaban sus mejores amigos que tanto le habían ayudado en la realización de sus obras; quedaban sus Sacerdotes con quienes había compartido sus trabajos apostólicos; quedaban las almas por él dirigidas y sostenidas en la vida de piedad y apostolado; quedaban, sobre todo, los niños ¡sus niños pobres! por los que se había desvivido y sacrificado tanto y en cuyos corazones tiernos había dejado tan hondamente grabado el amor al Corazón de Jesús. ¡Aquellos Sagrarios de su Parroquia de San Pedro, de las Escuelas de San Francisco y del Polvorín, aquella Virgencita de la Cinta, tan querida, y en el cementerio, su madre inolvidable!... ¡Cómo aprisionaban su delicado corazón!

Le acompañaban en el viaje el Sr. Obispo de Tuy, doctor D. Leopoldo Eijo y Garay (7) y con ellos iban sus respectivos capellanes, la familia del nuevo Prelado y un numeroso grupo de sacerdotes y amigos.

Además de este grupo de íntimos, fueron llegando a Sevilla las autoridades de Huelva y más de 300 per-

---

(7) Actualmente Obispo de Madrid-Alcalá y Patriarca de las Indias Occidentales. Había convivido unos días en Huelva con el Obispo preconizado a quien le unía una estrecha amistad desde sus años de seminarista en Sevilla, ya que fueron compañeros de estudios.

sonas, los maestros de las Escuelas del Sagrado Corazón y una comisión de alumnos.

En la capital sevillana, patria chica del consagrando, donde era tan conocido y amado, se sentía vibrar la emoción y el regocijo. La prensa y en particular el "Correo de Andalucía", tan unido al nuevo Obispo, dedicaron planas enteras al acontecimiento. La recepción que se hizo a los Prelados fué cariñosísima.

Durante todo el día hubo de atender D. Manuel al incesante desfile de distinguidas personalidades, autoridades y comisiones que iban a visitarle no sólo de Sevilla y Huelva, sino también de Málaga. Comisiones de Marías llegaban de todas las provincias de España.

Aquella tarde, víspera de su consagración, asistió a la Salve a la Patrona de Sevilla, la Virgen de los Reyes, en su Capilla Real, y dió la Bendición con el Santísimo, asistiendo gran número de sacerdotes y fieles.

Las campanas de la Giralda anunciaban alegres el acontecimiento del día siguiente.

La Consagración con crisma y con lágrimas

El programa invitación que se había repartido, contenía el indicador litúrgico, a fin de que todos los asistentes pudieran seguir completamente la ceremonia y comprender el significado.

Desde las primeras horas de la mañana la animación en las calles de Sevilla era extraordinaria; millares de personas se dirigieron a la Basílica para presenciar la ceremonia, tres horas antes de la cual ya era imposible coger un puesto en aquélla.

Había sido destinada una nave para los hombres y otra para las mujeres. A las Marías, que ostentaban su insignia, en grandísimo número, les había sido reservado sitio especial en el lado de la Epístola.

Próximamente a las diez, terminado el rezo de Coro, el Cabildo Catedral en pleno se dirigió al Palacio Arzobispal a recoger a los Prelados.

Media hora después hacían su entrada en la Catedral en solemne procesión mientras el órgano tocaba el himno triunfal.

Cubrían los ciclópeos arcos de las naves principales de la Basílica grandes colgaduras de terciopelo encarnado galonadas de oro. La iluminación era espléndida.

Ocupaban sus tronos en el Presbiterio el Eminentísimo y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla, don Enrique Almaraz y Santos, consagrante principal, y los Excmos. Sres. Obispo de Tuy, D. Leopoldo Eijo y Garay y D. Francisco J. de Irastorza y Loinaz, Obispo de Orihuela, que juntamente con el Prelado de Sevilla iban a ser los consagrantes. Es de notar que se habían reunido los Obispos más jóvenes de entonces del episcopado español quizás por ser D. Manuel el "Benjamín" de todos, ya que solo contaba treinta y ocho años de edad al ser consagrado. Este ocupaba también su trono al lado de la Epístola y su porte irradiaba humildad, recogimiento y devoción profunda.

Además de los señores dignidades y los Canónigos mitrados asistentes al Pontifical, se hallaba en el Presbiterio el padrino del consagrando que lo fué el mismo de su primera Misa, el prestigioso e ilustre católico sevillano D. Ramón Ibarra y González, y abajo del Presbiterio el padre y los hermanos del nuevo Obispo, con los alcaldes de Huelva, Málaga y Sevilla; el Gobernador de Sevilla, Presidente de la Diputación, Concejales y Diputados Provinciales, comisiones militares, varios diputados a Cortes, representaciones del Claustro Universitario, de la Academia de San Fernando y de la Maestranza.

En el Coro se hallaban todos los sacerdotes de Sevilla y las comisiones llegadas de fuera.

Los seminaristas de Huelva tuvieron el honor de servir como pajes en el Presbiterio, a petición de D. Manuel.

Apenas comenzó la grandiosa ceremonia, el nuevo Obispo, que se hallaba profundamente conmovido, no pudiendo contener las lágrimas rompió en sollozos que apenas le era posible reprimir a pesar de sus esfuerzos y de que los Prelados consagrantes le llamaban la atención, animándole a que se repusiera, que aún no era llegada la hora de la moción de afectos...

El mismo Sr. Cardenal le increpaba: ¡Por Dios, Don Manuel, repóngase que va a dar el espectáculo! Pero él

no cesaba de llorar, abrumado por el peso de la altísima dignidad que recibía, no menos que por el humilde concepto que tenía de sí mismo, considerándose indignísimo de ocupar el alto puesto a que la Iglesia lo elevaba ...Sobre todo, el momento de la imposición de las manos fué tremendo para él.

Terminó la ceremonia con un solemne Tedeum, que entonó el Cardenal Almaraz. Las campanas de la Catedral repicaban alegres, mientras el nuevo Obispo, revestido de blancos ornamentos pontificales, y delatando la palidez de su rostro la emoción de su alma, daba al pueblo su primera bendición episcopal.

De pie en las gradas de la Capilla Mayor veía acercársele el pueblo deseoso de besar el pastoral anillo.

Miles y miles de personas desfilaron y a todos prodigó frases afectuosas.

Muchas lágrimas se derramaron durante aquel acto que hubo de ser interrumpido por lo avanzado de la hora.

Corrió la gente hacia las naves por donde el nuevo Obispo tenía que pasar, y las llenó, así como la puerta llamada de los Palos, plaza de la Giralda y los patios y escalera del Palacio Arzobispal.

La salida de los Prelados fué indescriptible.

El pueblo le rodeaba, disputándose besarle el anillo y recibir su bendición.

El joven y bondadoso Obispo bendecía, abrazaba y recibía complaciente el homenaje de sus amigos, paisanos y admiradores, de los hijos de Sevilla, de Huelva y de Málaga y sin cesar se repetían los vivas, los sombreros revoloteaban por el aire, se agitaban los pañuelos y la muchedumbre impedía casi por completo marchar a los Prelados de Olimpo y Tuy, cuyas rojas birretas heridas por los brillantes rayos del sol, destacábanse sobre la ola humana que se inclinaba a su paso.

Todas las Marías de España unidas en espíritu a la fiesta habían celebrado aquel día Misas, Comuniones y fiestas eucarísticas, por lo que muy gráficamente pudo decir después el Obispo Fundador: "*El día de mi Consagración ha sido fiesta eucarística nacional*" (8).

(8) Entre la enorme cantidad de telegramas que recibió de toda España, llegó uno muy expresivo de los Reyes, concebido

El Obispo de Olimpo en Huelva

Huelva reclamaba la presencia de su D. Manuel hecho Obispo para ofrecerle sus últimos homenajes de cariño y gratitud. El 20 de enero, fiesta del Patrón de Huelva, San Sebastián, regresó a ella. El recibimiento por parte del pueblo y de las autoridades fué un verdadero desbordamiento de cariño.

El comercio cerró sus puertas y las calles que había de recorrer se hallaban materialmente invadidas de público. La muchedumbre se interpuso ante el automóvil que conducía al Prelado y éste, dando muestras de su agradecimiento, se apeó y bajo una lluvia de flores que sobre él caía desde los balcones, y las que le arrojaban los niños de las Escuelas que ocupaban las aceras, se dirigió con la comitiva a la Parroquia de San Pedro, donde se cantó un Tedeum.

Después el gentío vitoreando con verdadero frenesí a "Don Manué Vicario", le llevó casi en volandas a su casa, para descansar de tan abrumadora jornada.

Ante la insistencia del pueblo hubo de salir a un balcón dirigiéndoles afectuosas palabras de gratitud y terminando con un ¡Viva Huelva! que fué contestado con otros vivas al nuevo Obispo.

Hasta el día 8 de febrero permaneció en Huelva; y ese día, de madrugada salió, o más gráficamente diríamos se *escapó* de aquella ciudad, pues no se encontraba con valor para resistir una despedida tan desconsoladora.

De Huelva pasó a Madrid para cumplimentar a los Reyes. Presidió con el Nuncio de S. S. y el Prelado de Tuy una junta magna de Marías madrileñas que a la

---

en estos términos: «Al enviarle la Reina y yo en este día de su consagración episcopal nuestros votos muy fervientes para que Dios le otorgue largos y dichosos años de vida y pueda así continuar las hermosas obras cristianas educadoras y sociales iniciadas en Huelva e implantadas hoy en toda España, para bien de la Religión y de la Patria, esperamos que no nos olvide en sus plegarias. Puedo asegurarle que de corazón le acompaño en los piadosos y dulces recuerdos que su acendrado amor filial ha de traerle en esta fecha. Le saluda con afecto y besa reverente su pastoral anillo, ALFONSO.»

sazón sumaban unas 4.000, y después de haber visitado en Toledo al Emmo. Cardenal Primado, emprendió el regreso a Andalucía para hacer su entrada en Málaga el 25 de febrero, día de su cumpleaños.

Su entrada en Málaga

La fama de que iba precedido el Obispo Auxiliar de Málaga, su figura tan conocida por sus escritos y sus obras en Huelva, tenían en entusiasta espectación al pueblo malagueño.

Desde mucho antes de la llegada del expreso, los andenes se vieron completamente llenos de un gentío inmenso y en las calles el público llenaba las aceras, deseosos de saludar al Prelado.

Al aparecer el tren, las bandas de música entonaron la Marcha Real y atronando el espacio resonaban los vivas de la muchedumbre.

Durante su paso por los andenes, hasta la salida de la estación, no cesaron los vítores y aplausos.

A la llegada al hermoso templo Catedral fué recibido el Prelado por la comisión del Cabildo y seguidamente se dirigió al Altar Mayor, donde oró unos momentos.

Una multitud compacta impedía el tránsito hacia el Palacio, cuidando del orden parejas del Cuerpo de Seguridad.

En dos filas se habían colocado en la entrada del Palacio Episcopal los seminaristas que se extendían hasta el patio y tras de ellos infinidad de personas pertenecientes a asociaciones religiosas, que ostentaban sus insignias.

Allí le esperaban el venerable Prelado D. Juan Muñoz Herrera que se hallaba en el salón de recepciones, acompañado del Cabildo Catedral y de los Párrocos para recibir al nuevo Obispo Auxiliar.

Al entrar éste en el salón donde se hallaba el señor Muñoz Herrera, dirigióse a él a toda prisa, saludándole efusivamente. Quiso el anciano Obispo levantarse de su asiento pero se lo impidió D. Manuel, diciéndole: No se levante, yo me hincaré de rodillas para que Vd. me abrace.

Y así lo hizo; los dos Prelados se unieron en estrecho abrazo y el anciano dió la bienvenida al nuevo y le mostró su alegría.

Fué un momento interesante y de sincera emoción.

Inmediatamente comenzó el desfile y durante la recepción el Sr. Muñoz Herrera mostrábase muy satisfecho repitiendo: Muy bien, ya veo que no ha faltado nadie.

Con una comida íntima de los dos Prelados terminó aquella memorable jornada.

... ...

Ya estaba en Málaga. La bella ciudad mediterránea le acababa de recibir en un Domingo triunfal de Ramos. Si en aquellas gloriosas jornadas con las que se iniciaba su episcopado, Dios le hubiera descorrido el velo de su calvario futuro, quizás abrumado de tanto dolor antes de pisar el dintel de aquel Palacio del que saldría alumbrado por las llamaradas de las hogueras, hubiera exclamado como Cristo: Que pase de mí este caliz.

¡Le dejaría tan pronto aquel Domingo de Ramos el paso libre a un prolongado Viernes Santo!... Junto a aquel anciano venerable trenzará las primeras espinas de su corona.

Pero no, él no tiembla; él quiere vivir como Cristo, siempre en cruz. Ayer en la cruz de su Sacerdocio; desde hoy... ¡clavado en la cruz de su pectoral!...

El Obispo de Málaga



«...mi episcopado, mi vida toda para el Abandonado del Sagrario serán».

Catedral de Málaga



Al salir de la Catedral el día de su entrada en Málaga



Málaga



1. — Vista parcial del interior de la Catedral

2.—El Cardenal Casanova, Arzobispo de Granada, con los Prelados de Málaga, Jaén, Almería y Guadix, asistentes a la Consagración de la diócesis al Corazón de Jesús

3. — Imagen entronizada sobre el Seminario

Bendición del Santísimo

4. — Palacio Episcopal

5.—El Sr. Obispo entre sus «chaveas»

6.—Vista parcial de la ciudad

CAPITULO XIV

LOS PRIMEROS PASOS DE SU MINISTERIO PASTORAL

1.º—*A conocer a sus ovejas.*
En un rinconcito del Palacio.
A recorrer la diócesis.
Administrador Apostólico.
Una toma de posesión emocionante.
Una distracción provechosa.
Trabajos y gozos pastorales.

2.º—*Palpando las llagas de Málaga.*
Su programa concreto.
Escuelas y Catecismos parroquiales.
«Hablemos de Escuelas».
Los Catecismos parroquiales.
Antes que Obispo había sido Párroco.

3.º—*El Administrador Apostólico ya es Obispo propio.*
Nombramiento de Obispo propio.
Un banquete simpático.
La diócesis para el Corazón Eucarístico de Jesús.

4.º—*Mirando hacia atrás.*
Otro «sablazo» episcopal para los niños de Huelva.
La primera visita a Huelva.
Huelva en Málaga.

I

A conocer a sus ovejas

SEÑÓ *Bispo, me decía la otra tarde un chicuelo que por el olor y el color de la cara y de las manos y por las muestras que ostentaba detrás de cada oreja debía ser por lo menos sargento de colilleros: —Señó Bispo, ¿cómo vamos?*

—Bien, hombre ¿y tú? —Pos yo la má de contento con osté... ¡Camará y qué Bispo mos ha caio!...

Y como ese no se cuantos me hablan, me preguntan, me acompañan y me dan su con Dios *de despedida...*"(1).

Los niños fueron los primeros en darse cuenta del Obispo que Dios le regalaba a Málaga; otros... ¡cuánto le hicieron sufrir!

No es de esta biografía el entrar en detalles sobre la lamentable situación religiosa de Andalucía, en aquella fecha, y sobre todo en aquel bello recodo del Mediterráneo, donde se iba formando, como arrastre de aluvión, una gran ciudad, con todas las consecuencias, funestas para la fe y la moral, de estos precipitados ensanches urbanos.

Una repercusión inevitable de esta situación alcanzaba también al propio clero de la Diócesis, que empezaba ya desde entonces a decrecer notablemente en número y a carecer de instrumentos adecuados para la conveniente preparación de sus futuros miembros.

Y esa decadencia de la vida eclesiástica, a la que

(1) «El Granito de Arena», 20-IV-1916, p. 20.

tanto contribuyeron las persecuciones repetidas de la segunda mitad del siglo XIX y las leyes desamortizadoras de Mendizábal, se dejaba sentir con síntomas más alarmantes en la Diócesis malagueña, por las circunstancias especiales que en ella concurrían.

El Prelado propio, ya en los años de su venerable ancianidad, podía derramar sobre su diócesis y sobre la parte más allegada de sus hijos aquellas lágrimas amargas que un día derramó Jesucristo sobre su ciudad de Jerusalén.

Imagínese el lector qué dura y áspera no sería la roca de aquel Calvario que la Divina Providencia había señalado al joven Obispo Auxiliar.

En un rinconcito de su Palacio

Vive humilde y recogido en la parte más modesta del Palacio...

¿No era él un siervo fiel de aquel Amo bendito, que ahora le quería subiendo la cuesta del Gólgota?

Junto a su dormitorio, separado por unas blancas cortinas, se ha colocado un pequeño altar y sobre él, en un modestísimo Sagrario, el divino Cirineo, sin cuyo auxilio hubiera sucumbido al peso de aquella cruz.

Todos los días visitaba a su Obispo, le consuela, recuerdan tiempos pasados y nombres familiares, ya que un Sacerdote, primo del anciano Prelado, en Antequera había casado a Don Martín y Doña Antonia; le ayuda en todo lo que puede, se le somete con toda humildad; pero, sin embargo, no faltaron quienes, valiéndose de las circunstancias y aprovechándose al mismo tiempo del cansancio de sus muchos años y achaques, intentaron sembrar la cizaña y la incomprensión en las mutuas relaciones entre ambos Obispos.

La cruz seguía proyectando su negra sombra sobre sus primeros pasos episcopales, y él amaba aquella cruz y se clavaba en ella en silencio y *sonriendo* para que nadie se apercibiera... Como lo supo vivir lo supo también escribir: "*¡La Cruz! Ella es también la que con el extremo que toca a la tierra va trazando el surco del sacrificio diario a cada Sacerdote de Jesús; con el que mira al Cielo le muestra su destino glorioso y en sus*

brazos abiertos lo llama a su puesto de honor, a su altar, que es el centro de su cruz. ¡Siempre en Misa como Jesús!" (2).

El Corazón de Jesús quiso, como lo quiere para sus predilectos, que probase el acíbar de la incomprensión, de las persecuciones más o menos veladas.

¿Por qué? Sencillamente, por la eterna lucha de la luz y las tinieblas.

Al llegar aquella hasta las madrigueras donde se hallaba agazapado el enemigo de todo bien y obligarle a salir, se revolvía contra el que lo lanzaba. Bien se le podían aplicar a él estas palabras del Salmo 119: "Con los que aborrecían la paz era pacífico. Cuando les hablaba se volvían contra mí sin motivo".

El, siempre atento, solícito en honrar y complacer a todos en cuanto le era posible, en cumplir su deber dulcificando cuanto pudiera ser gravoso para aquellos a quienes debía exigir algún sacrificio, tan amigo siempre de no molestar, de no herir, tan delicado, hubo de experimentar sufrimientos muy dolorosos.

Y es que Málaga necesitaba para salvarse una víctima que se sacrificara; él se ofreció generoso y fué aceptado.

Así se presentaba el joven Obispo en su nuevo campo de apostolado; no tiene más afán que *darse* a todos, hacerse todo para todos.

Sale por las calles andando; saluda a cuantos con él se cruzan en el camino... Cuando más adelante le regalaron una "berlina" y aquél célebre caballo blanco "Africano", aceptó el obsequio para poder ir todos los días al nuevo Seminario que está construyendo sobre un monte de las afueras.

Habla por las calles con los obreros y los pobres, los trata cariñosamente, los socorre y consuela en sus necesidades, se interesa por los enfermos y desamparados... "*Habrá habido otros Obispos más santos, más elocuentes, más sabios, más... de lo que sea, pero más en contacto con el pueblo que yo en Málaga, creo que no*". Así lo confesaba él ingenuamente hacia el fin de su vida, en un rato de expansión familiar.

(2) «El Rosario Sacerdotal», p. 67.

Por su gusto hubiera usado cruz pectoral de madera; y ya que no podía, la que más frecuentemente solía ostentar era una que le regaló la Adoración Nocturna, sin piedras preciosas, dorada y calada, con un Corazón de Jesús en el centro, por ser la más sencilla y de menos adornos.

Las insignias episcopales le resultaban algo así como enojosas. "*Qué bien estaría yo con mi sotanita negra*", exclamaba muchas veces. No le gustaba usar guantes y sólo se los ponía cuando así lo requería el ceremonial o la etiqueta. Había que comprarle la ropa sin decírselo, porque si se enteraba, siempre decía: "*Tengo de sobra*". "*¡Ay, nuestros padres San Pedro y San Pablo no tendrían estas cosas! ¡Qué manera de complicarle a uno la vida!*", exclamaba con gracia al verse revestido con todas las vestiduras episcopales.

Antes de su consagración, entregó a su Capellán "la bolsa" y ya no volvió a llevar nunca consigo ni un céntimo; tanto que muchas veces, cuando salían de viaje, decía bromeando: "*Como se quede D. Fernando en alguna estación y tenga yo que seguir solo, apurado me voy a ver sin dinero y sin billete*".

Y esta sencillez y humildad le acompañaron desde el principio hasta el final de su episcopado. Son innumerables las veces que él mismo salía a abrir la puerta cuando llamaban. Fácil es suponer la sorpresa de quien se encontrara con tan inesperado *portero*. Y cuando sus familiares, al darse cuenta demostraban su disgusto, respondía tranquilo y sonriente: —"*¿Y en qué cánon se le prohibe al Obispo que abra la puerta?*"

Otras veces, cuando llamaban por teléfono al preguntar: ¿Con quién hablo?, respondía él: "*Con un criado*". Y decía después, al referirlo con toda naturalidad: "*¿Pues no soy yo eso? un criado del Amo*". Y siempre poniendo en práctica con su resignación y su sonrisa aquello que después de ser consagrado le dijo al Capellán: "*Ya no tengo derecho a poner mala cara a nadie*".

A RECORRER LA DIÓCESIS

A los 25 días de su llegada a Málaga inauguró su ministerio en la Diócesis con la Santa Visita Pastoral a las parroquias de la ciudad, el 20 de marzo.

Dedicó una semana a cada parroquia en esta forma:

Lunes por la tarde, visita Litúrgica, según las normas del Pontifical Romano. Presentación de todas las Hermandades y Asociaciones establecidas en la parroquia. Confesiones de niños por los sacerdotes designados.

Martes: Misa de Comunión de los niños de las escuelas públicas y privadas. Por la tarde, administración del Sacramento de la Confirmación a esos niños y personas mayores.

Miércoles: Por la tarde, confesiones de niñas.

Jueves: Misa de Comunión para todas las niñas de las escuelas públicas y privadas de la feligresía, celebrándose en la Parroquia actos piadosos por la mañana y tarde, como preparación para el domingo, en el que el mismo Sr. Obispo celebraba la Santa Misa, predicaba y repartía la Sagrada Comunión a todos los fieles. Por la tarde del mismo día, visitaba el Catecismo parroquial.

En algunas Parroquias iba acompañado a la visita de las Escuelas por el Delegado Regio e Inspector de Primera Enseñanza, así como del Director Diocesano de los Catecismos por él nombrado.

El total de Confirmaciones administradas en las tres primeras Parroquias que visitó fué de 1.602 y el de Comuniones 5.089, siendo el total en las nueve Parroquias de la capital visitadas en esta primera vez, 8.025 y más de 10.000 Comuniones.

Acabada la Santa Visita a las Parroquias de la ciudad, dedicando a algunas más de una semana, y la árdua tarea de visitar todas las Escuelas públicas y privadas de la población, cuyo número era muy crecido, comenzó su Visita Pastoral a los pueblos, el día 4 de noviembre de aquel mismo año 1916. Empezó por el pueblecito de Benagalbón, cuya Parroquia hacía más de 80 años

que no había sido visitada por ningún Prelado, terminando este primer recorrido el 3 de diciembre, después de haber estado en 25 pueblos, algunos de ellos de los más grandes e importantes de la Diócesis y que llevaban también largos años sin la visita pastoral, por lo que es fácil suponer la tarea apostólica que en ellos tenía que desarrollar.

Administrador Apostólico

Iba a cumplirse el 25 de febrero de 1917 el primer aniversario de su llegada a Málaga y a cumplir él en este día sus 40 años, cuando recibió el nombramiento de Administrador Apostólico de la Diócesis.

El Nuncio de S. S., Monseñor Ragonesi, enterado de las dificultades que le impedían el necesario desenvolvimiento de su acción pastoral, le notificaba en nombre del Pontífice aquel nombramiento, firmado el 20 de enero de dicho año.

Con la plenitud de los poderes episcopales creció al mismo tiempo la responsabilidad del difícil y delicado puesto que le había asignado la Providencia.

Tuvo que seguir sorteando las mismas dificultades que antes, y, si cabe, aumentadas de peso y volumen, por tener que ser todas soportadas por sus solas manos. Sin embargo, el pleno ejercicio de su autoridad episcopal le facilitaba, en medio de las dificultades y las incomprensiones, el poder seguir una línea de gobierno más derecha y más llena de eficacia en sus resultados prácticos.

El Sr. Obispo D. Juan Muñoz Herrera, invitado por la Santa Sede a gozar de un merecido descanso, abandonó la capital y marchó a Antequera, su ciudad natal, a pasar junto a los suyos los últimos días de su larga y laboriosa vida.

En seguida se derribó la pared que dividía las viviendas de los dos Prelados, quedando para D. Manuel y sus familiares todas las habitaciones del departamento episcopal.

Una toma de posesión emocionante

En cama estaba don Martín acobardado por una pulmonía, cuando llegó hasta el lecho su hijo, diciéndole: "*Papá, el Sr. Obispo nos ha dejado su Palacio. Yo quiero que usted sea el primero en verlo y en tomar posesión de él*". Lo arropó en una manta, lo sentó en un sillón y ayudado de su hermana recorrió todos los salones con aquella dulce carga del padre enfermo.

—*Papá, todo esto es para que lo disfrute usted... si... para usted.*

Don Martín sin darse apenas cuenta de aquella cariñosa entrada triunfal que sus hijos le proporcionaban, enjugándose las lágrimas, y volviendo hacia ellos los ojos, después de vagar por los tapices y los espejos y las arañas de aquellos salones, no hacía más que decir, vivamente conmovido:

—¿Para mí?... ¿Todo esto para mí?...

Pobre anciano, poco había de disfrutar aquel Palacio. En el cementerio de Huelva se quedó su esposa y dentro de unos días en el Camposanto de Málaga reposarían sus huesos.

... ...

Después que el Sr. Obispo hubo ordenado la distribución de las habitaciones del Palacio, reanudó el 5 de marzo de aquel mismo año la Santa Visita Pastoral. Por segunda vez la hará en las parroquias de la ciudad para administrar el Sacramento de la Confirmación.

Mas su actividad tuvo que sufrir una breve interrupción muy dolorosa.

Agotado su padre por aquella grave pulmonía, que durante casi tres meses, le dió ocasión de sufrir y merecer, llegó al trance de la muerte.

Don Martín, el anciano bondadoso de 78 años, comulgaba diariamente, aún dentro de aquella enfermedad; pero el día 29 de marzo, viendo el estado de suma gravedad en que se hallaba su padre, le administró su mismo hijo y Prelado, por última vez la Sagrada Comunión, a las tres y media de la madrugada.

A las cuatro y treinta celebró la Santa Misa en la habitación del enfermo usando del Privilegio concedido a los Discípulos de San Juan.

Durante todo aquel día el querido enfermo estuvo agonizando lentamente, hasta que a las ocho de la tarde, aquel mismo día 29 de marzo de 1917, Viernes de Dolores, entregó plácidamente su alma en manos de su Creador.

Fácil es suponer la herida que abriría en el corazón del cariñoso hijo, con quien siempre había convivido, la pérdida de aquel padre cristiano y ejemplar, que había tenido el consuelo de verse asistido hasta sus últimos momentos por un hijo del que siempre se había sentido santamente orgulloso.

Toda la ciudad de Málaga y su Diócesis testimonió al Sr. Obispo la expresión de su más sentido pesar y el afecto que le unía con él. Los sufragios numerosísimos no sólo de las personas mayores, sino de una gran cantidad de niños de los colegios y catequesis, fué un delicado consuelo para su pena.

Cuando volvía del entierro, un chaveíta malagueño, al contemplar la tristeza de aquel rostro donde se había apagado la sonrisa, comentó: "Hoy no se ríe el Señó Lobispo" (3).

Sospechó el pequeñín el dolor que le cerraba los labios y le hacía enmudecer serio delante de los niños que eran siempre sus mejores amigos.

Lo que nunca quizás supo el simpático *chaveíta* es que aquel Obispo que sonreía tanto, las más de las veces lo hacía *sorbiéndose las lágrimas.*

Pero no era él aquel que ante el dolor se acobarda, no, pronto se rehacía de aquellos golpes y volvía de nuevo a su tarea con nuevos bríos apostólicos.

Al mes, otra vez vuelve a hacer la Santa Visita Pastoral, pero ahora serán los pueblos los que recibirán a su Pastor. Teniendo una gran parte de montañas y sierras la Diócesis de Málaga, en aquella época en que aún carecían muchos pueblos de carretera hubo de emplear frecuentemente caballerías para llegar a no pocos de ellos, situados algunos en lugares tan bellos para el recreo de los ojos, como peligrosos para el acceso.

---

(3) «Sembrando granitos de mostaza», p. 110, 3.ª ed.

A este propósito recordamos esta anécdota contada por el Sr. Obispo:

"Tenía y tengo a mi lado y solían acompañarme en mis visitas a los pueblos de esta montuosísima Diócesis, dos personas a las que bien se les podría dar el nombre de Capitán General de la Sierra, al uno y de la tierra llana al otro, mi Secretario y mi Mayordomo.

Apenas divisábamos una altura o nos la empezábamos a comer *paso a paso, surgía la nunca acabada cuestión: ¡Qué cosa más ideal! ¡qué panorama! ¡qué postal se sacaba de ahí! exclamaba beatíficamente desde lo alto del mulo el* serranófilo; *y haciéndole coro, o más bien* contrapunto *iba diciendo o murmurando el* llanófilo: *¡Cuidado con el gusto! ¡Qué lástima de paliza se perdió el que puso este pueblo en medio de estos precipicios! ¿Y esto es ideal? ¡Sí, para irse al otro mundo sin médico y sin medicina!...*

A lo mejor, del coro se pasaba al diálogo: —Diga usted, ¿no es hermoso este paisaje? grita el uno, mientras nos ponemos en fila para perdernos por un desfiladero, o para bordear un picacho por una cornisa de poco más de un palmo.

—¿Hermoso? Y tengo ya indigestión de peñascos negros y de batacazos más negros todavía, responde el otro con el humor más negro aún.

—¿Usted ha visto una cosa más monótona y más inaguantable que la tierra llana? ¡Siempre el mismo horizonte, el mismo camino, el mismo...!

—Yo, sí señor, esta barbaridad de caminos que vamos andando por misericordia de Dios y lástima de estos animalejos... ¡Sí, aquí no hay otra cosa que hacer que el acto de contrición!

Y con jaculatorias parecidas y con argumentaciones, hasta teológicas, en pro y en contra, íbamos echando atrás cerros y más cerros, sin que hubiéramos conseguido llegar al término del debate.

Y la verdad es que yo veía difícil la avenencia, porque uno y otro presentaban argumentos, casi, casi, insuperables que a mí mismo, hijo de la tierra llana y admirador ferviente de la montaña, me dejaban perplejo" (4).

(4) «Un sueño pastoral», p. 98.

Su llegada a los pueblos se esperaba con una impaciencia indescriptible.

Había hambre de Dios en aquellos pueblos abandonados, sin Sacerdote, muchos de ellos corrompidos por una antigua siembra de malos ejemplos, a los cuales hacía muchos años que no podía llegar el anciano pastor.

Su llegada era una explosión de franca y sana alegría.

Aquel Obispo no era un personaje serio al que no se le podía ni mirar la cara, era un Padre cariñoso, que hablaba con todos, y que por todos se interesaba.

En estas visitas pudo él palpar las llagas inmensas que la ignorancia y la inmoralidad habían causado en el alma de aquel pueblo sencillo que se le venía cariñoso a las manos.

Salpicadas de graciosas anécdotas de estas visitas están las páginas de sus libros.

Leamos algunas... Sea la primera este comentario de un corro de comadres y compadres de un pueblo sobre la persona del Obispo que hacía su Visita Pastoral.

—"*Pos no tié mucho paresío que digamo con el-lotro que vino cuando yo era chico.*

—*No, paresío sí tiene arguno; en lo arto y en lo gordo. Ahora, lo que yo digo é que no debe sé hijo, sino nieto del lobispo aqué...*

Aquellas pobres gentes estaban perfectamente persuadidas de que los Obispos eran una sola familia con transmisión de padres a hijos.

¡Casi, casi como si estuviéramos aún en el Antiguo Testamento!

Dios mío, Dios mío, a Ti, que eres invisible, ¿cómo te conocerán y qué sabrán de Ti?" (5).

¡Cómo lamentaba los estragos que producía en los pueblos aquella escasez de sacerdotes en su Diócesis! ¿A dónde irían a parar esas pobres almas?...

"*Tres frases os representarán los escalones de un abismo.*

—Señón Padre, *me decían en un pueblo que por primera vez se quedaba sin cura* suyo ¿cómo quié osté que

(5) «Sembrando granitos de mostaza», p. 62, 3.ª ed.

seamos, si acá estamos como los perros? ¿Sin un triste Padre Cura y sin Santísimo Sacramento? —Señó Obispo, *insistía una buena mujer del pueblo,* ¡que esa lamparita apagá nos tiene apagá la vía! *¡Ese pueblo todavía creía y amaba!*

Otra frase y otro escalón:

—Déjelo Vd., que aquí, después de todo, no hace falta eso, *decían con desdén los vecinos de otro pueblo sin Cura al Sacerdote que mandé para que consumiera las Sagradas Formas y dejara vacío el Sagrario, ya mucho tiempo sin servir.*

¡Allí no se creía ya!

Otro escalón:

Visito un pueblo de campo rico y sin vías de comunicación que llevaba ya más de treinta años sin Cura suyo:

—¿Y la Iglesia?, pregunto.

—¿La Iglesia?, *me respondieron unos vecinos extrañados de mi pregunta y de mi presencia.* —¿La Iglesia? ¡Cómo nos habían dicho que ya no se estilaba eso, cada uno se llevó lo que pudo y entre todos nos repartimos los materiales!

¡Allí se vivía ya a lo salvaje!

Ahí van llegando y llegarán, tarde o temprano, los pueblos que se quedan sin Cura o sin contacto con él. ¡A pesar de sus luces eléctricas, sus telégrafos, sus radios, sus armamentos y su cultura! (6).

Por eso él en aquellas visitas se multiplicaba, mandaba por delante Misioneros y Marías y el día de las Confirmaciones era una misión comprimida.

No tenía un momento de reposo. Los niños que instintivamente se dan cuenta de quién los quiere no se apartaban de él y envuelto en aquella turba infantil caminaba de acá para allá, gozoso él de tan bullanguera compañía y orgullosos ellos de prestarle tan cariñosa escolta.

¡Y que no se daban pronto cuenta aquellos avispados niños andaluces con una sangre de fuego y una ima-

---

(6) «El decrecimiento de las vocaciones sacerdotales y sus causas», p. 7.

ginación veloz como el relámpago, que aquel Obispo era suyo, el Padre de los chaveítas!

Por eso se sentían con derecho hasta a descargar sobre sus sufridos pies, pugnando por tenerlo más cerca, una lluvia de menudos pisotones.

Una distracción provechosa

"Terminaba la Visita Pastoral en uno de mis pueblos y, según costumbre, daba el último adiós al Jesús del Sagrario Parroquial.

¡Tiene un Obispo tantos encargos que dejar y tantas peticiones que hacer al Jesús de cada Sagrario que visita!

Según costumbre también, un turbión de niños y niñas, que desde la llegada hasta la salida del pueblo son los inseparables del Obispo, se hincan de rodillas conmigo delante del Sagrario con un silencio muy relativo y con una cantidad bastante alzada de empujones y protestas contra los que quieren estar más cerca del Sagrario y del Obispo.

Entorno los ojos y preparo los pies para recibir los menos pisotones posibles y, como puedo, comienzo mi oración de despedida.

En no pocos pueblos la actitud del Obispo impone suavemente recogimiento y silencio a los bulliciosos acompañantes, pero como nota encantadora de fe penetrante e ingenuidad deliciosa traslado el diálogo desarrollado en uno de estos pueblos en ese ratito de Sagrario.

--Oye, mía tú, dice en voz baja una chiquilla a su compañera, el Señolobispo saqueao dormío.

—Pobretico, estará ya errumbiao de tanto trajiná.

—Quitayá, interviene una tercera, si no está dormío, sino que se está hasiendo el dormío...

—¡Hasiéndose el dormío! ¡Por lole! míalo y tiene ya la cara de está hablando con los angelitos y tó.

—Pos yo digo que dormío no está.

—Entose ¿por qué tiene los ojos tan serrao?

—¡Toma! Porque asín ve mejón al Señó.

—Sí, sí, porque tú quieras ¿de mó y manera que pá ve mejón a una persona se cierran los ojos?

—¿En qué tierra ha visto tú eso?

—¡Pos sí, por sí, y pos sí!, ¿te entera? ¿Tú crees que el Señó se ve con los ojos de la cara como a toa la gente? Al Señó que está ahí no se ve má que con lo que tenemos aquí dentro...

¿Tenteras? ¡Por eso, cuando una comurga se quea con los ojos serrao! pa eso, pa vé y pa oí mejón al Señó que ha entrao adentro de una...

Una nueva irrupción de público menudo cae sobre las disertantes y sobre mí, y, cortando el paladeo de aquellas mieles de doctrina excelsa sobre la oración tengo que levantarme y partir" (7).

Trabajos y gozos pastorales

Había también en su Diócesis, algunos oasis religiosos, donde se conservaba la fe tradicional de esta cristiana Andalucía del Rosario de la Aurora y del Bendito. Uno de esos era Almáchar al que por vez primera visitaba.

Imposible de todo punto narrar la explosión de entusiasmo de estas sencillas gentes al ver por vez primera al joven Prelado, que revestido de Pontifical subía las empinadas y engalanadas callès entre atronadores vivas y derroches de alegrías y de cánticos. El señor Obispo que daba señales de estar hondamente conmovido, manifestaba en fervorosa y pastoral alocución al pueblo de Almáchar lo que su corazón de Padre y Pastor sentía en aquellos momentos: Decía que quisiera tener voz que llegara hasta el mismo cementerio y que le oyeran los muertos para darles las gracias por haber dejado en este pueblo una generación tan cristiana, siendo difícil encontrarla igual en otros pueblos... Aquella noche celebró la Adoración Nocturna del pueblo vigilia solemne general y extraordinaria, y a las cinco de la mañana el señor Obispo celebró la Santa Misa, en la que predicó llenando de fervor eucarístico los corazones de los adoradores y de otros muchísimos fieles que llenaban el templo. Cuatrocientos hombres se acercaron al sagrado convite y el número de mujeres era

(7) «Sembrando granitos de mostaza», p. 132, 3.ª ed.

mucho mayor. En otra segunda Misa pasaron de 200 los niños y otros fieles que comulgaron; y, más tarde, aquel pueblo, como todos los que visitaba, pudieron contemplar la figura del Obispo catequista, rodeado como el Divino Salvador, de numerosos niños y niñas, dándoles una lección de doctrina cristiana de una manera gráfica.

Solemnísima fué también la Santa Visita de Olvera, en mayo de aquel mismo año; en este pueblo, cabeza de Arciprestazgo, a donde acudieron feligreses de cuatro pueblos vecinos, llegó el número de confirmaciones que administró al de 3.400.

Pasados los grandes calores del estío, volvió en septiembre a reanudar la Santa Visita yendo entre otros pueblos, por los de la Serranía de Ronda, en cuyo Arciprestazgo confirió 5.600 confirmaciones; en noviembre, visitó los Arciprestazgos de Archidona y Torróx y en este pueblo hizo 1.794 confirmaciones.

II

Palpando las llagas de Málaga

Pero en medio de los cariñosos recibimientos, de los férvidos entusiasmos y vivas tan propios de aquella tierra meridional ¡cuántas veces, como Jesús en su entrada triunfal tenía que llorar su corazón ante la miseria moral y espiritual de tantos pueblos...! ¡Ante tantas almas como rebaños de ovejas sin pastor, por la angustiosa escasez de clero, que ya desde entonces tanto se hacía sentir en aquella Diócesis!...

Más si la mayor parte de sus visitas a los pueblos eran para su corazón motivo de pena, no le faltaban también muchos consuelos.

El número de almas convertidas a Dios mediante aquellas Misiones de que hacía preceder la Visita Pastoral era a veces muy crecido.

El señor Obispo no sólo predicaba y daba el catecismo a los niños, a aquellos sus chaveítas de los que tantas y tan graciosas anécdotas nos ha dejado escritas, sino que, además se sentaba en el confesonario y administraba el Sacramento de la penitencia a cuantos se le acercaban. También visitaba los enfermos socorriéndoles material y espiritualmente.

En algún pueblo en que empezó a ejercer esta obra de misericordia se dió el caso de que al enterarse la gente de que iba a socorrer a los enfermos, se metían en la cama muchos sanos. El, al entrar, con disimulo echaba a un lado el embozo y los veía vestidos; por

lo que en aquella circunstancia tuvo que suspender esas visitas.

Da una idea del estado en que se encontraban algunos pueblos y algunas parroquias de los barrios extremos el hecho de que en aquellas visitas pastorales tuvo que administrar el Sacramento del matrimonio a tandas de ochenta a doscientas parejas. Se dieron estas escenas: Delante del Presbiterio colocaba a las parejas convenientemente preparadas, de los que debían casarse; y el mismo señor Obispo les iba preguntando, dirigiéndose o señalando a cada uno y a cada una: ¿Usted quiere a ésta (señalando a la individua) por su mujer (o esposa)? y luego a ella: ¿Vd. quiere a éste (señalándolo) por su marido? Obtenido el consentimiento, les decía que se dieran las manos, y una vez terminado esto les echaba a todos las bendiciones nupciales. ¡A ese procedimiento tuvo que recurrir en algunas ocasiones!

Una de las manifestaciones del celo pastoral del señor Obispo, fué las reformas introducidas en el "Boletín Oficial del Obispado". Quiso que fuese el libro de la *familia diocesana,* aspirando a que se buscase con interés por *todos;* no sólo por los sacerdotes, sino aún por los seglares católicos.

A este efecto invitó a colaborar en él a beneméritos sacerdotes diocesanos encargándoles de las diferentes e interesantes secciones con que amplió el órgano eclesiástico de la Diócesis, y que eran como la pauta de sus ideales restauradores.

Su programa concreto

Mas todo este programa de su ministerio lo concentraba en preocuparse inmediata y preferentemente de la formación y perfeccionamiento de estos tres sectores de almas: Los sacerdotes, los niños y las almas que aún conservaban la fe más o menos amortiguada, consecuente con su principio de que "*es más fácil, práctico y provechoso empezar a trabajar por el retorno a Jesucristo preparando el de los que están más cerca de El que el de los que están más lejos*". Quería preparar la *levadura* sin la cual no podría *fermentar la masa.* A este plan obedecía su incesante labor por la santificación y

mejoramiento, en todos los órdenes, del Clero malacitano y de su Seminario, objeto principalísimo de sus predilecciones desde que empuñó el báculo pastoral. A ese mismo plan obedecía su deseo de crear escuelas parroquiales netamente eucarísticas y de urgir y fomentar las catequesis de niños y adultos en todas sus formas; y a ese mismo plan, por último, obedecía la institución de Misioneros Eucarísticos que recorriesen los pueblos casi incesantemente para formar o conservar núcleos de almas selectas que fuesen la base y el sostén de la piedad y las obras de celo parroquiales, a las órdenes de sus respectivos párrocos.

Como otros capítulos se dedicarán a la obra del Seminario y de los Misioneros Eucarísticos, nos limitamos en este a decir algo de

Las Escuelas y Catecismos parroquiales

Plenamente convencido por propia experiencia de la necesidad de crear a la sombra de la parroquia escuelas netamente cristianas, acariciaba el proyecto de establecerlas, bajo la inmediata y exclusiva dirección del Párroco.

En estas escuelas, que serían semilleros de buenos cristianos e hijos de la Iglesia, en mal hora abandonada, recibirían los niños la educación y enseñanza del Sacerdote o de personas escogidas por él y aptas para esta misión transcendental.

Propuso la idea al Clero de la Diócesis y, amigo, en frase suya, de "*no esperar sentado sino andando*" se comprometió por primera providencia a subvencionar con pensiones mensuales toda Escuela Parroquial que creasen sus párrocos, preocupándose principalmente de establecerlas en los poblados más apartados de la Parroquia.

Honda preocupación y tristeza causaban en su paternal corazón el abandono espiritual en que se hallaban innumerables hijos suyos, ya que algunos de estos poblados comprendían más de mil almas en la más deplorable incomunicación.

Y no contento con ofrecer subvención a esas escuelas, para obviar dificultades que habían de surgir con la es-

casez de locales adecuados, concedió autorización para que pudiesen habilitar para escuelas locales que fuesen propiedad de la Iglesia, incluso capillas y ermitas, que no quedarían profanados por darles tan hermoso destino.

El Sr. Obispo hizo un elenco de las condiciones en que se habían de crear y funcionar estas escuelas, y que, por revelar la perspicacia de su genio organizador y el don difícil de hacerse cargo de las necesidades prácticas, no resistimos al deseo de insertarlas en uno de los apéndices al final de este libro.

Era tal el interés y el tesón que ponía en urgir estas disposiciones sobre escuelas y catecismos parroquiales, que en una junta celebrada con todos los directores de centros catequísticos de la ciudad, llegó a decirles, que era tan decidido su empeño de proseguir esa obra que *"de hoy para siempre debía saberse que hasta su pectoral y su anillo estaban a la disposición de los catecismos, pues prefería desprenderse de sus insignias episcopales antes que dejar morir a un solo catecismo por falta de recursos pecuniarios"*.

Aquella labor pastoral del Sr. Obispo, tan urgente y al mismo tiempo tan difícil de realizar, se vió coronada con el éxito en muchos casos, no sin antes haber tenido que vencer serios y casi insuperables obstáculos.

Se establecieron no pocas escuelas, sobre todo, en poblados que carecían de ellas, y se comenzó una obra de recristianización que era inaplazable.

Pasamos por alto la catalogación detallada de toda la labor realizada en este sentido y solamente vamos a espigar un ejemplo o caso práctico, en que lo vemos a él moverse y actuar directamente en ese terreno, tan connatural a su celo pastoral (8). Oigámosle de nuevo:

"HABLEMOS DE ESCUELAS"

¡Y vaya si es fecundo el tema!

¡Como que ando yo buscando un cronista escolar *que cuente con* color, olor, *y* sabor *las no escasas peripecias*

(8) «Boletín Oficial del Obispado» de Málaga, 1917, p. 323.

a que van dando lugar estos planes y proyectos de Escuelas Parroquiales *en toda la Diócesis de Málaga!*

¡Como que en estos días mi mesa, más que de Obispo, parece la de un inspector de escuelas primarias!

Los Curas Maestros

Como dato consolador quiero registrar que ya hay varios párrocos que han contestado a mi ofrecimiento de subvenciones para Escuelas Parroquiales, anunciándome que puesto que sus ministerios les dejan tiempo, ellos mismos están dispuestos para ser los maestros de sus Escuelas.

Una visita al barrio de Huelin

Días pasados disfruté en la visita que hice a las Escuelas Parroquiales de niños una y de niñas otra, que se están preparando en el barrio de Huelin de aquí de Málaga.

Gracias a la mágica influencia de la escobilla de blanquear *y a la buena ración de gráficos pedagógicos que van estampando en los blancos muros los improvisados pinceles que ví manejar al propio Párroco y al Maestro que será de las Escuelas el Presbítero Sr. Meco, ayudados por el padre y el hermano de aquel y hasta el monacillo de la Parroquia, los desconchados y destartalados almacenes y el inculto corral, alquilados para Escuelas, van tomando aspecto y* categoría *de tales.*

Verdad que con todos los arreglos y retoques de cara, las chinas *del pavimento del patio y de la clase de niñas lo mismo pueden servir para herir las rodillas de un cristiano que para pertrechos de guerra en las* pedreas *famosas de nuestros* chaveas, *y que el sistema de conducción de aguas merece* patente *de invención, y que de cristales están allí tan escasos como abundantes de polvo, humo de fábrica y viento, pero... también es verdad que no son mejor acondicionadas las casas de los pobres vecinos ni aún la del* Vecino mayor, *el Jesús Sacramentado de la Parroquia. ¡Qué Parroquia! Y que lo que falta de comodidades y pulimentos arquitectónicos lo da el*

Corazón de Jesús con creces en aire, luz, sol y agua salada. ¡Como que tiene el mar a treinta metros!

Por cierto que una de las recomendaciones que más hice, el despedirme, al Párroco y al Maestro es que no dejaran entrar en las escuelas niños ni niñas que no hubiesen pasado antes por la acción de cinco minutos *de caño libre de agua...*

¡Qué caras y qué manos, me rodeaban en súplicas de estampitas y medallas!

¡Y el mar tan cerca!

En suma, que dentro de unos días el gran letrero de la fachada "Escuelas Parroquiales del Corazón de Jesús" y en medio del patio la imagen del Amo, todo lo más grande y con los brazos abiertos que se pueda encontrar, o mejor, que quieran regalar, *cobijará a más de un centenar de chiquillos y chiquillas peleando a brazo partido con la* roña *presente y futura del alma y del cuerpo*" (9).

Los catecismos parroquiales

Eran el lugar preferente de sus visitas. Los domingos iba recorriendo cada uno de los Catecismos parroquiales de la ciudad. De estas visitas nos cuenta él mismo con su habitual gracejo y sinceridad: "*¡Bendito sea el Amo (escribía a los pocos meses de su entrada en Málaga) por haberme dado en los Catecismos una compensación tan amplia como aliviadora a la vida de Obispo tan llena de prosa indigesta!*

¿Querréis creer que cuando me veo rodeado y casi ahogado de papeles mojados en acíbar y abrumado de asuntos enojosos, respiro esperanzado pensando en los Catecismos del domingo?

¡Me siento tan a gusto en medio de las turbas de chiquillos, tan alegres, tan decidores, tan graciosamente indiscretos, tan sin doblez, ni hipocresía, tan ufanos y pagados de una mirada, una sonrisa, una medallita de su Obispo, que entre un Pontifical de los más solemnes y un rato de Catecismo opto por este con los ojos cerrados y sin vacilar! ¡Se siente uno tan cerca del Cora-

(9) «Boletín Oficial del Obispado» de Málaga, Octubre, 1917.

zón de Jesús al lado de los niños y aun me atrevería a decir, se siente uno tan Corazón de Jesús al tado de ellos!

Como sé la hora en que se da el Catecismo en cada Parroquia de la capital, sin previo aviso, que quitaría espontaneidad a la visita, me presento, o mejor, me aparezco *en medio de mis* chaveas *y... ¡qué caras de alegre sorpresa! ¡Josú, el señó Bispo! Como ya saben ellos que los voy conociendo de cara y de nombre, no faltan quienes destacándose de los demás y con aire de antiguos amigos me largan un* hola *o un* güenos días *o un "el otro día lo ví yo a su Lustrísima que pasó por mi casa..."*

En fin, que nos entendemos."

... ...

"Decididamente, aquí anda ta mano del Amo bendito. Dejo en Huelva centenares de niños queriéndome con toda su alma y tratándome no como a los padres, sino como a las madres, con más confianza que respeto, y llego a Málaga y me encuentro no con centenares, sino con miles de chiquillos que me miran y me tratan exactamente igual que los de Huelva, como si siempre me hubiesen conocido...

Ni los hábitos morados que siempre imponen, ni el acompañamiento que suele rodear a los Obispos, ni la extrañeza de la cara y de la persona, nada ha impedido a estos chaveillas *de Málaga acercarse a mí como si estuvieran ellos y yo en el mismísimo patio de juego de las Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús de Huelva.*

Como en el mes y pico que llevo en Málaga, habré visitado unas cuarenta escuelas y varios catecismos, oigo a los niños muy frecuentemente decir: Ese es el Obispo de mi escuela; a mí me conoce ya.

¡Cómo me hacen gozar esas confianzas tan ingenuas y cómo me hacen alabar al Corazón bendito de Jesús esas cariñosas aproximaciones en las que tan cerca se siente a El y de las que tanto bueno para la educación cristiana del pueblo se puede esperar!" (10).

---

(10) «El Granito de Arena», 20, Abril, 1916.

Antes que Obispo había sido Párroco

Si no podían menos de acusarse en el Sr. Obispo los rasgos característicos del catequista, tampoco podían disimularse sus experiencias de párroco, como muy bien puede apreciarse en el tono de sus cartas pastorales, de sus órdenes y avisos al Clero de su Diócesis.

Una de las recomendaciones que más frecuentemente les hacía a los párrocos, era la de que estuviesen sentados en sus confesonarios al amanecer, hubiere penitentes o no, como medio de resurrección de una parroquia, cosa que él tenía bien experimentada con pruebas propias y ajenas.

Muy frecuentemente les urgía en este sentido. Véase una de ellas:

"Con todo encarecimiento y por el Corazón de Jesús pedimos a nuestros amados cooperadores en la cura de almas que, al menos en tiempo de cumplimiento pascual, abran sus iglesias lo más temprano que puedan, lo más tarde, a las seis; que esperen sentados en sus confesonarios, vengan o no vengan penitentes y que en nuestro nombre pidan y manden, si es preciso, a los sacerdotes a sus iglesias adscritos que se sienten diariamente en el confesonario.

Seguros estamos de que la experiencia de los beneficios que a las almas reportan estas facilidades del culto tempranero, les moverán a seguir todo el año imponiéndose este tan fecundo sacrificio."

Ese mismo encargo lo repetía casi todos los años por Cuaresma, aparte de que constantemente lo encarecía.

El mismo daba el ejemplo cuando se hallaba de Santa Visita por los pueblos, sentándose diariamente en el confesonario; en gran número acudían los fieles que deseaban confesarse con el Prelado.

A su incesante labor pastoral, tanto en la ciudad como en los pueblos de la Diócesis, que visitaba frecuentemente, y a su plan más concreto de mejoramiento de la formación y de la vida del clero en todos sus aspectos, de la enseñanza del Catecismo y del fomento de la vida espiritual de los núcleos parroquiales de fieles, iba unido su trabajo incesante por la moralización

de las costumbres populares y por las obras de beneficencia.

Si bien, prefería emplear para la corrección de abusos los medios suaves y convincentes, no dejaba de utilizar también un saludable rigor cuando aquellos no bastaban. Como ejemplo puede citarse el caso de que, habiendo prohibido a las Hermandades que, con el fin de allegar recursos, organizasen festivales con bailes y diversiones inmorales, destituyó a la Junta de gobierno de una de esas Hermandades por haber contravenido esa disposición, y a otra castigó también por haber anunciado públicamente cierto festival en que mezclaba la exhibición de la Santa Cruz con bailes y divertimientos profanos, vigilando para que las procesiones de la Semana Santa tuviesen el carácter de piedad que les corresponde y poniendo cuantos medios podía para evitar abusos o deformaciones de lo que deben ser estos actos.

III

El Administrador Apostólico ya es Obispo propio

El 26 de diciembre de 1919 moría en la paz del Señor, en su ciudad natal de Antequera, el ilustre Obispo de Málaga, Dr. D. Juan Muñoz Herrera, a la avanzada edad de 84 años.

El Sr. Obispo Administrador Apostólico, al anunciar la muerte del Prelado a sus diocesanos, les decía: *"...Cuando el Sumo Pontífice, deseoso de honrar al egregio finado, nos designó sin consultar nuestra voluntad para que le ayudáramos a llevar la carga que supone el ministerio pastoral, y luego para que Nos la lleváramos solo, fué motivo de aliento para nuestra alma la consideración de que trabajaríamos para que descansara el Prelado de quien tanto y tan bien habíamos oído hablar a nuestros padres; y en las angustias y sinsabores que forzosamente ha de traer consigo la gobernación de una diócesis como esta, siempre hemos pensado que llevando en nuestros hombros el peso de esta cruz aligerábamos la que a tan preclaro varón correspondía."*

El cadáver del venerable Prelado, hechas las honras prescritas por el ceremonial, fué llevado a Málaga e inhumado en la Capilla de Nuestra Señora del Rosario, en la Santa Iglesia Catedral.

Nombramiento de Obispo propio

El día 22 de abril de 1920 en el Consistorio secreto, Su Santidad Benedicto XV nombraba al Obispo de Olim-

po y Administrador Apostólico de Málaga Obispo propio de la Diócesis e Iglesia malacitana.

Al recibirse la noticia se echaron a vuelo las campanas de la Catedral y desde ese momento fueron incontables los parabienes y felicitaciones que el Clero y el pueblo hicieron llegar al Sr. Obispo, a la sazón ausente.

De regreso de su viaje, el Clero y pueblo malagueño le tributaron un entusiasta y cordial recibimiento acompañándole hasta la Catedral donde, después del solemnísimo Tedeum y demás actos prescritos por el ceremonial, el Sr. Obispo dirigió a sus hijos un sentido saludo en que resplandeció su profunda humildad, su amor a sus ovejas y el programa de su episcopado.

Después, acompañado de los fieles, se dirigió a la tumba de su venerable antecesor, el Excmo. y reverendísimo Sr. D. Juan Muñoz Herrera, en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, donde oró por el eterno descanso de su alma.

En la primera carta pastoral que, como Obispo propio de la Diócesis de Málaga, dirigió a sus hijos hacía constar que había sido designado para la sede malacitana si no contra su voluntad, que eso sería ofensa para el cariño que la Diócesis le profesaba, sí sin su voluntad y sólo por la voluntad del Papa.

Cuatro años habían transcurrido desde que hizo su entrada en Málaga como Obispo Auxiliar y tres de su nombramiento como Administrador Apostólico.

No necesitaba, por tanto, hacer la presentación a sus diocesanos quien tanto y tan estrechamente los había tratado, pero no obstante, quiso aprovechar la primera página que como Prelado propio les escribía para reafirmar de un modo explícito y solemne su programa episcopal. Ese programa estaba íntimamente unido al lema de su escudo de armas episcopales: Borrar el *no* con que termina el mote, tomado del salmo 68 “Busqué quien me consolara... y no lo hallé”.

Esa queja que aplicaba al Corazón de Jesús en sus Sagrarios estaba siempre hiriendo su corazón. Por eso su mayor anhelo y el programa de su episcopado no podía ser otro que acabar con ese *no* tan triste para su alma y tan funesto para su pueblo.

Con el nuevo lazo con que la Divina Providencia lo unía más fuertemente a la Iglesia malagueña, el celoso Pastor se sentía por nuevos títulos más obligado a intensificar, si fuera posible, sus desvelos y esfuerzos para regir con justicia y amor la numerosa grey confiada a su solicitud.

Quiso que la Virgen Santísima de la Victoria, Patrona de Málaga, fuese la Madrina de sus bodas con la Diócesis malacitana, y a fuer de hijo y *ahijado* tomó con verdadero empeño restaurar el culto de la Patrona e intensificar más la devoción del pueblo malagueño hacia su excelsa Madre.

El primer acto que presidió como Obispo propio fué una solemnísima procesión de la Santísima Virgen de la Victoria que fué un renacer del fuego de la devoción a la Patrona.

En una espléndida función que hizo se celebrase en la Catedral, en honor de tan excelsa Patrona, declaró el Prelado que la tomaba por Madrina y se imponía la gratísima obligación de asistir a la Salve que en su honor se cantaba todos los sábados en su templo.

Así continuó, incrementando por todos los medios el fervor por la Patrona, siendo secundado eficazmente por los fieles malagueños.

Un banquete simpático

Para celebrar su toma de posesión de la sede malagueña como Obispo propio, quiso, con un rasgo característico suyo, que en vez de un banquete oficial a las autoridades, se diese un gran banquete a los niños pobres de la capital.

"*No sabríamos, no podríamos* —escribía— *gozar en un banquete suculento y pomposo de un número reducido de ilustres comensales, sabiendo que la mayor parte de nuestros hijos no comen o comen mal. Y ved cómo se nos ocurre realizar este nuestro deseo. En vez de sentarnos los de ese reducido número a la mesa, alargamos ésta cuanto más podamos, sentamos en esa mesa larga como nuestro cariño, a unos cuantos miles de niños pobres y que ellos se alegren comiendo y nosotros nos alegremos y nos honremos sirviéndoles...*

Pero, antes de esa comida para el cuerpo, queremos darles otra comida para el alma ¡la Sagrada Comunión! ¡El mejor y más suculento banquete!

¿Lugar para ambos banquetes? Para el del alma la casa de nuestra Madre de la Victoria. Las alturas de nuestro Seminario... para la del cuerpo."

Y en efecto, el domingo, 17 de octubre, más de tres mil niños, en el templo de la Patrona asistían acompañados de sus maestros y familiares, a la Misa que celebraba su Obispo y recibían la Sagrada Comunión por manos de diez sacerdotes con el mayor orden y devoción, mientras centenares de voces infantiles cantaban al Señor...

Y conmovido ante aquel espectáculo el Sr. Obispo les hablaba con frases caldeadas por el entusiasmo, diciendo que las dificultades innumerables del gobierno de la diócesis no le amedrentaban, considerándose en aquellos momentos como reconquistador de la espiritualidad de Málaga a la manera de los Reyes Católicos sostenidos y alentados por la protección de la Virgen de la Victoria, cuya imagen está íntimamente unida a la historia de la reconquista de Málaga y teniendo elementos de gobernación tan infaliblemente eficaces como el Sagrado Corazón de Jesús en la Eucaristía, la Virgen de la Victoria en su constante protección a la Diócesis y la inocencia de aquellos niños apretándose al Sagrario.

Después de nutridas las almas con el Pan Eucarístico, todos subieron al monte del Seminario presididos por su Prelado, autoridades y maestros.

Grandes postes sosteniendo cada uno una inscripción de la letanía Lauretana señalaban el lugar de los colegios.

Agrupados los niños con sus profesores allí se entregaron a las manifestaciones de la más franca alegría, gozando del cariño que su bondadoso Pastor les prodigaba.

La suculenta y abundante comida fué servida por el Sr. Obispo, el Gobernador, el Alcalde y demás autoridades, sacerdotes y seminaristas.

El espectáculo ante aquel panorama en que la naturaleza muestra tantas bellezas no podía ser más encantador.

Cuando los niños comieron hasta saciarse y cantaron y jugaron cuanto quisieron, la gratitud de maestros y discípulos no admitió esperas y atravesando la ciudad llegaron hasta el Palacio Episcopal desfilando, ante los balcones, desde donde el Sr. Obispo les bendecía sonriente...

La Diócesis, para el Corazón Eucarístico de Jesús

Fué una de aquellas fiestas triunfales que él gustaba de ofrecer al Rey Divino. ¡Cómo ansiaba verlo reinar en cada uno de los corazones y de los pueblos!

Para que la entronización del Corazón de Jesús en la Diócesis no fuera una fórmula vacía, sino una realidad llena de vida, quiso preparar en los días precedentes a la fiesta, la entronización real de Jesús vivo en las almas con una Comunión general, no sólo en la capital de la Diócesis, sino en todos los pueblos, para lo cual ordenó a los párrocos y rectores de iglesias que tuviesen cinco o tres días de predicación enderezada a que los fieles se dieran buena cuenta del acto transcendental que se preparaba.

El día 20 de noviembre de 1927, sobre la fachada del Seminario de Málaga, en el punto más elevado de la ciudad y a la vista de todos sus moradores, del campo y del mar, y teniendo por pedestal no un monumento insensible y muerto como son los de piedra, sino un monumento dinámico, con el fecundo y enérgico dinamismo de un Sagrario habitado por Jesús vivo y de un templo habitado por almas que oran y se sacrifican y de un Seminario fabricado piedra a piedra y sostenido por las bendiciones que de Él atraen la oración, la confianza y el trabajo, se entronizaba en la Diócesis el Corazón de Jesús.

Gran inquietud causaba a todos el estado del tiempo porque hacía cuarenta y ocho horas que llovía incesantemente y el estado atmosférico no daba señales de cambiar, por lo que se temía que la fiesta quedara deslucida a causa de la lluvia y del mal estado de los caminos.

A las once de la noche anterior cesó repentinamen-

te de llover y sobrevino un viento tan fuerte y seco que a la mañana del día siguiente no quedaba ni humedad en las calles y solo el viento norte preciso para sostener las nubes que esperaban arremolinadas la orden del Amo para volver, como volvieron terminado el acto.

El secreto de este inesperado cambio de tiempo fué que de vísperas y hasta bien entrada la noche, grupos de seminaristas ante el Santísimo expuesto en la capilla del Seminario, repetían esta oración: "Padre nuestro que estás en los Cielos, glorifica al Corazón de tu Hijo mandando ahora buen tiempo...".

Después de la Misa Pontifical celebrada por el eminentísimo Sr. Cardenal Casanova, Arzobispo de Granada, en la capilla del Seminario, en la explanada del mismo, el Sr. Cardenal bendijo la hermosa imagen. Fué un momento emocionante; las bandas de música tocaban la Marcha Real, la batería que había sido colocada cerca del lugar disparó las salvas de ordenanza, todas las campanas de Málaga repicaban y la muchedumbre que presenciaba el acto prorrumpía en delirantes aclamaciones al Corazón de Jesús.

El Sr. Obispo hizo el Acto de Consagración de la Diócesis al Corazón Eucarístico (11).

¡Qué hermoso estaba El sobre el trono de su Seminario, mirando la ciudad recostada junto a las orillas del mar!...

Es el Corazón Eucarístico de Jesús; para que nadie olvide la sublime locura de su Amor le han colocado sobre el brazo izquierdo reclinada sobre el pecho la Cruz de la Redención y en la mano derecha levanta sobre las cumbres la blancura de la Hostia.

Desde lejos, de noche, sobre la ciudad dormida, su imagen iluminada parece un faro de esperanza y el monte la cumbre del Tabor.

---

(11) En la revolución de 1936, los rojos arrojaron de su trono la imagen hermosísima. Liberada Málaga, el Excmo. y Reverendísimo Sr. D. Balbino Santos Olivera, a la sazón Obispo de la Diócesis entronizó de nuevo al Corazón Divino, reponiendo la imagen en su lugar y renovando la Consagración en un acto solemnísimo el 22 de junio de 1939, fiesta del Corazón Eucarístico de Jesús.

A los pies de la imagen una placa de mármol dice de esta manera:

"Sobre este trono del Seminario, labrado y sostenido por la oración y la confianza, colocó la Diócesis malacitana la imagen de su Rey, Maestro y Amo y renovó su consagración a El".

Día 20 de noviembre de 1927.

Verdaderamente que aquel es nuestro *Jesús,* el Salvador de nuestras almas, el consolador de nuestras penas. ¡Cuántos ojos se levantan desde la ciudad a aquellas cumbres benditas para mirarlo!

IV

Mirando hacia atrás

AL llegar a estas alturas de la vida de D. Manuel, se nos ocurre una curiosa pregunta: ¿Y sus obras de Huelva? ¿Y sus escuelas de niños pobres?

No en vano había sido arrojada aquella semilla en el surco de Huelva. Llevaba en sí la fecundidad de Dios. Veamos el desarrollo de aquel germen y los puntos de contacto que las escuelas de Huelva siguieron teniendo con su Fundador.

Sobre los hombros de D. Manuel Siurot había caído todo el peso de aquellas escuelas del Sagrado Corazón; pero el Sr. Obispo no le dejará solo, desde Málaga seguirá siendo su Cirineo.

¿No se ha dejado en ellas la mitad de su corazón?

Su Polvorín, sus Escuelas de San Francisco, sus niños pobres de Huelva seguirán viviendo dentro de su alma de Obispo como cuando era Arcipreste.

OTRO "SABLAZO" EPISCOPAL PARA LOS NIÑOS DE HUELVA

Nunca pidió nada para él, sin embargo, cuando se presentaba ocasión la aprovechaba para implorar la caridad para sus niños.

Siendo ya Obispo, una de las veces que fué a Madrid, visitó al ya Sr. Ministro de Instrucción Pública, D. Julio

Burell, que desde aquella primera entrevista en que conoció a D. Manuel sentía por éste una gran simpatía. En el despacho del Ministro se repitió la escena de la búsqueda de pesetas para las escuelas.

Fué llamando el Ministro uno a uno a los jefes de negociado. ¿Qué dinero le sobra a Vd. en su consignación?... Después de mirar: Veinte pesetas... Y así hasta que llegó al de Bellas Artes, que tenía seis u ocho mil.

El Ministro para justificar, le preguntó a D. Manuel: ¿Hacen algo de Bellas Artes en sus escuelas? —*¡Ya lo creo!* —le responde - *¡Si viera Vd. los monigotes que pintan todos por las paredes!... Además ¿le parece a usted que hay arte más bello que la de cambiar un golfillo por un hombre honrado?*

Y también aquella vez salió D. Manuel con dinero para sus niños pobres (12).

No los podía olvidar. Recién venido a Málaga uno de ellos, llamado *Camorrita,* le escribe al Sr. Obispo una graciosísima carta pidiéndole por favor que le buscara en Málaga un rinconcito para estar cerca de él, porque no podía vivir lejos de aquel que fué para él más que un padre.

La respuesta no se dejó esperar. Camorrita vino a Málaga y en el Colegio de San Bartolomé de los PP. Salesianos, encontró el suspirado *rinconcito.*

El Obispo que un día le recogió de la calle y lo albergó en sus escuelas, ahora en Málaga seguirá siendo con él *su padre.*

Siente nostalgias de aquellas tierras regadas con sus sudores y con sus lágrimas y más de una vez no podrá resistir la tentación de emprender hacia ellas su marcha.

---

(12) Decía Burell que al único Obispo que besaba el anillo era al de Málaga. Aquel Ministro que no era ni mucho menos un buen cristiano practicante, sin duda, debido a las oraciones del Obispo agradecido, en su última enfermedad se vió confortado con los últimos Sacramentos. Se los administró el Superior Provincial de los Jesuítas, M. R. Padre Varela.

La primera visita a Huelva

En noviembre de 1917 hizo su primer viaje.

Leed cómo lo describe con su natural viveza la pluma fácil y elegante del malogrado Siurot:

"Huelva entera está fuera de cauce. ¡Que viene! ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién va a ser? er Vicario, Dor Manué el Obispo! ¡Que viene! ¡Que viene!...

Y vino. Fué una entrada triunfal. Fué el triunfo del amor. Fué la manifestación más espontánea, más sincera que se le ha hecho a nadie.

Militares, magistrados, jueces, gobernador, alcalde, marinos, el pueblo, las Marías, los niños de las escuelas se apiñaban en el andén de la estación. Cuando el Obispo, primero sonriente, después sonriente por fuera, pero llorando por dentro levantaba las manos para saludar y bendecir, la multitud descubierta prorrumpía en gritos y aclamaciones fervorosas, la banda de mi Colegio tocaba la Marcha Real, los chiquillos tiraban las gorras por lo alto, los hombres se estrujaban para llegar primero y había muchos pañuelos en el aire y muchas lágrimas en los ojos. ¡Bendito sea Dios!, qué hermoso era el momento y qué consolador el espectáculo; era a un Sacerdote, a un Obispo, a Jesucristo, a quien se hacía aquel homenaje, y se lo hacía el pueblo.

¡Míralo, eze es, eze, eze es! Dor Manué, Dor Manué, decía gritando una mujer con tales gritos que obligó al Sr. Obispo a fijarse en ella a pesar del estruendo. *¡Dor Manué, que malegro mucho de verlo a usté güeno!...*

... ...

En las calles ¡qué escándalo, qué ovaciones! y todo perfumado con el exquisito aroma de la espontaneidad. El Sr. Obispo iba en su coche contestando a todos por sus nombres, hasta por sus apodos algunas veces, con una familiaridad que nos traía el recuerdo de aquellos venturosos tiempos en que fué nuestro Pastor y nuestro Padre. Por eso, a los que hemos luchado en aquellos pasados días a sus órdenes, por su inspiración y bajo sus banderas, se nos manifestaba el Sr. Obispo de Olimpo entregado al pueblo, en la oleada del pueblo, como un Arcipreste de Huelva vestido de rojo y de morado con

un pectoral de oro. Después de todo, al subir a la dignidad excelsa de Obispo no ha hecho nuestro Arcipreste más que vestir por fuera lo que llevaba por dentro: rojò de su sangre generosa, morado de su pasión y sacrificios, oro de su corazón, porque su corazón es de oro.

Y lo que yo no puedo describir y no describo porque lloro como un tonto cuando me acuerdo, es la entrada en las Escuelas que él fundó y donde el cariño de todos le ha preparado alojamiento. Cuando yo ví aquel cuadro de amores tiernos, de efusiones paternales, y de exclamaciones inventadas por la inocencia de los niños, sentí deseos de volar hacia el mundo de los espíritus, donde se inundan las almas en el Sol de Dios, pero como el cuerpo me pesaba, como pesan la materia y el pecado, me contenté con levantar los ojos hacia arriba y allá sobre la puerta del colegio miré a la estatua del Sagrado Corazón proyectada sobre el azul de los cielos, y yo no sé si fué visión mía o realidad, pero sobre el Obispo y los niños cayeron flores, que el Jesús de los humildes arrancaba de los eternos jardines de su amor.

Bendito sea el que viene en el nombre del Señor..." M. Siurot (13).

Dos veces más volverá a Huelva; y en cada visita podrá contemplar emocionado que su labor no había sido inútil, que el fruto más copioso premiaba los afanes de su abundante sementera.

... ...

Huelva en Málaga

No solamente era el Sr. Obispo el que visitaba su antiguo campo de apostolado, sino también los alumnos, presentes y pasados, de sus Escuelas le hicieron frecuentes visitas, que dejaban en su corazón paternal una emoción muy honda.

De una de aquellas visitas escribe el Sr. Obispo:

"Huelva en Málaga. Así he vivido unos días en que

---

(13) «El Granito de Arena», 5 Diciembre, 1917. Volvió a visitar Huelva el 17 de Febrero de 1920, según lo cuenta él mismo en «El Granito» del 5 de Marzo de dicho año y en Mayo de 1929 («El Granito de Arena», 20, Junio, 1929).

han estado a visitarme mis maestritos de Huelva, aquellos chiquitos de las Escuelas del Amo convertidos hoy por obra y gracia de las mismas y con arreglo a los métodos de ellas en maestros y estudiantes de maestros.

Sin dejar de vivir en Málaga, me parece que he vivido durante estos diez o doce días en Huelva al verme entre los que allá constituyeron el fin de mis afanes, la ocupación y preocupación de mi ministerio y el más dulce de mis consuelos pastorales.

¡Qué historias se han contado, qué recuerdos se han reanudado, y cuánto hemos gozado ellos y yo! Ellos de verse en Málaga al lado de su Dó Manué Vicario *y tratados* episcopalmente *y yo al verlos crecer al par que en cuerpo, en bigotes, en sueldos y buenas colocaciones, en amor al Corazón de Jesús y a su Escuela.*

Una de las impresiones más gratas que me han dejado es que casi todos son comulgantes diarios. ¡Cómo me enternecía oírlos cantar en mi Misa y en la Comunión con voces de hombre *las coplas que tantas veces les oí cantar con voces de* niños...”

En las Pascuas, en su día, se amontonaban todos los años postales de sus niños polvorineros sobre la mesa de su despacho.

Le llenaban de emoción aquellos versos ingenuos y sencillos, tan desprovistos de métrica como llenos de amor.

“Como las aves del aire
y las flores sin *oló*
están estos pobres niños
desde que Vd. se marchó.

Su parvulita, **Expectación García**

Otra inspirada y dulce poetisa le escribe esta almibarada copla:

Yo le quisiera mandar
tres mil libras de turrón
pero como no las tengo
ahí le mando el corazón.

Juana Gutiérrez

Ni que decir tiene, Juanita, que si llega a Málaga un vagón con esa dulcísima carga, pronto el Obispo le hubiera buscado almacenes.

Por las cuestas del Seminario, las Casas de beneficencia y las Escuelitas de Huelin se hubieran perdido en un momento, como si les nacieran de pronto alas, las tres mil libras de tu soñado turrón.

En otra postal, con un Niñito Jesús rechoncho, coloradito y risueño, llevando sobre el pecho un corazón rojo como una fresa madura, un minúsculo e improvisado poeta escribió:

Don Manuel,
otros que no le conozcan
sus reliquias besarán,
y yo beso ahora sus manos
que me sabe a *masapán*...

... ...

¿Tendría algo de profeta aquel golosillo polvorinero?...

CAPITULO XV

«ME DA COMPASION DE ESTE PUEBLO»

1.º—*El apóstol del pueblo.*
La predicación callejera.
Un caso entre mil.
Entre los pescadores de la Caleta.
El secreto de una abuela remozada.

2.º—*Pan y Catecismo.*
En el coche del Obispo.
«Málaga apesta»...
Las Hermanitas de la Cruz.
El Sr. Obispo y Sor Angela.
El incendio de la Aduana.

3.º—*Durante la campaña de Melilla.*
La voz del Prelado.
«Mi Noche Buena en Africa».
El Sacerdote soldado.
La morita Concepción.

I

El apóstol del pueblo

¡QUÉ pena me dá de este pueblo!" Así exclamaba el Maestro Divino asediado de aquellas multitudes de pescadores y de aldeanos que le seguían por las riberas del lago, a través de los desiertos, junto a los muros de la ciudad.

Penetraban luminosos sus ojos el hondo abismo de miserias de las almas y de los cuerpos, y el corazón rebosante de misericordia se volcaba sobre ellos: Pertransit benefaciendo... (Act. 10, 38), pasaba derramando el bien..., derrochando su palabra de vida eterna para el hambre de sus almas, repartiendo la salud y la alegría y hasta el pan y los peces para el hambre y la miseria de los cuerpos.

Al recorrer los pueblos de su Diócesis y al perderse un día y otro por el laberinto enmarañado de aquellas callejuelas de los barrios bajos de Málaga este mismo grito compasivo de Cristo se escapaba de los labios y del corazón de nuestro Obispo: "Me dá pena de este pueblo"...

Había penetrado en las casuchas miserables de los pobres, había visto la enfermedad y la miseria hacinadas en aquellas covachas infectas. En la tierra de la abundancia del sol y de la alegría contempló aquellas multitudes de obreros condenadas a vivir en la obscuridad de sus miserables hogares, esclavos del ham-

bre y del dolor, sumidos en la ignorancia, sin fe ni en Dios ni en los hombres, faltos de pan y sobrados de vicios.

¡Cuántas veces no pudo reprimir su emoción, al salir de uno de aquellos miserables patios de vecinos donde se hacinaban las familias más pobres en una promiscuidad espantosa!

No podía callar. Una valiente y amarga protesta sale de su alma contra aquella tremenda injusticia social... En el "Boletín del Obispado" de diciembre de 1918 apareció la siguiente *circular:*

"Una pena muy amarga, para la que aún no hemos encontrado consuelo, se ha apoderado de nuestro corazón, al recorrer en santa visita los pueblos de esta dilatada y amadísima Diócesis.

La sórdida miseria en que viven sumidos centenares de humildes labriegos, víctimas de pasiones bastardas, que, lejos de recompensarles con generosidad la recia labor desplegada por ellos en el cultivo de la tierra, va sorbiendo gota a gota el sudor que brota de sus frentes ennoblecidas por el trabajo, es un baldón social, que no puede mirar indiferente ningún católico de acción, ni puede contemplar ningún Obispo sin que sienta transido de pena su corazón.

Hemos de ayudar al trabajador con todos los bríos de nuestra alma; hemos de proporcionar pan a sus cuerpos a fin de ganar sus almas, sobre las que se ciernen tormentosas tinieblas de socialismo.

Y como este movimiento sociat, que nada tiene de político, ha de ser esenciatmente católico, queremos, que lo dirijan, cada uno en su demarcación, los reverendos señores curas párrocos. A fin de que se penetren de la suma transcendencia de este movimiento, se les remiten dentro de este "Boletín" dos hojas; la primera explica la admirable organización de la CONFEDERACION NACIONAL CATOLICO-AGRARIA que con tanto entusiasmo ha sido acogida en toda la Península; la segunda, contiene un cuestionario a cuyas preguntas deberán contestar todos tos señores curas párrocos a la mayor brevedad posible, remitiendo los pliegos a nuestra Secretaría de Cámara.

¡Que el Corazón de Jesús prenda el fuego del entusiasmo por esta obra en todos los pechos católicos! (1).

La predicación callejera

Había que ganarse el alma del pueblo, alejado de Dios, y había que ganarlo más que todo con cariño. Como no supimos amarlo aprendió a odiar. El Sr. Obispo se acercará a ese pueblo, lo amará con toda la inmensa locura de un corazón enamorado del Pobrísimo Jesús, sus manos estarán siempre derramando consuelos, sus limosnas remediarán sus males, él visitará a los enfermos, acariciará a los niños, y con la sencillez de un hermano se mezclará entre los pobres, para compadecer sus miserias y aliviarlas en la medida de sus fuerzas.

Y como la gran limosna que el pueblo necesita es el cariño, el corazón, él se lo entregará a todos sin esperar nada, que no busca en ello, más que el hacerles bien y contentar a Dios.

A todos saluda, con todos habla, por todos se interesa. Se para en la calle con el obrero y con la ancianita, pasea llevando cogidos de su mano a los niños pobres y charla y ríe y juega con ellos, cuando el relato de sus desventuras no le nubla los ojos y le arranca las lágrimas.

Lo mismo que en Huelva, sigue siendo en Málaga un empedernido apóstol de la predicación callejera...

Por donde quiera que pasa va dejando una palabra, un consejo, una caricia, una sonrisa, un saludo. El mismo nos refiere el tono de sus sencillos sermones.

"Primer sermón: *Topo con un grupo de niños que juegan o diablean en medio de la calle; estos suelen ser los más prontos y espontáneos amigos del sacerdote; y digo* suelen, *porque en los tiempos laicos que hemos pasado no* solían, *antes al contrario, influenciados por el ambiente envenenado, disparaban contra el sacerdote que pasaba sus palabras más sucias, sus miradas más provocadoras y hasta sus piedras, y ¡cuántas veces he sido testigo y víctima!*

(1) «Boletín del Obispado» de Málaga, 1918, p. 504.

Pero en fin, esto, gracias a Dios, pasó y los niños vuelven a ser los más prontos e ingenuos amigos del sacerdote que pasa junto a ellos.

Una mirada benévola, una sonrisa, una pregunta a cualquiera de ellos basta para atraer en masa a la chiquillería callejera, que se desborda pidiendo la mano para besarla, la medallita, la estampa, por lo menos la promesa de que si hoy no, mañana sí.

Y puestos ya en torno mío, aprovecho la ocasión para preguntarles si han ido a Misa el último domingo, si rezan oraciones, qué parte del Catecismo saben mejor y hasta para proponerles algún pequeño caso relacionado con alguna de las partes del Catecismo.

Segundo sermón: *Me encuentro con una buena mujer que vuelve canasto al brazo de la plaza de abastos o de la tienda de comestibles, y le regalo, sin detenerme, un "buenos días nos dé Dios" y un "Dios le dé el canasto lleno cada día".*

Tercer sermón: *Al artesano que va o viene de su trabajo, un saludo cariñoso y una pregunta: ¿Mucho trabajo? Dios se lo dé abundante y con él el pan para sus hijos.*

Cuarto sermón: *Al muchacho o al hombre que trae vendada la mano, el pie o que trabajosamente anda: ¿Qué es eso? ¿Una herida? ¿Mejora? ¿Le duele?, terminando con un "que el Corazón de Jesús lo ponga pronto bueno".*

Quinto sermón: *Al viejecito o viejecita que toma el sol acurrucado en un rincón de su portal o en un poyo de la plaza: Un saludo, unas preguntitas de interés, una palmadita en el hombro y hasta, si el tiempo lo permite, un ratito sentado, de charla de las cosas de sus tiempos antiguos y de sus achaques actuales y* de paso *algo de su alma.*

Sexto y séptimo sermón *y los que sean menester: Ejercitar con todo el que me encuentre el* apostolado de la santa curiosidad; curiosidad, *porque pregunto;* santa, *por el fin recto y sana intención de las preguntas; y* apostolado, *porque con ese procedimiento mantengo el* contacto, (*ley suprema de toda làbor apostólica*) *con mis fieles.*

¿Que alguna vez me responden no respondiéndome, o con mala cara, con palabras destempladas o con insultos? Debo confesar que en la práctica, ya antigua, de este apostolado, lo más que he encontrado ha sido hacerse alguno el distraído o volver la cara a otro lado para no verse en la precisión de corresponder, y que aún estos mismos, ante la persistencia de mis saludos, han terminado por rendirse.

UN CASO ENTRE MIL

Iba a pie por una de las calles de barrio más frecuentadas por obreros, a la hora de la salida del trabajo, en Málaga.

En dirección contraria a la mía venía a paso lento un numeroso grupo de ellos en traje de faena; al acercárseme, toco mi sombrero y con mi mejor cara les dirijo un "vayan ustedes con Dios, señores, y que descansen".

La mayor parte saludaron, tocándose sus gorras y con cara agradecida.

Lo lento del paso de ellos y mío me permitió oír este diálogo:

—*¡Oye!, y* ustedes *¿saludáis al Obispo?*

—Pos *digo yo, respondió rápidamente otro,* ¡camará! ¿qué va uno a hasé con un hombre que salúa primero y que se quita el sombrero pa saluá?" (2).

Aquellos saludos cariñosos del Obispo ganaban las almas. No tenía él de su dignidad ese juicio de algo intangible, que sólo debe mostrarse sobre las alfombras del Palacio, bajo las naves de la Catedral y bien arropado entre los rojos damascos de las tunicelas y de la capa magna. No, él que todas las noches colgaba para entregarse al sueño su pectoral al cuello del Corazón de Jesús que presidía su dormitorio y colocaba en sus dedos el anillo, supo ser Obispo al estilo de Aquel, tan Majestad Divina bajo los pórticos del Templo o los arcos triunfales de las palmas, como en el taller del carpintero o en la arena del lago rodeado de pescadores.

Una piedra en el campo, la playa, la calle, cualquier lugar era bueno para buscar a un alma. El púlpito de

(2) «El Granito de Arena», 1944, p. 4.

su Catedral él sabía colocarlo en un patio de vecinos o en las playas de la Caleta... ¡Cuánto le gustaba hablar con los pobres marengos!

Acompañado de D. Fernando Díaz de Gelo, su fiel capellán, visitaba las playas de San Andrés y del Palo y catequizaba como Cristo a los pobres pescadores que junto a sus redes y sus barcas escuchaban palabras de vida eterna de aquel Obispo sentado entre ellos sobre una roca de la playa.

Ricardo León le sorprendió así una tarde...

Entre los pescadores de la Caleta

"Estaba yo una tarde, ya muy remota en el tiempo, asomado al balcón de mi estudio, frente al mar, en aquel paraíso malagueño del Valle de los Galanes, el más templado, luminoso y alegre de todos los paraísos de este mundo.

Casi al pie del balcón, sobre la playa enjuta y morena, se había sentado un numeroso y pintoresco tropel de aquellos rudos jabegotes que en las costas del Sur y del Levante ganan su pan con penoso esfuerzo tirando horas y horas de las redes para sacar el copo, según las artes primitivas de la jábega.

Sentado enmedio del corro, un sacerdote platicaba con los marengos, al amor de la brisa levantina y del dulcísimo oleaje.

Ya era extraño ver en semejante actitud a gente de condición tan hosca, trabajadores incansables que rara vez se permitían ocios y charlas en la arena, y sobre todo con un Cura, pues aunque noblotes y sufridos, tenían fama los tales de ser los más incultos, irreverentes y blasfemos de todos aquellos berberiscos de la costa. Pero me sorprendieron mucho más el profundo silencio, la solicitud amorosa, la emoción inefable con que oían al Sacerdote y se apretaban junto a él, todos suspensos y pendientes de su palabra.

Lo que me colmó de admiración fué que el Sacerdote, yo no lo veía bien pero lo oía con perfecta claridad, les hablaba de Dios, del alma, de la vida eterna, pero de un modo tan llano y asequible a sus rudos entendimientos, con una gracia tan divina y tan humana a la

vez, con una elocuencia natural y un entrañable sentimiento capaces de persuadir y conmover al más duro y bárbaro jabegote.

Aquel apóstol del Señor que de tal suerte hacía revivir junto al mar latino y español las escenas del Evangelio, a imitación de Cristo en el mar de Galilea, era —ya no es en este mundo, sino en la paz de Dios— el Santo Obispo de Málaga, aquel bendito apóstol D. Manuel González que ha pocos años murió en olor de santidad...

¡Cómo sabía abrir el apetito de Dios, de la verdad y de la belleza al resplandor de aquellas marinas y paisajes andaluces!

Aquellos duros jabegotes le oían embelesados. De tal manera convirtió a muchos, que todos rehusaban el dinero aunque todos vivían con gran miseria y desnudez. En cambio, cuando les repartía unas medallas de la Virgen del Carmen, la Patrona del Mar, se las comían a besos.

Más de una vez, como en aquella tarde, las palabras "de D. Manué" como ellos le decían con santa y graciosa familiaridad, salpicaron de ardientes lagrimones las bronceadas mejillas de los pobres siervos de la jábega. ¡Les hablaba con tanto amor, les persuadía con tal fuego de fe, de esperanza y de caridad! Hombres obscuros, desamparados y miserables, allí donde todo es luz, fertilidad y alegría, nunca hasta entonces les habían hablado al alma, sino a la carne, al apetito inferior, al ansia de las satisfacciones materiales. Oían por primera vez hablar de algo muy dulce y apetecible, más sabroso que todos los manjares de la tierra, y sentían dentro de sí revelaciones de una necesidad más noble y más profunda que las otras, superior al hambre y a la sed. El pueblo aguarda siempre a sus apóstoles. Corazón sensible y religioso, responde a todos los que saben conmoverle. Necesita entregarse. Y como no distingue de espíritus, se entrega a los apóstoles del diablo cuando le faltan los de Dios" (3).

Conocía a las mil maravillas el secreto de aprove-

---

(3) Del artículo «Vanguardia de Cristiandad», en el periódico «Signo», Madrid.

charse de todo para llevar las almas a Dios y era el tipo perfecto del catequista cabal que no pierde ocasión para hablar, como decía San Pablo, *opportune, et importune* de aquellas verdades que elevan el alma sobre las miserias de la vida.

Hermoso como una sencilla estampa franciscana era el espectáculo que ofrecía todas las tardes el portal del Palacio.

El coche estaba esperándole en la plaza junto a la fuente de las cadenas, el "Africano" (su caballo blanco) relinchaba al sentir sus pasos por las amplias escaleras y un enjambre de ancianitos al abrirse la cancela se agolpaban alrededor de su Obispo a besarle el anillo y a recibir su limosna.

El, sonriente y amable, los mandaba sentar sobre los bancos de piedra del portal, a un lado ellos y al otro lado las parlanchinas abuelas y con la íntima familiaridad de un padre (mejor vendría aquí decir de un nieto entre sus abuelos) comenzaba su gracioso catecismo. Y ¡qué de cosas observa y aprende en aquellas famosas "*tertulias del antiguo testamento*"! Vaya una anécdota entre las muchas que él mismo nos dejó escritas.

El secreto de una abuela remozada

"Descuella entre nuestros ancianos contertulios del zaguán, una abuela tiesa como un espárrago y de moño empingorotado, reluciente y agudo como alcuza y siempre torcido hacia el lado izquierdo. Y no es solo el moño tan sobresaliente, hoy que no va quedando uno para muestra en el mundo de las elegantes peladas, el que dá relieve a nuestra abuelita, sino lo garboso, castizo y chillón de su indumentaria.

Con frecuencia se presenta con faldas tan anchas de vuelo y almidonadas como abigarradas de colores.

—Pero esta abuelita, le decía una de estas tardes al pasar, ¡cuidado si se emperejila! ¡si parece una mocita!

—¡Ay!, responde con voz de lo más hondo de sus pulmones. ¡Ay! ¡toitas son penas! ¡Si Vd. supiera Padrecito *mío!*

—¿Penas? ¡Pues bien las disimula Vd., abuela!

—¿Y qué ba una a jasé sino sorberse las lágrimas y echá al mal tiempo buena cara? Miosté, prosigue en tono de confidencia, yo he sío una criatura mú perseguía de los luto; lo mismito era estrená un vestío que ¡plum! me se moría uno de mi familia y ¡claro! el luto encima y el vestidito al arca...

Nuevo suspiro prolongado y un golpe de lágrimas secadas con el pico del delantal...

—Y miosté, padresito de mi arma, como ya samán acabao toíto los míos y no ma queao naide que se puea morir, porque estoy ahora mismito como la Virgen de los Dolores al pie de la Crú, pos me dije: Arca ¿pa qué te quiero? y toas las nagüiya y to los trapiyo que tenía ayí una guardá van saliendo pa fuera y... ¡vamo, que no le cae a una mu má! ¿Verdá osté?

(Y mientras, con el garbo de mozuela de quince abriles se contoneaba y refrescaba con un pericón *de la misma anchura y época de la falda).*

—De modo, que Vd. parece que ha cambiado el refrán aquel de "los duelos con pan son menos" con este otro "los duelos con tela son menos" ¿verdad?

—Sí señó; que es mú verdá; que mientras tenga una su arma en pá y una nagüiya limpia y desentita que ponerse ¿pa qué quiere una má en este mundo?

... ...

¡Alma andaluza, fina y penetrante, para sacar alegría sosegada de tus penas, satisfecha en tu austeridad, contenta en tu modestia, graciosa aun llorando, reina sobre tus harapos, ¡qué bien representas la mujer fuerte cristiana! (4).

Nadie como él buceó en el fondo del alma andaluza y supo comprender la grandeza sufrida de aquel bendito pueblo que se exalta por el amor de sus Dolorosas y Crucifijos, que viste de flores las cruces de Mayo, que reza cantando como las alondras en la madrugada el Santo Rosario y que si se apartó de Dios fué porque le faltaron pastores y le sobraron mercenarios.

(4) «Sembrando granitos de mostaza», p. 217, 3.ª ed.

II

Pan y Catecismo

El repartirá con ese pueblo hambriento de Dios y sumido en la miseria su verdad y su pan: "*¡Qué pena me dá de que los pobres no coman!*", así decía él con frecuencia, sin poder reprimir el dolor de su alma.

Todo lo daba. Su caridad no tenía límites. Interrumpía su audiencia cuando llegaba un menesteroso y entrando en la despensa recogía lo que hallaba a mano. Y con los bolsillos de su sotana repletos volvía para socorrerlo. ¡Cuántas veces no quedó en sus bolsillos un céntimo porque se vaciaron en las manos de los pobres! Frecuentes eran en su casa estas escenas al salir para el hospital que solía visitar muy a menudo: Dejaba a su buen capellán en la puerta, se volvía a su hermana y la consabida pregunta:

—*Niña ¿qué dinero tenemos?*

—Tres o cuatro duros.

Al oír esto se le escapaba un suspiro de sorpresa. No creía tan menguadas sus arcas episcopales.

—*Bueno, dáselos a D. Fernando, que vamos a visitar enfermos.*

Cuando regresaban del Hospital sin un céntimo, decía alborozado:

—*Ya hemos hecho lo nuestro; ahora el Corazón de*

Jesús hará lo suyo, porque El ha dicho: "Dad y se os dará" (5).

Pero lo que más le lastimaba y le conmovía era la vista de los niños pobres.

Los acariciaba, los metía debajo de su manteo... En aquellas explanadas del nuevo Seminario a donde invitaba muchas veces a los huérfanos y a los asilados de la ciudad a pasar la tarde, después de obsequiarlos con peladillas y caramelos que él mismo repartía, los subía en las carretillas de los albañiles y más de una vez el Obispo las empujaba con sus manos paseándolos por aquellos campos.

Cuando llegaban las fiestas de Pascua y su onomástico, los dulces y regalos de su mesa se repartían siempre entre los porteros de Palacio y del Seminario, los pobres de su portal y los niños del barrio de Huelin.

¡Cómo le impresionaba el verlos descalcitos y rotos acudir a él por donde quiera que le veían, comiéndose a besos su mano y su anillo! ..."*Así, así me quisiera yo ver en el Cielo*", decía junto a la nueva capilla del Seminario teniendo abrazados a uno y otro lado dos niños pobres y ciegos, del colegio de sordomudos (6).

Si los veía andando por las carreteras paraba su coche y los sentaba a su lado.

En el coche del Obispo

—"*Allá en aquellos tiempos en que Dios quiso que fuera yo Obispo de Málaga,* refería él en Palencia, *iba una tarde en coche a mi ciudad amada. En el camino me hallé con un chiquillo, como de unos doce años que caminaba en la misma dirección, pero muy desarrapadito y a la vera de la carretera.*

—Niño, le pregunté, ¿a dónde vas?

Mirôme el niño y me conoció por los colores y me contestó:

—Zeñó Obispo... a Málaga...

---

(5) En Málaga daba de limosna alrededor de 400.000 pesetas anuales, que recibía de manos de unos para dejar en manos de otros, según declaró él mismo.

(6) Referido por la M. María del Santo Cáliz, religiosa de dicho Colegio.

—¿A Málaga? ¿quieres venir conmigo?

—Zi zeñó.

—Y el chaveíta sin pizca de encogimiento se metió en el coche y le senté a mi lado... Aquello ya le impresionó demasiado y no se atrevía ni a hablar ni a mirarme; pero bastaba verlo para comprender que iba tan ricamente.

—Díme, le interrogué para romper aquel silencio que era violento para los dos, ¿cómo vas?

—Zeñó Obispo, ¡qué bien ze va aquí dentro!

—Díme, ¿tú nunca has ido en coche?

—Zí zeñó, mucha vese, pero en la trasera y los latigasos que me han pegao por eso...

Y comentaba después: todas estas cosas, coches, dulces, jamón, platos abundantes las han visto siempre los niño pobres en la trasera... Por detrás del cristal del escaparate o en las mesas de los que recibieron abundancia de bienes en la vida; y es preciso que las vean por dentro; en *sus mismas casas.*

Málaga contempló el ejemplo admirable de ver a su Prelado pidiendo de puerta en puerta.

El Guadalmedina rompió sus diques y los barrios de Málaga quedaron inundados.

El cuadro era calamitoso; los hogares invadidos por el agua, los pobres enseres arrastrados por la corriente y el hambre y el desamparo tendiendo sus negras alas sobre centenares de familias condenadas a la miseria.

El Sr. Obispo, acompañado de su capellán, salió del Palacio y recorrió las calles implorando la caridad de sus malagueños. Pedía para sus obreros y sobre todo para aquellos "sus niñitos del alma" que apenas si tenían vestidos con que cubrir sus carnes ni pan que llevar a sus bocas.

La ciudad vibró de entusiasmo y todos conmovidos depositaban en aquellas manos del Obispo mendigo sus limosnas.

La caridad heroica del Prelado mitigó los dolores de aquella tragedia...

Como una herida sangrante siempre abierta llevaba en el alma aquella impresión dolorosa de los barrios de Málaga.

Cuando tenía ocasión protestaba de aquellas miserias y su voz se levantaba acusadora removiendo las conciencias dormidas.

"MÁLAGA APESTA"...

El viernes, 19 de septiembre del 1924, tuvo lugar en las Casas Consistoriales una magna reunión de todas las fuerzas vivas de la ciudad, para tratar de los grandes proyectos de reformas urbanas de Málaga.

Presidía el Sr. Obispo teniendo a su derecha e izquierda a los Excmos. Sres. Gobernador Civil y Militar y Alcalde (7).

Al terminar aquella sesión memorable se levanta, y valiente, con la santa independencia de su celo pastoral, propone ante el estupor de todos un magnífico programa de reconstrucción social, base indispensable y previa a toda reforma de tipo urbano.

"*Dos motivos*, comenzó diciendo, *tengo para hablar, el primero: Sentirme orgulloso de ser el sucesor del Obispo Molina Larios que dió agua a la Málaga sedienta; y el segundo: El que, a pesar de no ser yo ingeniero,* sí me ingenio *lo que puedo por la suerte de Málaga.*

Cuando miro a todos, sobrecogidos por el influjo avasallador del genio de ese hombre bienhechor y grande que se llama el Conde de Guadalhorce (8), *vuela mi imaginación a una escena, que me parece reproducida ahora y que todos habéis leído en el Evangelio: Ha marchado Jesús al sepulcro de Lázaro muerto. Los que le acompañan se lamentan de su tardanza: ya... ¿para qué?*

Marta expone en estas palabras el lamentabilísimo estado de su hermano: Señor, ¡si ya apesta! (S. Juan 11, 39).

Después de oír al Conde de Gualdalhorce y teniendo

---

7) El Excmo. Sr. General D. Enrique Cano Ortega ocupaba el cargo de Gobernador Militar y el de Gobernador Civil, y el ilustre malagueño Dr. D. José Gálvez Ginachero, el de Alcalde de Málaga.

(8) Excmo. Sr. D. Rafael Benjumea, que fué después Ministro de Fomento, cuya magna obra del pantano del Chorro, entre otras, ha hecho célebre su nombre.

en cuenta la situación de nuestra capital es justo repetir aquellas palabras: Málaga apesta.

Hay que hablar con verdad, sin eufemismos. Málaga apesta en las casas de los pobres, donde duermen las personas hacinadas...

Apestan a muertos de cuerpo y de alma, que quedan sepultados en muladares. Es esa la causa de que sea excesivo el número de viejos prematuros en esta ciudad (9).

Las escuelas son miserables; cuartos pestilentes en los cuales enferman el maestro y los niños, esos niños que hasta cuando sonríen reflejan en sus ojos la maldita tuberculosis.

Sus pobrecitos niños, a los que puede llamarse angelitos destronados.

Hace falta conseguir que Málaga huela bien y por ello debemos recordar la frase del Maestro cuyo milagro fué lo último que decidió a sus enemigos para llevarle a la Cruz.

Vuestro hermano resucitará, dijo el Maestro a una de las hermanas de Lázaro. ¿Lo crees? Y cuando contestó que sí, dando pruebas de fe, el milagro se hizo y Lázaro resucitó.

Hay que tener fe; yo Sacerdote de Cristo, os pregunto: ¿Queréis que Málaga resucite, que sus niños no sean tuberculosos? Yo os afirmo: si queréis, lo será.

Esto es preciso, porque no es de cristianos no evitar el que se repita el caso ocurrido ya, de que de cuatrocientas personas asistidas en un dispensario parroquial hubiera más de doscientas tuberculosas.

Pueblo que no evita este mal, no puede ser pueblo de cristianos, es pueblo que se halla maldito de Dios.

El que huela a azahar puede ser obra de los buenos, para los cuales tengo mi bendición de Obispo. La resurrección de nuestra ciudad será completa si la de las almas se junta con la de los cuerpos. Habiendo fe, esperanza y caridad, todo puede hacerse. El ejemplo lo tenéis en mí. Me propuse dotar a Málaga, la tierra donde

---

(9) Hoy, gracias al celo de las Autoridades malagueñas, la ciudad tiene una nueva fisonomía. Se han urbanizado hasta los barrios más extremos y este pavoroso problema se va rápidamente solucionando.

nació mi padre, un carpintero modesto, de un Seminario donde pudieran hacerse sacerdotes buenos y con salud. El milagro se ha hecho.

Las mejoras de Málaga, cuyos proyectos hemos oído, se harán también como queramos. Así Dios nos lo otorgue (10).

Su voz paternal henchida de entusiasmo y velada por la emoción llegó a lo más íntimo de aquellos caballerosos y nobles corazones.

Hubo lágrimas y aplausos y un propósito decidido de resolver cuanto antes aquellos pavorosos problemas.

El Sr. Obispo por su parte no descansaba. La miseria de los pobres era su martirio y su obsesión.

Las Hermanitas de la Cruz

Para estar más en contacto con ellos, sobre todo con los enfermos, ya hacía años que venía solicitando de la venerable Fundadora de las Hermanitas de la Cruz una Casa en Málaga.

Sor Angela de la Cruz, la heroica sevillana, no podía atenderle, en parte por la escasez de personal y también porque no acababa de encontrar la casa donde fundar el convento.

Pasaron los días y el pensamiento de aquella ilusión frustrada le seguía atormentando. Por fin halló la solución. Los Obispos, se dijo, han albergado muchas veces en su Palacio a los pobres. Yo haré lo mismo, alojaré en mi Palacio a las Hermanitas, pues difícilmente se encontrarán pobres más pobres que ellas. El problema quedó resuelto: En la planta baja de su Palacio, independiente del resto del edificio y con salida a distinta calle, las Hermanitas de la Cruz ya tenían su Casa (11).

Ya tenían los pobrecitos de sus barrios de Málaga unas madres abnegadas que se compadecieran de sus dolores y cuidaran a sus enfermos.

---

(10) «Boletín del Obispado» de Málaga, 1924, p. 452.

(11) La Capilla de las Hermanas de la Cruz se inauguró el 25 de Febrero de 1931, cumpleaños del Sr. Obispo, que celebró la Santa Misa y predicó.

¡Con qué alegría bajaba él todos los domingos a conversar con las Hermanas y preguntarles por sus pobres!

Se interesaba por los bautizos y casamientos que las Hermanitas arreglaban, y les decía que por lo menos dos veces en el año él iría a visitarlos.

La Hermana Salvadora García, primera Superiora de la Casa, nos refiere que a sus expensas costeaba un *comedor de pobres vergonzantes.*

Allí acudían aquellas muchachas que fueron de buena posición y los azares de la vida dejaron en la miseria, y muchas madres pobres que estaban criando a sus hijos anémicos, faltos de salud y de pan.

Para no herir sus sentimientos ni humillarlas, lo organizó de manera que nadie supiera a qué iban ni advirtieran que se las socorría.

—*Quiero que más parezcan que van a socorrer a las Hermanas que a recibir de ellas esa caridad.*

A pesar del interés que se tomaba por esta obra, tuvo siempre la delicadeza de no bajar nunca al comedor y que todas las pobres muchachas conservaran su anónimo.

Por la misma razón se procuraba que unas a otras no se vieran, cambiando prudentemente las horas de las comidas (12).

Una amistad íntima unió desde entonces el corazón de Sor Angela con el de nuestro Prelado.

¡Se parecían tanto! Los dos andaluces y sevillanos, los dos enamorados del Corazón de Jesús y apasionados por amarlo en sus pobres. Los dos viviendo siempre en su cruz y abnegados hasta el heroísmo por el bien de los demás, sin esperar nada del mundo, buscando solamente a Dios.

EL SR. OBISPO Y SOR ANGELA

Entre los dos se cruzaron cartas y visitas y en su última enfermedad tuvo Sor Angela el consuelo de verle en Sevilla a su lado.

---

(12) «Se les daba buenos filetes de carne asada y leche, además de otras cosas». (Relación de la H.ª Salvadora García, Superiora).

Llevaba la madre de los pobres muchos días postrada en el lecho.

Estaba ya tan grave, que ni hablaba, ni daba señales de enterarse de nada ni apenas abría los ojos.

Subió a su celda el Sr. Obispo a visitarla, a mediados de febrero del año 1932, habló a las Hermanas de la alegría que debían tener por la persecución que sufríamos por Dios y saludando a Sor Angela le animó con palabras cariñosas.

—Madre: diga muchas veces esta jaculatoria: "*Viva Jesús en su Cruz y las Hermanitas de la Cruz en ella hasta la muerte*".

Y rápidamente añadió este gracioso comentario: "*Y la que saque un pie fuera de la cruz...* ¡que le dé un calambre!"

Sor Angela al oírlo le miró dulcemente y se sonrió.

No dejó esto de sorprender a las Hermanas, porque ya hacía muchos días que apenas daba señales de vida.

Aquella mirada y aquella sonrisa eran el saludo cariñoso de aquella alma grande que vivía ya más en el Cielo que en la tierra (13).

Pero volvamos a Málaga y sigamos a nuestro Prelado en su paternal misión de caridad con aquel pueblo que tanto amó.

EL INCENDIO DE LA ADUANA

Una de las ocasiones en que más brilló, con vivos contrastes, esta caridad paternal del Sr. Obispo para consolar en la hora del dolor y de la desgracia a su pueblo, fué con motivo del espantoso incendio que en la noche del 25 al 26 de mayo de 1922 devoró al grandioso edificio de la Aduana malagueña, en la que se albergaban las familias de los empleados.

Aquella misma mañana, al tener noticias el Sr. Obispo de la magnitud de la desgracia, se personó en el Hospital Noble.

Apenadísimo ante el espectáculo que ofrecían aque-

(13) Murió en Sevilla, en olor de santidad, el 2 de Marzo de 1932. «Boletín del Obispado» de Málaga, 1921, p. 240.

llos ennegrecidos y desfigurados miembros de hombres, mujeres y niños, después de orar fervorosamente por sus almas, ante el desconcierto y confusión propios de estos casos, en compañía del Sr. Alcalde ayudó a disponer la conducción al cementerio de San Miguel, de las ocho primeras víctimas extraídas de entre los escombros y las llamas.

Sería poco después de las diez de la mañana, cuando acompañado del Sr. Alcalde y otras autoridades y sacerdotes, presidiendo una imponente muchedumbre, que engrosaba por momentos, detrás de las cajas fúnebres, pasaba por la calle del Marqués de Larios. Muchos se acercaban respetuosamente al Prelado pidiéndole permiso para ayudar a la conducción de los restos de aquellos pobrecitos; y ninguno, de los que presenciaban aquel entierro, podía contener las lágrimas, viendo llorar al Padre detrás de los féretros donde iban los cadáveres de sus amados hijos.

Desde el Cementerio se dirigió al Hospital Civil para consolar a los heridos que iban ingresando y repartir a sus familias los primeros socorros.

Al volver a Palacio cerca de la una mandó imprimir y repartir profusamente entre el clero y pueblo la siguiente circular:

"Venerables Hermanos y amados hijos: Oprimido nuestro corazón por tremenda y abrumadora angustia, queremos deciros una palabra de afectuosa exhortación, con motivo de la catástrofe hoy acaecida en nuestra ciudad, que tantas lágrimas ha arrancado de nuestros ojos y tan grande duelo ha dejado en nuestro pecho.

Súbita e impensadamente, el devorador fuego de insuperable incendio ha destruído en pocas horas los dos últimos pisos de la hermosa Aduana de esta capital y lo que es más triste, envueltos en las llamas y entre los escombros de sus ruinas han muerto muchos de nuestros amados hijos, vuestros hermanos, pidiendo socorro con angustias sin medida, y sin que nadie a pesar de la buena voluntad de todos, pudiera prestarles auxitio; y eran pobrecitos, y ayer se recogían pensando los unos en el cumplimiento de los deberes que hoy les tocaba cumplir; trazando los planes que habían de guiar sus

pasos por el sendero de la vida; procurando el bien de sus familias y de sus casas.

Los salteó la muerte, cuando la serenidad del aire, la claridad de la hermosa noche de primavera, el rizado oleaje de nuestro mar y la placidez de la temperatura, parecían brindarles exhuberante vida.

No acierta el entendimiento a discurrir en presencia de ruina tan grande, ni pueden apreciarse todavía las desgracias que hemos de lamentar como consecuencia de ella; ni siquiera sabemos cuántos han muerto, aunque ya hemos asistido a la conducción de más de 20 cadáveres; ni cuántos hijos lloran huérfanos a sus padres, ni cuántos padres deploran la pérdida de sus hijos, en los que cifraban su gozo y esperanza, por eso mismo, ardientemente deseamos hablaros y deciros que amábamos con todo nuestro corazón a las víctimas, y que os amamos en las entrañas de caridad de Dios a todos vosotros.

Por eso estimamos que es nuestro el duelo que toca a todos los habitantes de esta nuestra hermosa ciudad, que todos debemos llorar juntos, y que ese duelo y ese llanto deben tener el carácter que distingue a los hijos de Cristo, y a los fieles de la Iglesia católica, de que somos Obispo.

Y ese carácter es, ante todo de fe en la Divina Providencia; que si nos prueba con el dolor y nos amonesta con la adversidad lo hace así para que conozcamos la gravedad del pecado, por el cual entró la muerte en el mundo, y nos volvamos al Padre amantísimo, que sólo quiere la salvación de todos; imploremos, pues, la divina misericordia del Señor, que con estos avisos nos quiere llamar a la reforma de la vida, y procuremos enderezar nuestros pasos por la senda del bien, acordándonos de que la catástrofe de que nos ha tocado quedar ilesos, pudo muy bien envolvernos entre los escombros que sepultaron a nuestros hermanos.

En segundo lugar, nuestro duelo cristiano lleva consigo obligaciones que hemos de cumplir por las víctimas del siniestro; para los que hallaron la muerte imprevista y dolorosísima, hemos de pediros vuestras oraciones, invitándoos a que os asociéis con Nos y con nuestro clero asistiendo al entierro de los cadáveres y al solem-

ne funeral que el sábado 29, a las nueve y media de la mañana, ha de celebrarse en nuestra Santa Iglesia Catedral. Para los que viven y para los que han de deplorar las consecuencias tristísimas de la catástrofe, os pedimos vuestros consuelos y vuestra cooperación; venga vuestro óbolo a enjugar algunas de las lágrimas tan amargas que el fuego devastador ha hecho brotar de ojos inocentes y desvalidos.

Y a fin de que tengan expresión ordenada estos nuestros deseos y exhortaciones, hemos venido en disponer y disponemos lo siguiente:

1.º A la sepultura de las víctimas del incendio de la Aduana, asistirán todas las parroquias de la ciudad, con sus cruces alzadas y todo el clero asignado a ellas, excepto el coadjutor de guardia. Oportunamente se dará aviso del día y de la hora en que tal sepultura se haya de verificar, y las parroquias se reunirán en el Cementerio de San Miguel.

2.º Hasta que se verifique la sepultura, en todas las parroquias de esta ciudad y en nuestra Santa Iglesia Catedral, se harán clamores fúnebres a los toques de oraciones y al de ánimas durante media hora.

3.º El próximo sábado, día 29, de este mes, a las nueve y media de la mañana se verificarán en nuestra Santa Iglesia Catedral solemnes funerales por las víctimas del siniestro, debiendo concurrir a ellos todo el Clero de las parroquias, exceptuando solo al coadjutor de guardia. Con el favor de Dios nos proponemos oficiar de Pontifical e invitaremos a todas las respetables autoridades y corporaciones; el viernes 28, al toque de mediodía y al de ánimas las campanas de la Santa Iglesia Catedral y de todas las parroquias anunciarán el funeral doblando en la forma acostumbrada.

4.º Exhortamos a todos nuestros amados hijos a contribuir con sus limosnas a la suscripción para remediar los daños ocasionados a las familias pobres por la tremenda calamidad que deploramos.

MANUEL, Obispo de Málaga»

Muy pronto se agotaron los millares de ejemplares de la anterior circular, cuya lectura sirvió de consuelo

a la general tristeza, y de sedante al dolor grande, y de bálsamo a las heridas recién abiertas.

Dispuso el Sr. Obispo entornar las puertas del Palacio en señal de duelo. Se congregaron en el Cementerio de San Miguel, cumplimentando las órdenes del Sr. Obispo, todas las parroquias de la ciudad con sus cruces alzadas, con el Clero adscrito a ellas, seminaristas, comisiones y representaciones del Cabildo Catedral, y comunidades religiosas, amén de todas las autoridades y un inmenso gentío, más de 12.000 personas, para dar cristiana sepultura a veintiséis víctimas del incendio.

El oficio de sepultura y los responsos fueron solemnemente cantados por la Capilla de Música de la Santa Iglesia Catedral y la Schola Cantorum del Seminario, organizándose acto seguido la comitiva hacia el lugar donde habían de ser enterrados los cadáveres.

Al echar las últimas paletadas de tierra, el Prelado levantó su voz, embargada por la emoción, que escuchó silenciosa la muchedumbre que había invadido el sagrado recinto, implorando del Sagrado Corazón de Jesús y de la bendita Madre y Patrona la Santísima Virgen de la Victoria, misericordia y descanso eterno para las almas de aquellos desgraciados.

Seguían doblando con acentos lastimeros las campanas, cubierta estaba la ciudad de luto, y sobre el amargo silencio, de los cuerpos y de las almas, desde los cipreses del Cementerio hasta las orillas del mar flotaba en la tarde de mayo, la voz temblorosa del Prelado que imploraba caridad.

III

Durante la campaña de Melilla

TODAS las miserias de su pueblo y todos los dolores de la Patria hallaban un eco doloroso dentro de su corazón.

Como los Profetas bíblicos supo llorar sobre los muros derruídos de su España y levantar amenazadora su voz, acusando el crimen e implorando la piedad del cielo.

Era un gran patriota, pero nunca fué ni por asomo un político.

Su corazón era demasiado grande para acotarlo con estrechas lindes de opiniones partidistas; su formación era exquisitamente sacerdotal y sabía flotar y sobrenadar por encima de todas las turbulencias de la fluctuación política.

Bástenos ahora verlo actuar en aquella gran catástrofe nacional, la guerra de Africa que estalló en agosto de 1921.

Muy de cerca le tocaban aquellos acontecimientos, ya que Melilla base central de la dirección de la guerra, pertenecía a su Diócesis de Málaga.

Es maravilloso presenciar su actuación en aquellos días azarosos.

Su pluma y su palabra la puso a disposición de la Iglesia y de la Patria, publicando hermosas y oportunas pastorales, que, a la vez que enardecían los ánimos es-

pañoles en amor y entusiasmo por la Patria, ponían el dedo en la llaga, señalando el origen auténtico de aquellas calamidades nacionales.

La voz del Prelado

En septiembre de 1921 publica su Carta Pastoral: "*Los deberes de la hora presente*". ¡Con qué acento dolorido se lamenta de aquel terrible azote de la guerra!

"Cuando nos halagaba la risueña perspectiva del triunfo definitivo sobre un enemigo muchas veces secular, cuando el laurel de los vencedores comenzaba a apuntar sobre la frente de nuestros bizarros soldados, cuando el sueño años y años acariciado de clavar el asta del pendón de Castilla sobre el último palmo de la tierra africana asignado a nuestro protectorado, parecía próximo a realizarse, un gesto de sorpresa incrédula primero y de espanto después, contrae nuestros rostros, al contemplar, como una fatídica visión de cinematógrafo, arrollarse vertiginosamente en el carrete de la adversidad la película de nuestros triunfos obtenidos y soñados, y desarrollarse a continuación la de desastres y desgracias sin nombre.

Y se recrudece la guerra, con un enemigo salvaje, desconocedor y atropellador de las más rudimentarias leyes de humanidad, y por añadidura locamente engreído con triunfos y botines con que seguramente no contaba, y fieramente ébrio de sangre cristiana. ¡La guerra! ¡He aquí la palabra de todas las bocas, el aguijón de todos los corazones, la preocupación absorbente de todos los pensamientos de los hijos de España en esta hora!

Y se ven resbalar lágrimas por las mejillas de las madres al despedir a sus hijos y se lee la ansiedad en los rostros de los que esperan días y días sin recibir noticias del hijo, hermano o amigo desaparecido, y las estaciones del ferrocarril y los puertos de nuestros mares hanse trocado de escenarios de partidas o llegadas de gentes bulliciosas en busca de placeres, descansos y frescuras, en cuadros serios, como los que pinta la tristeza, intensos como ejecutados por dolorosos desgarramientos y ¿por qué no decirlo, para confusión del ma-

terialismo egoísta de nuestro tiempo?, iluminados y esmaltados con heroicos desprendimientos, docilidades valientes y santo cariño a la Patria, sobre todo otro cariño.

Y Málaga, nuestra Málaga querida, la ciudad sin estridencias de clima, ni tristezas de nubes, ni de días grises, pacífica como su mar, alegre y dulce como el zumo de sus viñas, expansiva como el aroma de sus azahares, hospitalaria como la sombra de sus palmeras, suspende el júbilo y las fiestas con que entretenía a los huéspedes de verano, y recoge primero toda la fuerza de sus miembros en sus manos para estrechar las de los valientes que por su puerto embarcan para tierras africanas, y para enardecer con sus aplausos a los que en alas del deber van a pelear por la Patria y poniendo después en su boca y en su corazón toda la dulzura y suavidad y expansiva caridad, con que Dios la enriqueciera, acude cada día al puerto a recibir y aposentar, a prodigar cuidados y consuelos a los heridos gloriosos de la guerra que en largas y silenciosas procesiones tornan a la Patria... ¡Bien por nuestro pueblo!...

Llevados de nuestro cariño de Padre, nuestros ojos miran al lado allá del mar y ven a los queridos hijos de nuestra ciudad de Melilla y de las plazas menores pasando por los temores inminentes de asaltos sangrientos, por la vista y la noticia y la angustia de tanta escena desgraciada y las privaciones y escaseces que traen aparejadas circunstancias tan anormales. ¡Hijos queridísimos, nuestra compasión y nuestras oraciones, para que se os abrevie la prueba, os acompañan!"

En aquella hora de luto y de dolor su palabra de Obispo es esta:

Oración y arrepentimiento, que un pueblo que ora llorando es un pueblo que siempre vence...

Y su voz se levanta airada contra los pecados del pueblo.

"Las guerras, aún para los pueblos que las emprenden o las corresponden por justas causas, aparte de los fines honestos y nobles que puedan obtener, tienen razón de azotes y cauterios empleados por la justicia divina para castigar y corregir los pecados de los pueblos.

Como su providencia se extiende a los individuos y pueblos, así su justicia, y como estos no tienen vida eterna, como las almas de aquellos, en la tierra han de recibir el premio o el castigo de sus buenas o malas obras.

Nos duele decirlo; pero nos debemos a la sinceridad de nuestro ministerio, y es que abrigamos el miedo, harto fundado por desgracia, de que nuestros pecados, singularmente una enorme ingratitud, hayan provocado de parte de la justicia de Dios estas desgracias que estamos lamentando.

No olvidemos que España, entre mil y mil de todos los órdenes, debe al Señor el incalculable beneficio de haberse conservado íntegra y en paz mientras el mundo entero, se dividía y trituraba en horrible guerra.

La triste situación porque ahora atravesamos nos pone en condiciones de apreciar el valor de ese beneficio.

Y preguntamos: ¿España como nación, ha agradecido al Señor este beneficio? ¿Ante la tremenda lección del espantoso escarmiento de la guerra ajena, se ha hecho mejor? ¿Se ha acercado más a la doctrina y a la moral del Jesús tan generoso para con ella?

O por el contrario, ¿ha aumentado sus pecados públicos con sus espectáculos cada vez más inmorales, sus propagandas cada vez más impías, sus libros, y hojas de día en día más licenciosas, sus diversiones y modas y costumbres locamente desenfrenadas y corrompidas, sus abismos de odio entre clases y hermanos siempre más hondos? ¡Qué tristeza dá responder! Responde por nosotros el vicio triunfante en tugurios, casinos, cines, teatros, kursales, cabarets, en la banca, en la industria, en el comercio, en plena calle, y en grado de descoco y con unos atrevimientos y unas provocaciones y un fausto que acongojan y aterran a las almas no contaminadas.

¡Cuántas veces, y permitidnos este desahogo que repetimos, no queremos que sepa a acusación, sino a deber de sinceridad y a deseos de salvar a nuestro pueblo, cuántas veces se han asomado las lágrimas a nuestros ojos y hemos sentido en el alma congojas de muerte, al saber que sobre las hijas, ¡niñas aún! de las familias pobres de nuestros barrios de Málaga se extendía la

constante amenaza de la más torpe de las seducciones, para arrebatarlas en repugnante leva y meterlas, como avecillas atontadas, en el barco que las había de conducir a Africa para pasto de pasiones inmundas...

La Junta de Damas para represión de la trata de blancas y las autoridades a quienes acudimos conservarán de estas escenas datos que asustan.

Y cuando hemos visitado esos mismos campos, regados con tanta sangre cristiana, ¡cómo nos ha subido rubor al rostro y amargura a la garganta y angustia al corazón al ver, a título de no sabemos qué política, que nuestros abuelos no conocieron, manos y dineros cristianos y españoles empleados en construir y reparar mezquitas agarenas y sostener escuelas koránicas, al paso que, cansados de mendigar en vano auxilios y protecciones oficiales y extraoficiales, nos veíamos precisados a convertir en Iglesias para aposentar a Jesús Sacramentado y para dispensar los Sacramentos y la divina palabra, mezquinas y reducidas casas de vecindad arrendadas alguna vez de propietarios judíos...!"

Les recuerda después aquella terrible derrota de Israel por los filisteos porque se habían entregado a la idolatría y aquella gloriosa victoria cuando destruyendo los ídolos llevaron el Arca Santa a sus campamentos.

Y termina con estas aleccionadoras palabras: *¡Oh, cuántas y cuántas veces se ha repetido en la historia patria esta lección de la Historia Sagrada!*

¡Cuántas y cuántas veces, desde el Guadalete a Granada, desde D. Rodrigo hasta los Reyes Católicos, nuestros filisteos, que son los moros, han probado la presencia de Dios en las tiendas cristianas *y se han valido de sus* ausencias...!

¡Señor Jesús, ten piedad de España, que quiere seguir siendo tu pueblo!.

Dale mano fuerte para dispersar *a sus enemigos que son tus enemigos también. Hermanos, hermanos, tornaos a Dios, quemando los ídolos que lo ofenden, y Dios se tornará a vosotros y hará gritar a la morisma despavorida: ¡El Dios de los cristianos ha vuelto a sus campamentos..."!* (14)

---

(14) En otra de sus Pastorales exclamaba: «Padres y ma-

No sólo con su palabra, sino con su actuación directa y personal tomó parte muy activa en aquella cruzada: él mismo iba a recibir a los heridos, los visitaba en el Hospital, poniendo el primer bálsamo sobre sus llagas; él ayudaba a los sacerdotes que iban a la guerra; y con alguna frecuencia su ardor patriótico, unido al impulso gigantesco de su celo, le hicieron cruzar el mar y visitar personalmente el teatro de la guerra. Una de estas visitas fué la que hizo con motivo de la Nochebuena de 1921. Dejémoslo contar a él mismo:

"Mi Noche Buena en Africa"

¡Qué Noche Buena tan buena la que me ha hecho gozar este año el Corazón de mi Jesús!

¡Cuánto se lo estoy agradeciendo!

Nuestra edad, a pesar de su manía igualitaria y laica de costumbres, tradiciones, gustos, sentimientos, trajes y modas, no ha podido quitar a esa noche el carácter y el sabor que la hacen diferente de todas las demás noches del año.

Entre otras cosas es la noche de la familia cristiana, la noche del hogar repleto, *no sólo porque lo llenan los miembros que en el resto del año andan dispersos, sino porque las cabezas y los corazones de los que en torno del hogar encendido se sientan, están llenos de añoranzas y emociones, tristes las unas, alegres las otras, pero mansas y tranquilas todas como ungidas por la fe y la piedad cristiana que en esa noche viven aún los menos creyentes y más tibios.*

¡Noche Buena! ¡Noche de nido lleno!.

Y me decía yo una tarde próxima a esta noche ante mi Sagrario: ¡Cómo va a ser este año la Noche Buena de mis hermanos los españoles, de mis hijos los malagueños! ¡Vivimos aquí en Málaga tan cerca de la guerra, vemos tan de cerca su magnitud y sus estragos en

---

dres y hermanos y hermanas de nuestros soldados que pelean en Africa, estad ciertos de que cada pecado y escándalo vuestro es una bala más que ponéis en los cañones moros que apuntan contra vuestros seres queridos. ¡Perdón, Señor, perdón!» (V. «Boletín del Obispado» de Málaga, 1924, p. 419).

el desfile sin número de juventud lozana y animosa que pasa y en la tétrica procesión sin número también de juventud enferma y herida que torna y puebla sus hospitales...!

¡Cuántos huecos vacíos en los nidos esta Noche Buena! ¡Cuántos corazones llorando la ausencia del nido!.

... ...

Y me fuí a Melilla con el propósito de que esa noche ninguno de mis soldaditos malagueños llorara esas ausencias. Y pedí al Alto Comisario que dejara venir de sus campamentos a la Iglesia grande del Corazón de Jesús a mis hijos y con ellos a todos los que sin menoscabo de los deberes de guerra quisieran y pudieran venir... Vinieron muchos, y con ellos y con las familias de no pocos que se habían trasladado desde la Península y con sus bizarros generales y jefes formamos en la Casa de Padre Dios el nido grande, lleno, muy lleno *y a las doce de la noche, revestido de Pontifical, asistido en el Altar y en el coro por sacerdotes soldados, les canté la Misa del Gallo, les prediqué, mejor dicho,* nos hablamos, *yo contándoles a lo que había ido y ellos contestándome con el agradecimiento y la emoción que me revelaban sus caras y sus lágrimas.*

Los dos encargos... “*Dos encargos traigo, les decía yo entre otras cosas, dos encargos os traigo de parte de vuestros padres y madres.*

El primero es el que me expresaba una madre con estas palabras:

—¡Vaya Vd. allá, Padre mío, y que mi hijo lo vea y lo oiga a Vd. como a su padre y a mí!...

¡Cómo me halaga y enternece esta augusta representación de vuestros padres! Cómo quisiera yo que el Corazón de Jesús diera en estos momentos a mi palabra y a mi presencia, ecos, modulaciones, expresión e influencias de voz, de brazos, de besos de padre y madre.

El segundo encargo me lo ha dado un padre vestido de luto y con acento muy triste, mientras me apretaba fuertemente la mano.

Sí, vaya Vd. a Africa a echar muchas bendiciones

sobre aquella mala tierra a ver si ya se hace buena... ¡Tierra ingrata y mala, es verdad, tierra sembrada con tantos dineros, tantos sudores, tantas iniciativas, tantos esfuerzos, tantos sacrificios y sobre todo con tantas lágrimas de madres y tanta sangre generosa de hijos españoles y ¡tan sin fruto...!

¡Con qué gusto vengo a esta tierra a echar no una ni varias bendiciones, sino la esencia y la virtud de todas ellas, la oración eficaz, la intercesión definitiva, que es mi Misa...!

Jesús mío, que, cuando bajes a mis manos, vas a ser adorado por estas rodillas dobladas que no se doblaron jamás ante los hombres, por estas frentes inclinadas ante Ti, y erguidas ante los peligros y las catástrofes, y por esos corazones indómitos en el resistir y mansos en el padecer, y por los anhelos de esperanzas y los suspiros de angustia de tantos padres y madres presentes aquí con su espíritu, Jesús mío, ¡que acaben de dar fruto esas siembras generosas! No permitas, Señor de los Ejércitos, y Señor de la España de tu Corazón, que se malogren y frustren las siembras de la generosidad con las siembras malas del vicio y del escándalo y de la apostasía... Que tus soldados, en esta hora de examen de conciencia de familia y de arrepentimiento y propósitos, te prometen por su honor de cristianos y de caballeros no echar sobre el surco que el dolor y el amor abrieron en esta dura tierra la funesta semilla de blasfemias de palabras, de pornografías de lecturas y espectáculos, de inmoralidades de vida, de malos ejemplos de irreligiosidad en los que mandan y de escándalos de relajación e indisciplina en los que obedecen, para que pronto, muy pronto luzca el fruto deseado, el fruto tantos años y con tantos esfuerzos ansiado, de la paz sólida y permanente, que será solo la que se asiente sobre el Evangelio dado a conocer, a amar e imitar a los colonizados, por el conocimiento sincero, el amor práctico y la efusión perenne de la vida del mismo Evangelio por parte de los Misioneros, los Maestros y los soldados del ejército colonizador...

Yo no pido exterminios de enemigos; que no es cristiano; yo no creo en la invencibilidad de los moros porque tampoco creo en lo que se ha llamado su inconvertibilidad, para mí no tiene duda que los moros empeza-

rán a convertirse cuando los cristianos que los tratan acaben formalmente de serlo... (15).

Señor, Señor, que pronto esos desgraciados salvajes, que acechan tras sus chumberas y sus barrancos las vidas de nuestros hermanos, celebren la Noche Buena cristiana y... ¡se habrán acabado para siempre las guerras entre ellos y nosotros...!"

Y como celebrábamos la fiesta de la familia *tuvimos nuestra* cena.

En la segunda Misa *fué la cena de la familia*: *¡Qué Comunión tan numerosa, tan acompañada de lágrimas y tan peculiar! Se aplicaba, como mi Misa, por los muertos en la campaña.*

Sin previo acuerdo, ni orden convenido, no comulgaron como es costumbre, primero los caballeros y después las señoras, no, sino que se iba comulgando por familias. *¡Cómo me temblaban la mano y la palabra al ir depositando la Sagrada Forma en la boca de un padre, muy unido, casi pegado, a su hijo soldado que también comulgaba, en la de tantos oficiales seguidos de sus esposas y de sus hijos... y en la de tantos y tantas vestidos de luto...!*

Terminada la Comunión, y mientras decía yo la tercera Misa, calló el órgano y callaron los cantos... ¡Qué bien venía aquel silencio de la noche, del campo, y del templo para que las almas que habían comulgado oyeran bien lo que muy quedito les decía el consolador Jesús!...

¡Seguramente que aquella Comunión será inolvidable para los que la recibieron y para quien la distribuyó...!

Antes y después de la Noche Buena y en unión del bueno y popular alcalde de Málaga, y otros buenos malagueños sacerdotes y seglares, de los coroneles y jefes de Alava y Borbón hemos visitado cementerios, campamentos, posiciones y hospitales buscando soldados nuestros para llevarles, a los muertos la oración y el sufragio de sus paisanos, y a los vivos la alegría del aguinaldo de Pascua, del recuerdo de la Patria chica, del abrazo de la familia y de la bendición de su Obispo.

---

(15) Era para él una obsesión la conversión del Marruecos español.

¡Cuánto darían que contar esas visitas y efusiones! ¡Es tan angustioso el tiempo mío! Sólo diré como resumen de la alegría, docilidad, sobriedad y excelentes disposiciones que observé en los campamentos esta palabra: ¡Qué buenos son nuestros soldados!

Y añadiré esta otra que me atañe como a sacerdote: ¡En nuestro Ejército se comulga mucho...! Y este otro dato que a no pocos extrañará: Entre los comulgantes quizás figuren en primer lugar los famosos legionarios... *Lo he visto en las iglesias de Melilla y me lo han contado los capellanes de los campamentos.*

¡Bien por nuestros soldados!" (16).

¡Así sabía sentir, alentar y animar aquel Obispo de Málaga, tan español, tan Sacerdote y tan Padre! Queremos cerrar estas notas sobre su actuación patriótica narrando esta bella y conmovedora anécdota de un soldado palentino:

EL SACERDOTE SOLDADO

Estaban desembarcando en el puerto de Málaga heridos de la campaña.

Entre aquellos soldados viene un Sacerdote palentino (17), tan grave, que apenas hay esperanza de salvarlo. Acude el Sr. Obispo al Hospital, le consuela, se interesa vivamente por él, supliendo con su caridad inagotable la ausencia de aquellos padres lejanos a los que se les quiso evitar el dolor de tan desagradable noticia.

Hasta el último momento estuvo a su cabecera.

Cuando agonizaba, el Prelado que le asistía cariñosamente le insinuó:

—*¿Me ofreces pedir por mí cuando estés en el Cielo?*

—Así lo haré, contestó el moribundo envolviéndolo en la última mirada de sus ojos sin luz.

—*Yo en cambio te prometo ofrecer la Santa Misa por tu alma.*

No tardó en morir; él le costeó el entierro y le acompañó al sepulcro.

---

(16) «El Granito de Arena», 1922, p. 18.

(17) Se llamaba D. Angel Valencia y era profesor muy estimado del Seminario de Palencia.

A la mañana siguiente en la capilla de Palacio subía al Cielo la oración y el Sacrificio del caritativo Obispo por el alma de aquel desconocido soldado.

Y como este ¡cuántos episodios hermosísimos pudiéramos contar de aquellos años de la guerra de Africa!

Para cerrar el capítulo intentemos describir esta otra anécdota que refleja el celo ardiente de su alma.

La morita Concepción

Al volver de una de sus visitas de Melilla, sobre la cubierta del "Vicente Puchol" sorprendemos en una vieja foto a nuestro Obispo acariciando a una niña morena como las noches del desierto africano, que se arrebuja tímida sobre él, como buscando inocente su protección y su amparo.

¿Quién es esa niña?... Oíd de sus labios la respuesta: *"Es una morita de unos ocho años, abandonada en el campo y recogida por el jefe y los soldados de una de nuestras posiciones.*

Quiere ser cristiana y llamarse Concepción San José; la llevo a Málaga y con la gracia de Dios trabajaré para hacer de ella una fiel Concepción. ¡Viene más contenta!

Y ¿sabéis qué me ha hecho pensar el nombre con que mi morita me pide que la bautice?

¡Concepción San José!

¡Concepción! ¡La Patrona de España y su Ejército!

¡San José! ¡El Patrono de la Iglesia Universal!

¿No fueron José y María los que llevaron hace veinte siglos a Jesús Niño al Africa, a Egipto?

¿Y no llevó mi Patria a un continente, a América, a Jesús?...

No lo toméis por quimera ni por sueño; pero os aseguro que cuando miro la carita triste e inteligente de mi morita y le oigo decir que no quiere que le llamen morita sino Concepción, me extremezco de esperanza y paréceme ver a Jesús Evangelio y Eucaristía llevado otra vez al Africa por José, María Inmaculada y... ¡si mi Madre España se decidiera seriamente a darles compañía y ayuda!"

Se bautizó la morita, se educó en colegios cristianos

y hasta el día en que voló de las Adoratrices sin rumbo fijo él le siguió sus pasos y le prodigó su amparo.

De él se podía decir como un día se dijo de su Divino Maestro: Pasó derramando el bien...

Sí, derramándolo y *derrochándolo* entre buenos y malos, que para él todos eran hermanos suyos como hijos de Dios.

... ...

Cuando arrecie la tormenta y la persecución más despiadada se cebe en él como en gloriosa víctima, desterrado en un pisito de Madrid, lejos de todos los suyos, pobre y perseguido, podrá escribir esto que siempre vivió: Alfarero Divino, *Corazón de Jesús Sacramentado, por tu Madre Inmaculada te pido concedas a este pobre barro mío:*

—Hacer bien a los malos sin hacerme malo.
—Olerte desde lejos.
—Adivinarte oculto.
—Sentirte presente por instinto.
—Conocerte y conocerme.
—Amarte y despreciarme.
—Reconocerte mío y reconocerme tuyo.
—Enloquecerme amándote.
—No ser mío para ser sólo Tuyo.
—Ser Tú y no ser yo.
—Dejar sabor y olor a Ti en pos de mí.

—Hacer mucho bien en torno mío y que nadie más que Tú, *caiga en la cuenta.*

—Que me paguen *mis cariños y sacrificios por mis prójimos con olvido para mí y cariño para Ti.*

—Dejar a todo el que me mire o me oiga un poco de luz y de paz y que sólo lo agradezcan a Ti (18).

(18) «Nuestro Barro», p. 142, 3.ª edición.

Primera Visita Pastoral a Melilla, en 1918



Un responso en el mausoleo de los héroes de las campañas de 1907 a 1909



Comisión de jefes de cábilas en el Campamento de Batel, saludando al señor Obispo



Tomando el té preparado por los moros en obsequio del Prelado y de los jefes y oficiales del Ejército

Las primeras Casas de «Nazaret»



Zaragoza



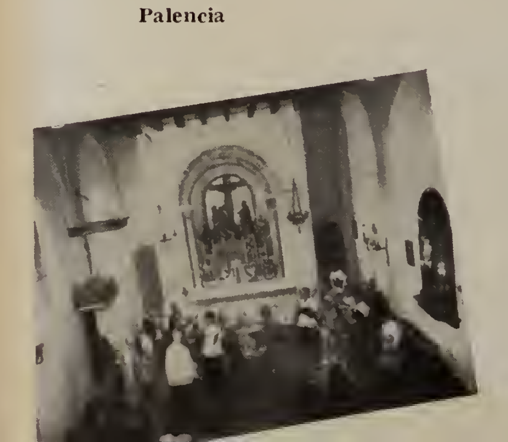
Málaga

Soria



Barcelona

Palencia



Valencia



CAPITULO XVI

POR EL SAGRARIO SIN PUEBLO Y POR EL PUEBLO SIN SAGRARIO

1.º. *Algunas facetas de su acción eucarística.*
Fragmento de un libro.
Los Misioneros Eucarísticos.
La Obra en marcha.
Don Remigio.
¿Cómo ha muerto el P. Remigio?

2.º.—*Expansión de sus obras eucarísticas.*
Los Discípulos de San Juan.
La Adoración Nocturna.
Los leprosos de Fontilles.
Pío XI y la Obra de las Marías.

3.º.—*Las Marías Nazarenas.*
Soñando en el mañana.
Una nueva fundación.
Y ¿por qué «Nazarenas»?...
Ya el Amo vive en la Casa.
«Sacando virutas».
La primera Casa de Ejercicios.
Como abejas del Sagrario...

I

Algunas facetas de su acción eucarística

ALMA eminentemente eucarística escogida para ser el apóstol del Sagrario, no era en él la devoción y el celo eucarístico un mero accidente o una virtud más entre otras de las que poseía, sino un carácter, un sello que daba tono y color a toda su vida y a toda su acción. Por eso no puede dedicarse en la biografía de Don Manuel González un capítulo a su devoción a la Sagrada Eucaristía, porque ese capítulo tendría que encerrar toda su vida y toda su figura y acción.

Mas aunque así es y sin pretender en manera alguna encerrar en el estrecho marco de un capítulo cómo llevó a cabo su ministerio eucaristizador, veamos solo algunas facetas de esa su acción eucarística en Málaga.

FRAGMENTO DE UN LIBRO...

"Y una noche, llega Judas con el alma más negra que la noche misma, con el corazón podrido a fuerza de abusos y de sacrilegios de finezas de Jesús; con la intención envenenada por la traición y por la hipocresía, y llega acompañado de esbirros y gentuza para maniatar y prender y entregar a sus más encarnizados enemigos al dulce Maestro que tantas veces le había llamado "su amigo", y una hora antes había cenado con él y regalado con el pan mojado, y... se acerca a El y le da un beso en su cara... Chasquido del beso sacrílego,

¡cómo estarás resonando eternamente en los abismos del infierno!...

... ...

Chasquidos de besos de Judas revoloteando sobre Altares y Sagrarios, decid a los demonios que os vomitan, que no conseguirán apagar las palpitaciones con que el Corazón de Jesús seguirá diciendo tan dulce y serenamente como en el Huerto de Getsemaní: "¡Amigo! ¿a qué has venido?".

Jesús, Jesús, perdona este desatino, no sé si de mi cabeza o de mi corazón: Yo sé que Tú ya no puedes morir; me lo dice mi fe; pero, si por un imposible pudieras morir de nuevo, yo creo que tu muerte sería o de frío de tanto abandono en tus Sagrarios, o de asco de la baba de tanto beso sacrílego..." (1).

¿De quién es esta página tan caldeada en el fuego de aquel Corazón herido por la lanza que parece escrita con las últimas gotas de sangre que se escaparon de la herida abierta?

¿Le ha prestado su inspiración el Lope de Vega de los soliloquios, que se extasía cantando ante el misterio eucarístico, sobrecogido de amor al ver cómo en el altar se entrega a sus mismos enemigos?

¿Y para qué mayor prueba
de este amor que yo bendigo
que dejar que tu enemigo
la misma sangre te beba?

(Lope de Vega)

Así escribía nuestro Prelado, lector, porque llevaba en el alma desgarrándole las entrañas, como el dardo de Teresa, el dolor inquietante y angustioso del abandono de los Sagrarios.

Su acción episcopal, su vida entera, no será más que una guerra sin cuartel a ese abandono; su único ideal llenar aquel vacío, su gran ilusión ¡iluminar con la luz de la lámpara del Sagrario la tierra toda!

"El problema de la despoblación del Sagrario se agiganta y toma proporciones espantosas al pensar que, si

(1) «Así ama El», p. 148.

no corremos con el remedio, las lágrimas y los lamentos que ahora nos arranca tanta soledad, tendremos que distribuirlas duplicadas sobre nuevas y más horribles soledades" (2).

Por eso al ser nombrado Obispo propio de Málaga, en la primera carta a sus diocesanos encierra el programa pastoral, con que se presenta a ellos, en "UN NOMBRE, UNA QUEJA Y UN ANHELO"; ese nombre es el Corazón de Jesús Sacramentado; esa queja el "Busqué quién me consolara" que perennemente profiere desde sus Sagrarios; y ese anhelo el quitar el "no lo encontré" con que esa queja del salmo termina.

Entre esas tres palabras quiso que se desenvolviese toda su vida y toda su acción de Obispo. "*Y para nuestras manos y nuestra boca y nuestra actividad toda* —proseguía— *no quiero más ocupación que ésta: Apagar la queja que arranca aquel dolor, llevando y procurando con toda urgencia consuelos al Pobre Abandonado del Sagrario. ¿Cómo? Por una* acción esencialmente eucarística, *encaminada directamente y no como por accidente o de rechazo a cortar en su raíz los gérmenes de ese abandono; a saber: orientando* todo *nuestro ministerio a obtener o tratar de obtener que el Evangelio vivo sea conocido—el Pan vivo sea comido—el Maná escondido sea gustado—el Dios del Sagrario sea reverenciado—la Providencia que en él vive sea tenida en cuenta—y el Modelo vivo que en él se exhibe sea copiado*" (3).

LOS MISIONEROS EUCARÍSTICOS

Dolorosamente impresionado quedó, después de haber recorrido la mayor parte de los pueblos de la diócesis en Visita Pastoral, al comprobar hechos tan tristes como "*la pobreza rayana en la miseria* —son sus palabras— *y el estado de ruina o peligro de ella de la* mayor *parte de los templos, la escasez en que vive el* único *Sacerdote de pueblos de* dos, cuatro *y* seis mil *almas, obligado a sustentarse casi exclusivamente de la exigua nómina oficial y sin contar apenas con un estipendio*

(2) «Aunque todos... yo no», p. 63, 6.ª ed.
(3) Carta Pastoral («El Granito de Arena», 20-9-1920).

para Misa. La falta de solemnidad del culto por no poder costear cantor, ni órgano, ni organista, la ausencia casi completa o la languidez de vida de asociaciones religiosas o de caridad, y de otras organizaciones católicas de propaganda, y, lo más triste, el número tan reducido de fieles, no que comulguen diaria o frecuentemente, que esto no se conoce en hartos pueblos, sino que cumplan con el precepto de los días festivos y Pascual."

Su voz de alarma se dejó oir en una interesantísima pastoral, publicada a los dos años de su llegada a Málaga, en febrero de 1918, y que titulaba "*De cómo se han de renovar nuestros pueblos por la acción eucarística*".

"Médico y padre más que legislador, vamos recorriendo los pueblos con oídos y ojos abiertos para descubrir sus enfermedades y ¡ay! ¡cuántos Sagrarios han oído los gemidos que a nuestro corazón ha arrancado la vista de tanto enfermo y ¿por qué no decirlo? de tanto muerto del alma!

Sí, a través de las férvidas y, más aún, delirantes demostraciones de cariño con que Nos reciben los pueblos que visitamos, reveladores, sin duda alguna, de lo arraigado y añejo de sus creencias, y de la hidalguía de sus pechos y a pesar de su índole festiva y graciosa, y formando contraste con la belleza y esplendidez del paisaje, hemos adivinado que padecen una gran inquietud o una gran tristeza...

Digámoslo de una vez, aunque el corazón se nos desgarre de pena: nuestros pueblos están desolados moral, espiritual y hasta económicamente porque están a punto de quedarse sin Jesucristo o se han quedado ya sin El."

El remedio no podía ser otro que trabajar por la reincorporación de los pueblos a Jesucristo.

¿Cómo? Por la formación en ellos de grupos de almas selectas que fuesen como la *levadura* entre la *masa*, porque así —decía él— "*se gana tiempo, se ahorran energías, se multiplican los agentes auxiliares y se afirman los cimientos*".

Para realizar esta empresa concibió la "Obra de los Misioneros Eucarísticos Diocesanos".

Su fin lo trazó en estas frases el Sr. Obispo: "*Remediar los tres abandonos más perjudiciales de un pueblo:*

el de Jesucristo Sacramentado, el del Cura y el de las almas, mediante la formación y el sostenimiento de núcleos de almas sólidamente piadosas que desagravien y acompañen al Primero, auxilien al segundo y aproximen al Uno y al otro a las terceras".

El tipo de Misionero Eucarístico que concibiera el Prelado Fundador no era el predicador de grandes misiones, sino el de misionero director espiritual. "*La acción del misionero (grandes misiones) es la de la lluvia torrencial; la del director espiritual la de la llovizna; aquella* moja, *esta* remoja *la tierra*". *Urge* —decía— *que salgan a los pueblos sacerdotes prudentes, celosos, ilustrados en la ciencia de las almas a buscar y a pulimentar* margaritas preciosas... *porque los pueblos, por muy perdidos y extraviados que estén, si tienen núcleo piadoso, son pueblos de esperanza; tarde o temprano* volverán; *los que no lo tienen,* no volverán; *prácticamente son irredimibles. Dios* no acostumbra *a salvar* sin intercesores ni apóstoles, *y las almas piadosas de un pueblo son sus intercesores y sus apóstoles*" (4).

La Obra en marcha

Se propuso, pues, el Sr. Obispo proveer a los pueblos, por lo menos trimestralmente, de un Sacerdote Misionero Eucarístico y el orden de la visita estaba señalado en todos sus pormenores por el mismo Prelado, de acuerdo con el carácter especial que él deseaba dar a estas misiones eucarísticas.

Una de las normas que les dió fué que al día siguiente de su llegada al pueblo, estuviesen sentados en el confesonario a las cinco de la mañana "haya penitentes o no".

Invitó el Sr. Obispo a varios sacerdotes de su Diócesis y entre los que se le ofrecieron escogió a los que quiso, como el Divino Maestro, para enviarlos como Misioneros eucarísticos; a estos vinieron a unirse varios sacerdotes de otras diócesis, y viviendo unos en el Seminario y otros siguiendo en sus respectivos cargos o

(4) Puede verse en «El Granito de Arena», 5 Febrero y 20 Marzo, 1918.

parroquias ejecutaban la labor señalada por el Prelado, con el que tenían sus reuniones periódicas para recibir sus enseñanzas y dar cuenta de su actuación; reuniones que siempre terminaban alrededor del Sagrario.

Tal como lo presentía el Sr. Obispo, los hechos confirmaron su esperanza sobre esta providencial obra de los Misioneros Eucarísticos y se vió que realmente era un remedio oportunísimo para la reincorporación de los pueblos a Jesucristo. Corrientes de vida cristiana emanadas de aquella acción eucarística empezaron a circular por las almas, formándose esos núcleos vitales, principio de una verdadera regeneración.

Por este medio volvieron a la vida de la gracia muchas almas alejadas y las que ya estaban conquistadas encontraron en el Misionero-Director la orientación y el estímulo y la formación espiritual que las preparaba para una intensa vida interior y de apostolado entre sus convecinos.

Don Remigio

Uno de aquellos primeros Misioneros Eucarísticos fué D. Remigio Jiménez Blázquez, natural de Macotera (Salamanca).

¡Qué hambre de almas la suya! ¡Qué celo tan ardiente y tan heroico! Cruzó varias veces la diócesis llegando a los más apartados rincones de la vega y la playa y la sierra, allí donde hacía muchos años no se oía la palabra de Dios ni se veía la blancura de la Hostia.

Para que podamos apreciar el fruto de aquellas correrías, copiamos varios fragmentos de su diario:

"No estará de más notar aquí previamente, cómo se hacen estos viajes por los pueblos de la Diócesis de Málaga.

A mí siempre que emprendo algún viaje, me viene a la mente el recuerdo de aquellos otros por los pueblos castellanos.

¡Son estos tan diversos en todos órdenes de aquellos otros!

Esas extensas llanuras que en Salamanca hay que atravesar para llegar a los pueblos, aquí no existen. Los caminos llanos y suaves de Castilla son aquí, por lo común, sendas estrechas y empinadas, abiertas por esca-

brosas sierras. Los mares de ondulantes mieses que se ofrecen en primavera a la vista del que anda por esos caminos, son aquí las incomensurables aguas del Mediterráneo que piérdense de vista sin que en la tersa superficie se logre descubrir las costas de Marruecos.

Viajando en caballería ya es cosa sabida, camino de una legua, de dos horas bien contadas.

Ciertamente que algunas de esas leguas las midieron a caballo, como dicen, y además de esto que los caminos no están para correr; un arriero no da un mal rato a su bestia, ni aunque amenacen tormentas.

Dos de estas me cogieron en un camino, no hace mucho, sin que esto moviera al arriero a aligerar su bestia.

De esta manera llego a los pueblos.

La primera reunión, en El Morche, donde no había iglesia, tenía que ser al aire libre. En medio de aquel auditorio compuesto de toda clase de personas, hablaba yo a aquel pueblo hambriento de la palabra de Dios, y me figuraba que de la misma manera lo haría el Divino Maestro a las turbas en las riberas del Tiberíades.

A las tres de la madrugada dimos fin a las confesiones, y a las seis se reanudaron; mientras tanto las Marías acababan de arreglar el altar para la celebración de la Santa Misa.

Al abrigo de unas chumberas que había en la misma playa se colocó un dosel y delante de él se improvisó un altar que se adornó con flores.

Profusión de flores y olorosas yerbas esparcidas por el suelo servían de vistosas alfombras sobre la blanca arena.

Colocados delante del altar los carabineros hacían guardia por honrosísima atención del señor teniente. Y empezó la primera Misa, que dijo el Sr. Arcipreste. Lo mismo en ésta que en la que yo dije a continuación, hubo cánticos y predicación y se dió la comunión a un centenar de personas.

Más bien que arrodillados, echados por la playa yacían algunos ancianos y allí mismo recibieron la sagrada Comunión. Lo mismo me figuraba yo, que sería cuando los apóstoles repartían el pan milagroso a los que estaban sentados sobre la verde yerba.

... ...

Ahora le ha tocado a La Sauceda. De las apacibles playas del litoral malagueño, a las abruptas sierras de Ronda, a los tupidos alcornocales de Cortes de la Frontera.

Allí, perdida en aquel bosque inmenso está La Sauceda... Dejemos que él nos la describa...

"Forman este pueblo una porción de casas diseminadas por todo el valle, sombreado por vetustos y corpulentos chaparros. Todas las casas son simétricas: cuatro paredes y un tejado por lo general hecho de corchos o simplemente chozas.

Los menos tienen tejas. Por dentro, de una sola pieza por lo común, que sirven de cocina, recibidor y dormitorio. Casi todas tienen delante un pequeño huerto.

A pesar de la pobreza de sus casas, se crían los niños más sanos y robustos aún que las hermosas cabras de aquellos feraces campos y frondosos y espesos montes de chaparros.

Allí todo es rudimentario; las viviendas, las veredas, que son las mismas que cuando empezó a haber allí moradores y la misma vida sencilla y patriarcal que allí se hace.

Todas las distancias son largas, no solamente por lo apartadas que están unas casas de otras, sino más todavía por la aspereza y desigualdad de los caminos.

Dimos comienzo a nuestras tareas de misión. teniendo para esto la ventaja de tener campana, *único superviviente* de la derruída ermita que ha logrado sobrevivir a la catástrofe, colgada de un corpulento chaparro.

El tiempo que se metió en lluvias, nos encerró en casa sin dejarnos apenas salir un par de días; no obstante no nos faltó gente de día y de noche.

¡Tenían tanta hambre de doctrina y de Sacramentos!...

Pronto se desparramaron por los pueblos vecinos en busca de los documentos necesarios, todos los que se deseaban casar y vivían ilícitamente.

¡Solamente ellos podrían atreverse a andar de noche y lloviendo por entre aquellos matorrales y espesuras¡... ¡Y solamente el deseo grande que tenían de instruirse en religión podía determinarles a andar, el que menos, media hora de aquellos caminos!

Muy pocos sabían rezar. La señal de la cruz pocos también la sabían hacer.

En los cinco días que estuvimos allí, tuvimos el consuelo de dar la comunión a más de ciento, hombres y mujeres.

Nunca olvidaremos lo obsequiosos que estuvieron con nosotros.

Su anhelo constante era una ermita y una escuela.

Determiné una tarde que no llovía, visitar las ruinas de la antigua ermita y de paso el cementerio. Los que me acompañaban me iban disponiendo el ánimo para la sorpresa que recibiría al ver el cementerio. Como ya había visto algunos cementerios con las paredes caídas, me figuraba que sería uno de tantos; pero verdaderamente fué sorpresa y grande cuando mirando distraído el campo de verde césped que tenía delante, me fijé en un pequeño cúmulo de piedras de las dimensiones y figura de una sepultura.

No creía lo que veía con mis ojos.

¡Estaba en el camposanto!...

A unos ocho o diez pasos había otro cúmulo de piedras, y más allá otro, y otro... diseminados por todo el monte, donde pastaban las vacas y las cabras.

—¿Por qué no ponen siquiera una cruz, para que se conozca que hay enterrado un cristiano?—pregunté a los que me acompañaban.

—Algunas veces se pone —me contestaron— pero los muchachos, o las vacas, o las cabras las caen.

Verdaderamente es un cementerio original. Allí entierran a cada uno en sepultura nueva y a respetable distancia. ¡Como tienen todo el campo por suyo!

A pesar de todo me han parecido muy buenos los habitantes de La Sauceda.

¡Qué van a hacer si nadie les tiende la mano!

Recuerdo inolvidable fué para ellos y para nosotros la erección y bendición de una cruz en el sitio más céntrico del valle, el día en que nos habíamos de venir.

¡Son los habitantes de La Sauceda de costumbres tan sencillas!... ¡llevan por lo general una vida tan honrada!... que allí son desconocidos los pecados de blasfemia y tantos otros y tan enormes que se cometen hoy día en los pueblos que se tienen por cultos y civilizados.

Unicamente hay que deplorar la facilidad con que se unen en matrimonio, sin haber recibido este Sacramento y el descuido grande de las prácticas piadosas que debe tener todo cristiano.

Para corregir este mal, fué el pensamiento de levantar una cruz que les recordara que son cristianos y que han sido redimidos por Jesucristo.

Se congregan todos delante de la cruz engalanada con las yerbas y flores más olorosas de sus montes, y después de la ceremonia de la bendición, todos ellos desfilaron por delante de la cruz, besándola reverentes."

Leyendo estos conmovedores relatos se cree uno en medio de las selvas de América o en algún islote perdido de Oceanía y ¡qué pena! todo esto ocurría y *ocurre* a dos pasos de nuestras grandes ciudades, en esos campos de Andalucía donde hay hermanos nuestros que nacen y viven y mueren *sin haber oído nunca* hablar de Dios.

¡Cómo se exaltaba el celo dolorido de aquel Misionero Eucarístico ante esos pueblos abandonados sin Sagrarios y sin Curas!...

"¿Con qué cara sino con cara de angustia, puede uno presenciar el espectáculo que ofrecen tantos pueblos sin sacerdote, tantos pueblos sin instrucción religiosa, tantos pueblos que apenas tienen de cristianos más que el nombre, pues no reciben otro Sacramento que el del Bautismo?

Si esto es poco, hace cuatro días regresé de un pueblecito del que me he tenido que venir sin poder confesar a los hombres ni a las mujeres que vivamente lo deseaban. No tienen más que buena voluntad, pero ignoraban lo más elemental para poder recibir con fruto el Sacramento de la Penitencia y Comunión.

¡Qué espectáculo tan tristemente curioso ofrecían a las once de la noche después de haberles predicado tres días, de una parte los hombres y de otra las mujeres y jóvenes preguntándose unos a otros qué tenían que hacer para confesarse, y el que sabía el Padrenuestro enseñándole a los demás y avisándose mutuamente a irse a confesar!

Confieso ingenuamente que en tanto tiempo de Misionero y en tantos pueblos visitados, nunca había pre-

senciado tanta docilidad de parte de los hombres juntamente con tanta ignorancia.

¡Y cómo se cumple aquello del Divino Maestro "messis quidem multa"...!

Por eso él no tenía descanso; misionando le encontró la muerte el 6 de diciembre del 1927 ¡en el confesonario!

Cuando llegó el Amo encontró despierto a su siervo esperando junto al surco que acababa de abrir; ¡dichoso él!

Oigamos cómo nuestro Obispo se desahoga ante la terrible prueba de perderlo.

"¿Cómo ha muerto el P. Remigio?"

Al terminar el día 9 en la iglesia del Seminario los solemnes funerales por el alma de nuestro querido Don Remigio (q. s. g. g.), decía yo a profesores y alumnos, a párrocos y amigos que asistieron, estas o parecidas palabras que quiero trasladar aquí para honor de nuestro muerto y enseñanza y consuelo de los que lo lloramos:

Hace cuatro días, en la Misa, que en este mismo altar celebrara, se despedía como tantas otras veces de nuestro Rey Jesús el infatigable y abnegado Misionero Eucarístico Diocesano D. Remigio.

Iba convaleciente de recientes achaques graves, pero olvidado como siempre de sí, contento, muy contento, porque volvía a las almas.

¿A lo más duro y frío de la sierra con recios temporales de viento y de agua?

¿A dormir quizás sobre bancos de sacristía, en desmanteladas posadas, en inquietas tabernas? ¡Qué importa! ¡Hace tiempo, me decía, que no visitaba aquellos apartados pueblos! Y allá se fué el hambriento de las almas, *a hartarse de ellas.*

El mismo lunes 5, llegó por la tarde a Villaluenga, pueblo a unos 170 kilómetros de Málaga, en lo más alto de la sierra, y esa misma noche comenzó su misión eucarística, predicando y sentándose en el confesonario.

El mismo día 6, según la costumbre de nuestros misioneros, muy de madrugada comenzó su tarea esperando a los penitentes en el confesonario, exhortándolos

antes de la Comunión, visitando las escuelas de niños y niñas y al anochecer predicando de nuevo y terminando precisamente su sermón con estas palabras: "Hermanos, estemos siempre preparados para la muerte, que vendrá cuando menos la esperemos".

Del púlpito se va al confesonario, recibe la confesión de una mujer que se le acerca, y, antes de darle la absolución, exhala un ronco quejido y... queda muerto...

Esta muerte de soldado en la brecha de ataque, de apóstol en pleno campo de su apostolado, de pastor bueno buscando ovejas perdidas, de siervo bueno y fiel, más que muerte es un encuentro y abrazo cariñoso con el capitán Jesús, con el Maestro de Apóstoles, con el Pastor de pastores, con el Amo bueno que visita a su siervo para decirle: ¡Ea, soldado, misionero, pastor, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor!

¡Feliz, mil veces feliz el alma de nuestro D. Remigio que ha merecido recibir la visita del justo Juez del Cielo en el trono de sus misericordias de la tierra, en el confesonario! ¡Al confesonario, en el que por el celo inagotable y las horas incontables de confesiones del misionero tantas almas extraviadas habían vuelto a encontrarse con Jesús; al confesonario viene Jesús a buscar y llevarse con El para siempre a su misionero!

¡Gracias, gracias, Corazón bendito por ese feliz encuentro y feliz muerte con que has regalado a nuestro hermano!"

... ...

"Corazón Eucarístico de Jesús, Rey de mi Diócesis y de mis sacerdotes y seminaristas, yo te bendigo y doy gracias por la siembra que has hecho de nuestro Misionero, y ya que no podemos reprimir las lágrimas que el dolor de la ausencia nos arranca, dígnate regar con ellas el surco en donde lo has sembrado... Sembrador divino, acelera la cosecha por tus tierras malagueñas, multiplica tus misioneros... y que el alma del que acabas de tomarnos entre y viva eternamente en tu gozo" (5).

---

(5) «Artes para ser apóstol...». 1.ª s., p. 135, 3.ª ed.

II

Expansión de sus obras eucarísticas

Al ser elevado a la dignidad episcopal había empeñado su palabra ante los asociados de la Obra que fundada por él en Huelva se había extendido ya por toda España y muchas diócesis de América y Portugal, de que no los dejaría.

"No, no dejo la Obra de mis cariños, de mi actividad, de mis vigilias, de mis sueños", les había dicho rotundamente.

Prolijo sería enumerar los datos de la actuación del Sr. Obispo como Fundador y Moderador General de la Pía Unión de las Marías y Discípulos de San Juan de los Sagrarios-Calvarios. Baste saber que durante su pontificado en Málaga, la Obra, tanto en su Diócesis como en las demás de España y del extranjero, siguió sin cesar tomando incremento y al mismo tiempo que se fundaban nuevos centros diocesanos y subalternos, se fué perfeccionando en su espíritu y en su organización.

A esto contribuía la incansable pluma del Fundador que con sus escritos, saturados del espíritu eucarístico reparador de que su alma se hallaba rebosante siempre, iba formando sólidamente a las almas y en especial a las que formaban parte de su Obra (6).

---

(6) Siendo Obispo de Málaga publicó: «Aunque todos... yo no»; «Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario»; «Mi Comunión de Marías»; «Florecillas de Sagrario»; «Partien-

Sus libros y sus escritos en "El Granito de Arena", que al trasladarse de Huelva a Málaga pasó a ser exclusivamente el órgano oficial de la Pía Unión y a ocuparse de la acción eucarística en todos sus aspectos, iban perfeccionando cada vez más el espíritu de los asociados y procurando una mayor depuración a la Obra. Esta fué como la nota predominante de su labor en ella durante su pontificado en Málaga, y es que desde las alturas del Obispado, el Fundador estaba viendo de un nuevo modo la misión de aquélla, como él mismo dirá. "*El abandono de los Sagrarios acompañados*" le oprimía el corazón y le contristaba el alma en extremo... ¡Qué sólo veía a Jesús entre los que le rodeaban!...

Los Discípulos de San Juan

Por aquel tiempo tomó especial incremento esta sección masculina de la Pía Unión, no solamente entre los seglares, sino especialmente entre los sacerdotes y seminaristas. Y el más exquisito fruto de ellos fueron los sacerdotes Discípulos de San Juan seleccionados para Misioneros Eucarísticos.

Desde su llegada a Málaga la Obra de los Sagrarios Calvarios fué establecida entre los seminaristas, que la acogieron con juvenil y ardoroso entusiasmo. Trabajaron en su propaganda no sólo detro de la Diócesis, sino entre sus compañeros de otras diócesis, y se perfeccionó más la organización y el apostolado eucarístico de los seminaristas Discípulos de San Juan al trasladarse al nuevo Seminario.

Mucho interés tenía en que se penetrasen bien del odio al abandono del Sagrario y se adiestrasen ya desde el Seminario en la lucha contra ese abandono. Durante el curso, con la compañía espiritual y la corresponden-

---

do el pan a los pequeñuelos»; «Jesús Callado»; «Mi Seminario»; «Oremos en el Sagrario como se oraba en el Evangelio»; «Apostolados Menudos», 1.ª y 2.ª series; «Mi Sagrario y mi Secreto»; «El abandono de los Sagrarios acompañados»; «Sembrando granos de mostaza»; y durante su destierro en Gibraltar y Madrid, «El Rosario sacerdotal»; «Nuestro barro»; «La Gracia en la educación»; «Un sueño pastoral»; «Organización y espíritu de la Pía Unión de las Marías y Discípulos de San Juan»; «Arte y Liturgia».

cia epistolar con los niños de los pueblos; y en las vacaciones, con sus trabajos de propaganda y reparación eucarística, practicaban con mucho fruto los fines de la Obra, y así eran ellos los primeros beneficiados en su formación apostólica y eucarística.

En cuanto a los Discípulos de San Juan seglares, no es fácil olvidar aquellas vigilias de Adoración Nocturna que celebraban en los pueblos donde el Señor se hallaba más abandonado de la compañía de los hombres. Alentados por el venerable Fundador y acompañados por un sacerdote, muchos sábados, por la tarde, se veía salir de Málaga un grupo de hombres o de jóvenes en dirección a algún pueblecito; iban a pasarse la noche adorando y acompañando al Augusto Vecino que olvidado de los hombres vivía en aquel solitario Sagrario. Allí celebraba el sacerdote la Santa Misa, comulgaban ellos al amanecer del día siguiente e invitaban a los hombres o mozalbetes del pueblo a acompañarles, instruyendo con sus palabras muchas veces y con su ejemplo siempre a aquellas pobres almas ignorantes y alejadas de Jesucristo.

Los caminos del Sagrario se llenaban de adoradores por aquellas trochas que él con su palabra y su acción iba abriendo; los pueblos se acercaban a Dios ¡se eucaristizaba la Diócesis!

Difícilmente se olvidarán aquellas vigilias de Adoración Nocturna de las noches de San Juan. Emocionaba ver aquellos centenares de adoradores a los pies del Sagrario en el silencio augusto de aquellas horas profanadas por aquellas fiestas paganas de la ciudad que se entregaba al desenfreno de sus placeres en orgías y bacanales.

Cuando sobre los montes de Málaga brillaban las hogueras, ellos al pie del Sagrario eran las llamas prendidas en la hoguera de aquel Corazón, que iluminaba y caldeaba las almas.

En una de aquellas vigilias lanzó el apóstol de la Eucaristía este vivo anhelo de su alma: "*Quiero la cooperación decidida de hombres valientes y esforzados que salgan en* adoración ambulante *por pueblos y aldeas... que mi paso por Málaga sea para que todos per-*

ciban aquí olor eucarístico, a Hostias consagradas, un reguero de Eucaristía".

La fiesta de las Espigas se celebraba con un inusitado fervor; centenares de adoradores se acercan a la Sagrada Mesa y el Sr. Obispo, antes de rayar el alba, con la Custodia en la mano, bendice a los montes, al mar y a la vega.

Una de aquellas mañanas, en la fiesta de las Espigas del año 1918, rodeado de adoradores, perdidos los ojos azules sobre las olas del mar que acariciaba los muros del colegio de Miraflores del Palo, donde se había celebrado la Vigilia, mirando las costas lejanas de Africa, el Sr. Obispo decía: *Hay que llevar como Misionero de los pueblos de Africa a Jesucristo Sacramentado. Hay que organizar vigilias de adoradores ambulantes en Nador y en San Juan de las Minas de Sengangan...*" (7).

Con la blancura de la Hostia quería iluminar aquella noche cerrada de la morisma.

¡Qué hermoso era ver aquellos grupos de adoradores que acudían a la cita de Dios en las aldeas y en las ciudades a consolar y a recibir a Jesucristo en donde los hombres ni le acompañan ni le reciben!

Ellos eran la semilla de aquellos turnos de Adoración Nocturna que se iban erigiendo por todos los arciprestazgos de la Diócesis.

La Adoración Nocturna

Todas las obras eucarísticas no podían menos de ser apreciadísimas por este apóstol de la Eucaristía pero si entre ellas tenía alguna preferencia podemos decir que era para la Adoración Nocturna Española. Ya desde sus tiempos de Arcipreste fué entusiasta propulsor de esta hermosa Obra, cuyos turnos procuraba incrementar con nuevas aportaciones personales. Recuérdase que cuando se despidió de los adoradores de Huelva para irse a Málaga, uno de estos, emocionado por el gran sentimiento que en todos producía su ausencia, exclamó: "Don Manuel, Vd. no nos desamparará. Díganos por lo menos

(7) «El Granito de Arena», 1918, p. 304.

cuándo piensa venir por Huelva." El Sr. Obispo, rápido y firme en sus respuestas, contestó: "*Mi corazón, porque es vuestro, está y estará siempre con vosotros, y mandaréis en mi persona haciéndola llegar a vuestro lado tantas veces cuantos turnos de adoradores constituyáis*".

Inolvidable es el rasgo, revelador de todo lo que era para él la Adoración Nocturna, de cederle local adecuado para hacer su capilla, sala de guardia y demás dependencias necesarias en su mismo Palacio Episcopal.

Tan suya era aquella Obra eucarística que mientras vivió, de él recibió continuos impulsos en su Diócesis y fuera de ella.

Por eso, cuando murió el venerable Obispo, pudo escribir el órgano oficial de la Adoración Nocturna Española "La Lámpara del Santuario":

"Con su muerte, bien puede afirmarse que España ha perdido un gran patriota y la Iglesia de España una de las más insignes figuras de su episcopado. Mas nosotros, los adoradores nocturnos españoles, a quienes tanto quiso y tanto distinguió siempre el insigne Prelado, hemos perdido algo más. Hemos perdido al amigo entrañable a quien encontrábamos siempre cuantas veces le hubimos de buscar; al Maestro que tantas veces nos guiara con su ejemplo, consejos y enseñanzas, al hermano en nuestra amada Obra por la que tanto trabajara, para su engrandecimiento y esplendor.

Fué la Adoración Nocturna Española objeto siempre de su predilección especial. Jamás se cansó de propagarla y favorecerla. Durante su pontificado en Málaga, se fundó la Adoración en Pizarra, Alora, Alhaurín el Grande, Olvera, Ubrique, Grazalema y otros pueblos más. En la sección de la capital aumentaron los turnos de seis a veintidós. Estableció un turno de seminaristas. En Málaga, como en Palencia, celebraba de Pontifical en la Vigilia de fin de año y presidió siempre las Juntas generales para la elección de presidente. En cuantas ocasiones se le presentaron, distinguió principalmente a la Adoración y a los adoradores y siempre dispuesto a cuanto pudiera redundar en provecho de una y otros; dió a la sección de Málaga espléndida casa en su propio Palacio Episcopal, hasta el punto de que aquella magnífica sala de guardia, aquel cómodo dormitorio y aquel

patio sin par con su —¡quién no lo recuerda!— bellísima "gruta de Lourdes" ante la que tantas plegarias de nuestros hermanos —¡muchos de ellos mártires después!— se elevaron al Cielo, hicieron a la Sección de Málaga la indudablemente mejor instalada de todas las Secciones de España.

También en Palencia, cuando la Adoración Nocturna tuvo que dejar su capilla, hubo el Prelado de ofrecerles su propio Palacio y Seminario, quedando establecida en este último en mejores condiciones que lo estuviera antes. Y cuando en plena gloriosa guerra liberadora hubieron de quedar dispersas las Secciones —unas en la zona nacional y verdadera España, y otras, destruídas y deshechas, en la España mártir sojuzgada por la horda roja— y la publicación de nuestra revista y órgano oficial "La Lámpara del Santuario" se hacía casi imposible, al Obispo de Palencia acudimos para que fuese él mismo el que se encargase del "Coloquio espiritual" de cada mes para nuestras Vigilias de Adoración; y el Obispo de Palencia accedió a ello; y desde abril de 1938, hasta diciembre inclusive, de 1939 en que por su enfermedad vióse forzado a suspender sus trabajos, suyos son los "Coloquios espirituales" que cual joyas de inapreciable valor han venido a enriquecer nuestra revista amada, quedando en ella como especialísimo legado del santo Obispo que la Adoración Nocturna Española acepta y guarda con singular veneración."

Aquellos nuevos turnos de adoradores, aquellos grupos de Discípulos de San Juan y de fervorosas Marías eran la levadura que poco a poco fermentaban la masa.

Asambleas Arciprestales y Diocesanas de la Obra de los Sagrarios-Calvarios, presididas en su mismo Palacio por él, iban llenando de celo eucarístico las almas y lanzando al apostolado legiones de Marías y Discípulos de San Juan que prendían después el fuego de su reparación.

... ...

Con esa vitalidad de sus comienzos seguía creciendo la Obra.

El granito de mostaza sembrado en aquel Sagrario de San Pedro de Huelva se había convertido en un ár-

bol gigante que cubría toda la península y que alargando por encima de los mares sus ramas cobijaba también bajo su sombra a millares de Sagrarios de América.

Baste citar como pruebas de lo que decimos el Congreso Eucarístico de Toledo en el 1926, donde junto a las banderas blancas de los adoradores resaltaba el blanco-morado de las cintas de tres mil Marías.

El Fundador tuvo el consuelo de predicar para ellas una devotísima Hora Santa en la incomparable Catedral Primada, con asistencia de los Excmos. y Rvdmos. Prelados que en número de cuarenta asistieron al Congreso.

Digna de mención entre aquellas innumerables Asambleas Regionales, donde se reunían centenares de Marías es la Asamblea de Santander que él llamó "la fiesta de las treinta mil o las treinta mil de fiesta".

¿Explicación de esto? El mismo Sr. Obispo lo cuenta así: "*Era por los días que siguieron al nunca olvidado Congreso Eucarístico Internacional de Madrid*". (Junio 1911).

Invitado el Arcipreste de Huelva a la sazón por las Marías del recién nacido Centro de Santander a asistir a las fiestas de su inauguración, "*pasé varios días dando algunas leccioncillas sobre la Obra y recibiendo soberanas lecciones de actividad, celo discreto, organización no sólo de las Marías nacientes, sino de aquellos católicos verdaderamente ejemplares*".

Preguntaban las Marías al Arcipreste, cuando este se despidió para su Huelva: Y ¿hasta cuándo? Y el Arcipreste, que para esto de visitar pueblos andaba siempre harto escaso de tiempo, como pudo responderles ad Kalendas graecas, *les dijo: hasta que añadan Vds. dos ceros a las 300 Marías de hoy.*

Como pudieron caer en saco roto los ceros del cuento, no cayeron, antes quedaron muy guardados en memorias muy felices, y vean cómo corriendo los meses y los años el repetido Arcipreste un tanto mutatus ab illo *recibe una carta del incansable y gran* meteganas *de buenas obras, D. Anselmo Bracho, Director de las Marías montañesas, en la que dice poco más o menos. "...Como le suponemos hombre de palabra, va llegando la hora de que cumpla la que nos dió cuando nos visitó.*

¡Los ceros pedidos *ya están aquí! ¡Las Marías montañesas llegan a las treinta mil!*

Y sin tomarse más tiempo que el preciso para dar al Amo bendito las gracias por noticias tan gratas y triunfo tan señalado, contestó al buen D. Anselmo que... el buey por el asta y el hombre por su palabra.

"Y caten Vds. aquí un viaje en planta a la querida tierruca de Pereda y unos días de fiestas eucarísticas y al Obispo que suscribe en plan de obedecer cuanto le ordenen el venerable Obispo de Santander, Padre, muy Padre de aquellas Marías y Discípulos de San Juan y el comprometedor D. Anselmo (8) *y todas y cada una de aquellas que forman falange tan lucida.*

Y esa es la fiesta que por llamarle de algún modo, le han puesto allá el significativo de "Fiesta de las treinta mil".

No hay que añadir que las fiestas fueron dignas del acontecimiento.

... ...

Pero quizás el acontecimiento más conmovedor de aquellas jornadas triunfales de la Obra fué el de

Los leprosos de Fontilles

En el mes de septiembre de 1916, cuando se disponía a emprender de nuevo sus visitas pastorales el entonces Obispo de Olimpo, recibió esta hermosísima carta del *P. Damián, español,* el heroico apóstol de los leprosos P. Carlos Ferrís, S. J.

Venía de su querida leprosería de Fontilles.

Ilmo. y Rvdmo. Sr.

Me cabe el honor y a la vez la dulce satisfacción de comunicar a S. S. que en este Sanatorio de leprosos, bajo el Patronato de San Francisco de Borja, acaba de establecerse la Obra de los Discípulos de San Juan y de las Marías de los Sagrarios-Calvarios.

---

(8) Don Anselmo Bracho, ejemplar y fervoroso sacerdote montañés, fallecido el 30 de Marzo de 1946 y mencionado ya en el capítulo 2.º de esta biografía, dirigió durante 35 años a las Marías de Santander. Había vivido en Sevilla, siendo superior del Seminario cuando cursaba en él sus estudios el Sr. Obispo, a quien admiraba y quería desde su niñez.

Es indecible el entusiasmo con que estos pobrecitos acogieron la idea, sin que quedara uno solo sin apuntarse, escogiendo cada cual su Sagrario, habiéndose celebrado al inaugurarse el Centro, Comunión general que lo fué de verdad, pues ni aún los más imposibilitados, recluídos en la enfermería, dejaron de comulgar aquel día; por la tarde se hizo solemne la primera visita a los Sagrarios respectivos.

A todos los enfermos, así como a las caritativas enfermeras que les asisten, señoras virtuosas que voluntariamente y por amor de Dios cuidan de los leprosos, se les han impuesto las insignias. Este Centro se ha incorporado con todas las formalidades prescritas, al Diocesano de Valencia.

Paréceme que el corazón de S. Sría. se sentiría hondamente impresionado por esta noticia, pues a la verdad dudo haya otro Centro que inspire mayor interés, por la calidad de las personas que lo componen, desgraciados a quienes la sociedad mira con horror y arroja de su seno, abandonados hasta de sus propias familias, que apenas si vienen a visitarles, recogidos en este Sanatorio se ven colmados de atenciones y cuidados, gracias a la caridad de los que levantaron este santo Asilo, milagro permanente de la Providencia Divina que por variadas y portentosas maneras provee de cuanto para el bien de estos pobrecitos se necesita.

Bajo la dirección espiritual de los PP. de la Compañía de Jesús y con los solícitos cuidados de las Hermanas Terciarias de San Francisco de Asís, que en reducida Comunidad aquí residen, los enfermos se hallan como en un paraíso, deponen su tristeza y tal vez desesperación por lo horrible de su enfermedad, se hacen virtuosos, piadosos y muchos fervorosísimos, hasta el punto de desear no curar por poder sufrir por amor a Cristo.

Comulgan la mayoría todos los días, visitan de continuo el Sagrario y celebran muchas, muy solemnes y conmovedoras fiestas religiosas.

Estos pobrecitos, son, Ilmo. Sr. los que se han ofrecido a acompañar al Abandonado Jesús, a rogar por los Sagrarios-Calvarios y a ofrecer con sus oraciones por el

fin de esa bendita Obra, los sacrificios y molestias sin cuento que les impone su tristísima situación.

Me permito indicar a S. Sría. la conveniencia de que disponga se manden a este Sanatorio algunos ejemplares de "El Granito de Arena" cuya lectura entretendrá santamente y enfervorizará a nuestros enfermos.

Ruegue S. Sría. por estos leprosos que por mi medio le saludan y besan reverentes el anillo pastoral de su ilustrísima.

Humilde hijo de S. Sría. Rvdma., Carlos Ferrís, S. J.

Su corazón aquella tarde latió con más violencia, rodaron sus lágrimas y dejando sobre su mesa de despacho la carta, voló al Sagrario de su capilla a darle las gracias al Amo bendito, porque en aquellas filas de su legión reparadora se alistaban los hijos de la miseria y del dolor.

Al regreso de su última correría apostólica, les escribió esta carta abierta en "El Granito de Arena":

"A las Marías y a los Juanes de la Leprosería de Fontilles:

Os debo mis nuevos queridos hermanos de Sagrario abandonado, unas cuantas líneas de "El Granito de Arena".

Me ha anunciado vuestro P. Director que todos los leprosos de ese Sanatorio han recibido la cinta blanca y morada y la insignia de nuestra Obra, que habéis celebrado vuestra entrada con una hermosísima Comunión y con la promesa de dar toda la compañía que podáis a vuestro Hermano de abandonos el Corazón de Jesús Sacramentado.

Y ¡bien merecen todas esas buenas noticias unas cuantas líneas mías!

Sí, unas líneas que digan todo el interés que despierta vuestra determinación, los horizontes que descubre, las armonías que deja gustar, la belleza misteriosa que indudablemente encierra ese convenio que acabáis de celebrar con el Divino Abandonado del Sagrario.

Porque vosotros lo sabéis por una dolorosísima experiencia: el mundo, por miedo al contagio de vuestras dolencias, por horror a vuestras llagas os deja solos, os huye, y ha sido precisa toda la heroica y abnegada caridad de esas almas que os han acogido para que las

tristezas de la soledad, las amarguras del abandono no acabaran con vuestra vida.

¡Qué días tan largos, qué noches tan interminables, qué horas tan lentas, los días, las noches y las horas de los pobres leprosos! ¿verdad?

Ver caer los pedazos de carne y sentir al mismo tiempo despedazarse el corazón por no ver llegar una mano aliviadora que derrame bálsamos, que ligue heridas, ni unos ojos siquiera que miren compasivos... ¡Pobres, pobres condenados a sufrir sin eco, a llorar sin paño de lágrimas, a caerse siempre sin encontrar nunca quien les levante!

Pero vosotros, leprosos de Fontilles, no sois ya de esos condenados; vosotros no solo habéis trocado vuestros abandonos por dulcísima compañía, sino que habéis sacado y vais a sacar ganancias de vuestros antiguos abandonos.

En ese cristiano hogar, que la caridad os ha abierto, habéis tenido la suerte de conocer un abandono más cruel, infinitamente más injusto e incomparablemente más largo que el vuestro; os habéis enterado de que el Jesús de los leprosos, el que los curaba con sólo el contacto de su mano, ha quedado reducido por obra de la ingratitud de sus hijos los hombres, a la triste condición de leproso...

Se hizo una casita para vivir en medio de cada pueblo, cerca, muy cerquita de los suyos, y... los suyos se fueron y lo dejaron solo, lo mismo, exactamente lo mismo que a vosotros vuestros amigos y parientes.

¡Sólo, en miles y miles de Sagrarios con sus ojos encendidos en ganas de cambiar su mirada con otros ojos, con sus manos abiertas y dispuestas a bendecir, a dar, con su corazón encogiéndose y dilatándose de congojas y ansias de amar y ser amado y... solo, siempre solo!

Por eso la noticia de vuestro ingreso en la Obra de los Sagrarios-Calvarios me ha hecho saltar de alegría; me ha hecho pensar en El y en vosotros y, os puedo asegurar que he visto en ese cambio de miradas, de saludos, de cariños de los dos abandonados una cosa tan agradable para El, tan provechosa para vosotros, y tan interesante para los demás que la pluma y la lengua no bastan para explicarlo.

¡Qué felicidad! Sois vosotros los que vais a dar al Maestro bueno una respuesta que hace mucho tiempo venía buscando. Sois los que vais a decirle en dónde están aquellos nueve leprosos por su amor curados que no volvieron a darle las gracias... Sois los que responderéis en lugar de aquellos leprosos del cuerpo y de tantos otros del alma que tampoco vuelven ni van a El...

¡Felices vosotros que, cuando con voz entristecida por la soledad de los hijos vuelva a preguntar desde el Sagrario: "¿En dónde están los curados, los regalados por mí...? podréis responder: Aquí estamos ya, Señor..." (9).

¡Qué cuadro más enternecedor el de aquellos leprosos postrados a los pies del Maestro como aquellos del Evangelio que le salían al encuentro en los desiertos lejanos y en los caminos solitarios!

Su reparación era la más hermosa, la más parecida a la del Divino Corazón en los brazos de la Cruz: Por aquellos miembros sangrientos de Cristo, estos otros miembros doloridos de su cuerpo místico despedazados por la lepra.

La oración de aquellos leprosos será un viento impetuoso que hinche las velas de la Obra y la empuje a nuevos y gloriosos puertos.

Pío XI y la Obra de las Marías

Por el alma enamorada de la Eucaristía de Su Santidad Pío XI no pudo pasar la Obra de las Marías sin dejar una grata y profunda huella.

Una peregrinación a la cual fué muy fiel durante su estancia en Milán, deja entrever el origen lejano de su ardiente piedad hacia el Huésped del Sagrario.

Todos los años, en el aniversario de su Primera Comunión, se iba a Desio a arrodillarse en la iglesia parroquial en el mismo sitio, que había ocupado en ese día memorable.

Antes de ser exaltado a la dignidad más sublime de la tierra, hablando las vísperas del Cónclave a la Comunidad del Cenáculo de Roma, les decía que el Papa en

(9) «El Granito de Arena», 20 Spbre. y 5 Oct., 1916.

substancia no era más que el complemento de la Eucaristía.

"En el Sagrario el Verbo encarnado está presente todo entero, con la plenitud de su actividad, con su Santa Humanidad y la superabundancia de sus gracias, pero permanece invisible a nuestros ojos. En su Vicario, Jesús está visiblemente presente."

Bellísimo pensamiento: Jesucristo se ha quedado con nosotros escondido bajo los blancos accidentes del Pan en la Eucaristía y manifiesto bajo las blancas vestiduras del Pontífice supremo.

Llevaba razón Pío XI en decir que el Papa es el *complemento de la Eucaristía.* Por esta Obra de las Marías él sentirá predilecciones de Padre.

¡Con qué afecto la elogiaba el 1 de marzo de 1929 en la audiencia especial que concedió a las Marías romanas en la Sala del Consistorio!

"...Es verdad que desde hace tiempo conocía esta Obra, pero ahora he podido comprobar nuevamente sus grandes méritos... El bien que las Marías hacen es particularmente bello, porque consiste propiamente en continuar la Obra de las tres Marías, llamando a las almas alrededor de los Sagrarios: Y la Obra es tanto más meritoria cuanto que se congregan en torno de los Sagrarios más abandonados..."

Precisamente por aquellos días se celebraba el XIX Aniversario de la fundación; y el Sr. Obispo, haciendo notar esta coincidencia, escribía:

"*¡Corazón abandonado de Jesús, que la Obra de tus reparaciones eucarísticas merezca por su fidelidad y su lealtad ser cada vez más conocida y amada y agradecida de tu Vicario en la tierra!*" (10).

Entre las diversas y valiosísimas gracias y distinciones hechas por S. S. Pío XI a la Pía Unión de las Marías y de los Discípulos de San Juan, culmina la que le concedió en el año 1924. Por un Breve de 22 de agosto de dicho año en el que aprueba y elogia la Obra, le concede que el Privilegio de Altar Portátil en favor de los asociados enfermos, que por autógrafo le había concedido S. S. Pío X, sólo para España, extendido por Su

(10) «El Granito de Arena», 1929, pgs. 231-234.

Santidad Benedicto XV para Portugal, sea confirmado a perpetuidad y extendido a todos los pueblos del mundo donde se halle canónicamente erigida la Pía Unión (11).

Fácil es suponer el gozo y la gratitud del Fundador al ver así favorecida, bendecida y regalada, por el Vicario de Jesucristo su tan querida Obra (12).

¡Qué gran alegría para su corazón fué el anuncio feliz de que la Obra se aprobaba por decreto del Eminentísimo Cardenal Vicario para la Diócesis de Roma!

El día 5 de junio de 1925 ¡en el mes del Amo! escribe estas líneas rebosando de gozo: "*Ha puesto este Breve de S. S. del 22 de agosto de 1924 tal sello de firmeza en nuestra Obra, titulada en él Pía Unión, le ha comunicado tal virtud de expansión y al mismo tiempo de unidad que yo, que en virtud de ese mismo Breve, he sido nombrado Director General de la misma, no dejo de recibir cartas y testimonios con una frecuencia y una elocuencia consoladora de que las llaves del Papa, al abrir en favor de la Obra de los Sagrarios-Calvarios el tesoro de sus más ricas gracias, le han abierto también las puertas de países y pueblos hasta ahora totalmente cerrados.*

Valga entre otros hechos el singularmente consolador de haberse fundado la Obra de las Marías en la misma Roma con augurios, según me escribe su Director el Rvdo. P. Enrique M. Radaeli, S. J., muy esperanzadores por el número y el espíritu de las primeras Marías romanas.

¡Cómo me ha conmovido y llenado de agradecimiento el leer el decreto de aprobación de la Obra para la Diócesis de Roma por el Emmo. Cardenal Vicario!

---

(11) Puede verse en Apéndices. Número 7.

(12) Las Marías y Discípulos de San Juan tienen concedido por S. S. Pío XI: 1.º 500 *días de Indulgencia toties quoties* por cada Comunión, Misa o Visita al Smo. Sacramento, ofrecidas con la intención de acompañar y desagraviar al Sagrario abandonado que a cada uno corresponda, y por cada obra eucarística de celo que tienda a conservar o aumentar el grupo escogido de la Parroquia; y a los que de algún modo hagan esto a diario, *una plenaria cada mes.*

2.º *Indulgencia plenaria* cada vez que visiten un Sagrario abandonado comulgando en él con la intención de reparar su abandono.

Y no es sólo la dilatación de la Obra lo que me mueve al agradecimiento sin fin al Amo, sino principalmente la intensificación de la misma.

¡Cuánto me derrite de gratitud, y valga este ejemplo que tengo a la vista por mil que pudiera poner, ver cada domingo partir por todas las estaciones de ferrocarriles de Málaga grupos de Marías, de las de verdad fieles y activas, en dirección de sus Sagrarios para pasarse el medio día o el día entero acompañando a su Jesús con sus alabanzas, con la enseñanza del Catecismo, a veces de casa en casa, con la formación de la Escuela dominical o del grupo de almas escogidas para que ayuden a sus párrocos!

Marías, Discípulos, ¡a cuánta fidelidad obligan esas exaltaciones de nuestra humilde Obra!

Que vuestro grito de "Aunque todos... yo no" se siga dando al pie de cada Sagrario cada vez con más lealtad y entereza y menos espíritu humano.

¡Cada vez más Marías!"

III

Las Marías Nazarenas

El Fundador de las Marías sigue internándose más y más por los campos de la reparación eucarística. Aquella paradoja del "*abandono del Sagrario acompañado*", que tanto contrista su espíritu, no le deja sosegar...

Y es interesante saber cómo pensaba y sentía de su Obra desde las alturas del episcopado. Oigámosle.

"...*Como Arcipreste y como Obispo sigo viendo y sintiendo que en el orden práctico de la gloria de Dios y de la vida de las almas, el mal de todos los males es el abandono del Sagrario...*

Pero como Obispo estoy viendo y sintiendo una extensión e intensidad *de aquel abandono que como Arcipreste apenas si conjeturaba o adivinaba.*

Me explicaré: Cuando el Amo me hizo pregonero de la Obra, yo casi no veía delante de ella otro mal que éste: el abandono de los Sagrarios no visitados o poco frecuentados; pero ahora, a los catorce años de Obra y a los nueve de Obispo, absorbe, si cabe, más mi atención, contrista más mi espíritu, preocupa y lastima más mi corazón otra forma de abandono; a saber: el abandono de los Sagrarios acompañados; *es decir, lo* poco acompañado *que está el Corazón de Jesús Sacramentado de* los que le acompañan, hacen que le acompañan o deben acompañarlo..." (13).

(13) «Mi Comunión de María», p. 249, 8.ª ed.

"*Almas de Sagrario* —escribe suplicante— *¿no habrá compañía* interior *para esas* interiores soledades *de Jesús Sacramentado?*

¿No habrá Marías especiales *para estos Viernes Santos disfrazados de Domingos de gloria?*" (14).

"*Yo pido y, si puedo, exijo a las Marías no sólo compañía de* presencia corporal, *es decir, ir al Sagrario, sino algo que valga más, que llegue más adentro, que acompañe más íntimamente...*

Ese más que os vengo pidiendo hace tiempo en una forma u otra, es la compañía *de la* imitación *y de la* compasión.

¿Cómo?

Haciendo de vuestra alma lo que Jesús se hace cada día en el pan del sacrificio: una hostia. *¡Almas-hostias!*

Almas sacrificadas al amor de sus prójimos por amor, imitación y asimilación del Jesús de su Comunión y de su Misa.

Esa es la última definición de una María y de lo que debe ser el fruto *único de sus Comuniones: trabajar por hacerse y dejarse hacer* hostia.

Esa es la perfecta compañía y el perfecto desagravio del abandono de Jesús Sacramentado. Eso es... ser María hasta el fin y de verdad" (15).

En su corazón bullía un anhelo inquietante, como una idea fija clavada en su mente, que le obsesionaba sobremanera. La Obra necesitaba esas *Marías especiales*, esas Marías-hostias, que consagrarán su vida entera sola y exclusivamente a dar y procurar de otras almas esa perfecta compañía a Jesús Sacramentado...

La Obra necesitaba completarse con la fundación de una nueva clase de Marías, en vida religiosa...

Soñando en el mañana

Pero esta idea no era nueva. Hacía ya muchos años que la llevaba dentro del corazón, como en semilla.

Un poco de historia. Era el año 1912. La Obra de las Marías rebosaba de vida. Había nacido, saltando las le-

(14) «Qué hace y qué dice el C. de J. en el Sagrario», página 132, 7.ª edición.
(15) «Mi Comunión de María», p. 251, 8.ª ed.

yes naturales, adulta con la robustez de una campesina, sana y fuerte para el trabajo más duro. Y el Arcipreste de Huelva, como un padre, preocupado por el porvenir de su hijo, se preguntaba previsor: ¿qué será de ella?... ¿qué porvenir le espera mañana, cuando yo cierre los ojos?...

He aquí lo que entonces él mismo se respondía.

En el mes de diciembre, cuando la Obra no tiene aún ni tres años de vida, unas Marías abordan al Arcipreste que vuelve de una de sus correrías místico-incendiarias y en animada y sabrosa charla una de ellas le pregunta:

¿Cuál es el papel de las Marías en el porvenir religioso de España?... "María de Andalucía", nos refiere en uno de sus sabrosos artículos la respuesta del Arcipreste:

"...Y a nuestra imprudente sospecha de que este movimiento se enfriaría, dejando las Marías de funcionar cuando el Fundador dejara de existir, no nos contestó ya directamente, sino que con la cabeza echada atrás y la mirada en lejanías insondables, mirándonos, sin vernos, en actitud de sonámbulo, empezó a hablar suavemente primero, fogosamente después.

Sí, las Marías subsistirán, las Marías le sobrevivirán, porque han nacido en la ocasión precisa, porque ha sonado la hora de aquello que un pensador profano ha llamado "más fuerte que el amor", la compasión. Ha llegado la hora en que (miedo cuesta escribirlo) el hombre se ha compadecido de Dios y está dispuesto a prestarle auxilio. Para eso es su Obra y vivirá larga vida y por ella soñaba él con ver rebosantes de gente todos los Sagrarios de España.

Y para conseguir ese fin no era menester gran cosa; se conformaba él con tres Marías que se pusieran al frente de todas las del mundo. Tres Marías tan heroicas como las auténticas del Calvario, que nada temieran, a quienes nadie turbara, que por nada se espantaran.

¿Dónde encontrar estas Marías? El no lo sabe; pero cree firmemente que existen y que el día menos pensado se las pondrá el Señor por delante con todo lo necesario para su funcionamiento.

¿Dónde habitarán esas Marías? En todas partes, prontas a trasladarse donde su misión las reclame acam-

parán en cada lugar el tiempo que necesiten para su trabajo y concluído éste, al abrir los ojos un nuevo sol, levantarán el campamento y saldrán a conquistar nuevas tierras llevando como los húngaros de la Balada, el día a la espalda y la noche por delante.

Ellas tendrán el hilo de toda la trama de amor y desagravio que se está urdiendo en España y con ella irán tejiendo una red inmensa, una red de compasión y sacrificio, en cuyas mallas queden presos todos los reos de ingratitud, los obstinados, los débiles, los culpables de haber abandonado el Sagrario por miseria humana, y cuando esté llena, tirarán de ella hacia la barca de Pedro, llenando con aquellos despojos purificados por la contrición, el vacío de los Sagrarios abandonados...

Ellas serán como un gran dique que recoja en su seno todos los encendidos afectos, los buenos deseos, los santos proyectos que el amor al Corazón Eucarítico de Jesús levante en la nación, canalizando con su actividad todos los reinos, encauzando con su amor todas las tierras, irán repartiendo esas aguas generosas de tal forma, que todos los Sagrarios participen de ellas y cada gran avenida de fervor y caridad, rindiendo su caudal en este depósito general, irá a refrescar los sedientos labios del Divino Prisionero.

Ellas resultarán como una gran central eléctrica que distribuya fuerza, luz y calor a todos los rincones oscuros, a todos los inaccesibles; remediarán todas las necesidades y averías espirituales y materiales de los Sagrarios, y por su medio se harán las transmisiones de corrientes, se encenderán focos de oración, se volarán los polvorines cargados de antemano y dejarán por donde pasen otras tantas estaciones al servicio de Jesús de Nazaret, fuente de toda energía, centro imantado de atracción infinita...

Ellas formarán un taller inmenso donde se prepare y reparta trabajo a todos los operarios evangélicos, y como en esta agremiación tienen cabida todos los cristianos de cualquier clase y condición que sean, con tal que deseen amar al Corazón de Jesús, y como ella no conoce acepción de personas, antes se adapta a todas las congregaciones, a todos los caracteres, a todo género de vida, a todas las obras emprendidas "pro Cristo", no

desechará auxiliares, dando a cada uno la ocupación que mejor cuadre a sus aptitudes.

Dará trabajo, por ejemplo, a las señoras de la Conferencia, diciéndoles: id a visitar a vuestros enfermos, a vuestros impedidos sin número, pero hacedlo en memoria de Aquel que por nosotros tomó forma de leproso y permanece como inválido, en tal Sagrario abandonado, sin poderse mover. Id y decid a vuestros ancianos cuando se quejen (como tantas veces) de estar arrinconados como un mueble viejo, que su situación no es única, que hay Otro, del cual no somos dignas de desatar el calzado, que está más arrinconado que él, que se ha puesto antiguo para la mayoría de los cristianos; decidles que unan su abandono al aislamiento de Jesús en tal Sagrario, y se verá la gloria de Dios reparada por una humanidad en ruinas.

Ellas recogerán los buenos deseos de las madres cristianas y les dirán a qué Sagrarios polvorientos deben encaminar las almitas blancas de sus niños, para que allí recreen con su ingenuidad los oídos del Amigo fiel que aún clama porque vayan a El los párvulos.

Ellas prepararán trabajo a las congregaciones religiosas de ambos sexos y de ambas vidas, diciéndoles: Acordáos de que en el día que jurásteis su bandera, sabíais ya que vuestro Amado mora en todos los lugares del mundo; no os conforméis con adorarle en vuestra capilla que está respirando devoción; id a tal y a tal Sagrario abandonado y, si es preciso, morid allí con El. Id para que le conste una vez más que seguís con la mano en el arado y por nada del mundo volveréis la cara atrás.

Y así irán por calles y plazas, atravesando montes y collados y llamando a todos y utilizando lo bueno que haya en cada uno, les moverán a ofrecerlo al Santo de los santos en el banquete de las bodas...

Con todas las virtudes enumeradas, con todos los ofrecimientos obtenidos, con todas las batallas ganadas, arrastrará esta guerrilla un arsenal de remedios que, como las ambulancias de la Cruz Roja, lleve al campo de la guerra todo lo necesario para las primeras curas. Promesas de amor constante, para las heridas que abrió el abandono, oraciones y sacrificios para la gan-

greña del desamor general, manojos de adoraciones perpetuas para arrancar las espinas del desprecio de los Sacramentos, penitencias y predicaciones contra las cadenas que retienen a las almas alejadas de su fin verdadero, bálsamo de lágrimas compuesto de amor, contrición y compasión para los diferentes estados en que encuentra al Corazón que tanto ha amado a los hombres...

Y en los sitios donde la guerra sea más empeñada dispondrán misiones sin cuento para "sanar a todas las ovejas de la casa de Israel", para "no apagar la mecha que aún humea", para "salvar todo lo que había perecido"...

Todo este bello ideal se iba desarrollando ante los ojos de nuestra alma como la película de un cinematógrafo y todos permanecíamos sumidos en un silencio plagado de imágenes, y el Arcipreste de Huelva hablaba con su verbo cálido, su rapidez de andaluz que quiere poner la palabra al paso del pensamiento y necesariamente tiene que atropellarse... Y cuando esto suceda —decía— yo no temeré por España, porque España estará a cubierto de todas las emboscadas con una guardia valerosa que defenderá a Cristo en todo lugar donde exista un Sagrario..." (16).

... ...

¿Sueño?... ¿Profecía?...

La semilla de Nazaret está ya plantada en la mente y en el corazón del Fundador. En el año 1912 ya existían las "Nazarenas". ¿No se ven dibujadas como en un boceto en esas tres Marías que ha descrito?... Un grupo selecto al frente de todas las del mundo... Unas "nazarenas" entre sus hermanas, como dice la S. Biblia del predilecto José entre sus hermanos...

Sigue todavía la elaboración interna, el desarrollo de la semilla en el seno de la tierra.

Por su inteligencia ha cruzado una ráfaga de luz. ¿No se han fundado no ya obras sino instituciones propias para conseguir fines peculiares dentro de la vida cristiana? ¿Y habrá un fin más excelente que la reparación del abandono del Sagrario?

Es el Fundador el que piensa así con la pluma en

(16) «El Granito de Arena», 5 y 20 Diciembre, 1912.

la mano: "*¿No es objeto digno, no digo ya de una Obra de celo, sino de un Instituto religioso el combatir el abandono del Sagrario? ¿No dió lugar a la fundación de famosos Institutos la meditación y predicación de la Santa Infancia, de la Pasión del Señor, de los Dolores de la Santísima Virgen y otros objetos particulares dentro del campo de la piedad y de la religión?*" (17).

... ...

Una nueva fundación

El abandono del Sagrario, y más aún el del Sagrario *acompañado*, se ha ido clavando tan hondo en el alma del ya Obispo de Málaga que quiere buscar para repararlo los medios más eficaces, más sólidos y permanentes...

Intuye con visión clara el porvenir de su Obra, que seguía creciendo con asombrosa fecundidad y encontrando la más ferviente acogida por parte de los Sumos Pontífices, de cientos de Prelados, de miles de Párrocos y de cientos de miles de adheridos... "*Y temiendo el peligro inherente a toda obra humana, y más si es piadosa* —son sus palabras— *de debilitación, inconsistencia, diversidad de interpretación, falsificación y pérdida del espíritu, quiere dotarla del auxilio de una institución protectora, unificadora y permanente, que prevenga esos peligros y dé propagación organizada a la Pía Unión de las Marías de los Sagrarios-Calvarios, sin desnaturalizar su forma primitiva.*" (Del Decreto de erección canónica de las HH. Marías Nazarenas).

Pero si el Fundador sentía por una parte esa necesidad de un grado superior de Marías, también la experimentaban por otra algunas de éstas que le manifestaban sus deseos de que el espíritu de la Obra encarnara en un Instituto, al que se sentían atraídas por vocación y al que se entregarían por completo y para siempre...

El, sin embargo, fiel a su táctica de costumbre, esperaba *la hora de Dios;* quería convencerse por las señales que el Amo le diera, de que esa hora había llegado.

Y esa hora llegó en el año 1921.

(17) «Aunque todos... yo no», p. 91, 5.ª ed.

Con un pequeño grupo de Marías de distintas diócesis, que se reunió en Málaga el 3 de mayo, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, se inauguró la vida de comunidad, comenzando por unos Ejercicios espirituales fervorosamente practicados.

En un modesto piso de la casa número 3 de la calle Marqués de Valdecañas se sigue una vida de observante disciplina. Los vecinos de los demás pisos las miran con curiosidad y cuchichean cuando las ven entrar o salir... ¿Qué harán estas señoritas aquí reunidas?... Y el caso es que al poco tiempo han ido llegando otras nuevas... Hay comentarios para todos los gustos...

Indudablemente, aquella vivienda ya va resultando inadecuada, y el Sr. Obispo les cede una casita al pie del monte donde se está edificando el nuevo Seminario...

Ningún sitio más a propósito para una casa de formación. Allí, dominando la ciudad y el mar, frente a la lejana sierra y disfrutando de la paz silenciosa del campo se deslizarán los primeros años de la nueva fundación...

Y ¿POR QUÉ "NAZARENAS"?

¿Por qué quiso el Fundador que el *apellido* de estas Marías fuese el de Nazarenas?... Pudo haberles dado otro más sonoro, más expresivo, si se quiere, del dinamismo que la nueva institución tenía en su ser, en su misión eucaristizadora... Pero él no titubea un instante; como si se lo hubiesen dado hecho, no tuvo que buscarlo. Desde el primer momento, decididamente las llamó Marías Nazarenas.

El nombre de Nazaret dice mucho a su alma... Refiriéndose a la vida de Jesús se ha dicho: "Nazaret es el aprendizaje de la vida de Hostia". Así mira él su "Nazaret" de hoy, y escribe: "*Corazón de Jesús, que tu "Nazaret" sea escuela para aprender a hablar como Tú en el Evangelio y a callar como Tú en el Sagrario. Madre Inmaculada, pide al Espíritu Santo que sea el Maestro de esta escuela*".

Y llama "Nazaret" a la Casa "por razón de la vida oculta y de preparación que en ella han de llevar". (Decreto de erección). El quiere dejar bien remachado que no puede haber apostolado eficaz sin vida interior pro-

funda, alimentada por la Eucaristía, quiere establecer y propagar el reinado eucarístico de Jesucristo en las almas y en los pueblos, que triunfe no sólo del materialismo grosero del mundo, sino también de una actividad meramente natural que tan frecuentemente se mezcla aún en las obras buenas... lo que él llamaba "*el laicismo en las obras católicas*"; quiere buscar para el Corazón Eucarístico de Jesús adoradores y reparadores en espíritu y en verdad, y que esta vida se enseñe ante todo *viviéndola.*

El apostolado no ha de ser otra cosa que la irradiación de esa vida, centrada en la Eucaristía. Este es su anhelo y su consigna: "*¡Comulgantes de Jesús de cada mañana, sed los apóstoles de Jesús de cada hora!*" "*Ser apóstol es* llenarse hasta rebosar, *de Jesucristo, de su doctrina, de su amor, de su virtud, de su vida y* mojar *hasta* empapar *a todo el que nos toque o se nos acerque del agua que nos rebosa; es* hartarse *hasta* embriagarse *del vino del conocimiento y amor intensos de Jesucristo y salir por las calles y plazas ébrios... es hacerse* loco *de un* sólo tema *que sea: Jesús Crucificado y Sacramentado está y no debe estar abandonado... Abandonado porque no se le conoce, no se le ama, no se le come, no se le imita...*" (18).

Así las quiso él: de una actividad que no se cansa cuando de ir en busca de las almas se trata para formar con ellas cerco de amor y de lealtad a Jesús Sacramentado, y de una vida oculta como la del Maestro en su casa mínima de Nazaret y del Tabernáculo, que sea la salvaguardia de aquel celo.

Y para que esto no se les olvide nunca, el nombre de Nazarenas...

Contemplación y acción: vida apostólica. Práctica de las virtudes sencillas, ocultas, del trabajo casero, como el de la Virgen Inmaculada de Nazaret, y de la abnegación propia, preparación intensa en el orden espiritual, intelectual y práctico para dar el mayor rendimiento en el apostolado eucarístico... un apostolado recatado y humilde, exquisitamente femenino...

Y así les da un nombre humilde y modesto también:

(18) «Apostolados Menudos», 1.ª s., p. 3, 3.ª ed.

Marías Nazarenas, como Jesús Nazareno. Sobrenombre que le valió el menosprecio del buen Natanael cuando aún no le conocía: "Acaso de Nazaret ¿puede salir cosa buena?" (Jn. 1, 46). Y Jesús Maestro, Rey, Mesías, Misionero de Dios, Sumo y Eterno Sacerdote, será generalmente conocido entre sus contemporáneos por el Nazareno, sencillamente...

Así reza la tablilla que colocan sobre su cruz, así le llama el Angel de la Resurrección hablando a las Marías, así le siguen llamando los apóstoles ante el pueblo de Jerusalén...

¿Y a su bendita Madre María no le pudieron llamar también por sobrenombre la Nazarena?

... ...

Esta institución viene a ser como la flor de la Obra de las Marías.

"*Nazaret significa flor* —escribía el Sr. Obispo— *pero siendo* flor *y conservando los oficios indicados de ésta, prefiere vivir como* raíz *que dé jugo sin producir ruido ni esperar nada. ¡Como Jesús en su vida de Hostia!*"

Ya el Amo vive en la Casa

Y oculta la *raíz* en aquella casita del monte, se desarrollan los primeros ensayos de esa vida contemplativa y activa...

Más de un año llevan las Marías Nazarenas en ella, y con santo entusiasmo viven su vida; pero aún les falta la mayor alegría, el anhelo incesantemente manifestado al Padre y Prelado: ¡tener Sagrario en su pequeña Capilla!

Mucho se lo hace desear él; y esta prueba excita más y más el hambre de ellas. ¿No será para compensar el hastío de tantos desganados de la Eucaristía?... ¿Para darle al Señor el consuelo de verse buscado diariamente por aquellas Marías en otros Sagrarios?...

Pero ellas insisten en llamarle, ¡Veni Domine Jesu!... y ya no se contentan con sólo palabras, sino que hasta en coplas se lo piden cantando:

"Amo bendito, ¡*ríndete* ya!
ven a nuestra casa, ¡por caridad!
Tus Nazarenas quieren vivir
junto a la Vida para saber *morir*."

Y el Amo *se rindió.* El día de San Sebastián de 1924 recibieron el regalo tan ansiado. El Santísimo Sacramento era llevado a "Nazaret" acompañado del Prelado y los seminaristas en solemne procesión, para quedarse a vivir siempre con las que querían morir a sí mismas para que sólo El viviera en ellas...

Aún perduran los ecos de aquellas encendidas palabras con que se dirigió el Sr. Obispo a la Hostia santa en fervorosas afirmaciones de fe, amor, gratitud y entrega... conmoviendo todos los corazones que rodeaban aquel altar colocado a la entrada de la casa frente al mar y a los montes desde donde se dió la bendición antes de entrar a la capilla.

Y cuando después de haber cerrado el Sagrario, ya lleno con la presencia real del Maestro divino de Nazaret, se despedía el Fundador de sus hijas, recordando la frase del Maestro Avila, les repetía: "*Que me lo tratéis bien, que es Hijo de buena Madre!*"

"Sacando virutas"

Las aspirantes a Marías Nazarenas iban solicitando su admisión en la nueva comunidad, pero el Fundador no tenía prisa por admitir a muchas; seleccionaba cuidadosamente las vocaciones y tenía sumo interés en no lanzarlas al apostolado sin que tuvieran la conveniente preparación.

Como algunos no comprendieran que siendo tantas las necesidades de las almas, aquella incipiente comunidad no se entregara aún de lleno a las obras apostólicas, pareciéndole demasiado largo el tiempo que se dedicaba a su formación, hubo un Sacerdote que lleno de impetuoso celo, preguntó al Prelado:

—Pero ¿qué hacen ahí esas Marías sin salir a trabajar por las almas?

Y el Sr. Obispo, con un acento de profunda convicción, le respondió sonriendo:

—*¡Déjelas ahí, Padre, que ahora están en Nazaret* sacando virutas!"

Mas llegó la hora y las Marías Nazarenas comenzaron a desbordar en obras de apostolado el celo característico de su peculiar vocación, sin olvidar por esto ese

oficio, esa vida oculta de oración, trabajo manual y formación en todos los órdenes: ascética, eucarística, litúrgica, catequística, musical y literaria, ese trabajo humilde y escondido al que tan gráficamente llamaba el Fundador *sacar virutas.*

"Villa Nazaret" no era ya sólo una tranquila casa de formación; era también un centro de acción eucarísticamente apostólica. Por la suave pendiente que lleva a la ciudad se ven bajar los domingos parejitas de Nazarenas que sencillamente ataviadas con su modesto traje negro seglar se dirigen a parroquias de barrios o a las estaciones del ferrocarril que las ha de llevar bordeando el mar o por entre campos de limoneros y olivos a donde las esperan Sagrarios y almas que han de poner en contacto...

Y las catequesis parroquiales van recibiendo el influjo de "Nazaret"; se van formando silenciosamente grupos selectos, levadura que haga fermentar la masa... Porque es característico de las Hermanas el hacer hacer, o sea, formar y entrenar almas apostólicas.

Y como ya la "flor" de Nazaret se abre, ya comienza a dar olor y sus aromas se esparcen, allá suben atraídas por él las jóvenes para pasar las tardes domingueras con las Hermanas, y las chiquillas de los Catecismos para aprender entre juegos y cantos lo que allí les enseñan, y hasta para hacer, con toda formalidad, sus días de retiro como las mayores...

Al calor de "Nazaret" se van formando las almas y van surgiendo nuevas y mejor preparadas Marías, catequistas y apóstoles del Sagrario... La vida eucarística se va ya empezando a vivir en muchos pueblos donde antes era desconocida...

Y cuando no bastan las visitas se utiliza la correspondencia epistolar; con ella van sosteniendo las Hermanas esos grupos en formación...

Al Congreso Eucarístico de Toledo en octubre de 1926 acude un grupo de Marías Nazarenas; hay un provechoso intercambio de amistad con las de otras diócesis, y en ese mismo año el Fundador, que es también el Moderador General de la Pía Unión de las Marías de los Sagrarios, les confía definitivamente el Secretariado General de la Obra. En comunicación con todos los cen-

tros diocesanos comienzan a visitar muchos de ellos, y con sus respectivas Marías van a los Sagrarios de sus pueblos... La red de la compañía reparadora se va extendiendo más y más...

La primera Casa de Ejercicios

Es a fines del año 1927. El Sr. Obispo anda preocupado con una obra que está proyectando... ¿Un nuevo giro a cargo del Banco de la Providencia?

Aún no se había terminado la construcción de algunos departamentos del nuevo Seminario recién inaugurado. ¿No será una temeridad empezar otra obra?... ¿De dónde sacar el dinero cuando tan agotada estaba la caja?...

Pero... ¡hacía tanta falta un "Nazaret" mayor, con capacidad suficiente para la comunidad que aumenta, y para sus obras y oficinas... Sería tan conveniente allí una casita de Ejercicios!...

En esa perplejidad pide al Amo y encarga a las Hermanas que pidan la solución del problema, una señal siquiera de que El quiere que se haga la obra y que por tanto mandará los *con qué*...

La comunidad está practicando un día de retiro espiritual y el Sr. Obispo ha ido a darles la última meditación. Es el 10 de enero de 1928.

Llaman a la puerta. Un señor desconocido desea ver al Prelado, y éste no se hace esperar.

—Sr. Obispo, sólo un momento. Vengo a entregarle a V. E. esta limosna para sus obras; puede emplearla en lo que quiera.

Y casi sin darle tiempo de manifestarle su agradecimiento, deja en sus manos unos miles de pesetas y se aleja rápido...

¡La *señal* del Amo!...

Y se comenzó la edificación de una hermosa casa de dos pisos al lado de la primitiva, que quedó para Casa de Ejercicios.

Esta obra de los Ejercicios quiso el Sr. Obispo fuese uno de los medios principales que empleasen las Marías Nazarenas para fundamentar y complementar en favor de los pueblos y de los centros la labor que realizaban

en sus viajes a ellos. Era la primera Casa de Ejercicios a la que seguirían otras en los "Nazaret" que se fueran fundando...

Con lo que el *Banco* del Amo se encargó de mandar, se terminó la obra de la nueva casa y capilla; y el miércoles de Pascua, 23 de abril de 1930, la bendecía el Prelado con la mayor solemnidad. Después del traslado del Santísimo dejó expansionar su corazón con una de aquellas pláticas tan exclusivamente suyas, que hacían trepidar las almas...

Se goza en ver aquellas vidas consagradas a no vivir más que para la Eucaristía blanca sobre el campo morado del abandono... Ve a la humanidad dividida en dos grupos: uno grande, inmenso, el de los egoístas... Otro, mucho más pequeño, formado por las almas abnegadas que se olvidan de sí para no pensar más que en el alivio de los necesitados del calor de la caridad cristiana: niños, ancianos, pobres, enfermos... Pero dentro de este grupo hay otro mucho más reducido, muy pequeño; a él pertenecen las que se olvidan de ellas para no pensar más que en la Hostia y no buscar más que a la Hostia y no mirar sino a la Hostia...... olvidada, despreciada, injuriada...

Ellas con su compasión quieren calentar tantos Sagrarios fríos, sin calor de corazones y tantos corazones fríos por falta de calor de Sagrario...

¡Con qué convicción auguraba los consuelos que habían de salir de aquella Casa de Nazaret para los Sagrarios no sólo de la diócesis, sino de toda España y del mundo!...

Como abejas del Sagrario

En aquel mismo año el Sr. Obispo encomienda a las Hermanas la administración de la revista y biblioteca "El Granito de Arena". Los paquetes de papel impreso recorren sin cesar los caminos de la imprenta a Villa Nazaret y de ésta al correo. La correspondencia de propaganda eucaristizadora que ya sostenían las Hermanas aumenta notablemente con esto y ellas trabajan alegres, como abejas laboriosas, unas veces en la colmena de

Nazaret y otras en el apostolado externo, buscando almas y Sagrarios...

Van labrando cera de piedad sólidamente eucarística, miel de consuelos para Jesús Sacramentado...

El Sr. Obispo atiende personalmente a su dirección, como porción predilecta de su Obra, recibe las primeras profesiones de las Hermanas y va modelando el nuevo Instituto hasta dejar terminadas, después de varios años, sus reglas escritas a la "luz de la lámpara del Sagrario" y de las enseñanzas de la experiencia.

He aquí cómo dejó redactados sus fines en las Constituciones:

1.º La mayor gloria y reparación del Corazón Eucarístico de Jesús en tantos Sagrarios abandonados o poco frecuentados, dándole y buscándole, organizada y permanentemente, en unión y a ejemplo de María Inmaculada al pie de la Cruz, el Discípulo fiel y las Santas Marías del Evangelio, compañía de almas que procuren hacer de su Comunión y Misa diarias y de su trato e imitación de Jesús Sacramentado, principio y alimento de su vida y acción católicas; o sea, reparar de este modo el abandono que por parte de muchas almas padece el Corazón de Jesús Sacramentado en las tres manifestaciones de su vida eucarística: Misa, Comunión y Presencia real, dándole y buscándole en cada una de estas manifestaciones la compañía de presencia, compasión, imitación y confianza.

2.º La santificación propia, mediante una vida común de reparación del mal del abandono del Sagrario, la imitación de Jesús en su vida eucarística, especialmente de su caridad y humildad de Hostia callada, y la intercesión y el ejemplo de María Inmaculada, del Discípulo fiel San Juan Evangelista y las Santas Marías del Evangelio.

3.º Proporcionar a la Pía Unión de las Marías, y, a medida que sea posible, a los centros diocesanos y regionales de la misma, Casa *o domicilio como de* madre, Escuela *de formación y conservación de espíritu, y* Secretariado *para la propaganda y organización, y evitar de este modo el peligro de desnaturalización y decadencia."*

No sería de este lugar hacer historia del desarrollo y actuación de la Sociedad de Hermanas Marías Nazarenas ni de sus dolores y gozos, que de ambos, como obra tan evangélica, hubo de probar...

Nuevas Casas de Nazaret se fueron abriendo como flores que esparcen sus perfumes... A la Casa primera de Málaga siguió la de Palencia (Casa Generalicia y Noviciado) y la de Zaragoza, en vida del Fundador; después, la de Valencia, Barcelona, Soria... y otras que aguardan impacientes no sólo en España sino en otros paises...

Los Prelados bendicen complacidos los trabajos de las Hermanas: misiones eucarísticas en los pueblos y parroquias necesitadas, cursos de formación de catequistas, Ejercicios y retiros, círculos de estudio y piedad, preparación de acólitos, roperos eucarísticos, bibliotecas circulantes, asambleas eucarísticas, lecciones prácticas de Catecismo, viajes, propaganda impresa... (19). La vida de Jesucristo Sacramentado influyendo en las almas, en las obras, en la sociedad...

No vivía ya en la tierra D. Manuel cuando "Nazaret" celebró las fiestas de sus bodas de plata y de su aprobación por Roma; desde el Cielo las contemplaría gozoso...

Pero sí le fué dado el consuelo de ver a las Marías Nazarenas prosperar y vivir "*en un estado de observancia minuciosa de sus reglas, de un admirable espíritu eucarístico reparador* —son sus palabras—, *con la experiencia y los frutos palpables recogidos de las muchas visitas a los pueblos para formar y alentar grupos escogidos en torno de sus Sagrarios y formar y organizar centros* (de Marías) *en las diócesis y conservar el espíritu de las que los forman o los han de formar, con la labor callada pero honda de perfeccionamiento de almas, de aproximación al Sagrario y de preparación para una intensa y fecunda Acción Católica.*"

... ...

(19) Son más de cuatro mil los viajes realizados por las Marías Nazarenas por más de 50 diócesis y unas cien mil las cartas escritas y recibidas. Sólo en un año, el 1947, pasan de 21.000 los libros y folletos despachados. Y las revistas y hojas de 227.000.

Ya el Fundador de las Marías ve realizado su sueño: a falta suya dejará en testamento a su "Nazaret" el eco de aquella queja del Sagrario abandonado que siempre resuena en su corazón; y cuando éste deje de latir no se extinguirá aquel eco, porque sus hijas las Marías Nazarenas lo habrán recogido y lo seguirán transmitiendo a otras almas a través de los tiempos...

Y el apóstol del Sagrario solitario seguirá siempre buscando corazones que desagravien la frialdad ingrata de los hombres para con el Dios Eucaristía...

APENDICES

Apéndice núm. 1

PARTIDA DE BAUTISMO

El infrascrito Cura Propio de la Parroquia de San Bartolomé y y San Esteban de esta ciudad.

Certifico: *Que al folio ochenta y siete del libro catorce de bautismos se encuentra sin nota marginal la siguiente:*

Partida: *En la ciudad de Sevilla capital de su provincia y Arzobispado, el veintiocho de Febrero de mil ochocientos setenta y siete: Yo Don Eduardo Gordillo, Presbítero, Coadjutor de la Parroquia de San Esteban con licencia del señor Cura de esta Iglesia Parroquial de San Bartolomé, bauticé solemnemente en ella a Manuel Jesús de la Purísima Concepción, Antonio Félix de la Santísima Trinidad, que nació a las cinco de la mañana del día veinticinco del corriente en la calle del Vidrio número veintidós, hijo legítimo según manifestaron de Martín González y Lara, carpintero y de Antonia García y Pérez: Abuelos paternos Jerónimo y Francisca, maternos Juan y Antonia; fueron los padrinos, Manuel Caamuñas y Artacho, y su mujer Dolores González y Lara, a quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones que contrajeron. Todos naturales de Antequera =Málaga=.Y en fe de ello lo firmo con dicho Sr. Cura, fecha ut supra=Licdo. cura Tello-Eduardo Gordillo.— Rubricado=*

Manuel, hijo de Martín González y de Antonia García

Es copia literal de su original de que certifico. Sevilla a quince de Febrero de mil novecientos cuarenta=

DR. MANUEL CORTÉS

Hay un sello.

Apéndice núm. 2

CERTIFICADO DE ESTUDIOS DE D. MANUEL GONZALEZ GARCIA

SEMINARIO GENERAL Y PONTIFICIO DE SEVILLA

Cursos académicos	AÑOS	ASIGNATURAS	CALIFICACIONES OBTENIDAS — Exámenes Ordinarios	Extraordinarios
1889-90	1.°	Latín (curso 1.°)	Meritissimus	En oposición
»	»	Geografía	Meritissimus	Accessit 1.°
»	»	Historia Sagrada	Meritissimus	
90-91	2.°	Latín (curso 2.°)	Meritissimus	En oposición
»	»	Historia de España ...	Meritissimus	2.° premio
91-92	3.°	Latín (curso 3.°)	Meritissimus	En oposición
»	»	Retórica y Poética ...	Meritissimus	Accessit 1.°
»	»	Historia Universal ...	Meritissimus	
»	»	Aritmética y Algebra	Meritissimus	
92-93	4.°	Latín (curso 4.°)	Meritissimus	En oposición premio 1.°
»	»	Psicología, Lógica y Etica	Meritissimus	
»	»	Geometría y Trigonometría	Meritissimus	
93-94	5.°	Física y Química	Meritissimus	En oposición premio 1.°
»	»	Historia Natural	Meritissimus	
»	»	Francés	Meritissimus	
94-95	6.°	Metafísica e Historia de la Filosofía	Meritissimus	En oposición premio 1.°
»	»	Griego	Meritissimus	
95-96	7.°	Fundamentos de Religión y Lugares Teológicos	Meritissimus	En oposición premio 1.°
»	»	Historia Eclesiástica (curso 1.°)	Meritissimus	
»	»	Hebreo	Meritissimus	
96-97	8.°	Teología Dogmática (curso 1.°)	Meritissimus	En oposición premio
»	»	Historia Eclesiástica (curso 2.°)	Meritissimus	
»	»	Arqueología Cristiana	Meritissimus	
97-98	9.°	Teología Dogmática (cur. 1.°, nuevo plan)	Meritissimus	En oposición premio
»	»	Teología Moral (curso 1.°)	Meritissimus	
98-99	10.°	Teología Dogmática (curso 2.°)	Meritissimus	En oposición premio 1.°

Cursos académicos	AÑOS	ASIGNATURAS	CALIFICACIONES OBTENIDAS — Exámenes Ordinarios	Extraordinarios
98-99	10.°	Teología Moral (curso 2.°)	Meritissimus	
99-900	11.°	Teología Dogmática (curso 3.°)	Meritissimus	En oposición 2.° premio
»	»	Sda. Escritura (parte teórica)	Meritissimus	
»	»	Instituciones Canónicas (curso 1.°)	Meritissimus	
»	»	Sagrada Liturgia	Meritissimus	
»	»	Teología Pastoral	Meritissimus	
900-901	12.°	Cuestiones Selectas ..	Meritissimus	En oposición premio 1.°
»	»	Sda. Escritura (parte práctica)	Meritissimus	
»	»	Instituciones Canónicas (curso 2.°)	Meritissimus	
»	»	Patrología y Oratoria Sagrada	Meritissimus	
»	»	Sagrada Liturgia	Meritissimus	
»	»	Teología Pastoral	Meritissimus	
901-902	13.°	Instituciones de Derecho Canónico Público y privado con Nociones de Derecho Civil y de Gentes	Meritissimus	
902-903	14.°	Decretales con las principales cuestiones de Derecho Romano y Patrio; de Derecho Penal y de Procedimientos Eclesiásticos (curso 1.°)	Meritissimus	
903-904	15.°	Decretales con las principales cuestiones de Derecho Romano y Patrio; de Derecho Penal y de Procedimientos Eclesiásticos (curso 2.°)	Meritissimus	

Item: que en los días dieciocho y diecinueve de Septiembre de mil novecientos tres practicó los ejercicios literarios para obtener el Grado de Bachiller en la Facultad de Derecho Canónico. Fué aprobado «Nemine discrepante» y en el último de los expresados días se le confirió dicho Grado.

Item: que en los días veintiuno, veintidós y veintitrés del mismo mes y año practicó los ejercicios

literarios para obtener el Grado de Licenciado en la misma Facultad. Fué aprobado «Nemine discrepante» y en el último de los expresados días se le confirió dicho Grado.

Item: que en los días veinticinco y veintiséis de Septiembre de mil novecientos practicó los ejercicios literarios para obtener el Grado de Bachiller en la Facultad de Sda. Teología. Fué aprobado «Nemine discrepante» y el día veintisiete del mismo mes y año se le confirió dicho Grado.

Item: que en los días veintisiete, veintiocho y veintinueve del expresado mes y año practicó los ejercicios literarios para obtener el Grado de Licenciado en la misma Facultad. Fué aprobado «Nemine discrepante» y en el último de los expresados días se le confirió dicho Grado.

Item: que en los días tres y cinco de Julio del año mil novecientos uno practicó los ejercicios literarios para obtener el Grado de Doctor en la misma Facultad. Fué aprobado «Nemine discrepante» y en el último de los expresados días se le confirió dicho Grado.

Así resulta de los libros de asiento y actas que obran en esta Secretaría de mi cargo a que me remito. Y para que conste expido la presente, a instancia del interesado, visada por el M. I. Sr. Rector del Seminario y sellada con el mayor de este Seminario en Sevilla a veinte y tres de Enero de mil novecientos cuarenta.

V.º B.º
Dr. Francisco I. Marín, Pbro.

El Secretario Gral. de Estudios
Dr. Jerónimo Moro

Reg. al fol. 138 del libro 2.º.

Apéndice núm. 3

DISCURSO

del Rvdo. Dr. D. Manuel González García, Pbro., Delegado del Excmo. e Ilmo. Sr. Arzobispo de Sevilla

(Congreso Mariano de Barcelona.—1904)

Excmo. Sr.:
Sres. Excmos.:
Señoras y Señores:

Yo tan pequeño subo a este lugar que vuestra presencia eleva tanto, no para pronunciar un discurso, sino para pronunciar un nombre: ¡Sevilla!

La benemérita Congregación de la Inmaculada y San Luis, de Barcelona, hizo un llamamiento a las Congregaciones de la Inmaculada de España y América. ¡América y la Inmaculada! esos dos nombres tuvieron que encontrar eco simpático en mi tierra.

La Iglesia de Sevilla fué la madre de las Iglesias de América, y allí mandó con la fe de Jesucristo, el amor más ardiente a su Madre Inmaculada; del puerto de Sevilla salió el fraile que enseñó al indio la costumbre sevillana de rezar el "Bendito"; de la liturgia hispalense han tomado las Iglesias de la América latina el esplendor con que celebran las solemnidades de la Santísima Virgen; y a la Iglesia de Sevilla vuelven para reformar sus estatutos, corregir sus tradiciones y rectificar sus prácticas.

Vosotros me lo habéis dicho, representantes de América, y lo he oído con gran complacencia de mi alma; que así como España será siempre para vuestro corazón la madre patria, la Iglesia de Sevilla será siempre también la venerable Patriarcal de los pueblos americanos que hablan la lengua castellana.

¡La Inmaculada y Sevilla!

¡Si supiérais lo bien que se unen esos dos nombres en el corazón de un sevillano, que no se acierta a amar al uno sin amar al otro!

Sevilla es el pueblo que cuando llega la Semana Santa saca por sus calles y plazas a sus Dolorosas, y después de haber amontonado en torno de ellas sus mejores joyas, le canta saetas. ¿Sabéis lo que son las saetas de mi tierra? Son cantares, digo mal, son pedazos del corazón que mi pueblo arroja a los pies de la Virgen de los Dolores.

Sevilla es la tierra que en ninguna de sus iglesias falta un altar dedicado a la Inmaculada y una Hermandad o Congregación destinada a honrarla; es la tierra cuyos artistas nunca están tan inspirados como cuando pintan o esculpen la imagen de Aquélla; es el pueblo que pintó con los pinceles de Murillo, que esculpió con el buril de Montañés y cantó con la lira de Miguel del Cid, la hermosura de María Inmaculada. Y ¿sabéis cuál es la primera oración que allí nos enseñan a rezar nuestras madres cuando niños? Es una oración sencilla en que el pueblo ha sabido unir los dos misterios más queridos de su corazón: la Santa Eucaristía y la Inmaculada. "Bendito y alabado sea...", dicen todos los niños de rodillas en su cuna o en las faldas de sus madres, en un lenguaje que quizás no entiendan más que la misma madre y el Angel de su Guarda, únicos seres capaces de entender las palabras de los niños.

¡La Inmaculada! ese es el nombre que más amamos todos los sevillanos, ese es el nombre que repetimos todas las horas del día. Y no nos contentamos con eso; queremos que la alabanza sea perpetua durante la noche; y cuando llega ésta, los guardas nocturnos, al anunciar la hora saludan a la Reina del cielo cantando Ave María Purísima; y yo creo, señores, que los Angeles tutelares de Sevilla responden: Sin pecado concebida.

Esa es mi tierra, la tierra de María Santísima; por eso su cielo siempre es azul, sus jardines tienen flores, sus hijos tienen donaires y sonrisas; por eso la Virgen Inmaculada tiene en cada casa un templo y en cada corazón un altar...

Pues bien, señores, mi amadísimo Prelado, recogiendo en su alma esas tradiciones venerandas y esos anhelos de su pueblo, habló a éste y le dijo: "La voz de Sevilla debe dejarse oír en Barcelona"; y aquí me envió a mí, pobre y desmedrado representante para deciros con todo el entusiasmo de mi corazón: ¡Hijos de la Virgen de la Merced, los hijos de la Virgen de los Reyes os saludan!

Sabed que más de mil congregaciones sevillanas piden hoy por vosotros; que en todas las iglesias de la Diócesis de Sevilla se os está nombrando delante de los altares de la Virgen, y que todas aquellas se adhieren a cada una de las decisiones que aquí toméis para honra y gloria de María Inmaculada.

Ese es el saludo que os traía de mi tierra; ahora dejadme que os tribute un aplauso de parte de los sevillanos.

Vosotros me habéis aplaudido y yo no puedo recibir sin protesta esos aplausos. Aquí quien debe aplaudir soy yo a vosotros, no vosotros a mí. Debo aplaudir no ya a la Junta organizadora del Congreso, que tantos títulos ostenta para ello, sino a vosotros, hermanos de América y España, que aquí habéis venido, y a vosotros, nobles hijos de la sin par Barcelona.

Os aplaudo porque pasando por encima de todos los temores de peligros probables y de todos los respetos humanos, habéis venido a este lugar a dar público testimonio de vuestra fe católica; que van llegando tiempos, por culpa de nuestras cobardías, en que el hacer la señal de la Cruz en público sea acto de heroísmo.

La enhorabuena, pues, para vosotros, que no os habéis contentado con honrar a vuestra Madre Inmaculada, rezando en el interior de vuestras casas o dentro del recinto de vuestras iglesias; sino que además de esto queréis honrarla con un Congreso en que se trata de prensa, de círculos obreros, visitas de hospitales, propaganda, obras en favor del pobre y de todos los medios propios para la tan necesaria Acción Católica.

¡Qué espectáculo tan bello el que presenta esa simpática juventud que acude al Congreso Mariano, ofreciendo la generosidad de su corazón y el fuego de su entusiasmo, y la fuerza de sus brazos, si es preciso, para la obra de regeneración que aquí se proyecta!

¡Sabedlo, congregantes de la Inmaculada!, la impiedad os perdonaría la vida, si os contentárais con confesar y comulgar; a lo más, os haría burla; pero lo que no os perdonará nunca, lo que atraerá sobre vosotros la rabia y el encono de su vil corazón, es que vayáis a la prensa para hacerla cristiana, que lleguéis al pueblo para tornarlo a Cristo, que salgáis a la calle a decir sin miedo: ¡Somos católicos!

Ese y no otro es el fin del Congreso Mariano como con palabra elocuente y autorizada acaba de decirlo

vuestro amadísimo Sr. Cardenal: trabajar unidos contra la serpiente, símbolo de la gran herejía moderna, que negando la realeza social de Jesucristo, intenta arrancar la corona de Reina de las sienes de la Virgen Inmaculada.

¿Lo conseguiréis? Sí. Me lo asegura esa sonrisa que parece dibujarse en los labios de la imagen bendita de la Inmaculada que nos preside; me lo asegura también el entusiasmo de que os veo a todos animados.

Y puesto que se ofrece ocasión, permitidme una franqueza; al fin y al cabo, aquí todos somos hermanos, como hijos de la Madre Inmaculada, y entre hermanos, debe hablarse con franqueza.

He venido a Barcelona con un poco de miedo; temía ser víctima de una explosión de dinamita; y efectivamente, señores, mis temores se han confirmado... he sido víctima de una explosión, pero explosión de entusiasmo.

Creedlo, señores; para mí era más inesperada esta explosión que aquella; y ¿sabéis por qué?, porque yo no conocía a Barcelona.

Por allí no se conoce más que la Barcelona dinamitera y la Barcelona industrial; los periódicos no nos hablan de Barcelona, sino para dar cuenta de los desastres de sus bombas o de los productos de su industria. Y hoy he visto que Barcelona no es eso; he visto que Barcelona no es el anarquista que pone bombas, que ese monstruo no tiene patria; he visto que Barcelona no es solamente el industrial que explota, sino que es el creyente que ama y adora a la Virgen de la Merced.

Barcelona sois vosotros, los que creéis en Jesucristo y aclamáis con frenesí a su Madre Inmaculada. Yo os lo prometo, señores; donde quiera que mi pobre voz pueda ser oída, yo lo diré muy alto: que Barcelona no es sólo una cabeza que calcula, sino un corazón muy grande, una ciudad muy generosa, un corazón que siempre está diciendo "Ave María Purísima".

Dejadme, pues, que compendie lo que mi alma siente en estos momentos, exclamando: ¡Bien por Barcelona católica que reúne en su recinto a América y a España para que se den un abrazo, y abrazándose se besen como hermanas, y el eco de ese beso sea: ¡María Inmaculada!

Eso os dice Sevilla por boca de su Pastor en el siguiente telegrama:

"Emmo. Cardenal Casañas.—Barcelona.

La Iglesia de Sevilla, que ostenta el título de Patriarcal, por haber sido madre de las del Nuevo Mundo, se regocija viendo unidas en Barcelona a España y América; se adhiere a las decisiones de ese Congreso y espera que al grito de: "¡Viva la Inmaculada!", todos seremos unos.

El Arzobispo de Sevilla

He dicho.

Apéndice núm. 4

EL GRAN PRIVILEGIO

Beatísimo Padre:

Manuel González y García, Arcipreste de Huelva, Archidiócesis de Sevilla, postrado a los pies de V. S. humildemente expone: que para tratar de remediar el abandono en que yacen muchísimos Sagrarios, que recuerda el Calvario, fundó en marzo de 1910, la Obra de las Tres Marías para las mujeres y de los Discípulos de San Juan para los hombres, los cuales se dedican con todo ahínco y por todos los medios que su celo les dicta a acompañar y buscar compañía al Sagrario abandonado que a cada uno se le señala. De tal modo ha sido bendecida esta Obra por el Corazón Eucarístico de Jesús, que ha obtenido la aprobación de casi todos los Rvdmos. Prelados de España y no pocos de Portugal y América. Cuenta con 27 Centros Diocesanos y van extendidas unas treinta mil patentes de agregación, abundando los frutos de frecuencia de Sacramentos y renovación cristiana de los pueblos.

Como estímulo poderoso y como delicada y agradecida correspondencia del Corazón Eucarístico de Jesús a los que aún a costa de sacrificios, le acompañan y consuelan abandonado y pobre, el Orador suplica a V. S. se digne facultar a los Rvdmos. Ordinarios de la Diócesis en que esté establecida o se estableciese dicha Obra, para que a su arbitrio permitan a los Directores y otros Sacerdotes decir la Santa Misa, en Altar portátil, a los socios o socias enfermos, bajo las condiciones siguientes:

1.ª Que el enfermo comulgue en la misma Misa; 2.ª que conste al Director que estando sano, ha cumplido su oficio y comulgado frecuentemente; 3.ª que se atienda a la decencia del lugar y 4.ª que no se perjudique el derecho del Párroco respecto a los últimos Sacramentos...

Gracia...

Recomendamos encarecidamente estas preces, porque conocemos a fondo la Obra de que se trata y frecuentemente hemos tenido ocasión de tocar los abundante frutos que de ella brotan en nuestra diócesis como en otras.—Esta piadosa Obra fomenta la frecuencia de Sacramentos y sin duda alguna contribuirá a que se propague entre los fieles la comunión frecuente y aún diaria que tanto ha recomendado Vuestra Santidad.

JOSE MARIA, CARD. DE COS
Arzobispo Vallisoletano

ENRIQUE, CARD. ALMARAZ Y SANTOS
Arzobispo de Sevilla

Como se pide con tal que se obtenga el consentimiento del Ordinario del lugar en España para cada enfermo. Absolutamente gratis por cualquier título.

Del Vaticano, a 3 de diciembre de 1912.

PIO PAPA X

Apéndice núm. 5

(De "El Granito de Arena", 20 octubre 1909) Huelva.

Con lo que Vd. y otras almas buenas dan a "El Granito de Arena" se ayuda a sostener las siguientes obras *totalmente gratuitas:*

1.º—*Escuela* del Sagrado Corazón de Jesús (barrio de San Francisco), con 300 niños.

2.º—*Escuela* nocturna de adultas en el mismo local, con 150 matriculadas.

3.º—*Patronato* de aprendices del Sagrado Corazón.

4.º—*Banda* infantil del Sagrado Corazón.

5.º—*Escuela* del Sagrado Corazón de Jesús para párvulos, niños y niñas (barrio del Polvorín) con 155.

6.º—*Escuela* nocturna de obreros en el mismo local.

7.º—*Escuela* Dominical para obreras en el mismo local.

8.º—*Iglesia* del Sagrado Corazón del mismo barrio.

9.º—*Iglesia* de San Francisco.

10.—*Granja* agrícola escolar del Sagrado Corazón de Jesús.

11.—*Escuela* mixta de Ntra. Sra. de la Cinta (en el campo), con 90 alumnos.

12.—*Catecismo* en la Parroquia de San Pedro y en la Iglesia de Ntra. Sra. de la Cinta y del Sagrado Corazón.

13.—*Escuela* de párvulos en la Granja del Sagrado Corazón, con 100 niños.

14.—*Obra de las vocaciones* del Sagrado Corazón de Jesús; costea estudios y pensión de comida a dos seminaristas salidos de estas escuelas y los estudios a un maestro y a una maestra.

15.—*Biblioteca parroquial* ambulante.

16.—*Remedios* extraordinarios a pobres vergonzantes y a otras instituciones.

Apéndice núm. 6

SOBRE CREACION DE ESCUELAS PARROQUIALES

CONDICIONES

que se comprometen a cumplir los Párrocos y Maestros que reciban subvención para Escuelas Parroquiales del Ilustrísimo Sr. Obispo, Administrador Apostólico de Málaga.

1.ª—*La Escuela será Católica, Apostólica, romana, totalmente; en espíritu, en tendencia, en profesión y en obras.*

2.ª—*Estará consagrada al Sagrado Corazón de Jesús y llevará su nombre.*

3.ª—*Enseñará Doctrina Cristiana e Historia Sagrada diariamente.*

4.ª—*La Escuela con su Maestro* visitará diariamente al Santísimo Sacramento *y, en cuanto se pueda, los llevará a la Santa Misa diaria.*

5.ª—*Tenderá a inculcar en los niños la frecuencia de los Sacramentos procurando que cada día se abra el Sagrario para algunos niños y no descansando* hasta llegar a la Comunión diaria de todos.

6.ª—*La Escuela será* eminentemente parroquial *y tendrá al Párroco por Director y Jefe y fomentará por todos los medios el cariño y* adhesión a la Parroquia como a una Madre.

7.ª—*Por este carácter parroquial de la escuela, entre sus mejores alumnos se escogerán a los acólitos y servidores de la parroquia y se formará, en la medida que se pueda, una* schola cantorum, *que, cantando la Misa los días festivos y demás actos litúrgicos, sirve como de iniciación y ensayo, de la tan deseada participación del pueblo en el cántico litúrgico.*

8.ª—*Junto con el amor a la Parroquia fomente la Escuela el* amor ilustrado *a la Patria, la grande, España, y la chica, el propio pueblo.*

9.ª—Tienda a la enseñanza intuitiva, según se da en las Escuelas del Ave María de Granada y del Sagrado Corazón en Huelva.

10.—*Prefiera los locales abiertos a todos los aires,* a los locales cerrados y los del campo a los del pueblo *hasta llegar en donde se pueda, a la enseñanza al aire libre.*

11.—*Imitando a la Parroquia que es Madre de todos y particularmente de los pobres, reciba la Escuela gratuitamente a los niños pobres y sin rechazar la retribución y la cooperación de los que puedan darlas, no excluya a ninguno por razón de pobreza.*

El Sagrado Corazón de Jesús no dejará de suplir con creces lo que se gaste o deje de percibir por darlo a conocer y a amar a los niños pobres.

12.—*Como muestra de adelanto y comprobación para el Sr. Obispo y la Junta que le auxilia y estímulo de la Escuela, cada tres meses enviarán los Párrocos con el recibo de su subvención una plana por cada alumno en la que éste escriba tres renglones, aunque sea de palotes y curvas, una cuenta de aritmética, según el grado en que se encuentre, y el Maestro añada las notas de asistencia, aplicación, en cada una de las asignaturas, conducta y aprovechamiento que haya merecido en el mismo trimestre y el número de veces, que haya comulgado.*

No se pagará ningún recibo que no venga acompañado de estos comprobantes.

13.—*La Escuela queda sometida a la Inspección que ordena el Sr. Obispo y a atender las indicaciones que por la misma se le hagan.*

14.—*El incumplimiento habitual o repetido de estas condiciones motivará la disminución y aún la retirada de la subvención concedida.*

15.—*Estas Escuelas, pues, serán católicas, eucarísticas, parroquiales, patrióticas, pedagógicas, avemarianas y accesibles a los pobres.*

Fecha y firma del Párroco o Maestro.

Apéndice núm. 7

VERSION CASTELLANA DEL BREVE DE S. S. PIO XI EN FAVOR DE LA OBRA DE LAS TRES MARIAS Y DE LOS DISCIPULOS DE SAN JUAN

PIO PAPA XI
Para perpetua memoria

No se Nos oculta en modo alguno que en la archidiócesis de Sevilla fué primeramente instituída canónicamente la piadosa obra llamada de las Tres Marías, para las mujeres, y de San Juan, para los varones, cuyo fin es adorar al Santísimo Sacramento de la Eucaristía en aquellos lugares y en aquellos tiempos en que está más abandonado. También Nos es patentemente conocido que esta fructífera Obra creció grandemente en muchas otras diócesis y que para excitar la devoción de los asociados hacia el Sacramento del Amor, Pío Papa X, de reciente memoria, Predecesor Nuestro, en autógrafo dado el día 3 del mes de diciembre del año 1912, concedió a los Ordinarios de los lugares en que existiera dicha Obra, la facultad de otorgar el indulto de Altar portátil tanto a los Moderadores de la Obra como a otros sacerdotes, para comodidad espiritual de los asociados enfermos, para que no quedasen privados por causas de enfermedad del consuelo de recibir el manjar Eucarístico.

Ahora bien, habiéndonos rogado con apremiantes preces el actual Moderador General de dicha piadosa Obra que Nos sirvamos confirmar y extender la mencionada facultad, mediante Letras dadas bajo el anillo del Pescador, Nos, convencido firmemente de que ella ha de ceder en provecho de la Obra misma, hemos estimado que debíamos acceder a tales súplicas con creces y de buen grado. Así, pues, tratado el asunto con nuestro amado hijo el Cardenal de la Santa Iglesia, Prefecto de la Congregación de Sacramentos, con Nuestra Apostólica

autoridad, en virtud de las presentes y a perpetuidad damos a todos y a cada uno de los Ordinarios, presentes y futuros, de los lugares en que dicha Obra esté canónicamente erigida, la facultad de que puedan lícitamente conceder al Moderador y Directores de la piadosa Obra de las Tres Marías y de San Juan y a los demás presbíteros por ellos legítimamente deputados, el privilegio de Altar portátil, para el fin tan solamente de celebrar Misa en las casas de los asociados y asociadas enfermos, para que éstos en los Domingos puedan cumplir el mandamiento de la Iglesia y recibir la Santa Comunión, observados los ritos, dentro de la Misa, con la condición de que la Misa se celebre en lugar honesto y decoroso, y por lo que toca a la administración de Sacramentos que los derechos parroquiales sean respetados y protegidos.

Concedemos, además, que este privilegio favorezca a los asociados que hubieren caído en enfermedad crónica y larga, de tal suerte que pueden usar del enunciado privilegio, aunque sea todos los días.

Estas cosas establecemos decretando que las presentes Letras estén y permanezcan firmes, válidas y eficaces siempre; y que surtan y obtengan sus efectos plenos e íntegros y quc sufraguen ahora y en lo porvenir amplísimamente a aquellos a quienes les conciernen o podrán concernir; y que así rectamente ha de ser juzgado y definido; y que desde ahora se tenga por irrito y nulo si aconteciere que algo se atentase, a sabiendas o ignorantemente por quienquiera que sea y con la autoridad que fuere, en oposición a lo por Nos establecido. No obstante cualquiera cosa en contrario. Queremos, asímismo, que a las transcripciones o copias aún impresas de las presentes Letras, suscritas de mano de algún Notario público y robustecidas con el sello de alguna persona constituída en Dignidad Eclesiástica, se les dé la misma fe exactamente que se daría a las presentes, si fueran exhibidas o mostradas.

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 22 del mes de agosto, año 1924, tercero de nuestro Pontificado.

P. Card. Gasparri, Secretario de Estado. Sello del Pescador con la leyenda: PIUS XI PONT. MAX.

INDICE

VOLUMEN PRIMERO

CAPITULO I

UN NIÑO DE CONTRABANDO.—SEISE DE LA CATEDRAL

CAPITULO VI

PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS

CAPITULO VII

A LA CONQUISTA DE SUS POLVORINEROS

CAPITULO VIII

ESTOS SON MI MADRE Y MIS HERMANOS

CAPITULO IX

LAS MARIAS DE LOS SAGRARIOS

CAPITULO X

LA REPARACION CON ALAS

CAPITULO XI

ESCRITOR Y PEREGRINO DEL SAGRARIO

CAPITULO XII

ITINERARIOS DE SU APOSTOLADO

CAPITULO XIII

OBISPO DE OLIMPO Y AUXILIAR DE MALAGA

CAPITULO XIV

LOS PRIMEROS PASOS DE SU MINISTERIO PASTORAL

CAPITULO XV

ME DA COMPASION DE ESTE PUEBLO

CAPITULO XVI

POR EL SAGRARIO SIN PUEBLO Y POR EL PUEBLO SIN SAGRARIO

VOLUMEN SEGUNDO

CAPITULO XVII

UN SUEÑO PASTORAL: MI SEMINARIO

CAPITULO XVIII

EL ALMA DEL SEMINARIO

CAPITULO XIX

DEL CENACULO AL CALVARIO

CAPITULO XX

COMO PAVESA A MERCED DEL VIENTO

CAPITULO XXI

EN UN PISO DE LA CALLE DE D.ª BLANCA DE NAVARRA

CAPITULO XXII

TE HE TRAIDO A PALENCIA PARA HACERTE SANTO

CAPITULO XXIII

POR TIERRAS DEL ROMANCERO

CAPITULO XXIV

SU FISONOMIA ESPIRITUAL

CAPITULO XXV

COMPLETANDO SU RETRATO

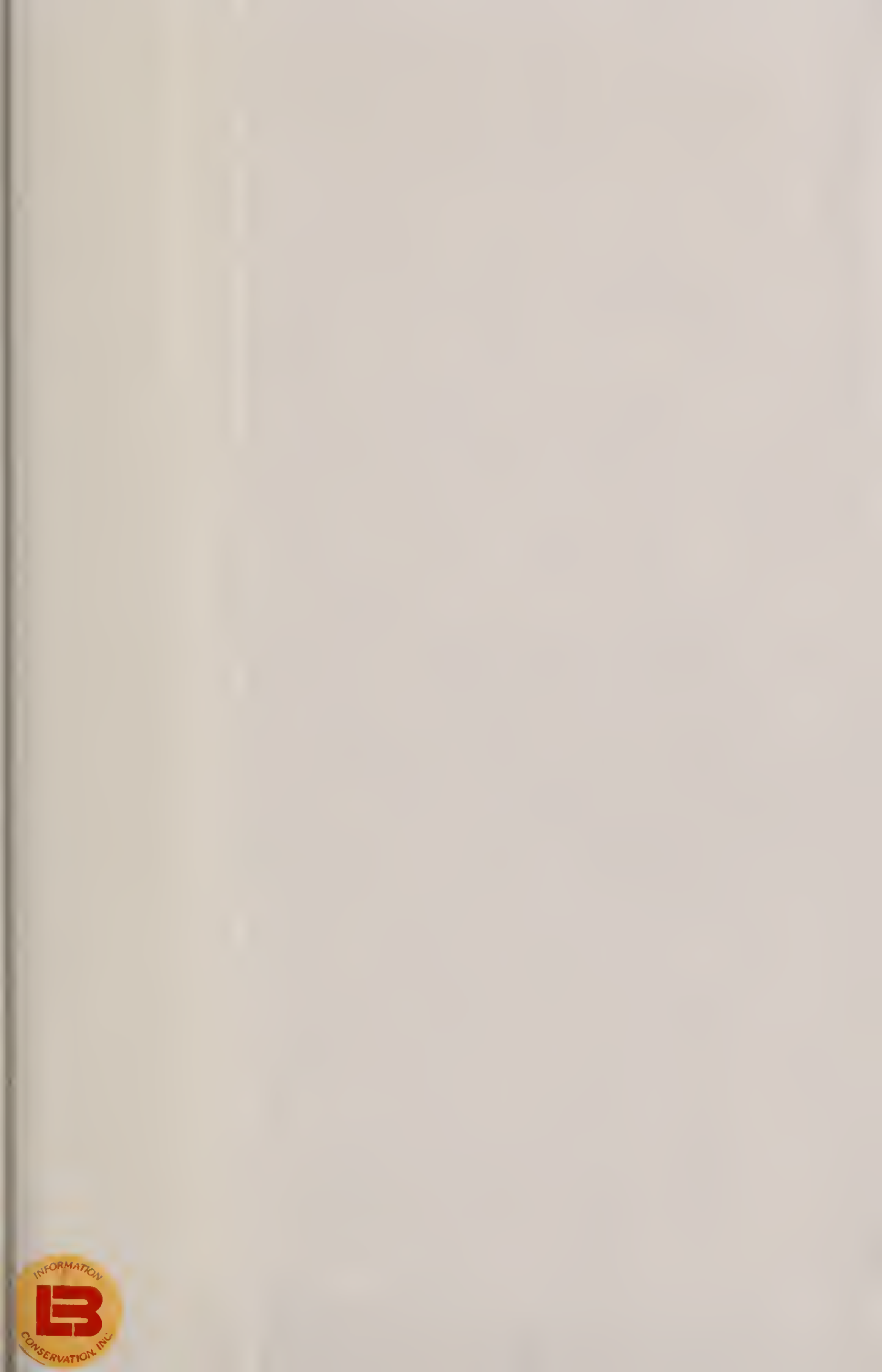
CAPITULO XXVI

NO SERA PALENCIA MI CALVARIO

CAPITULO XXVII

"PIDO SER ENTERRADO JUNTO A UN SAGRARIO"

A P E N D I C E S


INFORMATION
CONSERVATION, INC.